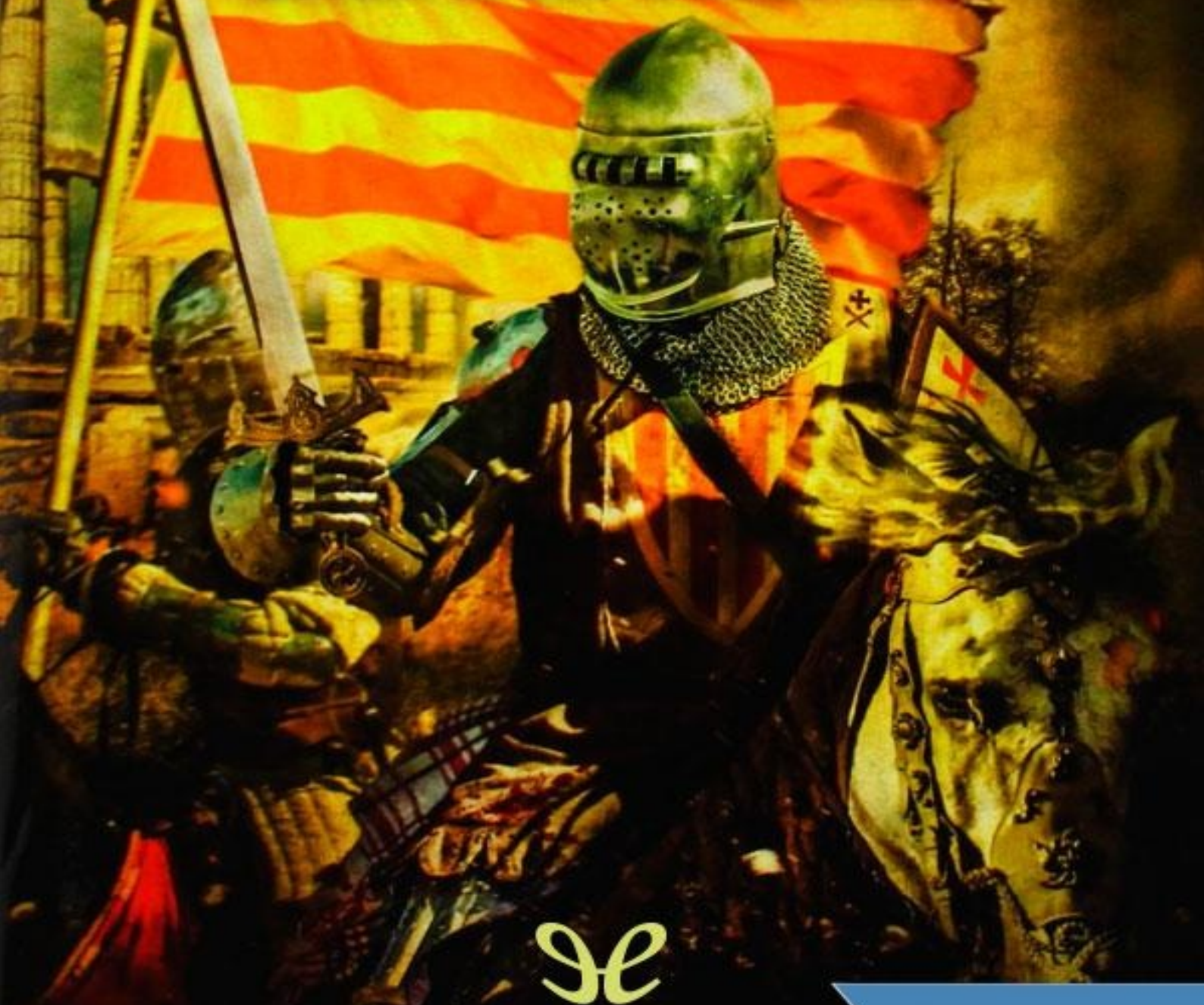


ILDEFONSO ARENAS

LA VENGANZA CATALANA

CRÓNICA DE LOS ALMOGÁVARES



de

Narrativas Históricas Lectulandia

Guillem de Tous, joven catalán de buena familia, decide embarcarse en la Compañía Catalana como ayudante de campo de Ramon Muntaner. En su viaje conocerá a Roger de Flor, y también a Bernardo de Rocafort, al emperador Andrónico e incluso a la emperatriz Irene, y será el cronista de la aventura almogávar por el Mediterráneo. En el año 1303 una fuerza de cinco mil mercenarios almogávares desembarcó en Constantinopla para ponerse al servicio del Imperio bizantino. Durante ocho años combatieron y derrotaron una y otra vez a los ejércitos de los grandes imperios y repúblicas habidas en Anatolia, Tracia, Macedonia y Tesalia. Feroces y rápidos, armados con equipo ligero, combatían a pie en orden abierto, con extrema crueldad, y entraban en combate bajo la bandera con cuatro barras de Aragón y el grito de combate —Desperta Ferro—. En campo abierto nunca fueron vencidos. Considerados meros mercenarios, ávidos, de matar, violar y saquear, y tras el asesinato de Roger de Flor, arrasaron Grecia. Fue la famosa venganza catalana. Pero todos sus enemigos comprendieron demasiado tarde que su objetivo real no era el pillaje, sino conseguir un estado propio. Y lo consiguieron: su nombre fue Ducado de Atenas, y en la ciudad ondeó la bandera Catalana... Fue, y aún es, Neopatria. Entremezclando realidad y ficción con gran maestría, Ildefonso Arenas nos transporta al siglo XIV, al interior de una columna almogávar para, con ritmo ágil y prosa brillante, narrarnos lo que fue, sin duda, una de las grandes aventuras de la historia, unos hechos políticos y militares tan extraordinarios como inverosímiles.

Lectulandia

Ildefonso Arenas

La venganza catalana

Crónica de los almogávares

ePub r1.0

Titivillus 23.04.18

Título original: *La venganza catalana*

Ildefonso Arenas, 2014

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Proyecto Scriptorium

Titivillus



se
epublicre

5

Aniversario

Edición conmemorativa

Más libros, más libres

Para Carmen Balcells

Agradecimientos

A Montserrat Font, que hace muchos años me hizo un regalo muy valioso: un profundo interés por la historia y la cultura de los catalanes.

A Jorge Manzanilla, cuya gran paciencia le hace revisar mis palabras señalándome los muchos defectos que tienen, y al que debo que mis obras acaben siendo mejores de lo que serían de no poder contar con él.

A Elena Montoya, a cuya generosidad debo el comprender de dónde salía, y cómo se expresaba, la espeluznante sabiduría de la misteriosa y exquisita diosa de la predictividad.

*Y los venjaren... Granfou la matansa
Ab que los camps del Assia embermelliren
Y ls' restos de festí de sa venjansa
Als buytres i á las hienas repartiren.
La espasa oscaren y la forta llansa
En los cráneos dels grechs... Tants ne moriren,
Que de sa carn las fèras s'atiparen,
Y las planas llurs ossos blanquejaren.*

Joaquim Rubió i Ors

El autor prefiere, para los nombres propios de personas y lugares, acogerse a la práctica usual de los cuerpos diplomáticos, la de trasladarlos al papel, cuando se trate de textos oficiales o notas verbales, tal y como se formulan en su lengua original, salvo en los casos de alfabetos no romanos.

Por razones de compatibilidad con la mayoría de los textos históricos de referencia, se han conservado los nombres de los lugares tal y como se expresaban a comienzos del siglo XIV. En los mapas complementarios se indican cuáles son los actuales.



Campana de Trinacria (Sicilia), 1298-1302

I

MESINA, AGOSTO DE 1303

Me llamo Guillem de Tous I Ferrer, pero no en todos los veintitrés años de mi vida he llevado ese nombre. Cuando me bautizaron en Perpinyá, pocos días después de nacer, era Guillem Ferrer, hijo de Meritxell Ferrer y sin padre conocido, aunque no por eso a mi madre le ponían mala cara los vecinos. Era del dominio público que hasta el momento de quedarse preñada no podía ser una niña más virtuosa, una cuyo destino en este valle de lágrimas sería casarse con algún caballero del Conflent o del Rosselló, pues su familia era de las mejor consideradas en Prada de Conflent. Todo eso, sin embargo, se fue al diablo en julio de 1279, cuando unos cuantos caballeros del Périgord se dieron una vuelta por el Conflent, un lugar que visitaban de vez en cuando, a raíz de sus problemas con los cátaros y a causa de lo poco que les agradaba el que la corona de Aragón mirase a esos herejes con manifiesta simpatía. No lo hacían de buenos modos, aunque por lo general se conformaban con llevarse algunas reses y lo que buenamente saquearan sin necesidad de luchar con los mal armados aldeanos, pero eran sensibles al buen aspecto general de las campesinas catalanas, y Meritxell Ferrer pasaba por ser, a sus recién cumplidos quince, la doncella más vistosa de su pueblo. Huelga explicar que lo suyo con el caballero que mandaba la partida no fue un idilio, ni lo de sus padres una complacencia, ya que ninguno de los dos sobrevivió en su empeño de proteger la pureza de la *pubilla*. Tras el paso de los caballeros franceses Meritxell se quedó muy desolada, como es natural si a los quince años, y de la noche a la mañana, te ves huérfana, con el honor arruinado y la *masía* familiar saqueada, quemada y derruida. En el pueblo le mostraron solidaridad, aunque no excesiva, pues más de alguna envidia rencorosa se vio satisfecha gracias a los caballeros de la Francia. Sin embargo, y una vez sacudida la inmensa pena de sepultar a sus padres, demostró ser

tan resuelta y realista como suelen ser las catalanas, de modo que nada más advertir que de seguir allí, en Prada de Conflent, al cabo de unos meses le sería incómodo viajar, decidió mudarse a Perpinyà con sus dos hermanas pequeñas, para vivir las tres con su tía y madrina Mercè. Así, a su debido tiempo —el 16 de abril de 1280—, vine yo al mundo, no en medio de una gran alegría si bien, al menos, presentando un buen aspecto general, de bestezuela sana, robusta y con todo en su sitio.

Pocos años después, aunque suficientes para que me diera cuenta de que nuestra familia, cuando menos en comparación a otras de la vecindad, era un mujerío insufrible —la madrina Mercè, viuda, sólo tenía hijas, y además muchas—, apareció por Perpinyà un caballero del Llobregat que se ganaba la vida como maestro de obras y fortificaciones. Vino contratado por el rey don Jaume II de Mallorca, cuya capital era Perpinyà, por causa de la cruzada que habían organizado el papa Martín IV y el rey Philippe III de Francia contra su sobrino, el rey Jaume II de Aragón —el Santo Padre, un francés de nombre Simón de Brie, era un descarado partidario de los franceses, quizá por el dominio que Charles II d'Anjou, rey de Nápoles y de Trinacria^[1], ejercía sobre los Estados Pontificios, tan notorio que había impuesto en el papado al tal Simón, antes cardenal de Santa Cecilia, tras encarcelar a sus colegas nacidos al sur de los Alpes, los cuales discrepaban en exceso de su piadosa voluntad —, la cual le pillaba en medio, cuando menos en sus territorios continentales. La primera consecuencia era que a Perpinyà se le avecinaban tiempos complicados. Al caballero, de cierta edad, origen noble, aunque venido a menos y de nombre Frederic de Tous, el rey Jaume le alojó en una casa junto a la de mi tía Mercé, y con ese motivo comenzó a verse con las muchas mujeres que alegraban la vecindad. Era un buen hombre, lo digo desde la perspectiva de los dieciocho años transcurridos, tanto que, a las pocas semanas de tratarse con sus vecinas, explicó a mi madre que le daba igual el que su dote la formáramos mi humilde persona, unas pocas tierras en el Conflent que no rendían nada y una *masía* destrozada, y que sería el más feliz de los hombres si le aceptaba por marido y de paso por padre de su hijo, al menos a efectos de apellido. Sinceramente, no sé si mi madre le amaba locamente o no, pero sí que le faltaban pocos días para cumplir veinte, que pese a ser una belleza —era una opinión muy extendida— se la daba por incasable y que la vida errante que le proponía Frederic, de unos castillos a otros y de unas fortificaciones a otras, le debía de parecer más interesante que la de una madre deshonrada, pobre de solemnidad y embarrancada de por vida en la horrenda Perpinyà. Le dijo que sí tras pensárselo bien, a fondo —cosa de un minuto más que de un momentum^[2], me contaría él años después guiñándome un ojo—, y así, en octubre de 1284, pasé a ser Guillem de Tous y a iniciar una vida que hasta el año de cumplir quince me llevó a los confines de los reinos de Aragón y a unas cuantas ciudades de Castilla. Gracias a esto, hablo y escribo con bastante fluidez no sólo el catalán de los Pirineos, sino el francés del Lenguadoc —el que aprendí en Perpinyà y que mi madre tanto empeño puso en que no abandonara, por mucho que detestase a Francia y a sus malditos caballeros

violadores; pragmática, como buena catalana, sostenía que los franceses, aunque fueran unos indeseables, eran también unos magníficos clientes a los que se podía vender de casi todo—, el castellano que se habla en Burgos, algo de latín, el trinacriense que se me ha pegado en estos años de guerrear por cuenta de Frederic II y el poquito de griego que, a sugerencia de mi señor don Ramón Muntaner, intento aprender desde hace meses, desde que se hizo claro para los guerreros catalanes que nuestros días en Trinacria estaban contados y que nos esperaba una gran aventura dentro de no demasiado, en un lugar cuya primera propiedad era que sus habitantes hablaban griego, una lengua nada difícil para un catalán, pues al oído se parece a la nuestra; no es que las palabras signifiquen lo mismo, pero los sonidos son fáciles de reproducir, siempre que se tenga la cabeza lo bastante bien organizada para entender su alfabeto. En esto, debo decirlo aunque sólo para mí, la mía quizá sea de las mejores, incluso más que la del propio Muntaner, cuando menos en el nada exigente seno de la Gran Companyia Catalana d’Orient.

En 1295, al que yo trataba de *pare* con toda devoción le salió un contrato en Perelada, con el propósito de que dictaminara qué se podría recuperar de las ruinas del castillo, así como de la casa de un burgués adinerado que se llamaba Ramón Muntaner. El castillo lo destruyeron los franceses diez años antes, por orden del cabrito de su rey Philippe III *le Hardi*; sé que no habla bien de mi persona el sentir el odio que siento por esos desgraciados, más que nada por ser medio francés, pero así son las cosas y jamás he discutido conmigo mismo. A la casa y a la propiedad de Muntaner, sin embargo, quien se las llevó por delante fue una partida de saqueadores almogávares a los que se había confiado la defensa de la ciudad y a los que alguien había olvidado pagar su soldada, de modo que se la cobraron ellos mismos. También se le pedía que dirigiera la reconstrucción de la muralla y los bastiones, en previsión de que cualquier día regresaran los condenados hijos de sus madres —almogávares o franceses, los que fueran; a los efectos del escamado *batlle* tanto daban los unos como los otros— a rematar la faena.

Por entonces yo ya destacaba entre los mozos de mi edad, tanto por estatura como por complexión. Mi madre achacaba la razón a que mi padre natural, a quien los suyos llamaban Hugo de Brienne, era un verdadero gigante —de no haber sido así habría salido de la refriega con bastante más que la cara deshecha de arañazos, que así afirmaba ella concluyó la violenta refriega de la que parten mis días—, de lo cual, los designios del Señor son así de inescrutables, obtenía yo ventaja, pues no sólo sacaba más de un palmo a cualquier joven de mi edad y hasta de varios años más, sino que además era rubio como el sol y, por si todo eso fuera poco, tenía los ojos inusitadamente azules, como rara vez los tienen los catalanes, salvo los que, como yo, no lo son de pura cepa. El cuadro lo completaba una salud a toda prueba, de modo que nada estaba en contra de que hiciese carrera en el mundo de las armas, en lo cual soñaba yo desde pequeño, quizá por oposición a tanta hermana y tanta tía, de las cuales ponía el mayor empeño en distanciarme, sobre todo a la hora de vestirme y

acicalarme, pues todas ellas insistían, a menudo recurriendo a la violencia, en que me lavara y aseara mucho más a fondo de lo que corresponde a un hombre, o a un proyecto de hombre. A mi madre no le gustaba la idea, y mucho menos verme jugar a todas horas con espadas, escudos y manguales de madera, pero al tener ya muchos otros hijos no le quedaban fuerzas, ni ganas, para oponerse a unos deseos que cada día se parecían más a obsesiones. Frederic, que prefería no tomar partido en mis ásperas batallas con mi madre, opinaba, las pocas veces que doña Meritxell le permitía opinar, que si había de seguir ese camino sería bueno que apuntase bien arriba y lo mejor orientado que pudiese, ya que al no proceder de una familia *de armas*, ni tener más contactos que los suyos, podría muy bien equivocarme y hacer una pésima elección. En eso mi madre se mostraba de acuerdo, en la esperanza de que al no ver muchos capitanes aguerridos cenando en nuestra casa igual se me pasaba el ardor guerrero y me hacía un hombre de leyes, ya que la infeliz soñaba con eso. Debo precisar que de ningún modo era una catalana tosca e ignorante, sino que sabía leer muy bien, sin dudar ni vacilar ante las palabras difíciles, y además escribía con una letra muy clara y bonita, bastante más que la mía o la de Frederic. Ella fue quien nos enseñó a leer, a mis hermanos y a mí, y no sólo las cosas de la fe, sino varios textos que para ella eran un tesoro y entre los que destacaba un *Llibre deis feits de Jaume I*, un *Verbiginale* y diversos cantares de gesta en aragonés y en catalán, de los cuales decía ella que seguían un estilo llamado *Mester de Clerecía*, o algo así. Los había salvado de la quema de su casa, prefiriéndolos a los manteles, a las alfombras y a las sábanas, en el criterio de que la cultura siempre acaba por ser el más valioso de los dones que algún día se legan a los hijos.

En Perelada, para mi alegría y su disgusto, el cielo se me abrió en la forma de un Ramón Muntaner aún convaleciente de una herida que sufrió cuando batallaba para el almirante Roger de Llúria, el yerno de su amigo Berenguer d'Entença I de Montcada. Muntaner deseaba reparar su propiedad para luego venderla, ya que se quería establecer en unos terrenos muy fértiles y de clima menos duro que poseía en Xirivella, cerca de Valencia. Los había comprado a los herederos de Hugo de Folcalquier, maestre de Calatrava, el cual los recibió en 1238 de manos de don Jaime I, en recompensa por las muchas tierras que ganó para él durante la conquista del reino moro de Valencia. Su idea, o así se la explicó a Frederic, era construir allí una gran alquería donde retirarse una vez se casara con su prometida de toda la vida, doña Valentona Castell, y para eso necesitaba más fondos de los que tenía por entonces.

Muntaner y mi padre, los dos, eran excelentes profesionales cada uno de lo suyo, de modo que su relación, al poco de tratarse, pasó de ser meramente contractual a por demás amistosa. Una consecuencia fue invitarnos a cenar en la casa donde se hospedaba, una de las más bonitas y espaciosas de Perelada. Con los años sospeché que la tal invitación fue provocada por mi padre, a fin de que Muntaner me conociera y me valorase. Y si no fue por eso, pues también me dio lo mismo, porque a los

postres él ya me planteaba, en presencia de mi espantada madre y mi flemático padre, la conveniencia de unirme a él y seguir su destino en esta vida, el de un caballero al servicio del rey, los que actuaban al frente de los muy temidos, y muy terribles, *almogávvers* o *almogávares*. Muntaner era un hombre de buen verbo que captaba bien las situaciones, de modo que antes de llevar la seducción a término, en lo que intuía una resuelta oposición materna, dedicó un buen rato, así como una botella de algo llamado *armagnac*, y que según decía un clérigo llamado Vital du Four no era pecado, a explicar dónde me metería si finalmente decidía seguir sus aguas. Por mi parte no hacía falta, porque ya intuía que allí me aguardaba un futuro de hombre, pero si con aquella detallada exposición me ahorraba los previsibles llantos y protestas de mi madre, pues eso que salía ganando. Así, a lo largo de una hora de calculada oratoria, supimos, y sobre todo supe yo, que los *almogávares* existían desde hacía casi un siglo. Habían nacido de un modo espontáneo, de grupos de segundones que se conocían, que sabían pelear hombro con hombro y que habían terminado por imitar al moro en algo que llevaba éste muchos lustros haciendo, infiltrarse tras las fronteras al amparo de los bosques en *razzias* o *algaras* de un par de días, para tras masacrar, violar y saquear a discreción arramplar con lo que pudieran, lo mismo les daba que fueran víveres, bestias, joyas o jóvenes. A los niños no los querían, porque no sólo tardaban en valer de algo, sino que nadie pagaba rescate por ellos, de modo que, según les diera, los abandonaban a su suerte o los degollaban, lo cual era lo que hacían con los hombres maduros, y si protestaban demasiado también con los viejos. Los jóvenes les interesaban para surtir el siempre deficitario mercado de las galeras mercantes, una insaciable necesidad no sólo del reino de Aragón, sino de todos en general, y en cuanto a las jóvenes no tenían programa fijo. Algunas se las quedaban para uso y disfrute personal, no siendo infrecuente que, con el tiempo, ellas mismas se convencieran de que seguir siendo simples moras esclavizadas no les depararía beneficio alguno, de modo que se plegaban a un amancebamiento cristianizado, lo cual, dentro de lo que cabía, no era la peor de las suertes que la Providencia les podría ofrecer. Las que les gustaban un poco menos las vendían como esclavas en las siempre caritativas Aragón, Castilla, Navarra y Portugal, y las otras, en fin, acababan en los burdeles de las grandes plazas, donde rara vez sobrevivían más allá de un par de años. No era un modo muy edificante de ganarse la vida, opinaba Muntaner, si bien era de reconocer que los moros llevaban siglos haciendo eso mismo, así que sus conciencias, en el dudoso caso de que padecieran alguna, ni siquiera carraspeaban.

Su nombre, *almogávvers* en catalán o *almogávares* en aragonés, se lo pusieron los moros. Por lo visto derivaba del árabe *almugawir*, que viene a significar “el que se infiltra tras nuestras líneas”. Muntaner, aprovechando que mi madre nos dejó unos momentos con propósito de hacer un pis indemorable, cosa que le sucedía con frecuencia, pues a fuerza de parir la vejiga se le había quedado floja, nos explicó que aquella definición no era completa y que realmente comenzaba por el hijo de puta que..., lo que nos llevó a prorrumpir en estruendosas carcajadas, y era que por

entonces tanto el vino como el *armagnac* se habían apoderado de nosotros. Era, pensaba él, una definición que se ajustaba bien a los almogávares de los primeros tiempos, pero no respondía con la debida exactitud a lo que habían llegado a ser. En sus orígenes eran partidas de campesinos, leñadores y pastores montañeses, unos catalanes y otros aragoneses; elegían a sus jefes por votación, dándoles el título de *almugaden*, palabra que también venía de un vocablo árabe, *al-mucaddem*, que significaba el capitán. Eran unos tipos muy pobres, lo que se apreciaba en su aspecto general, que no podía ser más astroso: de largas y descuidadas melenas, de barbas largas e hirsutas, apenas vestidos con una *gonella* tan raída como sucia y sujeta con un cinturón muy ancho del que colgaban algunas de sus armas, unas polainas de cuero para protegerse las piernas y unas gruesas abarcas de madera que les permitían caminar a muy buen paso durante largas y extenuantes jornadas, cargados con un zurrón donde llevaban todo lo que poseían en este mundo. En sus marchas invernales se cubrían con pieles de oso, lo que terminaba de otorgarles un aspecto terrible. Si se lanzaron contra el moro al principio de sus tiempos, caminando muchas leguas hacia el sur, fue impulsados por el hambre y por el deseo de conseguir alguna mejora en las condiciones de vida de sus mujeres y sus hijos durante los meses fríos, cuando salvo a cazar, y no mucho porque los animales invernan, no podían dedicarse a nada. A la tercera o cuarta temporada de vagabundear tras las fronteras morunas, debieron de comprender que aquella forma de vida era más remunerativa y gratificante que la de simples pastores, campesinos y leñadores, de modo que se transformaron, a dedicación completa, en pequeños industriales del saqueo que operaban por su cuenta, y luego en agrupaciones de un tamaño mayor que actuaban a una escala más considerable, la resultante de agruparse diez o doce partidas bajo el mando de un *adalid*, otra palabra de origen árabe, *al-dalla*, que significaba «el guía».

Con el tiempo llamaron la atención del rey Pere II, que siempre andaba enfangado en guerras que no acababan nunca. Con los franceses por el norte, los navarros por el oeste, los castellanos por el suroeste y los moros por el sur, el pobre hombre ni siquiera imaginaba qué cosa sería vivir en paz llevándose bien con los vecinos, y es que una de las más señaladas propiedades de los aragoneses y de los catalanes de aquel tiempo era ser incapaces de convivir en armonía con quienes les rodeaban. Tantas y tan interminables guerras daban lugar a una insaciable sed de hombres, los cuales no podían reclutarse por las malas, pues otra excelente costumbre de nuestra idiosincrasia racial era, y sigue siendo, la facilidad con la que cambiamos de bando a poco que no se nos respete donde más se debe respetar a un aragonés, y sobre todo a un catalán: en la *butxaca*. Por otra parte, reclutar en las ciudades y en los pueblos tampoco era una opción viable, pues ni el rey ni los nobles tenían con qué pagar a las tropas ni les era posible dismantelar la escasa fuerza laboral del reino, pues de hacerlo sobrevendría otro mal aún peor, el hambre, que sumado a la peste y a la miseria daría lugar a que no quedarán en el reino recursos capaces de conservarlo a salvo de los potenciales invasores, los cuales, si bien no estaban mucho mejor que

nosotros en el plano personal, eran muchos más.

Don Jaume I el Conqueridor fue quien primero echó mano de los almogávares en calidad de fuerza mercenaria organizada. Los había estudiado hasta convencerse no sólo de que su rendimiento en combate superaba, y de mucho, al de sus tropas convencionales, sino de que su coste resultaba inferior, ya que ni por equipamiento ni por paga se podían comparar a sus nobilísimos, elegantísimos y carísimos caballeros. Se sirvió de ellos en la incorporación de las illes Balears a lo que ya era imperio catalanoaragonés, al punto que dos mil de los quince mil infantes con que desembarcó en Sóller el año 1229 eran almogávares. En esa campaña fue donde su actitud en combate se hizo legendaria. Tenían la costumbre, una vez situados frente al enemigo, de afilar sus armas contra las piedras, si no con unas de pedernal que llevaban con ellos —en su estilo de guerrear, orientado a la mutilación, los buenos filos eran imprescindibles—, lo que provocaba una espeluznante cascada de chispas. Tras eso aporreaban el suelo con sus chuzos al tiempo de dar grandes voces invocando a sus santos favoritos —«*Santa Marial Sant Jordi!*»—, a la corona que les pagaba las soldadas —«*Aragó! Aragó!*»—, para después explicar su programa de la jornada —«*Desperta ferro! Matem, matem!*». Ahí, aprovechando que doña Meritxell dejaba la mesa una vez más, y en tono bajo, Muntaner añadió que no era el único de sus gritos de combate, pues una vez el enemigo derrotado y disperso, si no masacrado y destripado, y estando a la vista de sus poblados, rebosantes de moras aterradas, prorrumpían en entusiastas «*Desperta pixa! Fotem, fotem!*», a lo cual mi padre y yo correspondimos con las explicables carcajadas, en mi caso más por mimesis que por otra cosa, pues mi aprendizaje de la vida todavía no era tan profundo como para saber a ciencia cierta y en primera persona qué vendría después de aquellos alaridos.

El gran don Jaume los empleó como su punta de lanza en las campañas de anexión de los reinos moros de Valencia y de Murcia, consciente de que su mera presencia en el campo de batalla solía bastar para que los caudillos sarracenos advirtieran, pesarosos, que sus magníficas y aguerridas huestes salían corriendo presas de muy explicable pavor dejándoles con las miserias al aire. A eso se debió no ya que les recompensara con largueza, sino el conservarlos virtualmente intactos, ya que la mayoría de sus bajas no se debieron a los actos hostiles del enemigo, sino a los chancros, a las ladillas y a las purgaciones con que les pudrían las rencorosas enemigas conquistadas, cosa ciertamente triste, aunque salvo en los casos más graves no les incapacitaba para combatir.

Tras la conquista de Murcia llegó el año 1244, y con él un tratado entre Castilla y Aragón, el de Almizra, por el cual ambas coronas daban por buenas las fronteras que los separaban, más a satisfacción de Fernando III que de Jaume I, aunque al menos éste así cerraba su peor frente, dando por terminada la Reconquista en lo que a él atañía y pudiendo volver su atención adonde le apretaba más el zapato: las fronteras del norte. La consecuencia para los almogávares fue desplazarse de donde habían demostrado ser muy competentes, los reinos musulmanes de Mallorca, Valencia y

Murcia, a un terreno distinto donde deberían vérselas con un enemigo tan diferente como peligroso: la formidable caballería francesa.

De aquello había pasado medio siglo. Los almogávares de 1295 apenas se diferenciaban de sus padres fundadores, pues compartían con ellos sus características esenciales: la pobreza, el desarraigo, la incultura y el no pensar en un mañana situado más allá de unas pocas semanas. Seguían siendo una fuerza endógama, cuyos hijos, criados entre todos —o «entre todas», añadía Muntaner sin entrar en detalles—, en su momento reemplazaban a los caídos. No eran muchos los que se jubilaban de almogávares, y ni aun así solían salirse del seno de la hermandad, pues al ser pocos se les adjudicaba una ocupación a su vez muy necesaria, la de dar un primer adiestramiento, para el que no hiciera falta una gran fuerza muscular, a los niños ansiosos de gritar, ellos también: «*Desperta ferro!*». Algunos, los menos dañados de la cabeza, se integraban en una especie de órgano director al que llamaban Consejo Almogávar, algo así como un senado formado no sólo por los adalides en activo, sino por los veteranos más sabios o más baqueteados, los que habían demostrado tres valiosos dones. El primero, ser hábiles en la batalla, pues en otro caso no vivirían para estar allí sentados. El segundo, ser respetados por los adalides y los almugadenes, que a su vez eran quienes imponían que se les diera quehacer y cobijo. El tercero, poseer no sólo una gran experiencia de la vida y del combate, sino saber valorar los tiempos que se vivían y, aún más útil, los que aguardaban a una hermandad donde las mujeres ejercían una creciente influencia. Sabido es que donde los hombres se reblandecen al punto de consentirles opinar, rara vez tarda en aparecer un enojoso deseo de concordia, paz y estabilidad, cosas todas ellas convenientes para criar con buenas perspectivas unos hijos que parían en cantidades numerosas, ya que las penurias de su estilo de vida provocaban que no más allá de un tercio de los alevines de almogávar llegase a padecer los fastidios asociados a la pubertad, pero sumamente contraindicado, el tal deseo, en una fuerza de mercenarios cuyo principal valor para sus señores, los reyes Pere III de Aragón y Jaume II de Mallorca, era el terror que su arrojo, su destreza y su salvajismo inspiraba entre sus enemigos.

La principal preocupación del Consejo Almogávar, compartida por los capitanes de las diversas hermandades, era que salvo una campaña prevista para el año siguiente, cuyo propósito sería rebañar de la débil Castilla el sur de lo que había sido reino moro de Murcia, y después darse una vuelta por Burgos y León, lugares donde Jaume II no les dejaría saquear demasiado, no se sabía de ningún otro proyecto donde sus servicios fueran a ser necesarios, con lo cual el futuro más allá de 1297 se les antojaba tan oscuro como incierto. Él, Muntaner, no lo veía con excesivo pesimismo, pues si bien Aragón podría ya no necesitar a sus almogávares mercenarios, eran tantos los conflictos que alegraban las riberas del Mediterráneo que a él, uno de los escasos capitanes de la hermandad que leían y escribían correctamente, y no sólo en su catalán natal sino en latín, francés, aragonés y castellano, le parecía fuera de duda que trabajo no les faltaría durante muchos años, aunque aquello ya sería para

comentarlo en otra ocasión, pues ésa era para explicarnos, a mis padres y a mí, lo que pretendía de mi humilde persona y el porvenir que su oferta me podría deparar.

—La fuerza de almogávares, hoy, es la suma de varias hordas, cada una con su propio capitán. Éste manda sobre su infantería y su caballería, se ocupa de sus campamentos, donde no sólo residen sus guerreros sino sus mujeres, sus hijos y sus esclavos, y la financia cuando no hay trabajo, de forma que ni ellos ni sus familias pasen necesidad. Son varias, ya les digo —Muntaner no fijaba la mirada en ninguno de nosotros, sino que saltaba indistintamente de mi padre a mi madre, intuyendo que quien mandaba en mi familia era ella, si bien donde la dejaba fija más tiempo era en mis muy encandilados ojos—. La principal en el reino de Aragón, por su cuantía, es la de Ferran Eiximenis d’Arenós, que si bien es mitad aragonés, mitad valenciano, se ha catalanizado del todo, al punto que suele acampar en el Baix Empordá, cerca de la plaza fuerte de Palafrugell. Le sigue la de Corberan d’Alet, que aunque navarro también se ha vuelto de lo más catalán; a él le gusta el clima de los valles, de modo que su tendencia natural es quedarse cerca de la Seu d’Urgell. Luego va la de Berenguer d’Entença I de Montcada, que como Eiximenis d’Arenós es noble y aragonés, de Ribagorza; por allí, cerca de su casa, es donde se queda su tropa cuando no surge nada donde guerrear, aunque últimamente prefiere unas tierras que ha comprado en Tarragona. La cuarta y última de las grandes, porque hay más aunque son pequeñas, es la de Bernat de Rocafort, valenciano de Morella pero afincado en Trinacria, donde fue llamado por otro valenciano como él, Blasc d’Alagó, algo así como la mano izquierda del rey de Trinacria, Frederic II de Aragón. Lleva un tiempo allí guerreando sin cesar, y según mis noticias le va bastante bien. Las otras hordas, las pequeñas, son formalmente autónomas, como la mía, si bien marchan y guerrean a la sombra de alguna de las grandes, no siempre la misma. Ya te hablaré de todas ellas, en su momento, porque ahora no vienen al caso. En cuanto a mí, que ya estarás preguntándote cuál es mi papel, pues vengo a ser una especie de intendente al servicio de los distintos consejos de almogávares. No estoy en ninguna de las hordas, aunque al tiempo estoy en todas. Me ocupo de saber dónde para cada una cuando entran en campaña, de comunicarles las órdenes de don Jaume, pues en tiempo de guerra suele tramitarlas a través mío, de señalarles las rutas, de negociar los puntos de abastecimiento y recalada, y, en fin, de mantenerles tan coordinados y listos para combatir como si fueran una sola unidad, por mucho que sean demasiadas. No te oculto que, también, parte de mi papel es ponerles de acuerdo y evitar que con sus manías, sus agravios y sus trifulcas personales deterioren la efectividad de la fuerza. Luego, cuando llega la hora de pelear, mi papel es repartir los objetivos y hacer que todos maniobren de forma que cubran a los demás, lo que tampoco es sencillo, porque no les puedo mandar nada; sólo sugerirles, o aconsejarles. Si los almogávares fueran una fuerza convencional con un jefe único al mando, mi papel sería el de un simple intendente general, pero aquí, al no haber un mando unificado, reconocido por todos los consejos, sólo puedo ser algo así como el Espíritu Santo —mi madre, muy

pía, se santiguó, al tiempo que mi padre, muy cínico, sonreía con maldad—. Para desempeñar estas funciones cuento con un grupo de mensajeros nada numeroso, aunque suficiente para que ninguna de las hordas deje de marchar de un modo controlado. Todo esto sería perfecto si mis hombres supieran leer y escribir, pero no sólo no es así: es todo lo contrario. Los capitanes sí saben, aunque sólo ellos o apenas sólo ellos, de modo que no tenemos otra que comunicarnos de palabra. Cuando estamos concentrados y nos vemos todos a todos no es difícil, pero cuando deja de ser así todo se vuelve complicado, porque transmitir información de viva voz conduce inexorablemente a que alguien se confunda, o no entienda, o no sepa explicarse. A eso se debe que me pase la vida buscando gente que sepa leer y escribir. Frederic —señalaba con el dedo a mi padre— me ha dicho que tú lo haces muy bien, y no sólo en nuestros dos idiomas, el aragonés y el catalán, sino en castellano y en francés. Pienso que tendrías un buen porvenir si te unieras a nosotros, pero eso es algo que deberás pensar por ti mismo y decidir de acuerdo con tus padres.

Ahí mi madre saltó como si fuera un *escurro* del Montseny, algo que se le daba reconocidamente bien.

—¿Y cuál sería su papel? Porque yo no he parido a este hijo —me señalaba con el dedo— para que sea el criado de nadie.

Cerré los ojos, como supongo hizo mi padre, temiendo que Muntaner se levantara con irritación y nos echase a patadas de su casa, pero no se lo tomó así. Fue ahí cuando empecé a comprender que aquel hombre no estaba hecho de la misma pasta iracunda y visceral de casi todos los catalanes, y que lo suyo era la flema, la sangre fría y el anteponer a cualquier cosa su exquisito sentido de la diplomacia y la cortesía.

—Nada de eso, doña Meritxell. Lo que quiero es que sea mi *aide-de-camp*. —A mi madre se le dispararon las cejas hasta la raíz del pelo; tenía su francés explicablemente apollillado, y además jamás había sabido nada de jergas militares—. En catalán se diría mi *ajudant de camp*, pero será difícil que lo escuche fuera de aquí, pues no sólo es una expresión francesa, sino que aún no ha llegado ni al Lenguadoc, que yo sepa. De hecho, sólo la escuché una vez, en París, cuando fui allí en el séquito del que un año después sería nuestro rey, don Pere III el Gran.

—Y el *eidecam* ese, ¿qué cosa es? —Tozuda, como siempre; no era fácil que se diera por satisfecha, pero Muntaner parecía tener experiencia en el trato de madres catalanas preocupadas.

—El hombre que se ocupa de ayudarme a preparar lo que yo hago, para que cuando me toque llevarlo a cabo me sea sencillo hacerlo bien. Eso significa que deberá no sólo aprender las muy complejas tareas de la intendencia, sino realizarlas por sí mismo si yo cayera o quedase fuera de combate.

Mi madre se lo quedó pensando; aquello, intuía yo, esperanzado, no parecía sonarle mal.

—¿Y eso lo puede hacer un niño de quince años?

Me la quedé mirando, no diría que con odio, porque odiar a la madre de uno es

cosa que no está bien, aunque anduve cerca.

—Desde luego que no, pero a mi lado, y al de mi gente, aprenderá. Cuestión de tiempo, y si es listo, y pone tanto empeño como espero que ponga, no será demasiado.

Mi madre volvió a pensárselo; luego me dijo que había tenido que morderse la lengua para no soltarle un abrupto «¿y cuánto le pagará?»; le había parecido, gracias a los dioses, que no sería un acto elegante, por mucho que *la cosa deis diners* siempre fuera su primera prioridad, como la buena catalana que jamás dejaría de ser.

—Bien, pues él sabrá. No seré yo la que ponga pegas.

Miré a Frederic, que componía su secular expresión de marido-padre sometido y resignado; me sonreía, con disimulo aunque con evidente complicidad. Como no necesité que me dijera, todo había salido de maravilla.

* * *

Al día siguiente dejé mi casa con calmada serenidad, por mi parte y por la de mi madre. Durante la sobremesa con Muntaner había quedado claro que mi adiestramiento como *aide-de-camp* requería, para empezar, convivir con sus dos docenas de almogávares, así como aprender la ciencia y el oficio de los que viviría el resto de mi vida. La ciencia me la enseñaría él cuando llegara el momento, pero antes debería dominar el oficio, el de ser un almogávar competente, para lo cual me designaría un maestro tan experto que antes de seis meses ya sabría casi todo lo necesario para, cuando llegara el caso, aullar «*desperta ferro!*» con la debida propiedad. No hubo lágrimas, sobre todo porque durante unas semanas, las que aún tardaría Muntaner en recuperarse de su herida y los que necesitaría Frederic para poner su casa en facha, volvería por la mía cuando menos los domingos, para ir a misa con mi familia —una cosa que ni a mí ni a Frederic nos decía nada, ya que del asunto del espíritu lo cierto era que no andábamos muy bien, pero doña Meritxell era por demás devota— y luego quedarme a comer. La separación real llegaría después, aunque aún faltaba lo bastante como para no sentir una tristeza excesiva. Quien sí la sentía, y no la disimulaba, era mi hermanastra Eulari, la mayor de los hijos que mi madre tenía con Frederic, que a sus casi diez años ya bordeaba la pubertad. Me quería mucho, y se mostraba descaradamente orgullosa de su altísimo, fortísimo y guapísimo hermano mayor —yo no me tenía en tanta estima, pero me agradaba que alguien me viese así—, de modo que fue quien peor se lo tomó. Según marchaba por las callejuelas de Perelada con mi hatillo al hombro, me costaba borrar de mi memoria sus grandes ojos negros, los mismos de nuestra madre, arrasados en llanto, pero al tiempo me asaltaba un dulce calor, el de saber que aquella mañana comenzaba mi vida de hombre completo, sano, fuerte y libre, y para redondear mi gozo era tibia y soleada. La mejor imaginable para encarar el porvenir.

El porvenir, de momento, se llamaba Oleguer. Sin ser viejo era mucho mayor que

yo, y respondía bastante bien a la descripción que Muntaner nos había hecho del almogávar común. No muy alto, peludo, de pequeños ojos pardos que miraban de un modo inquietante, musculoso, todo fibra y de manos desproporcionadamente grandes para su talla. Daba, en fin, el tipo de alguien muy peligroso, y más aún cuando empezó a explicarse con una voz áspera y cortante, como de goznes que llevaran años sin girar.

—Lo primero que debes aprender es a usar las armas. Primero las nuestras de almogávar, que Muntaner quiere que haga de ti un almogávar, y luego las tuyas de caballero, porque tu papel será estar en la batalla junto a él y tan a caballo como él. Después aprenderás a cubrirte y a defenderte de las del enemigo, tanto si son infantes como jinetes. Luego aprenderás a pelear, a manos limpias y cuerpo a cuerpo. Si cuando acabemos con todo eso aún vives, o aún no te has vuelto con tu mamá, empezarás a dejar de odiarme. Te aviso que lo tendrás peor que los demás, y no porque tenga orden de ser duro contigo, que la tengo, sino por tu estatura —eso me sorprendió, dentro de lo aterrado que ya estaba—. Eres demasiado alto para la pelea, tanto que te será difícil rehuir los golpes de los que, como yo, levantamos pocos palmos del suelo. En el cuerpo a cuerpo, Guillem, cuanto menos abultas más tiempo vives.

La primera de las armas a dominar era el chuzo, una especie de lanza corta y bastante gruesa, de punta metálica de cuatro caras y muy afilada que llamaban *moharra*. Se podía emplear en modo arrojadizo, pero lo normal era usarlo como una pica corta. Contra la caballería, que solía ser el primero de los enemigos a enfrentar, su papel era sencillo: clavarlo en las tripas del caballo y removerlo con fruición una vez bien dentro, para que la bestia, que suele ser muy aprensiva, se cayera llevándose a su jinete bajo él. Si éste había cometido la insensatez de cargar sin el apoyo de sus infantes ya estaba listo, porque con el lastre de su coraza y de su yelmo apenas podría moverse. Sólo era cosa de llegarse junto a él y cortarle de un tajo un brazo o una pierna, de modo que se desangrara muy deprisa. No hacía falta quedarse a ver cómo lo hacía, porque su destino estaba sellado: en menos de un minuto su alma se quemaría en el infierno, de modo que sólo era cosa de sacar el chuzo de los intestinos del caballo destripado y empezar con el siguiente. Contra los infantes solía reservarse para el cuerpo a cuerpo, en uso combinado de pincho y garrote, lo primero para clavarlo donde más doliese —las tripas eran preferibles, no sólo por blandas, sino porque de un buen lanzazo con salida de mondongos no se sobrevivía—, y lo segundo para con ella parar los golpes de mangual o espada que pudiese asestar el otro. En cualquier caso, y se usara como se usase, convenía mantenerlo bien afilado. De ahí el llevar en el zurrón una piedra de pedernal, para el almogávar tan valiosa como un diamante, ya que su vida dependía de lo bien que sus armas se clavaran en los adentros del contrario o les mutilaran de brazos o de patas, tanto si era una bestia de cuatro como de dos.

La segunda era una jabalina corta que llamaban *azcona*, no tan gruesa como el

chuzo y de función ofensiva, pues sólo valía de algo cuando se arrojaba. Constaba de dos partes: un cuerpo de madera ligera, usualmente fresno —para los chuzos se prefería la encina, mucho más dura—, que llamaban *aristol*, y una punta metálica muy afilada que los catalanes llamaban *relió* y los aragoneses *rejón*. Lanzada con la debida fuerza y adecuada maestría podía perforar un escudo de cuero, y hasta una cota de malla —no una coraza de caballero francés, pero sí las más livianas de los jinetes sarracenos—; los almogávares llevaban dos o tres, y no era infrecuente que con ellas se ahorrraran el siempre incierto cuerpo a cuerpo.

La tercera era el *cortell*. Era una cosa rara, difícil de definir; tenía de hacha, de cuchillo de carnicero, de machete, de daga y de cimitarra. Se usaba indistintamente para pinchar y para cortar, aunque lo principal era lo segundo, pues de manejarse con destreza con un buen golpe se podía cercenar el brazo del contrario. Desde ahí sólo era cosa de mantenerse a distancia mientras el cabrito se desangraba, pero si había prisa se le podía cortar el otro brazo —no solía quedarle valor para defenderse—, de modo que dejaba de ser peligroso y se podía uno concentrar en el que viniera detrás. Mantenerlo bien afilado era cosa obligada, y a eso se debía que un infante sarraceno común, del montón, se lo hiciera encima viendo llegar a un almogávar como el buen Oleguer, barbudo, melenudo, vociferante y con ojos enloquecidos, blandiendo en una mano el *cortell* y en la otra el chuzo y las azconas. Es lo que pasa en casi todas las profesiones, explicaba mi maestro con la displicencia natural de los expertos: cuando la fama y el prestigio se vuelven notorios la competencia tiende a pensarse muy mucho el plantar cara.

Algunos almogávares llevaban una honda de cuero, con la que lanzaban pedruscos a considerable distancia, gran fuerza y asombrosa precisión. Otros, aragoneses en su mayoría, eran diestros en el uso de la ballesta, de la cual se servían a discreción antes de llegar al cuerpo a cuerpo. En general, se podía identificar la procedencia de cualquier almogávar por sus armas particulares. Además de catalanes y aragoneses, que venían a ser nueve de cada diez, había castellanos, asturianos, navarros y hasta unos cuantos musulmanes renegados, aunque ninguno solía serlo mucho tiempo, ya que no tardaban en volverse aragoneses. Sucedió que, además de hablar lenguas parecidas a las suyas, en los campamentos aragoneses había excedente de jóvenes saludables, atractivas y tan bravas como sus padres, y los otros, que solían llegar sin familia, no tardaban mucho en abandonarse a la tentación de tantearlas. Volviendo a las armas, casi todos los almogávares, vinieran de donde vinieran, llevaban una daga moruna en la cintura, curva y larga, como una media cimitarra. Era muy adecuada para degollar centinelas tras llegarse a ellos en la oscuridad y reptando como *escurçons*, y también para herir de muerte al rival confiado en su victoria tras haberlos desarmado y teniéndolos acorralados. Era un arma innoble, tan de traidor como sus inventores, pero eso no preocupaba en la hermandad, pues la esencia misma del almogávar era el pelear tan sucio y a traición como fuera menester. La caballerosidad, para el almogávar mercenario, no sólo era prescindible, sino

francamente despreciable. Para un caballero pudiera ser que no, pero ellos ni lo eran ni querían llegar a serlo.

Otros almogávares, todos de la horda de Berenguer d'Entença, llevaban unas picas castellanas con dos cabezas de hacha enfrentadas en sus puntas. Las llamaban *alabardas* y las usaban para rebanar a distancia la piernas de los caballeros, tanto si aún estaban sobre sus monturas como si yacían en el suelo, desmontados pero intactos y luchando por levantarse. Oleguer las consideraba de utilidad dudosa, porque lastraban demasiado a quienes las portaban, aunque no cuestionaba su valor. De ahí que aceptara la presencia de un alabardero en una sección de almogávares, la docena y media que se solía poner a las órdenes de un almugaden, siempre y cuando fuera un individuo torpe y poco dotado para las suertes difíciles, las que involucraban a las azconas y al *cortell*. Esos desgraciados, que por lo general no valían para nada y que solían ser los primeros en caer, si se las veían con caballeros que aún no hubieran aprendido a temerles, sí que podían ser de utilidad.

—¿Debo aprender todo eso en un día?

—Si quieres que no te rompa la cabeza, sí.

En cuanto a instrumentos defensivos, el almogávar no contaba con gran cosa: un armazón de casco metálico que llamaban *capel* o *cervellera*, que según Oleguer sólo valía para reducir el efecto de un golpe asestado con el ancho de una espada; una capucha de malla metálica que les protegía el pescuezo y los hombros, y que llamaban *almófar*; una coraza de cuero bastante liviana que no les reducía su capacidad de movimientos pero que solía bastar para desviar una estocada si la espada no estaba bien afilada, y un pequeño escudo redondo, usualmente de madera y al que llamaban *broquel*, que no valía de mucho más que para protegerse de las flechas y los dardos cuando avanzaban hacia una formación enemiga y, de llegar al cuerpo a cuerpo, desviar los espadazos del contrario mientras se le buscaban los hígados con el *cortell* o con el chuzo.

Las armas de los caballeros —al llegar ahí ya me daba vueltas la cabeza— eran tres, y en su momento debería dominarlas igual de bien que las otras. La primera era la lanza, una desmesuradamente larga con un guardamonte destinado no sólo a proteger la mano que la empuñaba, sino a impedir que resbalase cuando se lograba clavarla en algo, bien fuera un jinete contrario, su montura o un escudero que le protegiese. La segunda era la espada, tan aguda en la punta como en sus dos filos; su función principal, sin embargo y contra lo que pensaban los que nada sabían, no era pinchar o cercenar, sino golpear de plano con gran fuerza, dejando para un segundo golpe cortar de un tajo un brazo, o al menos una mano, del caballero contrario. No valía de mucho contra los infantes, que además solían atacar en grupos. Contra ellos iba mejor el mangual, un palo de longitud mediana terminado en una gran argolla de la que partía una cadena; en el extremo de ésta, una bola de hierro con grandes pinchos, o una barra de madera con tres o cuatro cinturones de púas largas y bien afiladas. Manejado con destreza el mangual era un arma devastadora contra la que no

cabía mucha defensa; por ello el infante almogávar tenía claro que no debía cerrar distancias con el caballero enemigo, ni permitir que las cerrara él. De ahí que la maestría en el uso del chuzo, para derribarlo y acabar con él una vez en el suelo, fuera el primer arte a dominar.

Como recursos defensivos el caballero contaba con su coraza, su yelmo y su escudo, que si bien funcionaban estupendamente contra otros caballeros —los combates entre ellos se caracterizaban por una nobleza y una cortesía que los prosaicos almogávares despreciaban con encomiable grosería—, no valían de gran cosa contra un par de infantes que atacaran uno por cada lado, ni contra dos piqueros castellanos que hicieran lo mismo: buscar las tripas del caballo. La ventaja contra éstos era que la pica, muy larga, les mantenía en una distancia de seguridad, pero el inconveniente consistía en que desde tan lejos no conseguían hacer la fuerza suficiente para perforar el blindaje lateral del caballo, unos faldones de malla metálica que les cubrían el pecho y les desbordaban por los costados, de modo que al caballero le solía bastar con picar espuelas para burlarlos. El pensamiento resumido de Oleguer, en suma, era que para un caballero resultaba más saludable formar en el bando de los almogávares que en el de los piqueros. Él, cuando menos, ya llevaba veintisiete caballeros despedazados sin que le hubieran hecho un mal rasguño, de modo que ya podía yo ir haciéndome una idea de por qué me decía lo que me decía.

Tras escuchar todo eso, y sin tiempo para procesarlo, comenzamos con lo que se podría llamar *enseñanzas prácticas*. Era generoso y nunca me hizo trabajar más de seis horas seguidas, dos o tres veces al día. En eso estuvimos cerca de seis meses, al cabo de los cuales yo advertía, con asombro, que me habían aparecido multitud de músculos nuevos, sobre todo en los hombros, en los brazos y en los muslos. A él se le percibía cierta satisfacción, la de haber transformado en un almogávar como Dios mandaba un crío mimado por su mamá y tan torpe como suelen ser los gigantones que casi le sacaban la cabeza. De ahí que un buen día, poco antes de que dejáramos Perelada, me dijera con algo parecido a una sonrisa:

—Vale. A partir de ahora, Guillem de Tous, me puedes tutear. No es que ya valgas para mucho, no te hagas ilusiones, pero si hoy nos diéramos con el moro quizá ya sería posible que durases un cuarto de hora. Incluso, con suerte, hasta dos.

Era su manera de ser amable, magnánimo y reconecedor del esfuerzo. Se lo agradecí, porque había empezado a conocerle. Como me dijo una tarde Muntaner, en una de las pocas ocasiones en que decidía decirme algo, mejor que me matase Oleguer a golpes y más golpes que lo hicieran el castellano, el francés o el moro en el campo de batalla. Quizá me doliesen más, pero los horribles sufrimientos a manos de mi nada dulce niñera eran cosa que algún día podría explicar. Los otros, no.

* * *

Cuando dejamos Perelada mis padres hacía semanas que habían marchado a Torroella

de Montgrí, por un encargo que su *batlle* había hecho a Frederic para que dirigiese la reconstrucción de la iglesia de Sant Genis, que acababa de perder su techumbre a causa de un incendio. Esa despedida sí fue dolorosa, y con muchas lágrimas, incluso por mi parte, que aún no me había endurecido tanto como debería. Las más corrieron por cuenta de la pobrecita Eulari, al punto que me las contagió, pero aun así no me descompuse. Ya tenía una idea bastante clara de por dónde comenzaría mi destino, de modo que para volver a ser yo mismo me bastó con recordar que, no mucho después de un par de meses, Muntaner y su hueste, donde yo ya casi era uno más, abordaríamos en Palamós una galera, de nombre *Balanguera*, que a su debido tiempo nos dejaría en Sóller, en la *illa* de Mallorca, donde nuestro jefe pensaba consolidar una fuerza de caballeros y de almogávares, así como una flota, para cuando llegara el momento zarpar hacia Trinacria.

Yo había estado en Palamós y no hacía mucho, pues la vida errante de mi padre nos llevó allí a reparar las barbacanas del *castell* de Sant Esteve, un tipo específico de trabajo que le caía con frecuencia, pues en el Mediterráneo abundaban los filibusteros y los corsarios, de todas las banderas, y los puertos bien abrigados, como Palamós, eran lugares que visitaban con fastidiosa frecuencia. La *Balanguera*, que allí nos esperaba, era una galera birreme catalana, construida no hacía mucho en las atarazanas de Barcelona, larga de 120 pies de Burgos^[3], ancha de 25, dos palos con grandes velas, 30 remos por banda y dos cubiertas. No era de las pequeñas ni tampoco de las grandes, al menos según Oleguer, que había navegado en unas cuantas. Tampoco era de las confortables, pero como no éramos muchos pudimos desplegarlos bastante bien, nosotros —los almogávares—, las mujeres y los hijos de los que tenían familia, los caballos, el pequeño rebaño de cabras que las mujeres cuidaban para que les dieran leche —con la que no se bebían sus críos hacían un queso que me gustaba mucho—, y los carros donde llevábamos la impedimenta pesada. Las armas las teníamos a mano; las mujeres, también, pues aunque no eran tan salvajes como nosotros sabían servirse del chuzo y del *cortell* con maestría espeluznante. Bien sabíamos que al ganar Palamós estaríamos en peligro y no por ser quienes éramos, sino por ser el mar, desde siempre, un lugar sin ley salvo una sola: primero agredir y después preguntar.

Los tripulantes de la *Balanguera* eran eso, tripulantes, no galeotes. Eran hombres libres que habían elegido aquel oficio por lo mismo que los almogávares elegían el suyo: fundamentalmente, por el saqueo. Cuando Muntaner la necesitaba ellos y su capitán dejaban lo que tuvieran entre manos para dedicarse a su dueño y señor, aunque la mayor parte del tiempo se dedicaban al corso con patente de don Jaume II de Mallorca, pues allí era donde tenían su base. No incordiaban a las naves de las diversas coronas de Aragón, pero sí a casi todas las demás, empezando por las genovesas, que no sólo eran las más abundantes en el Tirreno, sino las que más jugosas mercancías transportaban. La *Balanguera* solía navegar a vela, salvo los días de calma chicha, muy raros en el Mediterráneo, y para entrar y salir de los puertos.

Fuera de ahí los tripulantes dejaban los remos y empuñaban sus armas de abordaje, aunque rara vez las usaban, pues para sus presas naturales era preferible pagar un peaje y seguir adelante, y ellos mismos estaban a favor de sólo mostrarse y cobrar sin pelear. Luego, de regreso a Palma o a Sóller, repartían beneficios con los asentadores de don Jaume II de Mallorca, guardaban una parte para su armador, Muntaner, y el resto era de lo que vivían, ellos y sus familias mallorquinas.

A los pocos días desembarcábamos en Sóller. Estaríamos allí varios meses, nos explicó Muntaner, de modo que nos pusiéramos tan a cubierto como nos fuera posible, pues los inviernos de Mallorca engañan mucho, y aquel de 1296 a 1297 tenía pinta de ir a ser bastante frío. Si sus previsiones se cumplían, a lo largo de aquel año, si no del siguiente, comenzarían a llegar galeras y más galeras, a cuyo bordo vendrían las principales hordas de almogávares. Sucedió, o así explicó una noche después de cenar la mar de bien y de beber aún mejor, que nuestro rey Jaume II de Aragón tarde o temprano cedería nuestros servicios a su hermano Frederic II, a la sazón rey de Trinacria pero con serios problemas para seguir en el cargo, pues un pariente no lejano, el rey de Nápoles Charles II d'Anjou, decía tener mejor derecho a lucir esa corona, y en esa pretensión le respaldaban nada menos que su hermano el rey de Francia y Su Santidad el Papa Bonifacio VIII, que como de costumbre apostaba por los cercanos franceses contra los lejanos catalanes, a los que sus antecesores habían excomulgado tantas veces que se había perdido la cuenta. Bonifacio era de familia napolitana, vinculada desde hacía siglos a Francia. Tenía una historia interesante, ya que no había sucedido a un antecesor fallecido, sino a un Celestino V al que destituyó en una sublevación pía, para encarcelarlo acto seguido en un castillo de su familia, el de Fumore, donde a los pocos meses, como el otro no aceptaba fallecer por sí mismo y de buen grado, le ahorró sus penosos sufrimientos. Era un Papa, en fin, tan implacable como el que más de su gremio.

Las especulaciones de mi señor partían de que Frederic II no podría conservar el trono con sus solas fuerzas. La oportunidad para los hombres de armas catalanes, a su entender, sería excelente, pues no había en Europa una fuerza mercenaria de la que pudiera echar mano con tanta facilidad y con la que además pudiera entenderse, pues a fin de cuentas éramos todos catalanes, más o menos alejados de la casa común pero siempre catalanes, lo que significaba no sólo que la lengua era común, sino también las creencias, la filosofía ciudadana, el estilo de convivencia y, en fin, el modo general de hacer las cosas. Si no lo había hecho ya era por tiranteces con su hermano Jaume II de Aragón y con su tío Jaume II de Mallorca —yo me hacía verdaderos líos con tantos Jaumes—, y porque aquél aún necesitaba los servicios de d'Alet y d'Entença en las campañas que sostenía contra los reinos de Navarra y de Castilla. Las dos estaban abocadas a terminar más pronto que tarde, y probablemente de un modo que asegurase durante mucho tiempo la paz entre los diversos reinos cristianos peninsulares, el de Aragón, el de Castilla, el de Navarra y el de Portugal. Cuando sucediera eso las dos grandes hordas de almogávares, más la de d'Arenós, se

quedarían no sólo sin trabajo, sino en situación de inquietar a don Jaume II de Aragón, pues sería cosa de meses que regresaran al saqueo interior. Como eso el rey no se lo podía permitir, ni tampoco era tan fuerte como para iniciar una guerra civil contra los que a fin de cuentas eran los más fuertes y aguerridos de sus ejércitos, Muntaner no dudaba que más pronto que tarde los haría llegar a su necesitado hermano Frederic, junto con una buena provisión de oro para que los pagara durante algún tiempo. Desde ahí ya no serían su problema, sino el de su hermano y el de los propios almogávares, a los que quizá les costase algún trabajo dar con un lugar bajo el sol donde asentarse, pero ésa no sería la cuestión en los tiempos inmediatos. Así pues, lo que convenía era tomarse las cosas con calma y seguir escondidos en la dulce Sóller, manteniendo el contacto con los Jaumes —a la interesada cortesía del segundo debíamos ese agradable y baratísimo refugio, ya que sólo había pedido a Muntaner que controlase a los comparativamente inocentes bandoleros mallorquines— y, sobre todo, con el cada día más acorralado Frederic II de Trinacria, el Optimista.

Un año después, ya entrada la primavera de 1298, las profecías de mi señor comenzaron a cumplirse. Por entonces yo ya tenía una idea bastante clara del avispero en que nos íbamos a meter, pues Muntaner, que se había tomado en serio el hacer de mí un *aide-de-camp a la francesa*, una vez Oleguer certificara que ya era un buen almogávar *a la catalana*, me hablaba del pasado, del presente y del futuro según paseaba conmigo por el agreste paisaje de Sóller. Al principio insistía en describir las filosofías específicas de las diferentes hordas de almogávares, que a la sazón eran tres: las catalanas, las aragonesas y las valencianas. Por lo visto coincidían en lo esencial, pero había diferencias de matiz. Así, por ejemplo, la escuela catalana era la más disciplinada, si bien la más descreída y la más implacable a la hora de combatir; la valenciana era la más brutal, la más difícil de contener tras el combate y la más complicada para coordinarse con ella; la de los aragoneses, de siempre un punto contaminados de castellanos y navarros, era la más piadosa, y por ello, quizá, la más despiadada; también era la que llevaba más mujeres con ella, y más hijos, lo que no significaba que a la hora de rebanar pescuezos fuera más blanda; simplemente, aún creían en Dios. Yo no sólo escuchaba con atención, sino que después anotaba en mis códices todo lo que mi señor predicaba, pues aborrecía la simple idea de que algo se me olvidara.

Lo que más me fascinaba era oírle hablar del futuro, el cual siempre comenzaba en Trinacria, un reino cuyo destino había empeorado lo indecible a raíz de que su monarca, Manfred von Hohenstaufen, perdiera el trono y la cabeza el año 1266, en una batalla contra los franceses de la casa d'Anjou que se llamó de Bénévent. Manfred era el último de una dinastía teutona instalada en Trinacria un par de siglos antes, la cual se habría extinguido de no haber casado a su hija Constanza con nuestro rey Pere III el Gran, el cual, y pese a que Su Santidad el Papa Clemente IV patrocinase a Charles d'Anjou —hermano de Louis IX de Francia— como rey de Nápoles y de Trinacria, tenía sus planes, los cuales se apoyaban en la muy larga

relación comercial entre Catalunya y Trinacria, la cual había dado lugar a que los trinacrienses más acaudalados, y por tanto más influyentes, hablaran catalán, mientras que el francés era una lengua no sólo extranjera, sino impuesta, y sabido es que a los pueblos mediterráneos no es bueno imponerles idiomas, leyes y costumbres extrañas, y menos aún por las malas. Así, andando el tiempo, llegó 1282, con la población ya muy exasperada con los franceses invasores. Trinacria era un polvorín, y la chispa que lo inflamaría brotó en Palermo el 30 de marzo de 1282, fruto de una conspiración en toda regla, organizada y orquestada con elogiada precisión por Pere III de Aragón, en la opinión de Muntaner el más inteligente y capaz de sus iguales y de sus tiempos.

La señal para iniciar los degüellos sería el tañido de las campanas de la iglesia del Santo Spirito cuando tocasen a vísperas, aprovechando que se celebraba el Lunes de Pascua y que los franceses, no sólo desprevenidos, sino atiborrados de vino y buen comer, no sabrían defenderse. La carnicería se cobró las vidas de dos mil hijos del futuro San Luis sólo el primer día y sólo en Palermo, extendiéndose como una mancha de aceite por toda Trinacria para culminar un mes después en Mesina, donde Charles d'Anjou organizaba la enésima cruzada para recuperar los Santos Lugares. En su puerto fondeaban una flota provenzal y otra napolitana; sus jefes, al apercibirse de que sus tripulaciones serían insuficientes para encarar un populacho sediento de sangre, y temiendo que sus galeotes se pasaran al enemigo, se hicieron a la mar no parando hasta Nápoles. Se iniciaba en esa forma un conflicto delicioso, en el que no sólo se las vieron tias los franceses con los trinacrienses, sino los mallorquines con los catalanes, ya que durante algún tiempo Jaume II de Aragón y Jaume II de Mallorca militaron en campos opuestos, por defender intereses encontrados.

Los trinacrienses, a su vez, constituyeron un parlamento y se declararon república, cosa que al papa Martín IV, francés incurable, no le gustó nada, de modo que se lanzó por el sendero de las excomuniones. Viendo así los trinacrienses que su sistema democrático no tenía visos de prosperar, ofrecieron su trono a la casa de Aragón, cuyo Jaume II designó a su hermano menor para ocuparlo. El 11 de diciembre de 1295 el tal hermano fue reconocido por el parlamento de la isla rey de los trinacrienses, para ser coronado poco después con el nombre de Frederic II. Sólo tenía veintitrés años, pero había sabido sacarles jugo, pues era cauto, sereno, agresivo e implacable; un catalán de los pies a la cabeza, en suma. Sus enemigos eran formidables, nada menos que un Papa, un rey de Francia y otro de Nápoles, de modo que, realista, se afanó en buscar los mejores recursos disponibles en el mercado de mercenarios despiadados, haciéndose con un grupo de almogávares valencianos — cuatrocientos de a pie y cincuenta montados—, al mando de un Bernat de Rocafort de apenas veinticuatro años, pero que apuntaba las mejores condiciones, y que puso a las órdenes de sus más fieles hombres de armas, Guillem Galceran de Cartellà y Blasc d'Alagó, también valencianos y, aunque ya sesentones, con muchas ganas de pelea.

Gracias a Galceran de Cartellà y d'Alagó, y también a él mismo, que no dudaba

en lanzarse al combate cuando hacía falta una espada más, había logrado resistir hasta los albores de aquel 1298, aunque ya casi le asfixiaba el cerco al que le sometían los tres monarcas franceses, el de Francia, el de Nápoles y el Papa. El último, meses antes, había demostrado su talante canonizando por las buenas al último rey cruzado francés, Louis IX Capet, un antisemita furibundo y gran quemador de libros que había llevado la espeluznante Inquisición hasta el último rincón de su país. Ésas eran las razones por las cuales Muntaner, que amaba la cultura y la libertad de pensamiento como a nada en este mundo, entendía muy bien que fuera un Santo de una Iglesia cada día más tenebrosa.

Dado que las campañas peninsulares de Jaume II de Aragón estaban cerca de concluir, si no lo habían hecho ya tras devastar Burgos y León, para Muntaner era cosa de semanas que llegase a Sóller la primera de las hordas, la de Eiximenis d'Arenós, la cual ya se habría quedado sin nadie a quien saquear. No tenía claro si le convendría después seguir allí, a la espera de las otras, o dar todo el trapo con la *Balanguera* y las galeras de d'Arenós para no parar hasta Palermo. En el plano de mostrar en Trinacria un fuerza respetable sería mejor esperar a los otros capitanes, d'Alet y d'Entença, para llegar todos juntos, pero la presencia en Mallorca de unos seis mil almogávares, que más o menos resultaría eso de sumar a la suya los efectivos de las otras fuerzas, sería un peligro inaceptable para Jaume II, y de ningún modo lo quería encarar. Después de todo, Mallorca era para Muntaner un refugio seguro adonde regresar si le iban mal dadas, y de ningún modo quería perder el favor de su no siempre amable y comprensivo anfitrión.

No puedo decir de mí mismo que ardiera de impaciencia por salir hacia Trinacria. Sin tener las ideas del todo claras, sospechaba que me gustaría fallecer en mi propio lecho a muy avanzada edad, rodeado de mi esposa, mis hijos, mis nietos y, de ser posible, algún biznieto; un lecho que fuera grande y amplio, donde cupieran todos mis miembros sin que faltara uno solo, y que se hallara situado en una gran estancia, soleada y cálida, en la primera o en la segunda planta de una casa enorme que fuera enteramente mía. Con eso, más unas rentas que me permitieran tener muchos sirvientes y no privarme de nada, me conformaría, pero a pesar de que las profecías de Oleguer cuando me veía desfallecer señalaban que la mejor forma de procurarme todo eso pasaba por ser un buen almogávar, no se me ocultaba que levantar un dinero tan colosal, pues haría falta muchísimo para pagarme tan excelente vivir, requeriría pasarme la vida jugándomela cada dos por tres, y no estaba seguro de que tal cosa me llegase a gustar. A eso se debió que un buen día, con la llegada de d'Arenós ya marcada en el calendario, el buen Oleguer, preocupado por el decaído estado de mi moral, me subiera en un caballo, se subiera él en otro y enfiláramos las cinco leguas que terminaban en la *vila d'avall* de Palma, con el fin de completar mi adiestramiento en la última de las suertes y así, semanas después de haber cumplido dieciocho, pudiera considerarme a mí mismo un almogávar de pleno derecho.

Ni explicaba qué prueba final sería ésa ni yo preguntaba —Oleguer no era bueno

para preguntarle nada—, y de tan inocente como era ni siquiera empecé a sospechar tras verle detenerse frente a una fonda, señalarme los establos donde dejaríamos nuestras bestias, hacerme acarrear los bultos donde llevábamos nuestras cosas y, tras un gesto a un tipo malencarado que parecía dirigir el negocio, hacerme subir tras él hasta un cuarto que me pareció sorprendentemente lujoso. Aquí no me queda otra que señalar para mí mismo que mi vida, desde que dejé los mimos de mi madre, no había podido ser más espartana. No paramos allí mucho tiempo, el apenas necesario para repasarnos de la cosa del aseo, aunque, cosa extraña, Oleguer me ordenó que pusiera esmero al ocuparme de mis fétidos bajos, cosa que, por cierto, él hacía también.

—¿Por qué?

—Pronto lo sabrás. Calla y no discutas.

Sin más armamento que nuestras dagas —la *vila d'avall* parecía un lugar pacífico—, echamos a caminar por las estrechas, atestadas, ruidosas, malolientes y bastante sucias callejuelas, donde con llamativa regularidad se nos ofrecía de casi todo: comida, bebida, joyas, moritas vírgenes, moritas de las otras, ropas, telas y, en general, cualquier cosa que pudiera ser de valor transaccional. Yo, lo confieso, estaba un tanto escamado, sentimiento que se acrecentó al adentrarme tras Oleguer en una tasca oscura donde habitaban individuos por demás malencarados.

—Cerveza. Dos pintas.

Los malencarados nos miraban, aunque su curiosidad se diluyó tras cruzarse con los ojos de Oleguer. Sin duda sabían identificar a un almogávar, y mi maestro era de los arquetípicos.

—Bebe. Toda. De un trago.

Él hacía lo mismo, así que no protesté. Tras eso dejó una moneda en la mesa y me indicó que le siguiera.

—Oleguer.

—Qué.

—Que me estoy meando.

El tono me salió un tanto angustiado.

—Pues te aguantas, y sin quejarte, que ya eres mayorcito.

No pude replicar, pues habíamos llegado a una casucha un tanto diferente. Para empezar olía mejor, lo que no era poco, pues el aroma general de *vila d'avall* parecía conformarse a base de orines, excrementos de humanos y de bestias, indistintamente, y de todo tipo de podredumbre. También había un poquito más de luz, cuando menos en relación a la tasca. Por último, había mujeres, y no del tipo más vestido, me pareció.

Oleguer se me había quedado mirando, y me pareció que con alguna solemnidad.

—Guillem, para ser un almogávar como Dios manda te faltan dos cosas: haber matado a un hombre y haber yacido con una mujer; lo uno ya llegará, pero lo otro es cosa de ahora mismo. Déjate llevar y haz lo que te digan, aunque sin olvidar una cosa: ni se te ocurra mearte... antes. Luego, cuando acabes, lo sueltas todo. Ya te diré

por qué. Ahora, *desperta pixa!*

Ahí la vi, justo a mi derecha. No muy alta, casi una niña, el pelo muy largo y muy negro, tan negro como sus ojos. Se daría un aire a Eulari, aunque de quince años y no de diez. Me sonrió, y yo empecé a sentir un cálido descontrol. Sin saber cómo, y sin saber en cuánto tiempo, me vi en un cuarto donde había una gran cama, varios espejos y una palangana moruna. Sabiendo todavía menos, al poco me vi desnudo como un pez, reflejando mi gesto de sorpresa en uno de los espejos, mientras la dulcísima niña, mostrando una elogiabile maestría, verificaba con esmero que, además de no ser judío ni de padecer frenillo, venía esplendorosamente limpio.

—¿Cómo te llamas?

—Tous. Guillem de Tous.

—Tu primera vez, ¿verdad?

—Pues sí. ¿En qué me lo has notado?

Sonrió con algún misterio antes de responder.

—Las buenas odaliscas sabemos detectar eso, y también sabemos que cuando es la primera vez a los jóvenes os molesta reconocer que no sabéis nada de nada.

—Pues a mí no me molesta. Y dices bien: No Sé Nada.

Volvió a sonreírme, aunque a diferencia de las otras veces no me pareció un gesto profesional.

—Dentro de una hora lo sabrás todo, mi guapo niño Guillem, pero ahora déjate hacer. Sólo eso.

Lo decía dejando caer la hombrera que sujetaba su túnica. Bajo ella no había nada, salvo algo que me pareció un torrotito de pirata. Fue tan grande la impresión que ahí mismo se me olvidó, y para un muy buen rato, el estar meándome vivo.

* * *

—¿Qué tal, Guillem? ¿Contento?

Pese a que no se veía mucho percibía la sonrisa cómplice del por entonces amigable Oleguer. Era muy amplia y bastante limpia, ya que, contra lo habitual en los de su gremio, no sólo conservaba la mayoría de sus dientes y de sus muelas, sino que se los lavaba cuando menos una vez a la semana.

—Tolerablemente.

Oleguer se quedó pensándolo. No era un almogávar muy leído, entre otras cosas porque no sabía leer, y su vocabulario, en consecuencia, era explicablemente limitado.

—¿Nada más que eso?

—Bueno..., en realidad no estoy muy seguro, pero sospecho que matar gente me gustará bastante menos.

—También tiene su encanto, no vayas tú a pensar que no. ¿Has hecho lo que te dije, por cierto?

—Y como lo haría un burro que llevara un mes sin hacerlo. La chica, Loredana, lloraba de risa viéndome.

Le vi torcer el gesto, y me preocupó, como me preocupaba siempre que hacía cosas que no comprendía.

—Nunca le preguntes el nombre a una puta, Guillem.

—¿Por qué no?

—Para no correr el riesgo de recordarla.

Me lo quedé pensando, sin entender, aunque al tiempo me decía que no era cosa de preguntar, cuando menos eso. Había curiosidades más antiguas que requerían atención.

—Oye, ¿a qué vino lo de no dejarme orinar? Es que ha sido incomodísimo, ¿sabes?

—Claro que lo sé, pero tu salud lo agradecerá.

—Guillem —tono pacienzudo, de párpados medio caídos—, uno de cada cuatro almogávares anda podrido de porquerías pilladas en los burdeles. Tú te vas de putas pensando que no hay riesgo, a la chica la ves bien, limpia y oliendo a gloria, pero por dentro está hecha un asco y cuando te levantas de su cama te llevas algo que no traías al llegar. Si tomas la precaución de pimplarte una buena pinta de cerveza, y nada más acabar con la fulana te dejas ir como un caballo, lo que haya podido subirte por la rendijilla se irá con la meada, de modo que tenlo claro, ahora y para siempre: tras follar, a mear. Ni te imaginas los disgustos que te ahorrarás.

Nos echamos a reír, pero sólo un segundo, el de darme cuenta de que Oleguer se ponía en guardia. Yo lo hice también, por instinto. Aún no sabía ventear el peligro, pero al menos comprendía que si Oleguer lo percibía yo debía situarme a son de temporal.

El peligro eran tres hombres, o tres sombras, pues la callejuela estaba muy oscura. Uno era más alto, aunque no tanto como yo, y los otros eran de la talla de Oleguer. Nos miraban, quietos en medio del camino y con una mano en la cintura.

—¿Adonde vais, preciosidades?

—A tirarnos a la puta de tu madre.

Cuando mi maestro iniciaba una conversación en esa forma palaciega era bueno suponer que habría complicaciones, y más si con alguna suavidad me tocaba un brazo, para que mirase atrás. Efectivamente, allí había otro. Cuatro contra dos. Si fuéramos almogávares adultos los otros cotizarían veinte a uno de pelear a campo abierto, pero a mí aún me faltaba un hervor para ser un verdadero almogávar adulto.

El que había preguntado, que a su vez era el más alto, quizá supiera valorar acentos, pues el de Oleguer no tenía que ver con el de Sóller, pero aun así no supo captar el mensaje de peligro inminente que yo sí percibí en el tono de mi maestro. Debo aquí explicar que la filosofía del almogávar parte de un principio: dar el primero, sin avisar y tan fuerte como sea posible. Aquella vez Oleguer lo aplicó dando un salto y al tiempo una cuchillada en círculo que se llevó con ella los ojos del

que había preguntado, para tras eso y antes de que nadie pudiera reaccionar cortar de un tajo la garganta del situado a la derecha, lo que dio lugar a un excelente surtidor de sangre. Lo sé porque Oleguer me lo contó después, ya que no lo vi, concentrado como estaba en clavar mi daga moruna en la garganta del que nos cortaba la retirada, con el filo hacia fuera, de forma que al tirar con la debida fuerza saliera todo tras ella, nuez, tráquea, laringe, venas y arterias, en forma tan escandalosa como caudalosa, pero sin ruido, pues el pobre diablo ya no tenía con qué hacerlo. Tras eso me volví adonde Oleguer se hacía, tras una breve carrera, con el tercer malandrín, para degollarle de un solo tajo con una maestría de veras encomiable, fruto de mil encuentros. Como una vez me dijera él mismo, «para saber capar muy bien, Guillem, antes hay que haber cortado muchísimos cojones».

Me le quedé mirando, con cara de no comprender.

—Los muertos no explican cómo era el que los mató. Vámonos de aquí antes de que venga un alguacil y empiece a preguntar.

No soy bueno para calcular el tiempo, aunque todo aquello no debió de llevar más de un minuto, y quizá ni eso. No tardamos mucho más en vernos a salvo en nuestro cuarto de la fonda, donde Oleguer, ya menos preocupado, me miraba con reconocimiento.

—Enhorabuena. En el mismo día y con minutos de diferencia te has hecho un hombre completo. Has matado y has follado, así que ya nos puedes mirar a todos a los ojos.

Le sonreí, agradecido. Él a mí, cosa rara, también.

—¿Te sientes mal?

Me quedé pensando, intrigado.

—Pues no. Para nada. ¿Debería?

—No, claro que no. Es que algunos, la primera vez que matan, se quedan consternados. Ya sabes, lo del pecado, la salvación eterna y todo eso. Por cierto: de esto, ni se te ocurra confesarte, ¿lo entiendes bien? Me refiero a lo segundo, porque lo primero no está nada claro que sea pecado.

Volví a sonreírle, tratando de tranquilizarle.

—Hace mucho que no me confieso. No sólo desde que dejé la casa de mi madre; desde mucho antes. A ella le decía que lo hacía, pero lo cierto es que todo eso me parecen tonterías.

—Y lo son. No sé si alguna vez hubo un Dios, pero si es así algún almogávar ya se lo habrá cargado. No te quepa duda.

No hablamos más. Nos dormimos, o hicimos como que nos dormíamos. A mí, al menos, me costaba trabajo no evocar la dulzura de Loredana, su cuerpo, su magia y su arte. Definitivamente, lo de yacer con mujer me gustaba mucho. Muchísimo. En cuanto al otro desgraciado, el que fue mi primer muerto, ni me dijo nada en su momento ni me lo decía mientras me arrullaban los violentos pedos de Oleguer. Para matar, estaba claro, yo también valía.

Eiximenis d'Arenós llegó con puntualidad, lo que hablaba bien de su seriedad como empresario de la guerra. Lo hizo a bordo de seis birremes parecidas a la *Balanguera*, más tres leños de carga. Navegaban en línea de fila encabezadas por la capitana, donde mostraba su enseña Eiximenis d'Arenós. Se apreciaba en la proa el torrotito del más acreditado de los almirantes catalanes, Ferran d'Aunés; Roger de Llúria, más famoso y al que mis padres tenían por catalán, en realidad era calabrés, o eso me había explicado Muntaner. Era emocionante verlas avanzar a toda vela, del modo más airoso y con los remos en alto, hasta llegarse junto a la *Balanguera* y abarloadse cada una de la precedente, hasta quedar las siete unidas de tal modo que se podía pasar de las unas a las otras con toda comodidad. Tras eso, y a través de las planchas tendidas a estribor de la *Balanguera*, comenzaron a bajar a tierra los hombres y las bestias. Muntaner les había dispuesto un buen recibimiento, de los de asar una vaca y unos cuantos cerdos. Así, durante lo que restaba de día la horda combinada de d'Arenós, d'Aunés y Muntaner se dio el gran festín, cantando, riendo y bailando con las no pocas mujeres que los de d'Arenós traían con ellos. Al tiempo, y apartados de las mesas donde su gente se hartaba de comer, beber y festejar, los capitanes y el almirante, rodeados de sus adalides de confianza, se ponían al día los unos a los otros. Ésa, por cierto, fue la primera vez en que me vi desempeñando la que sería mi función en el futuro, la de *aide-de-camp*, pues así me presentó Muntaner al hacerme sentar en su grupo; en un extremo, cierto, pero en *el suyo*; uno donde no estaba Oleguer. Nuestro común señor sentía por él un gran aprecio, aunque su sitio no era la mesa de los capitanes.

—¿Qué sabes de Frederic?

—Que las está pasando putas. Su situación se hizo desesperada cuando hace un par de años Charles d'Anjou hizo desembarcar una fuerza de caballeros franceses muy distinguidos, al mando de un tal Hugo de Brienne —ahí pegué un respingo; de siempre había soñado en hacer con mi padre la justicia que merecían mi madre y mis abuelos, aunque jamás había sabido de su paradero—, un gigantón bastante loco y que se mostró indebidamente confiado. Estaba muy seguro de que sólo tendría enfrente unos cuantos desarrapados cochambrosos, ya que a Frederic, le habrían dicho sus espías, no podía quedarle mucho más. Para su desgracia, los tales harapientos eran dos partidas de almogávares, unos seiscientos en total. Se los habían traído de Valencia Guillem Galceran de Cartellà y Blasc d'Alagó *el Vell* —d'Arenós asintió; a los dos los conocía, y a mi señor le constaba que uno de ellos, el más viejo, le había recomendado se uniese a él en la guerra de Frederic—. Galceran de Cartellà contaba también con unos doscientos no sé si llamarles caballeros, porque no vestían armadura; cuando menos, eso sí, eran tipos que sabían luchar a caballo. Los unos y los otros se vieron frente al *castell* de Gagliano el 8 de agosto de hace dos años, y en

mala hora para el francés, pues pese a ser dos veces y media más en caballeros y cuatro en infantes, Galceran y d'Alagó se comprometieron del todo y sin dejar nada en reserva, con tanta violencia que a la media hora se habían cargado a la mayoría de los caballeros franceses, que para mayor ridículo lucían el aterrador sobrenombre de *Chevaliers de la Mort* —tono engolado, irónico—, luciendo unos horrorosos pendones negros adornados con tibias y calaveras. Ya veis, no se privaban de nada —sonrisas malévolas generalizadas—. Sólo escaparon cinco de los trescientos y unas docenas de infantes. Los nuestros no hicieron prisioneros. Degollaron a los heridos, los desnudaron y se quedaron con lo que llevaban, dejando los cadáveres al sol, para que se pudrieran deprisa y los buitres se pegaran un buen atracón. Con Hugo de Brienne hicieron lo mismo, aunque con saña. Les decía, espantado, que no se lo cargaran, que d'Anjou les pagaría por él un gran rescate, pero ya sabes cómo es d'Alagó —d'Arenós asentía, con solemnidad—. Él mismo le descuartizó, de los brazos, de las piernas y de los huevos, y además en vivo. El otro aullaba lo indecible, porque d'Alagó no se daba ninguna prisa, y es que, por lo visto, tenían cuentas pendientes muy antiguas, de cuando d'Alagó formaba tras Roger de Llúria, el cual nunca le dejó cargárselo pese a ser, todo el mundo parecía de acuerdo en eso, un completo *fill de puta*. En fin, que *descansi en pau*.

—Amén —dijo d'Arenós, santiguándose, y me lo dije yo también, aunque sólo para mí; una pena no haber sido yo quien le troceara en vivo, aunque lo importante, que un catalán le diera una mala muerte, se había conseguido; con saberlo me bastaba —, pero según eso Frederic ya estará un poco mejor, ¿no?

—Pues no, porque al negarse a dejar que le mataran puso en marcha una coalición formidable. La inspira el papa Bonifacio, que le tiene tan atravesado en la garganta como a una espina de pescado. La continúa el rey de Nápoles, Charles d'Anjou *le Boiteux*... Le llaman así por ser cojo perdido, el pobre. La prosigue su hijo Philippe de Tarento, que pese a ser un crío sueña desde hace años en hacerse una barretina con el escroto de Frederic. La termina, por ahora, Philippe IV de Francia, *le Bel* o el Hermoso, si bien aquí algo juega en favor de Frederic, y es que Su Santidad y Philippe no se pueden ni ver, por un asunto de impuestos y exenciones. Contra esta fuerza colosal Frederic sólo cuenta con el apoyo de su hermano don Jaume, y nada más. Bueno, y con nosotros si nos paga.

Una larga mirada circular. Muntaner, yo ya lo sabía, era hombre de talante muy teatral, pero el caso era que lo hacía bien, porque varios de los sentados a la mesa comenzaron a golpearla con sus puños, inflamados de un evidente deseo de gritar lo que mejor dominaban: «*Desperta ferro!*». Por lo demás, para mí era significativo que la conversación, hasta entonces sostenida en aragonés —buena parte de los oficiales de d'Arenós y de d'Aunés no hablaban otra cosa—, se pasara de golpe al escaso catalán que todos entendían, en el momento que a Muntaner le pareció más adecuado para insuflar a la bien predispuesta hueste un patente ardor guerrero.

—Los franceses controlan la costa este de la isla, rehuendo las montañas. Es

como si pensaran que cualquier día el Etna se cagará sobre sus cabezas, de modo que se hallan listos para salir corriendo a la mínima señal de que los almogávares de Galceran de Cartellà y de Blasc d'Alagó se les vienen encima, pero sólo mientras Charles y el Papa no terminen de armar la tremenda flota que se dice andan juntando, de cien galeras si no más, a cuyo bordo marchará una fuerza, dicen, de dos mil caballeros y cincuenta mil peones. Se lo toman con calma, y es que a Bonifacio y a Charles, y no tanto a *Le Bel*, les gustaría que tras barrer a Frederic siguieran hacia Tierra Santa, en plan Santísima Cruzada, como las de hace un siglo. —Los oficiales almogávares meneaban sus cabezas, consternados; «cómo pueden ser tan burros», parecían preguntarse, «con la de lugares magníficos que hay para saquear, y muchísimo más cerca»—. No hay noticias fidedignas acerca de cuándo estarán listos, aunque los informadores más fiables, que son los genoveses, dicen que antes del verano del año que viene, 1299, no podrán hacerse a la mar. De aquí a entonces, así pues, tendremos tiempo sobrado de fortificar la isla, de modo que cuando desembarquen, dondequiera que lo hagan, se lleven una sorpresa muy desagradable.

Gestos de asentimiento. Si alguien jamás había sido contestado cuando hablaba de intendencia, era Muntaner.

—¿Y qué hay del oro? Según lo describes, Frederic debe de andar tirando a tieso, ¿no?

—Sospecho que sí, d'Aunés, aunque para pagarnos desde luego que le llegará. Seríamos los últimos en dejar de cobrar, tenedlo por seguro. De sobra sabe lo que hacen los almogávares cuando sus patronos se retrasan en los abonos.

Lo decía con evidenciada tristeza, pues era notorio que lo sabía de propia carne.

—¿Negociaste alguna cifra con él?

—No, porque todo ha sido por emisarios, aunque al menos sabemos lo que ofrece: seis onzas de oro por trimestre y caballero, dos por almogávar montado y una por almogávar de a pie. Dijo también que habría condiciones muy satisfactorias para víveres, alojamientos y cosas así. Sólo eso.

—¿Cuánto más crees que se le podrá sacar? ¿Otro tanto?

Muntaner denegó con la cabeza, escéptico.

—No podrá llegar tan lejos. Un tercio más, es posible. Un cuarto, seguro. Lo que también dijo, y tiene su importancia, es que pagará por adelantado al principio de cada trimestre.

D'Arenós asintió, con buen gesto. Bien sabía que don Jaume, siempre remolón, pagaba cuando acababa el trimestre y sólo por los vivos. Los muertos, para él, eran gratis.

—¿Qué has pensado, pues?

—Zarpar antes de que la mar se caliente y nos alcancen los temporales de otoño. D'Aunés dice que necesita carenar, porque lleva los pantoques comidos de teredos; eso le llevará diez días —el marino asintió; era evidente que lo tenían hablado—. Tras eso, a los barcos. D'Entença y d'Alet planean esperar en Roses a contar con

galeras suficientes; bastará que cuando nos dejes en Palermo —por d’Aunés— vuelvas por ellos. En cuanto a Rocafort, lleva tiempo allí, a las órdenes de Blasc d’Alagó, que, como él, también es de Morella.

No debía tener más que decir, de modo que sonriendo del modo más amistoso elevó su copa; los demás hicimos lo mismo, al momento. Yo también, un poquito emocionado, aunque no tanto como para no haber anotado, con el más escrupuloso cuidado, los acuerdos que se tomaban. Ya sabía que aquélla era la primera función del perfecto *aide-de-camp*.

—¡Por Aragón!

Un rugido general. Santificaba, o eso parecía, lo que había dicho Muntaner.

* * *

Llegamos a Palermo a mediados de julio, cuando el sol trinacriense castigaba de verdad. Nos recibió el propio Frederic, que a simple vista no parecía extraordinario: bajito, barbudo y de mirada huidiza. Daba una cierta sensación de hombre acorralado del que convenía no fiarse, aunque quizá esto me lo inspiraba mi señor, pues era el primero que no se fiaba, tanto que no tardó en hacerle saber, con la mayor cortesía, que o aflojaba los cordones de la bolsa, o la tropa, que permanecía embarcada, se volvería de inmediato a Sóller. El rey, que a pesar de sólo tener veintiséis años aparentaba muchos más, y no sólo de figura, sino de sesos, aceptó que Muntaner planteaba el asunto muy en serio, tanto que aquel mismo día sus funcionarios pagadores, tras acordar las cifras totales de guerreros y marinos con Muntaner —y conmigo; yo no decidía, pero informaba y participaba; gracias a Dios mi madre puso en su momento un gran empeño en que, además de leer y escribir en varias lenguas, supiera sumar, restar, multiplicar y dividir—, nos hizo llegar hasta la última onza de oro. Por cierto, que aunque yo sólo esperaba una, de vulgar almogávar a pie, me correspondieron dos; «aún no eres caballero pero al menos ya tienes para un caballo», me dijo mi señor de un modo por demás agradable. Su talante natural, que no sé si lo he dicho, es ése: jamás dejar de lado el ser amable y nunca prescindir de los buenos modales; ni siquiera, precisaba Oleguer, a la hora de rebanar pescuezos, que también lo hacía muy bien.

Tras eso, y con todo el mundo rezumando buen humor, la fuerza desembarcó y la flota de Ferran d’Aunés volvió al mar. Sólo estuvimos allí un par de días, pues a Frederic y a los capitanes les preocupaba que la horda de almogávares vagara libremente por la ciudad, pues bien sabían cuál era su talante a poco que les dieran a probar el vino, de modo que, siguiendo un diseño acordado entre Frederic, Galceran, d’Alagó, Rocafort, Muntaner y d’Arenós, los repartieron por las diversas poblaciones costeras, en grupos no muy numerosos y más pendientes de vigilar la esperada llegada de las galeras napolitanas y francesas que de hacer frente a los que desembarcaran. El propósito era dar aviso, para que no mucho después de una

semana la fuerza entera de almogávares, a la que se habrían sumado las de Cartellà y d'Alagó, se concentrara en orden de combate frente a los invasores, antes de que se hicieran fuertes. En realidad, se consideraba más probable que desembarcaran entre Catania y Siracusa, el tramo de costa oriental que los hombres de Charles d'Anjou seguían ocupando, para desde ahí extenderse por tierra, pero convenía temer que fueran más astutos, o más imaginativos. Tal y como Muntaner repetía y repetía como un mantra de almogávar, el «por si acaso» era preferible al «quién lo iba a decir».

Meses después llegaron las hordas de Corberan d'Alet y Berenguer d'Entença. Una vez sumadas a las de d'Arenós y Muntaner, y a las de Galceran de Cartellà y d'Alagó, no permanecieron ociosas, ya que, de acuerdo con Frederic, que suministraba peones y obreros, se dedicaron a establecer una red de fortificaciones que cubriría los cuatro quintos de la isla donde gualdrapeaban las banderas de la casa de Aragón. No serían construcciones convencionales, como bastiones o murallas, sino trampas arteramente dispuestas a lo largo de los caminos por donde avanzaría la hipotética fuerza de invasión. Se trataba, sobre todo, de neutralizar lo antes posible a los caballeros, de modo que cundieran el terror y el desorden, preludios inexorables de la dispersión de los de a pie, y nada es más fácil de masacrar que una infantería en fuga. De ahí que varias docenas de cuadrillas especializadas, reforzadas por almugadenes muy expertos, ya hubieran comenzado a excavar fosos y zanjas que a su debido tiempo serían rellenados de agua, para después cubrirlos con telas embreadas sobre las que se colocarían matojos y yerbajos dispuestos del modo más traidor, a fin de que los caballeros no sospechasen, salvo en el momento en que sus pesadas monturas metieran las patas en ellas. Sería entonces cuando los despiadados almogávares los desojarían con sus chuzos, aunque sólo a los que lograran escapar de las zanjas, que no serían mayoría, porque casi todos, arrastrados por el peso de sus armaduras, se ahogarían sin remisión. No era el único tipo de trampa diseñada para oponerse a unos jinetes blindados que aún no comprendían que su sitio en la historia estaba concluyendo, pero aun así se pensaba, o Muntaner lo pensaba, que sería el más devastador.

Con frecuencia regular, Muntaner, su primo Joan y su breve horda —conmigo y con Oleguer seríamos treinta— dejábamos Palermo para recorrer las diversas costas, las diversas trampas y las diversas fortificaciones. En su obsesiva filosofía de dejar lo menos posible al incierto criterio de los dioses, mi señor examinaba los trabajos de un modo incansable, aunque solía sacar tiempo para disfrutar de algo que no poseíamos ninguno, ya que no podía ser más inadecuado para una comunidad de guerreros. Él era desde su niñez un gran estudioso de las artes, la cultura y la filosofía de los clásicos, en particular los griegos, a lo cual se debía que cuando pasábamos cerca de Agrigento jamás dejaba de visitar su misterioso Valle de los Templos. Eran seis, y pese a los dos mil años que tenían se conservaban bien, sobre todo uno que había sido reciclado en iglesia por un indeseable del siglo VI, un tal obispo Gregorio, que si bien se ocupó de que las piedras fueran respetadas lo llenó de tonterías dedicadas a san

Pedro y a san Pablo, los cuales, por lo que fuera, le caían simpáticos. Los seis templos seguían un mismo criterio funcional, enteramente dórico —ninguno salvo Muntaner tenía la menor idea de qué *carall* era el orden dórico, aunque yo ponía un empeño regular en saberlo a partir de las esperanzadas explicaciones de mi maestro, al que quizá estimulase un poquito el verme tan pendiente de sus palabras—, de planta rectangular y estilo hexástilo. El que oficialmente se llamaba Basílica de San Pietro y San Paolo era su favorito, pese a su espantoso nombre, y era que, aun sin haber seguridad en ello, su constructor lo dedicó en su momento a la más tenebrosa de las divinidades griegas, la llamada Eris, diosa de la discordia, la inquina, el desafío, la traición, las catástrofes y, en general, de la *mala llet*. En su opinión era una injusticia histórica de primera magnitud que siendo tan diosa como sus padres, Zeus y Hera, y como su mellizo Ares, dios de la guerra, fuera tan desconocida para el universo de los mortales que sólo se la recordaba por haberse cargado la Atlántida y por provocar la divertidísima guerra de Troya, esa que un tal Homero plasmó en una historia deliciosa llamada *La Ilíada* y que a Muntaner le había hecho una muy grata compañía, primero en latín y después en griego, desde los felices días de su niñez en Perelada.

—¿Era una diosa fea?

—Pienso que no, porque al menos le hicieron una hija, y eso, en el Olimpo, sólo sucedía si la diosa en cuestión no estaba mal del todo. Se llamaba Disnomia, y fue la diosa, o lo sigue siendo, del caos y del desorden, con lo cual quizá los almogávares debiéramos rendirle alguna clase de culto.

Me sonrió, y yo a él. Disfrutar de la conversación de mi señor valía para mí mucho más que cualquier onza de oro.

—Los dioses griegos, ¿se murieron todos?

Lo preguntaba sin ninguna clase de mala intención, sin ideas larvadas subyacentes. Si algo me había enseñado mi maestro, era que nada es absoluto, que todo es revisable y que la sabiduría parte de un único principio: ni jamás dar nada por supuesto ni aceptar a pies juntillas las verdades reveladas.

—No. Ahí siguen, aunque nos cueste verlos. Es que son tan humanos, tan como nosotros, que sin duda están hechos a nuestra imagen y semejanza, y no nosotros a la suya, como sostienen los judíos de su Dios y los cristianos del suyo, que a fin de cuentas son el mismo. Lo verás igual de claro que yo si lo piensas y lo analizas con un poquito de distanciamiento.

Me quedé pensando. No me tengo por lento de pensamiento, pero es que al lado de Muntaner cualquiera es una tortuga, cuando menos en lo intelectual.

—¿Tú crees —los almogávares nos tuteábamos todos con todos; era un sello común, de pertenecemos los unos a los otros, que ni los capitanes más altivos desdeñaban, por lo mucho que nos unía en el combate— que de veras eran dioses? Quiero decir... ¿inmortales, todopoderosos, y todo lo demás?

Mi maestro compuso un gesto de duda metafísica, si no de simple aunque total

escepticismo.

—Pues ni sí ni no. Vivimos en un mundo, Guillem, donde poner en duda la existencia de Dios, el nuestro, el de los cristianos, puede dar lugar a que los creyentes más devotos se lo tomen a mal y acabes achicharrado en una hoguera, como los idiotas esos que se dejaron quemar vivos en Montsegur, pero lo cierto es que ni nuestro Dios ni el de los moros, ni tampoco el de los judíos, acostumbran manifestarse. Que no se dejan ver, vaya. Los sacerdotes nos dicen que sí lo hacen, pero lo curioso es que sólo les ven ellos, de modo que no te queda otra que dar por bueno lo que te dicen que les han dicho para que te lo digan a ti, porque si no lo haces te metes en un lío. Los dioses de los griegos tampoco se dejaban ver, aunque al menos sus sacerdotes no insistían en que les contaban las cosas que predicaban ellos en su nombre, porque había tantos dioses, y sus sacerdotes decían cosas tan incompatibles las unas con las otras, que brincando entre devociones, hasta elegir la que más conviniera en cada momento, podías mantener a salvo tu conciencia y tu consciencia, de modo que no acabaras por volverte tonto del culo, porvenir inexorable de todos los creyentes, sean del tipo que sean. No el de los sacerdotes, no te confundas. Ellos son listos y saben muy bien para qué predicán lo que predicán. Los idiotas son los que aceptan sin más las bobadas que les cuentan.

Aquello me sonaba un tanto drástico, aunque de ningún modo me asustó. Como buen catalán de mi tiempo, bien sabía que no seguir las enseñanzas del mosén podía ser peligroso, aunque sospechaba que los almogávares gozábamos de alguna bula privaticia, si no por otra cosa porque, a pesar de que a la hora de combatir invocábamos a santa Maria y a sant Jordi, no teníamos ni capellanes ni sacerdotes. Éramos una fuerza de lo más cristiana, desde luego, pero ni escuchábamos misas, ni confesábamos ni comulgábamos. A ver cómo, haciendo las barbaridades que hacíamos.

—Si tú lo dices yo lo acepto, pero mi madre nos contaba, y más a mí que a mis hermanos, pues aún eran pequeños, que si no Dios en persona sus apóstoles sí se dejan ver de vez en cuando —Muntaner elevó una ceja, interesado—. Recuerdo, por ejemplo, que Santiago el Mayor, el que llegó a Compostela en una barca de piedra, se apareció al rey Ramiro I de Asturias para decirle que si al día siguiente, 23 de mayo de 844, combatía contra el moro, le tendría de su lado en un caballo blanco. Y así fue, que se cargó él solo a ni se sabe la de sarracenos, los cuales venían al mando de su rey Abderramán II en persona. Bueno —me azaraba la sonrisilla irónica que divisaba en la cara de mi maestro—, así es como lo contaba ella.

—Debió de hacerlo muchas veces, ¿no? Lo digo por lo bien que recuerdas las fechas.

—Pues sí, unas cuantas. De algo teníamos que hablar las noches de los inviernos.

—¿Y tu padre qué decía? ¿La respaldaba?

—No, qué va. Se iba, supongo que a la taberna. No es un caballero de muchas misas, supongo que lo sabes.

Muntaner sonreía, entre comprensivo y soñador.

—Querido Guillem, debes saber que la historia esa de Santiago Matamoros y su brioso corcel de capa blanca no es más que un cuento inventado hace medio siglo por un arzobispo de Toledo bastante sinvergüenza, un tal Rodrigo Jiménez de Prada, para estimular vocaciones guerreras entre los descreídos súbditos de su rey Fernando III, alias El Santo, el cual debía de ser un chupacirios de primera categoría. Vamos, incomparablemente más que nuestro bendito Jaume I, que de muy devoto, y muy creyente, bien poco fue lo que tuvo. La tal batalla, que llamaba él de Clavijo, es probable que también sea un cuento. Lo único cierto es que, por entonces, los reyes asturianos, que lo eran porque los moros de Abderramán I les ayudaron a serlo en contra de otros astures más dados a discutir, andaban denunciando el tributo de cien doncellas anuales que uno de sus primeros reyes, un tal Mauregato, hijo de mora y cristiano, había pactado con los sarracenos para que le mantuvieran en el trono. Cuesta imaginar de dónde sacarían en Asturias cien doncellas al año para pagar al moro, con lo escasas que han ido siempre, y más allí, pero ésa es otra historia. Lo que cuenta, Guillem, es que, de apariciones sobrenaturales para ganar batallas, y Clavijo ni de lejos es la única, no te creas ni una. Son cuentos de hadas escritos con segundas intenciones, aunque no se te ocurra discutirlos salvo entre nosotros, porque no está bien visto poner en duda eso que los meapilas llaman *lo más sagrado*. Acabarías *muy hecho* si lo escuchase alguno que no te quisiera bien, ¿sabes?

No sonreía. Era su gesto de advertir que hablaba muy en serio. Así me lo tomé, como hacía con todo lo que salía de su boca. No sé qué sería Dios Todopoderoso para un santo, pero a mis efectos Ramón Muntaner era Jesucristo, Santiago Matamoros, el Papa, Mahoma y Belcebú, todo en uno. Cuando menos, en aquellos hermosos días del verano de mis dieciocho años.

* * *

Durante un año, semana más o menos, la situación permaneció estable. Frederic II se fortificaba en su parte de Trinacria y Charles II hacía lo propio en la suya. No se producían enfrentamientos importantes; apenas alguna escaramuza de vez en cuando, aunque sin demasiada sangre, pues uno y otro bando sólo pretendían tantear al otro, sin conseguirlo, porque ninguno mostraba sus cartas. Al desembarcar los almogávares navarros de la última galera de Corberan d'Alet nuestra fuerza sumaba setecientos hombres de a caballo, de los que cincuenta eran caballeros, y poco más de cuatro mil infantes, en su mayoría bastante fogueados y usualmente victoriosos contra castellanos, sarracenos, provenzales y franceses. La rara calma que se vivía en la isla no podía durar, pues de todas partes nos llegaba información sobre la fuerza colosal que Charles II, respaldado por el Papa y por el rey de Francia, concentraba contra nosotros. Se hablaba de cinco mil caballeros y cincuenta mil infantes, contra los que poco podríamos hacer, ni aun sumando a los nuestros los hombres de

Frederic. La buena noticia era que tan inmensa fuerza no sería conducida por Charles II en persona, que ya tenía cincuenta y cinco mal llevados y que sin duda conservaba un pésimo recuerdo de cuando estuvo prisionero de Pere III el Gran. Prefería ceder a su hijo y heredero en el trono de Trinacria Philippe d'Anjou —el de Nápoles sería para su hijo Robert d'Anjou, un año más viejo y que desde hacía tres ya era duque de Calabria—, de apenas veintidós, la gloria de una fácil victoria contra los facinerosos catalanes contratados por Frederic. No era que ninguno de los capitanes, ni el propio Frederic, supiera mucho de Philippe, salvo su edad y que hasta entonces no había disfrutado suficientes ocasiones de lucirse, ni para bien ni para mal, pero lo último era importante. Sabiendo cómo eran los d'Anjou, y cómo solía comportarse su caballería, quizá no lo tuviéramos tan mal como auguraban los agoreros.

Uno de nuestros más audaces y esforzados informantes, y también de Frederic, era un tipo que a d'Arenós no le caía bien, aunque sí a los demás; sobre todo, a Muntaner. Su origen era extraño, raro, y ni sus modales ni su estilo casaban con los nuestros o con los propios de los trinacrienses, como tampoco lo hacía su nombre, ya que se llamaba Rutger von Blume. Su aspecto no era mediterráneo, pues además de bastante alto era rubio, pero todo tiene su explicación; la de sus misterios aparentes nos la dio él mismo mientras cenábamos en la casa de Palermo donde se alojaban Muntaner y sus hombres de confianza, entre los que nadie discutía la presencia del *aide-de-camp*.

—No sé si habéis oído hablar de los Deuschritters.

El catalán trinacriense de Blume chirriaba cantidad. Se notaba su esfuerzo en aprenderlo, pero aún tenía mucho de calabrés; sin embargo, y pese a que hablaba como si a la vez sorbiera sopa, se le comprendía. Quien lo hacía con más facilidad, tanto que si alguna vez el orador embarrancaba él le sacaba del atolladero, era Muntaner, de todos nosotros el de mejor oído y mayor don de lenguas.

—Rutger, o Roger para entendernos, se refiere a los Caballeros Teutónicos. Son como los Templarios, pero en penitentes o expiatorios. Por lo visto, estaban muy arrepentidos de sus muchísimos y horribles pecados, a saber por qué, y a eso se debía que las cruces con que se distinguían de los Templarios fueran negras en lugar de rojas, aunque sobre una túnica blanca bastante parecida. Por lo demás, hacían lo mismo: descalabrar sarracenos. En cierto modo, como nosotros, con la salvedad de hacerlo en Tierra Santa y de un modo elegantísimo, pues por algo eran caballeros.

No creo que Rutger o Roger von Blume comprendiera la explicación en el un punto irónico aragonés de Muntaner, pero hizo como que sí. Ya se le había explicado que, de los cinco capitanes, sólo Muntaner y d'Aunés tenían el catalán por lengua materna. D'Entença, d'Arenós y d'Alet lo entendían pero no lo dominaban. En cuanto a él, sabíamos por Muntaner que hablaba napolitano, calabrés, latín, griego, tedesco y el catalán que se le iba pegando de tanto tratar con él y con el rey Frederic.

—A primeros de siglo, tras regresar de la tercera cruzada, sus dirigentes, bajo el mando de un gran tipo al que habían elegido como IV Gran Maestre y que se llamaba

Hermann von Salza, pidieron al emperador Friedrich I von Hohenstaufen la compensación que les había prometido por guerrear para él en Tierra Santa, soportando ellos mismos la mayor parte de sus propios gastos. El emperador se lo pensó. No era un tipo generoso, pero le preocupaba tener desocupada cerca de su capital una fuerza de varios miles de guerreros formidables, los cuales, por si fuera poco, padecían una cierta clase de impulso místico, lo que les hacía más peligrosos de lo normal, ya que tenían por seguro que si caían en combate, defendiendo a Cristo y todo eso, tenían garantizada la eterna salvación. Al cabo de unos meses dio con la solución: concederles unos territorios pantanosos, insalubres y salvajes, en el sentido de no estar habitados por cristianos, situados más allá de sus fronteras orientales y que sus displicentes señores feudales no querían para nada. En esos territorios los Teutónicos serían libres de crear su propio lugar bajo el sol si conseguían arrebatarlos a sus recalcitrantes ocupantes, y por supuesto aceptando ser vasallos del Sacro Imperio, faltaría más. Los caballeros no lo dudaron, pues era lo que ambicionaban desde hacía lustros: un estado propio, un ejército propio y un sistema propio. Ser vasallos del Kaiser Friedrich o del que viniera detrás no les importaba, porque si algún día llegaran a ser lo bastante fuertes, y confiaban en que así sería, ya se sacudirían no sólo esa obligación, sino todas las demás. Así empezaron. No pretendo aburrirlos con la historia de lo que hicieron y de cómo lo hicieron. Sólo quiero explicar el final, nada más: al cabo de unos pocos años, pocos de verdad, habían cristianizado a los escasos indígenas que no quisieron exterminar, haciéndose con el total control del territorio y de otro tanto más, al norte y al este, del que Friedrich no sabía una palabra. Tras eso fundaron su propia capital, Marienburg o Ciudad de la Virgen María, y tras crear su propio estado, bien organizado, muy eficaz, le pusieron nombre: Ordenstaat, que viene a significar Estado de la Orden, aunque al poco, y para simplificar, decidieron llamarlo Preussen, o Prússia si lo preferís en catalán. Ellos, desde ahí, ya nunca más serían los Caballeros Teutónicos a palo seco, los Deutschritters. Antes que nada, que ninguna otra cosa, ya eran, para siempre, Los Prusianos.

A esas alturas Roger von Blume se había hecho no ya con los cinco capitanes, sino con la docena larga de caballeros —ningún almogávar; eran tan toscos que a la hora de las relaciones públicas se prefería no contar con ellos— sentados a la muy larga mesa. Por cierto, que yo estaba encantado de haber sido invitado a estar allí. A mis recién cumplidos diecinueve, sin fortuna y sin herencia, contando sólo con lo aprendido de Oleguer, de algunos otros almogávares todavía más salvajes, de dos verdaderos caballeros como Berenguer de Roudor y Ramón de Alquer, a los que tenía por mis mejores amigos y entre los que me había sentado, y sobre todo del que desde hacía tiempo consideraba un segundo padre, Ramón Muntaner, haber alcanzado aquella posición y ser tratado como un igual por los que tan pocos iguales tenían, y pese a contar con solamente un muerto en mi todavía no muy noble historial, verme allí me hacía sentir una gran satisfacción y un explicable orgullo.

—Mi padre, Richard von Blume, nació prusiano, hijo de un caballero fundador, y aquí debo explicar que si bien hacían voto de castidad, no era de las cosas que llevaban más a rajatabla, por la imperiosa necesidad de que hubiera más prusianos — le sonreímos, cómplices—. Nació guerrero y fue guerrero, aunque ya de niño destacó en algo que se valoraba mucho en Prusia y en el Imperio: la cetrería. Tenía un don especial para comprender a los halcones, y ellos debían de percibirlo, porque le obedecían mucho más que a otros que se decían halconeros sin de veras merecerlo. El tributo al emperador, que desde 1220 era Friedrich II von Hohenstaufen, se podía pagar en oro, en especies, en esclavos o en cualquier cosa que tuviera valor para él, y en Marienburg se sabía que le gustaba cazar con halcón. Así, al poco de cumplir veinticinco, le tocó llevar a la corte de Friedrich unos cuantos muy bien adiestrados, los cuales cubrirían por entero el cupo tributario asignado a Prusia en ese año. Friedrich quedó tan encantado con los animalejos que propuso a mi padre quedarse con él, en su corte y a sus órdenes, en calidad de halconero mayor. Mi padre, nos contaba mi madre, dudó lo suyo, pero acabó rindiéndose a los encantos de la corte, la cual era de tipo itinerante, si bien Friedrich II prefería permanecer lo más al sur del Imperio que le fuera posible, igual le daba Trinacria que Nápoles, Bologna o Brindisi. La razón oficial era la necesidad de poner orden, la oficiosa era controlar al loco del Papa y la real, seguramente, lo mucho que adoraba la buena vida. El clima, la comida, el vino, las mujeres y el general buen vivir de por aquí —señalaba en derredor, indiscriminadamente—, le gustaban más que nada en este mundo. Una buena prueba fue lo mucho que disfrutaba concibiendo herederos —ahí elevamos nuestras cejas, perplejos—: tuvo nada menos que once hijos legítimos de tres matrimonios y medio, y si digo *medio* es por el último, uno que fue del tipo que los sacerdotes llaman *in articulo mortis*. El Papa no lo reconoció, pero él sí, decretando legítimos a los tres hijos que tuvo con la hermosa Bianca di Lancia, de los cuales el segundo fue rey de Trinacria y el causante, al dejarse matar, de que todos nosotros estemos aquí ahora mismo. En cuanto a los ilegítimos, tengo entendido que hace muchos años se acabó por perder la cuenta.

Nos echamos a reír de buena gana, todos menos d’Arenós. No debía de gustarle aquella forma tan poco solemne de referirse a lo más sagrado, que para él eran los monarcas.

—Llevaba poco tiempo a las órdenes de Friedrich cuando en Brindisi, una ciudad y un puerto que al emperador la gustaba para pasar los inviernos, le presentaron una chica preciosa, de buena familia y mejor dote, que andando el tiempo sería la madre de mi hermano Jakob y, cuatro años después, la mía. Esto, que yo naciera, sucedió el año 1267. Mi padre, que formaba en las filas de Konradin von Hohenstaufen, un nieto de Friedrich II que deseaba recuperar el trono de Trinacria, el 24 de agosto del año siguiente se las vio con los franceses de Charles I d’Anjou, rey de Nápoles, cerca de Tagliacozzo, en los Abruzzos. Los franceses eran menos pero estaban mejor mandados, de modo que vencieron con facilidad, para sin necesidad de más batallas

conservar hasta 1282 el trono de Trinacria. Mi padre no llegó a ver eso, porque un caballero francés le reventó la cabeza con un buen golpe de mangual.

Compusimos los adecuados gestos de condolencia; eran innecesarios, porque Von Blume no buscaba conmovernos.

—Mi padre había llegado a ser un hombre rico, pero d'Anjou, rencoroso como buen francés, despojó a mi madre de todo lo que no formase parte de su dote. Así nos criamos mi hermano y yo, pasando necesidad, aunque al menos mi madre pudo darnos una educación bastante buena, cuidando de que habláramos la lengua de nuestro padre, para que así él no muriera del todo. Como cualquier hijo que vivía en una casa donde no había un hombre que impusiera orden y respeto, me crié de un modo anárquico, aunque con la suerte de que me gustaban los barcos. En Brindisi otra cosa no habría, pero galeras y carracas las veía fondear y aparejar a todas horas y de todas las banderas. Era cuestión de tiempo que alguna me aceptara de grumete, cosa que sucedió poco antes de que cumpliera quince años. La galera, bastante grande, más que las catalanas, era de la Orden del Temple. A su capitán le hacía gracia que trepara por los encordados y las jarcias más como un mono que como un niño, de modo que se interesó por saber de dónde salía yo. Una vez supo qué clase de vida era la mía, vino a mi casa, explicó a mi madre la que podría ganarme a la sombra de los caballeros templarios y, aun con gran pena y mucho llanto, mi madre no tuvo más remedio que dejarme ir, sobre todo por hacérsele claro que si no me lo permitía no dudaría en escapar. La verdad, huir de las mujeres es algo que siempre se me ha dado la mar de bien.

Otra salva de carcajadas, aunque yo no dejaba de comparar la historia de aquel Roger von Blume con la mía personal. A la vista estaba que teníamos más en común que la estatura, los ojos, el pelo y el haber sido criados por nuestras madres, sin un padre *de sangre* que nos señalara el deber y el porvenir.

—Era el año 1282. Aquí, en Trinacria, empezaba esta guerra que hoy sigue sin acabar y sin que nadie pueda predecir ni cuándo ni cómo lo hará, pero eso, en aquel tiempo, al Temple no le importaba. Su interés se concentraba en los Santos Lugares, en Acre más concretamente, la fortaleza que hasta no sé cuál de las cruzadas se había llamado San Juan de Acre. La última, la novena, terminó en 1270 con la expulsión de casi toda la presencia cristiana. La única excepción de importancia fue Acre, donde se guarecieron varios miles de resistentes. Con el tiempo llegó a ser una presencia tolerada por los sarracenos, con la que comerciaban y a cuyo través mercadeaban con los genoveses, los venecianos y los catalanes, pero la presencia en Acre de tropas nada disciplinadas hacía que la situación fuera inestable, y más desde la caída de Trípoli el año 1289. Hacia mediados de 1290 el *status quo* se sostenía como prendido con alfileres; en esas fechas, y a partir de una buena cosecha de cereal y de frutales que se registró en Galilea, el mercado de Acre se vio inundado de musulmanes. Así, como era previsible, un buen día, por cualquier nadería, que nunca se supo cuál fue, las tropas cristianas enloquecieron y se dedicaron a masacrar a todo musulmán que

pillaran comerciando en las calles de Acre. La carnicería fue de tal magnitud que al sultán de Jerusalén, un tal Khalil Al-Ashraf o algo por el estilo, se le apareció su virgen particular, la que tengan ellos, de modo que ordenó tomar Acre y acabar con la presencia cristiana en lo que para él también era Tierra Santa, sólo que musulmana. La defendían unos quince mil hombres, aunque de un modo muy desorganizado, sin un mando único. La Orden del Temple tenía más presencia que las otras, de modo que su gran maestre Guillaume de Beaujeau ejercía una autoridad nominal apenas respetada, ni por las otras órdenes ni por los mercenarios cristianos, que también había unos cuantos. El tal Khalil Al-Ashraf había movilizado una fuerza de ciento cincuenta mil sarracenos, los cuales se relamían de pensar en las riquezas que saquearían tras tomar la ciudad y degollar hasta el último pescuezo, fuera de cristiano, de cristiana, de niña o de niño. Serían, éstos, alrededor de cuarenta mil, y huelga decir que no podían estar más aterrados.

Holgaba, cierto. Roger no necesitaba dar más detalles para que nos hiciéramos cargo, ya que, después de todo, nosotros, que vivíamos de lo mismo, quizá fuéramos aún más bestias.

—El asalto comenzó el 7 de abril de 1291, con malas perspectivas, y concluyó el 29 de mayo. Los sarracenos pasaron a cuchillo a todos lo que no lograron escapar, y así acabó la presencia cristiana en los Santos Lugares, maldito para lo que haya servido. Nunca se sabrá cuánta sangre costó el capricho de no sé cuál Papa idiota de llevar la Cruz a Jerusalén, ni cuántas inconmensurables riquezas se malgastaron en esa estupidez, unas riquezas con las que habrían podido construirse docenas de universidades, por poner un ejemplo de cosas útiles de verdad. El caso es que así fueron las cosas y no merece la pena preguntarse a qué se debió la majadería de los papas, de los reyes y de los nobles que les secundaron.

Se le notaba un poso de amargura por demás sorprendente, al menos para nosotros, ya que jamás nos preguntábamos la razón de que nuestra existencia consistiera en guerrear, degollar, violar, saquear y arrasar. La excepción era Muntaner, y se le notaba en la cara que ponía. Quizá, la de reconocer en Roger von Blume uno como él, uno capaz de asomarse muy lejos en el futuro, para lo que hacía falta, lo primero de todo, saber mirar al pasado con serenidad, ecuanimidad y sin hipocresía.

—Yo no llegué a saber cuántos lograron escapar. Sé que antes de comenzar el asedio los más listos arramplaron con lo que pudieron para dirigirse a Chipre. Allí se había establecido una especie de reino latino fantasmal desde donde algún día se lanzaría una décima cruzada sobre los Santos Lugares, o eso se decían los unos a los otros, no sé si creyéndoselo ellos mismos o no. Los más acaudalados lo hicieron en sus propias embarcaciones. Los demás, en una cierta cantidad de galeras privadas que operaban desde Acre. Las había de los Templarios, de los Hospitalarios, de los Teutónicos y de no sé cuántos otros más. Yo mandaba una de las del Temple, algo más grande que las otras y más de carga que de combate. Cuando me la dieron la

bauticé *Halcón*, en remembranza de mi padre; una tontería, sí, pero a nadie le molestó. Fue mi primera nave propia, pues aunque hasta entonces había navegado en varias galeras de la Orden siempre lo hice como hermano en Cristo, sin llegar a tener el mando de ninguna. No conseguí uno hasta que me admitieron en su seno en calidad de monje sargento, que viene a ser algo así como vuestros adalides. Ser caballero, en la Orden, era bastante difícil si no venías de una buena cuna, pues entre otras cosas habrías de ser avalado por un buen número de titulares, y yo no tenía confianzas con ninguno, por lo mismo, por lo de la cuna, pero eso no viene al caso. Lo que cuenta es que gracias al *Halcón* pude sacar de Acre mil y pico desgraciados, con su oro, sus joyas y lo que abultaba menos de su ajuar, pues hacía falta todo el espacio para que cupieran más desgraciados. Hacia el final, ya bien metidos en mayo, el terror era tan espantoso que ni siquiera nos abarloábamos al muelle. Sólo dejábamos subir a los que venían en bote, porque la gente se agolpaba de tal manera para ganar los barcos que los hacían zozobrar, por exceso de peso y por no saber situarse a bordo. Nos cupo, a mis hombres y a mí, el triste honor de que nuestra nave fuera la última que aparejó de Acre; lo hicimos al atardecer del 18 de mayo, rebosando de mujeres y de niños. La ciudad cayó esa misma noche. La ciudadela de los templarios resistió hasta el 28, del modo más desesperado, pues los que se habían refugiado allí bien sabían lo que les aguardaba.

Se quedó en silencio, de un modo que me pareció un punto teatral. Lo pensaba porque tenía experiencia en los silencios teatrales de Muntaner, y aquél era de la misma escuela: de los que tienen por objeto que los oyentes se lancen a preguntar.

—¿Qué hiciste después?

Fue Muntaner, buen cómplice, quien rompió el fuego.

—Pues lo de siempre: dirigirnos a Nicosia, en Chipre. Allí mandaba Hugo XIII de Lusignan; un tipo sensato, lo suficiente para no usar su título de rey de Jerusalén. Tenía una buena relación con el Temple, y una personal conmigo todavía mejor, porque me había encargado rescatar a varias personas de su familia o amigos de su familia, cosa que tuvimos la suerte de lograr pese al caos en que se convirtió Acre al día siguiente de comenzar el asedio. Allí, en Nicosia, me hizo un último encargo: llevar a Marsella unos cuantos de sus *invitados*. No le importaba que el *Halcón* fuera una nave de carga y combate, nada propicia para llevar pasajeros en travesías muy largas con una razonable comodidad. El Mediterráneo, bien lo sabíamos los dos, estaba infectado de corsarios y de piratas, al acecho de los que habían escapado de Acre llevándose con ellos sus fortunas y que, por razones obvias, no se quedarían mucho tiempo en Nicosia. Eran unas riquezas tan tentadoras que nadie se las quería perder. El *Halcón* no sólo era una galera grande con una buena tripulación, sino muy rápida, con un palo más y por tanto una gran vela más que casi todas las de su especie, de modo que sería difícil que nos cazaran si lográbamos ganar alta mar y a poco que hubiera un poquito de viento. Le dije que sí, no sólo por no tener nada que hacer en Chipre ni tener a mano un maestro de la Orden al que pedir instrucciones,

pues los pocos que aún no habían perecido seguían en Acre, sino porque me apetecía cambiar de aires. El ambiente no podía estar más emponzoñado, tanto que la vida de un templario en Nicosia no valía más allá de unas pocas monedas, de modo que sin pensármelo más, y tras informar a la tripulación de que pasábamos a operar por nuestra cuenta, estudié una ruta más larga pero más segura, bordeando la costa de África, y a los pocos meses dejé a mi encantada carga, quince hombres, treinta mujeres y dos docenas de críos, en los muelles de Marsella.

Hizo un alto, para echar un trago y, al tiempo, estudiar las expresiones de los que más le interesaban: Muntaner, d'Arenós, Rocafort, d'Alet y d'Aunés. Por lo que fuera, Galceran de Cartellà y d'Alagó le decían menos, quizá por sus edades, ya que ninguno de los dos bajaba de sesenta, mientras los otros cinco andaban entre los veintitantos y los treinta y pocos.

—En Marsella, semanas después, un sargento de la Orden llamado Vassall me hizo saber que mis superiores andaban disgustados conmigo, por haber llevado pasajeros a Marsella no sólo sin permiso, sino sin órdenes de hacerlo. Debo explicar que haber provocado su disgusto significaba, en el mejor de los casos, verme cargado de cadenas y encerrado en un castillo de la Orden, y como los Templarios son seres con los que no es fácil debatir, pues primero te quitan todo y te sepultan en vida, y luego, cuando buenamente les parece, te oyen, aunque sin jamás aceptar lo que les dices, pensé que lo mejor para mi tripulación y para mí sería largar amarras y ocuparnos en otras cosas. Teníamos un mal futuro de seguir a la sombra de la Orden, pues supe también que me acusaban nada menos que de apóstata —mi señor y yo nos miramos, pues bien sabíamos que no hay nada peor en el catálogo pontificio—, y uno incierto, pero en esplendorosa libertad, si nos lo montábamos en propio y nos dedicábamos a lo mismo que hicimos tantos años por cuenta de la Orden: la guerra de corso bajo el pabellón de algún príncipe al que le vinieran bien unos tipos como nosotros. Ni yo ni mis hombres nos lo pensamos demasiado: abandonamos el *Halcón* en Marsella, tras decir al capitán del puerto que lo entregase al primer maestre de la Orden que apareciese por allí, agarramos nuestras cosas y embarcamos hacia Génova en una tarida mercante. Allí no tuvimos que buscar mucho para dar con una nave recién construida, también de dos palos y moderadamente similar al viejo *Halcón*. Tras conseguir un préstamo de un buen amigo y antiguo templario, Ticinio Doria, la compré, mis hombres y yo le respetamos su nombre, la *Oliveta*, y nos hicimos a la mar en busca de nuestro propio destino de corsarios con patente real.

El asunto se aclaraba: Roger, a fin de cuentas, era un fugitivo. Más o menos, lo mismo que nosotros. Él, de la Orden del Temple. Nosotros, del rey de Nápoles y por extensión del de Francia y hasta del Papa, que no nos privábamos de nada. Por mi parte, no lo puedo negar, empecé a mirarle con cariño.

—Debo decir que la Orden del Temple no es como la de los Teutónicos. Éstos han buscado toda su vida la forma de ser independientes, en su propio país y con su propio estado. Los Templarios, no. Ellos prefieren vivir a la sombra de un monarca

poderoso, el francés, quizá por dominarlo de un modo sutil, artero aunque práctico. Así, allá donde ondea el pabellón de Francia y hay algún dinero a ganar, tarde o temprano asoman ellos. Una consecuencia de hacer así las cosas es que han amasado una fortuna descomunal, ya que sus gastos de sostenimiento son muy bajos, al menos en comparación a los que hacen frente los Teutónicos y los Hospitalarios. Es tan grande que llevan muchos años desempeñando un papel muy alejado de la fe y la oración: el de banqueros. Trabajan con sólo dos clientes, el rey de Francia y el Papa de Roma, y ya van siendo unos cuantos los que consideran peligrosa esa concentración de riesgos. Más que nada, porque si algún día el rey o el Papa deciden no pagar, les será difícil convencerles de que lo hagan.

La suavidad de las palabras no se correspondía con el gesto, muy torcido, con que las pronunciaba. El significado era claro hasta para mí, pese a lo tierno de mi edad: el día que no quieran pagarles, se los cargarán, y además se quedarán con todo lo que tengan. En cuanto a la posible iniquidad de hacer tal cosa, nada más fácil para un Papa que una excomunión a lo salvaje, de las que tanto sabemos los catalanes y de las que no dejan espacio alguno a la redención. Dado que los papas y los reyes de Francia eran algo así como la uña y la roña, en cuanto se pusieran de acuerdo los unos con los otros los desdichados Templarios estarían acabados, y me parecía probable que las mismas cuentas se las hubiera echado el hermano-sargento que nos hablaba con tan descarnada claridad.

—Desde aquel día de 1292 en que nos abrimos de Marsella temiendo empezar a ver túnicas blancas y cruces rojas, servimos a diferentes señores bajo diferentes pabellones, hasta que hace tres años recalamos en Palermo para ofrecer nuestros servicios al buen Frederic II. Nos entendimos con facilidad, como sucede siempre que quienes hablan son hombres honrados. Nos dedicamos, a partir de aquel momento, a la guerra de corso contra las naves napolitanas, a llevar víveres y pertrechos a las poblaciones sitiadas y a vigilar los movimientos de las galeras de Charles d'Anjou. Llevamos capturadas unas cuantas, más de diez y más de veinte, y nos consta que nada sería más del agrado del rey de Nápoles que vernos colgando de una verga en una de sus naves, como nada le alegraría más que veros a vosotros haciendo lo mismo —asentimos, como no podía ser de otro modo—. Es evidente que luchamos por el mismo y contra los mismos, de modo que iría en nuestro beneficio general si colaborásemos y actuáramos de conserva en vez de ir cada uno por nuestra cuenta. Cuando menos, así lo vemos nosotros.

Era un punto que me gustaba de aquel hombre: hablaba en plural; unas veces decía «los míos», otra «mis tripulaciones» y otra, más general, «mis hombres», pero siempre lo hacía en plural. En nuestro caso no todos seguían la misma norma de modestia y cortesía por los subordinados. Muntaner sí, como d'Arenós y d'Aunés, pero d'Alet y d'Alagó siempre hablaban en primera persona, como si ellos y sus hordas respectivas fueran la misma cosa. En cuanto a Galceran de Cartellà, pues según le daba.

—¿Qué propones?

Resultaba natural que quien recogiera el guante fuera d'Aunés. A partir de ahí, la cena se volvió un entretenido y chispeante diálogo de almirantes. Por algo lo eran, los dos.

* * *

Meses después, en octubre de 1299, Roger von Blume nos trajo noticias no por esperadas menos inquietantes: sus contactos genoveses indicaban que la flota de Philippe d'Anjou, que había ya izado su pabellón en la galera capitana, estaba lista para dejar Nápoles. De hecho, añadía Roger por su cuenta, en aquel momento estaría navegando rumbo a Catania, el lugar donde la lógica indicaba debería desembarcar una fuerza estimada en más de diez mil infantes, si no quince mil, y bastante más de dos mil caballeros. De paso y como al desgaire, sin darle importancia, nos explicó que había cambiado su nombre ante los notarios de Frederic, no sólo para ser más fácilmente reconocido en su corte y en su ejército de caballeros catalanes, sino de alejar de sí a los sabuesos de la Orden, los cuales le constaba estarían dispuestos a pagar un buen dinero a quien se lo entregase bien cargado de cadenas. Así, en lo sucesivo, nos pedía le llamáramos Roger de Flor, lo cual, en realidad, no era otra cosa que la traducción literal al catalán del nombre con que le bautizaron en Brindisi hacía treinta y dos años, Rutger von Blume.

Frederic había ordenado congregarse el grueso de sus fuerzas, a la que ya se había incorporado la última de las hordas almogávares, la de Berenguer d'Entença, en un lugar llamado Castrojoan, situado más o menos en el centro de la isla y desde donde podía llegar en no más de cinco jornadas a cualquier punto donde Philippe desembarcara, siempre y cuando lo hiciese fuera de las zonas controladas por los soldados franceses o napolitanos. Muntaner y Galceran de Cartellà sostenían que lo haría en Catania por muy buenas razones, siendo la principal que su padre Charles d'Anjou le habría ordenado ser cauto, prudente y no correr riesgos inútiles, pero De Flor y d'Entença insistían en que no, en que dados sus inconscientes veintidós años buscaría un éxito rápido a partir de su tremenda superioridad numérica. Pasarse unos meses de plácida invernada en el este de la isla no debía de ser lo que más ambicionaba en este mundo. De ahí que los dos se manifestasen a favor de no perderles de vista, seguros de que antes de llegar a Mesina virarían al oeste, o incluso nada más zarpar de Nápoles arrumbarían a Palermo, la capital de Frederic, por la ruta más corta, dando un amplio resguardo a las Islas Eolias y pese a lo inseguro de atravesar a las bravas el siempre revuelto Tirreno. Ninguno de los dos pensaba que intentarían desembarcar en la propia Palermo, bien defendida y muy fortificada, pero en pocas leguas hacia el oeste, más allá del cabo Gallo, se desplegaba una incontable cantidad de playas y de puertos de una cierta entidad, donde poder pisar tierra sin riesgo de ser molestado por las tropas de Frederic.

A primeros de noviembre d'Aunés nos hizo saber que había divisado la flota de Philippe, estimada en unas cincuenta galeras, de las que la mitad eran de transporte —las abiertas por la popa—, y no menos de treinta leños de carga, rumbo al cabo Gallo, aunque no le pareció que su intención fuera desviarse hacia el sur, hacia Palermo, sino seguir hacia el oeste. Fuese cual fuera el punto elegido por el insensato Philippe —así comenzábamos a enjuiciarle, o lo hacían los capitanes, porque yo, la verdad, carecía de criterio; me bastaba con no perderme sus reflexiones cuando las formulaban en voz alta—, parecía claro que no pensaba iniciar la invasión con el auxilio de las tropas establecidas en la isla, sino enteramente a su aire. La conclusión era obligada: lo más sensato sería concentrarnos en Calatafimi, un punto situado a no más de ocho leguas del lugar que hubiera elegido Philippe para desembarcar —se daba por seguro que, con el rumbo que llevaba, sería uno de tres: Castellamare, Tràpani o Marsala, porque no los había mejores en ese lado de la isla—, desde donde podríamos caer sobre sus aún desorganizadas tropas tras un solo día de marcha. Era de suponer que sus espías, pues alguno debería de tener, le habrían hecho saber dónde nos concentrábamos, pero en sus cálculos no debía entrar que la infantería catalana fuera capaz de hacer en una sola jornada no ya ocho, sino doce leguas, cargada con su equipo de combate, sus víveres y sus pertrechos. Era evidente que no sabía gran cosa de cómo había luchado contra los sarracenos en los reinos de Valencia y de Murcia, o contra los castellanos en Burgos y en León.

El 29 de noviembre nos llegó la noticia de que desembarcaba en Tràpani. Frederic ordenó en el acto la marcha, un total de ocho leguas, con la intención de tomar posiciones en Falconara, media por delante de Tràpani. Allí nos vimos las dos fuerzas en las primeras horas del 1 de diciembre de 1299. Nosotros éramos setecientos de a caballo y cuatro mil de a pie. Los de Philippe serían tres veces más, tirando por bajo. Habían formado *a la francesa*, Philippe y el grueso de su infantería en el ala derecha. No sólo no se ocultaba, sino que mostraba un aspecto magnífico, de armadura resplandeciente y caballo enjaezado de un modo primoroso, con un escudero a su lado enarbolando todos sus pabellones, que tenía muchos; el principal, el de Príncipe de Tarento. El resto de su infantería ocupaba el centro, donde mostraba su guión el más afamado de sus generales, Broglio dei Bonsi, tenido por gran estratega y al que Muntaner consideraba responsable del nada imaginativo despliegue, y el grueso de la caballería formaba en la izquierda, donde ondeaba la enseña del conde de Marsico, Tommasso di San Severino, un viejo guerrero que, según d'Alagó, haría mejor si se dedicase a la educación de sus muchísimos nietos.

Nuestra distribución era simétrica: caballeros frente a caballeros e infantes contra infantes. Todo ello al estilo más clásico en las batallas de nuestro tiempo, según afirmaba Muntaner con algún pesimismo. Bien era verdad que cuando aquello comenzara el orden duraría no mucho más de media hora, o eso se pretendía, pues la superioridad de los catalanes se basaba en el caos y en el desorden, el ambiente ideal para la fuerza de infantería ligera que a fin de cuentas era la de los almogávares.

Nuestra izquierda la mandaba Blasc d'Alagó, la derecha Berenguer d'Entença y el centro el propio Frederic, con el auxilio de Galceran de Cartellà. Muntaner se hallaba junto a Frederic, y yo con él. Mi misión no sería combatir, sino llevar a d'Entença y d'Alagó las órdenes que Frederic tuviese a bien formular —las más de las veces a propuesta de Muntaner; el ejército sería de Frederic y el que lo mandaba era Frederic, pero el que pensaba era Muntaner—, y para ello contaba con un buen caballo, y como era lógico sin blindar. Mi función requería velocidad y agilidad, y ambas cosas eran incompatibles con los faldones de acero de nuestras pocas monturas acorazadas, las cuales pertenecían a otra fuerza mercenaria, la caballería de Siena; unos tipos muy estirados que no aceptaban de buen grado las órdenes de uno que no fuera Frederic, y no sólo por ser quien les pagaba, sino porque los catalanes no les gustábamos mucho. Les parecíamos protocolariamente incorrectos, por no decir una horda de bandoleros sin estilo, sin clase y sin Dios.

Frederic dejaba la iniciativa del ataque al indeciso Philippe, que se tomaba su tiempo. Los almogávares lo aprovechaban para cumplir con su rito ancestral: afilar con sus pedernales los *rellons*, las moharras y los *cortells*, y aullar como posesos «*Desperta ferro! Matem! Matem!!*». La respuesta no tardó en llegar, en forma de cortina de dardos lanzada por los ballesteros de Philippe, con la que ya se contaba, y que los almogávares desviaron sin problemas con sus *broquels*. Se sabía que los ballesteros necesitaban casi un minuto para recargar y apuntar, tiempo suficiente para que la masa de almogávares de Blasc d'Alagó cargara contra la derecha enemiga, la mandada por Philippe en persona. No era la estrategia pensada la noche antes, sino la repentizada tras ver dónde se situaba Philippe. No debía de contar con un ataque directo contra él, pues tardó en cubrirse, y cuando lo hizo ya era tarde, pues varios almogávares diestros con el chuzo y las azconas hacían por él tras despanzurrar con fría profesionalidad las monturas de los caballeros que le rodeaban —otros almogávares, expertos en el buen uso del *cortell*, marchaban tras ellos troceando del modo más ecuánime a los aterrados caballeros acorazados, ya debidamente despatarrados bajo sus bestias—, seguidos a pocos pasos por media docena de jinetes aragoneses. No eran caballeros, sino almogávares a caballo; se servían de éstos para llegar más pronto al enemigo, pero establecido el contacto desmontaban y luchaban como infantes. Los mandaba un joven caballero, él sí de pleno derecho, que a la hora de pelear era un almogávar más; se llamaba Martín Peris d'Erós y tenía muy claro su objetivo: el pescuezo de Philippe. Cuando llegó junto a su presa ésta ya reptaba por el suelo, escapando de la mole que medio le aplastaba y que un par de almogávares, uno de ellos el inefable Oleguer, habían convertido en acerico.

D'Erós sabía que, de ser posible, a Philippe había que capturarlo, no cargárselo, pero la borrachera de las batallas se había hecho con él. Aunque no llevaríamos ni una hora de combate los almogávares ya no razonaban; sólo estoqueaban, cortaban y degollaban, actividades todas ellas que no requieren un gran esfuerzo intelectual. A eso se debió que Muntaner, viendo que a Philippe ya le cercaban, me despachara con

órdenes perentorias: «que no se lo carguen, que vivo vale más que muerto». Llegué junto a d'Erós justo a tiempo, pues ya enarbolaba el *cortell* para llevar al horrorizado Philippe al efímero paraíso de los mancos, ya que bien sabíamos todos que una hemorragia de antebrazo cercenado te llevaba en minutos al de los difuntos. Me costó un poquito convencerle, pues d'Erós no era catalán, sino aragonés, y éstos no manejan igual que nosotros el arte de cambiar de idea sobre la marcha, pero ante la noticia de que Frederic le concedía una onza de oro por un Philippe completo, con todos sus miembros, se resignó a no dar cuenta de su primer príncipe de sangre real.

—¿Seguro que me la pagará? ¿Te lo ha dicho él?

—No, Muntaner, pero ya sabes que es como si lo dijera él.

Así era, por cierto. Muntaner bien sabía cómo funcionaban los almogávares a la hora del degüello, y con qué única cosa se les podía sacar de la locura descuartizadora.

—*Molt bé*. Todo para ti.

No me importó que se desentendiera de un príncipe que de nuevo creía en Dios. Oleguer, que había contemplado la escena, se rascaba el occipucio, extrañado. En su republicana concepción del universo, los príncipes de sangre real estaban para ser degollados, pues no servían para ninguna otra cosa.

—Considérese prisionero de mi señor el rey Frederic. Ha tenido mucha suerte, puede darlo por seguro, pero un mal gesto, un mal movimiento, y le degollaré yo mismo. ¿Estamos?

El príncipe Philippe, que se había despojado del yelmo, parecía un punto extrañado de que un almogávar altísimo, cuando menos en comparación con los demás, y encima rubio, le dijera todo aquello en buen francés del Llenguadoc.

—Me entrego al rey Frederic. Mi palabra está dada.

—Pues bueno. Andando.

Le señalaba la retaguardia, donde llegamos minutos después. Allí lo confié a la pequeña reserva de jinetes y almogávares que mandaba otro caballero, Pedro d'Erós —primo del otro—, y volví a la línea de batalla, por entonces tan caótica y desordenada como prefería la infantería catalana. El centro franconapolitano se había resquebrajado nada más ver que la derecha desaparecía engullida por un mar de almogávares. Sólo resistía la caballería, y no demasiado, porque los infantes catalanes, al estilo de hormigas gigantes devorando caballeros y monturas, los desmontaban y troceaban por docenas, del modo más inexorable. Oleguer me dijo, poco después, que había llevado su registro personal a treinta y dos, bastante ricos todos ellos, de modo que, aun repartiendo su botín con algún camarada, le quedaba lo bastante para empezar a pensar en alguna pequeña masía donde retirarse cuando ya no hubiera muchos pescuezos para rebanar. Debo aclarar que los almogávares preferían atacar a los caballeros por las dos bandas a la vez. Así, mientras uno le distraía provocando sus golpes de mangual o espadón, el otro le destripaba el caballo cuando no le cercenaba la pierna de un hachazo, una especialidad que a Oleguer, que

sabía servirse del *cortell* como si fuera un hacha, se le daba especialmente bien.

El rey Frederic se mostraba encantado de la vida. Buen conocedor del enemigo, quería llevar a cabo la mayor carnicería imaginable. De ahí sus órdenes, las cuales, llevado él también de la suprema embriaguez de la victoria, no sólo las daba en el catalán de la casa de Aragón, sino en el tedesco de su madre idolatrada, Constanza von Hohenstaufen: «*Kein Pardon! Keine Gefangenen!!*^[4]». Las daba en forma de grandes voces, recorriendo el campo de batalla sobre su caballo grandísimo y seguido de sus capitanes. Enarbolaba su mangual, y de vez en cuando no resistía la tentación de abrir la cabeza de algún infante napolitano con un golpe tan certero como despiadado. Según Muntaner, que como siempre se tomaba cierta distancia del poder, quería dejar claro, para que todo el mundo lo advirtiese, que la casa de Aragón seguía en plena forma, y que si él se abandonaba de aquel modo al indescriptible placer de cargarse mucha gente sólo era por poner de manifiesto ante la Historia su casta de digno hijo de Pere III el Gran, de aún más digno nieto de Jaume I el Conqueridor y, sobre todo, ejemplar biznieto del terrible Friedrich II von Hohenstaufen, el que bien mereció su apodo latino, *stupor mundi*, por lo tremendamente bestia que fue.

Tres horas después, cuando no quedaba enemigo alguno al que rematar, Frederic desmontó, exhausto aunque feliz, para reunirse con su gente de mayor rango y conocer las frías cifras de la batalla. Éstas las había preparado yo, yendo de unos capitanes a otros. No tenían nada de fiables, pero al menos servirían para un primer balance de situación, y así las explicó Muntaner a Frederic y al conjunto de los capitanes congregados ante su rey. Las bajas propias no llegaban a cien muertos y doscientos heridos de alguna consideración. Se habían perdido más de doscientos caballos, si bien esto no importaba por haber capturado al menos otros tantos. En cuanto al ejército del príncipe Philippe d'Anjou, los muertos con armadura no serían menos de seiscientos, y los infantes no bajaban de cinco mil. Entre los muertos estaba uno de sus dos capitanes principales, Broglio dei Bonsi, víctima de su discreción a la hora de combatir, pues el almogávar que le decapitó, un tal Porcell, no apreció en él nada que indicase un posible gran rescate. San Severin, el otro, tenía una mano menos que al comenzar la batalla; le habían quemado el muñón con un hierro al rojo, cosa que le provocó un explicable desmayo, aunque todo indicaba que viviría lo bastante para ser canjeado por un buen montón de oro. El botín era fabuloso, tanto el militar como el pecuniario, y es que los almogávares eran extremadamente diestros en saquear a los muertos, ya lo fueran de plena razón o próximos a sentar plaza. Frederic podía considerarse a sí mismo, con toda la razón, un rey feliz. A eso se debió su orden de acampar allí mismo, a cierta distancia de los cadáveres desnudos, no porque su vista fuera desagradable, sino porque olían, aunque no por descomposición, pues el día era bastante frío, sino porque los abiertos en canal huelen mucho a mierda, como es lógico y natural. Pretendía dar cuenta de un excelente banquete improvisado, aunque sin exagerar, pues al día siguiente marcharíamos sobre Trápani. Allí se habrían refugiado los que lograron escapar, a los que pasaríamos a cuchillo con

imparcial ecuanimidad, tanto a caballeros como a peones, aunque no eran ellos el objetivo principal, sino los pertrechos que hubieran desembarcado y, de haber suerte, las galeras que no se hubieran hecho a la mar. De aprovechar bien la colosal victoria, Charles II d'Anjou tardaría lustros en reunir una fuerza comparable. Para empezar, tendría que pagar el coste de la exterminada, y se sabía que había empeñado hasta su orinal para que se la financiaran los prestamistas judíos de una parte y la Orden del Temple de la otra, y si además la flota trinacriense resultante se acreditase como la más poderosa del Tirreno y del Jónico, Frederic podría empezar a disfrutar los placeres asociados a toda paz estable y duradera.

Por mi parte, no me sentía del todo bien. Mi papel en la batalla no fue de matar mucha gente, de modo que al final del día mi cuenta personal sólo había subido desde uno hasta cuatro, y encima eran unos pobres desgraciados cuyas tristes pertenencias dejé a los almogávares que me los apartaron, para que no me fuese a dormir esa noche de gloria sin haberme cargado a nadie. Muntaner, sin embargo, estaba satisfecho con mi actuación, y así me lo hizo saber en presencia de Frederic. En la batalla, sostenía, las buenas comunicaciones son la clave de la victoria, y gracias a los pobres tipos abnegados que se pasaban el tiempo cabalgando de un lado para otro se podían conseguir las tan estruendosas y definitivas como aquella que Frederic daba en llamar de Falconara con cierta pomposidad. Con aquel elogioso reconocimiento me habría conformado, aunque acepto que nuestro buen rey Frederic lo redondeó bastante cuando metió la mano en la bolsa de los honores urgentes y me tendió tres onzas de oro. Con aquello tenía suficiente, no podría decir otra cosa, pero lo que acabó de asombrarme, y emocionarme, fue oír su orden de que me arrodillase, para desenvainar su espada y allí mismo armarme caballero de Trinacria y de Aragón: don Guillem de Tous I Ferrer.

Mi mente, confundida, susurraba que para culminar la gloria de aquel día sólo necesitaba que se me apareciera el espectro de Loredana, pero podía vivir sin eso. Cuando menos, hasta que regresáramos a Palermo.

* * *

Con la victoria de Falconara no concluyó la guerra entre Frederic II y Charles II, por mucho que durante semanas todo el mundo en Palermo lo pensara, salvo el siempre pesimista Muntaner y el visionario De Flor. El rey Charles estaba furioso no sólo por la derrota, sino por la prisión de su hijo Philippe, que Frederic de ningún modo pensaba canjear por otra cosa que no fuera un tratado de paz con garantías, siendo la primera que lo avalaran el Papa y el rey de Francia, Philippe *le Bel*. El papa Bonifacio, a su vez, se subía por las paredes ante la desafiante actitud de los catalanes, y no sólo la de Frederic sino la de los Jaumes, el de Aragón y el de Mallorca. No concebía que un pueblo pequeño y nada refinado como era el nuestro, de lengua bárbara e incomprensible, fuera capaz de batir de un modo tan aplastante a

sus protegidos-protectores, los devotísimos franceses de la dinastía d'Anjou, siempre listos para subirse a las galeras y zarpar hacia Oriente, a recuperar de una maldita vez los Santos Lugares para la cada día más desencantada cristiandad. Los indomables catalanes no sólo no se sumaron jamás a esas expediciones, salvo en todo caso para venderles barcos —las atarazanas de Barcelona eran las más afamadas del Mediterráneo—, sino que se percibía el desprecio de sus a menudo excomulgados reyes por aquella sagrada misión divina. De ahí lo pronto que dirigió una comisión a la corte de Philippe, encabezada por un cardenal y por el propio Charles II, en demanda de una fuerza lo bastante poderosa como para doblegar al malnacido del catalán aquel, Frederic II el Anticristo, y a su horda de facinerosos desalmados.

La guerra, para fastidio de Frederic, aunque para nuestra comprensible satisfacción, aún duraría veinticinco meses más, gracias a los refuerzos que Philippe concedió a Charles II —y gracias a que los pagó el recalcitrante Bonifacio, que habría preferido yacer con Belcebú antes que sentarse a negociar con un monarca de Aragón, el que fuera de los tres—, puestos todos ellos al mando de su hermano Charles de Valois. En esos veinticinco meses tuvimos que combatir una buena cantidad de veces, aunque nunca tan a gran escala como en Falconara. Sufrimos dos asedios de consideración, uno en Mesina y otro en Xaca, los cuales hacían presagiar un combate decisivo, pero en las dos ocasiones Charles de Valois demostró que sabía retirarse a tiempo, pues fue ver llegar a la horda de facinerosos desalmados al completo, sin faltar uno solo, y embarcar su fuerza para regresar a Calabria dando todo el trapo y sin dejar un remo en alto. Hubo también duelos navales entre las escuadras de d'Aunés y De Flor, por nuestro lado, y las diversas del Valois por el otro, con resultados inciertos y en cualquier caso no decisivos, y hasta Frederic se permitió arrebatarse a Charles unas cuantas plazas y castillos en la cercana Calabria, gracias al espíritu aventurero de Bernat de Rocafort y gracias, también, a que no quedaba en Trinacria nada digno de ser saqueado. Así, de un modo lento aunque inexorable, iba siendo claro que Frederic no sólo se consolidaba, sino que, a medida que fueran cambiando de bando los calabreses y los napolitanos, en absoluto felices bajo el yugo francés, a poco que se lo pensara podría sentar sus reales en Roma tras una marcha-campaña de muy pocas semanas.

En los albores de 1302 la situación se había estabilizado. Trinacria en su totalidad estaba en manos de Frederic, así como algunas interesantes porciones de Calabria. Charles de Valois había terminado por aburrirse no sólo de aquella guerra idiota, sino de la extrema cortedad de Charles II d'Anjou y de su heredero Robert, y el papa Bonifacio, por último, se había olvidado de su particular cruzada contra los catalanes, ya que su atención la monopolizaba una disputa por asuntos herético-tributarios con el rey Philippe, la cual llevaba camino de acabar en la primera excomunión de un monarca francés. Para el molesto entuerto de Trinacria llegaba la hora de los embajadores y los diplomáticos, y aunque no tenían por delante una tarea sencilla lograron culminarla, con general satisfacción, el 31 de agosto de 1302, al firmarse la

paz de Caltabellotta, un lugar cerca de Agrigento, al sur de Trinacria.

Las negociaciones se habían conducido con inusitada discreción, aunque las aceleró bastante la orden de Philippe a sus cuatro mil caballeros estacionados en Calabria de regresar a Francia por el camino más corto. Nunca supe, ni tampoco me importaba, quiénes las condujeron, aunque me consta que Frederic buscó cuando menos el consejo de Muntaner, el único de los capitanes almogávares que sabía ver más allá del saqueo y el degüello. Lo que me importaba, y que nos importaba en general, porque nuestro futuro estaba vinculado al inminente acuerdo, era que cuando los plenipotenciarios se sentaron a firmar todo estaba debidamente pasteado. El vencedor de aquella lucha de tres generaciones y varios monarcas era Frederic, que no sólo veía reconocida su corona por Philippe IV, por Charles II y por Bonifacio VIII, sino que recibía de Charles cien mil onzas de oro, buena parte de las cuales irían a nuestras *butxaques*; recibía también del Papa el muy vacío título de rey de Jerusalén y de Chipre, y también de Cerdenya si llegase a interesarle. Por último, Frederic aceptaba retirarse de Calabria, devolviendo a Charles los castillos conquistados por Rocafort y, ya de postre, se le concedía la mano de la infanta Elionor d'Anjou, de la que Roger de Flor comentaba que no estaba mal del todo, pese a sólo tener catorce años, aunque bastante intensos, pues le habían servido para casarse a los doce contra Philippe de Toucy, un excelente partido napolitano, pero sin que al buen hombre le diera tiempo a consumir, pues a los seis meses Bonifacio descubrió que disfrutaban alguna clase de consanguinidad, de modo que anuló el matrimonio para que así Charles II pudiera volver a poner la res en el mercado. Fuera como fuese, a Frederic no le disgustó el que le calzaran aquella esposa, si así se garantizaba la paz. También influyó en su buena disposición la fama de fantásticas paridoras que arrastraban las hembras de su linaje, y él, como todo príncipe de su tiempo, necesitaba el mayor número posible de hijos y de hijas, tan necesarios para el establecimiento de alianzas y de compromisos diplomáticos.

Las gestiones de los emisarios de Frederic no fueron las únicas iniciadas desde Trinacria en la primera mitad de 1302. La más importante para nosotros los almogávares, pues de su resultado dependía nuestro futuro, la emprendió Roger de Flor con la escéptica conformidad de d'Entença, d'Alet y d'Arenós, la ilusionada pero imparcial de d'Aunés y la entusiasta de Muntaner —a Rocafort, perdido en sus conquistas de Calabria, ni le consultó; no tenía forma de hacerlo—, el cual una vez más demostraba que sabía ver tan de lejos como el propio De Flor. De hecho, fue gracias a su entusiasmo que los otros aceptaran enviar a Constantinopla dos propios elegidos por De Flor en una de las galeras de d'Aunés, a la sazón almirante de Trinacria y dueño de todo lo que flotaba. Sólo faltaba que Frederic estuviera de acuerdo, y desde luego que lo estuvo, pues su mayor preocupación una vez se firmara la paz sería qué hacer con los ocho mil catalanes y aragoneses insaciables que infectaban su isla. Sólo manifestó que su reino tendría prioridad, de modo que si las negociaciones fracasaban y la guerra se reanudaba él pudiera seguir contando con sus

mercenarios.

De Flor confiaba en que su propuesta sería bien recibida por Andrónic II Paleóleg, titular de un Imperio romano de Oriente que, por lo visto, padecía varios nombres distintos. Los había que lo llamaban Romanía, por derivación del Imperio romano del que hasta nueve siglos antes formaba parte, y para otros era Bizancio, Muntaner explicaba que quienes lo hacían no tenían las ideas claras, ya que Bizancio, en realidad, sólo era el nombre arcaico de su capital, Constantinopla, la cual se llamaba de aquella forma tan difícil desde que un tal Constantino, un emperador romano bastante meapilas, decidiera cambiar de piedad y devociones al comprobar lo poderosos que se habían vuelto los obispos cristianos, para lo cual empezó por mudarse desde Roma, rebosante por entonces de mierda y podredumbre, a su nueva y flamante capital, situada en un punto tan extraordinario que controlaba la totalidad del floreciente tráfico de mercancías entre los mares Negro y Mediterráneo. De Flor lo conocía bien, de sus tiempos al mando del *Halcón*, en los que con frecuencia fondeó no sólo en la propia Constantinopla, sino en casi todos los puertos principales del Imperio. A eso se debía, entre otras cosas, el excelente griego que hablaba, leía y escribía. Con Andrónic siempre se había entendido bien, más por su audacia de corsario con patente del Temple que por su propia jerarquía o posición personal. Sabía que Andrónic gobernaba un imperio imposible, de fronteras difusas, muy poco poblado y en el que no existía la menor consciencia de nacionalidad.

Todo ello quizá partiera de que sus ciudadanos eran una mezcla ingobernable de tracios, turcos, búlgaros, macedonios, albaneses y griegos, entre otras etnias menores. No había una lengua común, y el griego de la corte imperial apenas tenía predicamento en la mitad del Imperio, una inmensa extensión conocida por Asia Menor o península de Anatolia que se extendía más allá del mar de Mármara. Andrónic vivía una perenne pesadilla, la de que cualquier día los invasores turcos, que se habían hecho con buena parte de sus posesiones en Anatolia, cruzaran el Bósforo y les expulsaran de Constantinopla, si no algo aún peor. Su ejército, caótico, mal mandado, indisciplinado y en manos de incompetentes codiciosos, era incapaz de contenerles, y por si todo eso fuera poco tanto su comercio ultramarino como su escasa producción gremial estaba en manos de los que habían llegado como inofensivos vecinos y aspirantes a socios para convertirse, a los pocos años, en insaciables parásitos que controlaban hasta la última onza de oro que se movía en Constantinopla: los genoveses. No eran los únicos extranjeros asentados en la capital del Imperio, ya que ahí tenían consulado y pequeñas colonias los venecianos, los sicilianos, los franceses y los catalanes, pero sí eran los únicos que se atrevían a influir, no siempre con cortesía y buenos modos, en las determinaciones políticas del abrumado Andrónic II Paleóleg.

En esas condiciones era por demás explicable que la posibilidad de hacerse con una efficacísima fuerza mercenaria, la misma que había consolidado en su trono al siete años antes desahuciado Frederic II de Trinacria, y que había derrotado nada

menos que a los ejércitos pontificios, napolitanos y franceses, le ilusionara en gran medida, toda vez que no pedían demasiado, al menos en comparación a las carísimas tarifas de los mercenarios genoveses, venecianos y alanos. De llegar a contar con aquel poderoso ejército privado, que a diferencia de genoveses y venecianos estaría sólo a sus órdenes, no sólo pondría su trono a salvo, sino que podría dedicarse a liquidar a sus enemigos, uno tras otro y empezando por los turcos, aunque quizá podría ser bueno dedicar algunas caricias previas a los genoveses, cada día más impertinentes y levantiscos.

Los emisarios regresaron a primeros de 1303, cuando para Frederic ya iba siendo urgente librarse de nosotros, ya que seguíamos cobrando, comiendo, bebiendo y fornicando a su cargo. No saqueábamos, pero él debía de contar con que a no tardar volveríamos a las andadas, si no por otra cosa por mero aburrimiento. Por entonces, y aún sin aquiescencia real, Muntaner había ya trazado el formidable plan de intendencia que suponía trasladar hasta la lejana Constantinopla las hordas de d'Alet y d'Arenós, sus mujeres, sus hijos, sus esclavos, sus víveres, sus armas y, por supuesto, la flota catalana en su práctica totalidad, lo cual implicaba casi un millar de remeros y ballesteros, así como sus familias. Una primera dificultad era que no había barcos suficientes, pero eso a De Flor no le preocupaba; estaba seguro de que Frederic le cedería cuantas galeras necesitara con tal de perdernos de vista. En cuanto a la horda de d'Entença, Frederic le había hecho saber que deseaba contar con su presencia durante un año más, en previsión de cualquier posible conflicto con los franceses y los napolitanos que pudiera surgir tras materializarse los acuerdos. Lo de Rocafort era más peliagudo, pues se había lanzado por los castillos de Calabria enteramente a su aire. Los términos de la paz del Caltabellotta implicaban la inmediata retirada de Calabria de los caballeros y almogávares a sus órdenes, pero él no estaba en situación de ordenar a Rocafort que lo hiciera, so pena que aceptara pagarle, lo que de ningún modo entraba en sus cálculos, pues para empezar jamás le dijo, a Rocafort, que pusiera sus pezuñas en Calabria. Ése sería un asunto que deberían ventilar el duque Robert, hijo de Charles II, y el propio Rocafort, lo que llevaría meses, pues si el primero pensaba que sería cuestión de dar tiempo al tiempo y dejar que todo se pudriera, estaba muy confundido, pues el segundo no dudaría en reemprender su programa de saqueo y exterminio, y llevarlo tan lejos como fuera menester, incluso a la mismísima Nápoles de ser necesario. Unas cosas con otras, la horda de Rocafort tampoco sería de la partida, cuando menos en la primera expedición.

Los emisarios trajeron con ellos la oferta de Andrónic II: cada caballero con montura recibiría cuatro onzas de oro al mes, cada jinete almogávar, dos, y cada peón almogávar, una. Cada piloto de galera, cuatro; cada cómitre, tres; cada ballestero, dos; y cada remero, una. Los pagos serían cuatrimestrales y adelantados; así, el primero se realizaría en la isla de Malvasía, en el Egeo, según la flota catalana llegase a dos tercios del camino a Constantinopla. Una vez en la ciudad, la flota podría contar

con las facilidades del puerto y de las atarazanas, y los hombres, marinos y almogávares, así como sus mujeres y sus familias con instalaciones adecuadas, todo ello por cuenta del Imperio, hasta que saliesen hacia el Asia Menor para enfrentarse a los turcos.

Andrónic no quería que su ejército catalán fuera visto con desdén, ni por sus cortesanos, ni por sus funcionarios ni por sus generales. Así, Roger de Flor sería nombrado megaduque del Imperio —Muntaner me aclaró que no era mucho más que un archiduque del Sacro Imperio romano-germánico—, d'Alet sería el senescal de la infantería, d'Arenós el de la caballería y d'Aunés el almirante general del Imperio. Con aquello Roger de Flor sería el cuarto tipo más importante de Bizancio, y para que no se sintiera muy solo en tan elevada posición Andrónic II le concedía la mano de su muy querida sobrina María, hija de su hermana Irene y del Zar de Bulgaria, de apenas quince años, y que, según relataban los admirados emisarios, combinaba con exquisita perfección los rasgos mediterráneos con los eslavos y los orientales, de modo que De Flor —esto lo añadía yo para mí mismo tendría razones sobradas para estar encantado de la vida.

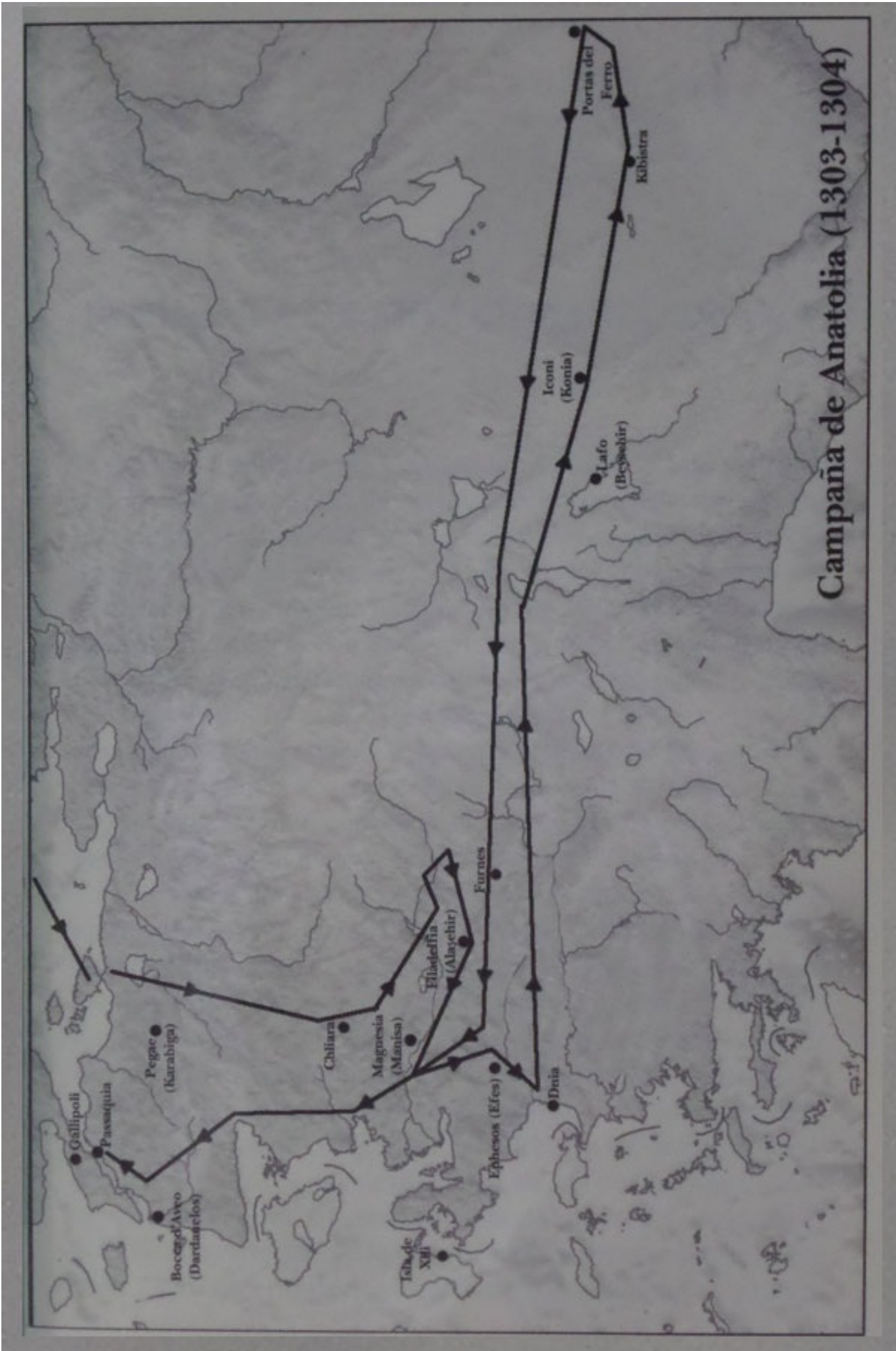
* * *

La flota catalana casi estaba lista para zarpar. Las treinta y seis naves —la mitad eran galeras de combate, y el resto leños de carga; ocho de las primeras eran catalanas y las otras diez nos las cedía el generoso Frederic, a todas luces encantado de librarse de nosotros se desplegaban por el gran puerto de Mesina, donde unas se relevaban con las otras para ceñirse a los pantalanes de forma que así pudieran embarcar los hombres y las bestias. El conjunto de la maniobra se llevaría ese día entero, 25 de agosto de 1303, a fin de que a la salida del sol la flota diese avante siguiendo a la capitana, donde mostraban su pabellón el jefe de la expedición, Roger de Flor, y su torrotito el almirante Ferran d'Aunés. Yo sería de los últimos en embarcar, pues Muntaner me había ordenado que supervisara desde lo alto del promontorio que cerraba el puerto, el conocido por cabo Peloro, el proceso de carga y asentamiento en las naves de los hombres, las mujeres, los críos, las bestias y la impedimenta. Debía prestar atención a que ninguna de las naves quedara desequilibrada, pues eso las pondría en grave riesgo de zozobrar a poco que la mar se pusiera brava, y aunque los días de aquel verano de 1303 eran uniformemente buenos, en el largo camino hasta Constantinopla nos podría pasar de todo. De ahí que llevara horas revisando desde lejos, con la mejor perspectiva, la carga y el centrado de las galeras, las barcazas y los leños, y que algún aviso de que algo no estaba bien había ya dado mediante mis disciplinados mensajeros. El que fueran tan obedientes era una cosa bastante rara, porque casi todos me habían conocido de niño de quince años que se incorpora sin saber dónde se mete a la minihorda de Ramón Muntaner, lo que ahora no les impedía tratarme con el respeto debido a los caballeros de Aragón. Me constaba que buena

parte del milagro era culpa de Oleguer, que sin hacérmelo saber había explicado a todo el que levantara una ceja que me lo había ganado y bien ganado, y que por ello me ordenó caballero el mismísimo rey Frederic, si bien, y en realidad, yo procuraba pensar en eso lo menos posible. Sólo pretendía, como era natural, hacer bien mi trabajo, a la par angustiado de que Muntaner me confiase algo de tan gran importancia y encantado de haberme ganado su respeto y el de los otros capitanes. En especial, el de un Roger de Flor al que, comprensiblemente, ya miraba como si fuera un dios.

No todo era bienestar en mi peculiar posición, ciertamente única entre los almogávares menos viejos y los caballeros más jóvenes. A veces me agobiaba el sentirme un almogávar inmaduro entre los veteranos y juiciosos caballeros, y otras el ser un caballero excesivamente inexperto entre los muy bragados almogávares. La consecuencia de lo uno y de lo otro era que a menudo me costaba dar con alguien no ya para charlar un ratito, sino para compartir mis pensamientos, preocupaciones y angustias, las propias de un jovenzuelo de diecimuchos o de veintipocos, y tan ingenuo e idealista —viene a ser lo mismo, sostenía Oleguer con desprecio de almogávar— como por desdicha se suele ser a esas edades. Muntaner no era un interlocutor para todos los días ni para todo lo que rondaba por mi cabeza, y Oleguer, por el que había llegado a sentir un gran cariño, el que los hombres bien nacidos profesan a sus hermanos mayores, era tan lacónico, tan inexpresivo y tan tosco que solía resultarme imposible cambiar con él más de diez palabras. Ramón d'Alquer y Berenguer de Roudor eran lo más parecido a unos amigos íntimos con que podía contar, pero eran caballeros de la horda de d'Alet, la desplegada en el área de Siracusa —nosotros no solíamos movernos de Palermo—, de modo que no era mucho el tiempo en el que coincidíamos. De hecho, hasta que nos vimos en Mesina y desde la última vez que compartimos cerveza y burdel, en Palermo, habían pasado más de diez semanas.

Quizá la inminente travesía me permitiera ensanchar mis relaciones personales; eso deseaba, cuando menos, pues no dejaba de sentir un punto de soledad, siquiera de vez en cuando. Las oportunidades serían grandes, ya que compartiríamos la *Balanguera* con unos cuantos jóvenes caballeros de la horda de d'Arenós con los que alguna vez había cambiado palabras, aunque sin llegar a romper la natural reserva de los que se sabían no ya mayores, sino de una casta social bastante más elevada que la mía. Con suerte, las diez o doce semanas a flote que teníamos por delante me facilitarían hacer unos amigos de mi edad y de mi condición, unos que, no podía ocultármelo a mí mismo, me hacían mucha falta.



Campana de Anatolia (1303-1304)

II

PENÍNSULA DE ARTAKI, MARZO DE 1304

Se suponía que fondear en Constantinopla sería un acto solemne: la flota catalana rodeada de muchos otros barcos que nos saludarían con respeto, admiración y agradecimiento anticipado por lo que pronto haríamos por ella y, en general, por el Imperio romano de Oriente, pero no hubo nada de todo eso. No me atrevo a decir que se nos recibiera con desdén, aunque tampoco que fuera un hecho inusitado, cuando menos para los habitantes de la ciudad. La clave, quizá, fuera ésa: Constantinopla era tan grande, y tan abrumador el paraje donde se asentaba, que nuestra flota, por mucho que me hubiera parecido imponente, tanto en Mesina como en Malvasía, tras adentrarnos en el Cuerno de Oro para ganar los pantalanes de atraque no pasaría de ser una de tantas.

Entre las naves fondeadas aquel día de finales de septiembre, tanto en el puerto mismo como ya dentro del Bósforo, perdí la cuenta de los mástiles al poco de intentar contarlos. Habría no menos de doscientos, si no el doble o incluso el triple. Constantinopla, y eso era lo que sucedía de verdad, no tenía nada que ver con la pueblerina Palermo, ni con la provinciana Barcelona. Muntaner me dijo, anticipándose a mi sorpresa, que nos hallaríamos frente a la capital de Oriente, la Roma del Este, aunque no la sucia, caótica y arruinada de nuestros días, sino la de los grandes momentos de la Historia. Constantinopla era desde hacía siglos la capital de un gran imperio, lo que se manifestaba en prácticamente todo. Claro que, me decía yo con desapasionamiento de payés, o de nieto de payeses, tan grande no podía ser si acababa recurriendo a una horda de facinerosos patibularios como al fin y al cabo éramos los almogávares. O los catalanes, y esto lo añadía por mi cuenta, intentando asentar en mi memoria lo que De Flor nos predicó poco antes de zarpar de Mesina, que a partir de aquel momento ya no éramos una *penya* de aventureros que se hacían

a la mar para ver qué podrían saquear por esos mundos de Dios. A partir de aquel día éramos la Gran Companyia Catalana d'Orient, y como tal debíamos vernos a nosotros mismos, formando parte de algo grande, pero grande de verdad. Algo que, ni lo dudaba él ni quería que lo dudáramos nosotros, no tardaría en asombrar el mundo entero. Si algo estaba claro era que Roger de Flor sabía no sólo pensar a lo grande, sino galvanizar a la gente a sus órdenes, y esto era lo que había terminado por ocurrir sin habernos dado cuenta de que ocurría: por primera vez en nuestra historia larga ya de siglo y pico, los almogávares teníamos un jefe que nos aglutinaba. Un guía, un director o, como decía De Flor cuando le asaltaba uno de sus no infrecuentes ramalazos prusianos —se había vuelto tan catalán como nosotros, aunque no del todo—, un *führer*.

La fuerza total que desembarcó en Constantinopla durante aquel día y parte del siguiente la formaban mil quinientos caballeros y jinetes almogávares; unas dos mil bestias —muchos de los primeros poseían dos o más monturas; yo no, por supuesto, pues era un caballero muy pobre, pero Muntaner, sin ir más lejos, disponía de seis—; unos cuatro mil quinientos almogávares —se nos habían unido no pocos de los que años antes Galceran de Cartellà y Blasc d'Alagó se trajeron de Valencia—; cerca de mil tripulantes de la flota —entre remeros y ballesteros; estos últimos, además, eran los encargados de trepar por los encordados y las jarcias para luego desplegar las velas; los galeotes, que si bien no los había en las galeras de combate sí eran numerosos en los leños y en las taridas^[5], se quedaban a bordo, debidamente vigilados por los encargados de hacerlo, cuya vida era tan poco envidiable como la de sus vigilados—; unas mil mujeres —en su mayoría esposas o asimiladas, más unas cuantas abuelas y tres docenas largas de las que se podrían definir como *de libre disposición*—, y multitud de niños y niñas que nadie se molestaba en contar, pero que no serían menos de dos por mujer. La flota en sí misma era heterogénea, tanto que costaba dar con dos naves gemelas. No quedaban muchas catalanas, por llamar así a las construidas en las atarazanas de Palma, Barcelona o Palamós. Muntaner aún conservaba la *Balanguera*, pues pese a lo venerable de su edad seguía siendo de las más sólidas y airoas; no en vano toda ella era del mejor roble del Cadí. Las que más abundaban eran las construidas en Palermo, en Catania o en Mesina, si bien no todas habían sido desde siempre propiedad de Frederic o de la Companyia, ya que antes navegaron bajo las banderas de Charles d'Anjou. Había también unas cuantas napolitanas y genovesas, y hasta un par de francesas, todas ellas capturadas en un momento u otro de sus vidas, aunque siempre de jóvenes. A nuestros marinos, en general, les pasaba con las galeras lo mismo que con las mujeres: a partir de una cierta edad ya no las apresaban.

Una de las galeras francesas, en particular, era la capitana de Ferran d'Aunés, que se había enamorado de su robustez, de su estructura trirreme y de sus tres palos. A eso se debía que nada más hacerse con ella frente al volcán Stromboli, un día en que se manifestaba éste un tanto irritado, le cambiara su elegante aunque inadecuado

nombre —*Le Triomphant*— por el que solían lucir sus capitanas —la *Estelada*—, y en ésas seguía. Fue a su bordo donde nos reunimos en Malvasía con los enviados de Andrónic, a los que acompañaba el cónsul catalán en el puerto de Constantinopla. Los unos venían para pagar y en todo caso maravillarse por el buen aspecto de nuestra flota, y quizá espantarse del mal aspecto de nuestros patibularios almogávares, aunque salvo eso y trasladarnos las últimas instrucciones en cuanto a dónde nos alojaríamos, no traían nada más. El que sí traía era el cónsul, un oriundo de Mataré llamado Caries Gensana que parecía comprender muy bien la nada euclídea mentalidad de la familia real en general y del emperador Andrónic en particular. Según explicó, más de la mitad de la población de Constantinopla no era griega. Las barriadas procedentes de los innumerables países del Imperio suponían tres quintos del resto; lo demás eran colonias fundadas por las diversas culturas mediterráneas, y la de mayor tamaño, influencia y riqueza era la genovesa. Era tan grande que se había establecido en un barrio separado de la ciudad, al otro lado del gran estuario de un río ya desaparecido que llamaban Cuerno de Oro. Tan importante había llegado a ser que al aprensivo Andrónic no le molestaría demasiado que, si se registrara por accidente un enfrentamiento entre los jóvenes genoveses y los almogávares de sangre caliente, nuestros capitanes, adalides y almugadenes mirasen hacia otro lado durante la hora o poco más que los tales almogávares, si eran tan eficaces como decía su fama, necesitarían para reducir a una cifra razonable la cantidad de genoveses presentes en la ciudad. No parecía que hiciese falta decir más; si acaso, un guiñar el ojo al que De Flor respondió con una beatífica sonrisa; bien sabía que a los almogávares no hacía falta estimularles a la hora de masacrar y saquear.

El emperador Andrónic y su familia nos recibieron el mismo día de nuestra llegada, poco antes de la puesta de sol, y aquí debo decir, aunque no venga muy a cuento, que si alguna cosa hermosa de verdad han visto mis inocentes ojos es un atardecer desde las altas terrazas del palacio de Blanquerna. Mi presencia en el lugar no tenía que ver con mi rango de caballero reciente —los había mucho más antiguos, y mucho más ricos, que no formaban en el cortejo de Roger de Flor—, ni con mi calidad de *aide-de-camp* del que cada día era más la mente ambulante de nuestro *führer*, sino con mis lenguas, y era que a De Flor le preocupaba la imagen de tosquedad y zafiedad que pudiéramos ofrecer a la estirada y muy sofisticada corte de Andrónic. Yo pensaba, infeliz de mí, que no sería gran cosa lo que pudiese aportar, pues era claro que seguía siendo poco más que un niño, cuando menos al lado del megaduque, sus capitanes, el almirante y los adalides principales, aunque sólo hasta ver que un muro de impenetrabilidad se alzaba entre la familia imperial y la Companyia Catalana: el de que muy pocos, en ninguno de los dos bandos, estaban en condiciones de comunicarse con los contrarios. Los dueños de la casa, en verdad refinados, además de su griego natal dominaban el latín, el búlgaro, el albanés y no iban del todo mal en turco y en rumano, y algunos, los más cultos, hasta dialogaban en un excelente francés, un buen genovés y un aceptable veneciano, pero de catalán,

una lengua tristemente minoritaria, no sabían una palabra. Por nuestra parte, y con las gloriosas excepciones de De Flor, Muntaner y yo mismo, sólo d'Aunés se atrevía con el genovés, y no demasiado, ya que su dominio de tal lengua era el apenas necesario para interrogar a los capitanes de las naves que capturaba, lo cual no se solía celebrar en el relajado ambiente y corteses ademanes de aquella recepción imperial. A eso se debió que hiciese yo de intérprete para los menos importantes, pues los más elevados en nuestro escalafón particular ya contaban con Muntaner o con el propio megaduque, a la sazón encantado consigo mismo, pues la recepción tenía por objeto la entrega de sus insignias, escudos y gallardetes, los cuales recibió del inquietante príncipe Miqueli, primogénito y heredero del emperador —bizqueaba lo indecible, a un punto tal que resultaba imposible saber adonde miraba—, y anunciar sus esponsales con la princesa María Asanina, hija del Zar de Bulgaria —una de las muchas coronas del Imperio— y de su hermana, la zarina Irene Palaiologina.

Yo compaginaba, como buenamente podía, mi natural curiosidad por la novia diminuta que le había correspondido al megaduque —nos asaltaba un cierto pitorreo por causa de su título imperial; debía de ser, creía yo, por la nula pomposidad de los catalanes en materia de tratamientos y dignidades, y más aún en el seno de una horda donde todos nos tratábamos de tú, empezando por el propio megaduque— con la fascinación que me inspiraba el ambiente general del gran salón, el lujo, la grandeza y la sofisticación que se apreciaba en todas partes y, sobre todo, por el extraordinario panorama de la ciudad inundada de luces, resplandeciente bajo la muy tenue de la luna y las estrellas, que me atraía de un modo que ni yo mismo conseguía comprender, quizá por ser la primera vez que divisaba una gran aglomeración urbana iluminada por miles de antorchas desde las alturas de un palacio real. Tanto me atraía, y tanto me hacía desviarme hacia los extremos de la inmensa balconada, que no me apercibí de la presencia de alguien que hablaba un buen francés hasta que la tuve casi encima.

—¿Le gusta el panorama?

La zarina Irene Palaiologina, en persona. Su hija me había parecido insignificante, dos ojos oscuros cabalgando una boca enorme bajo una densa mata de pelo negro, y poco más, pero la zarina era tan impresionante como imponente. Bastante más alta que su retoño, de cuerpo y formas testificantes de una madurez plena, la propia de una mujer completa, no aparentaba los años que debía de tener, los de una madre de siete hijos —alguien me había murmurado que tenía tantos como éstos, y que María Asanina era la pequeña—, cuando menos a la un punto fantasmagórica luz de las antorchas que iluminaban aquel extremo de la terraza.

—Muchísimo. Jamás habría imaginado que algún día vería una cosa tan divina como ésta. Ni soñado, tampoco.

—No me diga que los *almogavres* sueñan. Por cierto, ¡qué palabra! Me ha costado semanas aprender a pronunciarla.

Sonreía, y de un modo que me hizo pensar en una historia que de vez en cuanto

explicaba Muntaner, indiferente al hecho de que se repetía, ya que, como buen diplomático a la par que guerrero, era hombre de repertorio. Con las gentes de alto rango supongo que pondría más cuidado, pero con el sufrido *aide-de-camp* no se molestaba en preguntarme si lo que fuera en cada caso me lo había contado antes. Lo cierto era que no me importaba que se repitiera; mejor, incluso. Así hacía yo más mía la historia, la memorizaba mejor, de modo que cuando algún día tuviera ocasión de relatarla en presencia de unos ojos embobados, preferiblemente de *pubilla* deseable bien forrada, me saliera tan bien como a él. La que me venía en ese momento a la memoria era la que más me fascinaba: la de Circe, la hechicera de Corfú, y el bienaventurado de Odiseo. Quizá fuera porque hasta entonces no había logrado poner un rostro convincente a la Circe de Muntaner, cosa que no sucedería nunca más, porque si alguna mujer merecía de verdad la cara de Circe sólo podía ser la zarina Irene Palaiologina.

—Pues no sé qué harán los demás, pero yo sí que sueño. Más de lo que debería, me temo.

—Nunca se sueña demasiado, Guillem. Porque te llamas Guillem, ¿verdad? Guillem de Tous, ¿no es así?

Sorpresa, y considerable. Jamás habría imaginado que a una zarina le podría importar mi persona tanto como para enterarse de mi nombre. Una zarina que además me tuteaba, y el tuteo, en francés, bien que me lo repetía mi madre, no es tan desenfadado como en aragonés o en catalán. En francés, nos explicaba, tutearse implica una relación más profunda y amistosa de lo meramente circunstancial. Un razonamiento que me impulsaba sin freno a una exhibición de inflamada oratoria, pero algo debió de salir mal, porque sólo me salió un tartajeante:

—Sí, eso mismo.

Algo trasluciría mi cara —yo no detectaba qué podría ser—, porque la sonrisa de la zarina se intensificó.

—¿Cuántos años tienes, Guillem? ¿Veintitrés, dices? No hay mejor edad para un hombre.

Estuve a punto de preguntarle la suya, pero frené al recordar una de las sabias advertencias de mi madre: si a una pregunta jamás una mujer me contestaría la verdad, dejando de lado que nunca más me dirigiría otra vez la palabra, era ésa.

—No sabría qué decirle. Además de guerrear, y entrenarme para guerrear, no me ha dado tiempo a saber nada más.

Se quedó reflexionando. No entendí por qué, aunque luego pensé que igual me supuso más sutil de lo que realmente soy.

—Aquí, en Constantinopla, podrías aprender mucho. Y en las Blanquernas, aún más. Por ejemplo, del arte de pintar. Los antiguos griegos lo hacían de maravilla, pero pocos lo saben. Es porque trabajaban sobre yeso y estuco, unas superficies que se deshacen con el paso del tiempo, sobre todo por culpa de la humedad, y además usaban pinturas mediocres que no resistían el sol. Algunos, sin embargo, se atrevían a

pintar sobre tabla, pese a que a los dioses no les gustaba que lo hicieran y a sus sacerdotes aún menos. Ya ves, siempre que sucede algo nefasto hay un sacerdote pululando por los alrededores. Aun así, pese a todas esas desdichas, nos han llegado unos cuantos retratos de ilustres desconocidos, y es que de unos pocos, como Fidias, Eurípides o Praxíteles, todo el mundo se acuerda. También pintaban, y esto es aún más raro, pues era un pecado grandísimo que podría costar al artista ser arrojado por el Taigeto, escenas ambientadas en el templo de Diana, un lugar donde hacía tanto calor que las sacerdotisas, las llamadas vestales, iban desnudas, lo cual les venía la mar de bien para expresar los ardientes sentimientos que sentían las unas por las otras. Bien, pues varias de esas tablas las conservo a cubierto del sol, que es su peor enemigo, en mi galería privada. ¿Te gustaría verlas? Te vendría bien para iniciar tu aprendizaje sobre las maravillas que hacían los griegos de hace dos mil años.

Estaba empezando a llegarme un mensaje que prefería no valorar, porque de ningún modo me sentía cualificado para valorarlo. Ni siquiera para entenderlo.

—Para saber cosas nuevas estoy siempre dispuesto —fue lo menos estúpido que se me ocurrió.

—Celebro saberlo. Bien, pues ya tendrás noticias mías.

Volvió a sonreír, giró majestuosamente y arrumbó adonde su hija medía distancias con el que dentro de no mucho, había creído entender que una semana, la librería de la siempre fastidiosa virginidad. No podría ser mucho más tarde, porque Muntaner ya tenía instrucciones, que al día siguiente yo debería empezar a consignar en mi códice de campaña, de disponer la intendencia de modo que a la mayor brevedad, no mucho después de haber consumado el *führer* sus obligaciones maritales con la princesa de Bulgaria, la flota de la Companyia Catalana, con sus efectivos al completo, aproase a un lugar llamado Artaki, al sur del mar de Mármara, para romper el hielo con los turcos invasores, los cuales, por lo visto, habían establecido allí una colonia sin pedir antes permiso.

Aun así, me costaba concentrar la imaginación en el problema de conducir una flota y una horda como eran las nuestras tan lejos como a treinta leguas francesas, que así formulaba De Flor las distancias marinas, para desembarcar, consolidarnos, masacrar una fuerza enemiga varias veces más numerosa, sellar el istmo y prepararnos para invernar en un lugar, la península de Artaki, que según alguien acababa de relatar a Muntaner padecía un clima ideal para encarar los inviernos, cálido y dulce, aunque a menudo estropeado por atroces terremotos. No sabía por qué, pero intuía que tras las últimas palabras de la zarina Circe se agazapaban experiencias tan prometedoras como interesantes. Dios lo quisiera, porque hacía más de seis meses, desde que dejamos Palermo, que no había tenido necesidad de aguantarme las ganas de orinar.

Quizá con la zarina, me decía un momento antes de ser abducido por d'Alet, que necesitaba un intérprete con el príncipe Miqueli, pudiera no tomar tan incómodas precauciones. Limpia, y sana, desde luego que lo parecía. Y cómo no, siendo toda

una zarina, y además hermana del emperador.

Pese a todo, la dulce voz de Oleguer no dejaba de susurrar en mi cabeza: «ni te imaginas la de disgustos que te ahorrarás...».

* * *

El desembarco terminó a primeras horas de la tarde siguiente. No se preveían incidentes, aunque siempre que se deja suelta una horda de seis mil individuos de acreditada ferocidad por las animadas callejales de una gran ciudad hay riesgo de que salte una chispa, y más aún si la tal horda lleva cinco semanas embarcada sin un mal francés al que descalabrar. La chispa saltó entre un grupo de cuatro genoveses atildados que se cruzaron con un almogávar más astroso de lo usual y que se mostraba un punto despistado, ya que sin darse cuenta se había separado de su *colla*, distraído por algo que no recordaba, en el centro de una plazuela bastante concurrida, pero no tanto para impedir, por insuficiencia espacial, un intercambio de palabras al que siguió uno de insultos, después uno de golpes, que fue muy breve, y a éste uno de cuatro dagas contra un *cortell*, con desastrosos resultados para los dueños de las primeras, pues al clamor y al griterío de la preocupada multitud no tardaron en acudir más dagas y más *cortells*, con efectos extendidos al resto de la ciudad a la velocidad de una llama que correteara sobre un hilo de pólvora. Si llegué a conocer tan bien todos esos detalles fue por hacérmelos saber, con gesto de complicidad, el almogávar en cuestión, el cual no era otro que mi buen Oleguer.

Los genoveses vivían en un barrio llamado Pera. No tardaron en llegar allí las noticias de que una gran escabechina se había llevado por delante las vidas de unas cuantas docenas de jóvenes compatriotas. Los autores parecían ser los perdularios catalanes desembarcados a lo largo de la mañana y acampados al otro lado del puerto, bien arriba del Cuerno de Oro y cerca del palacio de Blanquerna. Se sabía que no eran muchos, porque no podían serlo si habían venido en sólo treinta galeras, de modo que, sin pararse a meditar, una buena cantidad de mozos irritados, conducidos por un exaltado Rosso del Finar que sin duda ejercía un gran ascendiente sobre sus voluntades, echaron a caminar hacia la gran plaza de las Blanquernas, donde se les había dicho que se congregaban los catalanes. Una vez allí dejaron de andar para empezar a pelear con una masa menos numerosa, pues ellos no bajaban de cuatro mil mientras que los catalanes no pasaban de quinientos, aunque con resultados catastróficos, pues su ataque no dejaba de ser el de unos individuos duchos en comprar y vender, en importar y exportar, y en todo caso tripular naves pacíficas, pero no en combatir a muerte contra una fuerza organizada, exquisitamente profesional y no sólo ansiosa de matar, sino muy experta en el cuerpo a cuerpo contra individuos arrogantes y mucho mejor vestidos, los cuales, al cabo de media hora, estaban muy poco vestidos, así como desprovistos de todo lo que de valor hubiesen llevado encima, empezando por el citado Rosso del Finar, el cual apareció bastante

separado de sus brazos, al mejor estilo de la Gran Companyia Catalana d'Orient, la cual, con aquello, sentaba las bases, de un modo inequívoco, de que con ella convenía gastar las menos bromas posibles.

Según d'Arenós, que un punto espantado acudió al lugar nada más llegarle las primeras noticias y al que costó lo suyo conseguir que la horda regresase a sus cuarteles, el número de cuerpos que contaron después los atónitos guardias de Andrónic se acercaba mucho a los tres mil, lo que siendo muy grave quedaba oscurecido por algo todavía peor: apenas había heridos. D'Arenós comentaba todo esto, preocupado, a De Flor, d'Alet, d'Aunés y Muntaner, y yo lo escuchaba en mi calidad de *aide-de-camp* al que todos consideraban la extensión natural de Muntaner, tan natural que a menudo ni reparaban en mi presencia. Para su evidenciada sorpresa, ninguno de sus interlocutores compuso gestos de pesadumbre. Aquello, dejaba caer De Flor, no iba en contra nuestra, sino todo lo contrario, por así haber hecho saber que con los catalanes no se jugaba, y los genoveses, hasta la tarde anterior dueños virtuales de Constantinopla, menos que nadie. No tenía sentido, por otra parte, hacer saber al ingenuo d'Arenós que aquella masacre no fue un accidente, sino un favor entre socios deseosos de llevarse lo mejor posible. De todos modos, aceptaban, sería bueno que durante unos días la Companyia no se dejara ver más allá del barrio de Blanquernas. Luego, como siempre sucedía, las aguas se remansarían ellas solas y todo el mundo, salvo quizá los genoveses recalcitrantes, volverían a mostrarse felices y contentos, de modo que la población en pleno podría celebrar, y los catalanes con ella, las bodas del megaduque y la princesa, las cuales redundarían en la dicha general y en el olvido de la matanza, para lo cual bastaría con alguna medida de tipo amnistía por parte imperial y un cierto reparto de víveres en los barrios más desfavorecidos, así como un poquito de oro para los que poseían influencia sobre la ciudadanía. Con eso bastaría para comprar la paz durante lo poco que desde ahí faltaría para que la flota, y la Companyia con ella, zarpase rumbo a la península de Artaki. Más o menos, lo mismo que se hacía en todas partes para devolver a la normalidad una población espantada por una gran carnicería. Era, por así decirlo —al menos en esa forma lo expresaba el displicente *führer*—, el procedimiento habitual de amansamiento social en casi todas las tiranías.

* * *

Los preparativos de la boda llevaban un buen ritmo, dentro de que la familia imperial no parecía que anduviese preparando un acto excepcional. Considerando la situación con la objetividad que Muntaner reservaba para conversar consigo mismo, lo que a veces sucedía en voz alta y conmigo delante —mi papel, bien lo sabía yo, era de silencioso frontón de sus pensamientos, aunque alguna vez me permitía, sin que pareciera molestarle, alguna pregunta relacionada con algo que a mi entender no estaba claro, lo cual quizá le viniera bien, pues pensar en voz alta en mi presencia era,

entre todo lo que pudiera ser, el ensayo de lo que más pronto que tarde diría delante de otros que le importaban bastante más, y cuantas menos inconsistencias se le deslizaran en el discurso, pues mucho mejor—, la Companyia Catalana era una peligrosa caterva de mercenarios a los que convenía tener contentos y tan sujetos del ronزال como fuera posible. Por otro lado, un título de megaduque no suponía gran cosa en un ente tan caótico y desorganizado como era el Imperio bizantino, para empezar porque no implicaba posición alguna en lo que llamaban *gobierno del Imperio*; la séptima hija de un zar y una zarina destronados a patadas veintitrés años antes por sus súbditos recalcitrantes —los mismos que llevaban exiliados en Constantinopla— quizá valiera menos que una potranca del montón en el mercado de yeguas de cría, y la paga que nos habían ofrecido, con ser considerable, no estaba del todo claro que llegáramos a percibirla, pues la reputación de Andrónic, similar a la de sus antecesores, era de ser no sólo un pésimo pagador, sino un déspota sin honor y con tantas palabras distintas como dioses tenía el Olimpo. La conclusión de Muntaner era que si Andrónic hacía todo aquello era con intención de controlar a la Companyia por medio de camelar a su gran capitán, para que cuando ya no fueran necesarios sus servicios poderla liquidar con los menos gastos posibles, y en ese planteamiento una séptima sobrina de nada interesantes quince años, casi dieciséis, debía de ser lo más próximo a una ganga.

—¿De veras le crees tan cínico? Al emperador, quiero decir.

—El cinismo es otra cosa, Guillem. Es un don que sólo poseen los bendecidos con una nobleza extrema, para empezar. Simplificando a la esencia, un cínico viene a ser un tipo tan desvergonzado que sólo dice la verdad, y por si eso fuera poco lo hace a las claras y con descaro, sin retorcer las palabras. Lo que hace Andrónic, en lenguaje directo y llano, es vendernos una burra por el precio de una yegua tras convencernos de que compramos una yegua. No es ni siquiera hipocresía, que también es una gran virtud, una de las más admirables con que se puede adornar el ser humano limpio de corazón y temeroso de Dios, y a la cual debemos el convivir civilizadamente sin buscarnos cada día las yugulares. —Me guiñaba un ojo y yo le correspondía con mi sonrisa más cómplice—. Lo que hacen estos sinvergüenzas es vendernos con engaños un mal producto, al estilo de los mercachifles genoveses. Por cierto, reflexiona sobre lo que les han hecho y cómo se lo han hecho. Como no andemos con cuidado, el día menos pensado nos harán lo mismo.

—¿De Flor no se da cuenta?

—Supongo que sí. Es demasiado inteligente para conceder valor a todo ese oropel con que le abruma, aunque nunca se acaba de conocer del todo a un hombre. Igual, por doloroso que pueda resultar aceptarlo, resulta que se lo han vendido.

—¿El qué? —No estaba muy seguro de seguir sin error las aguas de mi señor; ya he dicho que a la hora de razonar no tengo forma de seguirle.

—El ser megaduque, casarle con una princesa real hija de un zar y sobrina de un emperador, más toda la coba que le han dado y la que todavía le darán... No lo sé,

Guillem. No lo sé, pero todo esto me suena fatal.

Nos quedamos mirando con bastante gravedad, aunque nos sacó de nuestra concentración uno de los pajes que nos habían adjudicado. Aquí debo explicar que De Flor, los capitanes, el almirante y los *aides-de-camp* de cada uno, quienes los tuvieran —no era una peculiaridad muy extendida—, nos alojábamos en una de las alas del tercer piso del palacio de Blanquerna, ciertamente cómodos y bien atendidos por un grupo de pajes muy dispuestos de los que Muntaner no se fiaba, si bien no les ponía mala cara.

—Xor Guillem, han venido a buscarle.

Era un paje griego que decía sólo hablar griego, aunque no nos lo creíamos —veíamos espías por todas partes—; en cuanto a «xor», De Flor nos había explicado que más o menos era lo mismo que «don» en trinacriense, y en catalán también.

—¿Y quién es el que viene?

Lo preguntaba Muntaner, que pese a su liberal sentido de la vida no había perdido del todo sus instintos posesivo-feudales.

—Una de las doncellas de la Zarina Irene Palaiologina.

Muntaner y yo nos miramos, sorprendidos.

—Que pase —de nuevo mi señor; parecía interesado en conocer el origen del misterio.

La doncella, lo pensé nada más verla, era una preciosidad. Con facciones de griega, cierto —un poquito grande de nariz—, pero aun así exquisita. Quizá un punto peluda de la parte de las cejas, aunque no pude profundizar en la evaluación, porque nada más detenerse ante nosotros soltó lo que traía en un griego que me sonó la mar de musical.

—Mi señora, la zarina Irene Palaiologina, desea contar con la presencia de xor Guillem de Tous.

Nos había hecho, al tiempo, una completa reverencia, gracias a lo cual yo concluí —quizá también xor Ramón— que bajo la tenue túnica de aparente seda verde no llevaba gran cosa; cuando menos, del ombligo hacia el norte.

Volvimos a mirarnos, sin cruzar palabra, pero sí un par de gestos. El mío era del tipo «¿y qué carajo hago?»; el de Muntaner lo interpreté por un «tú verás, pero luego me lo cuentas».

—Bien, pues... guíame.

Me sonrió, y no podría definir el gesto con una palabra mejor, ni más adecuada, que deslumbrante.

—Por aquí, mi señor xor Guillem.

* * *

El palacio de Blanquerna era todavía mayor de lo grandísimo que parecía por fuera, lo cual explicaba la considerable caminata que debimos dar hasta llegar a los

apuestos de la zarina. No los compartía con su marido el Zar, el cual agonizaba desde hacía varios meses en los suyos propios, o algo así había oído Muntaner no me dijo dónde. Resultaba natural que al cabo de un rato de marchar junto a una chica bastante guapa y no a un paso desmesuradamente rápido se le preguntase cómo se llamaba, si no por otra cosa por romper el hielo.

—Yo soy Claudera, xor Guillem.

—Es un nombre muy bonito. ¿Es el de alguna diosa? Los griegos tenéis muchas, tengo entendido.

—Pues sí, es el de una diosa. La que se ocupa de la predictividad, y a ratos perdidos también de la perfidia. Hija de Eris, sobrina de Ares, nieta de Zeus y hermana de Algos, diosa del dolor; de Androctasia, patrona de las carnicerías y las masacres; de Anfilogia, de la ambigüedad y la doblez; de Ate, de la estupidez; de Disnomia, del desorden y el caos; de Fono, encargada de las matanzas de inocentes; de Hismainia, de los desafíos, las disputas y las trifulcas; de Horcos, de los juramentos y las blasfemias; de Lete, del olvido; de Limos, del hambre y la sed; de Maca, de las emboscadas, los disfraces y las trampas; de Neikea, del odio y del rencor; de Ponos, de la pena y el dolor, y, por fin, de Pseudóloga, de la mentira y el engaño. Todas diosas y todas inmortales. Ya ves, mi señor: si de verdad fuera Claudera tendría muchísimas hermanas.

—Me salen quince —me miró con algún asombro, aunque sin dejar de sonreír; si acaso, con un punto de admiración—. Si es así, la pobrecita Eris debió de pasarse la eternidad pariendo, ¿no? —Ya no era una sonrisa; era una suave carcajada—. De todos modos, algo no me cuadra —volvió a mirarme, ahora un tanto seria, pero sin dejar de caminar por unos corredores muy oscuros iluminados de cuando en cuando por lámparas de aceite tirando a desfallecientes—: las especialidades de tus digamos hermanas son todas ellas una desgracia, pero la tuya no parece horrible. Cuando menos yo diría que la predictividad no tiene nada de malo, ¿no te parece?

—La buena, la de los adivinos, los profetas, los agoreros, los augures y las sibilas, no lo tiene, porque sus predicciones las inspiran los dioses, pero la mía es malísima, porque nace del razonamiento de los hombres, el cual, por definición, es siempre perverso.

Las palabras eran serias, pero no la mirada. Se notaba que Claudera no era particularmente devota; cuando menos, de los dioses olímpicos.

—¿Tú eres pagana?

—Ya no quedan paganos. En nombre del «amaos los unos a los otros» quemaron vivos a todos los que no quisieron bautizarse, hace ya tiempo. Ahora sólo hay cristianos ortodoxos. Bueno, así nos define nuestro Patriarca. Tenemos uno, ¿sabes? —Compuse mi mejor expresión inexpresiva; sólo entonces caía en lo poquísimo que sabía de aquella esquina del cristianismo—. Desde el año 1054, cuando al Papa de Roma, León IX, si la memoria no me falla, le dio por excomulgar al arzobispo de aquí, el de Constantinopla, y éste, Miguel I Cerulario, se autodesignó Patriarca para

un segundo después excomulgar al otro, y así seguimos, excomulgados mutuamente y sin que nos importe un comino, diría yo. Debimos de caer en el lado bueno de la fe, porque aquí no se quema gente por herejía y tonterías así. Todo el mundo, en realidad, hace lo que da la gana, con cuidado de salvar las formas, por supuesto, y es que la virtud capital de la ortodoxia es la hipocresía, ¿no lo sabías?

Confieso que tanta claridad de juicio, y tan completa brillantez expositiva, no me cuadraban mucho en una doncella.

—Pues no, ciertamente. Apenas sé nada de iglesias, fe o devociones. Lo mío, desde muy pequeñito, ha sido guerrear.

Una nueva mirada, un punto más larga, y más seria.

—Eso que has salido ganando. Bien, hemos llegado.

Los aposentos de la zarina no estaban mejor iluminados que los corredores, cosa que presentía, pues recordaba un lejano comentario de mi madre acerca de lo bien que sienta la poca luz cuando las arrugas se van haciendo con una. Mi madre no es vieja, o no del todo, que sólo tendrá treinta y nueve —hacía muchísimo que no la veía, caía en ese instante con un punto de dolor—, pero sin duda que habría estado a favor de la tenue luz de las estancias como ésa donde la zarina me recibía tan imponente como unas noches antes.

—Buenas tardes, Guillem.

—Buenas tardes, alteza.

—No me trates de alteza. No aquí, a solas —no me di cuenta de cuándo ni de cómo, pero Claudera ya no estaba tras de mí—. Aquí, Guillem e Irene. ¿De acuerdo? —asentí, no particularmente inquieto ni aprensivo; lo que tuviera que suceder, sucedería, me decía con el fatalismo natural de los payeses catalanes, aunque un punto incómodo al recordar que no había ingerido la contramedida de seguridad—. Éstos son algunos de mis cuadros. Obsérvalos y dime qué te parecen, y si te gustan o no.

El primero representaba una escena presumiblemente mitológica donde un pastor bastante apuesto se rascaba el occipucio ante tres beldades vestidas con una rama de olivo la que más, una de frente al pastor mostrando una boscosidad muy pronunciada, la otra en un perfil muy sugerente y la tercera en un escorzo que resaltaba un tafanario catedralicio. Sin embargo, lo peor, lo más pecaminoso de aquel cuadro de colores desvaídos pero definición muy nítida, no era la exhibición de carne proterva y apetitosa, sino las expresiones de sus dueñas, a las cuales se les presentía enteramente a favor de ponerse a pecar con entusiasmo.

—¿Quiénes son?

—El pastor es Paris, príncipe de Troya e hijo del rey Príamo y de la reina Hécuba. No era un pastor profesional, te lo aclaro. Salía con el ganado sólo de vez en cuando, por entretenerse o relajarse, ya que normalmente hacía otras cosas, las propias de los príncipes. En cuanto a ellas, son inmortales, y digo *son* porque jamás han dejado de serlo. La delgaducha es Atenea, diosa de la cultura y la sabiduría; divina, pero fría.

Los antiguos sospechaban que igual era un poco frígida. La guapísima, la de veras perfecta, es Afrodita, la diosa del amor. La metida un poquito en carnes y algo mayor que las otras es Hera, diosa del matrimonio, de la fidelidad conyugal y de la maternidad. Por cierto, era también la patrona de Bizancio cuando este horror — señalaba en derredor, indiscriminadamente— aún no se llamaba Constantinopla. ¿Cuál te gusta más?

No soy muy sutil, creo que ya lo he dicho, pero la ocasión no era de las que reclaman grandes y profundos intelectos. Vamos, que aquello no podía estar más claro.

—Hera.

Me sonrió, un punto burlona.

—¿Lo dices para no desilusionarme? Soy una zarina muy comprensiva, Guillem.

—No. Lo digo porque hasta hoy jamás había estado a solas con una diosa. Con una de carne y hueso.

De muchas carnes, me habría gustado precisar, pero no era el caso, porque la zarina Hera-Circe hacía por mí con patente resolución. Como afirmaba Oleguer de algunas de las mujeres sin compañero estable que hacían su vida con nosotros, y a las que nadie trataba con desprecio ni jamás se les dirigía una mala palabra, la zarina, esa tarde, no tenía el espíritu para ruidos.

* * *

La escena superaba lo que habría podido dar de sí mi muy justita, bastante raquíica imaginación. Para empezar, me hallaba semisumergido en algo de cuya existencia sabía por Muntaner pero que jamás había visto al natural. El nombre, según creía, era *bañera pompeyana*, pero aquella debía de ser la del tipo para elefantes, porque más parecía una piscina. El agua, muy caliente, se mantenía en esa temperatura gracias a los esfuerzos de un tipo de aspecto raro, no feminoide aunque tampoco de plena virilidad, que según Claudera era natural de Albania y además eunuco, a mayor precisión el favorito de la zarina. Se llamaba Jadup y yo seguía sin saber a qué le sonaría la voz, pues tenía entendido que la de los eunucos era como atiplada, más propia de los niños impúberes que de los machos de pelo en pecho. La zarina, tumbada de bruces en una especie de camastro situado a pocos pies de distancia, se dejaba meter mano por otro de sus eunucos, el cual estaba especializado, por lo visto, en devolver firmeza y buen tacto a unas formas que acusaban una dolorosa propensión a desplomarse, aunque todavía no insalvable. Claudera, por último, también ocupaba la bañera-piscina, si bien su función no tenía que ver con la relajación, sino con la limpieza. Esto último venía determinado porque a la conclusión del segundo encuentro —el primero no contaba; venía yo con los pañoles amorosos tan a reventar que fue visto y no visto—, la zarina se quejó con diplomática dulzura de que los caballeros catalanes no prestaban a la higiene las atenciones que

deberían, lo cual pensaba ella remediar de un modo que no me disgustaría. No lo hacía, era verdad, pese a encontrar un punto indecoroso que Claudera me lavara tan a conciencia y sin olvidar ningún resquicio, lo cual hacía vestida con una especie de túnica, pero tan en la bañera como yo, de modo que su atavío ya era una segunda piel. Sumado eso a lo inusitado de la situación, la contemplación de su cuerpecito perfecto, su expresión de travesura contenida y lo a conciencia que se ocupaba de mis más oscuros rincones, había dado lugar a que resurgiera de mi explicable molicie y me hallara, como habría explicado Muntaner, en un pronunciado primer tiempo de saludo.

—Ya veo que has regresado —dijo la zarina desde su triclinio.

Yo no sentía ninguna incomodidad, pese a la merma de intimidad a manos de dos eunucos y una criatura que sin duda merecía su nombre de diosa perversa. Empezaba yo a preguntarme si en la tercera sesión nos dejarían solos, cuando vi desaparecer a los eunucos. A Claudera, no. Había dejado la bañera, escurriendo al tiempo su túnica empapada, pero debió de pensárselo mejor, pues tras volverse —Muntaner decía que cuando una mujer te da la espalda es porque así se convence a sí misma no ya de que no la miras, sino de que no estás ahí; hasta ese momento jamás lo había entendido—, soltó la hombrera que la mantenía en su sitio, para mostrarme una espalda, un trasero, unos muslos y unas pantorrillas tan perfectas que si algo me faltaba para llegar al punto que d'Aunés llamaba *zafarrancho de combate* —su catalán estaba penosamente contaminado de aragonés— lo adquirí allí mismo, de golpe y para satisfacción de la zarina, que sin hacer el menor ruido se había llegado junto a mí, para tras eso dejarse caer sobre sus rodillas y emprender algo que me dejó un tanto estupefacto, pues jamás se me habría ocurrido que las emperatrices, incluso las exiliadas, dominaran artes que, inocente de mí, suponía reservadas a las maliciosas hetairas de Palermo, Mesina, Catania y Siracusa.

A partir de ahí, según solía sucederme, dejé de razonar para empezar a multiplicar, aunque al poco descubrí, con alguna sorpresa, que aquello ya no iba de aritmética, sino de hacer vivir en mi memoria la imagen de Claudera desprendiéndose de su túnica empapada. Sólo así, con algún esfuerzo, logré no decepcionar a una zarina que ya no me recordaba tanto a Circe. Quizá, porque cuando las hechiceras misteriosas se transforman en matronas afanosas, el embrujo pierde mucho. Demasiado, diría yo, salvo si por fortuna no se anda mal del todo en el terreno de la imaginación, la de convencerte a ti mismo de que no es la semidiosa de Corfú quien te alberga y te cobija dándote la espalda y puesta de cuatro patas, sino la primorosa deidad de hacer saber qué pasará cuando de nuevo te halles en las debidas condiciones de razonar.

* * *

Conforme pasaban los días encontraba más nervioso, y más impaciente, a Muntaner.

Los preparativos de lo que tenía todo el aspecto de ser un tedioso programa de ceremonias pesadísimas, concebidas para establecer una distancia insondablemente amplia entre la población ignorante y la *élite* social que las disfrutaba, o las padecía, le hastiaban lo indecible. No ya por no verle sentido alguno, sino por ser evidente, al menos para él, que todo era filfa, que no había nada debajo y que Andrónic II sólo perseguía tener contento y satisfecho a De Flor dándole nada, porque aquello no valía nada. Yo no puedo decir que lo viera con su mismo pesimismo, aunque también estaba preocupado, e impaciente. Lo primero por si la zarina me llamaba para repetir, lo que de ningún modo me ilusionaba, y más tras haberme confesado con Muntaner, para el cual aquel divertido incidente sólo significaba que las Blanquernas escondían un prodigioso universo de vicio y depravación al que yo había respondido con prudencia y sensatez, y que si se daba el caso de tener una vez más que dejar en alto el pabellón de la Companyia Catalana, que aceptara mi destino y procediese como un buen caballero armado y ennoblecido por todo un rey de la casa de Aragón. No sería, en su opinión, un martirio que debiera soportar muchas más veces, porque dentro de poco dejaríamos, esperaba él que para mucho tiempo, aquella capital del vicio, la podredumbre y la corrupción. En cuanto a lo que más me inquietaba, que hubiera debido recurrir a la evocación de la picara doncella para culminar mi hazaña en gran estilo y no de un modo chapucero, para él era claro que la zarina debía de contar con ello, y que si se había servido de aquella especie de mamporrera de *l'Orient* debió de ser con los ojos bien abiertos y muy segura de necesitar sus servicios, con esa certidumbre que sólo da la experiencia. Todo eso me parecía tan certero como sensato, pero aun así no dejaba de sentir un punto de impaciencia, si no de otra cosa que no sabría calificar. El caso era que la imagen de Claudera despojándose de su túnica empapada no abandonaba mi memoria, ni me podía yo concentrar en otra cosa que revivirla una y otra vez, y no sólo con la mente, cosa que después me dejaba un poso de vergüenza que también era molesto, amén de pegajoso, y eso pese a que, según las enseñanzas de mi señor, lo que había dejado a la posteridad el beatífico padre Onán fue un regalo tan satisfactorio como práctico, y de ningún modo un pecado, entre otras cosas, sostenía con frialdad, porque tal cosa, el pecado, de ningún modo existía.

—El pecado, Guillem, es para los imbéciles. La gente sabia tiene claro que nada natural, o situado en la naturaleza, es pecado. ¿Que por qué, dices? Pues porque la esencia del pecado es la culpa, y tras ella el perdón, y la naturaleza ni te culpa ni te perdona, y menos aún por cascártela, y es que a la naturaleza, mi joven amigo, le traen sin cuidado todas esas tonterías.

Todo llega en este mundo; las bodas, también. La de Roger de Flor y María Asanina fue pesadísima, conforme a las más pesimistas predicciones de xor Ramón, aunque algo de bueno tuvo, cuando menos para mí, pues al permanecer la familia real todo el tiempo en una especie de altar, para ser adorada debidamente, la zarina no encontró ni tiempo ni oportunidad para reclamar mis servicios de semental resignado.

Fue un alivio, no lo puedo consignar de otro modo, endulzado de vez en cuando por alguna mirada chispeante de la en general hierática Claudera, la cual, pese a jamás alejarse de su señora, no solía desaprovechar sus oportunidades de lanzar amplias miradas en derredor, siempre rápidas, aunque no tanto para dejar de regalarme un par de segundos cuando sus divinos ojos grises coincidían con los míos, lo cual no tenía nada de accidental, pues los tenía sólo para ella. Bien sé que por mi parte aquello era una grave indiscreción, pero el caso era, no me quedaba otra que aceptarlo, que me había enamorado como un maldito idiota, y encima me parecía que no del todo sin esperanza.

Durante las muchas horas que duró el martirio permanecí agazapado como un leopardo en una rama, implorando a los dioses del Olimpo —me había convertido en un completo pagano, cosa que, según Muntaner, es frecuente cuando se vagabundea un tiempo suficiente por el sensual Mediterráneo—, una oportunidad para cruzar unas palabras con la decimoquinta hija de la más interesante de las diosas. Mis oraciones fueron tan intensas, y los dioses tan amables, que sin saber muy bien cómo me vi frente a ella en una esquina del gran recinto donde Andrónic II Paleóleg glosaba en buen tono y mejor voz las glorias y los méritos del más reciente de sus sobrinos y de sus megaduques.

—Xor Guillem, deja de mirarme así. Me vas a poner en dificultades con la zarina, mi señora.

—¿Y a ella qué puede importarle que yo te mire? Ya cumplí con ella, ¿no? Y, además, fue gracias a ti.

Me pareció captar una leve sonrisa de picardía.

—Tú no lo entiendes bien, ni tampoco te lo puedo explicar. Confórmate con saber que para ti soy una vestal, cuando menos mientras mi señora no deje de considerarte como... un miembro más de su cortejo.

—Yo no soy miembro de ningún cortejo. Soy un guerrero catalán al que una diosa del Olimpo ha vuelto medio loco.

No debía esperar una toma de posición tan a las claras, ni tan descarada, porque tardó un poquito en responder.

—Eris no es una diosa olímpica, ni sus hijas tampoco.

Me quedé pensativo, aunque no mucho tiempo.

—Me importa un carajo la clase de diosa que seas, Claudera. Todo me importa una mierda, salvo tú.

—Sí que te has vuelto loco, xor Guillem.

—Del todo. Y hay más: me moriré si no me bañas otra vez.

Ahí no se pudo contener. Fue la sonrisa más hermosa que yo, pobre imbécil, había visto en mi maldita vida.

—¿Sólo bañarte, xor Guillem...?

—El programa completo, mejor.

Volvió a ponerse muy seria, pero intuí, no sé cómo, que sólo por protegerse, por si

alguien nos miraba.

—Trataré de complacerte, pero no te hagas ilusiones, que las esclavas, por muy consideradas que nos tengan y muy de confianza que seamos, no dejamos de ser esclavas.

Ahí me sentí presa de un furor animal. ¿Cómo que Claudera era una esclava? ¿En nombre de qué dios asqueroso alguien que no fuera yo podía ser el dueño de aquella criatura maravillosa?

—¿A quién tengo que matar para que seas libre?

—¿Hablas en serio?

Le había salido un tono que yo no sabía calificar, si de incredulidad o admirativo, e incluso un punto esperanzado.

—Del todo. Y los almogávares, pregunta en Pera si lo dudas, de matar sabemos muchísimo.

Se lo quedó pensando, reflexiva.

—Tendrías que matar a demasiados. No podrías con todos, xor Guillem. ¿Es que no tenéis esclavas, vosotros?

—Sí, claro. Como todo el mundo, pero son moras, y al cabo de un tiempo dejan de serlo, porque se vuelven catalanas.

—¿Y cómo hacen para volverse catalanas?

—Porque algún almogávar elige a la que sea y desde ahí es suya. Es su compañera, la madre de sus hijos, la que le cuida y le cose cuando vuelve a la tienda con algún tajo, y en algunos casos la que se hace vieja con él, y se muere con él.

—Pues no deja de seguir siendo una esclava.

Compuse un gesto de duda, más que nada porque jamás me había planteado una disquisición filosófica como ésa.

—No sabría qué decirte. Sé que algunas se van, aunque sólo si les matan a su hombre, pero eso no tiene que ver contigo.

—Sí tiene que ver. Una esclava, en Bizancio, es una cosa. Un objeto que se compra y que se vende. Yo soy un objeto, Guillem, y lo peor es que nadie me puede comprar. No mientras sea joven o mi señora no se muera, y no es tan vieja como para eso, bien lo sabes tú. —El tono era de tristeza, de modo que me abstuve de componer una expresión distinta de la en verdad inexpresiva que Muntaner recomendaba para los casos en que no se sabe por dónde salir—. Ya ves, xor Guillem: harás mejor si me sigues considerando una diosa etérea y te olvidas de mí.

—No es algo a mi alcance. Te quedaste con mi alma y ahora yo quiero la tuya. Y me parece que tú me la quieres dar.

Para mi sorpresa y alegría, no necesitó pensarse la respuesta.

—Pues claro que te la quiero dar, mi guapo niño Guillem —esa frase me costó un escalofrío—, pero es imposible..., aunque, quizá, igual te pueda bañar alguna otra vez. Ya se verá.

Sin más, desapareció. Era lo que culminaba su hechicera forma de ser: aparecía y

desaparecía sin que yo supiera cómo lo hacía. Quizá por no caminar. En mi bien fundada opinión se deslizaba sobre las baldosas, sobrevolándolas con sus pies descalzos, a los que, cosa rara en una esclava —ni de lejos era la única de por allí—, no los adornaba ninguna campanilla de oro.

* * *

Habíamos aparejado del Cuerno de Oro sin dejar nada detrás, aunque no las treinta y seis naves, porque d'Aunés había despachado un par de galeras varios días antes. Su misión era doble: localizar un buen lugar para desembarcar sin ser detectados y localizar los campamentos del ejército turco al sur de la península de Artaki. La información que nos había pasado xor Miqueli, que parecía ser el encargado de los asuntos militares en aquella corte disparatada, les señalaban a una legua o poco más al sureste del istmo, en un gran campamento que habían establecido en las riberas de un riachuelo llamado Cizik. La distancia con respecto a una playa muy amplia que los griegos llamaban de Artáke, dentro de la península de Artaki, no superaría las tres leguas, lo que permitiría desembarcar un día y atacarles al siguiente. Muntaner había propuesto Artaki para pasar el invierno de 1303 a 1304, ya que una vez limpia de turcos sería fácil de defender, pues el istmo que la unía con Anatolia era tan estrecho como escarpado. También, porque se hallaba lo bastante poblada de campesinos griegos como para tener garantizado un suficiente suministro de víveres y unas facilidades de alojamiento válidas para los cerca de ocho mil que seríamos entre todos. Ahí no figuraban las tripulaciones, pues el plan de d'Aunés era esconder la flota en la isla de Xiu, tanto por ser un excelente atracadero natural como por hacerse con una buena reserva de almáciga, una planta que allí crecía por doquier y cuyos excelentes efectos contra las purgaciones, un mal endémico en la Companyia Catalana y en la flota que la transportaba, eran conocidos desde hacía siglos por todos los hombres de armas nacidos en las riberas del Mediterráneo.

Desembarcamos al amanecer de un brumoso día de finales de noviembre, no recuerdo cuál, y ya en orden de combate. Como primera medida Muntaner despachó varias parejas de almogávares a fin de localizar cuanto antes al ejército turco, del cual sabíamos que lo mandaba un tal Khaharasi, que por lo visto era emir o algo por el estilo, y cuyo tamaño estimado era no menos de diez mil de infantería y dos mil montados, más sus mujeres, sus hijos y sus esclavos, ya que, sin duda por pensar que nadie los amenazaba, los habían instalado junto a ellos. Regresaron al anochecer con las mejores noticias, las de no sólo haber localizado el campamento de los turcos, sino que además era pésimo, lo que a su vez confirmaba que de ningún modo esperaban ser atacados. Se repartían a lo largo de un meandro nada escarpado, ideal para vivir en paz y con bastante comodidad, y así debían hacerlo quienes ocupaban las ciento y pico grandes tiendas donde parecían residir los jefes y los oficiales, con sus familias. Eso, así como la distribución de las otras tiendas, las de la tropa y los

suminisros, lo habían estudiado tres parejas de almogávares desde las diferentes alturas que rodeaban el campamento a no muy gran distancia, entre uno y dos tercios de legua. Unas alturas donde no se vieron obligados a degollar ningún centinela, porque la confianza de los turcos era tan extrema, tan absoluta, que no habían desplegado vigilancia.

—No habrían podido ponérselo mejor. De todos modos, es bueno contar con que tan inútiles no serán, por lo que si nos quedamos aquí para marchar mañana es probable que nos localicen antes de llegar. Así pues, saldremos esta noche, a la luz de la luna, que hoy no es mala del todo, para caer sobre sus tiendas cuando empiece a clarear.

Los capitanes asintieron, ceñudos. Yo no, pues andaba ocupado, tal y como me había ordenado Muntaner, en apuntar con el mayor cuidado lo que allí, un pequeño promontorio situado en el extremo norte de la gran playa donde habíamos desembarcado, se ordenase o se conviniese.

—Atacaremos con el primer rayo de sol. A muerte. Sin prisioneros. —Algunos capitanes y adalides, con d'Arenós a la cabeza, se quedaron mirando al megaduque, muy serios; en general, no dejar a nadie vivo les causaba malestar, y no sólo por caridad cristiana, que después de todo combatíamos bajo el signo de la cruz (no dejábamos de ser, según afirmaba mi señor con algún cinismo, unos cruzados *a la catalana*; mercenarios, pero cruzados), sino por no haber en Constantinopla demasiados esclavos disponibles, y de hacerse con unos pocos miles, en general jóvenes, los podrían vender a muy buen precio—. Sí, ya sé que con eso perderemos ingresos, pero se trata de hacer saber a los turcos qué pueden esperar de la Companyia Catalana cuando volvamos a vernos las caras. Todos sabemos que nada reduce más las ganas de pelear que la certidumbre de una muerte segura en caso de no vencer. Dejando claro ahora que no hacemos prisioneros, es probable que los muchos otros turcos con que nos encontraremos esta primavera se lo piensen dos veces antes de plantar cara, y que hasta deserten dejando plantados a sus jefes, como hacían los moros. —Muntaner asintió; De Flor no lo sabía por haberlo visto, sino por habérselo contado él—. De todos modos, y si lo consideráis importante —d'Arenós y d'Alet ponían cara de considerarlo importante—, podemos dejarlo en cargarnos a los hombres, preservando a los niños que no pasen de tres pies y a las mujeres que merezcan la pena. Por las otras, espero estéis de acuerdo, en Constantinopla nadie nos dará nada, de modo que lo más práctico será pasarlas a cuchillo y echarlas al río con los hombres, para que la corriente y la marea se lleve a las posiciones turcas en Pegae los que no se coman los peces. ¿De acuerdo?

Una larga mirada circular. Todo el mundo parecía estarlo, si bien me parecía que d'Arenós con algunas reservas. De todos los capitanes, según alguna vez murmuraba Muntaner, era el más aquejado por el fastidioso vicio de la caridad.

—Pues hecho. Andando.

* * *

Caer por sorpresa sobre un gran campamento enemigo no era una suerte que domináramos, más que nada por lo poco que tenía de habitual, aunque tampoco parecía difícil. Sabíamos de los turcos que los griegos les temían, que a los mercenarios tracios y alanos a sueldo de Andrónic no les hacían ninguna gracia, y que un par de años antes habían batido allí cerca, en el istmo de Artaki, a una fuerza de diez mil peones y dos mil jinetes a las órdenes directas de xor Miqueli Paleóleg, de modo que cuantas menos facilidades les diéramos más sencillo sería todo, y la primera ventaja que les debíamos negar era la de ponerles sobre aviso. A eso se debió el caer sobre sus tiendas en tres direcciones, desde las alturas donde la tarde antes los exploradores las estudiaron a conciencia. No lo hicimos al galope y armando mucho ruido, pues eso era incompatible con pillar al enemigo con las calzas en los tobillos, sino avanzando en silencio a la tenue luz del alba y, cuando nos vimos a distancia de discutir con los centinelas, ganándoles las espaldas deslizándonos como *escurçons* — en cierto modo, las echábamos de menos; las víboras de Artaki, que alguna llevábamos vista, por tamaño y aspecto parecían muchísimo peores— para degollarles en un absoluto silencio. A partir de aquel momento lo que procedía era cubrir las pocas docenas de pasos hasta las primeras tiendas, y ahí ya sí, ahí ya podíamos gritar «*Desperta Ferro!*» tal salvajemente como quisiéramos, pues la sorpresa era total y serían muy pocos los turcos que llegaran a tenerse sobre sus pies con las armas en la mano.

Dado que aquello no sería precisamente una batalla, mi señor me había dejado en libertad para unirme a su pequeña horda personal, y eso hice, marchando junto al alegre Oleguer en lo que sería mi primera matanza en gran formato. Lo hacíamos en la columna que mandaba *elführer* en persona, cuyo escudero portaba la enseña de Andrónic II, si bien el de Muntaner, apenas un paso tras el otro, llevaba los colores de la casa de Aragón y la bandera de Frederic II de Trinacria, ya que de ningún modo los capitanes querían que se olvidara nuestra esencia de infantería catalana mercenaria pero siempre fiel a las coronas de la casa de Aragón. *Elführer* no se había manifestado en contra, si bien se notaba, o Muntaner lo notaba y después me lo explicaba, que Aragón, para él, era cosa del pasado. El presente se llamaba Bizancio, y a saber qué idea tendría él del futuro, aunque ni a mi señor ni a mí nos parecía que la casa de Aragón pintara mucho en tal idea. Fuera como fuese, la primera experiencia que tendría un ejército turco —bien equipado, por cierto; no tardamos en comprobar, con alegría, que lo estaba de verdad— de cómo luchaba la Compañía Catalana sería una pena que nadie la pudiera relatar, pues nada salvo los cadáveres mutilados que llegasen a las playas de Pegae daría pistas sobre nuestra manera de masacrar, y mucho menos sobre la de combatir.

Plantarse frente a un enemigo tan aterrado como sorprendido y que apenas se ha

levantado de su estera, traspasarle con el chuzo y rajarle la tripa de lado a lado con el *cortell*, sin maravillarte demasiado de lo bien que brotan sus intestinos rebozados en sangre y mierda —era como si los impulsara un resorte; según el indiferente Oleguer, que conocía el fenómeno, era porque los pobres desgraciados no habían tenido tiempo de mear, y la presión de sus vejigas, tan hinchadas como suelen estar las del hombre al amanecer, era lo que hacía brotar sus inmundicias de aquel modo tan espectacular; era, en cierto modo, una forma como cualquier otra de la secular *trempera matinera*—, para después ir por el siguiente, y así uno, y otro, y otro más, termina por hacerse monótono, cansino y hasta un punto aburrido. No era cosa, desde luego, de abandonarse al desinterés, porque según progresábamos hacia el centro del campamento, donde se alzaban las tiendas de los jefes —y de algún harén que otro, comentaban mis ilusionados camaradas—, el número de soldados turcos que nos hacían frente se hacía mayor, aunque sin esperanza para ellos, pues los almogávares sedientos de sus tripas avanzábamos a la carrera como una marea incontenible, dejando a nuestro paso primero cientos y después miles de infelices que no tardaban en comprender, no estoy seguro de que con alegría, que sus atroces sufrimientos estaban a punto de concluir, pues tras la primera oleada de almogávares, los más fuertes, hábiles y veloces, venían los que por su edad o por sus heridas aún no bien curadas preferían dedicarse al también muy delicado arte de rematar a los heridos en vez de luchar en primera línea.

El sol apenas se alzaba sobre las colinas que cerraban el anfiteatro por el oeste, el norte y el este cuando ya ganábamos las tiendas principales, menos grandes que las anteriores, pues en ellas sólo dormían el oficial o el jefe, sus mujeres y sus hijos, los que padecieran alguno, mientras las de la tropa eran comunales. Ahí comprobé que nunca se deja de aprender, cuando estando a punto de traspasar la cortina que hacía de puerta en una de las mayores, Oleguer me contuvo de un manotazo.

—Ni se te ocurra entrar por las buenas. Igual dentro hay una loca empuñando un alfanje, y no dudes que los saben usar.

Me lo quedé mirando, preguntándome cómo habría que proceder, aunque sólo hasta ver a Oleguer arrojar contra la cortina una de sus azconas, con gran fuerza, y al tiempo dar un alarido ciertamente horrisono, al cual se contestó desde dentro con uno de horror, o de pavor, y era que yo aún no sabía captar debidamente los infinitos matices de los aullidos aterrados femeninos.

La segunda de las azconas fue contra la propia tienda, lo cual provocó muchos más gritos. Era evidente que dentro había unas cuantas mujeres; igual estábamos de suerte y aquélla era la tienda del harén, aunque al tiempo de pensarlo me dije que mejor sería no hacerme ilusiones. Oleguer, estimando que por su parte ya estaba roto el hielo, agarró con una mano la cortina y tiró con todas sus fuerzas, con lo cual la tal salió volando, dejando ver un interior donde lo primero en que reparé fue un conjunto de alfombras a cual más suntuosa. Me costó algo más fijar los ojos en una mujer de aspecto aterrado, y después en otra y en otra más, y tras ellas en unas cuantas niñas

arrebujadas tras sus sayas, o como se llamara lo que vestían. Sus expresiones eran de pánico, lo cual era comprensible, y más a juzgar no sólo por la de Oleguer, sino porque mi amigo y maestro venía cubierto de sangre turca, y es que las tripas de los hombres, si abandonan con violencia su receptáculo natural, tienden a ponerlo todo perdido. El buen Oleguer las miraba con el gesto del que valora un excelente botín, y aquí debo explicar que los almogávares iban a ganancias comunes sólo en una fracción de lo saqueado. En alguna otra, como por ejemplo las mujeres, lo acostumbrado era elegir la que más te gustase, si alguna te gustaba, y quedártela en propiedad; las otras, a la caja común. Oleguer no dudó gran cosa, pues de aquellas experiencias ya llevaba unas cuantas. Separó a la más joven de las adultas con la tercera de sus azconas, con un gesto le ordenó que dejara caer lo que llevaba puesto —las turcas parecían no abrigarse demasiado por las noches—, y tras comprobar que no parecía preñada —las hembras grávidas le impacientaban, me comentaría después; quizá fuera por alguna suerte de temor inconsciente a que le mordiera el nasciturus cuando procediera con acuerdo a lo que la naturaleza recomendaba—, le señaló un rincón. Acto seguido me invitó a que hiciera lo propio, cosa que decliné, pues a esas horas no estaba debidamente inspirado, además de que las espantadas mujeres no eran precisamente beldades. A los turcos debían de gustarles tirando a gordas, me iba pareciendo. Justo en ese instante vi a Oleguer moverse bruscamente, alzar el *cortell* y decapitar de un tajo a un pobre diablo que permanecía escondido tras las dos más viejas, las cuales no se atrevieron ni a gritar, de tan espantadas como estaban, y es que, la verdad, Oleguer es un almogávar terrorífico. Se limitaron a dejar espacio, indicando que no tenían que ver con el desgraciado aquel, si bien una de ellas le señaló la entrepierna con una mano mientras con la otra componía el gesto universal de «ahí no lleva nada, el infeliz», con lo cual esperaba que Oleguer —le miraban a él y sólo a él; yo, por lo que fuera, les amedrentaba mucho menos— entendiera que sólo era un eunuco despreciable, no un soldado con sus atributos en su sitio, y que allí no había nadie que pudiera empuñar un arma. Oleguer asintió, muy cortés, y tras recoger sus azconas me indicó que le siguiese, porque aún quedaban muchos turcos que masacrar, aunque no sin trazar con el *cortell* una señal en la entrada de la tienda, la de hacer saber a los colegas que todo lo de ahí dentro ya tenía dueño: la horda de xor Ramón Muntaner.

La masacre propiamente dicha no duró mucho más, de modo que al despuntar el sol no quedaba sobre sus pies turco alguno que midiera más de una vara castellana, pero no por eso podría decirse que la función terminaba. Teníamos por delante varias horas de trabajo, y es que hacerse con las joyas que llevaran encima cerca de diez mil turcos es cosa que lleva tiempo, como también supone lo suyo echarlos al río para que la corriente los arrastrase hasta Pegae o hasta donde fuera, que a fin de cuentas nos daba igual. A eso se debió que nos especializáramos de un modo tan espontáneo como natural. La manipulación de los cadáveres era lo que nos consumía más recursos, aunque no eran pocos los necesarios para inspeccionar y saquear las tiendas

—eran mejores que las nuestras, convinimos sobre la marcha, de modo que sería bajo sus entoldados donde pasaríamos el invierno—, apilar las armas que nos pudieran ser de utilidad —no sólo nos encantaban sus alfanjes, sino sus excelentes arcos y sus aún mejores flechas—, hacernos con los indiferentes caballos —un regalo de los dioses, porque los que poseíamos eran pocos y en general muy castigados— y, tras todo eso, establecer el reparto. Primero, como era natural, venía la parte del emperador, la cual ascendía, según lo pactado, a más o menos un tercio del total, tanto en oro —había bastante, sobre todo en la tienda del despedazado Kaharasi— como en caballos, armas, objetos valiosos —sabíamos que Andrónic adoraba las alfombras; los turcos, a lo que parecía, no podían vivir sin ellas—, niñas y mujeres. En lo último convenía ser cuidadosos, pues en la pervertida corte de Andrónic, el megaduque lo sabía por habérselo explicado el inagotable Gensana, se valoraba en gran medida no sólo la virginidad, sino la extrema juventud, de forma que todo lo que medía más de vara y media y aparentaba no pasar de veinte años quedó automáticamente reservado para el uso y disfrute de la corte imperial. Las que no superaran esos filtros irían al reparto común, que más o menos consistía en otro tercio para capitanes, caballeros, adalides, almugadenes, almirantes y cómitres, y el resto para los almogávares y los tripulantes. No me parecía un reparto equilibrado —una desagradable consecuencia de saber dividir—, pero Muntaner me tranquilizó al decirme que los almogávares, siendo como eran el primer escalón recaudador, ya se habrían hecho con una buena parte del botín, y que a eso se debería, ya lo vería yo, que ninguno refunfuñase.

A la caída de la tarde, ya de regreso en la playa de Artáke, comenzamos a relajarnos, así como a valorar las ganancias del día. Yo me conformé con un alfanje muy bonito y un collar que según mi señor contaba con unos cuantos zafiros muy hermosos, y también un par de caballos. El segundo me lo entregó Jesús de Orús, un caballero aragonés con fama de insaciable, a cambio de una turca llorosa con casi todas las muelas en su sitio y apenas afeada por una tripa que durante un par de meses —no viviría mucho más— aún sería manejable. Sólo quedaba decidir el destino de las viejas y los niños, en lo que había posturas encontradas. De Flor, d’Alet y d’Aunés eran partidarios de soltar lastre, pero no necesariamente de cargárselos. Bastaría con abandonarlos a su suerte; no sería un destino en exceso cruel, pues hasta Pagae no había más de quince leguas, además de que algún turco ya encontrarían por el camino, de forma que sostener esa postura no les parecía criticable. Otros, con d’Arenós a la cabeza, defendían el enviarlos a Constantinopla, pues si bien allí les esperaba la esclavitud al menos lo contarían, mientras que las leguas hasta Pagae se tragarían a buena parte, y eso si no daban con ellos los griegos expulsados de sus tierras y ansiosos, por tanto, de ajustar cuentas pendientes. Por último estaba la opción de los más expeditivos, los cuales sostenían que con un ratito de *cortell* y luego dejar trabajar al río bastaría, y aunque pueda parecer una barbaridad lo cierto era que los turcos, en la situación inversa, no habrían dudado en hacer lo propio.

El equilibrio lo alcanzó xor Ramón, como siempre. Se manifestó a favor de la

primera solución, aunque añadiendo unas cuantas mantas, así como alimentos para resistir tres o cuatro días, los que necesitarían las ciento y pico viejas y preñadas, y los otros tantos niños de hasta unos diez años, me pareció estimar, para llegar a Pagae. Pues hecho, sentenció *elführer*, que no tenía ganas de seguir con aquello, y tras dar las órdenes necesarias se dedicó a revisar su propio botín, el cual era formidable, aunque no lo quería para engordar su riqueza personal. Era otra prueba de que apuntaba más lejos y más alto que los demás capitanes, pues instruyó a d'Aunés para que lo llevase a Constantinopla en una nave distinta de las que trasladarían la parte de Andrónic, para una vez en el puerto entregarlo al inefable Gensana. Su destino sería su esposa y su suegra, en la cual reconocía una gran capacidad de intrigar, aunque una cierta parte, donde incluía las dos vírgenes más primorosas, sería para expresar a su nuevo primo Miqueli lo mucho que le apreciaba y el gran deseo que sentía de ganar su amistad. Lo último, a juicio de mi señor, sería difícil, si no por otra cosa por las pesimistas profecías de Miqueli tras ser puesto al corriente del plan de operaciones de la Companyia para lo que restaba de 1303. Cuando supiera que con una fuerza cuyo número no igualaba la mitad de la que condujo él dos años antes se había llevado por delante a la guarnición entera de Artaki, le asaltarían unos invencibles deseos no ya de cortarse las venas, razonaba Muntaner con sombrío pesimismo, sino de abrir las del maldito Roger de Flor.

* * *

Habían pasado cuatro semanas desde la carnicería. Se acercaba la Navidad, de siempre muy festejada por los almogávares —a nuestro modo éramos elogiamente piadosos—, la cual se celebraría como Dios mandaba en el campamento de la Companyia. Lo habíamos instalado cerca de donde desembarcamos, tras llevarnos allí las estupendas tiendas de los turcos. La distribución que les dimos no cambiaba demasiado con respecto a la configuración de sus anteriores propietarios, salvo en las medidas de seguridad, entre las que destacaban cinco torres de vigilancia y observación. De todos modos, los pendones de Bizancio, de Aragón y del megaduque Roger de Flor que gualdrapeaban en los mástiles centrales eran lo primero en hacer pensar que aquello, pese a la riqueza y buen estilo de las tiendas en general, no era un campamento turco. Unas cuantas de las aledañas a la del megaduque, además, se habían acondicionado de un modo especial, pues nuestro *führer* esperaba visitas. Así, se instalaron en ellas las mejores y más suntuosas alfombras de las no enviadas a Constantinopla, se repararon los tajos en las lonas que las recubrían y se limpiaron a conciencia los rastros de sangre que pudiese haber en sus interiores, ya que no tuvo nada de infrecuente que nos cargáramos bajo sus acogedores entoldados algún jefe turco escondido tras sus mujeres, o a los eunucos que las guardaban —una injusticia lamentable, pues eran más asimilables a las hembras que a los machos, aunque debe comprenderse que, a la hora de masacrar, los almogávares no podíamos detenernos a

comprobar el estado de las más sagradas pertenencias personales de los que teníamos enfrente—, o incluso de algunas mujeronas bravias, que las hubo, capaces de plantar cara con gesto feroz cuando lo aconsejable para ellas habría sido mostrar no sólo unos ademanes más amables, sino algunas otras partes de sus a menudo agradables organismos. Seguramente las habríamos violado, como era nuestra obligación ancestral. Entre las enviadas a Constantinopla y las retenidas en el campamento, no quedaron demasiadas sin disfrutar esa particular cortesía de los guerreros victoriosos, y antes de criticar nuestras prácticas es bueno tener en cuenta que ninguno de nosotros, tras proceder con acuerdo a lo que recomendaba la naturaleza, degollábamos después a la que quizá ya llevaba en la panza un pequeño *catalanet*. A nuestra manera, y debo señalarlo, sentíamos una preocupación la mar de cristiana por el concebido y no nacido, ya que con el tiempo se podría convertir en un almogávar de pelo en pecho, como lo eran no pocos de los que aquel día repitieron, a modo de homenaje litúrgico, el rito que, años antes, dio lugar a sus respectivas existencias. Así pues, aquellas mujeres al menos lo podrían contar, cosa que a mi entender era preferible, aunque allá cada cual con sus creencias y con lo que opinase del honor, de la honra y de todas esas tonterías.

Tres días antes de la Navidad la *Estelada* fondeó en el pantalán que mi señor había hecho construir en el centro de la playa, frente a las tiendas del *führer*, de los capitanes y de las reservadas para visitantes. Venían en ella la megaduquesa María y la zarina Irene, y nada más abrazarse con su marido y yerno hicieron saber lo extremadamente satisfecho que había quedado su tío y hermano con la extraordinaria noticia de la gran victoria, y también con el espléndido botín que a él y a su familia, xor Miqueli el primero, habíamos hecho llegar desde Artaki. Todo eso a mí me parecía muy bien, pero el hecho era que me traía sin cuidado. Permanecía sólo pendiente del séquito de la zarina, donde no conseguía divisar a Claudera, con la que seguía soñando de un modo muy apasionado, aunque bajo ningún pretexto lo explicaría yo a nadie, pues si un signo de debilidad lamentable podía mostrar un almogávar como Dios mandaba era el haber perdido la cabeza por una esclava.

La vi, al fin. Ella me habría visto antes, pues cuando la divisé ya me miraba. Y me sonreía. El problema, constaté poco después, era que su señora también me veía, lo que no podía ser más natural. Allí, después de todo, yo sacaba la cabeza o poco menos a casi todos los que formábamos en el séquito del megaduque, salvo a este mismo, al que sólo excedería en dos o tres pulgadas castellanas. Una señora que también me sonreía; una sonrisa que, para mi desgracia, se me antojaba francamente repugnante.

El alegre megaduque —cuando menos en comparación al sombrío, destemplado y antipático que disfrutábamos desde hacía unos días; cualquiera lo hubiese achacado a la impaciencia por volver a tener entre sus brazos a su diminuta mujercita, pero Muntaner sostenía que no, que si estaba fastidiado era por no tener noticias del emperador; para él era crucial constatar que marchaba por el buen camino, lo cual

pasaba por conservar, y en su caso acrecentar, la benevolencia de Andrónic II Paleóleg— había preparado un animado programa de festejos. Antes que nada era necesario brindar descanso y relajación a las visitantes principales que, si bien no muy extenuadas por la travesía, parecían fatigadas por lo mucho que les había zarandeado la *Estelada* desde nada más aparejar del Cuerno de Oro —el mar de Mármara llevaba unos días bastante cabreado, explicaba el flamante almirante general del Imperio, xor Ferran d’Aunés—, de modo que las dos se guarecieron en la lujosa tienda reservada para la zarina Irene, donde contarían con todos los avances transportables que las comodidades de los tiempos exigían, empezando por la formidable bañera heredada del serrallo particular del difunto jefe del ejército masacrado. Tras aquello se disolvieron los cortejos, a la espera del momento en que se iniciarían los festejos, al atardecer. Comenzarían por una comilona donde daríamos cuenta de varias vacas que llevaban asándose a fuego lento desde nada más amanecer, cosa que se hacía bastante lejos de las tiendas principales, a fin de que los aromas de las reses abrasadas no disturbaran las delicadas narices de la zarina, la megaduquesa y sus vestales. Yo me quedé rondando en la proximidad de la tienda principal, en la insensata esperanza de cruzarme con Claudera y rogarle me concediera un anticipo sobre su alma prometida, pero no tuve suerte. Aún así, fueron horas agradables, como suelen ser las disfrutadas al amparo del calorcillo que te asalta cuando sabes que la diosa propietaria de tus sueños no anda lejos de tus pasos, ni tampoco de tus manos. En fin, una estupidez, lo reconocía un punto avergonzado, pero a fin de cuentas era mi estupidez y a nadie debía dar cuentas por ella.

El milagro, para mi gran alegría y secreta sorpresa, pues casi había perdido la esperanza por aquella tarde, sucedió con el sol aún bastante alto, cuando vi a Claudera dejar la tienda y poner proa sin disimulo alguno adonde yo permanecía más o menos plantado, lo cual me hizo sospechar que me habría ya visto, por alguna rejilla o ventanuco del inmenso tambucho.

—Me alegra verte, xor Guillem —no sonreía; su expresión era, por decirlo así, tirando a formal—. Antes de que digas nada, debes saber que mi señora te quiere ver. Esta noche, después de la fiesta. En su tienda. Yo iré a buscarte a la tuya.

Demasiada información y muy poco tiempo para procesarla. De ahí que mis ideas no brotaran en la secuencia más lógica, sino de un modo tirando a caótico.

—¿Y cómo sabrás cuál es mi tienda?

—Porque tú, ahora, me vas a llevar hasta ella.

Aquí ya me lo tuve que pensar un poquito más.

—¿Y qué pasará si no voy? Es que no tengo ganas de ir.

—Mi señora se lo tomaría como un desprecio. Nadie puede considerarse a salvo tras despreciar a la zarina, xor Guillem. Ni siquiera un joven caballero catalán.

—¿Qué me haría?

—Tu vida no valdría nada. No hagas locuras, por favor.

El tono me sonó a un tanto angustiado, aunque quizá sólo sucediera que yo

deseaba me sonase así. En realidad, y considerando la situación con la debida frialdad, Claudera no parecía muy emocionada, o nada de nada, más bien.

—No sólo sucede que no tenga la menor gana. Ocurre también que no siento el debido estímulo, y pienso que tampoco lo sentiré cuando me vea frente a ella.

—La otra vez sí que lo sentiste.

—Los hombres, a mi edad, cambiamos con frecuencia de talante. La zarina, dado lo avanzado de la suya, debería saberlo.

—Claro que lo sabe. Por eso ha tomado precauciones —elevé las cejas, componiendo un gesto inquisitivo que a Muntaner le quedaba muy bien; no estoy seguro de que me pasara lo mismo, pero no se me ocurría una opción mejor—. Es muy lista, mucho más de lo que parece, y se da cuenta de todo. Por ejemplo, de cómo me mirabas cuando me solté la túnica, y de los... efectos inducidos inmediatos.

Ahora sí sonreía, con esa clase de picardía que puede arrastrar a la perdición a hombres mucho más sabios, y mucho más fuertes, que un humilde y juvenil guerrero almogávar.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque me lo mandó la zarina. En su cámara no se hace nada si ella no dice que se haga.

—Pues no me di cuenta de que lo hiciera.

—Es que no manda dando voces, ni con gestos. Le basta con mirar. Y ¡ay! de nosotras, sus esclavas, si no entendemos.

—¿Y por qué te lo mandó?

—Porque te notaba distraído. La firmeza de tus..., llamémosles convicciones, no era la que deseaba.

Más picardía, y además un tanto socarrona. Me irrita reconocerlo, pero empecé a reblandecerme.

—Esas precauciones, ¿tienen que ver contigo?

—Digamos que mi papel será encender la hoguera; cuando las llamas estén bien altas ya se ocupará ella, pero sin que yo me aleje demasiado, no sea que hagan falta más leños.

La imagen iba tomando forma en mi precaria imaginación, la cual, debo reiterarlo, no es lo mejor de mí mismo.

—Háblame de los leños. ¿En qué consistirán?

—Ya conoces el programa. La limpieza, lo primero.

—No estoy sucio.

—Para ti puede que no, aunque para ella no te quepa duda de que sí lo estás. Para mí también, por cierto. Hueles bastante a requesón, xor Guillem.

Me sonrojé violentamente. Supongo que como cualquier joven al que tachan de guarro en su cara y a las claras.

—¿Me lavarás tú?

—Y a conciencia, bien lo sabes.

Me quedé reflexionando, especulativo.

—La otra vez yo ya me había liberado de mis emociones perentorias. Dos veces, creo recordar. Si empezamos por ahí me temo que ni bajo amenaza de muerte valdré para nada una vez me dejes tan resplandeciente como sabes hacer.

Ahí ya se rió, y fue una risa de las que justifican afirmar que no merecería la pena vivir sin escucharla todos los días.

—Mi señora tiene muy presente que tu primera... ¿emoción? No valió para nada. Ésa me la regala —elevé mis cejas, esperanzado—, pero habrás de procurar no consumir todas tus reservas, porque no deberás quedar peor que la otra vez.

—Tres emociones son muchas emociones, sobre todo cuando no estás nada motivado..., aunque, si no he comprendido mal, ahí será cuando tú eches más leños al fuego.

—Lo has entendido perfectamente.

—¿Y cómo lo harás? Disculpa mi curiosidad, pero es que de ningún modo querría que fracasaras ante tu dueña y señora, y un mero soltarte la túnica podría no ser suficiente.

—Ah, ¿no? ¿Tanto has envejecido en un mes, xor Guillem?

—Aún tengo los mismos años, pero entonces yo llegaba tras varias semanas de travesía mediterránea. Digamos que mi estado emocional se podría comparar al de una vaca que llevara un mes sin ser ordeñada. Hoy la situación es distinta.

—¿De veras? ¿Y quién te ordeña, por aquí?

—Pues tú. Me basta con evocar el tacto de tus manos cuando me dejabas como nuevo, tan resplandeciente como jamás en mi vida. Lo malo es que cuando acabo de recordarte no sólo resplandezco mucho menos, sino que me quedo un tanto pringoso.

Un fenómeno inesperado: Claudera sabía sonrojarse.

—¿Y por qué lo haces?

—A falta de una diosa de verdad buenas son las oraciones.

—¿Y después de rezar te quedas bien?

—Aceptablemente.

Se lo quedó pensando, con expresión enigmática.

—El pecado de Onán es gravísimo, Guillem. Irás al infierno.

—Eso mismo predicán los mosenes y se dicen los creyentes los unos a los otros, aunque no por eso dejan de rezar, al menos mientras no se ven frente a una diosa que se deje adorar en persona.

Volvió a quedarse pensativa. De paso, distraídamente, se mordisqueaba un padrastro en un dedo índice que una oscura parte de mi ser recordaba de un modo vivísimo.

—¿Vives solo, en tu tienda?

—No. Con dos caballeros catalanes, Ramón d'Alquer y Berenguer de Roudor. Son mis mejores amigos, aquí.

—¿Y podrás hacer que te dejen solo, alguna vez?

No soy muy rápido de pensamiento, creo haberlo dicho, pero aquella tarde mi mente se hallaba más lúcida de lo usual.

—Tantas como hagan falta y por tanto tiempo como se lo pida.

Hizo un gesto como de asentir, aunque aún seguía pensativa, muy concentrada en su padrastra.

—Deberás procurar, esta noche, no dejarte ir cuando te bañe. Deberás guardar todas tus... emociones, para la zarina.

De nuevo vi que no entendía nada.

—¿Y eso?

—Ella no se pasa la vida pensando en el pecado. Prefiere darse un atracón de vez en cuando. Así se queda tranquila y en paz una temporada, de modo que pueda dedicarse con la debida concentración a otras cosas que también le gustan mucho.

—¿Por ejemplo?

—Conspirar. Ninguno de sus siete hijos tiene un porvenir glorioso, aunque apostaría la libertad que no tengo a que sueña con hacer de María la próxima emperatriz de Bizancio, para ser ella no sólo la madre de la emperatriz de Bizancio, sino la que verdaderamente mande, a su hija y a todos los demás.

—Eso haría del megaduque un emperador.

—Sólo consorte, aunque a efectos prácticos sería como si lo fuese de pleno derecho. A las órdenes de su suegra, por supuesto, pero sería un acuerdo muy aceptable para él, o eso entienden mi señora y su niña del alma.

Una nueva ronda de pensamientos confusos. Gracias a los dioses, Claudera sabía ser una esclava muy paciente.

—A Miqueli no le gustaría la idea, si llegase a ocurrírsele.

—La zarina da por hecho que ya se le ha ocurrido. No creas que te cuento elocubraciones. Conmigo, con Jadup y con alguna otra esclava, ella suele comportarse como si fuéramos parte del mobiliario. Cuando habla con su hija, más aún.

—¿Y eso no le parece peligroso?

—¿A ella? Claro que no. ¿Adonde podría yo ir, fuera de su casa? Mi vida, xor Guillem, no vale ni la orden de colgarme como a un perro y luego echarme al Bósforo.

Lo decía de un modo sorprendentemente desapasionado.

—Siempre habría riesgo de que fueras con el cuento a Miqueli.

—Lo primero que haría Miqueli sería desaparecerme. Nadie quiere testigos en Bizancio, xor Guillem. De ahí que la fidelidad de los esclavos sea tan absoluta. No somos personas. Somos cosas. Ellos —señalaba la tienda de la zarina— son los dueños de nuestros cuerpos, y hasta lo serían de nuestras almas si tuviéramos alguna.

—Pues tú si tienes. Te recuerdo que me la querías dar.

Una nueva sonrisa, de las pocas que llevaba gastadas esa tarde. Para mí era como si viera salir el sol de por entre las nubes, lo que demuestra lo tremendamente bobo

que soy.

—Contigo he llegado a pensar que tengo una, sí.

—¿Cuándo me la darás? ¿Cuándo tengo que pedir a mis amigos que se busquen otra tienda?

—No hará falta que les echés para siempre. Cuando la zarina esté otra vez tranquila será normal que alguna vez yo tenga una hora para mí, aunque no mucho más.

—Bueno. Ya me apañaré con eso.

—No te hagas ilusiones, que no podrás apañarte mucho.

—¿?

—¿Recuerdas que te dije que soy una vestal?

—¿Eso es más o menos que una esclava?

—Eso es peor que ser una esclava, pues las esclavas pueden tener hijos de los amos o con otros esclavos, pero las vestales tenemos que ser vírgenes, o ya no somos vestales.

—¿Y qué sois cuando dejáis de ser vestales?

—Difuntas.

Volví a quedarme pensativo.

—¿Y quién verifica si lo eres o no lo eres? ¿La zarina?

—No, ella no. Las esclavas viejas, que tiene algunas, son las que nos pasan revista de vez en cuando.

—¿Y cómo lo hacen?

—Con un pañuelo, buena luz y poniendo cuidado, porque si nos desvirgan por accidente las degolladas serán ellas.

—Parece un trabajo de riesgo.

—Lo es para las dos, así que colaboramos cuanto podemos.

Volví a reflexionar. Aquello adquiriría tintes sombríos.

—Pues ahora ya no entiendo nada.

—Tranquilo, xor Guillem —me sonreía, no sé si compadecida de mi confusión, aunque al menos con cariño—. ¿Recuerdas las cruzadas? —asentí, perplejo—. Por aquí pasaron unas cuantas, y los caballeros de vez en cuando contaban cosas. Una de ellas era que no se fiaban de sus mujeres, ni de sus hijas, de modo que antes de marchar a recuperar los Santos Lugares les hacían ponerse una especie de prenda íntima, de cuero bastante grueso cuando no de hierro, que llamaban *cinturón de castidad*.

Yo había oído hablar de eso; no conocía los detalles, aunque suponía que debía tratarse de algo sumamente incómodo.

—No me digas que la zarina te ha obligado a llevar uno.

—No, gracias a Dios; lo comento para que te hagas cargo de lo preocupados por la virginidad que suelen estar los malditos cristianos —ahí descubría, por fin, su esencia pagana—. Los dioses olímpicos sentían un supremo desdén por esa

majadería, pero los hombres son iguales en todas partes, y los guerreros aqueos, mirmidones, tracios y espartanos, cuando salían a guerrear por ahí, explicaban a sus mujeres que si al regresar las encontraban preñadas, o con más hijos, no vivirían para explicarles la razón. Los más jóvenes, los que aún no se habían casado, informaban de lo mismo a sus prometidas, de modo que a efectos prácticos era como si les pusieran un cinturón virtual, no tan incómodo como el de los caballeros cristianos, pero a fin de cuentas igual de fastidioso.

Me quedé pensativo, asaz reflexivo. De inteligencia no ando muy bien, creo haberlo ya comentado, pero de memoria no me puedo quejar, y ahí me vino a la misma un antiguo comentario de Muntaner acerca de un tal Alejandro de Macedonia.

—A los griegos les pasaba eso por ser fundamentalmente conquistadores. Gente que atacaba y atacaba, sin más. Los almogávares tenemos ventaja sobre todo eso, ya que no sólo agredimos, sino que a menudo nos defendemos, y llegado el caso hasta cedemos terreno. Eso da lugar a que seamos extremadamente diestros en el difícil arte de la retirada.

Nos sonreímos los dos, el uno al otro y ambos a la vez. Nada me había parecido más hermoso en mi aún corta vida.

—En el cuerpo de la mujer algunas de las cavidades son de doble uso, xor Guillem. Una en particular, pensada para dejar salir, en ocasiones puede usarse para la función inversa. No estoy segura de que fuera una propiedad que se descubriera en la Grecia Clásica, pero sí de que fue ahí donde se perfeccionó.

Empecé a ver la luz. Mis compañeros de tienda, en alguna ocasión, comentaron algo sobre oscuras especialidades de los griegos y de las griegas, se creía que inspiradas en otras más antiguas, originarias de un ignoto lugar llamado Pentápolis, cuya capital era Sodoma. Por lo visto fueron las que desencadenaron hacía muchos años una especie de ira divina, o algo por el estilo, con el molesto resultado de una lluvia de fuego que dejó a los habitantes la mar de calcinados, o algo así entendí cuando me lo explicaron.

—Intuyo que hablas de algo sumamente complicado.

—De complicado no tiene nada.

—Pues de trabajoso.

—Eso sí, mira, e incluso de doloroso si alguna de las dos partes no tiene las ideas claras, pero si se tienen, se pone cuidado, se procede sin prisas y se añade un dedal de aceite de oliva, como a las buenas ensaladas, no suele haber el menor problema.

Volví a guardar silencio. No estaba seguro de vislumbrar todos los extremos —ni siquiera tenía la seguridad de haber comprendido—, pero intuía que podrían surgir dificultades.

—¿Seguro que sólo es eso, el cuidado y el aceite?

—No, claro. Antes suele ser aconsejable tomar determinadas precauciones, para no darse con obstáculos indeseables, pero no deberás preocuparte por eso, mi guapo niño Guillem —me acariciaba una mejilla y yo sentía una oleada de calor brotándome

de los adentros más recónditos; era como si Loredana tomara la forma de Claudera y me viera de nuevo ante la emoción más intensa de mi vida—, que ya vendré yo... digamos desocupada —se volvió hacia el sol, me pareció que un punto inquieta—, pero dejemos eso, de momento. Ahora enséñame cuál es tu tienda, y por dónde se va.

Me había tomado de la mano y yo me sabía inerme por completo, aunque conservé un instante la lucidez necesaria para decirme cuán disparatados son los precios a pagar cuando deseamos a una mujer determinada más que nada en este mundo. Y lo peor era que la cobradora sería la zarina.

* * *

Tres meses son una eternidad cuando los esperas y un suspiro cuando los dejas atrás. Aquél era el día en que comenzaba la primavera, un mes ya desde que la megaduquesa y la zarina, y con ellas la razón de mi existencia, regresaran a Bizancio. Las acompañó De Flor, todos juntos en la *Estelada*. Él fue no sólo por cortesía y deferencia para con la señora y la suegra, sino para compulsar por sí mismo el estado general de su prestigio; decía «del nuestro», pero ya le habíamos calado. Según contó a la vuelta, las cosas con Andrónic no podían estar mejor, pues dejando aparte sus quizá exageradas muestras de amor, admiración, respeto, cariño y devoción no puso un solo inconveniente al plan de operaciones de la Companyia para lo que restaba de 1304. Sólo manifestó un único deseo: que liberásemos cuanto antes a la sitiada Filadelfia, una ciudad griega, de notable historia, situada sesenta leguas al sur de Artaki, muy al interior de Anatolia. Por lo demás, que contáramos con sus bendiciones, las de su familia, su gobierno y las más altas dignidades administrativas y eclesiásticas. No fue la única buena noticia con la que regresó, pues allí, en Constantinopla-Bizancio, fue donde supo que a la vuelta de siete meses habría un nuevo Von Blume, prodigioso híbrido —podría ser híbrida, pese a que la idea no le gustaba mucho— de prusiano, pugliesa, griega y búlgaro mamando ansioso en la corte imperial de una teta mercenaria, ya que su madre de ningún modo aportaría las propias. Tampoco era despreciable que trajera la soldada de los siguientes cuatro meses, lo que provocó el alborozo de todo el mundo, ya que la fama de malos pagadores de los monarcas de Bizancio a menudo nos hacía preguntarnos si cobraríamos cuando tocara. Bien, pues al menos hasta finales de julio nuestras inquietudes quedaban aplazadas.

Aquel mes de marzo fue también el de poner en facha una Companyia Catalana que no recordaba un invierno tan plácido, amable y descansado. Así pasaba, que habíamos engordado, pero enseguida nos curaríamos, en cuanto volviese a ser rutinario caminar a buen paso primero tres, luego seis y al final nueve leguas diarias por los retorcidos vericuetos de la península de Artaki, con el chuzo, las azconas y el zurrón a las espaldas, y el *cortell* y la daga colgados de nuestros cinturones, ya que todos marchábamos a pie, caballeros incluidos.

El plan era iniciar operaciones el primer día de abril. Cruzaríamos el istmo sin oposición, ya que nuestros exploradores no divisaban fuerzas turcas en las proximidades, y marcharíamos hacia Filadelfia, nuestro primer objetivo, para extendernos después por el conjunto del Asia Menor. Las perspectivas de saqueo no podían ser más estimulantes, aunque también lo era un doble pronóstico sombrío: el de batallas y el de bajas. A eso se debía que durante la invernada mi señor y yo no hubiéramos permanecido tan ociosos como nos habría gustado, ya que nos tocó reclutar unos quinientos infantes griegos, hasta entonces desperdigados por las tambaleantes guarniciones de Andrónic en las riberas surorientales del mar de Mármara, y algo más de cuatro mil infantes y jinetes alanos, tan mercenarios como nosotros y tan al servicio como nosotros de Andrónic, el cual seguiría pagando sus facturas aun cuando a partir del mes de abril estarían a las órdenes directas de los dos senescales, d'Arenós y d'Alet. Habríamos preferido reforzarnos con las hordas de Berenguer d'Entença y Bernat de Rocafort, pero las últimas noticias —cada mes zarpaba una galera rumbo a Palermo, al tiempo que otra regresaba, cruzándose con la primera; gracias a eso permanecíamos al corriente de lo que ocurría en la corte de Frederic— decían que no podríamos contar con el segundo antes del verano, y con el primero a saber cuándo, pues Frederic aún no estaba seguro de poder dejar de contar con él.

La perspectiva de hacer marchar juntos a los almogávares y a los alanos despertaba suspicacias, cuando no manifiestas reticencias. El único en apariencia convencido de que no habría problemas era el megaduque, pues cada día que pasaba padecía un mayor optimismo, aunque de un tipo no muy contagioso. Se mostraba convencido de que Dios, o la Divina Providencia, le habían elegido entre los demás mortales para llevar a cabo hazañas asombrosas, y que podía contar sin restricciones con su buena y decisiva voluntad para que los molestos riesgos, peligros y asechanzas que Muntaner y los demás capitanes insistían en presentarle se resolvieran solos, bien por sí mismos o bien a cambio del oro que pudiese hacer falta. En su concepción del universo no existía curalotodo más eficaz que las onzas de oro, y estaba seguro de contar con las suficientes para que ningún alano se desmandase y ningún almogávar le planteara insalvables problemas de convivencia.

Ni Muntaner ni d'Arenós lo veían igual de bien. Yo seguía sin tener criterio propio, pero cuando me daba por pensar solía concluir que la extraordinaria seguridad en sí mismo que mostraba nuestro *führer* no terminaba de convencerme, aunque también era verdad que casi veinticuatro años no es la mejor edad para el razonamiento profundo. Lo era para disfrutar de la vida tanto como fuera posible, y de momento no podía quejarme. Si acaso, de la firme voluntad de Claudera de seguir siendo una vestal técnicamente impecable, aunque podía vivir con eso; de momento, al menos. Otras cosas me preocupaban más, lo mismo que a mi señor. La principal era que durante febrero y los primeros días de marzo se habían producido serios incidentes entre la población civil griega, dispersa en aldeas y *masías*, y partidas de

almogávares indisciplinados. Ninguno era de la horda de Eiximenis d'Arenós, que se preocupaba de mantener sujetos a los suyos, pero los quejosos lugareños no distinguían entre almogávares hirsutos. D'Arenós y De Flor sostenían puntos de vista diferentes en materia disciplinaria. El de d'Arenós estaba en favor de hacer cuanto fuera necesario para evitar que los griegos se volvieran contra nosotros. En el del megaduque primaba el mimo por su cada día más salvaje infantería, con un desdén casi absoluto por la población civil, a la cual solía referirse con un palabra germano que nunca nos tradujo y que sonaba como *untermenschen* o algo por el estilo, y que dado el desprecio con que lo despeñaba nos hacía pensar lo peor. La situación entre los dos llegó a ser de cuasi conflicto, de modo que, a título de mal menor, el megaduque aceptó, a regañadientes, que las seis galeras de d'Arenós y sus tres leños regresaran de Xiu para embarcar a su horda —los que quisieron marchar, pues un tercio prefirió pasarse a la de d'Alet, estimulada por la gloriosa perspectiva de saqueo — y arrumbar al Ducado de Atenas, en manos de los caballeros franceses desde los tiempos de la cuarta cruzada y donde mandaba un pariente lejano suyo, Guy II de la Roche, que a la sazón tenía problemas para mantener su corona ducal. Para d'Arenós sería cambiar un déspota por otro, pero el francés parecía más pulido de carácter, al menos según decía. Debo confesar que los vi marchar con mucha pena y no poca preocupación, pues sin ser la horda más numerosa dentro de la Companyia sí era la más disciplinada y predecible, tanto a la hora de combatir como a todas las demás. Para Muntaner era un claro aviso de que con el megaduque no cabían medias tintas: el que no estuviera del todo con él, que se largara. Su objetivo, que no acababa de poner en claro, al menos con los capitanes —parecía que con su suegra sí—, requería la más incondicional de las adhesiones, incluso al precio de perder seiscientos valiosísimos infantes y más de cincuenta caballeros. Muy serio y muy grave debía de ser lo que albergaba en su cabeza para no pestañear ante su pérdida. Lo sería, se decía Muntaner para él mismo —yo era, y desde hacía mucho, una extensión de su mente, o no mucho más—, aunque no dejaba de preguntarse si debilitándonos de aquel modo no estaríamos cavando nuestra propia fosa.

III

LAGO BEYSEHIR, AGOSTO DE 1304

Con pocas excepciones habíamos pasado el invierno en el campamento, y no sólo por el instintivo ánimo de mantenernos todos juntos en prevención de sorpresas, sino porque gracias a un segundo pantalán la playa de Artáke se había convertido en un excelente atracadero, de modo que a menudo se juntaban frente a las tiendas dos o tres galeras y otras tantas taridas. Las primeras nos traían noticias y mercancías desde Palermo y Xiu, y las otras lo mismo desde Constantinopla. Nuestras invitadas, además, encontraban más confortables sus magníficas, en verdad lujosas tiendas, que cualquier posible casucha de campesinos de las diversas repartidas por Artaki, de modo que invernar allí acabó siendo no sólo la opción más lógica, sino la natural. Sin embargo, nuestra presencia no tardó en dejar de ser la única con armas. Los primeros en llegar fueron los desperdigados soldados de Andrónic, los cuales prefirieron hospedarse con sus compatriotas. Éstos los recibían bien, pues no sólo eran griegos como ellos, sino que los conocían de algún otro invierno. De paso, intuían que su presencia podría ser un buen antídoto frente a nosotros los almogávares, muy dados a recorrer la península y a tratar a sus habitantes —y más aún a sus *habitantes*— no como civiles amistosos, sino como fuentes de suministros —de alimentos y de amor— no del todo voluntarias. Tras ellos, y tampoco todos juntos, aunque sin demasiadas diferencias entre grupos, llegaron los alanos, éstos por tarida. Prefirieron, como era previsible, habilitar su propio campamento. No podría decirse que se mirasen mal con nuestra infantería, pero salvo los montados, que al igual que los nuestros estaban algo más civilizados, era evidente que no tenían mucho en común con los hoscós, desconfiados y nada diplomáticos almogávares, salvo ser también hoscós, desconfiados y en absoluto diplomáticos. Los mandaba un tal Girgón que a nosotros, capitanes, ayudantes y

adalides, nos cayó bastante mal, quizá por ser tan arrogante como debían vernos ellos a nosotros —eso, al menos, era lo que opinaba mi perspicaz señor y maestro, Muntaner—, pero al no tener que verlos todos los días la convivencia, o la coexistencia, pronto se volvió razonable.

Faltaban horas para desmontar el campamento y ponernos en marcha cuando saltó entre los almogávares y los alanos la chispa que tanto temía Muntaner. La presentía desde nada más saber por Archon Maroules, el oficial que mandaba la tropa griega, que dos años antes había surgido una bastante trágica entre aquellos mismos alanos y una fuerza de soldados imperiales que, al menos en teoría, eran sus hermanos de armas contra el enemigo común, el turco. La chispa dio lugar a una carnicería donde los alanos llevaron la peor parte —los griegos eran muchos más—, aunque por orden de xor Miqueli se prefirió no llevar las cosas al extremo. Se pactó, como se acostumbraba entre la gente condenada más o menos a entenderse, celebrar una comilona bien regada de vino, la propia de cuando se pretende restaurar una hermandad. Así se hizo, y todo marchaba bien hasta que un arquero alano, camuflado tras unos matorrales cercanos —era un festejo al aire libre— demostró su excelente puntería traspasando de lado a lado al jefe de los griegos, un tal xor Alexis Raoul, y además por la espalda, según los usos y costumbres de su cultura. Tras eso, y sin transición del estado de razonable alegría y humor no excesivamente amargo, los alanos saltaron de sus bancos y se lanzaron sobre los griegos, que si bien se defendieron en buen orden —no se fiaban mucho de sus invitados, de modo que, a diferencia de lo usual, no se habían pasado con el vino—, acabaron dejando en el festejo unas cuantas docenas de griegos y de alanos bien acuchillados todos ellos. Eso no significó el fin de los acuerdos entre los unos y los otros, ya que se necesitaban mutuamente, si bien desde ahí los griegos procuraron mezclarse lo menos posible con los otros, al menos con los infantes, pues aunque todos eran alanos, los jinetes procedían de tribus distintas, algo menos salvajes o algo más de fiar.

La chispa fue una cosa tan tonta como un altercado entre unos pocos almogávares y una docena de alanos por el orden en que serían atendidos por una dama griega, de las pocas dedicadas a un oficio antiquísimo que operaban en la nada cosmopolita península de Artaki, la cual, demostrando un excelente sentido de la prudencia —consustancial a su modo de ganarse la vida—, se mantenía de lo más imparcial. De los gestos —no hubo parlamento; ni los nuestros hablaban la lengua caucásica de los alanos ni éstos sabían una palabra de catalán— se pasó a los empujones, y de ahí a las dagas, con el resultado de un almogávar muerto y los demás puestos en fuga. Los alanos, que aun teniendo alguna noticia del asunto de los genoveses no tenían experiencia en el trato con almogávares, no pensaron que aquello fuese a pasar de ahí, de modo que por la noche se llevaron una sorpresa cuando vieron su campamento asaltado, ya de madrugada, por varios cientos de almogávares. Fue un ataque breve, aunque muy sangriento, ya que cuando los visitantes desaparecieron quedaban atrás varios cientos de alanos convenientemente degollados, en buena parte sobre las

mismas esteras donde dormían y en las que no llegaron a despertar.

Los supervivientes no encajaron el asunto con la siempre recomendable flema, de modo que a la mañana siguiente salieron a cobrarse las vidas de sus camaradas, encontrándose con unos almogaváres nada ingenuos que les aguardaban muy seguros de que vendrían. El total entre la matanza nocturna y la masacre diurna se fue bastante más allá de los mil alanos muertos, con muy pocas bajas en el bando catalán. Aquello dejaba del todo claro que no se podría contar con los recién incorporados colegas, y más aún tras saber que uno de los caídos era el hijo y heredero del *cabdill* Girgón. Aun sabiendo lo que se cocía, De Flor no quiso intervenir, pese a las advertencias de los alarmados capitanes y adalides, convencido de que su buena estrella no le abandonaría; de ahí lo preocupado que se quedó al saber que Girgón ordenaba levantar el campamento y regresar a Tracia bordeando el mar de Mármara. Intentó comprar su buena disposición a fuerza de oro, su curalotodo universal, pero sin éxito. Girgón, a nosotros no nos cabía duda, marchó de Artaki teniéndosela jurada, pero al advertírselo sólo conseguimos verle componer un gesto de indiferencia. Lo que más valía de los alanos, según él, era la caballería, y ésa se quedaba. Los infantes eran de otra tribu, el hijo de Girgón era basura y a su padre no había quien le aguantase, de modo que los jinetes alanos, tras ser debidamente incentivados, hicieron pública su confianza en el megaduque y en los saqueos que nos aguardaban. Fue una decisión que no dejó de sorprendernos, aunque lo que contaba era que aquellos mil jinetes y casi el doble de caballos nos vendrían muy bien, de modo que ahí quedaron sepultadas las respectivas malas leches e iniciamos el camino del sur.

La fuerza con que atravesamos el istmo el 9 de abril totalizaba dos mil quinientos de a caballo —quinientos y pico éramos caballeros catalanes, aragoneses y navarros— y cinco mil infantes. A corta distancia y pensábamos que a salvo de posibles ataques marchaban las mujeres, los hijos y los esclavos. Se había pensado dejarlos en Artaki, pero habrían sido una irresistible tentación para los turcos, lo cual nos habría obligado a dejar atrás una fuerte guarnición, de la que no debíamos prescindir. Los objetivos de la campaña eran tan ambiciosos, y ésta sería de una duración tan desmesurada —cuando menos, lo que restaba de 1304—, que de ningún modo podíamos empezar debilitándonos a nosotros mismos. De hecho, sostenía Muntaner y el megaduque no le contradecía, si el índice de atrición subiera de un tercio de la fuerza total deberíamos regresar a Bizancio, y allí esperar la llegada de Rocafort y d'Entença.

El primer alto en el camino era una plaza fuerte llamada Germe, o así la consideraban los griegos. No debía de serlo mucho, pues había capitulado sin lucha varios meses antes. Las relaciones entre los griegos invadidos y los turcos invasores, probablemente por eso, eran buenas. Estos últimos vieron al momento que con nosotros sería imposible mantener el mismo *status quo*. De hecho, les sería imposible mantener nada, pues tras una breve lucha no dejamos ni uno, salvo unos pocos que

lograron escapar a la carrera y a los que por orden del megaduque no se persiguió, y no sólo por montar caballos muy veloces, sino para que indicasen a los que sitiaban Filadelfia la suerte que les aguardaba si no levantaban el campo de inmediato. Habría sido una buena ocasión para conquistar el aprecio de los griegos liberados, que nos recibían como héroes, pero nuestro *führer* infalible tenía sus ideas, y éstas pasaban por infundir en las mentes de los griegos, tanto de las guarniciones como de los simples habitantes, la necesidad de oponerse al turco aun al precio de la propia vida, y para ello nada mejor que colgar a las autoridades militares y civiles, por no haberse opuesto a los invasores con la debida determinación. Los aterrados individuos, que de ningún modo esperaban semejante actitud por parte de los libertadores, se salvaron por un pelo, pues ya tenían los lazos al pescuezo. El pelo fue de Muntaner, que secundado por d'Alet convenció al megaduque de que antes de colgarlos sería mejor reflexionar en una reunión de capitanes, pues su interpretación de la situación no coincidía con la suya. Les preocupaba que apenas habiendo empezado a movernos ya nos habíamos granjeado la enemistad de los genoveses y de la mayor parte de los alanos. Si empezábamos a colgar griegos podríamos vernos no sólo sin amigos, que tristemente ya lo estábamos, sino con el grueso de la población en contra, y eso sería demasiado hasta para una Companyia Catalana sin rival en lo militar, pero que a la vuelta de unos meses quizá totalizara la mitad de los efectivos con que contábamos entonces, de modo que, pese al terror que infundíamos, terminaríamos siendo una presa fácil para cualquier fuerza mínimamente organizada. Pienso que si el cada día más altivo megaduque aceptó lo que pedía Muntaner fue porque le sabía el más leal de los hombres, así como el que mejor le había secundado desde aquella primera reunión en Palermo, pero estaba claro que sin la menor gana.

* * *

Nos habíamos reunido en la estancia principal de una casa bastante grande, la del *batlle* o como diablos llamaran los griegos al que mandaba en la ciudad, la misma que nuestro *führer* había elegido para pasar el par de noches que nos quedaríamos en Germe. Permanecíamos bastante apretados, pendientes de las palabras de un sombrío megaduque un tanto reacio a comenzar. Seríamos cuarenta, empezando por d'Alet y Muntaner, siguiendo por una docena de caballeros —yo formaba en ese grupo, aunque no de pleno derecho, sino por mi función de *aide-de-camp* de Muntaner— y terminando por los adalides más veteranos y prestigiosos. Con pocas excepciones, allí no había nadie con menos de cincuenta muertos a la espalda —sólo guerreros; las mujeres, los viejos y los niños no puntuaban—, y unos cuantos cuatriplicaban la cifra. Como alguna vez el megaduque sentenciara con sus extraños dichos alemanes, éramos los auténticos, los legítimos *experten* de la Companyia Catalana. De ahí que hubiera decidido explicarnos el conjunto de propósitos que atesoraba en su cabeza.

—Hasta hoy no ha surgido la ocasión de transmitirnos el objetivo final, el

propósito estratégico de la cruzada que acabamos de iniciar. Bien, pues ha llegado el momento, así que prestad atención, pues nada será más necesario que lo entendáis y lo hagáis vuestro, para que después consigáis que sea el de vuestros hombres.

El tono era en consonancia: solemne y bastante grave. No sé si lo he dicho alguna vez, pero Roger de Flor era un maestro de la puesta en escena. Si como templario, marino, corsario, diplomático y guerrero había demostrado ser muy bueno, como actor sería digno de representar tragedias espantosas en el mejor de los teatros.

—Estamos aquí no sólo por lo que nos ha impulsado siempre, la voluntad de hacer saber que como nosotros no hay nadie y que nada se nos puede comparar a la hora de combatir. De paso, también, la de hacernos con cuantas riquezas podamos acumular, lo cual, en mayor o menor grado, ya lo hemos conseguido, al punto que, si valiéramos para ello, haría ya tiempo que nos habríamos retirado, para comprar una masía en Catalunya, en Mallorca o en Aragón y dedicarnos a criar ganado, labrar la tierra, cazar, pescar, hacer muchos hijos y vivir como unos payeses patriarcales e industriosos. Si no lo hacemos es porque nos gusta esto —acariciaba la empuñadura de su espada, con evidenciada intención—, y porque aún no somos tan viejos como para resignarnos a disfrutar los placeres, aunque también el aburrimiento, de la vida sedentaria, plácida y contemplativa, pero los días pasan, y los meses y los años, de modo que no es malo detenernos un momento, mirar atrás y preguntarnos cómo será nuestro mañana. Mejor dicho, cómo queremos que sea nuestro mañana.

Una larga mirada circular, por demás teatral. Yo no la calificaba en esa forma de propia intención, pues sólo una vez había ido al teatro, en Empúries, pero Muntaner, que lo hacía siempre que podía, definía las del megaduque de aquel modo, él sabría por qué.

—Nos guste o no, pertenecemos a una raza de aventureros. Hasta donde la historia se remonta, nuestros antepasados conquistaron los reinos musulmanes, se hicieron fuertes en el Mediterráneo y plantaron sus banderas en múltiples lugares de sus costas, tanto las europeas como las africanas. Gracias a su determinación, a su valor y a su ánimo de lucha hoy se habla catalán desde Murcia a Montpellier, en Mallorca, en Cerdenya, en Trinacria, en Malta, en Túnez y en Argel, y aunque no de forma dominante son muchos quienes lo hablan en Roma, en Venecia, en Nápoles y en la Provenza. También, aunque ya no gracias a nuestros antepasados, sino a nosotros mismos, lo hablamos aquí, en Anatolia.

Un sordo rugido de aprobación. Si no para otra cosa, servía para determinar que la masa de capitanes, ayudantes, caballeros y adalides ya estaba en el bote de Roger de Flor, nuestro *fürher* y megaduque, y eso que, por mucho que se afanara en serlo, de catalán no tenía ni una triste gota de sangre.

—Estamos aquí porque se nos ha contratado. Nuestra misión es hacer un trabajo que no nos corresponde: limpiar Anatolia de los enemigos de un imperio que no es nuestro, y es que nosotros, en realidad, somos súbditos de otro imperio, uno que no existe como tal, por ser meramente virtual. Un imperio de tres coronas y tres

monarcas, aunque imperio al fin y al cabo. Un imperio catalán.

Otro bramar, un punto más audible. Se notaba que todo el mundo iba entrando en calor.

—Hemos empezado bien y continuaremos mejor, porque somos más fuertes, y más valerosos. —Muchos, aquí, compusimos una mueca de nada sutil desprecio; los turcos, los alanos y los genoveses con quienes nos habíamos medido no sentarían plaza en el Olimpo de los héroes, precisamente—. Dentro de unos meses, ya lo veréis, Anatolia será nuestra. La bandera que ondeará en los mástiles será la de Bizancio, pues para eso nos pagan, pero será una cosa sin sentido, porque seremos nosotros los conquistadores y los que mantengamos el orden y el dominio sobre la población, la poca que hay en esta tierra tan inmensa pero tan vacía.

Expectación; se acercaban las grandes palabras, y no hacía falta ser muy sutil para predecirlo.

—En las costumbres, en la justicia y en la política del Imperio al que servimos *de momento* —había soltado estas dos palabras en un tono arrastrado, distinto del usual —, existe una figura llamada César. Un César, en Bizancio, es un hombre superior a todos los demás, salvo el emperador. Éste viste de rojo, como sabéis quienes de vosotros le hayan visto —asentí más o menos involuntariamente—, y su trono se sitúa como una vara por encima del suelo. Bajo él estamos el heredero, los megaduques y los príncipes, todos a un mismo nivel. Si hubiera un César su trono se colocaría sólo un pie por debajo del propio del emperador. Sus ropas y sus insignias serían idénticas, salvo en el color, que sería una mezcla de azul y dorado, haciendo visible, así, que sólo inclina su cabeza delante del emperador. A los antiguos Césares, y debo decir que desde hace cuatrocientos años no hay ninguno, se les confiaba el mando sobre provincias extensas y alejadas, en representación del emperador, aunque con entera independencia de juicio y de criterio. De hecho, su administración, pues además de guerreros eran administradores, constituía un estado separado del gran estado imperial.

Más expectación; para mí no era necesaria, pues no podía estar más claro adonde nuestro *führer* pretendía llegar.

—Mi propósito es que dentro de unos meses, cuando hayamos echado a los turcos y presentemos cuentas al emperador, y cuando hayan llegado Rocafort y d'Entença, en cuyo momento seremos la fuerza militar más poderosa no ya de aquí —señalaba el suelo con el dedo—, sino del Imperio, consigamos que Andrónico me designe César Imperial con la misión de hacerme cargo de Anatolia, este mismo inmenso país que habríamos acabado de recuperar para él. Aceptaré, por supuesto —una sonrisa muy amplia; se la devolvimos, unánimes—, y así asistiremos a la creación de un nuevo estado catalán en el Mediterráneo. Será el cuarto, y aunque nacerá sometido a la mayor autoridad del emperador Andrónico II, será cosa de tiempo, y no mucho, que seamos del todo independientes.

Aquí la masa, que ya no se podía contener, explotó. Alaridos de furor, orgullo y

gloria resonaban con violencia por la gran sala, estimulados por d'Alet, más entregado *führer* que nunca. No dejaba de ser comprensible, me decía sin sofocar mi propio criterio: el de no ver claro cómo una Companyia Catalana d'Orient que ni en su mejor momento superaría los diez mil hombres podría controlar una extensión de terreno tres veces superior a la de las coronas sumadas de Castilla y Aragón.

—Es posible que algunos de vosotros, una vez os sentéis a reflexionar, consideréis esto que os acabo de contar como una empresa descabellada. Por eso quiero explicar que, quizá para vuestra sorpresa, no seremos los primeros en hacerlo. Hace ya unos cuantos lustros que unos guerreros no muy distintos de nosotros, los Caballeros Teutónicos, de los cuales descendiendo, tras conseguir el permiso del emperador de Occidente conquistaron un territorio de tamaño similar al del Asia Menor, al sur y al este del mar Báltico, al norte de los Cárpatos y al oeste de las grandes estepas rusas. En aquellos días, cuando los Teutónicos iniciaron su conquista, era un inmenso páramo sin nombre, insalubre, pantanoso y poblado por paganos. Hoy, ochenta años después, ya es uno de los más florecientes países europeos, cada día más fuerte, más autónomo y más independiente, más dueño de su propio destino. El año 1224 los Teutónicos se dieron a sí mismos, lo primero de todo, su propio estado, y acto seguido le pusieron nombre: Preussen. Sus habitantes de hoy, que ya no sólo son los Caballeros Teutónicos, son independientes, prácticamente del todo. Aún son miembros del Imperio romano de Occidente, aunque de un modo nominal, ya que han logrado hacerse con su lugar bajo el sol y no tienen que dar cuentas a nadie ni obedecen las órdenes de nadie, y menos aún de ningún gobierno superior que se considere con derecho a dárselas desde una lejana capital imperial. Pues bien, esto es lo que os propongo: seamos los Caballeros Teutónicos del Mediterráneo, démonos a nosotros mismos nuestro propio estado y, en su momento, declaremos nuestra independencia. Todos tenemos derecho a soñar, pero los que consiguen hacer realidad sus sueños son muy pocos, los muy pocos que poseen la fuerza y la determinación necesarias para lograr, si no para imponer, que así sea. Los Teutónicos no pasaban de ser cinco mil cuando se lanzaron sobre los pantanos insalubres que hoy son Preussen. Nosotros seremos más de diez mil cuando *solicitemos* —lo dije de un modo tan melifluo que arrancó las carcajadas que con seguridad esperaba— el cesarato, y seguramente muchos más, porque ya veréis lo poco que tardan en venir más catalanes y más catalanas, cuando decidamos que aquí, en Anatolia, la bandera que corone nuestros mástiles no sea la de Andrónic, sino la nuestra. ¡La *senyera*!

Definitivamente, se había hecho con nosotros. Los rugidos, que ya no gritos, lo atestiguaban. Salvo, quizá, en el caso del siempre cauto Muntaner. No estaba junto a mí, de modo que no podía escucharle, aunque por la forma en que me miraba me parecía que bramaba un poco menos que los demás.

* * *

Seguimos hacia Filadelfia marchando todos juntos, ya que no dejábamos guarniciones atrás y sin haber establecido ninguna línea de suministros, lo cual nos condenaba sin remedio a vivir de lo que consiguiéramos en el terreno. A veces nos aprovisionábamos sin necesidad de malos gestos, por pensar los indígenas que no seríamos peores que los turcos. En esos casos Muntaner, muy en su papel de intendente general, aflojaba unas monedas, insuficientes para sufragar los costes de los infelices campesinos, aunque bastaban para no dejar atrás a nadie interesado en degollar a nuestras mujeres y a nuestros hijos, que marchaban a seis horas tras nosotros con una escolta bastante reducida. Otras veces, las más, la mera contemplación de nuestros chuzos descapuchados bastaba para que los pobres diablos se deshicieran en reverencias, y tras eso nos entregaran todo lo que tenían, conscientes de que no se debe discutir con el que tiene cara de matarte sin siquiera pestañear a poco que le regatees una gallina, una hogaza o unas manzanas. Era una forma de aprovisionarnos bastante incómoda, porque a la fuerza nos hacía marchar despacio, pero el supremo interés operacional, mantenernos agrupados, prevalecía sobre cualquier otra consideración.

Llegamos a Chliara, lo que significaba dos tercios del camino, hacia el 20 de abril. Allí se nos pidió socorrer a diversas guarniciones griegas cercadas por los turcos asentados en lo que llamaban el *beylik* —un territorio bajo el mando de un *bey*, algo así como el jefe de una horda— de Germiyan-oğlu, desde donde operaban los que disputaban a los griegos el tercio más occidental de Anatolia. El megaduque dijo nones, aunque al menos se molestó en explicar que no quería fraccionar su fuerza en escaramuzas menores, pues el propósito de la campaña era descabezar al grueso del ejército turco, y para eso necesitaba todos sus recursos. Después, cuando hubiéramos liberado Filadelfia y masacrado a sus sitiadores —ahí añadió que no pensaba dejar uno vivo, lo que animó un poquito a los desolados emisarios griegos—, nos ocuparíamos de liquidar a las demás partidas turcas que anduvieran por la zona.

En Chliara se nos informó con un cierto grado de precisión de lo que tendríamos enfrente. A lo que se creía, las fuerzas turcas correspondían a dos *beyliks*, el de Germiyan-oğlu y el de Aydinoghlu. Se hallaban al mando de sus respectivos emires, los cuales se llevaban bastante bien, aunque uno de los dos, un tal Yakup bin Alí Şir, parecía ser el que tomaba las decisiones cuando no conseguían ponerse de acuerdo. Por lo visto seguían sin tomar Filadelfia, pues a fin de reducir a mínimos la posible pérdida de hombres, y de salvar en su beneficio lo más que se pudiera de la ciudad, la cual era muy grande, ambos emires preferían rendirla por hambre. Debían de saber que nos acercábamos, pues habían empezado a desplazar el grueso de sus tropas a un lugar denominado Aulax, del cual se nos decía que reunía las condiciones ideales para un enfrentamiento clásico, al menos desde un determinado punto de vista, el de que uno de los contendientes superaba en número, y de mucho —cuando menos el doble—, al otro. De seguir el curso del río Hermos, o Gediz para los turcos, podríamos estar allí en diez días, opinaban nuestros informantes, pues la distancia era

de unas treinta leguas. Ni De Flor, ni Muntaner ni d'Alet dijeron nada cuando escucharon eso. De ningún modo querían hacer saber a esos griegos tan amables, pero de los que de ningún modo se fiaban, que la Companyia Catalana d'Orient era capaz de recorrer diez leguas al día y llegar más o menos tan fresca, lista para combatir.

Aulax estaba de Filadelfia como a un día de marcha; ritmos griegos, que no catalanes. Era una gran superficie llana, desprovista de arbolado y sin cursos fluviales. La ideal para masas de caballería que se lanzaran la una contra la otra, y la que venciera, que bajo cualquier punto de vista sería la más numerosa, cayera sobre la infantería enemiga y la masacrara. En esa forma parecían esperarnos los dos emires, al entender de Muntaner mucho más seguros de sí mismos de lo que les convendría. Debía influir en el buen orden que mostraban sus tropas, por demás ortodoxo, la constancia de su gran superioridad numérica. Desde una colina cercana Muntaner y yo estimábamos sus tropas en no menos de doce mil infantes y ocho mil jinetes —posiblemente, más; cuando menos, desde allí no divisábamos las reservas que, bajo una cierta lógica, debían haber escondido en alguna parte—, mientras que nosotros alinearíamos tres mil jinetes —mil quinientos en primera línea; los restantes, alanos y griegos, a continuación; aún estaban llegando a las que serían nuestras posiciones de partida— y cinco mil infantes, de los que cuatro mil quinientos eran almogávares y el resto griegos. A los otros quinientos griegos, los más viejos o más jóvenes, les habíamos dejado atrás, para que protegieran a las mujeres y a los críos. No era que los despreciáramos, porque de uno en uno eran valientes, pero como fuerza organizada valían poco, además de que sus tácticas de combate no tenían mucho de agresivas; cuando menos, no eran comparables a las nuestras. Era natural que siendo la proporción de casi tres a uno en favor de los turcos, éstos se mostrasen tan ufanos, un talante al que no podíamos estar más acostumbrados. Después de todo, si algo en común tenían las diversas campañas de almogávares desde los tiempos de Jaime I era el siempre habérnoslas visto con enemigos entre dos y cuatro veces superiores en número. En calidad, gracias a los dioses, no tanto.

Los turcos se habían dividido en dos grupos: la caballería de un lado —era principalmente ligera; dicho de otro modo, jinetes sin yelmo ni armadura, y caballos sin blindaje— y la infantería de otro. A ésta la precedían los arqueros, que según decían los griegos eran temibles. A nosotros no nos daban mucho miedo, porque sus arcos no eran de gran cuerda, lo que significaba que su alcance no podía ser grande. Contra una masa de almogávares que cargase a toda velocidad tendrían tiempo para disparar dos o tres flechas como mucho, y en ángulos no muy elevados, de modo que difícilmente podrían perforar nuestros *broquels*. Por nuestra parte, De Flor eligió un despliegue simétrico. Él se situó al frente de la caballería, la pesada por delante —caballeros catalanes y aragoneses—, y la ligera catalana, más los griegos y los alanos, protegiendo los flancos. D'Alet conduciría la infantería, en tres oleadas; las dos primeras de almogávares y la tercera de griegos, ésta con órdenes expresas de

rematar. A diferencia de los turcos, que mostraban por todas partes gallardetes y pendones, en nuestras filas apenas ondeaban el de Andrónico, el de Aragón, el del megaduque y una enseña muy alta, enteramente negra, que para los turcos no significaría nada, pero que nosotros habíamos aprendido a valorar nada más desembarcar en Artaki. Era la de los Teutónicos cuando querían dejar las cosas claras, y su significado lo explicaban las únicas palabras en alemán que todos comprendíamos: «*Keine Gefangenen!*».

Los turcos aún andaban enfangados en sus ceremoniales previos a la batalla —los musulmanes son muy dados a eso, comentaba Muntaner; en Murcia y en Valencia, cuando menos, hacían lo mismo—, cuando nuestra infantería, con d'Alet a la cabeza y tras una breve invocación a sant Jordi, a santa Maria y el consabido «*Desperta ferro! Matem Matem!*», se lanzó a todo correr y dando grandes voces contra la suya. Los arqueros reaccionaron al momento, pero la distancia, poco más de setenta estadales^[6], no les permitió realizar más de seis disparos, con pésima eficacia. Tras eso se las vieron con el repertorio habitual de los almogávares: azcona, chuzo, *cortell* y un brazo de turco que ya no sigue donde debería, seguido de un tajo en las tripas y a por el siguiente. Muy repetitivo y escasamente imaginativo, aunque a todas luces productivo, si no devastador; a su éxito se debía que los almogávares no hubieran cambiado de táctica en el siglo y pico que aquélla tenía, y a la vista estaba que no hacía ninguna falta que lo hicieran.

El megaduque, a su vez, hizo lo propio casi al momento. La caballería ligera turca era diestra en el manejo del alfanje, para lo cual debía cerrar distancias, cosa que le hacía quedar dentro del alcance de las pesadas espadas castellanas —los caballeros aragoneses no desdeñaban nada que pudiera ser de utilidad, dándoles lo mismo dónde se hubiera inventado—, las cuales, debidamente manejadas, eran capaces de partir en dos cualquier alfanje —tampoco parecía que las forjas otomanas fueran de primera calidad—, para en un segundo golpe hacer lo mismo con la cabeza del jinete. Así pues, para los caballeros que seguían al *führer*, abrirse camino entre las densas filas de jinetes turcos empezó a ser tan sencillo como para los almogávares penetrar en las de infantes turcos.

Los almogávares se lanzaron contra los arqueros poco después de la salida del sol. No llevábamos mucho más de nueve horas de combate —sería la nona— cuando el emir que mandaba más, Yakup bin Ali şir, cayó de su caballo a resultas de un encontronazo con mi buen amigo Ramón d'Alquer, que de un golpe de plano con su espadón le aplastó un hombro. Los suyos se lo llevaron en volandas, aunque con dificultad, ya que les perseguían tres o cuatro caballeros catalanes que a golpes de mangual dejaron unos cuantos con las cabezas abiertas. A eso se debió una cierta confusión en la caballería turca, cuyo centro empezó a colapsar, al momento acompañado por el de su infantería, que al ver lo que sucedía unos cuantos estadales a su derecha no dudó en dedicarse a lo mismo, con desastrosas consecuencias. Dada la manera de combatir de los catalanes, lo peor que cabe hacer es darles la espalda,

sobre todo si no es posible correr muy deprisa, y no lo era, porque los infantes turcos se atropellaban y arrollaban los unos a los otros, entre alaridos de pánico, a los que se sumaban los «*Matem! Matem!*» de unos almogávares borrachos de sangre y que, de llegar a ser el caso, habrían seguido troceando enemigos hasta la caída de la noche. No fue así, porque pronto quedó el campo despejado. Los pocos turcos que lograron escapar —estimando por diferencias a partir de los muertos y heridos que dejaron atrás, los cuales en cuestión de pocos minutos ya sólo eran muertos, y era de reconocer que los griegos otra cosa no harían bien, pero remataban de maravilla— no serían más de mil quinientos de a caballo y menos de mil infantes. En un primer balance de cifras que una hora después ofrecí al alegre megaduque, los jinetes turcos que se habían quedado allí no bajaban de seis mil y los infantes de diez mil, y eso contando por bajo, porque posiblemente fueran más. Si aquello ya era para desatar el entusiasmo megaducal, lo que le hizo prorrumpir en vítores a sant Jordi fue saber que nos habíamos hecho con más de cuatro mil caballos, de modo que a partir de aquel infausto día la Companyia Catalana d'Orient sería una fuerza montada, y por tanto capaz de desplazarse más lejos y más deprisa que cuando desembarcamos en Artaki. Para colmo y colofón, las bajas de nuestro lado eran mejor que tolerables: menos de doscientos muertos entre jinetes e infantes, por desgracia casi todos catalanes y aragoneses. Lamentable, sí, pero representaba un índice de atrición inferior a lo que Muntaner había pronosticado, de modo que tampoco era para entristecerse. Heridos había cuatro veces más, pero en su inmensa mayoría no eran graves; nada que diez o doce días a cubierto, tras haber sido hábilmente remendados por nuestras expertas mujeres, no pudieran resolver. Por último, el botín con que nos encontrábamos también era sensacional, de lo cual ya estaban dando buena cuenta nuestros avezados almogávares. A los turcos, como a los moros de Murcia y de Valencia, les gustaba ir a la batalla bien vestidos, mejor armados y luciendo sus más hermosas joyas, para presentar un buen aspecto si las cosas no iban bien y debieran presentarse ante su Dios para tomar inmediata posesión de las setenta y tantas huríes que a cada uno le correspondían. Una desgracia como cualquier otra, opinaba con cinismo Muntaner, ya que si algo, en su opinión, resultaba insufriblemente aburrido era una maldita virgen. Resumiendo el resultado, ni en sueños habríamos podido suponer que todo acabaría tan prodigiosamente bien. Aún quedaba mucha campaña que realizar, muchas leguas que recorrer y muchos turcos que matar, pero todo indicaba que la Companyia Catalana ya era la dueña indiscutible de Anatolia.

Por mi parte, me había pasado la batalla combatiendo como el buen caballero catalán en que me iba convirtiendo; gracias a eso pude ver de cerca cómo Ramón d'Alquer sacaba del combate al emir principal. Lo cierto es que perdí la cuenta de los que maté o al menos descabalgué, lo que me supuso una palmada muy afectuosa del propio megaduque, aunque lo que más agradecí a quien me hubiera protegido —me daba igual quién fuera, si la Virgen, sant Jordi, Eris o Claudera—, fue salir de aquel fangal de sangre, tripas y mierda sin un mal rasguño. Pese a mi tierna edad,

veinticuatro recién cumplidos, ya era un amante convencido de mi propio pellejo. Nadie me podría echar en cara que fuese un suicida o un temerario. La vida era demasiado interesante para jugársela más allá de los límites de la prudencia, y en eso me afanaba. De ninguna de las maneras tenía interés alguno en que me llorasen.

* * *

Permanecimos diez días en el campamento que las mujeres y sus escoltas griegos habían levantado al otro lado de las colinas que limitaban por el sur el campo de batalla de Aulax. Los propósitos eran reorganizarnos, dar un obligado descanso a las derrengadas tropas, distribuir las nuevas monturas y, sobre todo, facilitar la recuperación de los heridos que tuvieran cura. Veinte no lo hicieron, pero las batallas son así, de modo que salvo sus mujeres y sus hijos, los que tuvieran alguna o alguno, nadie se vio afectado. Al tiempo, el megaduque despachó varias partidas de caballería ligera, para verificar hacia dónde marchaban los turcos supervivientes y para comprobar que los sitiadores de Filadelfia levantaban el campo. No hubo sorpresas, salvo en todo caso por la mucha prisa que se dieron estos últimos, al punto que no se molestaron en desmontar sus campamentos; simplemente, los abandonaron. De igual modo, algunas de las plazas fuertes que los turcos mantenían tan asediadas como Filadelfia, esas que los emisarios griegos nos habían pedido liberásemos, al poco de que a sus sitiadores les legaran las noticias desaparecieron en el acto, huyendo todos ellos con rumbo general a levante, allá por donde habían aparecido tres o cuatro años antes. Llevaban dos asediando Filadelfia; querían conseguirla intacta, para que fuera su capital en Anatolia Occidental. Una Filadelfia que nos recibió como héroes, libertadores, amigos y hermanos. El *führer* no quiso decepcionar a sus habitantes, de modo que planeó una entrada triunfal, como un César —igual ensayaba su futura dignidad— que regresara de las Galias con Vercingetórix a remolque —un papel que desempeñaban, sin ganas, treinta o cuarenta desgraciados que habían escapado de milagro al cuchillo de los griegos para encarar un futuro previsiblemente desagradable—, los cuales desfilaban por la calle principal tras sus guardianes griegos, los alanos, los almogávares, la caballería ligera catalana y, precediéndoles, los caballeros aragoneses sobre sus blindadas monturas de batalla. Delante de todos ellos, nuestro *führer* inmortal, vestido de César —o eso dijo antes de comenzar todo aquello un Muntaner más irónico que de costumbre, aunque sólo para mis oídos—, seguido a varios cuerpos por Corberan d’Alet y Ramón Muntaner, menos resplandecientes aunque también más verdaderos. Más auténticos. Más como de veras somos los catalanes, pero en algo se tenía que notar, me lo repito a mí mismo para que jamás se me olvide, que Roger de Flor, o Rutger von Blume, no tenía nada, pero que nada de nada, de catalán.

* * *

Nos quedamos en Filadelfia dos semanas justas. Los habitantes se mostraban uniformemente afectuosos, siquiera los primeros días, pues al cabo de tres o cuatro comenzaron a sospechar que las meras muestras de amistad y devoción no bastaban para contentar a los impacientes almogávares, los cuales se mostraban más interesados en comprobar por sí mismos que se les profesaba, sobre todo por parte de las *habitantas*, un afecto singular. Esto comenzó a generar tensiones, aunque no tan fuertes como las suscitadas a los dos días de sentar el megaduque sus reales en el palacio más hermoso de la ciudad, cuando presentó al gobernador la factura de sus honorarios. Éste, perplejo, adujo no pensar que debía pagar cantidad alguna, toda vez que la Companyia Catalana d'Orient venía financiada por el emperador Andrónic, y por si eso fuera poco xor Roger debería comprender que, tras dos años de sitio, las arcas de Filadelfia estaban vacías, pero es de aceptar que sostener esta postura frente a un tipo de mirada fría, tras el que forma una guardia de almogávares sombríos, cada uno con la mano en la empuñadura del *cortell*, no es algo que pueda extenderse mucho tiempo, de modo que, haciendo de la necesidad virtud, las autoridades resolvieron que lo más prudente sería sacar de donde no quedaba y alegrar así la cara del conquistador.

Al cabo de las dos semanas una fracción de la Companyia, bajo el mando de xor Roger, dejó Filadelfia para comprobar el estado de dos fortalezas situadas al noreste y al sudeste de la ciudad, a poco más de dos jornadas a caballo y que se llamaban Kula y Furnes. Estaban situadas sobre sendas lomas y su aspecto y su fama eran de inexpugnables, tanto que al megaduque le sorprendía que hubieran capitulado ante los turcos sin ofrecer la menor oposición, a lo cual éstos correspondieron dejando ambas intactas y preservando en sus respectivos mandos a los gobernadores y a los comandantes de las no pequeñas guarniciones. *Elführer*, que tenía ya ganas de cerrar los contenciosos con Filadelfia y sus alrededores, y liquidar así sus compromisos específicos con Andrónic, decidió que lo mejor y más prudente sería dejar claro qué clase de suerte correrían en el futuro los responsables de las fortalezas imperiales si volvían a capitular sin lucha, de modo que, tras congregarse en la plaza de armas a las aprensivas guarniciones, hizo decapitar al militar y ahorcar al civil, sin hacer el menor caso de las tibias peticiones de clemencia formuladas por sus inferiores inmediatos, los cuales, puestos al día de lo sucedido en Aulax, eran conscientes de que con la Companyia Catalana no era bueno discutir.

Tras unos días más en Filadelfia salimos no hacia levante, como había yo supuesto, sino a poniente, ya que xor Roger, a propuesta de Muntaner, cambiaba de planes. Ahora se trataba de hacerse con una ciudad amurallada de una cierta importancia situada en la comarca de Lidia y que se llamaba Magnèsia, fácil de defender por una pequeña guarnición y donde se podría establecer una especie de

capital en Anatolia de la Companyia Catalana. Tenía una segunda ventaja, nada desdeñable: quedaba cerca del estrecho que separaba la línea costera de la Illa de Xiu, donde permanecía fondeada la flota catalana. Todo indicaba que sería el lugar ideal para depositar ahí el conjunto de las riquezas capturadas, encerrar a los prisioneros por los que se pudiera pedir rescate —aún no teníamos de éstos, pero ya caerían—, establecer un sanatorio para los heridos que requirieran una larga convalecencia y a los que, por razones obvias, no les sentaría bien nuestra dura vida itinerante, y también para invernar cuando fuera el caso, ya que nuestras fuentes, comenzando por el providencial Gensana, sostenían que su clima era excepcional, fresco en verano y cálido en invierno. Un lugar ideal, en suma, para ocuparlo con carácter tan estable como indefinido. Sospechábamos que a las autoridades locales —era la única ciudad de alguna importancia que durante la guerra con los turcos no fue ni tomada ni sitiada— no les gustaría la idea, pero eso, como de costumbre, no era cosa que *alführer* le preocupase. Si con un poquito de oro no se convencían, una pequeña dosis de mangual bastaría para reblandecer sus quizá duras molleras.

En Magnèsia residía el antiguo prefecto del Imperio para el Asia Menor Occidental, un tal Nostongos Doukas, aunque la vara de mando la tenía el gobernador de la ciudad, un tipo llamado Demetrios Ataliota. Los dos eran aristócratas griegos de casas muy antiguas, con buenas relaciones en Constantinopla y muy próximos al Patriarca, cosas todas ellas que *al führer* le dieron igual, incluso tras ser amenazado con la denuncia que los dos irritados funcionarios afirmaban plantearían al supremo poder del Imperio romano de Oriente, Andrónic II Paleóleg. Si el megaduque pasó tan ampliamente de lo que dijeron aquellos dos era por estar convencido de que Andrónic no movería un dedo por su causa, ya que no podría estar más encantado de haberse librado de los turcos, cuando menos en el oeste de Anatolia, de un modo tan drástico y tan barato. Que un par de viejos pederastas se le quejara por verse arrojados de sus respectivos palacios no le quitaría el sueño, de modo que no se inmutó cuando le informaron de que, muy dignos, ponían rumbo a Constantinopla en la galera del gobernador. En eso, reflexionaba Muntaner, el megaduque quizá midiera mal sus fuerzas, porque si bien la reacción aparente de Andrónic no podría ser otra —la verdadera bien podría ser distinta—, no dejarían de ser dos enemigos más, influyentes y bien situados, en una corte donde salvo Andrónic, su hermana Irene y su sobrina María nadie nos miraba con cariño. Era lo peor de nuestro muy prusiano jefe, reflexionaba Muntaner sólo para él y quizá un poquito para mí: cuando pensaba en el futuro su tendencia natural era sólo escuchar su propia voz; rara vez oía lo que decían sus amigos y jamás pensaba en lo que harían sus enemigos. Eso, tarde o temprano, acabaría siendo malo para todos, o así lo veía él. Tanto como para comenzar a pensar en un posible trabajo a las órdenes de Frederic o de cualquiera de los Jaumes. Él no estaba mal con Roger, y de su intendencia personal sólo podía decirse que rebosaba, pero su futuro a largo plazo había empezado a preocuparle, y el que pudiera depender de la Companyia Catalana d'Orient, pese a ir ésta de un éxito a

otro, cada día que pasaba lo veía un poquito menos claro.

Todavía en Magnèsia, sin haber aún terminado los preparativos para la reanudación de la campaña, supimos que los supervivientes de Aulax, más las fuerzas que habían sitiado Filadelfia, Kula, Furnes y algunas otras fortalezas, se habían reunido con las de un tercer emir, el del Beylik de Menteşe-oğlu, y amenazaban con tomar Tira, una ciudad-fortaleza situada más allá de una cordillera llamada Bozdağlar y a unas veinte leguas al sur de donde nos hallábamos. No parecía constituir una gran amenaza, pero el megaduque prefería no dejar enemigos a la espalda, de modo que al frente de una fracción de la Companyia, básicamente la primitiva horda de Corberan d'Alet, con éste a su lado y todos a caballo para ganar tiempo y fatigarse menos, salió para Tira, dejando a xor Ramon al mando de Magnèsia.

De Flor y d'Alet, era de reconocer, no podían entenderse mejor; a diferencia de mi señor Muntaner, al que cada día yo le percibía una mayor reserva intelectual y una considerable distancia moral, d'Alet se había entregado al megaduque por entero, y en cierto modo éste a él. Lo atestiguaba el haber tenido el supremo detalle de concederle por esposa una hija que tenía con una dama de Nicosia, la cual a la sazón hacía de señorita de compañía de la megaduquesa María y también andaba por los quince o los dieciséis, una edad excelente para casarse con un caballero aragonés no muy mal parecido, que así decía era d'Alet mi hechicera Claudera. Sobre si la hija era o no bastarda circulaban opiniones encontradas. Algunos sostenían que nuestro *führer* se había casado con la madre cuando aún era un hermano templario y por tanto no era libre de hacerlo, y que callaba ese detalle para que nadie le pudiese acusar de bigamia tras su boda con María Asanina. Otros opinaban que no, que lo suyo con la madre de la niña, de la cual además se sabía que tenía por nombre Queralt, el de una cueva catalana donde la Virgen se aparecía de vez en cuando y de quien la madre debía de ser muy devota, fue un revolcón apasionado seguido de una pensión que desde nada más nacer la desdichada él pagaba con germánica puntualidad.

El megaduque y la mayoría de los que marcharon con él regresaron al cabo de quince días, con no muy buena cara. Tira ya era nuestra y había en Anatolia tres mil turcos menos, pero ya no teníamos senescal, pues d'Alet, al que molestaba la *cervellera* por el gran calor que hacía, se la quitó en mala hora, pues fue hacerlo y una flecha turca le traspasó la testuz de sien a sien. Dejaba una vacante sólo provisional, ya que al cabo de unas semanas se nos uniría Bernat de Rocafort con su horda de doscientos caballeros y más de mil almogávares, pero aun así era una pérdida muy dolorosa para el megaduque, al cual se le veía seriamente afectado. Se quedaba sin el mejor de sus amigos y del que más se fiaba, pues si yo percibía las reservas mentales de Muntaner era evidente que también las notaba él. No le retiraba la confianza, pues mi señor era leal y profesional hasta el extremo, pero no advertía en sus gestos y en su talante la incondicional adhesión que le había mostrado d'Alet, y a saber si se la mostrarían Rocafort y d'Entença, cuando llegaran. Una pérdida lamentable —d'Alet era excepcional en el combate—, y si de algún modo podía él

demostrar lo mucho que le dolía, fue construyéndole una bonita sepultura —o así me la describió Ramon d'Alquer, al que le costó sujetar sus lágrimas según le daban tierra, y es que d'Alet fue para él más o menos lo que Muntaner para mí— en el santuario de Sant Jordi, mitad de camino entre Tira y Magnèsia. Allí estaba enterrado el santo, no se sabía si con el dragón o sin él, o eso añadía mi señor, del que yo seguía sin saber cuándo hablaba en serio y cuándo no, ciertamente desusada en las sobrias costumbres de los almogávares, que sin ser dejados a los buitres cuando caían en el campo de batalla poco les faltaba, en el entendimiento de que a ellos les daría lo mismo dónde y cómo se les enterraba, y en la convicción de que, cuando resonaran las trompetas en la Valí de Josafat, sería más o menos indiferente la pinta que mostraran sus desnudos esqueletos. Los almogávares no eran, o no éramos, ni ateos ni descreídos, aunque tampoco nos teníamos por beatos o por meapilas.

No llevaba el megaduque más de un día en Magnèsia cuando le llegó un mensajero de d'Aunés: Rocafort acababa de llegar a Xiu en dos galeras a reventar. Él, doscientos caballeros —sin caballos, aunque con sillas y arreos—, mil almogávares y unas cuantas doceñas de mujeres y de críos. A eso se sumaba la información que le había llegado en Tira, según la cual los turcos supervivientes en aquel extremo de Anatolia se volvían a congregarse, esta vez en una plaza fuerte de la costa llamada Ania. Tras estudiar el mapa de Anatolia que meses antes nos entregó el providencial Gensana —el que nos proporcionó xor Miqueli era menos detallado, además de peor hecho; más parecía, en verdad, que se hubiera pensado para confundirnos en lugar de ayudarnos—, y escuchado Muntaner, el único al que por entonces y a pesar de la mutua frialdad aún pedía opinión, decidió enviar la flota, más las galeras de Rocafort, a la desembocadura del río Maiandros —Menderes para los turcos—, un lugar no muy alejado de Ania donde se suponía que habría oposición. La Companyia Catalana en pleno marcharía en dirección sur, al mismo sitio, para reunirse allí con la horda de Rocafort. En Magnèsia quedaría una guarnición de treinta caballeros y cien almogávares, al mando de Pedro Martín d'Orós. Sería suficiente, opinaba el megaduque, para defender la ciudadela y proteger lo mucho que habíamos rapiñado desde que desembarcamos en Artaki. D'Aunés debería despachar a Ephesos un leño con Rocafort y veinte de sus caballeros, para que aguardasen allí al megaduque. Yo —me señalaba con el dedo— me adelantaría con veinte caballeros para explicar los planes a Rocafort, en la propia Ephesos, y ponerme a sus órdenes hasta que llegara él al frente de la Companyia en pleno. Ahí a Muntaner se le dispararon las cejas. Sin decir nada preguntaba en esa forma por qué diablos no dejarle a bordo de sus galeras hasta que nos juntáramos en el río Maiandros. A eso respondió *nuestro führer* que Rocafort era un hombre de trato espinoso, por no decir espantoso, la mar de suspicaz, y que se podía sentir injuriado por una hoja de árbol que cayera o un pájaro que piara, de modo que, por ridículo que pareciera, en prevención de mayores males convenía que alguien le aguardase a pie de pantalán. Habría preferido que lo hiciera Muntaner, pero necesitaba tener a mano a su intendente, de modo que me confiaba esa delicada

misión con la muy seria encomienda de que fuera con Rocafort tan amable y seductor como me fuera posible, que le relatara con precisión lo que llevábamos de campaña y que le describiera con el mayor lujo de detalles la hermosura de su hija Queralt.

—¿Y eso? —Muntaner no se pudo contener.

—Dado que d'Alet ha muerto, y que Rocafort es inevitablemente soltero, quizá porque no ha nacido quien le aguante, la idea de casarse con mi niña igual hasta le gusta, sobre todo si además le hago senescal. Todo sea por llevarnos bien.

La imagen que yo guardaba de Rocafort —gordo, antipático, de cara redonda plagada de verrugas, calvicie incipiente, barba desigual, mirada innoble, gesto a juego y formidable halitosis— me hacía sentir cierta pena por la desdichada Queralt, de la que Claudera comentaba que no podía ser más tonta, si bien, a cambio, era la mar de bondadosa, pero su destino, después de todo, me traía sin cuidado. Lo que me preocupaba era cómo entretener a la bestia parda de Morella mientras llegaba el megaduque.

—¿Hay algo que le divierta, y que le pueda entretener si alguna cosa te retrasa por el camino?

El megaduque se rascaba el occipucio, pensativo.

—Le gustan las vírgenes, a más jovencitas mejor. Mira de ver si aún tenemos alguna, o mejor dos o tres, y te las llevas y se las echas, a ver si con eso lo calmas unos cuantos días. Y llévate dos docenas de almogávares a caballo, también. Lo digo porque deberás convencer al jefe de la guarnición de que te ceda su palacio, y te será más fácil conseguirlo si te ve acompañado de todos ellos.

Muntaner asentía, con gravedad y empezando a sudar, aunque no de inquietud. Era primeros de julio, y el julio de Magnèsia no era el de Mallorca; en Magnèsia llovía plomo fundido. Yo también lo hacía, preocupado. Sería mi primera misión *de confianza* y además en solitario —los almogávares que me llevaría, y desde luego ya pensaba en Oleguer, no serían una verdadera compañía; sólo una escolta—, y no dejaba de sentirme un punto aterrado.

* * *

Debo confesar que, pese a mis temores, no me fue mal con Rocafort. Andábamos mal de vírgenes, era verdad, aunque sólo de catalanas, pues a la que podían se dejaban de pudores y de zarandajas —a la segunda o a la tercera regla, y sin que sus madres debieran empujarlas—, salvo las feísimas, pero ésas, y nunca supe por qué, no solían llegar a la edad adulta; cuando menos, con nosotros. Entre las esclavas turcas, las que capturamos en los serrallos de los emires, no tuve problemas para seleccionar un par en las que sólo un enfermo de la mente habría visto en ellas atractivo para otra cosa que no fuera saltar a la comba. Por si aquello fallaba me hice con un exquisito juego de *xatranj*, con piezas de marfil y tablero de alabastro, que Oleguer había rapiñado en la tienda de Yakup bin Ali şir al término de la gran juerga de Aulax y que desde ahí

era propiedad de xor Ramón. Yo no jugaba mal del todo —a mi madre le gustaba mucho, y durante años mantuvo la esperanza de que me aficionase a fuerza de hacerme jugar contra ella; tuvo éxito, pues me divertía, pero lo disimulaba duramente, porque a mi parecer era un juego de mujeres y de ningún modo aceptaría feminizarme de aquel modo tan innoble—, y tenía entendido, por un comentario de Berenguer de Roudor, que Rocafort, pese a su indisputada bestialidad, era un buen jugador que a menudo lamentaba no encontrar rivales de su talla. Quizá con las unas y con lo otro, y con el relato detallado de cómo nos habían ido las cosas desde que saltamos a tierra en Artaki —ahí bendije mi costumbre de anotar todo; por primera vez en mi vida de caballero almogávar me valía de algo útil—, lograra entretenerle hasta que llegara el megaduque y me relevase al cuidado del cabestro.

La Companyia llegó sin retraso perceptible sobre la fecha prevista —Muntaner la movía con una precisión admirable; si algo era claro para todos era que había nacido para ese trabajo, el de intendente de un gran ejército—, con el megaduque a la cabeza. Fue tranquilizador verle abrazarse con Rocafort, y aún más verles encerrarse a solas en el palacio que tan de mala gana me había cedido el aprensivo gobernador, el cual estaba más que al tanto de lo que podían esperar de la Companyia los que ocupaban ese cargo si, por lo que fuese, al megaduque no acabaran de caerle bien. Aún mejor fue saber que De Flor convocaba una cena donde deberíamos asistir los capitanes, sus ayudantes, los caballeros más antiguos y los adalides principales. En ella se nos anunció lo que ya sabíamos, que Bernat de Rocafort, caballero de treinta y tres años, sería el nuevo senescal de la infantería y segundo jefe de la Companyia Catalana d'Orient, y que además emparentaría, en cuanto fuera posible, con nuestro fñhrer y megaduque, de treinta y siete, al que nada enorgullecía más que ser su virtual suegro amantísimo. Por último, y era lo más importante, que tanto a los recién llegados como al resto de la fuerza se les entregaría en cuanto nos juntáramos en el Maiandros la soldada correspondiente a los cuatro meses siguientes. Tras eso, una vez cumplimentadas las preceptivas salvadas de vítores, nos emborrachamos a conciencia. Bueno, yo no, y Muntaner tampoco. Él sabría por qué no lo hacía, y yo sabía que si él no lo hacía yo tampoco debía tirar por ahí. Lo más que nunca logré sacarle de su empeño en mantenerse sobrio a todo trance fue una nebulosa reflexión, la de que si en alguna ocasión beber más de la cuenta es extremadamente peligroso, es en un banquete por muy amigos que sean los que te rodean, y era que, lo grabase a fuego en mi cabeza, los peores enemigos son los que saben apañárselas para que te creas que son tus mejores amigos.

Dejamos Ephesos dos días después, tras recabar del gobernador los preceptivos honorarios, los cuales abonó sin discutir y sin protestar, quizá por ya estar al tanto de ciertas inesperadas costumbres de la Companyia Catalana. Muntaner murmuraba que aquello no tenía nada de moral, pues si los turcos tomaron la ciudad en su momento fue por ser muchísimos más, y que aquella rapiña innecesaria un día u otro se volvería contra nosotros, si bien esas reflexiones eran sólo para él y para mí. Después

de todo, los dos éramos conscientes del endiosamiento creciente que se apoderaba de nuestro amado *führer*, una evolución de su personalidad que nos apenaba constatar, aunque quizá sólo sucediera que, al fin, había decidido quitarse la máscara de compañero y amigo, sencillo y leal, tras la que ocultaba su verdadero yo, el que ya tenía, pero sin atreverse a mostrarlo, cuando le conocimos en Trinacria. No era, opinaba Muntaner, que se hubiera vuelto así; era que siempre había sido así, aunque sin dejar que se notase.

* * *

La toma de Ánia fue un ejemplo de caos y desorden, como si en vez de a las órdenes del megaduque la Companyia estuviese a las de Disnomia. Era una plaza moderadamente grande y bien amurallada, del tipo que más nos costaba conquistar, pues si bien nos teníamos por invencibles a campo abierto, frente a las fortalezas bien defendidas lo pasábamos fatal, ya que ni teníamos usos y costumbres de asaltarlas, ni contábamos con el equipo adecuado —torres de asalto y catapultas incendiarias—, ni de hacernos con él sabríamos usarlo del modo conveniente, por lo mismo, por no ser nuestra forma usual de pelear. Muntaner ya se temía lo peor una vez nos vimos ante las cerradas puertas de la fortaleza cuando de un modo tan inesperado como espontáneo una masa de almogávares, sin que nadie se lo hubiese ordenado, se lanzó contra ellas con tan gran fuerza y determinación que consiguió entreabrir las. Desde ahí todo fue un caos de sangre y desorden, de lucha calle por calle y casa por casa, donde la gente de Rocafort, que llevaba más de año y medio sin pelear, fue la que llevó la voz cantante, pese a lo desentrenada que parecía estar. Lo hiciesen como lo hicieran, el caso fue que a la caída de la tarde los turcos abrieron la otra puerta y escaparon por ahí, a la carrera y dejando todo atrás, armas, riquezas, equipo, heridos, mujeres y niños, además de tres mil muertos entre los de a pie y los montados. Por nuestra parte fue una carnicería seguida de matanza, la de los heridos, las mujeres más débiles y los niños de menor valor en el de nuevo floreciente mercado de la esclavitud. Los griegos del Asia Menor habían perdido muchas vidas en los años transcurridos desde que vieron llegar a los turcos, lo que determinaba un estar muy necesitados de mano de obra, de modo que a las mujeres no las querían para sus burdeles, sino para trabajar de sol a sol allá donde pudieran sustituir a los hombres, los cuales eran irremplazables en los trabajos duros de verdad, y los de reconstrucción de casas, iglesias, molinos, puentes y caminos eran los que más. En cuanto a los niños, pues más o menos lo mismo: si podían cargar con una gran piedra se les daba de comer y salvaban sus vidas. Si no...

Nos quedamos quince días en Ánia, reorganizando las fuerzas, repartiendo el botín, haciéndonos con todos los carros y caballos que pudimos encontrar en un radio de dos leguas y estudiando los informes que nos traían las avanzadillas. Teníamos claro desde que llegamos a Constantinopla que nuestro destino final sería buscar en el

interior de Anatolia una batalla decisiva contra los turcos, para lo cual había que, ante todo, hacerles huir de la costa del Egeo. Eso ya se había conseguido, y en el mejor de los momentos posibles, pues aún estábamos a medio verano y en el interior de Anatolia, o eso nos habían explicado, se podía marchar y combatir hasta ya entrado noviembre. Más allá, el frío, la lluvia y la nieve podían llegar a ser tan catastróficos que no pocos ejércitos en avance o en retirada se habían quedado allí para siempre, derrotados por el clima. De ahí que Muntaner lo tuviera claro y ni el senescal ni el megaduque le contradijeran: estuviéramos como estuviéramos, y donde fuera que nos halláramos, el primer día de octubre habría que iniciar el regreso a Magnèsia.

Las distintas avanzadillas, que se habían internado tan lejos como quince leguas tras los turcos, señalaban que huían hacia el este conservando un orden razonable, y que además se les sumaban pequeñas guarniciones destacadas a lo largo de la vieja calzada romana, la que unía por el interior de Anatolia los puertos del Egeo con las Portes de Ferro —las Portas Cilicias de los romanos—, el lugar donde a efectos prácticos terminaba el Imperio romano de Oriente. Hasta llegar allí, desde Ania, nos esperaban ciento cincuenta leguas de terreno elevado —el interior de Anatolia es una gran meseta, similar a Castilla pero mucho más grande—, no demasiado árido, aunque tampoco era un vergel. Eso significaba que la intendencia de la expedición debería ser muy cuidadosa, pues no siempre podríamos encontrar alimentos suficientes para ocho mil guerreros y cerca de tres mil mujeres. Los niños no los contábamos; ya se contentarían con las sobras. Se había barajado la idea de no llevarlas, dejándolas en Magnèsia con sus cachorros, pero tras sopesar ventajas e inconvenientes se resolvió que no, que sería un riesgo imposible de cubrir. Sólo la fuerza de protección que deberíamos habilitar, y la no menor necesaria para conseguirles víveres de manera continuada, supondría dejar de contar con más de mil hombres, y para vérnoslas con los turcos en la batalla decisiva, esa que De Flor llamaba *hauptschlacht*, volviendo a servirse de sus raros palabras alemanes, necesitaríamos hasta el último de los nuestros, pues ellos no serían menos de tres veces nosotros.

El desafío intelectual de organizar la marcha de casi once mil personas adultas y más de diez mil bestias —marcharíamos a caballo, nosotros, y en carretas, ellas—, acarreando reservas de alimentos y de forraje para diez días sin suministro —y de agua para tres; no esperábamos desiertos, pero muchos de los ríos que atravesaban Anatolia se hallarían en lo peor del estiaje veraniego—, era de tal magnitud que me asombraba el que Muntaner lo conservara, íntegro, en su cabeza. Yo le ayudaba en lo que podía, que por lo general no era más que anotando sus ideas, recalculando sus cifras y redactando las disposiciones que habríamos de leer a los capitanes, adalides y almugadenes —yo se las habría escrito, pero seguían empeñados en no saber leer—, así como a las mujeres, las cuales no estaban organizadas como los hombres, con almugadenes y adalides, aunque había unas cuantas de reconocida influencia sobre las demás, en parte por edad, en parte por sabiduría y en parte por acostarse con los

que mandaban. Sería, estaba claro, un ejercicio de sobrehumana complicación y presidido por dos temores capitales: que cuando nos viéramos con el ejército to turco al completo no estuviéramos en las debidas condiciones y que, al regresar, Anatolia nos enguliese como a tantas y tantas formaciones militares les había ocurrido antes de que nosotros hubiéramos nacido.

Iniciamos la marcha el 20 de julio. Según los conocedores de Anatolia, y según los textos que relataban el calvario de la primera cruzada, los turcos no era probable que nos hicieran frente antes de llegar a las Portes de Ferro, el mejor desfiladero imaginable para cerrar el paso a una fuerza que avanza en dirección este o para masacrar a una que huye hacia el oeste. La distancia estimada era un poquito menos de ciento cincuenta leguas, que según la planificación de Muntaner deberíamos recorrer a una media de siete por día. Con ese ritmo los caballos llegarían en buenas condiciones, cosa necesaria no sólo para combatir, sino en su momento regresar. De no haber retrasos, el tiempo necesario para llegar a las Portes de Ferro sería veintiún días, pero Muntaner contaba con que los habría, bien por tormentas, bien por enfermedades o bien por terremotos, desoladoramente frecuentes en Anatolia — durante nuestros meses en Artaki contamos siete, aunque solamente uno fue de asustarse—, siendo uno de sus peores efectos que los puentes se venían abajo, haciendo necesario desviarse para cruzar unos cauces que no siempre se dejaban vadear. Si en condiciones ideales la fecha probable de llegada sería el 10 de agosto, Muntaner prefería pronosticar una horquilla que iba del 11 al 20. Incluso de llegar este último día tendríamos tiempo sobrado para desplegarlos, pelear, vencer, perseguir, consolidarnos, descansar, curar a los heridos y ponernos de regreso antes del primero de octubre, cosas todas ellas con las que tanto el megaduque como el senescal se mostraban de acuerdo, así como la mar de admirados por la gran calidad del trabajo de Muntaner. Seríamos una horda bestial y combatíamos como una caterva brutal, pero nuestra intendencia no debía de ser mucho peor que la del ejército más serio y organizado de la vieja Europa, cuando menos según Roger de Flor: el de los caballeros prusianos o, como prefería decir él, los *Deutschritters*.

No era la primera vez que me ocupaba, en mi calidad de *aide-de-camp* de Muntaner, en establecer las rutinas a menudo extravagantes de una fuerza numerosa que realiza una larga travesía. Sin ir más lejos, la de Artaki a Filadelfia fue por demás compleja, pero lo que teníamos delante hasta las Portes de Ferro —salvo si los turcos nos hacían frente antes de llegar, lo que Muntaner consideraba improbable, ya que, pudiendo elegir el campo de batalla, no encontraba razón alguna para que renunciaran a una posición tan ventajosa para ellos— superaba no ya cualquier cosa que hubiéramos hecho antes, sino las peores pesadillas que no sólo yo, sino el propio Muntaner, habríamos podido imaginar. El día, para nosotros, comenzaba mucho antes de que amaneciera y concluía rondando la medianoche, y siempre con la inquietud de que algo pudiera estar descontrolado. Era de agradecer la carta blanca que De Flor había otorgado a Muntaner para que hiciera y deshiciera según lo viera él, o lo

viéramos los dos, pues el encargado de recorrerse una y otra vez las filas y las columnas era yo, llevando instrucciones, recabando novedades, detectando problemas, improvisando soluciones y esquivando distracciones, pues si nuestra tropa era de por sí muy poco disciplinada, el mujerío que nos acompañaba era en absoluto respetuoso con mi persona. No me tengo por muy guapo, pese a reconocer que no estoy mal del todo, pero a veces hasta pensaba que lo era, cosa explicable para cualquiera que oyera las barbaridades que se me gritaban y las sonrojantes proposiciones que se me hacían desde la carretas donde viajaban las mujeres. Esas mujeres que luego, al acampar —nos deteníamos a mediodía, tras haber recorrido las siete leguas planificadas a un ritmo de una por hora, casi a paso de almogávar; gracias a ese bajo ritmo de avance conservábamos intactas las fuerzas de los hombres y de las bestias—, montaban a toda prisa las cocinas de campaña —se necesitaban docenas para dar de comer a una masa de once mil bocas hambrientas, más niños—, sacrificaban las reses que nos íbamos a zampar según avanzara la jornada, degollaban los pollos con que harían las sopas que nada más detenernos comenzaban a cocer en sus inmensos calderos, lavaban lo que hubiera que lavar en el arroyo que pillara más cerca —solíamos detenernos cerca de un curso de agua; era necesario a fin de hacer aguada, y también pensando en la higiene de los que se preocuparan de tales cosas, pues además de las mujeres algunos de nosotros intuíamos que convenía lavarse de vez en cuando, aunque sin exagerar—, y ordeñaban las vacas y las cabras que traíamos con nosotros. Era esta otra de las razones por las que avanzábamos tan despacio; su funcionalidad era doble: a unas las sacrificábamos para que a nadie le faltara carne y a otras se las ordeñaba, porque los críos necesitaban leche; como era natural su cifra menguaba cada día, pero como era también natural no vacilábamos en reponerlas gracias a los campesinos y a los granjeros con que topábamos de cuando en cuando; dábamos por supuesto que los turcos ya les habrían esquilado, de modo que nada más divisar en el horizonte la polvareda que levantábamos esconderían todo lo que tuvieran; a eso se debía que la rapiña tuviese lugar al amanecer, cuando los enviados para conseguir suministros caían sobre sus casas y sus rebaños; no eran nuestras únicas avanzadillas, porque desplegábamos otras a fin de localizar posibles emboscadas de los turcos, pero éstas las enviábamos algo más tarde, a fin de no alertar a los campesinos avariciosos que preferían no ser saqueados. También nos servían cuando llegaba el momento y después repostaban ellas mismas —no comíamos con ellas; distraían—, para luego recoger entre todas —nosotros, los hombres, que para eso lo éramos, no nos rebajábamos hasta el punto de hacer esas cosas—, y por último, si la ocasión era propicia, se organizaban fogatas donde no participábamos ni todos ni todas, sólo aquellos que aún tenían fuerzas para risas, música, melodías y cantatas —a menudo penosamente nostálgicas—, y algo de baile a cargo de las más jóvenes, que así estimulaban los sentidos de los que bien poco necesitábamos para sabernos muy estimulados. Tras eso, los que tenían con quien yacer lo hacían más o menos apasionadamente, los que no se aguantaban, y algunos,

los más jóvenes, nos dejábamos tantear por las a su vez más jóvenes y que aún no tenían pareja.

Yo, lo he dicho alguna vez, destacaba entre mis iguales —no a pesar mío—, por estatura, pelo, complexión y hasta color de los ojos. Aunque me mostraba tan barbudo como el que más, el que la mía fuese una barba rubia le daba un toque de suavidad, o eso comentaba Claudera, que no se cansaba de acariciarla, y menos aún cuando, por razones coyunturales, era ella quien recibía sus caricias en una cierta parte de su ser que por lo visto las agradecía sin medida. Todo ello daba lugar —no había otra explicación; el que supiera leer y escribir en varias lenguas no se valoraba demasiado entre nuestras *muxeras*— a una popularidad que no me disgustaba, pero de la que prefería no sacar un provecho exagerado. Me conformaba con el mínimo imprescindible para que las lenguas afiladas, que siempre hay alguna, no interpretaran por su cuenta que a lo mejor no era entre los muslos de las mujeres donde me sentía más a gusto. Sin embargo, y de un modo instintivo, nunca me había dejado llevar por la tentación de acercarme a las más jóvenes, las que buscaban pareja. Las costumbres almogávares, y es bueno que las explique, aceptaban sin problemas las uniones espontáneas que después devenían estables, con lo cual se volvían familiares y acababan dando lugar a que a su debido tiempo hubiera más almogávares. También aceptaban la extensión de tales uniones a una o más hembras que por cualquier causa hubieran perdido sus parejas, sobre todo si eran hermanas o primas de la mujer, de forma que, llegado el caso, establecían un acuerdo tan bienaventurado como satisfactorio: entre todas criaban a los hijos y entre todas se ocupaban de un afortunado almogávar que, a su vez, las protegía y las cuidaba para que no les faltara de nada. Que aquello constituyera un horrible pecado de poligamia no tenía importancia para nadie, ni siquiera para los sacerdotes, ya que la bienaventurada Companyia Catalana d’Orient, gracias a Dios, no tenía ninguno, al menos a lo largo de Anatolia. Era porque no quisieron seguirnos, lo cual agradecíamos a los cielos; insisto en que no éramos ateos, pero la suspensión de los apartados de la fe opuestos a nuestra libertaria concepción de la vida y la sociedad en absoluto nos apenaba. Otro tipo de acuerdo entre mujeres, más propio de las que preferían no tener pareja fija, era sindicarse de forma que todas se ocuparan de los hijos que padecían entre todas, criándolos y educándolos de un modo comunal. Alguna vez que otra, cuando les apretaban los sentidos —o sentían deseos de tener algún hijo más, cosa en absoluto excepcional; de hecho las había con más de diez y siempre sin padecer a su lado un almogávar estable—, hacían saber a uno que les gustara su interés en pasar una hora de pasión arrebatada, a lo cual las otras contribuían, protegiendo su intimidad, aunque también, si se daba el caso, estableciendo una especie de cama redonda en las que dos o tres almogávares que se llevaran bien se mostraban encantados de complacer a seis o siete damas deseosas de disfrutarlos, al tiempo, llegado el caso, de disfrutarse las unas a las otras. El campamento almogávar era, en fin, un lugar feliz donde todo el mundo hacía lo que

le daba la gana y todos respetaban, salvo alguna ocasional crisis de celos —eran inevitables—, la suprema libertad de los demás y de las demás.

Un caso especial era el de las hijas de familias más o menos estables que alcanzaban la edad de contribuir a reponer las filas de almogávares. Tanto los padres como las madres, si la niña les había salido vistosa, esperaban que cazara un almugaden, un adalid o incluso un caballero pobre —más allá no solían hacerse ilusiones—, por lo cual insistían e insistían en que no se fuese al catre con el primero que se lo pidiera. Ellas solían obedecer, aunque no por ello dejaban de promocionarse. Las había ciertamente bellas, cosa que tenía su razón, o eso decía Muntaner, en la mezcla de sangres, y era que la comunidad almogávar no era muy endógena. Entre todos y entre todas aportábamos semillas de muy variadas procedencias, lo que daba lugar a ejemplares de un exotismo sorprendente. Uno de tales ejemplares se llamaba Llura y tendría unos quince años. Su padre, catalán con alguna sangre mora, fue de los primeros almogávares que Blasc d'Alagó se llevó a Trinacria, y su madre, calabresa de padre albanés, tenía por destino en esta vida un convento donde su madre la hizo ingresar por haberla deshonrado un caballero francés, pero tuvo la inmensa suerte de que los catalanes lo tomaran, y con él a las novicias, y a pesar de que su primer encuentro con el que a su debido tiempo sería el padre de sus cinco hijos no fue precisamente pacífico, ni suave, al poco resolvió que seguir la vida de las mujeres que hacían la suya con los almogávares resultaba más interesante, y más apasionante, que pasársela desollándose las rodillas a las órdenes de las putas monjas calabresas. Giovanna, que así se llamaba, se las había compuesto para sacar adelante a su pequeña tribu, incluso tras perder a su hombre frente a las murallas de Siracusa. La comunidad le dio cobijo y afecto, como se hacía con todas las que se veían en la misma situación, y lo cierto era que contaba con la simpatía general, pues era de las que mejor cosía los tajos con los que tan a menudo volvíamos los almogávares del combate. Llura ya mostraba buenos modos en lo mismo —un arte que se transmitía de madres a hijas—, aunque no era lo único que mostraba, pues había cierta unanimidad no sólo en que poseía unos ojos prodigiosos, sino en que sabía mirar de una forma que haría derretirse al más brutal de los hombres, y para mi desdicha los había puesto sobre mi humilde persona, sin que yo me diera cuenta, ya desde los idílicos días de Artaki.

Nos habíamos detenido en Catal Hüyük, junto a un lago inmenso llamado Beyşehir, donde nos detendríamos un día, y no sólo para darnos un descanso, que nos hacía mucha falta, sino con propósitos sanitarios, pues casi todos, hombres y mujeres, apestábamos. Hacía mucho calor, y las aguas del lago, no sólo purísimas sino poco profundas, invitaban como nada en este mundo a dejar en ellas buena parte de la costra que arrastrábamos —tras hacer aguada, eso sí, ya que después de bañarse allí la Companyia Catalana lo más probable sería que las grullas y los flamencos, que los divisábamos por miles, comenzaran a fallecer—, algunos quizá desde Artaki. Llevábamos la mitad del camino y recobrar fuerzas nos vendría bien, toda vez que al

reanudar la marcha pensábamos saquear una ciudad de cierta importancia llamada Iconi. Por parte de los turcos ya estaba evacuada, de modo que no esperábamos resistencia, pero quizá los griegos se tomaran a mal que nos lleváramos lo poco que habrían dejado los que ya se habían marchado, de modo *que ponernos en facha*, según la festiva y marinera definición de d'Aunés a la hora de reparar una galera y dejarla lista para navegar, era una medida muy prudente que nadie criticó.

La Companyia Catalana d'Orient no era una fuerza militar especialmente púdica, de lo cual daba fe que nada más trincar los carros, dar de beber a las bestias y rellenar los barriles donde transportábamos las reservas de agua, nos despojáramos de nuestras *gonelles*, de nuestras polainas y de nuestras abarcas, y entre gritos de gozo y alegría nos zambulléramos en unas aguas nada frías, seguramente a causa del gran calor que hacía, del inmisericorde sol que brillaba en su cénit y de la escasa profundidad general; había que alejarse docenas de varas de la orilla para que se nos mojara el ombligo. Las mujeres, mientras tanto y esperando su turno —nuestras relajadas costumbres sociales no llegaban al extremo de bañarnos todos juntos como nos parieron nuestras madres respectivas, y era que algunas de las mujeres conservaban una vaga consciencia de que ciertas cosas aún eran pecado—, con mayor o menor descaro hacían cuanto les era posible para no perdernos de vista, y no pocas comentaban festivamente, a grandes voces, la opinión que les merecían nuestras cochambrosas partes nobles, tan necesitadas todas ellas de un restregado general con estropajos y jabones sumamente ásperos, los cuales nos pasábamos los unos a los otros con catalana despreocupación, del todo indiferentes al espectáculo que dábamos. Yo me afanaba en eso incluso un punto más que los demás, por ser consciente de lo que a menudo predicaba Muntaner: «hay que lavarse bien los pies cada dos meses o tres». No me daba cuenta, mientras lo hacía, de que a pocos pasos de la orilla una cierta mirada verde, como de balanguera, no me perdía de vista. Lo supe horas después, al ver que una chica relativamente normal, más o menos como todas, se me acercaba cuando, tras cenar, dudaba entre irme a mi tienda —no dormíamos al raso, pese a que la temperatura invitaba; era porque habíamos aprendido a temer a los alacranes y a las víboras escamosas, unas más pequeñas que nuestros entrañables *escurçons* y que los turcos llamaban *garibas*, de mordedura no sólo letal, sino de las que hacían implorar a los amigos que te remataran por no poder soportar el espantoso dolor que causaba su ponzoña—, o añadirme a una de las numerosas *colles* de hombres y de mujeres que se congregaban frente a otras tantas hogueras.

—Te llamas Guillem, ¿verdad? —asentí, un punto perplejo—. A mi amiga, Llura, le gustas. Me ha pedido que te lo diga.

—¿Llura la de Giovanna la Calabresa?

—La misma. Tú también te has fijado en ella, ya veo.

Ahí, sobre la marcha, decidí que lo más prudente sería tirar a despistar. Si algo de ningún modo deseaba era una crisis de naturaleza personal con el mujerío de la

comunidad.

—No, no es eso. Es que su madre me remendó un brazo después de lo de Artaki —era mentira, pues gracias a los dioses, y mi diosa de cabecera seguía siendo Claudera, seguía siendo virgen de otra cosa que no fueran rasguños, de los que ni siquiera sangran—, y así supe que tenía una hija.

—No te creo. Eres un mentiroso, porque tú también la miras, que todas nos hemos dado cuenta.

No me quedó más remedio que componer el gesto universal de «bueno, y qué quieres que le haga».

—Pues ya lo sabes. Piénsalo.

Sin más, o en todo caso tras dejar asomar una sonrisa que me sonó a «y si no te gusta prueba conmigo», se alejó sin añadir nada. Confieso que aquello me dejó un punto trastornado. Soy un joven saludable, ya lo he comentado, y aunque me sabía propiedad de Claudera la Hechicera tampoco era cosa de mantenerme incólume, y más tras cinco meses de ayuno y abstinencia, pues la vida que llevábamos desde que salimos de Artaki de ningún modo propiciaba otra cosa que un pecado rapidillo contra una turca conquistada, y en mi caso aún menos, ya que como violador soy un desastre, quizá por tener muy presentes los primeros instantes de mi vida. Bien sabía que iniciar relaciones con una virgen del lugar, y con las de allí los trámites eran muy rápidos, del tipo «aquí te pillo, aquí ya sabes», podía traer por consecuencia un malentendido de los graves, de la clase «yo pensaba que seríamos pareja» contra «pues yo creía que sólo era un aliviarse de los bajos», y de éstos había los suficientes para de ningún modo querer buscarme uno. Ahora, mi cabeza no dejaba de pensar en los ojos de Llura —y en todo lo demás, no lo podía evitar—, lo que me hacía comprender que los hombres, por enamorados que pudiéramos estar, a la que una se nos pusiese a tiro ya no pensábamos en otra cosa. Bueno, en mi caso sí que pensé, y al momento: en Oleguer, que para según qué asuntos era mejor consejero de lo que podría ser Muntaner.

—Preguntaré. Mañana te digo.

Era un almogávar de muy pocas palabras, creo que ya lo he dicho, pero eso no suponía que fuera ineficaz. A su modo era capaz de transmitir información muy valiosa con un grado de precisión asombroso, como a la mañana siguiente, según desayunábamos un buen pedazo de queso con cecina, comprobé una vez más.

—La madre, Giovanna, preferiría que le saliera un compañero estable, pero la sabe completamente loca de ahí abajo, de modo que bien contigo, bien con cualquier otro, a las Portes de Ferro no llega entera. Quiere, además, que la preñes, porque le hace verdadera ilusión un hijo que se te parezca, tan alto y tan guapo como tú —lo decía con frialdad, si no con displicencia—. En cuanto a lo que venga después, ya lo tiene bien hablado con sus amigas. Son seis, que Giovanna me lo ha dicho, y dos ya están preñadas. Piensan hacer lo que tantas otras, parir a sus críos y sacarlos adelante todas juntas, ayudándose las unas a las otras y sin depender de ningún cabestro que

las apacientes. Ya ves, independientes que han salido. Me parece que no se me olvida nada... Bueno, sí: que hoy será un día tan bueno como cualquier otro, y si te decides que me lo digas a mí para decírselo yo a ella. A Giovanna. Tras eso, pues ya sabes, Guillem. A ver qué tal te portas y pon mucho cuidado, que si te sale un churro no se lo callará. Desvirgar con suavidad es mucho más difícil de lo que parece, no sé si lo sabes, y tu buen nombre puede muy bien depender de qué tal lo hagas, esta noche.

Me guiñó un ojo, pero apenas me fijé. Mi cabeza ya sólo tenía espacio para lo que se avecinaba.

* * *

Llura y yo nos vimos a la caída de la tarde, junto a la orilla del lago, tal y como pedí a Oleguer que dijese a su madre. No sabía por qué, pero yo no quería que aquello fuera un mero llegar a su tienda cuando ya fuera de noche, y sin más trámites ir derechos al asunto. No es que yo sea un gran sentimental, que tal cosa y ser almogávar es incompatible, pero tampoco era un simple consolador de señoras, o de zarinas, como una traviesa vocecita en mi cabeza susurraba de un modo intermitente.

Confieso que fue verla y comenzar a derretirme. Quizá por el contraste, pues de ningún modo era como Claudera. No había salido mucho a su madre, una peluda calabresa con una sola ceja que le iba poco menos que de oreja a oreja. Su aspecto era de catalana total, pese a jamás haber estado en Catalunya, tan bien dotada como casi todas nuestras mujeres para criar a mucha gente —Claudera, por el contrario, casi podría pasar por un efebo—, de piernas y tobillos fuertes, caderas poderosas, manos grandes y aspecto general de saber muy bien lo que quería, pero sin por eso perder delicadeza en sus facciones, ni elegancia en sus gestos.

—¿Te gusto, Guillem de Tous?

—Ya lo creo. ¿Y por qué te gusto yo a ti?

—Pues no lo sé. Tampoco me preocupa saber por qué. Me gustas, y mucho —¡*la Mare de Déu*, qué voz!; era como si no le brotara de la garganta, sino de tres cuartas más abajo—, y quiero que seas tú. No sé qué puede haber más allá, y de momento me da igual lo que sea. Todo me da igual, salvo que seas tú.

Me sonreía, y yo al tiempo agradecía que mi *gonella* fuera tan holgada y que me hubiera dejado el cinturón en la tienda.

—¿Qué significa que quieres que sea yo?

—Que seas tú el que me haga mujer. Así podré acordarme de ti toda mi vida, incluso si mañana te matan. Las mujeres, Guillem, nunca nos olvidamos de nuestro primer hombre, y yo jamás lo haré de ti. Incluso si nunca más te vuelvo a tener.

Distraído —nunca he sido bueno en procesar palabras que no espero—, eché un largo vistazo en derredor. Estábamos solos, cuando menos hasta una distancia razonable. Sus amigas, que habían venido con ella —estábamos como a ciento y pico estadales^[7] del campamento—, nos observaban a distancia, sin duda interesadas en

qué hacíamos, pero aun así discretas.

—¿Y si nos bañamos?

—Yo ya te vi desnudo. ¿Es que tú quieres verme a mí?

Asentí. Entraba en ese raro estado de la mente donde las palabras te abandonan, o se niegan a formarse. Llura, por su parte, no tenía ganas de discutir. Se limitó a desabrochar la tiranta que sujetaba su túnica, de tipo vestal griega —no dejaba de ser lo primero, siquiera de momento— y dejarla caer con una leve contorsión, sabedora de que la prenda, en su descenso, podría embarrancar en algunos obstáculos determinados. Unos obstáculos, constaté poco después, del tipo que bien pueden hacer enloquecer a cualquier caballero almogávar de mi edad y condición.

—¿Soy como esperabas?

Asentí una vez más. Llura sonrió, supuse después que a causa de mis ojos, que sin duda se me habían puesto como éstos de las cigalas de Palamós que tanto agradaban a xor Ramón.

—Ahora tú.

—¿No ve viste ayer, cuando llegamos?

—Sí, pero de lejos. Ahora quiero... comprobar.

Sin duda yo era más púdico, además de que temía el inmisericorde pitorreo de las otras cinco brujas, pero era un deber de caballero y justa reciprocidad, de modo que obedecí, aunque con más esfuerzo, debo decirlo, pues la *gonella* se saca por la cabeza. Sólo ahí advertí, si bien ya era tarde, que me hallaba más allá de lo que Muntaner llamaba «primer tiempo de saludo». La miré, aunque no conseguí atraparle los ojos. Estaban concentrados en lo que por entonces era lo más descarado de mi ser.

—Virgen Santa... ¿Me harás daño, Guillem de Tous?

El tono sonaba preocupado. Me sorprendió, pues jamás había escuchado quejas, ni siquiera de Claudera cuando me adentraba donde no parecía verosímil que pudiese adentrarme. De ningún modo habría sospechado que yo pudiera ser doloroso para mujer alguna, pero la vida es así; siempre te llevas sorpresas.

—Hasta hoy nadie ha protestado —fue lo único que se me ocurrió decir, y es que soy así de poco imaginativo.

Pareció pensárselo unos instantes, aunque luego compuso un gesto del tipo «pues bueno y ya veremos lo que pasa», para tras eso echar mano a su zurrón y sacar un buen pedazo de jabón.

—¿Qué haces?

—Te voy a lavar, y a conciencia. Es que ayer vi como lo hacías, y era como ver a un gato. No quiero que me amargues la noche con ese tufo a quesillo que desprendes —enrojecí, en parte de un modo retrospectivo; era lo peor de mi azarosa vida militar, que rara vez me acordaba de asearme—. Por cierto, que mi madre me ha recomendado verificar que descapullas bien, y que debajo no hay nada raro. No te importará, ¿verdad?

—No, pero ten cuidado, no sea que me dejes sin azconas para la batalla, tú ya me

comprendes...

Comprendía, pero sin decir nada. Sólo sonreía. Me condujo a la orilla, y desde ahí, tras unos cuantos pasos, a donde ya se nos mojaban las rodillas —no era tan alta como yo, pero desde luego que no era una catalana bajita—, para en el acto proceder, y sólo puedo decir que con una dulzura y una delicadeza que sorprendían en unas manos ciertamente grandes y ni de lejos tan suaves como las de Claudera. Por mi parte yo no sabía qué hacer con las mías, aunque dado lo mucho que cerraba Llura las distancias me pareció natural estrecharla con alguna fuerza, bien aplicada y en absoluto sin dudar, en su marmóreo aparato de sentarse.

—Quieto, xor Guillem. Quieto, que no respondo.

Fue un susurro, en mi oído de babor —d'Aunés nos había contaminado el habla de un modo irreversible—, al que respondí de un modo instintivo, buscando unos labios que se me abrían sin vacilar, por demás glotones, si no incluso ansiosos.

—Nuestro primer beso, Guillem de Tous.

Eso fue al cabo de un tiempo que me pareció imprecisable. Ahora, escribiendo esto, sigo sin poderlo precisar. Por mi parte, no dije nada. Me limité a pensar, sólo para mí, que mucho me temía le iban a seguir bastantes más. Muchísimos más.

Mientras, el sol se ponía con algún desmayo sobre la orilla opuesta del Beyşehir. Si alguna vez en mi vida me había sentido pleno, pero pleno de verdad, era ésa.

IV

HEXAMILIA, NOVIEMBRE DE 1304

Establecimos contacto el 13 de agosto, más pronto de lo que habíamos previsto. Muntaner y los demás pensaban que nos esperarían en las Portes de Ferro, donde tantos y tantos ejércitos acabaron aniquilados en el pasado —los últimos que allí lo pasaron fatal fueron los franceses de la primera cruzada—, pero los turcos tenían sus ideas, seguramente basadas en su inmensa superioridad numérica y, quizá, en que sus usos militares no eran precisamente imaginativos, y hace falta bastante imaginación para ocupar las posiciones adecuadas en un desfiladero muy largo y muy estrecho, por donde se despeñaba un río tumultuoso que llamaban Gókoluk. Y es que las Portes de Ferro no son otra cosa que una colosal garganta entre paredes calizas que se desmenuzaban con facilidad, donde con frecuencia se podían tocar las dos a la vez y donde atacar debía de ser casi tan difícil como defender. Según simplificaba Muntaner, debía de parecerse a nuestra preciosa garganta de Añisclo, la del Bellos, aunque varias veces más larga. Ésas serían las razones de que nos esperaran ordenados del modo más ortodoxo en un lugar llamado Kibistra, unas veinte leguas por delante de las Portes de Ferro. Sin duda nos habían visto llegar, incluso con más facilidad que nosotros a ellos, pues al avanzar levantábamos una indisimulable polvareda, mientras sus vigías vigilaban cómodamente asentados en las colinas del sur, y era que, desde dos días antes, desfilábamos al largo septentrional de las primeras estribaciones de los montes del Tauro, o de Toros Daglari para los turcos.

El día 14 alcanzamos las que serían nuestras posiciones de partida, moderadamente cerca de las suyas. No nos acercamos demasiado para no provocar que se lanzaran sobre nosotros según llegábamos, en lo que sería una pésima posición táctica, una cosa, por otra parte, que tampoco entraba en sus estilos de combate. La concepción turca de la guerra, por lo que habíamos podido aprender, se basaba en el

aplastamiento del enemigo a fuerza de acumular hombres y más hombres, dándoles más o menos igual las bajas que sufrieran. Sus soldados debían estar muy convencidos de que las setenta y dos huríes reglamentarias les aguardaban en su paraíso particular con los bajos ya dispuestos a temperatura de ignición, pues de otro modo no tenía explicación la gran alegría con que regalaban sus lamentables vidas. Nosotros éramos más tacaños en eso, quizá, según explicaba el cada día más cínico Muntaner, porque bien sabíamos lo aburridas que resultaban casi todas las malditas vírgenes. Yo, en ese punto, sin llegar a darle la razón no se la quitaba del todo, pues mi reciente ocasión con la primera de mi vida sólo fue satisfactoria en cuanto al objetivo perseguido, aunque una sola vez —la pobre Llura se quedó sin ganas de repetir, cuando menos esa madrugada—, en una postura que tras diversos, azarosos y desafortunados intentos acabó siendo la natural entre cuadrúpedos, aunque también la más desairada para las mujeres, y sin otra colaboración que una innegable buena voluntad, si bien atemperada por un creciente horror, por su parte, y una considerable impaciencia, por la mía. También era verdad que dos noches después todo fue mejor. Llura ponía empeño e interés, ardor y entusiasmo, que de ningún modo le reprocharía yo lo contrario, pero de sabiduría no iba bien, sin duda porque la caravana de los almogávares no era buen lugar para recabar información amorosa de tipo sofisticado; sus amigas, incluso las preñadas, no eran grandes expertas, que se diga. Por fortuna yo había tenido un par de maestras excelentes en dos versiones distintas, en ambos casos verdaderas deidades de lo suyo, de modo que, poco a poco, le fui mostrando que la buena intimidad entre hombres y mujeres implica mucho más que un mero despatarrarse para después dejarse hacer.

Nuestras diversas observaciones, unas desde más lejos que otras aunque siempre a la mayor altura posible, nos decían que no serían menos de veinte mil a pie, ni quizá de veinticinco mil, y que a caballo andarían entre los doce y los quince mil. No parecía que hubieran ocultado reservas, pues el punto elegido para esperarnos estaba muy alejado de cualquier cosa que pudiera ocultar una fuerza de alguna consideración; por no haber, no había ni vegetación, o no se divisaba en una legua de distancia. Tampoco advertíamos señales de un gran campamento, y tenía que haberlo, porque las primeras tropas en llegar, que procederían del interior de Asia, debían de llevar ahí por lo menos un mes. Estaría, probablemente, más allá de las colinas que señalaban el camino de las Portes de Ferro. Lo que habían montado para repostar y para dormir, lo que a su vez indicaba que nos esperaban desde hacía unos cuantos días, no era mucho más que un campamento de avanzada, en absoluto estable y sin lujos aparentes. Todo aquello quería decir que, aun sintiéndose muy seguros de sí mismos, no querían poner al alcance de nuestra vista el lugar donde les esperaban sus mujeres y sus riquezas. Era evidente que algo iban aprendiendo.

Que nos íbamos a encontrar con una fuerza varias veces superior era una cosa que dábamos por descontada, tanto que aquella vez se decidió abandonar nuestros usos acostumbrados, al punto que pelearían todos los capaces de sujetar un *cortell*. Los

heridos y convalecientes más antiguos llevaban mes y medio de descanso placentero, ya que mientras no se sintieron en condiciones de cabalgar los llevamos en las carretas. Salvo raras excepciones todos habían vuelto al estado físico necesario para combatir en segunda línea, y ahí les tendríamos. Los viejos y los niños que midieran más de cinco pies participarían ahí también, avanzando tras las oleadas de almogávares; su misión sería rematar, a fin de liberar todos los hombres posibles para el combate. Les reforzarían, en eso, dos docenas de individuos que, aun sabiendo combatir, jamás los arriesgábamos, por su naturaleza irremplazable: los herreros; habían tenido bastante trabajo desde los casi olvidados días de Artaki, el necesario para fabricar *cervellers*, almófares, armaduras, yelmos, *rellons*, moharras, faldones, *cortells*, dagas, *aristols*, azconas, lanzas, espadones y manguales en cantidad suficiente para equipar no sólo a nuestros hombres, sino a los mercenarios que pudiéramos reclutar, y también por su segunda función, ocuparse de los cascos y de las herraduras de nuestros once mil y pico caballos, aunque de esto último quienes cargaban con la parte más pesada eran los esclavos, a los cuales habíamos prometido la libertad y una parte del botín si en la batalla del día siguiente optaban por combatir a nuestro lado, cubriendo los flancos. Caerían como moscas, lo sabíamos, pero la libertad es un bien escaso que siempre sale caro. También, y por último, las mujeres. Ésa era la gran novedad; no sería la primera vez que combatían hombro con hombro con nosotros, pues en más de una ocasión nos habíamos tenido que defender en posiciones comprometidas, pero sí sería la primera en hacerlo a campo abierto. Salvo unas cuantas ciertamente corpulentas y que se manejaban con el chuzo tan bien como cualquier almogávar, las demás avanzarían en nuestra estela, degollando a todo caído turco que vieran frente a ellas. Era un trabajo importante, porque no pocos de sus heridos se hacían los muertos para resucitar a nuestra espalda y acuchillarnos cuando no les esperábamos. La función de nuestras mujeres sería librarnos de tal preocupación, lo que a su vez nos permitiría contar con más hombres para la línea de batalla.

Sumando todos los recursos totalizaríamos tres mil de a caballo, de los que mil y algo serían caballeros acorazados; el resto seríamos jinetes ligeros, sin blindar, en dos tercios alanos, así como unos pocos griegos. De a pie, cuatro mil setecientos almogávares adultos y completos, más cuatrocientos griegos. En otras palabras, ocho mil hombres de primera línea, más alrededor de seiscientos en segunda —heridos, herreros, viejos, niños y esclavos— y algo más de mil mujeres. A éstas, en particular, daba gloria verlas con sus *gonelles*, sus almófares, sus *cervellers*, sus chuzos y sus *cortells*. Pese a su gesto decidido y bravío no dejaban de ser atractivas, y desde luego que nosotros las mirábamos con extrema simpatía y gran orgullo: el de sabernos acompañados de unas mujeres tan bravas y tan valiosas como el mejor de los hombres.

En el caso de Llura, que hacía *colla* con sus tres amigas no preñadas —a las encintas, por razones obvias, no las alinearíamos—, debo además precisar que

resultaba irresistible. Quizá yo también se lo pareciese a ella, encaramado en mi caballo altísimo, con mi espadón en una mano y el mangual en la otra. Lo pensaba porque no sólo me miraba; también me sonreía.

La proporción, en resumen, iba de tres turcos y medio por cada uno de nosotros, lo que para empezar estaba muy mal. De lo poco que tardáramos en rebajarla, cuando menos a un esperanzador dos a uno, dependía que aquella noche no descansáramos en el paraíso de los héroes catalanes, y para conseguirlo habíamos discutido algunas tácticas desusadas en nuestro modo de combatir. En realidad, y pensándolo bien, nosotros no teníamos tácticas, al menos a campo abierto. Nos limitábamos a cargar la caballería contra la caballería y la infantería contra la infantería, de modo que la primera de las dos armas que se viese aligerada corriera en auxilio de la otra. Eso nos funcionaba bien desde los tiempos de Jaume I, y algunos, como los hermanos Rocafort —Gisbert, el pequeño, era todavía más bruto que Bernat—, sostenían que para qué cambiar lo que bien funciona, pero el *führer* decía tener conocimientos sobre cómo vérselas con fuerzas enemigas en una proporción tan desfavorable como la que teníamos enfrente. Unos conocimientos no vividos en primera línea, sino transmitidos por tradición oral, y de los que sólo teníamos la vaga idea de que así encaraban los prusianos a los suecos, a los polacos, a los letones y a los rusos. En síntesis, consistía en identificar el punto de la línea contraria donde se hallaba el que más mandase del enemigo y concentrar ahí el grueso de la fuerza, bien fuera infantería o bien caballería, limitándonos a defender los flancos al tiempo de avanzar como un *cortell* calentado al rojo a través de un bloque de manteca. Procediendo en esa forma se conseguía provocar un inmenso desorden, así como, de haber suerte, cortar la línea enemiga en dos. Tras eso bastaba con identificar la mitad más débil y destruirla del modo más expeditivo posible, provocando que la otra mitad se lo pensara mejor y optara por largarse. A esos efectos De Flor había elegido los cuatro de nosotros con mejor vista —yo era uno—, encomendándonos el identificar cuanto antes, por la posición de las banderas y los guiones, dónde diablos estaba el tal mando principal. Por nuestra parte, haríamos lo contrario: una vez iniciada la función se abatirían los pendones, de modo que los turcos no supieran en ningún momento contra quiénes de nosotros se las veían.

Otra novedad táctica, por último, sería una pequeña fracción de la caballería ligera, no más de cien jinetes, listos en todo momento para sostener algún punto de la línea, de la nuestra, en riesgo de venirse abajo, luchando indistintamente como caballería o como infantería. Ni que decir tiene que haber sido puesto al mando de la tal fuerza de intervención desesperada me provocó un efímero ataque de orgullo, aunque al momento le siguió una profunda desazón. No me tengo por cobarde, no sé si ya lo he dicho, pero tampoco por un Aquiles, y ser el designado para no tener un momento de reposo en el larguísimo día que se nos avecinaba —si vivía para ver anochecer, cosa que cada momento que pasaba lo dudaba un poco más—, me descomponía bastante. La única ventaja, era de reconocer, sería entrar en combate sin

nada en mis adentros, ya que tras una noche de poco dormir no quedaba nada que no se hubiera escapado de muy mala manera.

El sol apenas asomaba tras las montañas situadas tras los turcos cuando sin la menor ceremonia nos lanzamos contra ellos. Fue un asalto a la carrera, dirigido contra un punto de su línea que me había correspondido identificar. Un punto más próximo al extremo derecho de su infantería —nuestra izquierda— que a su centro, y que resultaba la mar de lógico, pues desde ahí el supremo jefe turco podría no perder de vista las evoluciones de su caballería, la cual, en reciprocidad al asalto de nuestros almogávares, cargaba contra nuestros caballeros acorazados —vestidos enteramente *a la francesa*—, tan velozmente como le permitían sus bonitos aunque pequeños caballos árabes, y esto lo digo porque los nuestros, al menos los blindados de los aragoneses, eran de muy gran alzada.

El sol llevaba recorrida la mitad de su camino al mediodía cuando el punto elegido en su línea comenzó a ceder, y no sólo por la presión incontenible de los infantes almogávares, sino porque los cien reservados para emergencias nos habíamos sumado a su esfuerzo, tras comprobar que para los turcos seguía siendo una cosa muy fea emprenderlas con las tripas de los caballos. Los árabes sienten por sus bestias un afecto irracional, uno que hacen extensivo a los caballos del enemigo. A nosotros, huelga decirlo, no nos aquejaban esas tonterías. Eso significaba que los cien, o los que íbamos quedando de los cien, nos abríamos paso a golpes de mangual seguidos de una masa de almogávares que disfrutaba como nunca del más supremo placer de todos, el de matar. En un momento dado divisé, a cosa de diez infantes formados en línea, o no más de ocho estadales, al conjunto de los jefes turcos —no podía identificar quién era quién, ya que apenas tenía instantes para fijarlos en mis ojos— montando en sus preciosos caballos blancos para ganar lugares más seguros, y era que ya estábamos a punto de alcanzarlos. La confusión en su línea era colosal, lo cual se agravó cuando su gente los vio recular. Lo notamos en que comenzaron a gritar cosas que no entendíamos, aunque a juzgar por sus expresiones indignadas quizá significaran «¡los cabrones se largan!», si no «¡sálvese quien pueda!», pues esto último era precisamente lo que hacían, darnos la espalda y echar a correr.

No nos valía que huyeran ante nosotros, pues bien sabíamos que a unos cuantos estadales, si no los perseguíamos, se revolverían y se reorganizarían, de modo que todo empezaría de nuevo, lo que ya sería cansino. De ahí que los persiguiéramos con saña, y pocas son peores que las del mangual contra las cabezas, las nuca o las espaldas. Sinceramente, no sé a cuánto se alzaría mi cuenta esa mañana, pero si no me cargué cien turcos fue porque igual pasaron de doscientos. Hasta entonces jamás había experimentado la peor de las borracheras, la de matar a destajo. Es un estado de la mente donde ya no hay temor, ni consciencia del peligro, ni siquiera la inquietud de que alguien pueda venir por detrás y hacerte lo que tú estás haciendo a tantos otros. No se piensa, simplemente. Sólo se mata.

De vez en cuando echaba un breve vistazo a la izquierda, para verificar que la

caballería ligera turca de nada valía contra nuestros poderosos caballeros acorazados. Una y otra vez cargaban contra éstos, una y otra vez llegaban a distancia de alfanje contra espada o lanza corta contra mangual, y una y otra vez la mitad de todos ellos regresaba con la frustración pintada en los rostros, acompañada de la otra mitad de los caballos, que tras quedarse sin jinete sobre sus lomos se unían a la manada. Tanto sucedía esto, una y otra vez, que buena parte de nuestra caballería ligera —ni griegos ni alanos; eran incapaces de improvisar, o de pensar por su cuenta— se unían a nosotros, los cien que ya no seríamos ni cincuenta, para perseguir con la mayor determinación a una infantería que a fin de correr más deprisa lo dejaba todo tras ella, casco, escudo, alfanje o cimitarra, lo que fuera. Para ellos, en esos momentos, sólo había una palabra: escapar. Curiosamente, para nosotros, infantes o jinetes, también había una sola: «*matem!*».

Pasaba un poquito de mediodía cuando nos detuvimos, y no porque sonara ningún cornetín de órdenes, sino por ser claro que la gran masa turca, por entonces mucho menos grande, huía frente a nosotros de un modo no excesivamente desordenado. La caballería cubría la retaguardia, reculando a menudo para no perdernos de vista, mientras la infantería se retiraba por columnas. Era momento de recabar órdenes, por si había suerte y el *führer* no dejaba que nos enfriáramos.

—¿Cómo cuántos les habremos matado?

Nadie aceptaba la responsabilidad de contestar. Sólo al cabo de un largo minuto Bernat de Rocafort, que por algo era el senescal de la infantería, se atrevió a decir algo.

—No menos de ocho mil. Hasta podrían ser diez mil.

Muntaner, que durante todo el encuentro había permanecido junto a De Flor, también apuntó sus cifras.

—De a caballo, cinco mil. Quizá seis, o incluso siete mil.

—¿Y nosotros?

Ninguno lo sabía, pero lo cierto era que, observando nuestras filas desde lo alto de los caballos, se notaba que habían clareado bastante. A mi ojo particular, y con el tiempo había ido haciéndose bastante certero, en nuestro derredor formaban mil y pico infantes menos, y en cuanto a los jinetes faltarían unos quinientos. Los únicos que no parecían ser mucho menos que al amanecer eran los caballeros acorazados aragoneses.

—¿Los perseguimos?

Pienso que mis sentimientos los habrían suscrito todos los demás: no les habíamos hecho el suficiente daño para que a los pocos días no volviéramos a vernos con ellos, y quizá en peores condiciones, pues su flujo de refuerzos parecía ser inagotable, mientras que nosotros sólo podríamos contar, y dentro de unos cuantos meses, con los mil y pico que vendrían con Berenguer d'Entença, de modo que debíamos perseguirlos tal y como les veíamos huir, para rematar así la escabechina. Lo que no estaba claro era con qué.

—Los perseguimos. Sólo caballería, y tras nosotros almogávares montados, por si conviene descabalar.

—Roger, nuestros caballos, los grandes, están exhaustos, y bien sabes que son irremplazables. Si los llevamos nos arriesgamos a que unos cuantos, si no bastantes, no puedan volver.

Muntaner tenía razón. Bastaba con verlos piafar.

—Muy bien. Sólo caballería ligera. Cambiad de montura si os es posible. Marcharemos al trote, para cerrar distancias cuanto antes. Hay que acabar el asunto con tiempo de regresar con luz. De ningún modo debemos volver entre tinieblas.

Al tiempo hacía una señal a su escudero, un calabrés que le seguía desde sus tiempos de corsario bajo bandera del Temple. Un tipo listo, que ya le traía una montura de fresco. Era notorio que leía las batallas tan bien como su amo.

No mucho después, nuestra caballería ligera catalana, poco más de mil quinientos catalanes y alanos, se congregaba —nos congregábamos— frente a Roger de Flor, el cual, encaramado en una pequeña elevación —estaba solo—, nos miraba con gravedad.

—¡Acabamos de mostrarles cómo vence un ejército catalán!

Un primer rugido.

—¡Ahora les vamos a demostrar lo que hacemos cuando se nos da la espalda, sin honor y sin vergüenza!

Un segundo rugido, más fuerte, y algún «*Desperta ferro!*».

El *führer* dejó vagar su mirada unos instantes sobre los que permanecíamos en silencio, aunque blandiendo nuestras armas. El gesto de total determinación que le mostrábamos debió de complacerle, ya que casi sonrió, aunque al momento volvió a ponerse muy serio, para tras eso elevar su espadón y prorrumpir en un grito salvaje que ya echábamos de menos:

—*Keine Gefangenenü!*

Ahora fue como si hasta los caballos rugieran. El megaduque, como siempre, se nos había metido en el bolsillo. Sin duda era lo que mejor hacía.

* * *

Los turcos habían tenido demasiado, que bien claro quedó en cuanto nos vieron cerrar distancias a un trote que pronto se volvió galope tendido. En vez de pararse y clavar las lanzas en el suelo, apuntando a los pechos y a las barrigas de nuestras monturas —lo que habríamos hecho nosotros—, comenzaron a desperdigarse, y buena parte no hacia el este, a las Portes de Ferro, sino hacia el sureste, hacia unas colinas próximas. Era evidente que buscaban su campamento, de modo que con aquello quedaba señalado el rumbo general; por lo demás, lo mismo que antes aunque de nuevo al trote. Los restos de su caballería se habían esfumado sin mostrar el menor ánimo de lucha, dejando a los infantes a la merced de nuestros manguales, y de verdad que

hicimos una carnicería, pero aun así no quisimos cercarles, ni que se detuvieran, porque venteábamos un botín colosal. Y allí estaba, nada más rodear la primera colina: un campamento inmenso, a simple vista dos veces el de Artaki, si no bastante más. Era el momento de cercar a los por entonces ya despavoridos infantes, porque se masacra mucho mejor a campo abierto que correteando entre un bosque de tiendas, y lo hicimos bastante bien, porque a la media hora escasa los pocos miles que aún sobrevivían rompieron el cerco por el este para escapar hacia las Portes de Ferro. Debían de suponer que no les perseguiríamos, y acertaron, porque la visión del promisorio campamento, rebosante de riquezas y de turcas indefensas, era una tentación irresistible, al punto que los primeros almogávares en renunciar a la persecución y enfilarse el mar de tiendas, a la vista estaba que muy contentos, comenzaron a canturrear lo que acostumbraban desde los tiempos de la conquista de Murcia y de Valencia, cuando tras derrotar a los sarracenos caían sobre las sarracenas:

*Dintre la panxa de cada turca
hem de deixar-hi un catalanet.
A ells! Sant Jordi, santa María!
Desperta pixa! Fotem, fotem!*

Una pena que yo no estuviera para esos alardes, pero no me resultaba posible contribuir a la repoblación de Anatolia con la fatiga que arrastraba, y aún menos con los ojos verdes de Llura parpadeando en mi memoria, y no sólo porque la infidelidad es algo muy feo, sino por si se me acababan las azconas antes de tiempo y luego debía volver a combatir. Mejor sería, me decía con falsa resignación, comportarme como lo que a fin de cuentas era: un alumno aventajado de Muntaner en el noble arte de la intendencia.

—¿No sería bueno mover aquí nuestro campamento? No tendremos tiempo de hacer aquí nuestro trabajo y regresar aún con sol, y si lo dejamos para mañana no encontraremos nada.

El *führer* no necesitó pensárselo. Ya se le habría ocurrido.

—Guillem, cógete diez hombres, vuelve al campamento y ordena en mi nombre que todo el mundo se ponga en marcha. Hoy dormiremos aquí.

Añadió una sonrisa, una de las que cada día que pasaba menos le veíamos, y hasta me guiñó un ojo. No podía estar más claro que para Roger de Flor yo ya tenía nombre y apellido.

* * *

Estuvimos diez días en nuestro nuevo campamento. Nos hacía falta un buen descanso, así como la reparación urgente de los muchos, y de algunas, que no salieron indemnes. Fue una gran victoria, desde luego, pero muy cara. El número de

almogávares muertos, o heridos sin posible curación —a los diez días todos habían dicho «ahí os quedáis»— subió de novecientos, una cifra no muy alejada de la que Rocafort se trajo de Calabria. Las bajas entre los caballeros, sin embargo, no eran de consideración —no llegaban al medio centenar—, y las registradas entre la caballería ligera tampoco resultaron muy graves, toda vez que no pocos de los infantes almogávares eran tan válidos para combatir a pie como sobre un caballo, y de éstos, además, teníamos más que antes, ya que los turcos se dejaron atrás no menos de cuatro mil. Sólo estas cifras indicaban que, si bien habíamos alcanzado el objetivo por el que Andrónic nos contrató, estábamos tan debilitados que deberíamos plantearnos con el debido desapasionamiento los siguientes movimientos, ya que se había levantado una evidente barrera entre lo que deseábamos hacer y lo que podíamos hacer.

Nuestros aliados mercenarios salieron aún más zarandeados. Los alanos perdieron la mitad de sus hombres y los griegos quedaron reducidos a un par de cientos. La razón principal fue no saber combatir como nosotros. Pese a no ser cobardes, ni contaban con armas comparables a las nuestras ni sabían usar las que les ofrecimos. A eso se debía su abatimiento, por mucho que les compensáramos dejándoles elegir entre las piezas más atractivas del botín y las turcas que mejores precios alcanzarían en el mercado de Constantinopla. Yo, por mi parte, no pensaba coger demasiado, pero tenía derechos a los que no debía renunciar sin hacerme de menos a mí mismo, cuando menos según las liturgias almogávares. De modo que, además de unas cuantas armas muy valiosas y un anillo con un zafiro enorme, que a mi entender iría muy a juego con los ojos grises de Claudera, me hice con un collar verdaderamente divino —me lo parecía, cuando menos; por entonces tenía muy por desarrollar el sentido del buen gusto en materia de joyería y abalorios—, de rubíes y esmeraldas montadas en oro, y con una esclava de buen aspecto, sólida, joven y fuerte. Lo primero sería para Llura, que andaba un punto mohína porque una de sus amigas se había llevado un tajo en muy mal sitio —de momento le había costado una teta, y a saber si no algo más—, y la segunda para su madre, que algo de ayuda necesitaba con dos hijas preadolescentes y otros dos aún más pequeños, tanto que no llegaban a tres pies. Las dos mayores de bien poco le valían por mucho que lo intentaban, y más desde que Llura les anunció que se quedaban sin hermana mayor, pues a partir de aquella misma noche dormiría conmigo y se ocuparía de mí con carácter prioritario. No por ello dejaría de ayudar a la madre y echar una mano de vez en cuando, pero ser no ya de un hombre, sino de todo un guapísimo caballero catalán, implicaba no tener demasiados ojos, ni suficientes manos, para otra cosa que no fuera él. Así, al menos, fue como me lo explicó —de un modo desarmantemente candoroso, por si fuera poco—, lo cual no dejó de sorprenderme, ya que me había creído a pies juntillas la poética historia de que sus amigas y ella pensaban organizar un gineceo sindical donde los hombres no tendrían otra función que la de zánganos reproductores, y sólo de uvas a peras. Estaba claro, dejó caer el pragmático Muntaner cuando se lo conté, que la

perspectiva de tener caballero propio, y qué caballero, además, le había llevado, como a casi todas cuando se veían en la misma situación, a pasarse a lo convencional con armas y bagajes.

Yo no podría decir que sintiera un amor loco por Llura, pero aceptaba que aquello era lo mandado, lo establecido, lo que hacían todos, y el hecho de que Claudera no se me borrara de la memoria, o del corazón, no bastaba para compensar la consciencia de que igual no la veía nunca más, porque ni estaba claro que fuéramos a regresar a Constantinopla, ni menos aún nuestro futuro con Andrónic II y su inusitada familia. Por otra parte, disfrutar de Llura era la cosa más placentera que me había ocurrido en mi aún corta vida. Me gustaba verla, tocarla, sentirla y dormirme junto a ella, muy abrazados, y a menudo despertar de madrugada tras sentir un invencible impulso de pasión, que según Muntaner era de lo más normal a nuestra edad, y proceder según recomendaban los instintos y las urgencias. Hablar con ella, en cambio, no me gustaba tanto, sobre todo porque no podía evitar el comparar. Claudera era una esclava, sí, pero una esclava cultísima —o al menos en relación a mí, que bien sé soy un zoquete—, mientras que Llura, siendo una mujer del todo libre, como son las almogávaras, me ofrecía esfuerzo e interés por aprender, aunque nada más. Sus quince años de vida, casi dieciséis, los había pasado en los campamentos y en las carretas de las hordas almogávares, donde a una niña se le negaba todo lo que no fuera de utilidad inmediata, la esperable del que las sagradas escrituras, y con ellas los santos moiseses, definían como *género complementario*. Así pasaba, que la preciosa Llura, la más amable, ardiente, generosa y valiente de las mujeres, o de las niñas, era una total analfabeta que no sabía nada de nada, empezando por sostener una pluma, mientras que Claudera leía y escribía en griego, serbio, genovés, un poquito en latín y hasta me había demostrado que no tardaría gran cosa en hacerlo en catalán.

Hacer una sumando las dos sería la solución ideal, lo cual no terminaba de parecerme disparatado. Solía ser habitual que un almogávar, y alguna vez un caballero, tuviera una primera mujer, la cual le daría sus primeros hijos, y que después, usualmente por vía de botín, se hiciera con una esclava de tipo atractivo, al punto que a menudo acababan los tres en el mismo lecho, y si no tanto al menos en la misma tienda, ya que si algo presidía las relaciones entre los almogávares y sus *muxeras* era el pragmatismo. A eso se debía que a veces me preguntara qué tal se llevarían Llura y Claudera, si ése llegase a ser algún día nuestro paradigma familiar. Por el momento, y a fin de iniciar con calma y muy despacio —«*a poc a poc i bona lletra*», como tantas veces en mi niñez me repetía la exigente doña Meritxell—, el camino que quizá condujese a tan bienaventurada situación, había empezado a comentar a Llura una oscura propiedad del en verdad nutritivo aceite de oliva, una que, pudiera ser, ni su madre ni sus amigas conocían.

Al inventariar el botín, tan inmenso que doblaba lo que habíamos dejado en Magnèsia, nos dimos con una sorpresa interesante. Se llamaba Calliope, tendría poco

más de veinte años, era griega, la capturaron los turcos al tomar Ephesos y el jefe de su caballería, se conoce que deslumbrado —era una verdadera preciosidad—, se la quedó para uso y disfrute personal, en calidad de miembro más exótico de su harén particular. Ya tenía dos hijos, y aunque la vida en el serrallo del buen hombre no le resultó sencilla, sobre todo los primeros meses, había terminado por llevarse bien con sus colegas, empezando por la veterana fundadora de lo que De Flor llamaba *gesellschaft*, él sabría por qué —ignorábamos si los prusianos tenían harenes, aunque conociendo al megaduque tampoco nos extrañaría—, y a excepción de una favorita que tampoco estaba mal del todo y que no tardó en quedar adjudicada, parecía que sin ganas, al muy rijoso Gisbert de Rocafort, a la sazón un gran consumidor de almácigas. A Calliope se la quedó Muntaner, el cual, pese a la gran lealtad que sentía por su eterna prometida, doña Valentona Castell de Xiribella, de vez en cuando se dejaba llevar por un comprensible deseo de caricias y dulzura. Calliope, volviendo a ella, resultó ser una fabulosa fuente de información, pues además de no tener un pelo de tonta y ser por demás observadora no sólo sabía leer en griego, sino en turco, de modo que al fin contaríamos con alguien capaz de descifrar la ingente cantidad de documentación con la que nos habíamos hecho, pero a la que, desgraciadamente, no sabíamos sacar utilidad.

Lo primero que hizo Calliope para nosotros —Muntaner, nada más comprender qué clase de persona era, en el acto dejó de tratarla como a una esclava; ella fue la que decidió seguir bajo su protección, supongo que tras comprender que yacer con xor Ramón significaba ser la compañera del verdadero cerebro de la Companyia Catalana— fue identificar los muertos importantes, los cuales seguían allá donde cayeron. No pensábamos sepultarlos; a nuestro modo de ver, el papel de los buitres en la vida natural era de los más dignos de respeto. Muchos, empezando por los desnudos —el haber sido despojados de todo lo que llevaban puesto significaba que debieron acudir a la batalla muy bien vestidos—, cuando quisimos identificarlos con Calliope a nuestro lado ya estaban irreconocibles, pues el estilo almogávar de apoderarse de un collar pasaba por decapitar al difunto, y para sacarle los anillos y las pulseras, y los turcos bien situados en su jerarquía social acostumbraban llevar docenas, nos inclinábamos por cercenarles a machetazos las muñecas y los dedos. No lo hacíamos por crueldad o desdén hacia los muertos, sino para no entretenernos, pues la competencia trabajaba deprisa y no era cosa de perder el tiempo en tonterías.

A Calliope le costó identificar a los principales, aunque nos alegró saber que salvo el emir, que por las trazas logró escapar, nos habíamos cargado a todos los que pintaban algo, empezando por el que durante más de dos años fue dueño y señor de la que llevaba camino de ser nuestra gran amiga griega, y del que, pese a todo, no hablaba mal, ya que siempre fue delicado con ella, y más desde que comenzó a darle hijos. El tercero lo había puesto en grada un par de meses antes. Le preocupaba su porvenir y el de sus criaturas, como era natural, aunque Muntaner supo tranquilizarla. Nadie le pondría pegas, le hizo saber, si decidiese regresar con los turcos o, por el

contrario, volver a Ephesos con nosotros, aprovechando que pasaríamos cerca en nuestro camino a Magnèsia, pero si por cualquier razón prefiriese no hacerlo, cosa no ilógica, porque una madre de dos turcos y medio por muy griega que fuera tendría un mal porvenir con los que una lejana vez fueron *los suyos*, podría quedarse con nosotros en calidad de catalana libre. Le asombró saber que la concepción social de los catalanes partía del principio de que *catalán* lo era quien quisiera serlo, fueran cuales fuesen sus padres y hubiese nacido donde lo hubiera hecho, incluso muy lejos de Catalunya. Para ser catalán bastaba con aceptar nuestras costumbres, las cuales, por otra parte, no podían ser más sencillas: todo el mundo era libre de hacer lo que le diera la gana mientras no agrediese a nadie, ni robase a nadie, ni engañase a nadie. Nuestra esencia, hombres libres que votábamos y elegíamos a nuestros jefes y a nuestro porvenir del modo más directo, a mano alzada —sólo votábamos los hombres, por supuesto; en modo alguno despreciábamos a las mujeres, pero las cosas serias, como votar, nos las reservábamos, como era nuestro derecho natural, el de ser mucho más bestias de lo que jamás podrían ser ellas—, sólo podía prosperar a partir de un absoluto respeto a la libertad de los demás. A eso se debía, se lo tuvo que repetir, que allá lejos, en Catalunya, ni se quemaban vivos a los herejes, ni había herejes, ni a nadie le importaba una maldita mierda el Dios a quien adorasen los demás. Los catalanes éramos libres, para bien o para mal, y si ella y sus hijos lo querían ser también, pues serían bienvenidos.

Un ejemplo de aquello, de cómo los catalanes elegíamos nuestro porvenir, habría podido presenciarlo tres noches después si la hubiéramos invitado a participar, cosa que de ningún modo podría suceder, ya que cuando se trataba de asuntos serios, de *cosas de hombres*, nuestras mujeres bien sabían que su deber era callar y esperarnos en las tiendas, lo que por ejemplo hacía Llura, según me dijo después, reflexionando con alguna inquietud sobre las portentosas e inusitadas propiedades del aceite de oliva.

Sentados alrededor de un gran fuego nos hallábamos Roger de Flor, Ramón Muntaner, Bernat y Gisbert de Rocafort, una docena de caballeros prestigiosos, otra de adalides elegidos por sus almugadenes, y yo, que tomaba notas. El primero en hablar fue Muntaner, en su calidad de intendente general de la Companyia Catalana. Lo hizo en pie, sosteniendo una tablilla donde figuraban las cifras que horas antes yo le había calculado, e iluminado por una gran lámpara de aceite, cien por cien turca, con que la oportuna Calliope contribuyó a que su hombre —Muntaner le había prohibido decir «su amo»— se luciera delante de los suyos. Fue un discurso breve, gracias a lo cual no resultó tan tedioso como suelen ser los que tratan de números. El resumen era lo que importaba, y según ahí se decía, y Muntaner nos leía, la infantería de la Companyia se había reducido a tres mil doscientos almogávares, de los que casi la mitad sufrían heridas de mayor o menor consideración, aunque todos recuperables. Yo era uno; había perdido mi virginidad sanguínea no recordaba cómo, pero el caso era que gracias a Giovanna, bien auxiliada por su amantísima hija, lucía un bonito

costurón, de seis puntadas, en el hombro derecho. Si conseguíamos no volver a entrar en combate durante las siguientes cuatro semanas, la fuerza entera estaría en perfectas condiciones, aunque no antes, de modo que, por lo que pudiera pasar, recomendaba no perder a los turcos de vista y estar listos para regresar a las costas del Egeo tan pronto como fuera posible, mañana mejor que pasado.

El resto de la infantería, los soldados griegos, serían cuatrocientos cuando acabaran de recobrase, de modo que para las operaciones en la costa llegaríamos a cuatro mil de a pie. La merma en la caballería pesada era menor, de modo que, si fuera necesario, de inmediato podríamos alinear ochocientos caballeros, y doscientos más al cabo de unos días. La ligera no pasaba de trescientos jinetes, aunque serían seiscientos al cabo de las mismas cuatro semanas. La mercenaria, la de los alanos o masagetas, que también así se les llamaba —una sorpresa, cuando menos para mí; era de reconocer que a las horas de hablar con Calliope de textos históricos turcos Muntaner les había sacado un gran jugo—, esa noche no pasaba de doscientos hombres, aunque a lo largo de las próximas semanas la cifra ya sería quinientos, a todas luces preferible. Por lo demás, no habíamos perdido ningún herrero. Mujeres, sí, unas cuantas, pero aun así seguíamos contando con mil quinientas en condiciones de hacer más catalanes. Para compensar la sentida merma —casi todas las caídas tenían almogávar fijo—, dispondríamos de unas dos mil nuevas esclavas, o eso había él estimado una vez separásemos a las que no interesaban —feas, desdentadas, viejas y preñadas—, así como hubiéramos decidido qué hacer con ellas, si abandonarlas allí mismo, llevarlas a las Portes de Ferro y allí decirles que se buscaran la vida, o degollarlas sin más, pues a poco que los turcos se hubieran ido lejos les aguardaba una suerte por demás oscura, y ahorrarles sufrimientos pavorosos no dejaba de ser una forma de caridad cristiana. Por último, y en cuanto a bestias, contábamos con un caballo por hombre y por mujer, así como una reserva suficiente para tirar de las carretas donde viajarían las esclavas y todos aquellos que, por lo que fuera, no estuvieran en condiciones de cabalgar. En cuanto a vacas, los turcos nos traspasaron cien lecheras, suficientes para cubrir las necesidades de nuestros muchos críos, lo mismo daba catalanes o esclavos, y doscientas más cuyo destino sería enriquecer las cenas, como sin ir más lejos sucedía desde hacía un buen rato con la parte de la tropa que permanecía en el campamento —siete reses asadas a fuego lento—, a la que faltaban los noventa hombres que cubrían los puestos de vigilancia. Una buena noticia: llegaríamos a Magnèsia sin pasar nada de hambre.

Muntaner dijo lo último de un modo tan simpático que nos echamos a reír, aunque unos más que otros, y la razón era clara: no todos estaban a favor de regresar al oeste.

—¿Por qué hablas de volver a Magnèsia? ¿Tan seguro estás de que no hay más sitios adonde ir?

El que había roto el fuego era Bernat de Rocafort. Como la pregunta era para Muntaner, y aún no se había sentado, no tuvo reparo en contestar, y además con el

aplomo del que lleva muy meditado lo que dice.

—A mi entender no los hay. Marchar hacia el norte significaría cambiar a estos turcos —señalaba en derredor, indiscriminadamente— por los otros, los seleúcidas, y aunque se hallan en guerra con Andrónic no están en nuestro contrato. Marchar hacia el este, atravesar las Portes de Ferro y desde ahí seguir hacia el sur, sería emprender una campaña que nos daría cantidad de victorias y de botín, aunque al tiempo nos iríamos extinguiendo, por una simple cuestión de atrición inevitable, de modo que tarde o temprano alguna fuerza superior nos barrería, como sucedió en Acre con los Templarios y con los demás cristianos desdichados —apuntaba con el dedo *al führer*, que asentía—. Por eso pienso que no hay más opción. Bien sé que todos hemos soñado, alguna vez, con ser los protagonistas de una hipotética décima cruzada, pero deberíamos ser veinte veces más de los que somos, y bien sabéis que no nos cabe la menor esperanza de recibir más refuerzos que los de Berenguer d’Entença, y que además no desembarcarán en Anatolia, sino en Constantinopla. No sé cómo lo veréis vosotros —una larga mirada circular; nadie la devolvió, pues estábamos pendientes de nuestras abarcas—, pero si alguno quiere defender lo contrario, que lo haga.

Se sentó, con cierta torpeza. Era porque le dolía mucho el culo, y no por culpa del turco traidor; a mi señor don Ramón, como a tantos y tantos hombres de armas que se pasan la vida encima de un caballo, le aquejaban unas almorranas tan implacables como despiadadas. Rocafort, por su parte, se lo pensaba; sería lo que fuese, pero idiota no, de modo que bien sabía lo inútil de batallar con Muntaner si se trataba de argumentos sólidos, términos precisos y datos fríos. Él iba mejor donde al otro le abandonaban las palabras, cuando podía sacar a flote la épica, la gloria, la posteridad y el ser la enseña misma de la cristiandad. Lo último no solía caérsele de los labios pese a ser tan descreído como todos los demás, si no el que más de todos. Dudaba, era evidente, pero al fin no se pudo contener, así que se levantó, abrió su boca, y empezó.

—Pues yo no lo veo como tú, Ramon. Estamos a un paso de las Portes de Ferro; más allá se despliega un tesoro colosal, de ciudades y puertos de donde podríamos sacar enormes beneficios a un coste muy bajo, pues por algo hemos dejado al enemigo devastado, si no destruido. Por muchas reservas con que cuenten, necesitarán meses para estar en condiciones de presentar batalla otra vez. Para entonces nosotros estaríamos al sur de Alexandretta, y si nos moviéramos con la debida determinación ni siquiera tendríamos que pelear contra ellos. En otras palabras, nos escaparíamos en nuestros barcos dejándoles con dos palmos de narices.

Confieso que incluso a mí se me puso cara de perplejidad.

—Si enviásemos mañana un mensaje a d’Aunés para que se hiciese a la mar, bordease Anatolia dejando Chipre a su derecha, y nos esperara en algún puerto entre Alexandretta y Acre, cuando nos reuniéramos con él sería difícil que nos hubiéramos visto en situación de combatir, cuando menos contra fuerzas del tamaño de la que acabamos de batir aquí, en Kibistra. Una vez al amparo de nuestros barcos podríamos

volver a elegir, entre regresar a Magnèsia desde ahí o antes saquear Laodicea, Tortosa, Trípoli, Acre o incluso la propia Jerusalén. Se nos presentaría la oportunidad de triunfar donde nueve cruzadas fracasaron de muy mala manera, porque a diferencia de los reyes idiotas que las dirigían nosotros no iríamos en busca del Santo Grial, o para cumplir unos votos sacratísimos, o para honrar a Dios y a la Virgen, o para orar en el Gòlgota, o para el resto de las tonterías que a ellos les motivaban. Nosotros iríamos a llevarnos el oro del sultán de Jerusalén, a secas. En cuanto a los Santísimos Lugares, pues todos para ellos, que a nosotros nos tienen sin cuidado. — Había cambiado de registro, de fanático creyente a materialista declarado, lo que sin duda querría decir algo; mi caletre no me alcanzaba para deducir qué, pero seguro que Muntaner ya lo veía claro; ya se lo preguntaría después—. Partiendo de aquí no necesitaríamos pedir a Cristo que se pusiera de nuestro lado, como hacían los burros de los cruzados, pues está más que claro que Dios nunca se pone de parte de los que son menos que sus enemigos. Se lo pediríamos al Diablo, porque a éste, que nos lo ha demostrado cantidad de veces, los catalanes le caemos bien. Por lo menos, los de la Companyia Catalana d’Orient.

Se levantó un buen coro de carcajadas, las cuales se incrementaron aún más al arrancarse su hermano Gisbert con una estrofa de una jota navarra bastante popular y que nos hacía mucha gracia. Era de reconocer que, pese a ser un completo animal, a menudo conseguía que nos riéramos a voluntad.

*Vinieron los sarrace-enos
y nos molieron a pa-alos,
que Dios está con los ma-alos
si son ma-ás que los bue-enos.*

—Vosotros, bien lo sé, no sois hombres de fe, pero yo sí. —Muntaner y yo nos cruzamos una mirada; la de mi señor quería decir «no tiene vergüenza»—. La que siento en mis adentros desde que vencimos a los inútiles de los turcos el día de la Virgen de Agosto me supera, me rebasa, me hace levitar como si fuera un santo — gesticulaba de un modo tan cómico, y tan apasionado, como exagerado; era evidente que seguía buscando las carcajadas, y con éxito notable—. De tan poderosa como es me ha creado la convicción de que de aquí a Jerusalén no encontraremos ninguna fuerza ni tan grande ni tan organizada que no la podamos derrotar. Tanto, que una vez se sepa en las cortes europeas de nuestra gran azaña, ningún monarca de la Cristiandad dejará de reconocer nuestro inmenso mérito, y hasta sería posible que Su Santidad Benedicto XI nos levantase alguna de las excomuniones que nos abruman desde que Martín IV empezó a mirarnos mal. En fin, que toda esta gloria la tenemos bien al alcance de nuestras manos —proseguía, inasequible al desaliento que deberían producirle las expresiones inexpresivas de unos cuantos de nosotros, los que habíamos preferido dejar de reír al ver que, por asombroso que pareciera, estaba consiguiendo hacerse con el alma de casi todos los adalides y caballeros presentes—,

y de verdad os digo que me asombra el que deba explicároslo.

Vistazo circular, un punto desafiante y bastante melodramático. Ridículo, a mi juicio, pero Rocafort conocía bien a su gente —a mí me perdía el escéptico exceso de criterio con que Muntaner había contaminado mi alma inmortal—, pues para mi regular asombro varios de los adalides y de los caballeros, en su mayoría llegados con él en sus galeras, componían abiertamente gestos de «y por qué no». Por fortuna no fui el único en apercibirme; nuestro *führer*, del que se decía que cuando estábamos en reunión no se le iba una, lo demostró abandonando su estólida impasibilidad para levantarse de un salto, con elogiada agilidad. Si un don tenía Roger de Flor era el de olfatear el peligro; cuando menos, entre amigos.

—Me temo, Bernat, que quienes hemos estado en Acre, y en Jerusalén, jamás veríamos la situación de un modo tan optimista. No con cinco mil ochocientos hombres y mil quinientas *mujeras* —el catalán del megaduque aún no era lo bastante bueno como para dominar los pantanosos géneros de la lengua catalana, y más cuando, como entonces, de ningún modo estaba relajado— contra los más de doscientos mil con que al-Nasir-al-Din Muhammad ibn Qalawun, o como se llame hoy el *de puta* del sultán, defiende la que para él y para los suyos es, también, la ciudad más importante de la maldita tierra esta que pisamos.

Cuando en el devenir de sus discursos al *führer* le brotaba un *fill de puta*, era que no podía estar más cabreado —en general, era menos rudo de palabra que nosotros, los almogávares de casta—, lo que igual podía ser para bien que para mal.

—Yo también querría seguir hasta Jerusalén —proseguía—, pero no me queda otra que ser realista, y os digo que si perseguimos a los turcos más allá de las Portes de Ferro será cuestión de semanas que volvamos a vernos frente a otros treinta o cuarenta mil. Quizá les venzamos, aunque a cambio de quedarnos en mil o dos mil menos. Al mes, o a los dos meses, otra vez lo mismo, y de ahí ya no saldríamos. Por mucho que nos apene, compañeros, no tenemos más opción que desandar el camino. Si acaso, y antes de marchar, los que tengamos curiosidad por ver con nuestros propios ojos cómo son las Portes de Ferro, y no a través de lo que hayan dejado escrito los que alguna vez pasaron por allí, podríamos llegarnos en buen número, sólo caballería ligera, por si se hace necesario volver grupas y salir disparados, dejar allí a las turcas con que no queramos cargar, y a sus hijos y sus hijas, y tras eso regresar, sin demasiadas prisas, a Magnèsia.

La última frase le salió en un tono significativamente más duro que todo lo anterior. Era su manera de subrayar que aquello no era una propuesta, sino una orden. Así nos la tomamos. Rocafort, contra lo que yo me iba temiendo, también. Sin duda se daba cuenta de que se había quedado en inferioridad numérica, cuando menos para el caso de que hubiera que votar. Incluso de no ser así, tampoco le valdría lo que se acordara. Desde que teníamos un jefe único, aceptado por todas las hordas, no se había planteado un solo caso de secesión, pero de seguir Rocafort adelante con su propuesta bien que se podría plantear, pues apoco que cada uno reflexionara en

soledad se le haría evidente que aquél defendía una locura frente a la sensatez del megaduque. Desde ahí podría pasar cualquier cosa, siendo una, la que sin duda más le preocupaba, que tres cuartos de la fuerza eligiera seguir con Roger de Flor. De ser así, sus posibilidades de llegar a Tierra Santa serían nulas. Suficiente, debió decirse, para no pasar de ahí.

* * *

Había veinte leguas hasta las Portes de Ferro, y tras cuidadosas reflexiones Muntaner propuso no llevar allí a las turcas, porque sería preciso, de hacerlo, montar una caravana que nos haría ir peligrosamente despacio. Los carros no eran el problema, porque los turcos se dejaron varios cientos atrás. Resolvimos, en consecuencia, que al levantar ese campamento que tan propicio nos había sido dejaríamos a las turcas los suficientes para que pudieran ellas mismas emprender su camino, así como los caballos necesarios —vacas, ni una; nos hacían falta todas— y las tiendas menos acogedoras. Con eso les demostraríamos que, después de todo, habían tenido suerte. Las que nos llevaríamos quizá no pensarán igual. Algunas, de hecho, se manifestaban por demás llorosas ante la perspectiva de pasar a ser esclavas de los catalanes cuando quince días antes eran jóvenes esposas de acaudalados guerreros turcos que, mala suerte para ellas, no supieron defenderlas, ni defenderse. Todo lo más supieron escapar. De todos modos, y como tampoco era cosa de convertir a la Companyia Catalana en un convoy de plañideras, decidimos entre todos, unos más a regañadientes que otros, dejar atrás no sólo a las que a todas luces merecían ser dejadas atrás, sino también a las madres de buen ver, salvo a las que, como Calliope, prefirieran seguir con nosotros, las cuales, para nuestra sorpresa, resultaron ser varias docenas. Ninguna tan culta, ni tan resuelta, como la que ya era nuestra gran amiga griega, experta consultora en asuntos de a quién llevar y a quién no; eran muy tramposas, las turcas: se prestaban hijos entre ellas para no verse conducidas al infierno catalán. Las que decidieron seguir con nosotros eran de ascendencias diversas, aunque todas tenían en común no ser de buena gana las esposas, si no las esclavas, de aquellos turcos malditos de los que no tardaron en echar pestes. Las había nubias —eran las que más—, judías descendientes de las escasas familias que se quedaron en Judea cuando un tal Tito decidió no dejar un judío vivo en lo que con el tiempo se llamaría Tierra Santa, y también unas cuantas armenias, algunas persas y hasta media docena de indias, cuyas pieles oscuras fascinaban a no pocos de los curiosos almogávares. No se comunicaban bien con nosotros, pero a través de Calliope conseguíamos entenderlas. Lo malo era que se habían hecho ilusiones, las que indebidamente les contagió nuestra consultora, las de que contra ellas no teníamos nada, que tan malos no éramos y que, si quisieran, podrían volverse catalanas libres, como seguramente haría ella. Nos lo tomamos con humor y decidimos no enfadarnos, de modo que las aceptamos, a ellas, a sus hijos y a sus

sueños. Al fin y al cabo no eran tantas, y un poquito de caridad cristiana nos vendría bien si, después de todo, la majadería esa del juicio final y el resto de las estupideces terminaba por ser verdad. No era que aquello nos preocupase demasiado, pero siempre te queda un poso de inquietud cuando recuerdas las sombrías, terribles amenazas que los mosenes llamaban Palabra de Dios. Menos mal, agradecíamos al mismo —en mi caso, a Eris y a Claudera; no me avergüenza decir que a esas alturas ya era un completo pagano—, que habían preferido quedarse, los tres que padecíamos, en la segura y confortable Magnèsia.

Al final fuimos trescientos los que decidimos acompañar al megaduque a las míticas Portes de Ferro. Fue una travesía muy rápida, dos noches a la ida y dos a la vuelta, y tras haber comprobado hasta la saciedad que los turcos no dejaron nada detrás, o al menos nadie capaz de tendernos una emboscada. El terreno, la verdad, no se prestaba, más que nada porque apenas había ningún lugar donde un grupo numeroso pudiera esconderse. No debían contar, además, con que nuestra malsana curiosidad nos haría dar aquel paseo tan innecesario, aunque, también era cierto, tan glorioso. Así pues, sin registrar incidentes de ninguna clase nos plantamos al mediodía de la tercera jornada frente a la gran roca, en el centro mismo de las Portes de Ferro, donde muy diversos guerreros, varios siglos antes que nosotros, dejaron su impronta para la posteridad. Muntaner incluso afirmó que unos trazos vagamente griegos quizá fueran la firma de Jenofonte, aunque nadie le prestó atención, porque salvo *el führer* y yo mismo nadie tenía idea de quién diablos fue aquel tipo cuyo nombre repetía Muntaner en medio de algo que, si no le conociera como ya le conocía, no habría dudado en calificar de arrebato místico.

La verdad era que, valorada con objetividad, las Portes de Ferro no eran para tanto, pero bien me guardaría de compartir con nadie un juicio tan escéptico. La garganta del Añisclo, que había recorrido con mis padres y las dos hermanas que me seguían una vez que fuimos a Panticosa para que doña Meritxell tomara no sé cuáles aguas, era bastante más impresionante pese a ser mucho más corta, pero eso tampoco era para compartirlo.

* * *

Hacia el 30 de septiembre, día más o menos, alcanzamos Ània, el camino natural de Magnèsia, que si bien no era el más corto al menos permitía esquivar las distintas cordilleras que atravesaban el oeste de Anatolia. Manteníamos un buen ánimo, ya que los numerosos heridos en Kibistra ya se habían recuperado. El largo viaje de casi ciento cincuenta leguas no deparó incidentes de gravedad, no había perspectivas inmediatas de luchas, batallas o guerras, los turcos parecían resignados a dejarnos en paz siquiera por lo que restaba de 1304 y la perspectiva de una internada en Magnèsia y sus agradables alrededores nos hacía, en general, una cierta ilusión. Yo, al menos, alimentaba la secreta esperanza de que la megaduquesa y la zarina

repetieran el plan del año anterior, con lo cual quizá podría comprobar si mi ensueño de una vida triangular, tan armoniosa como estimulante, y desde luego divertida, era una fantasía viable. Me animaba en esa idea el que Llura me acabara de comunicar que hacia mediados de abril necesitaríamos una tienda más grande, ya que para ocuparse de lo que venía tenía pensado recurrir a su hermana Carlota, que para el parto habría ya cumplido trece, y a la que veía preparada y bien dispuesta para echar una mano. Esperaba que ser cuatro en la tienda —si sólo venía uno, que igual eran más; sus dos hermanos pequeños eran gemelos y en la familia de su madre se daban casos de mellizos con espeluznante frecuencia, lo cual no dejaba de aterrarme— no me incomodara demasiado y me hiciera llevadera la vida de joven papá. Más lo sería, me decía para mí, si la confirmación de la preñez no hubiera dado lugar a una progresiva disminución en los apetitos placenteros de la que a todos los efectos y ante la Companyia Catalana ya era mi mujer. Quizá sucediera que, una vez alcanzado el objetivo de hacerse preñar, a Llura le había dejado de interesar el pecado carnal, cosa que me impacientaba más que un poquito, porque a mí no me pasaba lo mismo, aunque aceptaba lo que me decía Muntaner: que Llura, después de todo, era poco más que una niña y su cuerpo apenas formado tenía por delante un largo acomodo en el que tarde o temprano todo acabaría por ocupar su sitio verdadero. Aquello estaba muy bien, no lo discutía, pero el caso era que yo experimentaba, cada día que pasaba, una mayor impaciencia y un creciente mal humor.

En Ania, sin embargo, nuestra idílica vida llegó a su fin, ya que allí nos esperaban unas cuantas noticias, y no todas agradables. Una era que la megaduquesa, dos semanas antes, había parido con toda normalidad, si bien que con adelanto sobre sus propias cuentas, una niña muy robusta, lo cual el megaduque se tomó sin especial alegría, por no decir que con manifiesta indiferencia. Por entonces yo ya me temía que nuestro *führer* no estaba bien dotado en el capítulo de los sentimientos, lo que quizá fuera la razón de lo muy despiadado que solía ser. El que un jefe supremo fuera de talante más bien frío, por no decir gélido, no era malo en sí mismo, aunque mi aún breve pero no despreciable sabiduría social me hacía desconfiar de los que se tomaban el nacimiento de un hijo como si le hablaran de que una de sus yeguas había parido un potro. Yo, al menos, dudaba que a mí me fuese a pasar eso mismo, por mucho que me incomodara el que Llura no quisiera saber nada de nada, y del aceite de oliva ya ni hablábamos.

La siguiente noticia era que nuestro megaduque ya no tenía suegro. En sí mismo eso le daba igual, pero no así que quienes detentaban el poder en Bulgaria se hubieran negado a reconocer al hermano mayor de María Asanina el derecho a ocupar el trono, prefiriendo cedérselo al hermano del Zar fallecido. Aquello, por lo visto, incomodó bastante al emperador Andrónic, al punto de facturar al príncipe Miqueli con un buen ejército a poner las cosas en su sitio, aunque con mal fin, ya que su tío político le zarandeó de lo lindo para terminar poniéndolo en fuga, con el consiguiente sonrojo y disgusto de la familia imperial. A eso se debía que Andrónic reclamara la urgente

presencia en Bizancio de la Companyia Catalana con el megaduque al frente, para recibir ahí las últimas instrucciones y salir hacia Bulgaria, destituir al tío de su esposa y colocar a su sobrino mayor en el trono que le correspondía.

Era una noticia inquietante, de las que requieren una detenida valoración de las opciones a elegir y de las acciones a emprender, según comentaron el megaduque y Muntaner, y éste luego a mí. Tan delicada parecía la situación, al menos a los lúcidos ojos de mi señor, que Roger de Flor convocó el consejo de capitanes, para debatir no sólo qué hacer con aquello, sino también cómo hacer frente a la tercera de las noticias. Ésta nos llegaba por los mosenes que se quedaron en Magnèsia para mejor atender las necesidades espirituales de los treinta caballeros y los cien almogávares dejados allí para defender la ciudadela y el botín de la Companyia, el que acumulamos a partir de la toma de Artaki. Consistía, resumida, en que ya no había ni Pedro Martín d'Orós, ni treinta caballeros ni cien almogávares, pues el antiguo gobernador, el nervioso Demetrios Ataliota, se presentó en la ciudad una noche sin luna, en compañía de trescientos soldados griegos que se trajo desde Constantinopla en dos o tres galeras, y se hizo con la ciudadela tras coger desprevenidos a los encargados de defenderla, los cuales, a su vez, habían sido previamente relajados a base de buena comida, mejor vino y muchas mujeres, suponían los mosenes que por órdenes enviadas en avanzadilla por el pérfido Ataliota.

Si los mosenes y las mujeres de los dos que tenían pareja salvaron el pescuezo, lo que a mi entender y al de Muntaner perfeccionaba la tragedia, fue por no dormir en la ciudadela; preferían vivir su vida familiar un poquito apartados. Al despuntar el día, con las ansias de sangre del malvado Ataliota ya colmadas, éste pensó que degollar sacerdotes podría ser una medida no sólo innecesaria, sino mal vista por el Patriarca, pues al fin y al cabo eran de su misma cuerda y compartían las devociones principales, como Jesucristo y todo eso, de modo que les puso al otro lado de las murallas, montados en sendos burros y permitiéndoles llevarse los instrumentos de su sagrado ministerio, aunque nada más, y diciéndoles de paso que habían tenido mucha suerte y que mejor harían si no se quejaban demasiado. En lo último no tuvo éxito, pues ya lo creo que se quejaban, aunque no ante Dios, sino ante nuestro megaduque y sus enfúrecidos capitanes, los cuales no se sabía qué les indignaba más, si el vil asesinato de los ciento treinta camaradas o el haberse quedado sin el botín tan duramente saqueado. Que aquello, además, tuviera toda la pinta de haber sido cuando menos consentido, si no inspirado por el propio Andrónic, elevaba su indignación — y la mía también— a cotas inimaginables, pero aun así el *führer* no mandó levantar el campamento para dirigirnos de inmediato a Magnèsia, sino que prefirió reunir primero el consejo de capitanes. Había muchos asuntos que debatir y que decidir, y eran tan graves que no quería quedarse sin oír las voces de los que, si no se les permitía votar, el sacrosanto derecho de todo catalán que se preciara, lo mismo desertaban y le dejaban en medio de Anatolia con su megaducal trasero al aire.

De los presentes, yo diría que sólo Muntaner y De Flor, en ese orden, estaban bien

dotados para el pensamiento profundo y la especulación intelectual proyectada un largo plazo en el tiempo —yo tampoco lo estaba, si bien, y para mi sorpresa, poco a poco iba percibiendo las claves del asunto; para mí estaba claro que un genio de la predictividad, uno de los envidiables bendecidos por Claudera, la diosa, jamás lo sería, pero una cierta capacidad de prognosis sí que se me iba desarrollando, cuando menos en cuanto al método intelectual necesario para tener alguna idea sobre cómo acabarían por ir las malditas cosas—; a eso se debió que una vez exhaladas las maldiciones, blasfemias y juramentos, en su mayoría bastante gruesos, casi todos comenzaran a guardar silencio, pendientes de las heladas palabras de nuestro intendente general.

—La llamada de Andrónic no parte de que le procupe lo que suceda en Bulgaria, lo cual es una cosa que de ningún modo le ha podido coger de sorpresa, pues tanto el Zar muerto como su esposa y sus hijos fueron expulsados de allí hace ni se sabe la de años. Es probable, a mi entender, que sólo sea una excusa para sacarnos de aquí, de Anatolia, y que no la emprendamos con su esbirro el Ataliota, ni tomemos Magnèsia ni pasemos a cuchillo a su maldita población, que sin duda es lo que temen tanto ésta como Ataliota y como el propio Andrónic. Lo malo es que llamándonos para resolverle un problema planteado en la otra esquina de su imperio no se sale de lo estipulado en el contrato, y bien sabe que si algo jamás hacemos los catalanes es dejar de cumplir un contrato, por incómodo que nos resulte y por mucho que nos hayamos arrepentido de firmarlo. Es lo peor de nuestra filosofía, la que dice que los contratos se firman para ser cumplidos y sin que nada se pueda discutir después de haberlo hecho, pero eso ya no tiene solución, de modo que la primera decisión a tomar supone una elección entre tres opciones. A saber: Una, mandarle al carajo, denunciar el contrato, degollar al Ataliota y a los suyos, y tras eso constituirmos en estado propio, uno a modo de Preussen *a la catalana*, llamada República de Anatolia o algo por el estilo, y tras eso anunciar a los cuatro vientos nuestra independencia —mugidos de aprobación; por la pinta, no sonaba nada mal en los irritados oídos de los capitanes, de los caballeros y de los adalides—. Dos, agachar la cabeza y obedecer, marchando cuanto antes a Constantinopla para después cumplir el contrato como los tipos serios que al fin y al cabo somos —ningún mugido; ese día, por las trazas, el *seny* no era el sentimiento corporativo dominante—. Tres, hacer ver que cumplimos el contrato, aunque con, digamos, elasticidad creativa —no creo que quedara una sola ceja sin alzar—. Quiero decir que, tras haber despachado las galeras de d’Aunés a la Bocca d’Aveo^[8], nos detengamos unas semanas ante las murallas de Magnèsia, y allí hagamos lo que debemos hacer y que de ningún modo quieren ellos que hagamos, para tras eso acampar en un lugar lo bastante cerca de Constantinopla para que resulte convincente nuestro aparentar que seguimos las órdenes y que marchamos adonde se nos dice, aunque al tiempo sigamos a unas horas de navegación de Anatolia, por si llegase a convenirnos regresar y, ya sí, declarar la independencia.

—¿Qué lugar es ése, Ramón?

Bernat de Rocafort. Por las trazas, la idea le gustaba. *Elführer*, por su parte, mantenía su acreditada expresión inexpresiva. Lo cierto es que ignoro qué clase de pinta tendrá la Esfinge de Gizeh, una cosa rara que levantaron los egipcios hace la tira de siglos, pero a juzgar por lo que de vez en cuando explicaba mi señor debía de parecerse bastante a xor Roger de Flor.

—Se llama península de Gallípoli. Se daría un aire a la de Artaki, pero además de ser más larga y más grande tiene costas en el mar Egeo y en el de Mármara. Dicho de otro modo, para llegar a Constantinopla se ha de pasar delante de sus innumerables fortificaciones, ya que viene a ser una especie de Castilla del Este. Desde sus murallas se puede batir a cualquier flota que lo atravesase, y no en un solo punto, pues mide trece leguas de longitud y en ellas hay cantidad de sitios donde no resulta difícil emboscar a cualquier escuadra, sea del tamaño que sea. En su lugar más estrecho la Bocca d’Aveo no pasa de cuatrocientos estadales, de modo que, dada la inmensa cantidad de catapultas instaladas en los castillos que lo bordean por el lado de Gallípoli, ningún almirante ni capitán reniega de pagar el peaje que se le pide, no sea que le caiga en cubierta una bala de paja impregnada en grasa de la más densa y a la que antes de disparar se le haya pegado fuego. Los castillos pertenecen todos ellos a nobles del Imperio, griegos y tracios en su mayoría, cosa que a la semana de andar nosotros por allí será distinta —ya no eran mugidos de aprobación; se transformaban en rugidos—. El clima es tan bueno como el de Artaki, pero a diferencia de lo que hicimos allí podremos pasar el invierno guarecidos en los castillos, y los que no quepan, pues en cualquiera de las infinitas *masías* que hay en sus alrededores, y es que la tierra es muy fértil, tanto que un escupitajo basta para que a la semana crezcan tomates, lechugas y melones —más gestos de aprobación—. Es, en fin, el lugar ideal para pasar este invierno, y también para discutir con Andrónic, una vez bien aposentados, lo que vayamos a conquistar para él en el futuro. Siempre y cuando, por supuesto, empiece por pagarnos, ya que dentro de unos días se habrá quedado al descubierto, lo cual, también con acuerdo a lo estipulado en el contrato, nos dará todo el derecho del mundo a mandarle a la mierda.

Nada de rugidos: eran auténticos alaridos de aceptación.

—¿Alguien tiene alguna otra idea para proponer?

Hablaba el megaduque, muy serio. Quizá porque todo aquello habría debido decirlo él. Si no lo había hecho, me decía yo para mí, quizá fuera porque su dominio del catalán seguía siendo bastante precario, tanto que no le gustaba nada la idea de largarnos copiosos discursos, y menos aún la de dar excesivas explicaciones. Era un *führer*, conviene recordar, y a esa clase de individuos jamás les ha gustado explicar nada. En aquella ocasión, por otra parte, no hacía falta que lo hiciera, ya que nadie movía un músculo.

—¿Votamos, pues? —Gestos de aquiescencia; llegaba el momento más valioso para cualquier catalán temeroso de Dios y limpio de corazón—. A favor de lo último, ¿quiénes estáis?

Ni una sola mano dejó de alzarse. Quizá fuera eso lo que más temían nuestros enemigos. Si marchábamos como marchábamos y combatíamos como lo hacíamos, era por votarlo todo. Quítale a un catalán su derecho a decidir su destino, el que sea en cada caso, y te quedará un eunuco de la mente, un inútil que no vale para nada. Eso podría ser bueno en el caso de los campesinos, que no se diferenciaban gran cosa de sus vacas y que para sus señores feudales no valían mucho más que los rebaños que apacentaban o los campos que labraban, pero nosotros éramos guerreros libres, capaces de lo mejor y también de lo peor, y lo primero que aprendían los que pretendían dirigir nuestros destinos era lo inviolable de nuestra voluntad, de nuestro derecho a decidir nuestro futuro.

—Decidido, pues: ¡a Magnèsia! —*Desperta, ferro!!*

Ninguno, ni siquiera el megaduque, dejó de corear aquello que tan de las tripas le había surgido a Bernat de Rocafort.

* * *

Muntaner era pesimista con respecto a la suerte que pudiéramos tener frente a las murallas de Magnèsia. Las había estudiado a fondo los días que permaneció al mando de la guarnición, y las sabía imposibles de tomar, salvo error en la defensa —como sucedió en Ània—, si no se contaba con catapultas capaces de lanzar balas incendiadas y con un gran número de torres de asalto, y nosotros, por desgracia, ni teníamos de aquello, ni sabíamos construirlo, ni dominábamos las tácticas necesarias para sacarle jugo. La esperanza era que Ataliota fuese un mal comandante y no hubiera tomado las medidas necesarias para evitar una pronta capitulación a causa de la única clase de cerco que a largo plazo no es posible superar, el del hambre. Antes de llegar al pie de las murallas ya sabíamos que no sólo había hecho acopio de todo lo necesario para resistir un elevadísimo número de meses, sino que había dado cobijo al conjunto de los campesinos —con sus rebaños— que vivían en un radio de cinco leguas, convencido de que la emprenderíamos con ellos al ver que no podíamos con él. Así, no sólo éstos le quedarían agradecidos de por vida, sino que a las pocas semanas de que hubiéramos desaparecido, las que necesitaran para reconstruir sus casuchas —sin duda contaba con que no dejaríamos una en pie—, se pudiera reanudar la producción agrícola. Un tipo muy sagaz, lo tuvimos que aceptar, aunque no por eso se libró de que arrasáramos la totalidad de los campos de cultivo en cinco leguas a la redonda de Magnèsia, que pegáramos fuego a los árboles, a las casas, a los graneros y a las bodegas y que, resumiendo, dejáramos la comarca como si se le hubieran venido encima las siete plagas de los egipcios acompañadas de la lluvia de fuego de los sodomitas. Aun así, nos sentíamos la mar de frustrados ante las malditas murallas, y más aún al observar la fea cara del asqueroso pederasta según nos explicaba desde sus almenas la triste opinión que le merecía la virtud de nuestras respectivas madres, las de todos nosotros, así como su deseo de que nos fuéramos al

infierno tan pronto nos fuera posible. Nos fuimos, pues qué otra cosa podíamos hacer, aunque no sin antes acercar a las murallas todo aquello a lo que se pudiera pegar fuego y que no habíamos quemado ya, para incendiarlo de un modo perfectamente sincronizado y, a falta de insulto mejor, hacer respirar a los sitiados un humo por demás apestoso durante un largo día de calor inmisericorde. Fue una niñería por nuestra parte, porque no sufrieron el menor daño, pero el caso fue que oírles maldecirnos algo nos tranquilizó. Siquiera, un poquito.

Ya nos poníamos en marcha cuando nos llevamos el último disgusto de los achacables a Magnèsia: los mercenarios alanos, que tan aceptablemente habían combatido junto a nosotros, se tomaron muy a mal la pérdida del botín que nos habían confiado y que junto con el nuestro se quedaba el cabrón del Ataliota y los hijos de sus madres que le hacían compañía. El megaduque habría podido contrarrestarlo pasándoles una parte del que habíamos conseguido en Kibistra —dos o tres veces superior al que habíamos dejado en Magnèsia—, pero le pudo no sé si la codicia o el sentimiento de ya no necesitarles para nada, de modo que se limitó a encogerse de hombros cuando le hicieron saber que sin botín no habría más alanos. Les vimos partir con alguna desazón, porque de ningún modo se podía inferir de sus gestos sombríos y de sus miradas de rencor que lo hacían encantados de la vida, pero también era verdad, a fin de cuentas, que a los catalanes casi nadie nos quería, de modo que si había unos cuantos cientos más en este perro mundo que pasaban a detestarnos, pues qué le íbamos a hacer.

* * *

Hay sesenta leguas entre Magnèsia y Passàquia si se marcha pegado a la costa, y eso era lo que hacíamos. Llevábamos la mínima impedimenta, pues la parte pesada del botín, así como las mujeres y los críos, los habíamos embarcado en las galeras, los leños y las taridas de d'Aunés, el cual navegaba de conserva con nosotros, bordeando la costa. Cabalgando así, bastante ligeros por ir muy descargados —éramos una fuerza íntegramente montada, quizá la primera de la historia en nuestro tamaño—, llegamos en ocho días al punto donde habíamos convenido embarcar, en varios viajes, para cruzar así la Bocca d'Aveo y emprender la breve campaña tras la cual seríamos dueños y señores de una ciudad de cierto tamaño —Gallípoli—, de una docena larga de castillos y de varias docenas de *masías*. No pretendíamos hacer ninguna carnicería, pues preferíamos tener a los indígenas trabajando para nosotros en vez de muertos a nuestros pies, y ellos, por su parte, no tardaron en hacerse cargo de la situación, de modo que más o menos a regañadientes aceptaron que padecernos a título de huéspedes —algún día les pagaríamos, cuando cobráramos del muy retrasado Andrónic— era preferible a incrementar nuestra nutrida lista de víctimas, a lo cual ayudó no poco la pésima reputación que nos precedía.

Ya en Passàquia el megaduque y Muntaner decidieron hacer saber al emperador

por dónde andábamos, así que d'Aunés despachó un leño a Constantinopla con un mensaje firmado por De Flor —escrito en griego por Muntaner—, donde se le informaba de nuestros planes inmediatos y de que seguíamos, como siempre, a la espera de sus instrucciones. El problema consistía en que los mensajes no llegan solos a las manos de los emperadores, gracias a lo cual me cayó el encargo de aportar lo necesario para ponerlo en las de Andrónic, y si de paso me surgía la oportunidad de correrme alguna juegucilla en la siempre interesante Constantinopla, pues que no la desperdiciara. Después de todo, nadie tenía prisa por conocer la respuesta, y en cuanto a la intendencia de mi todavía pequeña familia, que no me preocupara, pues Muntaner se ocuparía de hacernos sitio donde pensaba él residir, un castillo moderadamente grande donde también lo haría el megaduque. Se llamaba Hexamilia; meses antes Gensana nos había explicado maravillas de su confort, y desde sus almenas se divisaban no sólo ambas mitades de la Bocca d'Aveo, sino lo que sucedía en el otro lado del estrecho, pues era el punto de menor anchura en las trece leguas que iban del mar Egeo al de Mármara. Me dio alguna pena despedirme de Llura, sobre todo porque a ella no pareció darle ninguna —ya me iba yo temiendo que la única de mis calidades que le había conmovido era la de semental ulteriormente desechable; vamos, de usar y tirar—, si bien la esperanza de volver a encontrarme con Claudera y su mágico frasquito de aceite de oliva me arrancaba, cuando nadie me veía, una sonrisa de lo más beatífica.

En mi criticable inconsciencia yo pensaba subirme sin más al leño —se llamaba *Llauradó*, ignoro por qué—, pero Muntaner me tomó aparte y me dijo que de ninguna de las maneras, y menos aún vestido de *gonella* y abarcas, el cual era mi atavío habitual. Entre mis numerosas virtudes no figuraba la de preocuparme de mi aspecto, cosa que Llura me reprochaba con firmeza; por lo visto le gustaba presumir de hombre guapo, y le desagradaba que yo fuera tan descuidado. Muntaner disponía de muchos ropajes distinguidos, del tipo que ha de vestir todo aquel que visite a un emperador, pero la diferencia de pulgadas, del orden de ocho, los hacía inservibles. Por fortuna, entre los muchos tesoros capturados en Kibistra figuraba el guardarropa del emir, que debía de ser no mucho más bajo que yo, y así, combinando unas piezas con otras, mi señor consiguió vestirme de un modo un tanto indescriptible, pero aun así, pensaba él, lo bastante digno como para no desmerecer en presencia de Andrónic. Sugirió también que me llevase a alguien conmigo, un criado, si no un esclavo, pero yo aún no moraba en las alturas sociales necesarias para padecer uno, de modo que me incliné, con su bendición, por proponer a mis antiguos compañeros de tienda, Berenguer y Ramón, que me acompañaran, a lo cual accedieron encantados. La idea de pasar en Constantinopla un tiempo indeterminado —lo mismo podía ser un día que un mes; según le diese al emperador—, de la que conservaban muy gratos recuerdos, les inflamaba la imaginación, y más tras considerar el año que llevábamos. Así, al día siguiente aparejamos en la *Llauradó*, ganamos con buen viento el mar de Mármara y, tras una noche a bordo —la nave daba ocho nudos, una velocidad excelente para un

leño—, fondeamos al siguiente mediodía en la pequeña dársena reservada para la flota personal de la familia imperial, la situada en el fondo del Cuerno de Oro, justo al pie del palacio de Blanquerna.

Andrónic me recibió no mucho después. Yo intuía que no le haría gracia tratar con un mensajero, por muy distinguido que fuera mi aspecto —en verdad, no estaba muy seguro de mí mismo; mis despiadados amigos no se pronunciaban sobre si parecía más un pordiosero turco que un alano disfrazado de mongol, si no de beduino —, pero debió de pesar más la curiosidad por saber de los hechos y los logros de la Companyia Catalana d’Orient, de modo que me hizo llamar. No fue, contra lo que yo había visto siempre, un acto solemne con esclavos y gentilhombres revoloteando en derredor del emperador, sino todo lo contrario, pues sólo estaba él y un tipo que no identifiqué, aunque hablaba unos cuantos idiomas. Dada la incultura general de nuestra horda, el emperador esperaba que no supiera una palabra de las varias lenguas que dominaba él, de modo que me pareció le sorprendía gratamente que yo pudiera explicarle cosas en griego y en francés. Tras eso, y una vez al tanto de que su sobrino el megaduque no podía estar mejor de salud, le conté lo que se me había ordenado le contara si surgía la oportunidad, lo cual era mucho menos sucinto que lo escrito en el trabajoso griego de Muntaner.

Andrónic no hizo comentarios. Se limitó a poner cara de prestar atención —sería verdad, pues todo el tiempo estuvimos en pie, y de haberse dormido habría terminado por los suelos—; luego, al minuto de yo acabar, dejó caer que se pensaría la respuesta y que ya me llamaría. El otro, que tampoco había dicho mucho, me señaló el camino de la puerta. Le seguí tras una leve reverencia en dirección a la espalda de Andrónic, que por su parte también desaparecía. Fue ahí cuando al fin escuché su voz, un punto afeminada pero en un buen y claro francés.

—He mandado dispongan para *vous* y su escolta una doble pieza, la mayor para *vous*. Encontrarán en ellas todas la comodidades a las que sin duda estarán acostumbrados. Por lo demás, y como no contábamos con su visita, hoy no podremos honrarle con acto alguno, aunque al menos les serviremos en sus habitaciones una cena que desearíamos no les defraudara.

La doble pieza, era de reconocer, no podía estar mejor. La mía contenía no sólo un gran lecho, sino una fantástica bañera pompeyana que al momento me puso en marcha la máquina de soñar. La complementaba el ya estar medio llena, una chimenea con un gran hogar donde se calentaban varios recipientes de buen tamaño y un tipo con pinta de ocupar el último nivel en el escalafón de los esclavos que, con encomiable paciencia, la llenaba y la llenaba según el contenido de los recipientes amenazaba con hervir. La pieza de mis amigos no era mucho peor, también con su bañera, su chimenea, su hogar, sus recipientes y su esclavo, además de dos camas y una mesa donde previsiblemente cenaríamos. Todo, en fin, resultaba la mar de cortés y detallista por parte de nuestros invisibles anfitriones, aunque resultaba difícil no preguntarse si, en realidad, no seríamos unos tristes prisioneros del palacio de

Blanquerna.

—Andrónico no puede tener interés en fastidiarnos. No somos nada y no pintamos nada. Nuestro interés para él es transmitir al megaduque lo que nos cuente cuando decida contarnos algo, y en todo caso no darle motivo alguno de queja, y si se nos carga le dará uno muy bueno. Ahora, entiendo que prefiera el que no salgamos por ahí. En la ciudad sin duda se recuerda la escabechina de los genoveses, y nosotros tenemos demasiada pinta de catalanes para poder marchar tranquilos por las calles. Haced lo que queráis, si tantas ganas tenéis de dar una vuelta por ahí, pero yo, al menos esta noche, pienso que será más prudente no salir de aquí.

Ramón y Berenguer, pensativos, asintieron. Eran mayores que yo, de origen mucho más distinguido y de aceptable fortuna familiar, aunque también era verdad que apenas sabían leer y sólo en catalán, y en cuanto a escribir mejor ni hablábamos. Eso me concedía una cierta ventaja espiritual, la cual a menudo les aconsejaba no salirse de dónde yo les dijera.

Un leve toc-toc en la puerta, y sin que nos diese tiempo a decir nada ésta se abrió para dar paso a mis sueños, vestidos de rojo fuego y luciendo una sonrisa deslumbrante.

—Buenas tardes, xor Guillem. Me alegra verle por aquí.

Las palabras eran impecables, pero el tono, la mirada y la sonrisa iban más lejos. Mis amigos, que la recordaban de coincidir con ella según yo les echaba de la tienda, la saludaron con alegría. Confiaban más en verla que yo mismo, por un motivo de lo más egoísta: que les consiguiera otras dos como ella.

Creo que ya he dicho que ni Ramón ni Berenguer hablaban una palabra de griego, la lengua en la que Claudera y yo nos poníamos al día, por mi parte con la impaciencia pintada en mis ojos, y me pareció —siempre fui un optimista— que también en los suyos.

—¿Me has echado de menos, xor Guillem?

—Si estoy de pie y pienso en ti, no puedo aliñar una ensalada sin barrer todo lo que haya sobre la mesa.

Se rió, y de buena gana. Era lo mejor que tenía: siempre parecía que nos habíamos despedido la noche antes.

—Antes de que nos metamos ahí dentro —señalaba mi pieza— te querría pedir algo —sonrió aún más; siempre sospeché que me leía el pensamiento, pero en aquel momento ya estuve seguro de que lo hacía—, y es que me apenan mucho mis amigos. ¿Podrías hacer algo por ellos?

No dijo nada. Se limitó a dar dos de sus pasos etéreos hasta la puerta, entreabrirla y dejar pasar a dos jovencitas nada feas, aunque ni de lejos tan distinguidas como ella. Las dos, que sin duda sabían a lo que venían, posaban su miradas en mis encantados camaradas, traicionados por sus sonrisas —las suyas; ellas no hacían nada— y poco menos que relamiéndose.

—Explícales que desde aquí mejor será que se las apañen ellos solos. Ah, y que

sean cuidadosos. No son putas, que lo sepas y que lo sepan. Una es doncella, la otra es costurera y las dos son amigas mías. Espero que no, pero como alguna se me queje, quien sea culpable acabará como Jadup.

Lo decía sin dejar de sonreír, aunque yo ya sabía que a Claudera no le temblaba el pulso con el *cortell* en la mano. A eso se debió que de inmediato pusiese al corriente a mis encantados camaradas, los cuales se apresuraron a componer sendos y convincentes gestos de inocencia, tan insinceros que sus inminentes contrapartes comenzaron a reír. Por la pinta les habían hablado bastante bien de *nosaltres els catalans*.

—Explícales también que primero los bañarán. Es que ya les he contado a qué oléis los guarros de los almogávares, y cuanto antes comprueben que debajo de las costras hay un par de hombres y no un par de marranos, mejor para ellos. Date prisa, porque me muero de ganas de hacer lo mismo contigo.

Hay sonrisas que no dejan más opción que obedecer, y en todo caso preguntarse si no estará uno soñando. De ahí que, con disimulo, me pellizcara. Valía la pena.

* * *

—¿Cómo es que tienes tanto tiempo libre? ¿Te ha dado vacaciones la zarina?

Yacíamos, abrazados, tras una muy larga hora no sabía yo bien si de amor muy pasional o de vicio muy protervo, o de ambas cosas a la vez. Lo que sí tenía claro era que nuestra vida de pareja tenía una parte dominante, Claudera, y otra esclavizada, mi encantada persona. Si algo lo demostraba era que, a pesar de hallarme con mis pañoles amorosos a reventar, ella se las había compuesto para mantenerme un tiempo inverosímil en ese punto enloquecedor en que si bien estás *a punto de marcharte tu dueña siempre logra que no lo hagas*, y que sigas, y sigas, y sigas hasta cuando ella considera que ya sí, que ya te puedes ir, aunque sólo para que al cabo de un ratito la tortura, deliciosa pero tortura, comience de nuevo. En ese punto nos hallábamos, el de haber logrado recuperar el don de respirar como las personas y no como los peces fuera del agua; ése donde los corazones ya no amenazan con reventar y las venas del pescuezo vuelven a ocultarse bajo la piel. En mi caso, claro está. En el de mi dulce y sabia gobernanta todo era más sutil, o al menos para mí no resultaba tan fácil como para ella determinar en qué situación estaba o por cuál paraíso transitaba. Claudera, no podía ser más evidente, gozaba con todo, aunque con la mente debía de ser con lo que más, y así pasaba, que siempre sabía no sólo por dónde andaba ella, sino en qué lugar lo hacía yo. Qué diferencia, me había dicho a mí mismo unos instantes antes, entre aquel refinadísimo arte amatorio y la tosquedad de Llura, que sólo sabía correrse como una bestia y «ya está, esto es todo, *senyoret*; abrázame muy fuerte, hasta mañana y que descanses».

—No, nada de eso. Las esclavas no tenemos vacaciones, xor Guillem. Sólo sucede que lleva una temporada muy tranquila de ahí abajo, imagino que por lo

mucho que le preocupa el lío de Bulgaria y lo mal que lo tiene su hijo Miqueli Asen —supongo que ahí puse una cara que Claudera conocía bien, la de «no entiendo nada»—. Sucede que hace muchos años a ella y a su marido, el difunto Zar, les expulsaron de Bulgaria. El puesto de zar, no sé si con ese título, pasaron a ocuparlo una serie de indeseables todavía más brutos, hasta que llegó uno, un tal Todor Svetoslav, que se las apañó para perpetuarse. Lleva en el trono cosa de quince años, y los que llevará, porque no hay forma de que lo deje. Hace unos meses, a la muerte del Zar, los más descontentos de sus nobles pidieron a Miqueli Asen, el mayor de sus hijos, que lo reclamara, y el pobre diablo se lo creyó, entre otras cosas porque su madre, la zarina, convenció a su sobrino xor Miqueli para que organizara un ejército y lo recuperase para la familia. Todo fue, como siempre pasa en esta casa, una conspiración de la zarina, y habría salido bien de no ser xor Miqueli un inútil total y el tal Todor Svetoslav un tipo muy espabilado. Se las vieron este verano en un lugar llamado Skafida, en Bulgaria, con resultados catastróficos para Miqueli, que perdió la mitad de sus hombres, y no a manos del astuto Svetoslav, sino porque se le ahogaron al vadear un río más profundo de lo que pensaba él. Tras eso no hubo forma de desalojar a Svetoslav, como puedes imaginar. El emperador, muy preocupado, y es que todo lo que le puede salir mal le sale fatal, os llamó, aunque por su cuenta y riesgo, para luego espantarse cuando un tal Ataliota le dio cumplida cuenta de las barbaridades que habíais hecho en Anatolia. No sé si será verdad o no, pero él aseguró al emperador que los griegos que aún viven allí, tras hacer balance de las experiencias con los turcos y con los catalanes, rezan para que vuelvan los turcos. Eran menos animales, aseguraba —me lo quedé pensando, un punto disgustado, aunque no sorprendido, pues era lo mismo que según Muntaner tarde o temprano acabaría por suceder—. Anatolia, en cualquier caso, está muy lejos, de modo que, dentro de lo que cabe, lo que haya ocurrido allí no es lo que más le puede preocupar, pero lo que pueda suceder en Tracia y en la propia Bulgaria si finalmente os ordenara marchar ahí le pone los pelos de punta, porque lo que no podría jamás resistir sería que los tracios le dieran la espalda una vez vosotros regresarais a Trinacria, o a la propia Catalunya. De ahí viene que de momento prefiera que os quedéis en Gallípoli, aunque lo que os terminará por pedir, o eso piensa la zarina, que dicho sea de paso no puede andar más indignada con Andrónic, al punto de llamarle caguetas, es que os volváis por donde habéis venido, lo que según Miqueli será difícil que aceptéis, al menos por las buenas, pues da por seguro que ya os habéis dado cuenta de la extrema debilidad del Imperio y de lo imposible que les resulta conservar el control del territorio. Ella quiere que a tu jefe, su yerno, Andrónic le nombre César del Imperio, de modo que su hija sea la Cesarina, y que le confíe Anatolia entera. Según ella será cuestión de poco tiempo no que os declaréis independientes, como según dice planea tu señor, sino que se haga con el Imperio, cosa que a ella le gustaría mucho más, pues de seguir en manos de los inútiles de los Paleólogos todo esto —señalaba el techo con el dedo— acabará por irse a la mierda, no sabe si a manos de los turcos, los tártaros,

los mongoles o los rusos, pero a la mierda en cualquier caso, y ella, como es natural, preferiría que no fuese así. Preferiría, sobre todo, que María fuera la primera emperatriz de una dinastía que convirtiera este Imperio en lo que no ha sido jamás, una potencia tan formidable que nadie pueda ir contra ella y que haga sentir su peso tanto en el Mediterráneo como en el Negro, y en los valles del Tigris y del Eufrates, y llegar hasta la India, pues después todo son lugares muy despoblados, donde incluso un mariquita como Alejandro pudo asentarse hace dos mil años y sólo por saber mandar un buen ejército. Uno que, según ella, debía de ser bastante peor que vuestra Companyia Catalana.

Me volví a quedar pensativo. Aquello no sólo sonaba muy bien; además ponía de manifiesto el abismo que mediaba entre la rústica Llura y aquella maravilla de la predicción.

—Suponiendo que yo llegase a ser un capitán de importancia en ese tal ejército, ¿serías tú mi capitana?

No sé cómo será ser abrazado por una gata estremecida de celo, deseo y placer, pero lo que hizo Claudera tras oírme no debía de llevarse mucho con eso.

—No te quepa la menor duda, mi guapo niño Guillem. Incluso si para ello tuviera que cargarme a la zarina.

Casi no me dio tiempo a pensar que si era capaz de llegar tan lejos la infeliz Llura le duraría cinco minutos, y eso si no la convertía en su esclava. Comenzaba la tercera de las batallas, y lo hacía de un modo que la enigmática diosa de la predictividad llamaba LXIX, sin añadir nada y sin el menor deseo de contarme nada, cuando menos de palabra. Era el momento de que hablaran los cuerpos, y el suyo, en verdad, no podía ser más expresivo.

* * *

A la semana estaba de vuelta, más enamorado que nunca de una Claudera con la que no era posible aburrirse —Berenguer y Ramón también volvieron encantados; si acaso con una cierta desazón, la de preguntarse por qué no habría mujeres así en la muy devota Catalunya—, y supongo que sintiendo una fría indiferencia por una Llura que quizá hubiese recibido expertas recomendaciones acerca de lo imprudente que podía resultar tratar al padre de lo que ya modificaba significativamente su aún espectacular silueta con el desapego que casi todas las especies reservan a los zánganos. Debió de ser por eso que me sorprendiera tanto el que nada más ser conducido por ella, tan seria como siempre, a las que ya eran nuestras habitaciones —con unas vistas preciosas a la Bocca d’Aveo—, nada más cerrar la puerta se despojó de todo lo que suelen despojarse las esposas apasionadas, incluso las que ya están de casi cinco meses. No sé si con ánimo de regalar y regalarse un ratito de pasión o, más probablemente, para verificar si su dueño y señor regresa de la concupiscente Constantinopla con las reservas maritales tan al completo como cuando aparejó unos

cuantos días antes. Mi caso no era ése, pues hacía no mucho más de uno y medio de haber sido exprimido hasta la última gota —no sólo en sentido metafórico— por una diosa de la predictividad que parecía estar a todas horas en la mejor de las formas, incluso cuando el sol apenas se insinuaba sobre la cúpula de Santa Sofía. Menos mal que los veinticuatro años suelen ser muy agradecidos, de modo que, aun con algún esfuerzo de memoria, logré no quedar demasiado mal ni levantar muchas sospechas, aunque igual fue una vana ilusión, ya que poco después, yaciendo ambos sobre una cama ciertamente anchurosa, me sobresaltase al escuchar:

—¿Tú me quieres, Guillem?

Hay ocasiones donde quedarse pensando conduce a una crisis de llanto por demás desagradable.

—Pues claro que sí, mujer. ¿Qué carajo te pasa?

—Pues que desde hace semanas ni me tocas.

Lo dijo entre mocos, casi como lo haría una niña pequeña —no hacía mucho que aún lo era; quizá, incluso, lo siguiera siendo, al menos del coco—; me dio cierta pena, lo confieso, aunque al tiempo me asaltó un punto de indignación.

—¿Que no te toco? Si eres tú la no quiere ni verme, ¿o no?

—Es que llevo cuatro meses vomitando a todas horas —más mocos y algún sollozo entrecortado—, y no quería que te dieras cuenta, porque además de todo eso encima huelo fatal.

Era verdad, caía yo entonces; sobre todo, de ahí abajo. Hasta entonces achacaba yo el fenómeno a que, una vez preñada, el agua y el jabón ya no le hacían falta, pero igual no era eso.

—Mi madre me ha dicho que cuando te quedas es normal oler muy mal, y que la naturaleza lo hace para que se os quiten las ganas y así no desbaratéis al niño. —Más mocos; «le van a llegar a la nuca», me decía yo con criticable desapasionamiento—. Pero el caso es que no podía sentirme peor, y encima te vas sin casi ni despedirte, y vuelves oliendo a mujer —me ruboricé intensamente; lo malo de la vida en los barcos es que, como no te puedes lavar, día y medio después aún hueles a lo que olías al embarcar—, y si no te salto yo encima no me habrías hecho ni caso, y, y...

Se le acababan los argumentos, estaba claro. Lo que no se le acababan eran los mocos y los hipidos, de modo que, a fin de salir cuanto antes de aquel pantano, tiré por donde supongo tiramos todos: abrazarla muy fuerte, acariciarla con el cariño que mejor pudiera fingir y poco más, pero de nuevo los veinticuatro años me traicionaban, lo que al momento apreció Llura con un brillo de alegría en sus llorosos ojos verdes. Ahí supuse que a continuación sucedería lo que con monótona languidez sucedía últimamente, pero no, porque la vi levantarse, buscar la saya que vestía poco antes, hurgar en un bolsillo y extraer un frasquito que contenía un líquido ambarino, el cual no me costó identificar. Al tiempo, y como si saliera el sol tras la tormenta, percibí una mirada chispeante y una gran sonrisa. Quizá fuera verdad lo que oí un buen rato después, que así, aunque no fuera lo que más le gustaba, y menos aún los

fastidiosos preparativos a manos de su madre, no había riesgo para el niño, aunque me fue imposible no sospechar que, además, le habrían hablado de las artes y las mañas de las griegas pecadoras, y yo, a fin de cuentas, despedía un considerable pestazo a griega. Concretamente, a diosa griega.

* * *

El führer, el intendente general, el senescal y el almirante reflexionaban tras haber escuchado el relato detallado de lo que me había explicado el emperador era su respuesta, la cual me dio de palabra porque no se acostumbraba escribir mucho en su Imperio, aunque mejor sería, para todos —añadí que aquello me lo había recalcado—, que su sobrino el megaduque se diera una vuelta por las Blanquernas cuando mejor le pillara, con lo cual podría llevarse, de regreso, a su hija, su esposa y su suegra, ya que a él le parecía muy bien que pasara el invierno con todas ellas en ese bonito castillo Hexamilia del que tan buenos recuerdos conservaba él también. A ese relato, que ni era largo ni requería explicaciones o interpretaciones elaboradas, añadí lo que Claudera me contó, entre pecado y pecado, durante las casi sesenta horas que pasamos juntos y que a mí me habían sabido a infinitamente menos.

—Él nos necesita, pero sólo en Anatolia, pues no se atreve a dejarnos sueltos ni en Tracia, ni en Macedonia, ni en Bulgaria, ni en el resto del Imperio. Miqueli no lo ve igual. Piensa que lo mejor para él, y no estoy seguro de que también para todos ellos, será que terminemos el contrato y nos larguemos con viento fresco. Los ministros también parecen a favor de librarse de nosotros, pues hemos acabado por ser un peligro mayor que los pobrecitos turcos, infelices ellos. En cuanto al Patriarca, cualquiera sabe, aunque supongo que, como a fin de cuentas somos cristianos, preferirá que Anatolia nos la quedemos nosotros y no los chicos de la media luna.

El análisis de Muntaner era impecable, como siempre. Los otros sólo podían asentir.

—Pues habrá que ir —al megaduque no se le veía feliz al decir aquello—, aunque no ahora mismo. ¿Qué se sabe de d'Entença?

El que contestó fue d'Aunés, al fin y al cabo dueño y señor de los mares imperiales y de todo lo que flotaba.

—El capitán de la última nave llegada de Mesina dijo que le faltaban días para estar listo. Contaba con ocho galeras y tres tandas, y según le dijo el propio d'Entença llegaría con trescientos de a caballo, mil de a pie, cuatrocientas *muxeras* y ni se sabe la de críos. No les esperó para unirse a su escuadra y navegar con ella de conserva, porque serían seis o siete los días a esperar, y tenía prisa. Según eso —llevaba la cuenta con los dedos, distraído—, yo diría que le tendremos aquí dentro de una semana, o de diez días todo lo más.

Ahora era el *führer* quien echaba mano de sus dedos.

—Siendo así, añadiendo a su fuerza la *Estelada* y la *Balanguera*, el diez de

noviembre podríamos fondear en Constantinopla. Vernos a nosotros con otros mil y pico almogávares le dará que pensar, y a la vieja zorra de su hijo todavía más. Pasamos allí unos cuantos días, hacemos que nos pague y nos volvemos todos juntos, además de mis niñas, y tras eso a pasar tres buenos meses, aquí —señalaba en derredor según se desperezaba, cosa que hacía con un estilo parecido al de los osos, ese que llamaba él *a la prusiana*—, poniéndonos a punto para lo que venga el año que viene, que a saber con qué cosa nos sale. Pues bueno —era la oración con que solía santificar cualquier cosa, lo que fuera en cada caso; yo no sabía muy bien qué significaba, si bien intuía en ella una mezcla de hastío, indiferencia y resignación, a veces incrementada por un encogerse de hombros no siempre imperceptible—. Después de todo, podríamos estar peor. Mirando las cosas con frialdad, no hemos perdido demasiada gente. Nos bastaron seis meses para quedarnos con Anatolia, nos hará falta la mitad para volver a controlarla y, con los que se trae d’Entença, y con los de d’Arenós, si lográramos convencerle de que se nos reúna en el redil, les costará mucho impedir, empezando por Andrónic, que para estas fechas del año que viene tengamos nuestro propio estado en Anatolia, consolidado y estable. Un estado y un territorio que serán más grandes que los otros estados y territorios catalanes juntos. ¿No lo veis así?

Lo veíamos, aunque quizá con reservas. En cualquier caso la pregunta no iba por mí, simple apéndice del intendente general, sino por éste, Rocafort y d’Aunés. No sé si lo veían o no como quería verlo el megaduque, aunque al menos no ponían cara de lo contrario. Como bien aconsejaba la filosofía catalana, el arte de adivinar el futuro no es tan importante como el de permanecer siempre, a todas horas, listos para lo que sea.

—Creo que te deberías llevar cuatro galeras más, con doscientos almogávares en cada una. No sólo como escolta personal, sino para que Andrónic y su *penya* piensen que todos vienen con d’Entença. Echarán cuentas y les saldrá que sumando las tripulaciones somos cerca de diez mil, más los mercenarios que se nos puedan unir, lo cual les hará desistir de cualquier idea que anden rumiando de oponérsenos por la fuerza.

Muntaner y d’Aunés asintieron con alguna solemnidad. Nadie podría discutir a Rocafort su exquisito sentido táctico.

—Sin duda tomaron nota de los nombres de nuestras naves. Los comprobarán, y si nos ven el farol los efectos serán exactamente los contrarios.

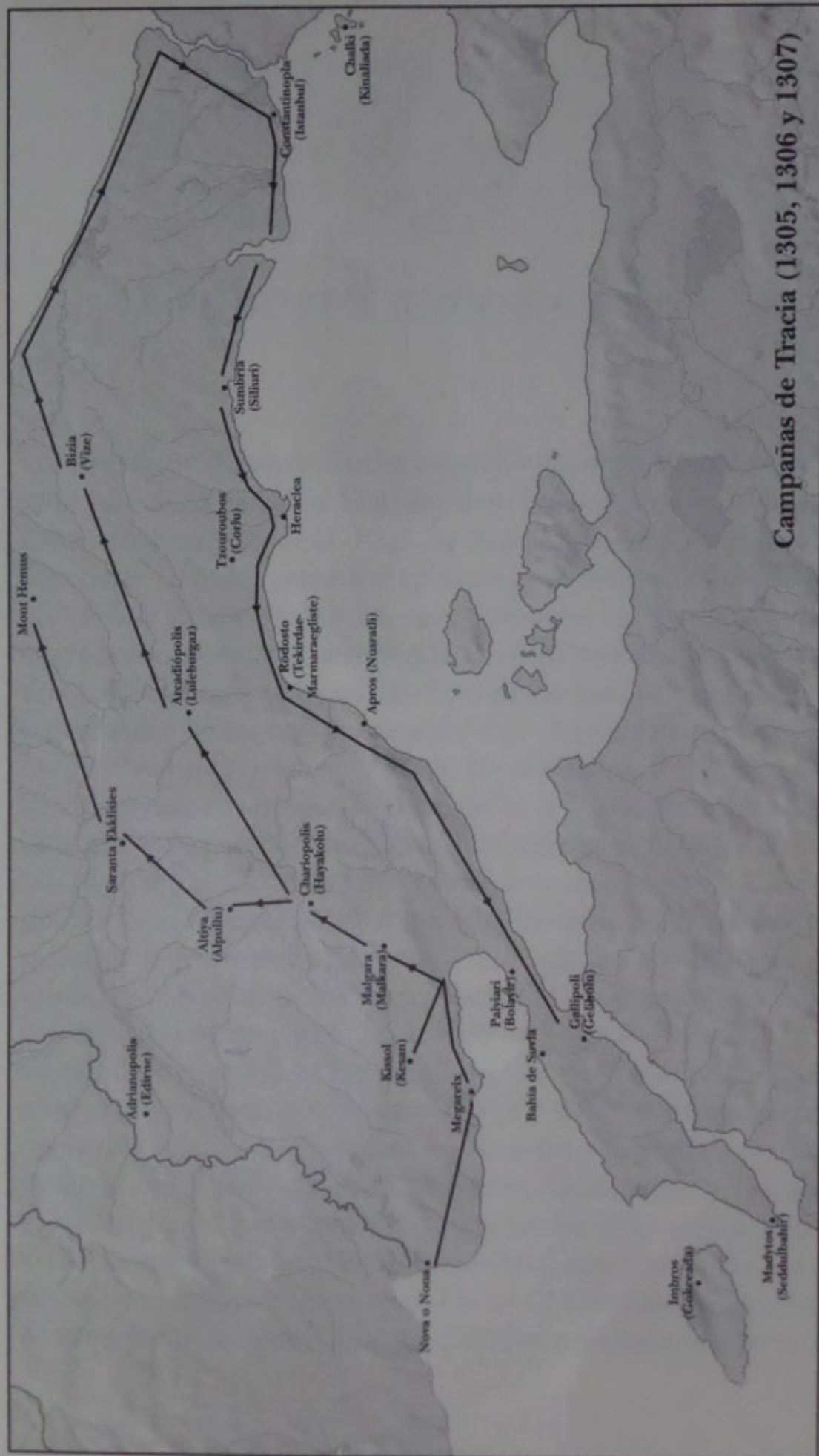
D’Aunés miró un momento a Muntaner, con un chispazo de ironía. Se le notaba demasiado el no ser un hombre de mar.

—Ramón, bastará elegir cuatro de las genovesas, que son todas iguales, retocarlas de velas y pintura, y cambiarles los nombres. Tras eso ni quienes las parieron notarían el camelo.

El megaduque asentía, complacido. Le gustaba ver que sus hombres de confianza no por disfrutarla dejaban de pensar.

—Búscales unos nombres raros, mejor incluso germánicos. Que se pregunten de dónde diablos las hemos sacado, para que acaben por pensar que aún podríamos traer unas cuantas más, todas ellas bien cargadas de almogávares. Mejor aún —se le había puesto una cara de súbita inspiración—: de prusianos.

El almirante asintió, pensativo. En su cabeza, me decía yo, la *Margarida*, la *Pepica*, la *Marcelina* y la *Tramuntana* estaban ya mutando en a saber qué disparates, aunque todos ellos, sin la menor duda, de clara inspiración prusiana. Pese a ser el más *bon vivant* de los capitanes de la Companyia Catalana d’Orient, Ferran d’Aunés era un marino absolutamente disciplinado.



Campanías de Tracia (1305, 1306 y 1307)

V

RODOSTO, JUNIO DE 1305

Los preparativos para la marcha *del führer*, su séquito y su escolta, ya se habían completado. El grupo entero embarcaría en la *Estelada* —nave insignia de la flota—, la *Balanguera* —donde iríamos Muntaner, su horda privada y yo mismo—, la *Skögul*, la *Reginleif* la *Brünhild* y la *Sváva*. Los nuevos nombres de las cuatro galeras exgenovesas, por cierto, se los había escrito el megaduque al almirante, sin explicarle más que correspondían a unas bellísimas diosas llamadas *walküren*, cuya función en el inquietante paraíso de los prusianos era conducir a lomos de caballos alados las almas de los guerreros a un lugar llamado *Walhalla*, donde tenía él entendido que se lo pasarían *de collons* el resto de la eternidad. Había muchas, pero él sólo recordaba el nombre de diez o doce, y si proponía éstos era por ser fáciles de pronunciar, tanto para un catalán como para un griego. En cuanto a los almogávares que viajarían a bordo, se habían sorprendido bastante con el nuevo modelo de *gonella* que lucirían para la ocasión: blanca —no resplandeciente; un gris claro desvaído, en realidad—, pero con una gran cruz negra en el pecho; una *creu patent*, como añadía *elführer*, aunque sin dar más explicaciones. El propósito, no necesitaba definirlo, era que nuestros suspicaces anfitriones pensaran que además de con almogávares contábamos con otra nueva fuerza de guerreros mercenarios, vagamente similares a unos Caballeros Teutónicos que, pese a los muchos años transcurridos, en Constantinopla seguían dando miedo. Cualquier cosa que contribuyese a incrementar tan benéfico sentimiento entre los que seguramente dudaban entre pagarnos o agredirnos sería de utilidad, y más aún tras considerar que sólo nos costaba el precio de teñir ochocientas *gonelles* y estamparles en la delantera esa cruz tan indisimulablemente siniestra.

Todo estaba en orden, pero la otra flota, la de Berenguer d'Entença, seguía sin

aparecer, lo cual estaba empezando a ponernos de los nervios, a unos por unas causas y a otros por otras. En mi caso me preocupaba, y muchísimo, cómo haría para plantear a Claudera que, de seguir interesada en una vida conmigo —ni Muntaner ni yo pensábamos que para conseguir su libertad haría falta que asesinase a su señora; seguramente bastaría con que a ésta se la pidiera su yerno, del cual era una notoria partidaria—, le convendría valorar, del modo más positivo a su alcance, las ventajas de la estructura triangular. Sólo en el caso de que tan delicada gestión concluyese a plena satisfacción debería plantearme la recíproca, la que debería iniciar nada más fondear en el pantalán del Hexamilia, pero aún faltaba para eso. En cuanto a lo que pudiese incrementar la impaciencia y el mal humor de los demás, pues lo cierto era que me traía sin cuidado. Ya tenía yo bastante con lo mío.

El 3 de noviembre vimos asomar dos velas por la Bocca d’Aveo, llegando del Egeo. El que no fueran ocho nos alarmó, sobre todo cuando los de mejor vista declaramos que mostraban el airoso pabellón de la casa de Aragón. Sólo cuando estaban a tiro de ballesta Muntaner dijo en voz alta que la mayor, por las trazas la capitana, mostraba el gallardete de don Sanç de Aragón. Muntaner le conocía desde hacía muchos años, pues habían coincidido en los bonitos días de su niñez. Era hijo de Pere II el Gran, aunque de los engendrados más allá del lecho conyugal, de los que don Pere tuvo unos cuantos; a su modo, estuvo siempre muy empeñado en repoblar y engrandecer Catalunya. Se había hecho un nombre como aventurero cumplidor, aunque siempre cauto y jamás a favor de las grandes empresas, al menos si no le daban el mando absoluto. Se sabía que tras dejar nosotros el servicio del rey Frederic le ofreció su espada, sus galeras y sus almogávares, que tenía unos cientos, los mismos que relajados y tranquilos desembarcaban de sus naves recién abarloadas a la *Estelada*. Se sabían entre amigos si no entre parientes, pues muchos, sobre todo los que venían de Amposta, tenían hermanos y primos entre nosotros. El adalid del Hexamilia, sobre la marcha, improvisó un banquete de bienvenida, si bien, y al tiempo, el megaduque y sus capitanes —yo tras Muntaner, como siempre— se reunieron con don San p, con ánimo no sólo de saber qué tal le iban las cosas al buen rey Frederic, sino a fin de averiguar qué *carall* le llevaba tan lejos de Trinacria, nada menos que a la siempre peligrosa Bocca d’Aveo.

Según nos explicó a lo largo de una buena comilona, bien regada de un vinillo catalán que se había traído del Priorat, concretamente de la cartuja de Santa Maria d’Escaladei, cuyo prior era, como él, descendiente directo del gran don Pere II. De hecho, en Catalunya eran más que unos cuantos los que podían presumir de llevar en sus venas esa sangre tan prolífica, si bien no eran tantos los que tiraron por la senda del espíritu —quizá por no ser un asunto hereditario; don Pere, pese a todo lo que se dijera, sólo hacia el final de sus días se volvió fanático de las cosas del alma—, como el buen don Antoni. Lo normal, nos explicaba don San, fue seguir la carrera de las armas, pero ésa era otra historia, y a nosotros la que nos interesaba era la del presente, a cuyo relato asistíamos sonrientes y relajados, pero en el fondo muy serios.

Tardamos poco en saber que Frederic no era el único catalán mosqueado con los usos tortuosos de Andrónic II Paleólogo. Había ya una cierta historia de galeras comerciales capturadas por las naves imperiales o por sus asociados genoveses, de lo cual tanto los Jaumes como Frederic se quejaban a los embajadores de Andrónic, para escuchar siempre muy buenas palabras pero sin jamás ver una onza de oro en compensación a los estragos, por no decir a los robos descarados. Eso había llevado a Frederic en particular a iniciar una escalada en su asomar los dientes sin aún morder por sí mismo. Prefería que lo hiciera por él la Gran Companyia Catalana d’Orient, a la que sabía en una tensa relación, no exactamente de amor-odio con Andrónic aunque sí de algo parecido, para lo cual había decidido reforzarla por su cuenta y corriendo con los gastos, siendo él, don San p, el refuerzo, junto a sus dos galeras y sus trescientos almogávares de a pie, y siempre y cuando, como esperaban él y Frederic, se les permitiera participar en los saqueos en una proporción razonada y alícuota. El emperador así tendría claro que sus coyunturales aliados y potenciales enemigos catalanes habían dejado de ser una cofradía de bandoleros que operaban por su cuenta, para volverse, de llegar el caso, una fuerza del rey Frederic II de Trinacria destacada en las tierras de un imperio que, a una mínima ofensa más, se hallaría en guerra con una de las tres coronas de la no excesivamente lejana casa de Aragón —el Mediterráneo, en verdad, es un charco; grande, sí, pero charco—, y hasta pudiera ser que con las tres. De modo que mejor haría si dejara de andarse con el bolo colgando, pues a la vista de la flota catalana fondeada frente a las Blanquernas muy tonto debería ser para no entender que o lo recogía o se le acabaría llenando de hormigas.

Ese refuerzo de ningún modo nos venía mal, de modo que al momento se acordó incorporar la fuerza de don San a la Companyia Catalana d’Orient, y a su jefe como uno más de los capitanes, en un plano de igualdad con Rocafort, Muntaner y d’Aunés. Desde ahí todo fue seguir bebiendo y comiendo, como los buenos bárbaros que a fin de cuentas éramos. Otra cosa quizá no se pudiera decir de la Companyia, pero a todas luces éramos un ejército feliz.

* * *

Dos días después, al fin, apareció la flota de Berenguer d’Entença. Su vista, no puedo decir otra cosa, me causó una emoción difícil de describir. Las ocho naves de batalla venían engalanadas, como se hace para saludar a un soberano —lo que a fin de cuentas casi era el megaduque, pese a que nuestro «estado catalán» aún fuera virtual—, avanzando en línea de fila tras la estela de la capitana, de nombre la *Moreneta* —sabíamos que d’Entença no podía ser más piadoso, si bien Rocafort, tan bruto como siempre, a veces se confundía y mascullaba *meapilas*—, en cuyo trinquete gualdrapeaba el torrotito de su almirante, un antiguo corsario francés llamado Guillem de Souchon —prudente, había preferido catalanizar su Guillaume original—,

que desde hacía quince años pirateaba para los d'Entença.

Berenguer d'Entença I de Monteada no era como los otros capitanes, ni tenía que ver con la mayoría de los caballeros *de cuna*, lo que nunca sería yo; con suerte, a partir de mis nietos los Tous ya mereceríamos ser calificados así. Era un noble de casa prestigiosa, de gran riqueza y en absoluto advenedizo, pues la poseía desde muchas generaciones atrás. Ya de sólo verle se le percibía: no muy alto aunque bien hecho, fuerte, de mirar noble y franco, de andar distinguido, muy derecho aunque no tieso, de gesto por demás digno, lo cual quedaba muy acrecentado por su costumbre de hacerse afeitar al menos una vez al día, de rasgos patricios, elegantes y perfeccionados con una rotunda mandíbula cuadrada, de gran masticador —conservaba todas sus muelas, como había demostrado en el festejo—, y no peor conversador, pues era un tipo muy culto, quizá tanto como Muntaner. Redondeaba el conjunto un pelo negro y abundante que llevaba muy corto —cuando menos en comparación con todos nosotros, empezando por mí mismo, ya que mi melenaza, tan rubia como enredada, cuando la dejaba suelta me desbordaba de los hombros—, además de limpio e impecablemente bien peinado. En suma, don Berenguer d'Entença era un caballero de los que ya casi no quedaban. Su edad no estaba clara, pues pese a vérselo muy en forma sabíamos que tenía por yerno al glorioso almirante Roger de Llúria, que ni de lejos era un niño, lo cual hacía que mi señor lo clasificara en una banda no muy amplia, de menos de cincuenta y cinco aunque jamás por debajo de cuarenta. Considerando todo aquello no tenía nada de particular, a mi juicio y al mucho más valioso de Muntaner, que mirase con cierto desdén a un Bernat de Rocafort de treintaipocos, de abolengo tan reciente que casi ni lo era, que sin disimularla en absoluto respiraba ferocidad por todos sus orificios, que miraba como los osos, sin que sus ojos dieran pistas sobre si te amaba locamente o pensaba degollarte, y cuyo gesto secular era huidizo e innoble, de los que incitan a permanecer en guardia, pues si algo decía de su hosca personalidad era que no podía ser más peligroso.

Una muestra de su señorío fue no querer reunirse hasta la noche con el megaduque y sus capitanes, tras haberse cerciorado de que su gente quedaba bien instalada y tras haber compartido, con ella y con la nuestra, y por supuesto con sus aparentes iguales —no sabría decir por qué, pero creía percibirle un puntito de sentirse superior, incluso al diría yo que un tanto mosqueado *führer*—, un estupendo banquetazo de vacas viejas asadas a fuego lento y regado con el mejor vino de Gallípoli, el cual, decía mi señor —yo carezco de paladar—, se parecía bastante al riquísimo tinto de Trinacria. Sólo entonces, acompañado de su almirante y su senescal —un caballero aragonés llamado García Gómez de Palacín al que parecía le hubieran metido por el culo el palo de una escoba, de tan tieso como le veíamos—, aceptó sentarse al cálido fuego de una gran chimenea con Roger de Flor, Bernat de Rocafort, Sanç d'Aragó, Ferran d'Aunés, Ramón Montaner y este humilde servidor, y tras habersele dicho que mi función era socorrer a mi señor don Ramón en el raro arte

de anotar lo que se discutiera, pactara y decidiese, para que después nadie se viera engañado por su memoria y todos los presentes tuvieran claro a qué se había comprometido cada uno.

El megaduque no era de los que monopolizaban las palabras cuando se hallaba en reunión. Su estilo, que no tenía nada de mediterráneo —era tan exhuberante como si le hubieran esculpido en piedra, y no mucho más alegre—, se basaba en dejar hablar a los que tenían cosas interesantes que decir, sobre todo si sabían explicarlas, y en ambas especialidades Ramón Muntaner era indiscutible. Pese a que nosotros conocíamos los hechos tan bien como él, renunciábamos a impacientarnos la media hora que tardó en referir a d’Entença y sus secuaces los hechos acaecidos desde que zarparamos de Mesina un lejanísimo agosto de 1303.

—En concluyendas: el Andrónic os la quiere jugar.

—Lo has sintetizado admirablemente.

Aquellas palabras, tan lapidarias como elogiosas, eran las primeras que dejaba caer xor Roger en lo que llevábamos de reunión.

—¿Y qué has pensado hacer?

Aquello fue lo primero que no me gustó de xor Berenguer. El megaduque sería lo que fuese —a esas alturas le teníamos por completo desidealizado, cuando menos mi señor y yo—, pero jamás perdía de vista que si mandaba la Companyia Catalana d’Orient era por haber sido elegido, que podía dejar de mandarla en cualquier momento —bastaría con que así se decidiera en votación— y que para los grandes asuntos no convenía dar órdenes, sino explicar planes y ganar adhesiones, entre otras cosas porque si había un derecho sacrosanto en la comunidad de almogávares era largarse dando un portazo a poco que no gustasen las decisiones que se tomaran. La búsqueda del consenso en las cosas importantes era lo primero que adornaba la por lo demás enigmática personalidad de Roger de Flor, y yo ya iba viendo que d’Entença tenía puntos de vista mucho más aristocráticos. Quizá demasiado para una hermandad donde jamás se colocaba todo el poder en una sola mano.

—En el plano formal, presentarte al emperador y darle cuenta detallada de las acciones y los logros de la pasada campaña. Tras eso, explicarle los planes para la próxima, la que iniciaremos esta misma primavera y que, Dios mediante, concluirá con el conjunto de Anatolia, cuando menos hasta la parte ocupada por los seleúcidas, que ya cae fuera del contrato en vigor, del todo bajo el control del Imperio, aunque a través de nosotros, de la Companyia Catalana. En ese momento le haremos saber que, si sólo desea eso y que nos marchemos, pues nos marcharemos, explicándole al tiempo que al día siguiente de subirnos a las galeras tendrá los turcos ocupando todas las ciudades de Anatolia, como de hecho ya lo están haciendo. Si al llegar ahí quiere seguir hablando, para que nos quedemos, será el momento de hacerle saber nuestras condiciones.

Ahí se calló, de un modo tan melodramático que ni a mí ni a Muntaner nos engañaba. Pretendía medir no ya la curiosidad de d’Entença, sino si estaría o no

dispuesto a implicarse, y para determinarlo nada mejor que no sólo hacerle preguntar, sino analizar qué preguntaba y en qué orden lo hacía.

—¿Y cuáles son esas condiciones?

En mi mente se formó la imagen de un atún enorme, de los que de vez en cuando pescábamos en mar abierto y nos daban para comer a los del barco tres o cuatro días, que se acabara de tragar un anzuelo colosal.

—La primera, feudalizar el conjunto de Anatolia, constituyendo un cesarato. Lo administrará y defenderá la Companyia Catalana, siendo el César quien la mande y dejando establecido que, según nuestras costumbres, el que manda hoy puede no hacerlo mañana, y al revés. Será función de la Companyia establecer y recaudar impuestos, los que buenamente se nos ocurran. Una vez al año se fijará un cupo tributario con el Imperio, se liquidará el importe y hasta el próximo. —D’Entença hizo un gesto con la cabeza, más de aprobar que de asentir, aunque de un modo que manifestaba, muy a las claras, que dudaba mucho que Andrónic lo aceptase, o le dejaran hacerlo; en general, no hay tiranía que se conforme con una filosofía tributaria donde su papel sea recibir al año una cantidad establecida previamente, dejando el resto de la recaudación al arbitrio de los recaudadores y al criterio, mejor o peor, con que lo quisieran invertir. Bueno, al menos eso era lo que me había explicado Muntaner, ya que yo ni sabía una palabra de financiación estatal ni tenía la menor intención de aprender—. Las leyes civiles, en consecuencia, también serán responsabilidad del cesarato; las religiosas, en cambio, lo serán del Patriarca, el de Constantinopla. La justicia, por último, también será responsabilidad de la Companyia.

Al llegar a ese punto xor Berenguer no se pudo contener.

—¿Y de veras piensas que tragará con todo eso?

—Desde luego que no, pero si empiezas una negociación desde posiciones razonables al final te verás acorralado en las irrazonables. Mejor es, siempre, comenzar por éstas, para terminar en algo que las dos partes puedan aceptar sin tener que abrirse las venas.

Eso ya sonaba mejor, parecía pensar d’Entença. Los demás, a nuestra vez, conservábamos nuestras más graníticas expresiones inexpresivas, salvo Rocafort, cuyos bostezos expresaban lo mucho que se aburría. El pensamiento político, en general, no era lo suyo. Lo suyo de verdad era pelear, masacrar, violar y saquear.

—Supongamos que acepta, siquiera en parte, y alumbramos un cesarato. —Asentimos todos, salvo un Rocafort cuyo hastío le había llevado a sabría Eris dónde—. Tú serás el César, eso está claro. ¿Qué seríamos los demás?

Elführer prefirió no aparentar que se lo pensaba. Con lo que llevamos hablado, nadie se lo creería.

—Si soy el César ya no podré ser el megaduque. Tú —señalaba con el dedo a d’Entença, que por su parte le miraba fijamente— serás el nuevo megaduque, o dueño del poder militar, si lo prefieres, y es que la función del César es gestionar el

poder político, el administrativo y, llegado el caso, el diplomático. Bernat seguirá siendo el senescal de la infantería, tú —por el impasible Palacín—, el de la caballería, Ramón seguirá en su cargo de intendente general, San será el justicia de Anatolia y Ferran el almirante del Imperio. Como deberemos operar en tres mares, el Egeo, el Negro y el de Mármara, necesitaremos un vicealmirante, de modo que ahí tienes tu puesto, si lo quieres. —Souchon tampoco movió un músculo; era evidente que a él y a los otros les faltaba discutirlo entre los tres y ver si lo podían o no digerir—. Por lo demás, y en lo que se pueda, conservaremos el ejército agrupado en al menos la mitad de su fuerza, y es que no tendremos más remedio que instalar guarniciones muy sólidas en las plazas importantes. La principal es Filadelfia, pero hay seis o siete más.

Con buen sentido, prefirió no descender a más detalles. No en esa ocasión. Era evidente que no era el momento. Así cayó sobre la reunión un cierto silencio, que aproveché para recomponer mis notas, y era que los últimos parlamentos habían ido demasiado rápidos para mi no excesiva destreza caligráfica.

—¿Cómo nos plantaremos en Constantinopla?

—En una flota combinada, tus ocho galeras de batalla y seis más que ya tenemos preparadas. Tus mil trescientos hombres y ochocientos que movilizaremos nosotros. Yo y mi escolta personal nos alojaremos en las habitaciones de mi esposa, que formalmente son las mías. Muntaner también, que tiene de siempre varias piezas reservadas. Ferran, pues como él quiera, ya que se casó, no sé si lo sabes, con una belleza local de dote colosal, la hija de Raoul Pakeo, un tipo que según creo es el dueño de media Constantinopla. Su palacio es casi tan grande como el de Blanquerna, de modo que tiene para elegir. Otra cosa no podrá decirse de Andrónic, pero cortés lo es hasta la exageración, así que nada más decirle quién eres te hará en las Blanquernas el mejor de los sitios, aunque ya decidirás tú si quieres dormir ahí o seguir en la *Moreneta*. En cuanto a las tropas, la otra vez nos habilitaron cuarteles próximos a las Blanquernas. Más cómodos que a bordo de las galeras sí estarán, de modo que, según veamos la situación, los haremos desembarcar, a todos o sólo a una parte.

D'Entença ponía cara de asentir, sin hacerlo. Era la expresión lógica del que se lo tiene que pensar aunque prefiera no decirlo.

—Es obvio que lo tienes muy bien calculado. Bien, pues lo que ahora nos toca —por sus cómplices, que le miraban tan sin expresión como antes— es pensarlo. Mañana, si te parece, o si os parece, seguimos dándole vueltas. Supongo que para entonces se nos habrán ocurrido todas las preguntas que ahora, yo al menos, no puedo ni siquiera improvisar, y es que me muero de sueño. Así que, si no tenéis nada en contra... —Se levantaba, imitado al momento por sus estiradas huestes—, pues *demà serà un altre dia*.

Una sonrisa, la primera de la noche, y sin más enfiló la puerta, seguido de los suyos. Nosotros nos sentamos, mirando al cuasicésar, aunque dejamos pasar unos minutos en silencio, no fuera que los otros regresaran y nos pillaran despellejándoles.

—¿Crees que tragará? —Rocafort, como siempre; por algo era no ya el más impaciente, sino el más joven.

—Seguro. La oferta es buena. Sólo le podría disuadir el no ver claras las intenciones de Andrónic, o la seriedad de sus compromisos, aunque las valorará con amplitud de miras, porque lo cierto es que no tiene adonde ir. Ni los Jaumes ni Frederic tienen sitio para él, y como no acepte nuestro contrato su tropa se desmandará. Le quedaría, todo lo más, ir con d'Arenós, pero en el Ducado de Atenas casi no hay trabajo para los trescientos que ya están allí, así que para sus mil y pico, pues imaginad —imaginábamos; parecía un porvenir de lo más sombrío—, y eso dejando aparte que los franceses, por su parte, tienen con él, y con su almirante Souchon, un montón de cuentas pendientes. Sólo le quedamos nosotros, de modo que terminará por decir que sí a todo, salvo alguna estupidez para salvar la cara delante de sus dos acémilas. A ésa le diremos que bueno, que vale, y santas pascuas y aleluya, y desde ahí, todo seguido, a Constantinopla.

Lo curioso fue que no lo dijo el megaduque, sino el intendente. Nadie añadió nada, porque no había nada que añadir, aunque todos asentimos. Salvo Rocafort. Más o menos, como siempre.

* * *

—Ya tienes mujer, ¿verdad? En Gallípoli. Una catalana, seguro.

Me la quedé mirando, atónito. Era porque un par de segundos antes había pensado en Llura. ¿Sería verdad que, como alguna vez había sospechado, Claudera me leía el pensamiento?

—No me pongas cara de asombro, mi guapo niño Guillem. No hay que ser la Claudera divina para deducirlo. ¿Que quieres saber por qué lo sé? Pues muy fácil: uno, llevas recortadas las uñas de los pies. Antes lucías unos garfios negros larguísimos que me rasgaban las sábanas, y entre los dedos te asomaba una especie de quesillo que olía fatal, mientras que hoy llegaste como si te hubieras pasado seis horas en el pedicuro —al igual que tantas y tantas veces, me sonrojé; ¿cómo le podría explicar lo terriblemente mal visto que atildarse de los pies estaba en la hermandad almogávar?—. Dos, llevas el ombligo impoluto, listo para que me lo coma yo a besos, mientras que antes debía escarbar con una cuchara para sacarte las pelotillas —empecé a reírme, sin querer, sin parar y sin comprender que se lo tomara por lo cómico, cuando yo creía que ni a ella ni a ninguna le haría maldita gracia que su hombre se acostara con otras—. Tres —llevaba la cuenta con los dedos, con una expresión de divertida malignidad absolutamente irresistible, y más estando como estaba, vestida con un pendiente de oro y el anillo con zafiro que rapiñé para ella en el saqueo de Kibistra—, llevas unas orejas impecables, nada de la roña de lustros que acostumbrabas acarrear, y no sigo porque ya está bien de marranadas. Un hombre como tú, xor Guillem, no se vuelve limpio de la noche a la mañana, y además porque

sí. Ni siquiera se vuelve sólo. Vas así de bien porque alguien se ocupa de ti, con un esmero que sólo puede conseguirse de alguien que te quiere, no de alguien a quien esclavizas para que lo haga, si no por otra cosa por el mucho asco que da, y te aseguro que de ascos entiendo, como entendemos todas las esclavas. Tú tienes alguien que te quiere, y me parece bien, porque a tu edad es lo normal, y aún me parece mejor el que sin duda ella te quiere muchísimo, pues sucede también que te lleva como si fueras el mismísimo Apolo, sin ese pestazo a sobaco podrido que tus ropas exhalaban la primera vez que te las quité. Por último, si tan segura estoy de que sólo puede ser catalana es porque de una esclava turca no te fiarías. Hay rinconcillos en los cuerpos de los hombres que son sumamente delicados, y tú no estás tan mal de la cabeza como para dejar a una esclava que te meta mano en ellos.

—Pues tú me la metes, en todos.

—Pues sí, claro, pero es que yo soy una diosa, y a las diosas no nos dan celos las mortales.

No le veía la lógica yo a eso, pero me dejé llevar. Siempre, con Claudera, terminaba por dejarme llevar adonde quisiera ella.

—¿Una diosa, o una esclava? Sácame de dudas, haz el favor.

Ahí me sonrió, con una rara expresión de dulzura que no sabía yo muy bien cómo procesar.

—Contigo, las dos cosas: tu diosa y tu esclava.

Volvió a besarme, aunque prefiero no decir dónde. Aquello, ya lo sabía, era el prelude al acto amoroso número III, y de ningún modo podría yo decir que me impacientaba.

* * *

—¿Cómo se llama? ¿Y cuántos años tiene?

—Llura. Y dieciséis, me parece.

Tardó en contestar, pues andaba un punto atareada en mordisquear una manzana que había traído con ella en un cesto con fruta, un trozo de queso, pan y una frasca de buen vino de Tracia. Sin que me hubiera explicado sus planes era claro que aquella sería nuestra cena. Que después se quedara o no era un misterio no resuelto, como todo lo que tenía que ver con ella, si bien no por causas imputables a una deficiente planificación. Sucedió, nada más, que su vida y su programa iban en función de la zarina, y ese día estaba muy entretenida con un joven oficial de la flota imperial, con lo cual, de paso, se resolvía una de mis peores inquietudes. Gracias a ignoraba cuál de los dioses, mi encantada persona estaba por fin desinstalada de la mente y de las ansias de la que una vez fuera Circe la Hechicera y desde hacía un tiempo imprecisable no pasaba de vieja puta enferma de los bajos. Así de duro es el corazón de los jóvenes, fue lo único que dijo el irónico Muntaner cuando se lo expliqué, al tiempo de hacerle saber que mis días de facilitador de las relaciones generales con la

familia imperial bizantina eran *alies kaputt*, el término misterioso que a veces empleaba *elführer* cuando le daba por hablar de algo cuyo porvenir le parecía insalvable, irrecuperable o directamente imposible.

—¿Cómo es? ¿Se me parece?

—En nada. Es grandona. Fuerte. También es delicada. No demasiado lista, me temo. No sabe leer, ni escribir. Los números, si son más que sus dedos, la odian, pero es limpia, y cuidadosa, y sabe cantar, y lo hace bien, con una voz muy cálida, muy sensual. Es, simplificando, un animalito, pero también es buena. Noble, generosa. Y valiente, que la he visto descuartizar un turco a machetazos de *cortell*. Parirá dentro de pocos meses. En abril, dice. Será una madre de las buenas, o eso me parece, al menos. Quizá porque los niños le gustan mucho, y ella les cae muy bien, a su vez. Debe de ser que la encuentran muy cercana, muy como son ellos, y es que, después de todo, aún es una niña.

—¿Qué tal folla?

Me la quedé mirando, perplejo. Bien sabía que Claudera poseía un don de los más admirables, el de ser directísima, pero ignoraba que lo fuese hasta ese punto. Vamos, que ni Oleguer.

—Pues no como tú, la verdad. Es... más tímida.

—Ya. Que se despatarra y eso es todo, ¿no?

Pese a que las palabras lo podrían sugerir, no detectaba hostilidad, ni desprecio. Más parecía como si quisiera saber cómo era Llura de verdad, sólo que desde mis ojos.

—Bueno... va mejorando. Pone su empeño, aunque quizá la imaginación no sea lo suyo. Y más ahora, preñada de cinco meses.

—¿Ya te ha echado de la cama? Es muy normal en las preñadas, no sé si lo sabes, y no te mosquees, que no trato de malmeter.

—Pues pensaba yo que sí, pero sólo sucedía que se pasaba la vida vomitando. Ahora está más entera, más estable, aunque sigue teniendo miedo de que algo le pase al niño cuando se ve conmigo dentro —a Claudera se le dibujaba una sonrisa de ternura; «lo idiotas que son algunas», me pareció que significaba—. Fíjate cómo será, que hasta le ha tomado gusto al aceite de oliva.

La vi coger uno de los almohadones y arrojármelo con fuerza, riendo, aunque con una mirada que indicaba la presencia de algo más. Como si yo estuviera traicionando algún secreto, me pareció.

—A mí ya no me gusta. Desde hace un tiempo quiero saber qué pasa cuando pasa lo que me muero de ganas de que me pase.

No supe qué decir. Seguía creyendo a pies juntillas lo que me contó una lejana vez, que su vida podría terminar antes de tiempo si prescindiera del aceite de oliva, o de sus diversos derivados.

—Los catalanes, ¿podéis tener más de una mujer?

—Sí, claro. Como todo el mundo. En la hermandad almogávar, con la mayor

naturalidad. En Catalunya es distinto. Allí hace falta disimular, porque los sacerdotes dicen que sólo se puede tener una y que tener más es un pecado gravísimo, pero a poco dinero que se tenga también se tiene más de una. Se las llama *queridas*, no sé por qué, y son toda una institución. Lo que ya no es normal es tener más de una *querida*. Debe de ser, intuyo, porque salen carísimas.

No era que se hubiera quedado pensando. Era como si reflexionara, y muy profundamente.

—Si, por la razón que fuera, yo me reuniera contigo, en Gallípoli, ¿podría ser tu *querida*?

Ahora fui yo quien se quedó reflexionando, pues era una cosa que no había tenido el valor de plantearme.

—No haría ninguna falta. Serías mi mujer.

—¿Y Llura? ¿También lo sería?

—Por mí, sí. Por la hermandad, sin problemas. Por ella... pienso que también, que lo mismo; en el mundo almogávar son muchas las familias triangulares. Por ti, espero que me lo digas tú. La segunda mujer, en nuestra comunidad, suele ser una esclava capturada, pero no porque antes lo fuera. Nosotros, tras una batalla, nos hacemos con las mujeres, si alguna nos gusta nos la quedamos, y si nos gusta mucho lo hacemos del todo; vamos, que luego no la vendemos. Ellas, una vez se les pasa el llanto, y la ira, y el cabreo, terminan diciéndose que, dentro de lo que cabe, mejor es eso que hacerse vieja en un serrallo, si no en un burdel, y acaban integrándose, y en algunos casos hasta en lo más difícil, lo raro de verdad.

—¿El qué?

—El yacer los tres en la misma cama. En esos casos se forma un triángulo de dos bases, pero alguna vez tiene tres, y eso sí que causa el asombro de los demás, aunque también la envidia.

—¿A ti te gustaría que nosotros hiciéramos un triángulo como ese que dices? Uno de dos bases... ¿O mejor uno de tres?

—Me conformo con que sea triángulo. En cuanto al número de bases, pues vosotras lo decidiríais. Lo que no quiero es engañarte, Claudera: os quiero, de verdad, a las dos. A ti de una manera y a Llura de otra, pero a las dos.

Lo dije convencido, seguro de no mentir. Ni de mentirme. Claudera, por su parte, reflexionaba o lo aparentaba. Quizá era un buen momento para plantearle algo que me devoraba por dentro.

—¿Qué ocurriría si el megaduque ofreciese a la zarina un dinero por ti, o le pidiera, simplemente, que te cediese a su hija?

—¿Y por qué habría de hacer eso?

El tono me sonó un punto alarmado.

—Porque yo se lo pediría. No creo que se opusiera.

Le vi apretar los labios y tocer el gesto. Empecé, así pues, a sospechar que había metido la pata.

—Sólo sucedería que a la noche del día en que lo hiciera yo estaría muerta, xor Guillem. He oído demasiadas conversaciones íntimas para que la zarina me dejara marchar. Ese no es el camino, y no te confundas en eso, que me costaría la vida.

—¿Y cuál es el camino? Porque a mí es al que le está costando la vida, ¿sabes?

—¿Tanto me quieres, xor Guillem?

—No te harías idea.

Es lamentable que no sepa decir cosas más hermosas, pues la ocasión era para ello, pero es que así somos los almogávares.

—Pues si es así deberás esperar.

—¿A qué?

—A que me pueda escapar. Y quizá no falte mucho, aunque luego me tendrías que camuflar, o mejor ocultar. Lo digo por su hija, la megaduquesa María. Si me identificara en Gallípoli tras haberme fugado de las Blanquernas, mi vida no valdría nada. Serían días, o semanas, pero cualquier noche alguien me degollaría. —Supongo que se me puso un gesto de ira mezclada con impotencia; tuvo que ser eso, porque sólo así tendría sentido la rara dulzura que se le dibujó en la cara—. Pobre niño Guillem, en quién has ido a poner tus ojos. Qué poco feliz voy a poderte hacer.

No dije nada, pero sólo fue porque preferí callarme un «*Desperta ferro!*», que me brotaba de las entrañas como la lava del Etna o las bombas del Stromboli, las que de vez en cuando se cargaban una galera pese a que jamás se acercaban a menos de una legua. Le seguía, todavía más enfurecido, un «griegos de mierda, os vais a enterar» que, contra lo que podría pensar algún dios que me leyera el pensamiento, no era fruto de la inconsciencia ni de la rabia. Era, nada más, una fría, muy serena, toma de posición.

* * *

Regresábamos a Gallípoli a tiempo de celebrar la Navidad con la Companyia. El César, la cesarina, la zarina y con ésta mi Claudera, más una docena larga de airosas esclavas y etéreos eunucos, cada una y cada uno especializado en un arte diferente, aunque todos relacionados con la salud y el buen aspecto de la madre y de la hija, navegaban en la *Estelada*, donde seguía ondeando el torrotito de d'Aunés. Yo lo hacía con Muntaner en la *Balanguera*, en la estela de la capitana. Nos seguían las cuatro walkirias en la usual línea de fila, y sólo ellas, porque nuestro nuevo megaduque había decidido permanecer en las Blanquernas otro par de días. Sospechaba Muntaner que a fin de marcar distancias con el César, de no ser visto por Andrónic y el resto de la caterva como un esbirro más del cada día más engreído y altanero Roger de Flor —hasta nosotros, que le queríamos, aceptábamos que cambiaba por momentos, y no a mejor—, sino como un noble bastante más noble que su coyuntural patrón, al cual no debía más sometimiento que aquel que pudiera dimanarse de las obligaciones contractuales de la Companyia Catalana d'Orient con

el emperador Andrónic II Paleóleg, y en todo caso con su hijo y heredero, el príncipe xor Miqueli.

Sabíamos, y no de oídas sino de propia vista, que Miqueli, con lo bobo que parecía, no era un príncipe célibe. Aunque lo mantenía oculto tenía una esposa, una princesa que de soltera se llamó Rita de Armenia. Llevaba casado con ella casi nueve años —les metieron en la misma cama cuando él tenía diecinueve y ella catorce—, con tan excelente puntería que a los nueve meses justos de haberse desposado les nació el que si no se moría por el camino —desdicha no infrecuente; los aires de Constantinopla no eran precisamente saludables, cuando menos para los niños de la familia Paleóleg— algún día sería coronado Andrónic III. A ése le siguieron dos más, llamados Manuel y Ana, y tras eso parecía que se les habían pasado las ansias, porque llevaban seis años por demás improductivos. De la princesa Rita, si la tuviese que describir, sólo sabría decir que jamás había visto nada tan espectacular, siquiera con la mucha ropa que llevaban encima las princesas en la corte de Andrónic II, cosa en la que coincidíamos Muntaner, d'Aunés y yo. D'Entença, por su parte, parecía pertenecer a esa nefasta clase de hombres cuyo sentido de la espiritualidad es tan acusado que jamás fijan sus miradas más abajo del pescuezo de las damas. Y en cuanto al flamante César, tampoco se sabía, pues nada decía, si bien Muntaner sospechaba que no le dejaba indiferente, ya que la miraba, y sin disimulo, con los mismos ojos de gorrino ansioso que ponían las cigalas de Palamós y con los que jamás le habíamos visto mirar a la minúscula e insípida cesarina, un lánguido ser sin tetas, sin culo y sin nada de nada, en general. La clase de mujer que ningún almogávar con la cabeza sobre los hombros se habría molestado en violar, ya que ninguno de nosotros, salvo algún pervertido y en todo caso los asnos de los mosenes, sería capaz de tirarse tablas de planchar tan sosas y tan antipáticas como la imbécil de la cesarina.

* * *

Fue una internada distinta de la de Artaki. Para empezar, no estábamos todos juntos. Allí, además de ser menos, temíamos un ataque inesperado, un desembarco de los turcos o algo así, pero en Gallípoli teníamos casi todo bajo control. Los turcos estaban de nuevo en Anatolia, embarrancados otra vez ante las murallas de Filadelfia y por tanto muy lejos de nosotros. Por mar, controlábamos los accesos de la Bocca d'Aveo, así como la costa septentrional de la península, de modo que nadie podría sorprendernos si viniese a bordo de galeras o de taridas. Por tierra, una fuerza que bajase desde Adrianópolis o llegara desde Constantinopla tendría que atravesar el istmo de Palyiari, donde habíamos instalado no sólo varios puestos de vigilancia, sino una línea defensiva en toda regla, en aplicación rigurosa del principio en que se fundamenta la filosofía existencial del pueblo catalán, el que declara preferible un avieso *por si acaso* a un perplejo *quién lo iba a decir*. En Artaki, además, no había

más que casuchas, si no chozas de campesinos paupérrimos, tan repugnantes que ninguno en sus cabales las cambiaría por las estupendas tiendas que arrebatamos a los turcos. Gallípoli, en cambio, era una tierra bendecida por los dioses donde crecía de todo sin que los campesinos debieran esforzarse, además de que no lo hacían, pues para eso, para trabajar, contaban con muchísimos esclavos, y era que los tracios, bien que lo habíamos comprendido, eran vagos de solemnidad. A eso se debía que profilerasen las *masías*, y junto a ellas poblaciones no muy grandes, aunque bien dotadas de servicios y con espacio suficiente para cobijar toda clase de visitantes, ya que Gallípoli era, en adición a todo lo que además pudiera ser, un lugar de clima tan agradable que las clases acomodadas de Constantinopla y de Adrianópolis solían pasar allí los meses más duros, huyendo del frío y los vendavales de la primera o del calor de la segunda. Gracias a eso los miembros de la Companyia, que tras las llegadas de d’Aragó y d’Entença eran mil seiscientos más que al cruzar la Bocca d’Aveo desde Anatolia —sin contar las tripulaciones de sus naves—, pudieron repartirse sin problemas por la globalidad de la península, si bien conservando una lógica cercanía con sus respectivos puestos de mando.

La horda más numerosa era la del propio Roger de Flor —tras haber hecho suya la de Corberan d’Alet—; dado que nuestro flamante César había confiscado un hermoso palacio recién construido a media legua del Hexamilia^[9], sus trescientos caballeros y mil almogávares tomaron las aldeas y masías cercanas, aunque no del todo por las malas, ya que aseguraron pagarían religiosamente cuando les llegaran los dineros de Andrónic. En ese palacio se instalaron el César, la cesarina y la zarina, y con ésta lo hizo Claudera, lo cual me llenó de pesar, pues las oportunidades que tenía yo de colarme allí, en el muy protegido palacio, eran reducidas, y aún menores las de Claudera de salir por ahí, a dar una vuelta. Muntaner, designado por el *cesarführer* comandante de Gallípoli, seguía ocupando Hexamilia, donde también sentaban los reales d’Aunés y Rocafort. D’Aragó prefirió aceptar la invitación de Berenguer d’Entença, que de nuevo en su ánimo de marcar distancias eligió un palacio junto al mar, también a media legua del Hexamilia pero hacia el Egeo. Poseía un largo pantalán, de modo que ahí era donde mantenían fondeada su respetable flota combinada. Las hordas pertenecientes a todos ellos se hospedaban en los alrededores de donde lo hacían sus jefes, aunque no entregadas al ocio y la molicie, como sucedió en Artaki. Había consciencia general de que al despuntar la primavera dejaríamos Gallípoli para regresar al Asia Menor, y no era un secreto que por un camino distinto, ya que los planes aprobados por los capitanes comenzaban por dejar Gallípoli por mar, rodear la costa de Anatolia, fondear en Xiu, dejar allí a las mujeres y los críos, y tras eso marchar hacia Magnèsia.

Teníamos presentes las dificultades del año anterior, de modo que Muntaner había convenido con las afamadas atarazanas de la isla de Imbros, en la entrada occidental de la Bocca d’Aveo, que nos construyeran unas cuantas catapultas pesadas —las que se usaban para lanzar bombas incendiarias de paja comprimida e impregnada de

parafina y alcohol— y varias torres de asalto desmontadas, para que nuestros carpinteros las montaran en cuanto nos viéramos frente a las murallas de Magnèsia. No sólo se trataba de hacernos con el equipo de asedio necesario, sino de diseñar las tácticas adecuadas, aunque ahí contábamos con un excelente consultor, Sanç d’Aragó, que de sus tiempos de mercenario a las órdenes del rey de Navarra recordaba cómo se utilizaron las catapultas y las torres para echar de una fortaleza cuyo nombre había olvidado a un indeseable que atendía por conde de Lerín. Además de todo aquello, Muntaner estableció un programa para culminar el adiestramiento del centenar de jóvenes que ya se acercaban a los cinco pies castellanos, a fin de que cuando llegáramos a Magnèsia pudieran rebanar pescuezos de turcos y de cristianos con la debida propiedad. También había seleccionado alrededor de doscientos jóvenes, de entre quince y veinte, para seguir un entrenamiento intensivo en lo que hasta entonces hacían por instinto y por el ejemplo de sus padres o sus hermanos, no porque las hubiéramos adiestrado: avanzar tras los hombres, rematar y descuartizar, aunque también saberse defender con el chuzo, el arco y las flechas si alguna fuerza indetectada caía sobre sus espaldas o sus flancos. El almogávar desdeñaba el arco y las flechas, pero Muntaner sostenía que, bien usados, podían ser un arma estupenda en las manos de nuestras *muxeras*, siempre y cuando se les enseñase, ante todo, a no ponerse histéricas y nunca confundir al amigo con el enemigo, y a eso nos dedicábamos unos cuantos, en el pesimista entendimiento de que algún día, y más bien pronto que tarde, nos tendríamos que defender con todos los medios a nuestro alcance. No sabíamos entonces lo poco que faltaba para que llegara ese día fatídico.

* * *

Al llegar el equinoccio Muntaner dio la orden de comenzar a recoger e iniciar los preparativos para la marcha. Era una festividad que los almogávares festejábamos con alegría. La preferíamos a Pentecostés, que más o menos coincidía en el tiempo, y no sólo porque deplorábamos mezclar la religión con la diversión, pues tal cosa es como echar agua en el vino, sino porque los catalanes somos gente seria y nos gusta tener un día para cada cosa, y el puñetero Pentecostés no había forma de saber cuándo *carall* caía si no se dominaban la artes de la brujería y de la hechicería. En el fondo quizá sucediera, o eso nos temíamos Muntaner y yo, que por culpa del Egeo nos habíamos vuelto una horda de paganos.

Lo previsto era embarcar el primero de abril, pero el día siguiente al jolgorio equinoccial se nos presentó una sorpresa en forma de princesa Rita Paleóleg, su hijo Andrónic —futuro III—, unos cuantos eunucos y tres o cuatro esclavas. Venían por tierra desde Adrianópolis, en una caravana de varios carruajes a la que daban escolta ciento y pico caballeros griegos, los cuales, nada más soltar el cargamento en el palacio del *cesarführer*, se largaron por donde habían venido. Yo estaba precisamente allí, acompañando a Muntaner en la reunión de capitanes preámbulo del ponerse todo

el mundo en marcha, de modo que puedo certificar que para todos nosotros, el *cesarführer* el primero, aquello fue una gran sorpresa.

El César la recibió al momento, y como lo hizo a la vista de todos a nadie le pasó desapercibido que no se llevaba ningún disgusto. La princesa, ya lo he dicho, era una hembra espectacular, y a De Flor, seguramente aburrido de yacer con un jilguero, pues más carnes no tenía la cesarina, parecía no faltarle nada para empezar a relamerse. Según se le informó poco menos que al momento, la princesa le visitaba con objeto de que su hijo, el príncipe Andrónic, se recuperase junto al mar de un catarro terrible que le atormentaba desde Navidad, y de paso a entregar al César una invitación de su gran amigo xor Miqueli a reunirse con él en Adrianópolis, antes de que saliera para Magnèsia, con objeto de comentar un par de ideas que se le habían ocurrido y que podrían redundar en un mutuo beneficio, tanto para los griegos como para los catalanes. Desde ahí yo ya no supe más, cuando menos de primera mano. De segunda no estoy seguro de que sí, pues las cábalas de Muntaner, que como de costumbre alumbraba conmigo haciendo de frontón, no sé si se basaban en información privilegiada o en deducciones tan creativas como enfermizas. Se sintetizaban en que xor Miqueli quería ser emperador en lugar del emperador y sin esperar a que su padre, todavía no muy viejo, subiese al paraíso de los autócratas ineptos. Para ello necesitaba el concurso de la Companyia Catalana, única fuerza de las presentes en Tracia capaz de inclinar la balanza de uno u otro lado en el nada improbable caso de que Andrónic II se negase a poner el cetro y la corona en las manos de su nada fiel heredero. Miqueli se creía respaldado por una fracción del ejército, pero la otra y la marina estaban del lado de su padre, así como los búlgaros y los mercenarios alanos, lo cual podría dar lugar a una cosa que los catalanes llamábamos *merder* y que de ningún modo Miqueli se podía permitir. Todo sería diferente si el traspaso del cetro y la corona tuviera lugar en una Constantinopla tomada por la Companyia Catalana, y el puerto controlado por sus cerca de treinta galeras, y eso, más o menos, era lo que xor Miqueli quería proponer a Roger de Flor, ofreciendo como garantía y prueba de buena voluntad no sólo hacérselo saber por medio de lo que más quería en este mundo, su esposa y su heredero, sino que además los dejaría como rehenes en Gallípoli mientras el César no regresase, cosa que haría, él no lo dudaba, encantado de la vida y de su muy buena fortuna.

Más o menos eso mismo lo discutió Muntaner con d'Aunés, Rocafort, d'Aragó y d'Entença dos noches después, con la zarina y la Cesarina relajándose a manos de sus esclavas y sus eunucos, y el César fornicándose a la princesa Rita con entusiasmo de templario.

Al menos eso era lo que pensábamos nosotros, y no sólo porque de almas Cándidas ya no teníamos nada, sino porque aquel palacio de nombre imposible, siendo grande, no lo era tanto como para que Muntaner no supiera dónde andaba y qué hacía todo el mundo en un momento determinado. A eso se debía nuestra general preocupación y acusado pesimismo, pues la conclusión de los capitanes no podía ser

más unánime: al hermano De Flor le van a llevar al matadero bien cogido del ronzal, si no de donde más fuerte se puede agarrar a un caballero teutónico: de las pelotas.

—¿Tan loco está?

—Del todo. Desde que llegó la Rita esa, sólo piensa con la *pixa*.

—Pues ya es mayorcito para eso.

—¿No se habrá dado cuenta de que si hay un hombre del que jamás se puede uno fiar es el que pretende vender a su padre?

—Quizá los padres valgan menos aquí que en nuestra tierra...

—De eso, nada, Sanç. Si xor Miqueli fuera musulmán, pues bueno, que éstos venden a sus padres, a sus madres y a todo lo que tenga precio, pero éstos. —Rocafort señalaba con el dedo en sentido circular, indiscriminadamente— son tan cristianos como nosotros.

—Pero tan excomulgados como nosotros, que no se te olvide.

Cayó un breve silencio. En general, no solíamos recordar que habíamos sido expulsados de la Iglesia, la de Roma —Muntaner sostenía que la de Constantinopla, que también estaba excomulgada, nos admitiría en cuanto guiñásemos un ojo al Patriarca—, toda vez que a nuestros mosenes seguíamos sin hacerles caso. Sin hacérselo nosotros, porque algunos individuos de la tropa seguían siendo muy devotos —lo cual los capitanes no dejaban de fomentar; sabían desde muchos siglos antes que, a mayor la piedad, mayor el fanatismo y las ganas de hacerse matar, cosa por demás saludable a la hora de combatir—, como lo eran, de un modo más amplio, casi mayoritario, las *muxeras*, aunque a veces caía un cierto velo de preocupación, si no de consternación, cuando recordábamos que, si dejábamos el Valle de Lágrimas tal y como estábamos desde la última de nuestras excomuniones, iríamos derechos al infierno.

—¿Seguro que no le vamos a poder convencer de que no haga esa locura? La de ir a verle, quiero decir.

—Pienso que no, y no sólo porque la otra le haya sorbido el poco seso que le quedaba, sino porque ya se ve de rey de Anatolia. Lo de *césar* se le ha quedado pequeño, por lo visto.

—¿Y piensa ir así, por las buenas, a pecho descubierto?

—No, eso no. Me ha dicho que le aliste su horda. Sus trescientos caballeros y sus mil almogávares, y todos a caballo, que seguimos teniendo suficientes. También se quiere llevar a éste —Muntaner me señalaba con el dedo; no me hizo falta levantar la vista del papel donde me afanaba en escribir para saberlo—, para no tener que tomar él sus propias notas ni conformarse con las que tomen los hombres de Miqueli. De aquí adonde se verá con el otro hay cinco jornadas a pie. A caballo serían tres o incluso dos y media marchando muy ligeros, pero prefiere llegar descansado, de modo que saldrá pasado mañana, 25 de marzo, para llegar el 29. Dice que se pondrá de regreso el 6 de abril, tanto si hay acuerdo como si no, y que para entonces deberemos estar listos para lo que sea, esto es, zarpar hacia la Illa de Xiu con todo el

mundo a bordo de las naves, o embarcar sólo tres cuartos de la fuerza, y no para llegar a Constantinopla, sino para fondear unas cinco leguas antes y desde ahí marchar bordeando la costa.

—Se lo ha tragado hasta dentro, está claro.

—¿Y qué pasaría si, después de todo, la oferta fuese real?

—Pues que tendríamos el cuarto estado catalán del Mediterráneo mucho más pronto de lo que soñábamos, pero como soy el primero en no tragarme una palabra, nada más marchar De Flor nos pondremos en *prevengan*, empezando por fortificar el istmo.

—¿Y eso?

—Bernat, si Miqueli planea lo que me figuro está planeando, cargarse a De Flor y a los que vayan con él, que más o menos vendrán a ser un cuarto de nuestra fuerza total —me aterraba la frialdad con la que hablaba mi señor el intendente general, si no por otra cosa porque un minuto antes me había metido, sin preguntarme cómo lo veía yo, dentro del tal cuarto de la fuerza total—, será como si se suicidara, porque constituiría la mayor traición de la historia y porque nada podría impedir que le devolviéramos la jugada, empezando por arrasar Constantinopla, las Blanquernas lo primero y Santa Sofía lo segundo. Nosotros lo sabemos y él también lo sabe. Seguro. De ahí que lo primero que hará, una vez se los cargue, al César y a los mil trescientos, será venir por nosotros con toda su gente y *a carall extrusionat* —expresión coloquial de los almogávares marinos que significaba «dando su máxima velocidad»—, antes de que nos pueda llegar alguna noticia de lo sucedido y nos pueda pillar, por tanto, con los calzones bajados y la *gonella* por el ombligo, de modo que para evitar tan horrible cosa deberemos estar listos para recibirles con la debida cordialidad a partir de, digamos, dos días después de que Roger se largue.

Tampoco me hacía falta levantar la mirada para saber que todos ponían cara de «*Desperta ferro!*». Yo también, por cierto.

—¿Y qué ha pensado hacer con la birria de la *tap de bassa* y el *pendo* de su madre?

Era notorio que a Rocafort no le caía bien ninguna de las dos.

—En eso no hay cambios: saldrán para Constantinopla también pasado mañana, tal y como estaba previsto. La princesa Rita y el príncipe Andrónic se quedarán en el palacio, con sus esclavas y sus eunucos. Por cierto, que deberás habilitar una guardia —señalaba con el dedo a Rocafort, que asentía—, porque Roger se llevará toda su gente. Diles, a los que pongas ahí, que deberán tratarlos, a los dos, con toda la deferencia del mundo, pero sin perder de vista que mientras no vuelva el César son rehenes y nada más que rehenes. Me temo, también —señalaba con el dedo en sentido circular, englobando a casi todos los presentes—, que deberemos cenar con ellos, de vez en cuando. Mejor por turnos, que así será más llevadero. Y quizá sacarla de paseo por ahí, alguna vez que otra.

—¿De paso no podríamos violarla, siquiera un poquito?

Nos reímos. Rocafort, de puro bárbaro, a veces tenía gracia.

—Si Roger no vuelve tú serás el primero, pero mientras eso no esté claro, como si fuera la Mare de Déu de Montserrat. ¿Estamos?

Estábamos. Yo, además, ansioso de buscar a Claudera. Se desencadenara lo que se desencadenase, nuestro futuro se jugaría en las siguientes dos semanas. Era necesario que lo habláramos, y por fortuna sabía cómo: ella era, de todas las esclavas de la zarina, la única que podía elegirle las piezas para su frutero particular, el que rara vez dejaba de tener a mano, y esas frutas había que comprarlas en la propia Gallípoli, la ciudad. Así nos veníamos comunicando, y poniendo de acuerdo, desde que la zarina, su hija y su esclava —y los demás integrantes de su muy nutrido séquito— pusieran sus pies en el pantalán del Hexamilia. Esa tarde, que los dioses me auxiliaran, así debería ser también, quizá por última vez en la por momentos menos idílica Gallípoli.

* * *

En aquellos meses de internada Claudera y yo nos habíamos visto muy poco. Salvo los fugaces encuentros en el mercado de Gallípoli —alguna vez extendidos de un modo apresurado a una especie de pensión donde vivían Ramón y Berenguer, y cuyo cuarto nos cedían no sé si con cariño, aunque sí con la esperanza de que alguna vez Claudera se hiciese acompañar por una doncella y una costurera que nunca les dije se habían quedado en las Blanquernas—, apenas tuvimos intimidad. Yo lo llevaba mal, porque su cercanía me había llegado a ser muy necesaria, y no sólo en el plano carnal —la pobre Llura, y pese a su buena voluntad, se había puesto tan gorda, y tan torpe, que salvo algún desfalleciente trabajo manual no podía darme mucho más que cariño y devoción—, sino en el intelectual, pues me daba cuenta de que su sabiduría, y sobre todo su capacidad de predecir el futuro, de percibir señales que a mí me pasaban inadvertidas, me hacían una falta cada día más acusada y más acuciante. Ya sé que suena raro siendo ella una esclava insignificante —nacida en el Adriático, me había dicho una vez; producto de madre serbia violada por un soldado tracio que las vendió en Adrianópolis, a ella y a su cachorra, para desde allí pasar las dos de mano en mano hasta terminar ella en las de la zarina de Bulgaria, y la madre desnucada en un muladar por un cabestro de campesino, impaciente por la poca devoción que le mostraba— y yo todo un caballero catalán, pero así eran las cosas, y yo, por otra parte, desde muy pequeño evitaba discutir conmigo mismo.

Había pensado, tras ver llegar a Claudera en la estela de la zarina Irene, hacer que Llura y ella se conocieran, pero se negó de un modo que, como me solía suceder, no comprendí a la primera. Decía que jamás antes de que Llura pariese y recuperara su silueta. Sólo deberían conocerse cuando volviese a ser la jovencita deslumbrante que me sedujo en la orilla de un lago cuyo nombre había olvidado, de modo que se sintiera tan segura de sí misma como se sienten las mujeres que una vez fueron

hermosas cuando son conscientes de haberlo vuelto a ser. Si se vieran estando Llura como estaba por entonces, y además empeorando por momentos, la odiaría por el resto de sus días, y eso era lo primero que deseaba evitar. Si habíamos de ser una pareja de tres, esperando de los dioses que algún día fuera eso posible, de ningún modo deberían empezar a partir de la peor humillación para Llura, la de verse fea, gorda e hinchada de todas partes frente a una criatura esbelta, más sabia, más culta y aún en sus mejores años. Aquél era otro de los misterios de Claudera, el de no saber cuántos tenía. Nunca osé preguntárselo a las claras —las advertencias de las madres catalanas tienden a imprimir carácter—, aunque algún comentario de Berenguer, el más vivido de los tres, sobre las líneas de su cuello, me hacía pensar que me sacaba unos cuantos, lo que de ningún modo me sorprendería. Era tan grande su sabiduría, y tan pírricas las oportunidades que las esclavas despreciables tienen de adquirirla, que sólo podía ser el producto de la observación y la experiencia, jamás el de la enseñanza, y cuando aquéllas son las que mandan el precio se paga con los años que se cumplen, o eso decía, si bien a cuento de otros asuntos, el también muy sabio Muntaner. En cuanto a mí, la edad que pudiera tener Claudera me tenía sin cuidado. La quería, y punto. El resto me daba igual.

Como siempre que nos despedíamos —cuando la vida nos dejaba que lo hiciéramos, que no era siempre—, no teníamos la menor idea de cuándo nos veríamos otra vez, si bien ese día Claudera se mostraba pesimista. Peor aún: llorosa.

—No me gusta que vayas a la encerrona de xor Miqueli. ¿No lo puedes evitar? Es que intuyo que algo pasa: la zarina y su hija ya no hablan delante de mí, ni de ninguna otra esclava, de nada que no sean banalidades. Sólo puede ser porque les preocupa que se flitre algo que no desean que se sepa, o que lo sepáis vosotros, y si me da tan mala espina es porque jamás han sido tan precavidas, ni tan discretas. Ah, y otra cosa: ni en Constantinopla ni en Adrianópolis tenían trato con la princesa Rita, más que nada porque la zarina la detesta, pero aquí sí que hablan, y diría yo que demasiado. Lo peor es que no sé de qué, pues en cuanto aparece nos hacen salir, a las otras y a mí. Cuando lo pongo todo junto me sale que nada de todo esto es normal, y cuando en la familia Paleóleg las cosas dejan de ser normales siempre acaba por haber sangre.

Estábamos en pie, ocultos en un rincón del animado mercado, entre puestos y puestos de frutas, verduras, embutidos, salazones y potingues diversos. Para rematar nuestras desdichas, ese día Claudera tenía el tiempo justo para comprar un par de pepinos de Armenia, los mismos que mi madre identificaba por *álficos* y que no eran pepinos, sino melones raros, muy largos, pero melones al fin y al cabo. La zarina los quería no para comérselos, sino para que, una vez convertidos en rodajas, Claudera le cubriera la cara con ellos, y era que, por lo visto, desprendían un algo que alisaba las arrugas y blanqueaba las ojeras. Lo harían o no lo harían, pero al menos servían para que Claudera distrajera los minutos necesarios para escondernos en ese rincón, rodeados de tenderas que ofrecían a gritos sus plantujos y sus miserias, y de

parroquianas, si no esclavas, que les respondían de la misma forma.

—No me puedo negar. Voy demasiado bien para rajarme por mucho que pueda ventear peligro y por mucho que lo venteen los demás, Muntaner y Rocafort los primeros. Tampoco lo ven claro.

No mentía, ni tampoco exageraba. Con los veinticinco a la vuelta de tres semanas, mi posición en la Companyia, por inusual que fuera mi trabajo a las órdenes del intendente general, se correspondía, siquiera en cuanto a categoría estructural, con la de un adalid y no de los corrientes, sino de los veteranos, los más considerados de todos ellos, y de éstos ninguno bajaba de treinta, y muy pocos de cuarenta. Si eso en sí mismo era bueno, y ventajoso para mí, aún lo era más que me había ganado una cierta fama en el combate, la de alguien que además de pensar, o de ser el apéndice del que pensaba, era tan bueno como el que más a la hora de lanzarse contra el francés, el napolitano, el genovés o el turco enarbolando el chuzo y el *cortell*, cuando me tocaba ser un almogávar, o abriendo cabezas a golpes de mangual cuando iba de caballero catalán. Era un gran presente y un estupendo porvenir, y de ningún modo lo podía poner en peligro por arrugarme ante una misión rara, extraña, no específicamente bélica, sino de mera escolta, en apariencia no mucho más que un paseo de cinco jornadas a la ida y otras tantas a la vuelta, por mucho que a mi jefe, y a mi diosa particular, les diera la peor de las espinas.

—Prométeme dos cosas, xor Guillem —cuando me calzaba el xor delante del nombre, lo que ya no hacía casi nunca, era para indicarme que hablaba muy en serio —: una, que te harás con un cuarto de fácil salida, y no a los corredores interiores, sino al exterior. Otra, que cuando haya banquete buscarás un sitio lo más alejado posible de la mesa central, ésa donde se sentarán xor Roger y xor Miqueli, y lo más cerca posible de alguna puerta. No me preguntes por qué; sólo prométemelo —asentí, dudando, aunque muy serio; eso que decía Claudera lo tendría que analizar, y es que, como ya he dicho alguna vez, no soy precisamente un relámpago a la hora de comprender—. Ahora, bésame. Como si estuviéramos solos.

No lo estábamos, y además la orden contravenía las propias reglas de Claudera, siempre alerta por si alguien del palacio nos veía, pero lo bueno de un rincón oscuro entre tanta y tan vociferante multitud es que, sin proponértelo, te vuelves invisible, así que obedecí, como le obedecía siempre, para darme con la misma dulzura con que me daba siempre. La de una diosa que, inexplicablemente —a mis pesimistas ojos, cuando menos—, había entregado su corazón a un pobre diablo que de ningún modo lo merecía.

—Sueña conmigo, Guillem de Tous.

La vi alejarse, y se me agrietó el corazón al decirme que igual era la última vez que la veía, envuelta en la misma seda color manzana de cuando nos encontramos por primera vez y llevando en un cesto cuatro colosales melones de Armenia que no costaba mucho imaginar sirvieran para más cosas que rejuvenecer zarinas.

En realidad no fue la última vez, ya que yo formaba en la escolta personal del

César, la que le acompañaría tras despedirse de su mujer, de su suegra y de su querida. Era el 25 de marzo, con el sol ya muy en alto. Los mil almogávares y la mayoría de los trescientos caballeros habían emprendido la marcha nada más amanecer. Nosotros —el César y los treinta caballeros que le fuimos a buscar al palacio donde residía desde que llegaron sus *muxeras*— marcharíamos al trote largo hasta reunimos con ellos al atardecer, media legua más allá de Playiari, aún dentro del perímetro de vigilancia establecido por Muntaner. Así pudimos ver a la comitiva imperial —zarina, cesarina, hija, esclavas y eunucos— subir a sus ocho carruajes y emprender el camino al Hexamilia, en cuyo pantalán y junto a la *Estelada* les aguardaría un impaciente d'Aunés, pues a esas horas habría debido de ya zarpar hacia Rodosto, a unas pocas de navegación desde Gallípoli. Ahí tenía el capricho la zarina de pasar la primera noche de la travesía, en un palacio un tanto abandonado de la familia Paleóleg donde quería recoger no sé qué diablos había dicho de una vajilla muy valiosa. Claudera y yo apenas pudimos cruzarnos una mirada, pues ella y las demás esclavas, y los hijos de algunas de éstas —había unos cuantos; no todas eran vestales en la corte privada de Irene Palaiologina— salían del palacio con prisa, relativamente cargadas, para subir a los carros. Pienso que fue Claudera, pero igual fue otra, y es que nos separaban treinta estadales por lo menos, además de que las esclavas, como era la costumbre imperial, se tapaban el rostro con un velo, no tan tupido como el de las turcas —algunas lo eran—, pero sí lo suficiente como para que, si quería reconocerla, debiera fijarme sobre todo en su túnica, la de color manzana —era la única de las esclavas en vestir así— que llevaba dos días antes, en el mercado de Gallípoli. Ahí, subida en un carro de aspecto nada confortable, fue cuando me dije que quizá sí era esa la última vez que la veía —me asaltaban horribles presagios, los propios y naturales de una larga noche sin dormir, y no ya por mi angustia, sino porque Llura, que no sabía cómo ponerse, cada vez que se movía era como si nos sacudiera un terremoto—, esperando que su ama y su hija terminaran de decir adiós a un César que subía en su caballo, nos miraba sin disimular un punto de impaciencia, levantaba el brazo y ordenaba romper marcha, tan ensimismado que no reparó en las armas que respetuosamente le presentaba la guardia entrante, la que había dispuesto Rocafort en reemplazo de la precedente, la de la propia horda del César. Una guardia, me decía en un relámpago de lucidez, que quizá jamás había visto a la zarina, a la cesarina o a la princesa, y que tampoco sería capaz de distinguir a una esclava de otra esclava, todas ellas pudorosamente ocultas tras sus velos. Su jefe, un caballero aragonés de tipo soñador que se llamaba Juan Pérez de Caldés, quizá hubiera visto a las primeras, pues salían por ahí de vez en cuando, pero a la otra pensaba yo que no, porque dejando aparte que sólo llevaba tres días allí, jamás se había dejado ver fuera de las verjas que protegían el palacio. De todos modos no era momento de cavilar, sino de cabalgar, y más tras ver al César volverse y señalarme. Comenzaba, mucho me lo temía, mi función de las siguientes tres semanas, la de ser el intendente particular del César Imperial xor Roger de Flor.

Llegamos a las puertas de Adrianópolis al atardecer del 30 de marzo, tras una marcha sin incidentes de cinco jornadas exactas. Poco antes de mediodía nos dimos con unos caballeros griegos enviados por xor Miqueli para explicar al César que nos aguardaría en las puertas de la ciudad, así como avanzarnos las medidas que se habían tomado para hospedar a la hueste catalana. En realidad era mayoritariamente aragonesa, y por si eso fuera poco era la que padecía más navarros, de todos nosotros sin duda los más brutos, aunque también los que preferíamos tener a nuestro lado a la hora de lanzarnos contra enemigos varias veces más numerosos. Se suponía que a eso de la puesta del sol tendríamos claro dónde dormiríamos, a fin de que luego asistiéramos sin agobios de intendencia una cena para las dos hordas, la nuestra y la de xor Miqueli —bastante menos numerosa, se nos dijo—, que con todo esmero se serviría en la plaza de armas de la ciudad.

Si bien todo parecía salir como la princesa transmitió al César —o eso me contó éste, al que de vez en cuando le gustaba charlar con su intendente—, la desconfianza seguía presidiendo el sombrío talante de la fuerza. Una prueba de lo poco que nos fiábamos de aquellos griegos untuosos fue dejar un par de retenes, uno en Kissos y otro más al norte, donde se juntan el Agrianes^[10] con el Hebrus; este último se situaba cuatro leguas al sur de donde nos esperaba xor Miqueli. Ciento y pico estadales aguas arriba de donde se juntaban los dos ríos se alzaba el último puente antes de Adrianópolis; a la ida no lo deberíamos cruzar, aunque por si la vuelta era menos plácida Muntaner me había señalado un par de rutas de huida, y una de ellas, la mejor según él, seguía la orilla derecha del Hebrus, siendo el puente de justo antes de juntarse con el Agrianes el último lugar en muchas leguas donde poder regresar al camino de Gallípoli. Cada retén lo integraban doce almogávares al mando de un almugaden con tres caballos por cada dos hombres. Su misión sería permanecer ocultos hasta el día 6 de abril. Si antes del tal detectaban el paso hacia el norte de contingentes griegos de importancia, deberían enviar tres mensajeros, por caminos separados y alejados el uno del otro, al César o a mí, así como dos más a Muntaner, para dar la novedad. Si lo que veían llegar era una fuerza de consideración en dirección sur, de más de cincuenta jinetes, y aún más si les veían venir a buena velocidad, que levantarán el campo y se dirigieran a Gallípoli a su mejor andar. Por último, si el 6 de abril el retén de más al norte no tenía noticias nuestras ni de los griegos, que regresara igualmente a Gallípoli, aunque tomando las mayores precauciones, por si las emboscadas; lo mismo, un día después, para el otro retén, el de Kissos. Nada de todo esto se me ocurrió a mí, ya que, me duele aceptarlo, sigo siendo un zoquete, aunque cuando Muntaner me lo explicó lo comprendí a la primera. Se trataba de montar un cerrojo, un dispositivo de alarma que indicase a la fuerza principal que algo catastrófico le había ocurrido a la del César, y que correspondía

establecer el dispositivo de alarma, en previsión de un ataque por parte de los griegos traidores e hijos de sus madres; de haber llegado a este punto sin duda que lo serían. En cuanto a los mil trescientos, el César y yo mismo, la Companyia nos lloraría con muchísimo dolor, pero así es la suerte de los almogávares; de ahí que nuestra filosofía existencial consista en que al despertar cada mañana pensemos que igual es nuestro último día, para desde ahí vivirlo en consecuencia.

* * *

El palacio de xor Miqueli en Adrianópolis era grande, feo, sucio y destartalado. Aun así yo lo miraba con curiosidad, quizá por recordar que Claudera pasó allí los primeros años de su vida consciente, los que van de los cinco a los quince —las que nacen esclavas espabilan pronto; no les queda otro remedio—, y quizá quedase algún rastro de su alma en sus descascarilladas paredes. De hecho, y salvo las habitaciones de xor Miqueli y las adjudicadas a xor Roger —la que ocupábamos Berenguer, Ramón y yo estaba junto a ellas—, el palacio en su conjunto presentaba un aspecto lamentable —mejoraba por la noche, quizá porque al estar muy mal iluminado, como si no hubiera presupuesto para lámparas o antorchas, no se veía un *carall*—, como de haber sido dejado de la mano de Dios, aunque quizá no por dejadez o fatalismo ante los búlgaros, los macedonios o los albaneses, vecinos todos ellos la mar de indeseables, sino porque a xor Miqueli no le quedaba un céntimo.

Era el atardecer del día 5, el último que pasaríamos en Adrianópolis, porque a la tarde siguiente, tras seis días infructuosos, largaríamos amarras nada más llegar el sol a lo más alto. El no alcanzar un acuerdo ignoro a qué pudo deberse, ya que no había participado en ninguna reunión pese a mi coyuntural papel de *aide-de-camp* del César Imperial. Xor Miqueli tampoco se hizo acompañar, de modo que todo lo que hablaron él y el César quedó entre los dos, o al menos en el caso del segundo, porque a mí no me contó nada y salvo conmigo no hablaba con nadie más. Yo sólo sabía que los dos acordaron una última reunión, a la salida del sol del día siguiente, y que a ésa Roger de Flor sí quería que le acompañásemos: yo, mis tablillas, mis punzones, mis pergaminos, mi tinta y mis plumas. Quizá, por fin, se llegase a un acuerdo, aunque la expresión del César cuando me lo dijo no revelaba un optimismo pronunciado. También era verdad que rara vez indicaba nada. El xor Roger de Flor de 1305 se diferenciaba del *Herr* Rutger von Blume de 1299 no sólo en el nombre y en ser seis años más viejo, sino en que se había vuelto francamente impenetrable.

Nos vestíamos, y con esmero. Sería la séptima cena desde que llegamos a la horrenda ciudad, y aunque nuestra desconfianza para con nuestros anfitriones no decrecía demasiado, aceptábamos que sus cocineros hacían bien su trabajo. Hasta entonces no habíamos repetido lugar para cenar, ni tampoco fuimos siempre los mismos —yo sí; no pude zafarme ni una sola vez—, pero esa noche sí repetiríamos. La cena se serviría en el patio central del palacio, donde sentados a docena y media

de bancos no muy largos nos veríamos las caras treinta y tantos caballeros aragoneses, navarros y catalanes, y otros tantos griegos, tracios y macedonios, o lo que fueran, porque al menos yo era incapaz de distinguirlos, como probablemente a ellos les pasaba con nosotros. El ambiente de las cenas, por otra parte, pese a no ser de calor, amistad y hermandad, ya era más distendido, quizá por la evidencia de que nuestros aliados griegos, que de nombre aún lo eran, estaban desarmados. La primera noche nosotros acudimos de *cortell*, aunque poco a poco nos fuimos relajando, de modo que aquella noche, como mucho, vestiríamos nuestras dagas y nada más.

La zona central del palacio era un cuadrado de unas cuarenta varas castellanas de lado cuyas balconadas interiores, además de albergar los corredores por los que llegábamos a las habitaciones, servían para divisar desde lo alto los preparativos, ya muy avanzados, que una cierta horda de sirvientes y esclavas realizaba para que la cena superara en perfección a las ya casi perfectas de los días anteriores. A un lado, el más alejado de las puertas principales, se alzaba una plataforma dos escalones más elevada que la superficie de la sala, o del patio. En ella se había colocado una mesa más corta pero más ancha, y contra ella seis sillas, tres a cada lado. Allí se sentarían xor Miqueli, Roger de Flor y los dos hombres más señalados de cada uno. En el bando del César, y gracias a los dioses, los elegidos fueron dos adalides, uno aragonés y otro navarro, uno de caballería y otro de infantería, con lo cual yo podría sentarme, de veras aliviado, entre Ramón d'Alquer y Berenguer de Roudor en el extremo más alejado del último de los baneos, moderadamente cerca de las puertas por donde las esclavas portadoras de jarras y viandas entrarían y saldrían de un modo continuo, según se acostumbraba en aquella casa. Era un despliegue acorde a la promesa que hice a Claudera dos semanas antes y que no se me borraba de la cabeza, ya que seguía sin comprender por qué dijo lo que me dijo, aunque para Berenguer la explicación era sencilla: nos recomendaba situarnos en el mejor de los puntos posibles para salir corriendo si fuera necesario hacerlo.

—Además de guapa es muy lista, tu chica.

—¿Le has hablado ya de Llura?

Dije que sí con la cabeza según ocupábamos nuestros lugares, frente a dos oficiales griegos muy corteses que se levantaron para saludarnos, cosa que nosotros, de natural más tosco, en ningún caso habríamos hecho de haber llegado antes, lo que también era imposible, porque como buenos hispanos jamás llegábamos a la hora. Salvo para el «*desperta ferro*», claro. Para eso, sí.

—¿Y cómo se lo tomó?

—No sólo bien, con naturalidad, sino que ya contaba con ello. Es muy lista, como bien dice Ramón. Mucho más que yo, me temo.

—¿Y Llura? ¿También se lo ha tomado bien?

—Mientras no dé a luz no lo sabrá. Se lo contaré después, aunque sólo cuando haya vuelto a ser ella.

—¿Es que ha dejado de ser ella?

—Es tres veces ella, y de tetas quizá cuatro. Para que acepte pertenecer a una familia de tres cabezas es preciso que haya vuelto a ser ella misma, la que se me tiró el año pasado. La recordáis, ¿verdad? —Asintieron con vehemencia; como algún tiempo después me contaron, entre risas, aquella tarde junto al lago no pudieron resistir la tentación de seguirme, de lejos; gracias a eso no sólo fuimos observados por las emocionadas amigas de la despreocupada Llura—. Si no, el día menos pensado haría una carnicería con Claudera y conmigo, y prefiero no arriesgarme a eso.

Mis amigos sonrieron, comprensivos. En la Companyia raro era el que no tenía experiencias directas, o al menos cercanas, con familias triangulares, y aunque las había muy felices era claro para todos que la delicadeza más extrema, cuando menos en el momento de hacer saber las novedades a la impar, era inexcusable. Un lacónico «mira, tú, desde hoy ésta follará contigo y conmigo, ¿vale?, pues eso», se opinaba en general que no era la mejor forma de poner al tanto a la *muxera* de presencia más antigua en el lecho conyugal.

Una cena para setenta comensales a la fuerza sufre constricciones. Una era que, salvo donde se habían sentado el Príncipe y el César, no había trato diferenciado. Las viandas y las bebidas aparecían en las mesas de una manera tirando a tosca, por mucho que la endulzara la gracilidad de las esclavas, indistintamente turcas y no turcas, que traían las bandejas y se llevaban las sobras. Las diferenciábamos por la forma en que se cubrían. Las turcas, más púdicas, aparecían tapadas desde lo alto mismo de la cabeza, salvo los ojos, por una prenda enteriza que llamaban algo así como *niqab*, aunque para compensar dejaban a la vista desde medio muslo hasta los pies; iban descalzas, por si fuera poco. Las no turcas se tapaban menos por arriba, pero no había forma de saber si se calzaban o no. Nuestros contrarios, griegos los dos, decían que las turcas eran un pozo de sorpresas, porque su sentido del pudor era inusitado. Dicho de otro modo, mientras no se les viera el rostro no se preocupaban demasiado de lo que sucediera con el resto de su ser, lo que daba lugar a ocasiones por demás interesantes. Las no turcas, que solían pertenecer a pueblos balcánicos y en general de pocas bromas, como serbias, ilíricas y macedonias, engañaban mucho, porque si bien se dejaban mirar lo que mostraban de sí mismas, y con bastante descaro, solían negarse de un modo muy destemplado si se les insistía en que mostraran un poquito más, de modo que la mayoría de los oficiales griegos, poco dados a discutir —y menos aún a combatir, nos decíamos nosotros sin saber que nos decíamos lo mismo—, acababan mostrando una explicable preferencia por las turcas, sobre todo porque a partir de cierto momento en el devenir de las cenas, y más las que como aquella estaban bien regadas de muy buen vino, resultaba indiferente verles o no las caras. Nos reíamos —yo más, pues les entendía; Ramón y Berenguer necesitaban traducción—, aunque con pausas frecuentes, las cuales se acrecentaban cuando pasaba cerca una esclava turca, tapadísima, cuya función era no permitir que nuestras copas permanecieran vacías. Todo se iba volviendo somnolientemente

rutinario cuando la mano de la esclava se situó frente a mi hocico, en apariencia para cogerme la copa —no necesitaba ser llenada—, pero en realidad para que observara, incluso entre las brumas del mucho vino que llevaba, que, a diferencia de las otras esclavas, lucía un gran anillo. Uno de oro con un enorme zafiro montado en cazoleta.

En el acto me volvió la lucidez, o si no tanto al menos el sentido de alarma. Lo complementó una voz muy familiar susurrándome junto al oído, en aceptable catalán:

—Si queréis vivir, seguidme.

Obedecí en el acto, extendiendo los brazos a babor y estribor hasta tocar a un perplejo Ramón —había escuchado el susurro— y al más distraído Berenguer. Según nos levantábamos comencé a divisar algo inusual: unos cuantos individuos avanzaban pegados a las paredes. No iban vestidos como los esclavos, ni como los oficiales griegos, y menos aún como nosotros. Sólo vi eso, porque Claudera se abrió paso por una puerta más estrecha de lo normal, tras la que partía una escalera. Desde ahí, una casi total oscuridad; la seguíamos porque me había dado la mano, yo a Ramón y éste a Berenguer, que hacía de matalote de popa. Dos docenas de peldaños muy empinados más arriba llegamos a la balconada del primer piso, donde permanecimos los breves instantes necesarios para que Claudera despejara el paso a una segunda puerta y a una segunda escalera todavía más empinada, sólo que descendente. Aun así, los tales instantes nos bastaron para ver a uno de los individuos clavar una gran espada en el corazón de Roger de Flor, por la espalda, con tal fuerza que lo atravesó ante la impasible mirada de un xor Miqueli que no por ver lo que veía dejaba de apurar su copa. En el resto ni me fijé ni se fijaron mis compañeros, por mucho que comenzaran a llegarnos grandes voces. Se nos había hecho claro que corríamos por nuestras vidas, tan claro que, si llegáramos a salir de aquella encerrona, estaríamos durante todas ellas en deuda con Claudera.

Que nuestra guía conocía el palacio lo demostraba el cómo nos hacía poco menos que volar en una casi total oscuridad, hasta que un tiempo imprecisable después —no serían más de tres minutos, por mucho que a nosotros nos parecieran siglos— llegamos a un establo de tamaño reducido, a todas luces de servicio, porque no había bestias de batalla, salvo seis caballos ocultos tras unos paneles muy altos. Estaban ensillados y listos para desatarlos, montar y llevarnos con nosotros los dos sin jinete, con acuerdo a las más elementales normas de prudencia y cautela, en aplicación rigurosa del «más vale un por si acaso», no fuera que alguno se rompiera una pata. Claudera, que aún no había montado —le llevó medio minuto despojarse del *niqab* y calzarse unas botas escondidas en un rincón, junto a un pequeño saco que luego supimos contenía queso, cecina, galletas y manzanas, para mostrarse desde ahí como un imberbe y adorable jinete griego con distintivos de oficial—, abrió la puerta con cuidado, comprobaba que la calleja por la que bajaríamos estaba despejada —el palacio de xor Miqueli estaba en lo alto de una loma, como casi todos—, montó de un salto, con una facilidad y una exquisitez de amazona consumada, y además como los hombres, a horcajadas, y nos ordenó, con un gesto, que la siguiéramos.

Nos habíamos despejado lo suficiente como para comprender que no vivíamos una situación de preguntar e inquirir, sino de trotar lo más en silencio posible tras una mujer que sin duda sabía lo que hacía, pues pese a que de las calles y las casas que rodeaban el palacio, donde se habían hospedado los mil almogávares y los caballeros que no cabían en el tal, llegaban y llegaban tremendos alaridos, de matar y de ser muertos, nosotros ganábamos el lado norte de la ciudad a la sola luz de la luna llena y la poca que nos alcanzaba de un creciente número de incendios, hasta darnos con un río no muy ancho que se llamaba Tonzos^[11] y que desembocaba en el mucho más caudaloso Hebrus, al otro lado de la ciudad, a ciento y algo estadales de su puerta sur, casi donde aquel hijo de la grandísima de xor Miqueli nos había recibido con su más untuosa cortesía siete días antes. Nos asombraba la decisión con que Claudera nos mostraba el camino, pues era obvio que no buscaba un puente, ya que sin duda estarían todos guardados por los griegos malditos, sino un vado que habría debido estudiar, pues no dudó al observar lo que para ella debía de ser una señal de reconocimiento y que ninguno de nosotros llegó a percibir. Así, con Ramón y Berenguer santiguándose —yo, no; para mí no había más diosas que Claudera y su madre, aunque aquella noche ya empezaba yo a sospechar que a no tardar me volvería devotísimo de Némesis—, nos lanzamos tras ella, conteniendo la respiración al notar que las aguas, por fortuna poco turbulentas, nos ganaban las rodillas, aunque gracias a los cielos sin pasar de ahí. Sólo cuando nos vimos a un quinto de legua más allá del vado, en el umbral de un bosquecillo donde al fin la luna llena dejaría de delatarnos, Claudera se detuvo con la respiración un punto entrecortada. La rodeamos, al momento. Se notaba que tenía cosas que decirnos, y por nuestras almas inmortales que no pensábamos interrumpirla.

—Ha sido una trampa, una encerrona calculada en todos sus detalles, y desde hace tiempo. En absoluto ha sido una improvisación. Os contaré todo lo que sé, aunque no ahora, ni aquí. Dentro de nada los griegos comenzarán a lanzar patrullas por los cuatro puntos cardinales, para pillar a todos los que hayan podido escapar; no porque os quieran matar a todos, que unos cuantos más o menos les darán igual, sino para que nadie pueda llegar hasta Gallípoli. Xor Miqueli quiere hacerlo antes que la primera noticia, para coger desprevenidos a los que siguen allí. Tras eso desencadenará la mayor matanza de la historia. Para él es esencial que nadie se le adelante, y por eso tenemos que darnos mucha, mucha prisa, pues él también se la dará. Lo primero es pasar al otro lado del Hebrus, porque aquí, tan abajo de su curso, ya no se puede vadear. Hay que ir una legua más al norte, campo a través, hasta donde comienza el gran meandro de Adrianópolis. Allí hay un puente, y no tendría sentido que ya estuviera vigilado. Si llegamos ahí en veinte momentums, que no deberíamos tardar más, estaremos al otro lado a eso de medianoche. Parando alguna vez, para que los caballos descansen, al alba estaremos donde se juntan el Hebrus y el Agrianes. Allí hay otro puente. Tras cruzarlo ya estaremos en el camino de Gallípoli. A esas horas, supongo, xor Miqueli despachará una fuerza de caballería capaz de

alcanzar a todo el que haya podido escapar y corra en dirección sur, de modo que, por nuestra parte, sólo se tratará de conservar la ventaja. Cuatro leguas, las que van desde Adrianópolis al puente del Agrianes con el Hebrus, se pueden cubrir, de día, en no mucho más de sesenta momentums; ésa será nuestra ventaja. Muy exigua, ya lo veis, de modo que cuanto más corramos ahora, mejor.

—En ese puente dejamos un retén, a la ida. Trece hombres y veinte caballos. Fue porque no nos fiábamos mucho de Miqueli.

Era la primera vez que Claudera sonreía desde que la veía vestida de arrebatador jinete griego, y aunque la luz de la luna no permitía reparar en los detalles me subió de los adentros un calorcilio de los que hacen pensar que te puedes llevar por delante cualquier cosa que se cruce por tu camino: el de saber que aquella mujer, o aquella diosa, se había jugado su vida, y seguramente varias veces, por salvar la mía. Sólo la mía. Las de Ramón y Berenguer eran simples complementos circunstanciales.

—Mejor aún. Pues andando, caballeros.

* * *

A la misma hora de dos días después nos veíamos, los cuatro, frente a unos circunspectos Muntaner, Rocafort, d'Entença y d'Aragó, a los que acompañaban siete caballeros, tres catalanes —Ferran Gori, Guillem de Sisear y Joan de Seguróla— y cuatro aragoneses —García Gómez de Palacín, Pedro Pérez de Arbe, García de Vergua y Jimeno de Albero—, a los que se había unido Guillem de Souchon, en su calidad de jefe accidental de la flota. Les repetíamos lo que no mucho antes explicamos a Muntaner y a Rocafort: que ya no teníamos César, que los efectivos de la Companyia Catalana se habían reducido en casi mil trescientos hombres y otros tantos caballos, y que con virtual seguridad se nos venía encima un ejército de dimensión incalculable formado no sólo por soldados griegos a las órdenes del príncipe Miqueli, sino por varios miles de mercenarios alanos. La situación era de alarma extrema, y si algo nos atrevíamos a recomendar era el movilizarnos cuanto antes.

No nos habíamos repartido los papeles. En realidad, casi hablaba yo solo, pues era notorio que quien debía ser el primero en comprender, Muntaner, conmigo se comunicaba de un modo inmejorable, si bien Ramón y Berenguer de vez en cuando añadían detalles que yo no recordaba, o que sin querer había pasado por alto. Así, volvimos a explicar que llegamos al puente del Agrianes con el Hebrus aún más pronto de lo que deseábamos, que lo hicimos dando grandes voces en catalán y aragonés, no fuéramos a vernos ensartados por nuestros propios almogávares, y que tras ponerles al día resolvimos entre todos que nosotros seguiríamos adelante con ocho de los descansados caballos del retén. Nos acompañarían seis almogávares también con dos caballos cada uno, por si nos dábamos en el camino con alguna oposición, cosa probable porque debíamos atravesar varias aldeas potencialmente

hostiles. El almugaden y los otros seis, con las restantes monturas, nos seguirían dos horas después, cuando saliera el sol. Este segundo grupo trataría, nada más, de conservar la supuesta ventaja que llevábamos a la fuerza de caballería que a esas horas xor Miqueli habría lanzado hacia el sur. Tras acordar todo eso emprendimos la marcha, y así seguimos el resto del día, parando de vez en cuando para cambiar de monturas y darles algún descanso, y dárnoslo nosotros, que también estábamos agotados, hasta llegar al segundo retén, el de Kissos, cuando el sol ya se ponía. Fueron quince leguas de cabalgada sin apenas descansar y sin apenas repostar —no había mucha comida en el retén del Agrianes con el Hebrus, aunque nos la dieron toda—, de modo que cuando nos juntamos con los otros trece almogávares no podíamos estar más exhaustos. Por fortuna, su almugaden era de los más listos, tanto que al momento se hizo cargo de lo que pasaba. Tras darnos de comer —tampoco ellos tenían mucho—, nos dejaron dormir un par de horas y tras eso volvimos al camino, de nuevo a la luz de la luna, y lógicamente despacio, aunque aceleramos según clareaba, de modo que así fue como cubrimos a plena luz y muy buen tranco las catorce leguas entre Kissos y Hexamilia, para llegar cuando aún no había oscurecido, con tiempo suficiente no ya para informar, sino para que la Companyia se movilizara y ocupase posiciones de combate.

—Según decís, tendremos aquí a xor Miqueli en un par de días, pues no sería lógico que se lo tomara con calma. ¿Es así? —Asentimos; lo que decía Muntaner no podía estar mejor calculado—. Bien, pues eso nos da tiempo para organizamos. De todos modos, y a fin de que nada quede oscuro, decidme: con toda seguridad, ¿les visteis matar a Roger de Flor?

Los cuatro asentimos, aunque yo preferí remachar de palabra.

—Categorícamente, sí. Le pegaron tal estocada, por la espalda, que la espada le salió por el pecho, salpicando de sangre al propio Miqueli, aunque ni se inmutó, porque siguió bebiendo tan feliz. Al tiempo, los demás alanos, pues iban vestidos como los alanos, saltaban sobre los bancos y atacaban a nuestros compañeros mientras los griegos se apartaban. Bebidos y desarmados, nada podrían hacer contra el enjambre que se les venía encima. No vimos cómo acabó aquello, por supuesto, aunque sí observamos, cuando de madrugada desfilamos al largo de Adrianópolis por la otra orilla del Hebrus, que buena parte de la ciudad estaba en llamas.

—Destacaba el incendio de la torre de la iglesia vieja, y nos pareció que también en la propia iglesia. En ella se habían acomodado más de trescientos almogávares, por indicación de los griegos. No me asombraría que los quemaran vivos. A todos.

Las palabras de Berenguer nos dejaron en un silencio sombrío. Tras cinco años de combatir codo con codo, la horda de Corberan d'Alet nos era muy querida. Todos teníamos amigos en sus filas, y *su familia* era la proporcionalmente más numerosa. No tenía yo la menor gana de ser quien les pusiese al día, si bien ya iba viendo que de apurar ese cáliz tampoco podría pasar.

—Que Miqueli es un miserable lo demuestra que haya sido capaz de sacrificar a

su mujer y a su hijo. No me gusta tener que mandarlo, pero no nos queda otra que hacer con ellos lo que se hace con los rehenes cuando se traicionan las palabras.

Hasta entonces Claudera no había dicho nada, pese a que, por mucho que habláramos, los ojos de casi todos no dejaban de vagabundearla. Fue ahí cuando pensó que debía repetir lo que nos había explicado a Berenguer, a Ramón y a mí poco antes de medio derrumbarnos de sueño en el vivac del Agrianes con el Hebrus.

—Xor Berenguer —por d’Entença, que parecía considerarse a sí mismo el nuevo capitán de la Companyia Catalana d’Orient; cuando menos, lo que había dicho no era la primera puntada que daba en esa dirección—, no te engañes, porque donde piensas que sigue la princesa Rita no encontrarás ni rastro suyo. Sin duda está ya en Constantinopla, con su hijo, y no sólo a salvo, sino riéndose de todos vosotros. El cambiazo del príncipe —interrumpía con un gesto a d’Aragó, que abría ya su boca para preguntarle, innecesariamente, cómo y por qué lo sabía— lo darían justo antes de salir hacia Hexamilia, pues nada es más fácil de sustituir que un niño de ocho años bien vestido por otro peor vestido. El que todos vimos salir del palacio, yo también, no era el hijo de una esclava, sino el príncipe Andrónic vestido como el hijo de una esclava. En cuanto a la princesa, recordad —por mí; era, de los presentes, el único que presencié la escena— que se volvió al interior del palacio, tras despedirse de la zarina y de la cesarina, y del propio César, muy poco antes de que xor Roger subiera en su caballo y emprendiera el camino, al tiempo que la caravana de los ocho carruajes se ponía en marcha. Lo que no sabéis ninguno es que a los cinco minutos, cuando xor Roger y su escolta ya estaban lejos, la princesa María se puso histérica, pidiendo a gritos que volviéramos al palacio porque se había dejado el joyero en sus habitaciones. El jefe de la escolta no se atrevió a oponerse, de modo que regresamos. Allí él mismo explicó a la guardia lo que ocurría. Su jefe no puso pegas a que una de las esclavas turcas de la princesa, las que no se quitan jamás el *niqab*, entrara en la casa para recoger el joyero, acompañándola él mismo hasta sus habitaciones, aunque sin entrar con ella. Un instante después la vio salir, igual de alta, igual de vestida con su *niqab* negro y con el joyero en la mano. Salieron al exterior, vio cómo lo ponía en la mano de la princesa María, vio cómo se sentaba con las demás esclavas de la princesa, y ya sí, ya seguimos todos hasta Hexamilia y la *Estelada*, sólo que aquella que salió de la casa con el joyero en las manos no era una esclava, sino la princesa Rita vestida con el *niqab* de una esclava. Si mañana, o esta misma noche, vais al palacio, veréis que, aunque se pueda parecer, ni de lejos es la guapísima princesa Rita. Bueno, y eso si aún sigue ahí, porque no me asombraría que quien fuera, quizá una esclava de confianza, como lo era yo, se haya fugado para buscar refugio en alguna casa de por allí cerca, pero esto es lo de menos, porque tanto si la matáis como si no lo que importa es que no tenéis ningún rehén.

—Y si te diste cuenta, ¿por qué no lo dijiste antes de zarpar?

El tono de d’Aragó, que ya no podía caerme peor, sonaba insultantemente acusador.

—Fundamentalmente, porque no me di cuenta. No entonces. Si hubiera sido el joyero de la zarina sí lo habría notado, porque la que se ocupaba de su joyero era yo, pero del de la princesa María no tenía idea de quién lo cuidaba. No lo advertí hasta una vez en el palacio de Rodosto, cuando al asomarme a una ventana, porque me había llegado un ruido de caballos, vi a la princesa Rita salir a cara descubierta, subir con su hijo a un carruaje y salir de allí a toda prisa, escoltada por una docena de jinetes griegos. Ahí fue donde comprendí lo que ocurría. También ahí comprendí que sólo yo estaba en condiciones de poder hacer algo por xor Guillem —me puso la mano en el brazo, lo que me costó un escalofrío— y por todos los demás, por supuesto, de modo que comencé a pensar, y a pensar. Al cabo de un rato, y mientras la zarina y la cesarina se daban un baño al que seguiría un largo masaje, hice un atadajo con la ropa que necesitaría, me guardé las tres docenas de onzas de oro que la zarina llevaba en su joyero, bajé a las cuadras, me acerqué al soldado que vigilaba los caballos, uno muy joven no mucho más alto que yo, y le degollé con la daga que llevaba. —Un alzamiento general de cejas, y no porque degollar soldados enemigos fuese un entretenimiento desacostumbrado entre nosotros, sino por la dulzura y la naturalidad con que Claudera lo explicaba—. Después le quité sus ropas, me las puse, até los cuatro mejores caballos los unos a los otros, ensillé al de mayor alzada, cogí la cimitarra y la daga del soldado, abrí la puerta, saqué a los animales, cerré, me subí al ensillado y despacio, sin hacer ruido, me puse de camino.

Una pausa, porque Claudera tenía sed. La vimos beber un poco de agua, como hechizados y quizá lo estábamos, aunque no sabría decir si más por lo que contaba o por cómo lo hacía.

—Hay treinta leguas entre Rodosto y Adrianópolis. Un soldado jovencito, casi un niño, que conduce una recua de cuatro caballos y que si es interrogado responde con fuerte acento de Tracia y en tono muy bajo que le han ordenado llevarlos al palacio del príncipe Miqueli, en Adrianópolis, tiene buenas posibilidades de llegar, o así me pareció al planearlo. Sin duda que pronto se descubriría el soldado muerto, la falta de los caballos, mi ausencia y la desaparición de las onzas de oro, pero cuando reaccionara la zarina, la única que me preocupaba, porque su hija es idiota, ya sería de día. En buena lógica supondría que yo no sólo me manumitía por mi cuenta, sino que cambiaba de bando y huía en dirección a Gallípoli, donde seguiría siendo libre, si no por otra cosa por ganar mi libertad explicando el cambio de la princesa por la esclava, de modo que, a poco que su hija lo entendiera, lo que llevaría su tiempo, porque ya os he dicho que no es muy lista, lo mejor para las dos sería subir a la galera de xor Ferran sin decir una palabra de mi fuga, no fuera que se descubriera no sólo la conspiración, sino que las dos estaban dentro, y que sucediera, encima, estando las dos en el radio de acción de la Companyia y dentro de una nave de su bandera. Dado que de Rodosto a Gallípoli sólo hay una jornada, el riesgo de que yo pudiera estar cerca de llegar aquí —señalaba el suelo con el dedo— y explicar todo esto, para que de inmediato zarpara una galera rápida, interceptase a la *Estelada* y la hiciera

regresar, era inaceptable para ellas, de modo que desde ahí sólo sería cuestión de rogar a xor Ferran d'Aunés que navegase lo más deprisa posible, incluso poniendo a remar a la gente si no había viento suficiente. Lo más que harían, a fin de camuflar al soldado muerto, sería ordenar se persiguiese a la esclava ladrona y asesina, pero sólo hacia el oeste, hacia Gallípoli. De ningún modo se les ocurriría imaginar adonde iba de verdad.

Nadie dijo nada. Fueron pocos los que compusieron algún gesto, pero los de Muntaner y Rocafort, a los que les sonaba casi todo de la primera vez que lo explicamos, eran de asentimiento. Aún lo debería confirmar, aunque para mí estaba claro que, a partir de aquel momento, Claudera era una catalana con todos los pronunciamientos a favor. Y almogávar, además.

—Pensaba que si seguía el camino natural quizá llegase adonde se juntan el Agrianes con el Hebrus antes que vosotros —se había vuelto a Ramón y Berenguer; por lo que fuera no quería dejarles fuera del relato—, pero en un camino tan largo siempre surgen imponderables. En un par de ocasiones me pararon soldados griegos, en principio de un modo rutinario, aunque no tardaban en desconfiar, ya que no soy capaz de sostener una conversación mínimamente profesional con soldado griego alguno, aparte de que debía realizar unos esfuerzos inauditos con la voz. Gracias a Dios, invocar a xor Miqueli, y a la zarina Irene, suele facilitar las cosas, por el terror que imponen sus solos nombres, de modo que, venciendo el pánico, seguí adelante. Otra situación horrible fue al cruzar las tierras de un campesino macedonio que se puso cabezón, porque se quería quedar con los caballos y también conmigo. A él le convencí de otro modo, aunque también me lo hizo pasar muy mal.

—¿Cómo lo hiciste? —Rocafort, a la sazón componiendo una de sus sonrisas repugnantes—. ¿Con tus armas de mujer?

—No. Él creía que lo haría con ellas, porque me caló mejor que los soldados... Es que me pilló en cuclillas, ya sabéis —asentimos—, pero fue con la cimitarra. Superado el sofoco, que si bien matar es como cualquier otra cosa, una que se hace mejor o se hace peor pero a la que yo no estaba demasiado acostumbrada, el que fuera eso lo que sucediera entre aquel pobre diablo y yo fue incluso mejor, pues traía del ronzal un par de caballos que no estaban mal. Los até a los míos y así llegué con todos ellos al palacio de Adrianópolis. Fueron los mismos seis con que luego escaparíamos.

Lo decía por Berenguer, por Ramón y por mí, sin cambiar de tono. Seguía siendo sencillo, claro, desapasionado y hasta musical; el mismo con el que nos explicara poco antes qué le llevó a degollar un inocente soldado griego. El que además describiera con aquella helada naturalidad lo que hacía en el momento de ser sorprendida, una que nos parecía incluso más sobrecogedora que la propia de nuestras más descaradas y deslenguadas *muxeras*, terminaba de perfilar la fascinación que nos envolvía. Claudera, con independencia de todo lo demás que pudiera ser, era una hechicera consumada. Bueno, y qué otra cosa podría decir yo.

—Además de que por el camino me perdí un par de veces, y es que mientras hay sol sé orientarme, pero los días nublados es mucho más difícil, cuando ya estaba cerca de Adrianópolis comencé a ver grupos y grupos de jinetes alanos, lo que me hizo dar rodeos bastante amplios, pues con ellos no hay nada que hacer si ven que te pueden robar seis buenos caballos, aunque les digas que son de xor Miqueli, del emperador Andrónico o del Patriarca de Constantinopla. Según los veía comprendí, también, que la encerrona consistiría en hacerlos llegar al palacio sin que xor Roger y sus hombres se dieran cuenta, para que se lanzaran contra ellos a traición, cuando no pudieran defenderse. Así llegué al palacio de los Paleólogos, y aquí debo explicaros que pasé ahí diez años de mi vida. Era una esclava hija de una esclava, pero a las esclavas de hasta doce años nadie les hace caso, de modo que durante mucho tiempo correteaba y jugaba por el palacio y por los alrededores en casi completa libertad, y más aún desde que supe que la zarina Irene me había comprado, aunque no para incorporarme a su servicio antes de cumplir los quince, y es que la zarina suele hacer así las cosas: nos compra de niñas para educarnos a su gusto, sin que nos dé tiempo a desarrollar vicios o costumbres inapropiadas. A eso se debió que siguiese ahí, en el palacio de Adrianópolis, hasta los quince. Luego me llevaron a Constantinopla, pero ésa es otra historia. Lo que cuenta es que gracias a mis años allí sabía cómo esconderme, cómo disfrazarme y, en su momento, cómo escapar.

Se había hecho con nosotros de un modo absoluto. Era, bien lo sabía yo, uno de los componentes principales de su capacidad de fascinar: su talento para relatar historias, muy raro entre las mujeres, y aquélla no podía ser más emocionante, ni más apasionante.

—Llegué a palacio el día 3, a la caída de la tarde. Sabía dónde debía ir: un establo pequeño y apartado en el que se dejaban los carros de conducir esclavos de un lado para otro, donde se les lloraba cuando morían hasta que se los llevaban para darles tierra, donde daban a luz las desgraciadas que se habían dejado preñar, o a las que habían violado de mala manera, o donde otras abortaban jugándose la vida. Y no sólo por el riesgo de que algo saliera mal con las agujas y les perforasen las tripas, sino porque para la Iglesia ortodoxa es un pecado espantoso, el peor de todos, y es que la obligación de las esclavas es parir aunque nos cueste la vida, de modo que si se sabe que lo has hecho y alguien te denuncia terminas ardiendo en una hoguera. Era un establo, en fin, donde sólo entrábamos los esclavos, pues no podía ser más sucio, ni más fétido, ni estar peor ventilado ni, en general, ser más desagradable. Siempre había en él tres o cuatro vacas, cuya leche solía bastar para los hijos de la servidumbre del palacio, y aquí debéis tener en cuenta que cuando no había señores, lo cual solía ser lo normal, el número total entre sirvientes y esclavos rara vez pasaba de treinta desgraciados. Esos días habría más, pero serían esclavos y sirvientes de la propia casa de xor Miqueli. Ésos, pensaba yo, ni siquiera conocerían esa mezcla de pañol y establo donde me pensaba esconder. Estaba cerrado con llave, pero las cerraduras no se resisten mucho a las esclavas veteranas —sonrió y nos hizo sonreír

—, de modo que al minuto ya estábamos dentro, mis caballos y yo. Los oculté tras un par de paneles, más que nada para que no se viesen a primera vista si alguien entraba, y escondida tras ellos me cambié a esclava turca, con las ropas que distraje del palacio de Rodosto, antes de fugarme. Oculté lo mejor que pude mi uniforme de soldado, las armas y las botas, me guardé la daga, unas pocas onzas de oro y, sobre todo, el anillo que me regaló xor Guillem. —Ahí la sonrisa fue para mí; en aquel momento presentía que para todo el mundo estaba claro qué *carall* había llevado a Claudera tan lejos como Adrianópolis, jugándose la vida un inverosímil número de veces, cuando tras saquear a la zarina se habría podido dedicar a vivir como una reina en Atenas, en Venecia o en la mismísima Trinacria—. Y no como amuleto de buena suerte, sino para que me reconociera cuando se lo mostrara sin quitarme mi *niqab*.

Otra pausa, otro trago y un enjambre de miradas entrecruzadas. Nadie dijo una palabra, lo que no podía ser mejor señal, y más por lo extraño de la situación, quince solemnes caballeros, si no feroces almogávares, pendientes de lo que dijera una simple mujer.

—El día 4 lo dediqué a comprobar que al palacio no habían llegado los alanos, lo que significaba que nada era inminente. Luego, a verificar la ruta de huida, empezando por comprobar que el vado del Tonzos seguía siendo practicable. Lo era, porque la gente lo sigue atravesando poco menos que como si fuera un puente, que lo vi. Lo que no entraba en mis posibilidades era llegar al del Hebrus, el del oeste de la ciudad, porque ni disfrazada de soldado ni tapada con el *niqab* de las esclavas podría llegar allí, tan lejos, sin despertar sospechas. Me consolaba pensar que media legua más al norte había otro puente, de modo que si no podíamos cruzar por el primero lo haríamos por el segundo, aunque de hacerlo así tendríamos que regresar a Gallípoli por una ruta más occidental, ya que no podríamos volver al camino principal antes de que lo tomaran los jinetes de xor Miqueli. Tras eso me dediqué a buscaros, porque si os encontraba cuando aún era tiempo quizá todo podría invertirse, y ser vosotros quienes dierais la sorpresa, pero eso no era una cosa que pudiera decir al primer almogávar con que me cruzara, pues andaban todos borrachos, muy descuidados de su propia seguridad. Me pareció que llevaban días bebiendo sin parar, cosa muy propia del estilo griego de hacer las cosas, engañar y engañar hasta que tienen vencida la voluntad del contrario, y entonces atacar, a traición y sin piedad. Necesitaba encontrar a un caballero, y aun así no estaba segura, pues después de todo sólo podría explicarle unas sospechas inconexas que seguramente no entendería, y eso si no me denunciaba, ya que, después de todo, yo sólo sería para él una esclava tan despreciable como cualquier otra esclava. No me quedaba más opción, para no quedarme sin mi cuello, que dar con vosotros, y a eso me puse, lo que aún quedaba de día 4 y el siguiente —se había desentendido de lo que aún yo no sabía se llamaba Consell dels Dotze, para sólo mirarnos a nosotros, Berenguer, Ramón y yo—, aunque sólo pude divisaros cuando empezaba la cena, gracias a Dios cerca de una puerta interior, las que sólo usa el servicio del palacio. Según estudiaba la mejor forma de

hacerme ver, empezaron a llegar alanos y alanos, en el mayor silencio, colocándose donde no los pudierais ver. Lo que fuese a suceder era inminente, de modo que bajé a las cocinas, cogí una jarra de vino, me puse mi anillo y me llegué a vuestro lado —por Ramón y por mí—. El resto ya lo has contado tú —por mí—. No me queda nada que añadir.

Se había vuelto hacia Muntaner y Rocafort, aunque quien mandaba —en teoría— era d’Entença. No podía ser más obvio, pese a que todavía no me diera yo cumplida cuenta, que la sensibilidad y la perceptividad de Claudera eran muy superiores a los de cualquier persona que yo conociera. Por ejemplo, para determinar quién de todos aquellos guerreros implacables tenía el mando verdadero, el real, el de hacer que todos le siguieran incluso si no era el capitán oficial, y ése, allí, era Bernat de Rocafort. Lo demostró un instante después, cuando abrió su enorme boca y habló:

—Bienvenida, mujer, a la Companyia Catalana.

Yo percibía, desde todos los ángulos, un sordo mugido de aprobación. Era una ocasión de las que alzan los corazones, de las que dan lugar a una gran emoción, y a Claudera se la causaba, porque si bien sonreía no escatimó un par de lágrimas.

—Muchas gracias, mi señor.

—De *mi señor*, leches, tú. Aquí no hay señores. Aquí hay almogávares, unos catalanes y otros aragoneses, pero todos almogávares y todos nos llamamos por nuestros nombres. Para ti soy Bernat, y éste —por Muntaner— es Ramón, y así todos y cada uno de los cinco mil y pico que todavía somos, o que aún quedamos. Y tú eres Claudera, y si alguna vez has sido la esclava de alguien, que se te olvide. Las catalanas, aquí, sois todas libres.

Se levantó, y Muntaner con él, y al momento los demás, incluso d’Entença, quizá el único un punto renuente, aunque me pareció que no por la última y muy heroica de nuestras *muxeras*, sino porque Rocafort había dicho lo que le habría correspondido decir a él. Si no lo hizo fue porque, de siempre, Bernat de Rocafort era el bárbaro que reaccionaba primero y él, Berenguer d’Entença, el estratega que se lo pensaba todo una y otra vez antes de lanzarse contra el enemigo. Contra la que se lanzaron todos en aquella ocasión fue Claudera. Primero para que abortase la reverencia que había estado a punto de iniciar y después para, cada uno a su manera, demostrarle su reconocimiento, lo cual pasaba por tocarla un poquito, muy al estilo catalán —Muntaner afirmaba que los catalanes son los seres que más se tocan los unos a los otros del mundo entero, incluso más que los franceses—; unos con una cariñosa caricia en las mejillas, otros con una palmada en el brazo por demás amistosa, y el sinvergüenza de Berenguer de Roudor con un discreto azote una cuarta más abajo de donde no habría debido pasar, aunque al tiempo de componer una sonrisa tan amplia, y además guiñarle un ojo, que ni ella ni yo nos pudimos enfadar. Era la indiscutible reina de la fiesta, pero todas las fiestas acaban, y aquello, además, no era una fiesta. Era el Consell dels Dotze, y aunque habría debido quedarme, porque mi puesto estaba tras el asiento de mi señor, Muntaner me señalaba, de un modo inequívoco, el camino

de la puerta. Mis batallas, cuando menos esa noche, las debía celebrar en otro campo. En otro lecho, mejor.

* * *

—Creo que jamás echaré de menos el aceite de oliva.

No la vi sonreír, pero sabía que lo hacía tras haber puesto de manifiesto aquel concepto trascendente. Pese a la inmensa fatiga que arrastrábamos me sentía en la mejor de las formas, viendo a través de la ventana —sin cristales; era, en realidad, una tronera de ballesteros— la prodigiosa luna llena, la misma que nos había llevado del palacio de Miqueli al puente del Agrianes con el Hebrus. Su luz se reflejaba en las oscuras aguas de la Bocca d’Aveo, además de invadir nuestro cuarto accidental —nos lo facilitó Muntaner; no sabía cómo ni a quién habría desalojado, ni me importaba lo más mínimo; a Claudera y a mí nos bastaba con saber que la cama estaba limpia y las sábanas recién cambiadas—, no sólo con su luz, sino con una temperatura por demás agradable, tanto que no echábamos de menos las mantas, las cuales seguían arrebujadas a nuestros pies. Permanecíamos sobre las sábanas, todavía un poquito alterados de pulso, desnudos, en paz y muy felices por haber al fin liquidado el último reducto de vestalidad.

—¿Me habrás hecho un hijo, xor Guillem?

—Sería una exhibición de puntería inconcebiblemente asombrosa. Por otra parte, y según me contaron una vez, lo que cuenta en esto es la insistencia. Es como los asedios de las fortalezas. Puede que la primera flecha no haga blanco, ni la segunda, pero si disparas muchas tarde o temprano te cargas al adalid. Aquí, en esto, pues más o menos lo mismo.

—¿Vas a insistir, ahora?

—Si no me duermo antes, sí, claro.

—Y si no me duermo yo.

La besé, sin pasión. Sólo cariño. La pasión, después. En cuanto volviese a sentirme fecundante, lo que, pese al progresivo sueño, no creía yo se fuese a demorar.

—¿Te hice daño?

—Ninguno. El daño te lo hacen si no te sabes relajar.

—¿Y no...? Bueno, si has manchado mucho.

—Pues no lo sé. Como aquí no se ve nada... —La sentía moverse, quizá comprobando al tacto—, pues igual sí, pero lo mismo es otra cosa. ¿Es urgente saberlo?

—Para nada. Ya lo veremos mañana. Cuando entre más luz.

Nos quedamos en silencio, un minuto. No lo podía evitar, pero la cabeza se me iba no muy lejos de allí. De aquel cuarto a otro cuarto del mismo Hexamilia.

—Estás pensando en Llura, ¿verdad?

Ya ni siquiera me sobresaltaba cuando me demostraba que leía mi mente como si

fuera un códice abierto.

—Si no ha parido ya, y no ha debido de ser así porque me lo habría dicho Muntaner, estará cerca de romper aguas, gordísima, incómodísima y tan torpe como una vaca sobre un río helado, y quizá sabiendo, además, que la horda de xor Roger acabó fatal y que Ramón, Berenguer y yo hemos traído la noticia, sin un mal rasguño, aunque con una mujer a nuestro lado —ahí me paré, creo que sólo unos instantes, aunque igual fue más tiempo; lo dudaba porque no estaba seguro de si hablaba o, simplemente, soñaba—; una mujer a la que debo la vida de todas las formas en que un hombre puede llegar a deber su vida, y a la que siempre se la deberé.

No me contestó, porque se había dormido; lo sabía por su respiración, acompasada, tranquila y bastante profunda. Me pregunté una última vez si no debería levantarme, vestirme a tientas y buscar mis habitaciones, si no por otra cosa por decirme que tenía una deuda con Llura, o una obligación, pero no llegué a contestarme, pues a mí también se me llevaba el sueño. La naturaleza, en verdad, no puede ser más sabia.

* * *

La vida seguía, mientras tanto. Cuando menos, la del Consell dels Dotze de la Companyia Catalana. Lo supe a la mañana siguiente, cuando subí a las habitaciones de Muntaner, deseoso de ponerme al día. No le llevó mucho tiempo hacerlo, y no sólo por tener prisa, sino porque me necesitaba en mi puesto de ser su brazo ejecutor, y había muchísimo por ejecutar. Para que lo hiciera bien necesitaba estar al corriente de todo, pero con él eso no suponía un consumo desmesurado de palabras. De hecho, a menudo no las necesitábamos; nos solía bastar con las primeras, pues las restantes ya las ponía yo por mi cuenta.

—El Consell dels Dotze, hoy, ya sólo es de once. Sucede que Sane; d’Aragó, una vez os fuisteis, nos dijo que se largaba. Él había venido aquí para unirse a unos colegas almogávares aliados de Andrónic II, no para entrar en una guerra contra el mismo Andrónic II. Nos advirtió, además, que igual íbamos a poner en un compromiso a Frederic II, y tras eso se marchó, no sin antes oír a Rocafort tacharle de cobarde y desertor. No le hizo caso, y es que los bastardos de la casa de Aragón son todos así, sólo sacan la espada cuando están convencidos de que no hace falta sacarla. Por lo demás, no creo que a estas horas —el sol aún no estaba muy alto— sigan aquí. Siempre han estado listos para esfumarse, de modo que ya se habrán largado. Eso, según mis cifras, nos deja en los mismos que cuando llegamos a Gallípoli, cuatro mil ochocientos en números redondos, de los que mil o unos pocos menos son de a caballo y los restantes de a pie. Los muertos en Adrianópolis se compensan con la gente de d’Entença, cuando menos mientras no se largue también él. En cuanto a mujeres, críos e inútiles para el combate, los mismos dos mil y pico largos, aunque con muchas más viudas que antes, lo cual será otra fuente de

conflictos, ya lo verás, porque las acostumbradas a tener un hombre fijo se ponen de los nervios cuando dejan de tenerlo, y empiezan a robárselos las unas a las otras, y ni te imaginas los dolores de cabeza que acaba eso por ocasionar. De todos modos, tenemos problemas más graves y más próximos, empezando por Miqueli. Anoche, de madrugada, llegaron los que faltaban de los retenes. Durante muchas leguas la caballería de Miqueli, toda de alanos, les vino pisando los talones. Ayer a mediodía ya se quedaron atrás, pero tenemos confirmación de que acampan, ya, en la entrada del istmo, a la vista de los puestos de vigilancia de Palyari. De momento sólo son fuerzas de caballería, pero mañana por la tarde comenzarán a llegar las de infantería. Miqueli sabe que ya estamos al corriente, si no por otra cosa porque los alanos llegaron a estar muy cerca del primer grupo de almogávares, y sin duda los vieron. Dado que ya no pueden contar con la sorpresa se lo tomarán con calma, que un día de más o de menos a Miqueli le da lo mismo, de modo que concederán a la infantería un día de descanso, si no dos. Por nuestra parte debemos contar con que no, de modo que hoy mismo todo el mundo estará en posiciones de combate, aunque la lógica dice que no atacarán antes de tres días. Lo que ahora debemos plantearnos, y eso lo debemos iniciar tú y yo, es si nos limitamos a esperar o tomamos la iniciativa, les damos una sorpresa y nos cargamos su caballería. Para eso, lo primero de todo, es reconocer su línea, y eso requiere no sólo buena vista, sino saber evaluar de lejos. En otras palabras, que no sé qué *carall* estás haciendo aquí.

Nos sonreímos. Era verdad que no necesitaba muchas palabras para saber lo que Muntaner esperaba de mí.

* * *

Regresé a media tarde, sin estar seguro de si con buenas o malas noticias. En todo caso, eran simples: los jinetes alanos se habían retirado al fondo del golfo de Saros, dejando entre sus posiciones y nuestra línea de vigilancia una llanura muy amplia, tanto que haría imposible un ataque por sorpresa, lo mismo por su parte que por la nuestra. La primera explicación que se le ocurrió a Muntaner —a mí también— era que su jefe, viendo que sorprendernos era imposible, prefería esperar la llegada de Miqueli con sus fuerzas de infantería. Eso significaba, como poco, que no había riesgo de un ataque inminente, de modo que podríamos evaluar nuestras opciones con algo más de calma. Lo haríamos esa misma noche, pues Muntaner había vuelto a convocar el Consell dels Dotze, los cuales ya eran once, pues don Sanç d’Aragó, fiel a lo que dijo la noche anterior, se había hecho humo con sus naves y sus trescientos desgraciados —a Muntaner le costaba decir *almogávares* en el caso de aquella gentuza— nada más salir el sol.

Dado que faltaban unas horas para la reunión, y tras conseguir la benevolencia de Muntaner, fui a buscar a Claudera. La encontré donde la dejé al amanecer, evaluando sus pertenencias personales, las cuales no podían ser más escasas. Estaba

virtualmente sin nada que ponerse, pues lo poco que conservaba le haría parecer un soldado griego, aspecto por demás inadecuado en esos días, o una esclava turca, lo cual aún le apetecía menos. En cuanto a calzado, podía elegir entre sus botas de montar o ir descalza, y su joyero, por último, no albergaba más que una pieza, y encima la llevaba en el dedo. Por fortuna, no había perdido sus treinta y seis onzas de oro. Se preguntaba si con una o dos de ellas podría renovar su vestuario, aunque había preferido no arriesgarse por las calles de Gallípoli, al escuchar de Berenguer, el cual muy amablemente había venido a verla, que durante un par de días, o así, no habría mercado. En su lugar habría matanza, ya que la primera medida de urgencia dictada por el suspicaz Rocafort consistía en pasar a cuchillo a todos los griegos, hembras o machos, viejos o niños, que sus almogávares pudieran encontrar entre la línea de observación y una legua más al oeste de Gallípoli. El motivo era doble. De una parte, hacer saber a todo el que quisiera escuchar lo que debía esperar el pueblo griego, inocente o culpable —para los almogávares, explicablemente, todos eran culpables—, del talante de la Companyia Catalana d’Orient mientras no considerásemos saldado el colosal descubierto de sus cuentas. De otra, suprimir cualquier fuente de información de la que pudieran beneficiarse los sitiadores —éramos realistas y nos considerábamos sitiados— a través del nada impermeable istmo, si no por medio de las muchas barcas de pescadores que cada mañana se hacían a las dos aguas, la del golfo de Soros o la Bocca d’Aveo. Con aquel exterminio, evaluado en no mucho más de seis o siete mil cabezas —tampoco serían tantas, alegaba Muntaner con un punto de indiferencia; mi maestro y buen amigo llevaba vista tanta sangre que no era fácil de apesadumbrar—, en la península dejaría de haber griegos, aunque la vida humana no acabaría, ya que se respetarían las colonias de terceros. Las había de judíos, de venecianos, de puglieses y de calabreses, además de unos cuantos turcopóls —turcos cristianizados— y musulmanes albaneses, ninguno de los cuales se tomaría la tragedia de un modo que no fuera el económico, ya que, si bien a ellos se les dejaría en paz, con aquella drástica medida de seguridad la Companyia les dejaba sin clientes, porque todos ellos, en mayor o menor medida pero todos, vivían de venderles cosas a los griegos.

—Me lo había imaginado. Por eso pedí a Ramón que se diera una vuelta por el palacio donde vivía Roger, y que confiscara la ropa de mujer que pudiera encontrar. También, que antes de degollar a las esclavas hiciera que se desnudaran, porque las manchas de sangre después no hay modo de lavarlas, o eso decía mi madre. Luego te la traerá, porque toda es para ti, salvo la que no quieras.

Lo dije con estudiada indiferencia, para medir la cara que pondría Claudera tras escuchar ese horror, pero no puso ninguna especial. A su manera, y al igual que Muntaner, también ella llevaba mucha sangre a las espaldas. Estaba, como habría dicho mi casi olvidada madre, curada de todos los espantos.

—Me vendrá de maravilla, incluso la que tenga que arreglar. Sé coser muy bien, ¿sabes? De hecho, toda la ropa que me has visto me la hice yo. Bueno, salvo la de

Adrianópolis.

Indiferencia por indiferencia, la suya era la más indiferente, aunque quizá fuera porque su cabeza no estaba del todo en el qué ponerse, según deduje un instante después.

—¿Has ido a ver a Llura? —Denegué con la cabeza un punto fastidiado, como nos sucede a los hombres cuando nuestras mujeres nos recuerdan una obligación intransferible, indemorable y penosamente ineludible, lo mismo da que sea sacar la basura que matar a un vecino—. Pues deberías; cuanto más tardes, más me odiará, más difícil será después convivir en paz, un día te hartarás y elegirás, y cuando eso suceda igual yo soy ya tan vieja que no me quede otra que matarme, o que la mate a ella, y tú no querrás ninguna de las dos cosas, ¿verdad?

Asomarse al porvenir a veces resulta espeluznante, y más si lo describe la diosa de la predictividad con forma humana.

—Ahora mismo lo hago. Deséame suerte.

Me miró, inexpresiva y sin decir nada. De sobra conocía su punto de vista: aquél era mi problema.

* * *

Llura estaba en nuestras habitaciones. Allí dormía, comía, cocinaba y se distraía, esperando la liberación —o la muerte; no era que las catalanas parieran mal, pero una y media de cada diez no lo contaba, sobre todo si era el primer parto— haciendo labor de punto en compañía de su hermana Carlota, de trece recién cumplidos y que amenazaba con un cuerpo que me recordaba demasiado al de Llura un año antes. Me había resultado un punto turbador verla bañar a la medio inválida Llura, las dos en pie dentro de un barreño, mi mujer desnuda y la otra con su breve túnica tan mojada que casi era como si también lo estuviera, o aún peor, sobre todo por la parte boscosa, que apenas camuflada por el lino empapado me hacía pensar en una tierra mítica que Roger de Flor evocaba de vez en cuando y a la cual llamaba *schwarzwald*, sin añadir detalles complementarios. Era buena chica, por lo demás; devota de su hermana más allá de cualquier límite de abnegación, sumisa, silenciosa y modesta, siempre de ojos bajos, pero me pusiera yo como me pusiera no dejaba de constituir una presencia inquietante.

Fue Llura verme aparecer y levantarse con la gracilidad de una elefanta borracha, correr hacia mí —dentro de lo poco que podía— y abrazarme con fuerza estrujante. Al tiempo sollozaba, espero que de alegría, lo cual terminó de hacerme sentir fatal. Por lo demás, ninguno de los dos dijimos después nada que se saliera de lo convencional, lo esperable de cualquier pareja donde la una casi no se puede mover de tan preñada como está —«da patadas por los dos lados de la tripa», informaba Carlota; «lo mismo es que son dos», pronosticaba, lo cual me abrumaba todavía un poco más— y el otro regresa de un destino fatal del que, o al menos eso habían oído

las hermanas —las noticias volaban en Hexamilia—, sólo veintinueve lo pudieron contar, además de una esclava turca que pasaba por allí.

—No es una esclava turca. Era una esclava medio griega, medio serbia, pero ya no lo es. Desde anoche, que así lo decretó Rocafort, es tan catalana y tan libre como vosotras. Lo hizo porque los veintinueve le debemos la vida, pero yo se la debo más, porque si se fugó de la corte de la zarina Irene, jugándose la suya tal cantidad de veces que ni a Muntaner ni a los demás les cabía en la cabeza, no fue porque le preocuparan los otros, pues salvo a Ramón y a Berenguer ni los conocía, sino por mí. Por salvarme a mí.

Llura hizo como que se lo quedaba pensando, pero la inescrutabilidad no era por entonces el mejor de sus dones. Para mí era claro que no pensaba; sólo recordaba cosas ya pensadas.

—La conocías de antes, ya veo.

—Sí. Fue la segunda mujer con la que hablé tras llegar a Constantinopla, y también la segunda que me vio desnudo.

Pretendía, dentro de mis humildes posibilidades intelectuales, mentir lo menos posible, no por honestidad u honradez, sino por no contradecirme cuando debiera volver sobre aquel asunto —era consciente de que las mentiras se recuerdan peor que las verdades, salvo en el caso de los mosenes—, ya que bien sabía, y no por vivencias en primera persona, sino por tener presentes las femeninas costumbres de doña Meritxell, la cual jamás daba un asunto por enterrado para siempre, que sobre aquello volveríamos más de una vez. Al tiempo, y con algún alivio, vi a Carlota levantarse del modo más discreto y salir del cuarto, para dejarnos solos. No creo que marchase más allá de la cortina que lo separaba de la cocina, de modo que no se perdería una palabra, pero al menos ya no tendría que hacer frente a dos miradas de reproche. Con una me bastaba.

—¿Y te vio desnudo más veces?

—Sí. Muchas.

Ahí debió de pensar que prolongar el interrogatorio carecía de sentido. Ya tenía la confirmación de lo esencial, lo cual quizá suponía más trabajoso de conseguir, de modo que, con gran sentido común —no es muy lista, ya lo he dicho, pero siempre me demostró tener la cabeza muy bien puesta sobre sus fornidos hombros—, optó por investigar las repercusiones a futuro, a fin de cuentas lo más perentorio e importante, cuando menos si se sale de cuentas en menos de una semana para dar a luz, probablemente, un par de muy robustos almogávares.

—¿Tú la quieres?

—De un modo muy distinto que a ti, pero la quiero, sí. Como también te quiero a ti. Las dos sois mi vida, Llura.

Volvió a quedarse pensativa. Una de sus mejores cualidades era no avergonzarse de su relativa lentitud intelectual. Le costaba completar sus razonamientos, aunque prefería tardar en expresarlos a soltar la primera estupidez que se le ocurriese a fin de

no quedar como una tonta, o una retrasada. Llura, para mí estaba fuera de toda duda, era una verdadera catalana de *seny*.

—Si tú la quieres, y de verdad te salvó la vida, mi deber es quererla también. Prefiero compartirme a perderte, Guillem. —Me miraba con ojos limpios, nada llorosos; era la forma en que lo hacen las mujeres muy seguras de lo que dicen y de lo que piensan, y en consecuencia comencé a sentirme algo mejor—. ¿Cómo se llama?

—Claudera. Llevo año y pico enseñándole catalán. Lo habla medio bien, aunque con un acento espantoso. Tú podrías ayudarle con eso, ahora que ninguna de las dos vais a verme mucho —compuso un gesto de inquietud—. Estamos en guerra con el Imperio, Llura. Será larga y a muerte. Francamente, no sé si lo podremos contar. Sí sé que me tendrá en primera línea desde hoy mismo hasta ni se sabe cuándo. Por eso preferiría evocaros a las dos juntas, y no por separado. Además, odio la sola idea de que se quede aquí, en el Hexamilia, sola como un perro. Cuando se fugó de la corte de la zarina dejó todo atrás, amigos, amigas, la vida social que tuviera, sus ahorros, sus pocas joyas y hasta su ropa. Llegó aquí con el uniforme de un soldado griego que mató por el camino y el *niqab* de una esclava turca que robó no sé dónde. Berenguer le ha traído las ropas de las esclavas que se quedaron en el palacio de Roger de Flor. Dice que se las arreglará, pero mientras yo esté fuera no tendrá con quién coser. Peor: no tendrá con quién hablar.

—¿Cuántos años tiene?

—Ni la menor idea, pero es bastante mayor que tú.

Y que yo, pero eso preferí callármelo. Al tiempo Llura se zambullía en una nueva ronda de reflexión. Casi oía girar los engranajes de su mente.

—Yo te quiero, ella te quiere. No veo por qué no podamos querernos ella y yo. ¿Ha tenido hijos?

—No. Era vestal. Ya sabes, vírgenes eternas, pero sabe de partos. Sabe de casi todo, ahora que lo pienso. Las esclavas, en la corte de los Paleóleg, se las apañan ellas solas a la hora de parir. Los médicos de palacio no les hacen caso, porque no tratan a las esclavas, pero aun así suelen salir adelante. Claudera, me consta, se ha visto en muchos. No sé si de gemelos también, pero es posible.

Esta vez no tardó mucho en pensárselo. Llura, después de todo, era una chica muy práctica. Como casi todas las catalanas.

—Dile que venga. Si nos podemos entender, seguro que lo hacemos. Después marcha tranquilo, Guillem. Si tú le debes tu vida, yo le deberé la mía. Y lo que venga —se palpaba el barrigón, expresivamente— también se la deberá. Mientras tú no regreses, aquí nadie le hará un feo. Te juro que no.

Me tendía los brazos, y se los acepté con el más sincero de los alivios. Cuando menos, y a mis efectos, podía marchar a la guerra con la retaguardia despejada. Para empezar, no estaba mal.

* * *

El Consell dels Dotze se reunió a la caída de la tarde, a la luz de las antorchas. El ambiente resultaba lúgubre, y menos por la luz fantasmagórica que por las expresiones de los participantes, que conmigo, por cierto, éramos trece, aunque se daba por sabido que yo no contaba —ni votaba—, pues sólo era una extensión de Muntaner, el desgraciado que ponía en tablillas o en pergaminos las decisiones que se tomaban o los compromisos que se acordaban. Ya el primer punto de la reunión dio lugar a una considerable tensión. Lo suscitó Muntaner —tras haberlo pasteado por separado con d’Entea y Rocafort—, y partía de una realidad objetiva, la de que antes de Roger de Flor los almogávares aragoneses y catalanes jamás habíamos tenido un jefe común, un *capo di tutti capi*, como habría dicho el exótico Frederic II de Trinacria. Si la Companyia Catalana decidió procurarse uno, que no elegirlo, fue para mejor entenderse con nuestro cliente, Andrónic II Paleólogo, al que Roger de Flor conocía de antes, y por ninguna otra razón. Ahora debíamos decidir si mantener esa misma filosofía y elegir un jefe común que reemplazase al extinto De Flor, pensando en las alianzas que deberíamos empezar a negociar con quienes pudieran echarnos una mano, lo cual requería don de lenguas, o dar por amortizada la figura y volver a nuestra filosofía de siempre, la de un conjunto de hordas independientes las unas de las otras que cuando les conviene se alian entre sí para enfrentarse a un enemigo común, sin más interés también común que saquear cuanto se pudiese.

Ahí d’Entença intervino para decir que, además de aquel interés consustancial a la esencia misma de los almogávares, había uno puntual aunque insoslayable: cobrarnos las vidas de nuestros compañeros asesinados por los viles bizantinos. Él decía *griegos*; pese a que no todos los bizantinos fueran griegos, ni todos éstos fuesen lo otro, no era el único en confundirlos. No tuvo que insistir, porque los otros once comenzaron a golpear el suelo con las puntas de sus espadas, aullando «*desperta ferro!*», de un modo tan vigoroso que a xor Miqueli no le habría tranquilizado escucharlo. Una vez despejado que durante algún tiempo se trataría más de vengar que de saquear, no tardó en haber acuerdo en que nos vendría bien tener un jefe, uno que, llegado el caso, nos representara en una mesa de negociación. D’Entença, sin ser tan culto como De Flor, sin duda lo era más que Rocafort. Éste, por su parte, además de hablar un rudo catalán sólo sabía blasfemar en calabrés, y eso dejando aparte los respectivos modales, pues si los del primero eran los de un caballero tirando a relamido, los del segundo recordaban a los de un oso recién deshibernado que se hubiera colado en medio de un rebaño. Por si todo aquello fuera poco, una de las últimas decisiones de Roger de Flor fue designar a d’Entença Megaduque para él ascender a César, lo que se podría interpretar como una designación de segundo en el mando. No era una interpretación con la que Rocafort estuviera de acuerdo, pero el caso fue que los doce votaron y el conteo resultó favorable a d’Entença. Sospechaba

yo que no tanto por sus méritos como por los muchos callos que Rocafort llevaba pisados desde que vistió su primera *gonella*.

Una vez aceptado que don Berenguer d'Entença I de Montcada era el nuevo jefe de la Companyia Catalana d'Orient, venía debatir la situación militar; concretamente, los planes operacionales de los que ambos candidatos al mando supremo llevaban hablando desde que Muntaner nos vio llegar, con mal aspecto, a Cludera, Ramón d'Alquer, Berenguer de Roudor y yo mismo. Rocafort exponía que, habiendo perdido Miqueli la oportunidad de sorprendernos, lo natural sería que se tomara tanto tiempo como quisiera, de forma que no sólo acumulara hombres y hombres para en su momento lanzarlos contra nosotros, sino que al tiempo nos debilitáramos, pues lo que producía la península bastaba para no desfallecer de hambre, aunque no para cubrir la dieta esencialmente carnívora de los almogávares, los cuales ya empezaban a estar hasta los mismísimos de tanta verdura y tanta fruta.

Una de las peores consecuencias de la traición de Miqueli fue que no nos habíamos preocupado de acumular una suficiente cabaña, de modo que a la vuelta de quince días nos habríamos comido hasta la última vaca, el último cerdo y la última oveja, para entonces empezar con los caballos, y de éstos no andábamos tan boyantes como para zampárnoslos sin más. Si se combinaba eso con que la fuerza primordial de la Companyia se basaba en nuestro talento para el combate a campo abierto, salía que no deberíamos esperar un minuto a lanzarnos contra los ejércitos de Miqueli, ahora que aún no podían ser excesivamente fuertes, con esperanzas razonables de arrollarlos. Si lo conseguíamos, lo siguiente sería llevar la guerra bien al interior de Tracia, con el doble ánimo de vengar y saquear, de forma que cuando meses después no quedara un tracio vivo nos volviéramos contra su capital, Constantinopla, y no dejáramos piedra sobre piedra. En ese punto se sentó, para saborear un expresivo mugido de aprobación, casi general. El *casi* corría por cuenta de Berenguer d'Entença y de García Gómez de Palacín, que tenían otros planes y que al momento comenzaron a explicar. Según ellos, bloquear el istmo sería más lógico que lanzarnos al ataque, ya que por su propia estrechez Miqueli no podría invadirnos desplegado a lo ancho; eso haría posible defenderlo con un número limitado de almogávares. Dado que aún conservábamos una cierta flota, ellos proponían encomendar a Rocafort que lo defendiese con dos tercios de los hombres, mientras ellos abordarían cinco galeras con ochocientos almogávares, sin caballería, para durante seis o siete semanas llevar el terror y la devastación a las islas del mar de Mármara y a los puertos principales, como Rodosto, para terminar dejando un serio aviso en la propia Constantinopla. No la podrían tomar con una fuerza tan exigua, por supuesto, pero destrozarían el puerto y todo lo que se hallara fuera de las murallas, y hasta podrían pegarles fuego, de modo que después, cuando se retirasen a Gallípoli, al emperador Andrónico y a su hijo se les hiciera claro que habían abierto la caja de Pandora, que la tal Pandora estaba cabreadísima y que para poder hablar de paz deberían antes enviarnos todas las reservas de oro que hubiera en Constantinopla. Desde ahí, pues ya veríamos.

Este plan nos gustó bastante menos, quizá por ser evidente que si d'Entença lo proponía era por no verse obligado a llevar a cabo el propuesto por su inferior en el mando, al cual, realmente, no podía soportar. La diferencia de talantes y modales era tal, y además manifestada en hasta lo más sagrado —el uno, el más devoto beato de la hermandad; el otro, el blasfemo más total—, que de ningún modo podrían llegar a cooperar, así que, sin decirlo, creo que todos dimos por bueno lo inevitable. D'Entença se largaría con sus cinco galeras y sus ochocientos almogávares, mientras que nosotros, reducidos a mil caballeros y tres mil infantes, no tendríamos otra que parapetarnos en el istmo y resistir hasta que no nos quedara otra que abordar las pocas naves que nos restaran por entonces y huir hacia donde buenamente pudiéramos.

La sesión se levantó poco después, ya que no quedaba nada por discutir. Así nos quedamos sin oír la propuesta más sensata de las tres que figuraban en el orden del día, un orden que al ser oral nadie tenía idea de qué contenía, salvo Muntaner, el que lo administraba. Yo supe de qué se trataba no mucho después, cuando Muntaner me lo explicó en sus habitaciones, según contrastábamos sus notas mentales con las mías en tablilla.

—Los dos planes son sendos disparates. No han nacido de las mentes, sino de los huevos, y salvo milagros acabarán llevándonos a la perdición, ya lo verás. Si mantuvieran la cabeza tan fría como deberían por su condición de capitanes y adalides, les habría propuesto embarcar, llevándonos todo lo que fuera de utilidad, y escapar de la tierra esta donde tan abiertamente se nos odia, y más después de la innecesaria matanza de hoy. No de huir a cualquier parte y sin rumbo fijo, te lo aclaro. Vinimos aquí en la idea de fundar un estado catalán donde la Companyia mantuviera el poder militar y desde ahí el político, aunque sin exterminar a nadie para ocupar nosotros sus casas y sus tierras. Debía ser un lugar donde fuéramos bienvenidos, donde se nos prefiriese a los que hubiéramos expulsado y a donde trajéramos la paz, la seguridad y la prosperidad. Bajo los principios de Roger de Flor pronto vi que tal cosa nos sería imposible, y no te digo nada bajo los de Rocafort o los del otro, que son igual de lunáticos aunque por causas distintas. Bajo unos principios de civilización, cultura y respeto, el Mediterráneo nos brinda un buen número de lugares donde hacernos fuertes y constituir un estado viable, con buenas perspectivas no ya de poderlo defender, sino de crecer y prosperar. Una isla, desde luego, porque tendría que ser una isla. Una lo bastante grande y poblada para generar alimentos con que dar de comer a sus pobladores y a nosotros, así como engendrar nuevos hombres, los suficientes para no sólo incrementar la riqueza común, sino para perpetuar nuestras tropas. Una con los bastantes bosques, en fin, para surtir a nuestras propias atarazanas, para no depender de nadie a la hora de construir y reparar nuestros propios barcos.

—¿Esa isla existe, Ramón?

Supongo que me salió un tono escéptico, aunque Muntaner me lo pasó por alto;

bien sabía que no lo motivaba ninguna clase de repulsa intelectual, sino mi simple y vulgar ignorancia.

—Hay dos. Una es Mitilene, aunque nosotros la llamamos Lesbos. Es, más o menos, el doble de Eivissa. Muy fértil, muy boscosa, poco habitada, mal defendida y con un puerto natural ciertamente magnífico, muy fácil de proteger. No es lo bastante grande para fundar allí un estado viable, aunque sí lo suficiente para lamernos las heridas y prepararnos para ir sobre la buena de verdad, la que sí sería la isla de nuestros sueños: Kriti, o Creta en catalán. Es dos veces Mallorca, igual de boscosa, de fértil y de rica. Está poco poblada, pero en absoluto es un desierto. Fue propiedad de los asnos esos —señalaba en dirección de Constantinopla, con desprecio— hasta que comenzó el *merder* de las cruzadas. Los bizantinos no la supieron defender. Acabó por quedar en manos de los venecianos, aunque para éstos sólo es un lugar donde mantener una flota de corsarios y un gran almacén de mercaderías, para comerciar desde ahí con el conjunto entero del Mediterráneo; el resto de la isla les da igual. Hacernos con su capital, Candía, sería un juego de niños, porque de ningún modo nos esperan. Como además no tendríamos problemas en capturar los barcos que tengan allí, pues miel sobre hojuelas. Les costaría mucho tiempo, mucho dinero y muchas alianzas movilizar una fuerza suficiente para desplazarlos, y para entonces nosotros también tendríamos nuestros propios aliados, y es que a los venecianos, por si no lo habías detectado, el mundo entero les detesta casi tanto como a nosotros, los catalanes. Sería, en cualquier caso, una oportunidad muy superior, mucho más ventajosa, que la que persiguen estos dos dementes, pero ya ves: nada que hacer. Bueno, sí: alistarnos lo mejor que podamos para que Miqueli no nos haga pedazos en el istmo. Si conseguimos resistir, y dado lo vagos que son los bizantinos en general y que casi no tienen dinero, y ésa es otra, que si tiraron por donde tiraron fue, además, para no pagarnos lo mucho que nos deben, lo normal será que se sienten a negociar, y tienen tantos territorios para conceder que sin duda llegaríamos a un acuerdo, pero aún falta mucho para eso, así que, mi joven amigo, prepárate para una guerra que será dura de verdad. Que Dios te guarde y lo puedas contar.

Era raro escuchar a Muntaner invocando a Dios, tanto que si lo hacía, me dije, sería por considerar que la situación era de lo más desesperada. Sin embargo, esa noche no estaba yo para muchas desesperaciones. Sería la última que pasaría con mis *muxeras*, esperaba que con las dos, y de ningún modo pensaba preocuparme. Ya lo haría cuando amaneciera y marchase hacia el istmo, pero esa noche, no. Quizá porque había un riesgo muy serio de que fuera la última que pasáramos los tres juntos en *aquesta valí de llágrimes*.

* * *

Según el cielo clareaba la mañana del 3 de junio de aquel año 1305, me decía que, por fortuna, ésa no fue la última noche con mis dos mujeres, cuatro desde el 14 de

abril. Por dos días fallaron las dos últimas en hacer coincidir su cumpleaños con el mío. Contra mis más hondos temores, por no decir terrores, fue un parto estupendo, de un par de apretones y ya está, esto es todo y aquí las tienes a las dos, una bien aferrada de la teta de babor y la otra igual pero a estribor, mamando con ansia y del modo más feliz, ante un rostro aún más feliz de la madre y los no mucho peores de la hermana Carlota y la abuela Giovanna. El más feliz de todos, sin embargo, me parecía el de una Claudera con unos cuantos partos a la espalda, o eso se murmuraba, porque aún se hacían cuentas las demás mujeres allí presentes de su destreza y sangre fría para recolocar a la segunda criatura, que venía con el culo por delante y habría podido cargarse a su madre, pero a Claudera no le tembló el pulso al meter la mano donde yo suponía sólo se metían otras cosas, y hacer girar con decisión a la que minutos después llenaba la escena de lloros, lágrimas y alegría. No estuve delante, como era natural, aunque sí a pocos pasos, confortado por Ramón y Berenguer —al que Carlota ya ponía ojitos; eran precoces, las hijas de Giovanna—, comiéndome los puños hasta que salió Claudera para informar.

—Se ha cagado en todos tus muertos, te ha llamado de todo y ha proclamado, a grito pelado, que jamás la tocarás otra vez. Ya ves, una madre cabal y normal. Como casi todas.

Las bautizamos dos días después, aprovechando que la *situado* seguía calmada. Tensa, pero calmada. De vez en cuando hacíamos algún prisionero, y una vez debidamente torturado nos explicaba con todo lujo de detalles —sobre todo a mí; era una de las servidumbres de hablar un pasable griego— el estado de lo que teníamos enfrente. Luego le degollábamos —era lo más caritativo que podíamos hacer, dado cómo le habíamos dejado—, le tirábamos a la Bocca d’Aveo y a otra cosa.

Las bautizó el que Muntaner tenía por menos hipócrita de los mosenes. A la que primero asomó de los bajos de su madre la llamamos Meritxell, en recuerdo de la mía. La otra se llamó Eris en honor de la suprema deidad a la que Claudera imploró, entre dientes, echara una mano cuando metió la suya bien hasta dentro para poner al cachorro en facha de nacer.

Fue una ocasión breve aunque muy alegre, por no decir feliz. El único que no lo parecía era el mosén. Había dos causas para su malestar. Uno era el nombre de la segunda de mis hijas. No se quedó tranquilo hasta que Muntaner le contó, a sangre fría, que se trataba de una virgen normanda, la cuarta o la quinta de las once mil de Santa Úrsula bendita, y a quien los prusianos consideraban patrona de las primerizas. Dada la fama de hombre muy sabio que tenía mi señor, el buen mosén hizo como que se lo tragaba, sospecho que no muy convencido —a Muntaner, alguna vez, le traicionaban los ojillos—, aunque con eso no se desvanecieron sus angustias. Lo supe minutos después, cuando me llevó a un aparte y me hizo saber que Dios Nuestro Señor no estaba satisfecho con mi situación familiar. Añadió el ser consciente de que no pocos almogávares sostenían relaciones parecidas, donde una de las mujeres era cristiana y la otra no, y que si miraba para otro lado era porque de aquellos pobres

diablos no podía esperarse nada mejor, pero yo, al ser un caballero catalán ungido por un monarca de la casa de Aragón, no podía comportarme así. El deber de los caballeros, explicaba, era dar ejemplo de virtud y rectitud, y el primero era no tener más de una esposa, pues si existe un pecado abominable de verdad es el de la poligamia, y ni yo me lo podía permitir, ni en ningún caso tenía derecho a imponer mis vicios protervos a esas dos jóvenes inocentes, que me querían tanto como para soportarse mutuamente, a sabiendas de que aquel horror les haría pasar la eternidad en el infierno. Me costó lo indecible abortar un «me toca los cojones todo eso, padre», aunque no me quedé sin susurrar que, como ya estábamos excomulgados, de un pecado más o menos ya no nos iba, ¿o no lo vería él así?, para después darle la espalda, marchar entre los muchos amigos que se nos habían acercado en ese día tan de recordar, acercarme a mis mujeres, a la sazón con una niña en brazos cada una, y comerme a besos a las dos. Si me costaba ir al infierno quererlas como las quería, pues que al tal le dieran por ahí mismo, aunque sospechaba que no sería el caso. Dios, si de verdad había uno y cada día me parecía más claro que no, de ningún modo podía estar en contra de que los hombres y las mujeres nos quisiéramos tanto como nos queríamos Llura, Claudera y yo.

Al día siguiente de aquello hubo novedades, buenas y malas. La buena fue ver llegar a la *Skogul*, dado que habíamos dado por perdidas las cuatro naves que se fueron con d'Aunés, al regresar aquélla no sólo pasábamos de tener cuatro a contar con cinco galeras de combate, sino con los sesenta hombres de su tripulación. La mala, escuchar las novedades que nos traía su abatido capitán, un vasco muy profesional que se llamaba Gonzalo de Ubieta.

—Llegamos a Constantinopla más pronto de lo previsto, pues a las pasajeras les entró un ataque de prisa. Tanto fue así que d'Aunés nos mandó remar, una cosa que jamás hacía salvo en caso de peligro. A cambio, la zarina nos prometió alojamiento a su cargo en los barrios divertidos de Constantinopla, y también paso franco en los mejores burdeles del puerto, con lo cual dejamos de maldecir y comenzamos a remar a ritmo de combate, cantando de alegría. Llegamos el 29 de marzo, que así lo marcó el piloto en la tablilla de bitácora, y desde ahí comenzamos a no vernos mucho con los de las otras naves. No sabíamos qué día volveríamos, pero sí que no sería más pronto del 10 de abril, de modo que nos organizamos como las veces anteriores, en ese puerto y en todos los demás: una tripulación se queda dos días al cuidado de las cuatro naves, luego la releva otra y así hasta que, ocho después, le vuelve a tocar. Nosotros volvimos a entrar de turno el 6 de abril. El 8 deberían relevarnos, pero en la tarde anterior, la del día 7, me pareció que algo raro sucedía. Era una sensación, no una convicción, porque todo parecía normal, pero el caso era que se juntaba demasiada gente, una que no había visto nunca, en la cercanía de los pantalanos. La *Skögul* era la última de las cuatro galeras, la situada más afuera de la dársena, y como cada hora que pasaba me fiaba un poco menos, ordené largar amarras, desatracarla del pantalán, sacarla del puerto y fondear a la gira donde comienza el Cuerno de Oro,

por si algo raro sucedía y teníamos que dar avance sin preaviso. Dispuse también guardias completas, no en zafarrancho de combate, pero sí en alerta. No me fui a dormir, de lo tenso que ya estaba. Me decía que aquello era histeria, que no pasaba nada, que habían sido unos días estupendos y que no lo habíamos podido pasar mejor, pero era como si me hubiera comido un gato vivo, uno que no dejaba de arañar.

El entristecido capitán se detuvo a echar un buen trago de agua. Venían con mucha sed, él y sus hombres; supuse que luego nos explicaría por qué.

—Sería cerca de medianoche cuando vi llegar por el puerto una multitud con antorchas, de civiles y soldados mezclados en desorden. Corrían y vociferaban como locos, en dirección a las naves. Sólo entonces me di cuenta de que no iban específicamente hacia ellas, sino que perseguían a otros hombres; pese a la distancia y la poca luz me pareció indudable que se trataba de tripulantes, los de las otras galeras. Pretendían abordarlas para largar amarras y escapar a remo, era evidente, pero no les dieron tiempo. No las abordaron tras ellos, pero les arrojaron toda clase de antorchas y de balas incendiadas, y después, cuando ya se propagaba el fuego por ellas, les impidieron bajar, cerrando el paso a los que intentaban ponerse a salvo, los que preferían ser masacrados a quemarse vivos. Suciedera lo que sucediese no vimos el final, porque tras tocar zafarrancho de combate cortamos de un tajo la estacha del ancla y nos deslizamos hacia el canal, y de ahí al Mármara tan deprisa como pudimos, aunque no sin dejar de ver que una galera bizantina, de las rápidas, aparejaba tras nosotros. Nuestra nave, no sé si lo sabes —por Muntaner—, es genovesa, y por tanto no muy veloz, que digamos. Para mi piloto y para mí estaba claro que nada más salir el sol nos cazarían, y que pese a todavía ser de noche no podríamos zafarnos de la persecución con aquella puta luna llena, pero en esto se le cruzaron unas pocas nubes, no muy densas, aunque sí lo bastante para que todo se oscureciese, y ahí mandé caer a babor, hacia Chalki, para escondernos en su ensenada. Estaba claro que después de no encontrarnos volverían a buscarnos, suponiendo que nos habríamos escondido allí, de modo que a la hora volvimos al mar, para seguir bien pegados a la costa sureste, con la idea de navegar de noche y escondernos de día. Son aguas turcas, de modo que tampoco ahí estábamos seguros, y además apenas teníamos víveres, pero aun así, poco a poco, logramos alejarnos de la zona más peligrosa. Hemos pasado un montón de hambre, y también de sed, aunque gracias a Dios nos llovió bastante cuando bordeábamos Artaki. Súmale a todo esto el no saber qué íbamos a encontrar en Gallípoli, pues como es natural no nos llegaba ninguna noticia, y te harás una idea de lo angustiados que navegábamos, aunque también imagina nuestro alegrón al ver que aquí —estábamos en el Hexamilia— ondeaba la *senyera*.

Muntaner era un gran hombre, de los que saben cuándo es el momento de abrazar a un marino de labios agrietados, si no rotos, por la sal, el sol, el viento, el hambre y la sed.

—Lo tenemos mal, no te lo vamos a ocultar, pero aún no han podido con

nosotros. Si algún día lo consiguen, les costará diez a uno los que todavía somos.

Me dije, para mí, que tampoco era un consuelo, pero cada cual reparte ánimos como buenamente puede, y la forma que tenía Rocafort de levantar los corazones, aunque despiadada, era de reconocer que funcionaba; cuando menos con Ubieta, porque fue oírle y apretar los puños, al tiempo de mascullar:

—*Desperta ferro!*

El día 2 de mayo apareció en la Bocca d’Aveo, procedente del mar de Mármara, una escuadra veneciana. Era un convoy de carga, formado por cuatro carracas escoltadas por dos galeras de batalla. Muy corteses, y muy cautos, nos preguntaron a bocina si una de las naves podría detenerse y hacer aguada. Se le dijo que sí, claro está. Ni estábamos en guerra con la República de Venecia ni de momento necesitábamos más enemigos, así que la tal se acercó al pantalán principal, le tendimos amarras y vimos descender a su gente con un gran barril, que se les había perforado. Lo importante para nosotros no era eso, sino ver que tras él bajaba el buen Gensana, el cónsul de Aragón en Constantinopla. No tenía mucho tiempo, pues reparar el barril, llenarlo y subirlo no costaría más allá de unos momentums, pero no necesitó más para ponernos al corriente. Según dijo, la conspiración estaba tan exquisitamente preparada que las noticias de la matanza de Adrianópolis llegaron a las Blanquernas a mediodía del 7 de abril, por una bandada de palomas mensajeras. Una vez Andrónic tuvo la confirmación, ordenó desencadenar una caza nocturna de catalanes, seguro de pillarlos deprevenidos. A d’Aunés, por ejemplo, le atraparon en la casa de su suegro. La multitud, que aun estando al principio bien organizada ya se había vuelto loca, tras exigir su entrega y el otro negarse, pegaron fuego a la casa, quemando vivos a sus ocupantes. Hicieron lo mismo con los tripulantes de las naves que pudieron atrapar, salvo los de una que logró escapar no sabía él cómo. Tras eso Gensana, los suyos y algunos otros catalanes que confiaban en sus ideas, desaparecieron de la vista de los bizantinos, escondidos en casas de parientes no catalanes o de amigos muy fieles, o al menos a los que interesase contar, algún día, con un buen contacto en Aragón. El criterio general, quizá por inspiración de Gensana, era que aquella persecución a muerte lanzada por Andrónic, aun estando dirigida estrictamente contra los almogávares, bien podía volverse una caza general de catalanes, y por eso la medida más prudente sería permanecer ocultos cuando menos diez días.

Se interrumpió, mirando con preocupación a los calafateadores que se afanaban en reparar el gran barril. En general, las naves que se aventuraban por el Egeo, sobre todo en primavera y en otoño, se aseguraban de llevar agua y provisiones para meses, pues el tiempo era tan traidor que muy bien podían terminar en las costas egipcias, y en ellas nadie con la cabeza sobre los hombros osaría fondear para conseguir suministros. Aún le quedaban unos minutos —no quería impacientar a sus aprensivos anfitriones; pese a no haber nada que de momento nos enfrentase a los venecianos, lo cierto era que los unos a los otros no nos gustábamos mucho—, de modo que se

aclaró la voz y prosiguió con su relato.

—Cuando tuvimos noticias contrastadas de que la multitud ya se había calmado empezamos a salir de nuestros escondrijos. No éramos muchos, aunque sí los suficientes para no ponernos de acuerdo, como siempre pasa con los catalanes — Muntaner, filosófico, asintió—. Un grupo, el de los audaces, se inclinó por quejarse al *cabrá* del Andrónic; alegaban que no había estado de guerra entre Bizancio y ninguna de las tres coronas de la casa de Aragón, pero esa matanza, más la de Adrianópolis, de la que ya teníamos noticias, lo podría provocar. Andrónic se deshizo en excusas, explicó que lo de Adrianópolis fue una confrontación entre dos ejércitos motivada por la exigencia de más dinero del que hasta entonces era mercenario del otro, y que quienes realizaron la carnicería fueron los alanos por tener cuentas pendientes con Roger de Flor, no específicamente con los catalanes. En cuanto a lo de Constantinopla, pues que las multitudes, inspiradas y alentadas por los genoveses, que también tenían con los almogávares agravios sin saldar, enloquecieron de forma tan inesperada como súbita, y pese a los esfuerzos de su ejército fue imposible reducirla. Les aseguró, a los que formaban la comisión, que no había nada contra ellos ni contra sus familias o sus intereses. Como no se lo creían le pidieron un salvoconducto para dejar Constantinopla por tierra, y Andrónic lo expidió en el acto, adjudicándoles una escolta para que marcharan a Gallípoli. Esto último fue por exigencia de los que presentaron las mayores quejas, los capitanes de dos de las galeras, que de milagro lograron esconderse y sobrevivir. Se llamaban, me parece, Pere Llopis y Guillem de Sisear. —Muntaner asintió de nuevo; en su calidad de intendente general mantenía en su privilegiada cabeza los nombres de todos los capitanes y adalides de la Companyia Catalana d’Orient—. Así, al cabo de unas horas ya estaba listo un convoy de catalanes deseosos de marchar cuanto antes a Gallípoli. Se apuntaron dos familias, además de los contados supervivientes de las naves. En total, veinte hombres, tres mujeres y cuatro niños. Yo no daba ningún valor a la palabra de Andrónic, y así lo expuse, pero no me hicieron caso. Salieron ese mismo día con la escolta que dije antes, una de doce hombres se suponía que capaz de hacer respetar la palabra dada por Andrónic a Sisear y a Llopis. Hay cincuenta leguas entre Constantinopla y Gallípoli; hacia la mitad, más o menos, se levanta una ciudad moderadamente grande. Se llama Rodosto y es muy hermosa, tanto que no hace muchos años los Paleóleg edificaron allí un pequeño palacio. De orden de Andrónic la escolta les llevó allí, para que pernoctaran con alguna comodidad, pero en el tal palacio les aguardaba otra multitud, convocada por un correo llegado poco antes. Lo que sigue lo podéis imaginar: los mataron a todos, a los niños también y no de cualquier modo, sino descuartizándolos en vivo. La noticia llegó a Constantinopla días después, para difundirse por las calles en medio de una general alegría. Según se decía, fue la reacción de la gente de Rodosto a la matanza de bizantinos que aquí, en Gallípoli —señalaba el suelo con el dedo—, los catalanes perpetraron en venganza por lo de Adrianópolis, sin querer aceptar que aquello fue cosa de los alanos, no de

los griegos. —Muntaner arrugó el ceño, fastidiado; de aquellas lluvias innecesarias venían estos lodos trágicos, parecía expresar. Rocafort, por su parte, seguía tan de piedra como siempre. Tras eso mis familiares y yo comprendimos que sería cuestión de tiempo que nos pasase lo mismo. Debíamos huir, aunque sin decir a nadie nada. Yo me había llevado bien con los otros cónsules, pues en los buenos tiempos, antes de que Andrónic se volviera loco, a menudo nos ayudábamos los unos a los otros. El de Venecia, que es un buen hombre, nos consiguió espacio en un convoy que zarpaba para Kriti. Fue penoso dejar atrás casi todo lo que teníamos, pues no podíamos llevarnos nada que no cupiera en cuatro baúles, pero al menos salvaríamos las vidas, y dado el general estado de las cosas nos pareció, y qué remedio, un buen negocio. Siempre que consigues salvar el pellejo, lo es.

Se interrumpió, mirando con evidente dolor las caruchas de unos niños asustados que asomaban sobre la falca popel de la tarida. Es duro verse obligado a empezar de nuevo, y aún debe de serlo más si encima lo has de hacer con un puñado de criaturas que dependen de ti para todo, pero nosotros, mucho me lo temía, ya estábamos saturados de tragedias. No nos quedaba sitio para más.

—En fin, esto es todo lo que os puedo contar. La verdad, no empezamos a respirar con algo de sosiego hasta ver desaparecer Constantinopla, cosa por demás dolorosa, porque mi mujer y yo llevábamos ahí más de veinte años. Allí nacieron nuestros hijos y también nuestros nietos, al punto que casi ni nos acordábamos de alguna vez haber sido catalanes, pero ya veis cómo están aquí las cosas, en este Imperio bizantino de mierda.

Tras eso nos explicó sus planes de seguir hacia Trinacria desde Kriti, para pedir allí trabajo al buen rey Frederic, al que había servido bien durante los diez años que llevaba en el trono, aunque lo cierto fue que no le hicimos mucho caso. A Muntaner, en particular, le rondaban dos preguntas por la cabeza.

—¿Sabes algo de la fuerza de Berenguer d'Entença?

No sabía nada, salvo que una flota genovesa compuesta de unas veinte galeras de combate, que operaba desde un par de años antes en el mar Negro por cuenta del Imperio, se había reunido en Constantinopla no muchos días antes, para tras aprovisionarse y hacer subir a bordo un millar de soldados bizantinos zarpar hacia el oeste. Nos miramos, entendiendo que aquello sólo podía deberse a un objetivo: dar con la pequeña flota de Berenguer y hacerla pedazos. Muy mala noticia, si bien la siguiente aún fue peor:

—Miqueli ha reclutado un ejército de cuarenta mil hombres. Proceden de todas las partes del Imperio y marchan hacia Rodosto, donde se concentrarán a fin de mes, pues los que vienen de más lejos, como Bulgaria, por fuerza tardarán en llegar. A esa fuerza debéis añadir la que ya está junto al istmo, en un campamento que llaman Brachilaium. A ésta la manda un tipo que por lo visto tiene fama de buen soldado, un tal Boesilao. Cuenta con diez mil de a pie y cuatro mil de a caballo; éstos, en su mayoría, mercenarios alanos. Según me ha dicho el almirante veneciano, el que

manda el convoy, la misión de Boesilao es no dejaros salir, porque no atacará mientras no lleguen los cuarenta mil de Miqueli, a mediados de junio. Para entonces serán más de cincuenta mil y quizá de sesenta mil, y no sólo eso, sino que serán las tropas mejor preparadas del Imperio. Según sentencia, no tendréis nada que hacer.

Vimos a Gensana subir a la carraca veneciana, la cual soltó amarras un instante después, para separarse del pantalán impulsada primero por los bicheros y después ya por su aparejo. Una de las galeras de la escolta la esperaba un cuarto de legua más allá, en la dirección del Egeo. En ese punto decidimos, sin decírnoslo, que Gensana ya era historia. Lo que procedía era estudiar nuestro siguiente movimiento, pues el mapa entero de la situación al fin estaba claro —penosamente claro— ante nuestros ojos.

* * *

Si la información de Gensana nos dejó con muy mal cuerpo, pese a que la esperábamos, la que nos llegó dos semanas después, hacia el 20 de mayo, lo empeoró. Ese día, de buena mañana, nos dimos con una flota de dieciocho naves genovesas atravesando la Bocca d’Aveo en línea de fila, con los ballesteros en cubierta y listos para disparar. No teníamos medios para detenerlas, ni para interceptarlas, pues avanzaban muy ceñidas a la ribera de Anatolia, fuera del alcance de nuestras ballestas, y también de la media docena de catapultas que nos fabricaron en las atarazanas de Imbros. La única forma de sacarlas de curso sería la tradicional, el abordaje, pero nuestra exigua flota no estaba en condiciones de plantarles cara. En cierto modo, era para dar gracias a Dios el que se limitaran a desfilar frente al Hexamilia mientras nos miraban con aspecto seguramente sombrío —la media legua larga que medía en aquel punto la Bocca d’Aveo no dejaba saber qué cara tenían los genoveses. Sospechábamos que sería la misma flota que había dejado Constantinopla tras llegar del mar Negro, aunque se habría debido entretener en el Mármara, porque no se tardaban tantos días en ir del Cuerno de Oro al Hexamilia. En esas especulaciones andábamos cuando a pesar de la distancia vimos algo interesante: de la última galera se abría un bote, imposible saber con cuánta gente a bordo, que aproaba en nuestra dirección. La galera no se detenía, de modo que nadie sobre sus cubiertas debía de tener interés en lo que pudiéramos decir a los que venían. Minutos después apreciábamos que había tres hombres a bordo, de los que dos remaban y el tercero llevaba el timón al tiempo de hacernos señas con los brazos. Era cuestión de tiempo que le distinguiéramos el rostro, y me alegra decir que fui yo quien le identificó: era Guillem de Souchon, el que mandaba la flota de Berenguer d’Entença I de Montcada. El mismo que media hora después, rodeado del Consell dels Dotze casi al completo, nos contaba una historia muy penosa.

El primer objetivo de d’Entença fue la isla de Mármara, la más grande del mar al que daba nombre, a unas pocas horas de navegación desde Gallípoli, bastante poblada

y que hasta entonces había tenido suerte, pues los turcos, que de navegar no parecían saber mucho, nunca se atrevieron a saltar a ella desde Artaki. Desembarcaron allí al amanecer del día después de dejar Gallípoli, para encontrar una nula resistencia. Él, Souchon, no esperaba que d'Entença consintiese que sus almogávares hicieran mucho más que saquear las aldeas y violar alguna griega que otra, pues nadie les plantaba cara, pero el caso fue que se dieron a una orgía de muerte y destrucción, al punto que cuando dos días después volvieron al mar no quedaba en pie una sola casa, ni vivo habitante alguno, mujer u hombre, vieja o niño, salvo que se hubiera escondido en alguna cueva muy recóndita. Se trataba, se lo dijo así el irritado d'Entença, de hacer saber al Imperio en general, y a los griegos en particular, en qué consistiría la venganza de la Companyia Catalana d'Orient, o Venjança Catalana para simplificar, que los almogávares, los suyos y los de los otros capitanes, iban a desencadenar de momento sobre Tracia, y más adelante ya se vería. Eso, a Souchon, le dejó muy espantado, pues era consciente de la debilidad de la fuerza. Cinco galeras, en su mayoría de tipo genovés, eran nada contra lo que podría reunir Andrónic, y ochocientos almogávares, más unos cuatrocientos tripulantes y ballesteros, aunque a la hora de combatir valiesen cada uno por cinco griegos no tendrían esperanzas contra una fuerza mucho más numerosa y que además contase con caballería. Lo que había emprendido d'Entença, en su opinión, era una irresponsabilidad si no un suicidio, pero él le debía la vida y la fortuna. Desde hacía más de quince años le vinculaba con él un juramento de fidelidad que de ningún modo pensaba romper, de modo que, pese a estar seguro de que tenían un futuro muy negro, no le discutió sus locas órdenes.

Tras dejar Mármara d'Entença ordenó aproar al noreste; su propósito era caer sobre una ciudad-puerto bastante próspera llamada Heraclea, entre Rodosto y Constantinopla. El programa de actuación era el mismo de dos días antes, y lo ejecutaron igual, dejando tras de sí una estela de sangre y devastación que a Souchon le seguía pareciendo desmesurada, pero d'Entença insistía en que no correspondía otra cosa. Las venganzas son las venganzas, y la de la Companyia Catalana debería ser de tal magnitud que los siglos la recordasen, a ser posible con el más total horror.

En Heraclea estuvieron unos días, ya que masacrar, saquear y arrasarse son actividades delicadas que llevan cierto tiempo si se rehúsa dejar supervivientes, y el área, por si fuera poco, era extensa, pues Heraclea, más que una ciudad, era un conjunto de comunidades dispersas en un arco de cuatro leguas de radio. La meticulosa devastación de todo lo que hubiera en su interior era incompatible con la táctica más aconsejable, la de no pasar en tierra más de dos noches seguidas. La consecuencia, funesta, fue que, al estar Heraclea cerca de Constantinopla —doce leguas, susurraba Muntaner—, los primeros y despavoridos huidos llevaron al emperador no sólo la noticia, sino dos datos muy malos: sólo eran cinco galeras y no desembarcaron de cada una más de doscientos hombres.

Para el emperador fue no ya una sorpresa, sino un disgusto muy serio, ya que de ningún modo esperaban que los restos de la descabezada Companyia Catalana

hicieran otra cosa que parapetarse donde se les había sitiado, para emprender la huida por el Egeo a la que pudieran alistar un número suficiente de barcos. De ningún modo se contaba con que fueran capaces de organizar misiones de castigo, aunque los escasos medios con que contaban auguraban que poco daño podrían causar, sobre todo si se les hacía frente con una fuerza suficientemente grande. Quien sostenía este criterio tan optimista era uno de los hijos bastardos de Andrónic, un tal Kaloianne, del que se decía poseía talentos militares. Sin apenas pensárselo, alistó una fuerza de unos cinco mil hombres, con abundante caballería, y emprendió el camino de Rodosto, en cuya mitad estaba Heraclea, desdeñando enviar un mensajero a Miqueli, a la sazón ya en Rodosto con la mitad del ejército que pensaba lanzar contra Gallípoli, para pedirle se sumara y enviase, al menos, diez o doce mil hombres para que se uniesen a los suyos.

La distancia entre Constantinopla y Heraclea era tal que no tomaría más de seis jornadas alcanzar a los catalanes, los cuales, a su vez, se habían desplazado una legua más al norte, a fin de no dejar indemne una ciudad bastante populosa que se llamaba Tzouroulos. En eso estaban cuando tuvieron noticias de la llegada de la fuerza bizantina. En el acto se reconfiguraron, adoptando el orden de combate natural de los almogávares. Los soldados bizantinos, relativamente bisoños, no tenían experiencia en combatir contra fuerzas que buscaban el cuerpo a cuerpo y cuya prioridad, por si fuera poco, no era conseguir muchos prisioneros. A eso se debió que la batalla fuera tan breve como brutal, terminando con el ejército de Kaloianne huyendo en desbandada, con un tercio de sus efectivos muertos o malheridos —poco después todos se contaban por muertos— y su jefe cautivo de Berenguer d'Entença, el cual le invitó, en primer lugar, a explicarle todo lo que supiera de aquella campaña y de las que a la sazón estuvieran preparándose. Una vez consideró probable que aquel pobre diablo le había dicho todo lo que sabía, y contra la recomendación de su fiel Gómez de Palacín, partidario de conservarle para canjearle por algo de interés que se pudiera presentar en el futuro, dio la orden de descuartizarle, aunque atendiendo a su rango y al entusiasmo con que había colaborado, una vez hubiera sido cortésmente degollado. Así, cuando llegaran las noticias al emperador Andrónic, a su hijo Miqueli y al resto de la *colla*, tendrían razones sobradas para comprender lo mucho que se habían confundido al pensarse la encerrona de Adrianópolis.

Andrónic, sin embargo, no era idiota. Sabía escuchar a sus consejeros, a sus aliados y a sus mercenarios, y uno de los más listos, el almirante genovés Eduard Doria, le había hecho ver, al poco de romper marcha el infeliz Kaloianne, que la verdadera debilidad de la fuerza catalana deseosa de asolar la parte bizantina del mar de Mármara —no sabían quién la mandaba— estribaba en lo reducido de su flota, ya que si un dato había sido repetido y repetido por los informantes era que sólo contaba con cinco galeras. Él, Doria, tenía dieciocho, y aunque no estaban en condiciones de dar su máxima velocidad, a causa de los teredos acumulados en sus pantoques durante los casi dos años que llevaban en el mar Negro, si lograban cercar a las naves

enemigas éstas no tendrían salvación. Dado que según todo indicaba el valiente Kaloiannes conseguiría cuando menos atraerle a una batalla, en el caso de que no venciera sería seguro que los catalanes pasarían unos cuantos días adicionales en tierra, porque saquear ejércitos vencidos es cosa que lleva tiempo, de modo que cuando fueran a subir a sus galeras él estaría esperándoles en las suyas. Al emperador le pareció una gran idea, y en el acto dio sus bendiciones al sagaz Doria, y era de suponer que un buen montón de oro, pero eso Guillem de Souchon no lo sabía. El plan se cumplió —el almirante genovés de veras dominaba su oficio—, de modo que cuando los almogávares de d’Entença iniciaban la siguiente travesía se vieron rodeados por dieciocho naves más veloces —venían con mejor viento— que surgían de la bruma del este, la que procedía de Constantinopla.

Era una eventualidad con la que d’Entença no había contado. Lo demostraba el que dudase tanto antes de adoptar una posición de batalla, y además errónea, pues en vez de volver a tierra, desembarcar y abandonar las naves, lo que habría sido una pérdida menor, ya que la infantería y las tripulaciones conservarían sus armas y siempre podrían intentar abrirse paso hasta Gallípoli, optó por juntarlas y presentar las popas, lo que más o menos significaba que si los genoveses querían un combate a muerte, lo tendrían. El almirante Doria, demostrando una vez más que dominaba su oficio, se limitó a cerrar distancias, aunque sin ir al abordaje. Prefirió izar bandera de parlamento, invitando a su oponente a negociar. Ésa fue la segunda metedura de pata de d’Entença: creer en la palabra de un almirante genovés. Tras hacerle saber que aceptaba el diálogo aceptó también que abarloara su nave a la *Moreneta*, que tendiera una plancha y que le recibiera con todos los honores, desoyendo las advertencias de sus hombres, que menos aristocráticos o menos nobles, y desde luego menos ingenuos, le decían a gritos que aquello era una trampa. En la mentalidad de d’Entença no entraba que un almirante Doria, de la nobilísima familia Doria, pretendiera traicionar a un caudillo de la todavía más noble familia d’Entença —sin duda sabía de qué familia se trataba, pues el pabellón de Aragón sumado al de los Entena era inconfundible—, de modo que, acompañado de Souchon y cinco caballeros más, pasó a la nave capitana de don Eduard Doria.

Las desconfianzas tienden a declinar a medida que pasa el tiempo sin que ocurra nada que las alimente, y lo cierto era que aquel Doria tan genovés, y por tanto tan astuto, había mandado disponer en cubierta, bien a la vista de todo el mundo, una mesa donde al poco se sirvió un festín propio de almirantes. Así fueron pasando los minutos, y tras ellos la horas, sin que de ninguna de las naves genovesas llegara otra cosa que contenidos gestos de hastío, como si sus tripulantes maldijeran la cortesía de su almirante y el tiempo que les hacía perder en su muy deseado regreso a la todavía más añorada Génova, cuando de golpe, completamente por sorpresa, de las cubiertas inferiores de todas ellas surgieron infantes bien armados que se abalanzaron sobre las cinco galeras catalanas, al tiempo que d’Entença y su perpleja escolta —el más perplejo era él— eran reducidos por dos docenas de ballesteros genoveses. En

cuestión de pocos minutos, cuatro de las cinco galeras pasaron a ser genovesas y sus tripulantes presos, acompañados de los almogávares que llevaban a bordo, igualmente neutralizados por unos enemigos que les triplicaban en número. La quinta galera, sin embargo, se resistió, al punto que no sólo sus trescientos ocupantes, entre almogávares y remeros-ballesteros, acabaron allí sus días, sino que la embarcación fue devorada por las llamas, abandonada y hundida. Ciertamente fue que los trescientos se llevaron por delante al menos otros tantos, pero la derrota, en cualquier caso, fue total. El caudillo d'Entença no se cortó lo más mínimo en hacer saber al almirante Doria lo que opinaba de su caballerosidad y su honestidad, pero al otro le dio igual. Mandó que les cargaran de cadenas, a él y a su escolta, otro tanto con los quinientos y pico almogávares y trescientos marinos prisioneros, tomó a remolque las cuatro galeras capturadas y ordenó aproar a Constantinopla.

Los planes de Doria, pensaba Souchon, pasaban por entregar a los bizantinos el total de la fuerza catalana prisionera, si bien debió pensárselo mejor por el camino, pues una vez fondeada su flota en el Cuerno de Oro se limitó a desembarcar a los catalanes, a todos menos d'Entença y los que habían subido con él a su capitana, y a traspasar a la Flota Imperial las cuatro galeras capturadas. Souchon ignoraba el destino de los cautivos, cuyas expresiones denotaban una honda preocupación — bastante lógica, pues venían de descuartizar a un príncipe imperial, bastardo pero príncipe—, aunque no tuvo tiempo para darle vueltas, pues al poco la flota genovesa se hacía de nuevo a la mar. Era evidente, aunque no lo dijera, que Doria pretendía servirse de d'Entença, como mínimo, para no tener problemas al cruzar la Bocca d'Aveo —quizá pensara que la fuerza naval de los catalanes, la que tuvieran en Gallípoli, era mucho más poderosa de lo que por desgracia era—, y quizá también para encarcelarlo con su escolta en Génova y pedir un buen rescate, según los usos y costumbres habituales en el curso mediterráneo. Sin embargo, y tras interrogarlos, algo debió de cambiar en su cabeza. En lo referente a d'Entença, que su captura podría enturbiar las relaciones entre Génova y el reino de Aragón, del cual aquél era uno de sus más notables súbditos. En lo referente a Souchon, que al ser un caballero francés y hacer falta muy poca chispa para que se organizara un incendio con Philippe IV de Francia, lo más prudente sería devolverlo a los catalanes según se atravesara la Bocca d'Aveo, con dos de los menos señalados miembros de la escolta de d'Entença y con el encargo de hacer saber a don Ramón Muntaner, probable jefe accidental de la Companyia Catalana, que los genoveses no tenían nada fuera de lo normal contra los catalanes, que sabían a ciencia cierta que la matanza de año y medio antes fue inspirada por Andrónic, que aquel hacerse con las galeras y la hueste de don Berenguer sólo fue un trabajo puntual sin antes ni después, una mera última obligación contractual para poder dejar Bizancio con todos los haberes cobrados, cosas todas ellas que Doria esperaba de Muntaner las comprendiera, ya que, como los buenos mercenarios que ambos eran, los dos vivían de lo mismo, y que, por último, deseaba de corazón que aquel triste incidente no enturbiara la posibilidad de hacer, en

el futuro, buenos y muy beneficiosos negocios a satisfacción de las dos partes.

Al llegar ahí Rocafort no se pudo contener:

—Es listo, el *cabro* del Doria. Listo y *fill de puta*. Ya lo creo que sí.

—Míralo por el lado bueno, Bernat: no les veo volviendo atrás, de modo que, al menos por el lado del mar, ya tenemos el trasero a cubierto. Lo que tenga que suceder entre Andrónic, su hijo y nosotros, no tendrá nada de naval. Todo será en tierra, y eso, lo mires por donde lo mires, para nosotros es bueno. Cuando menos, será difícil que nos desembarquen un ejército a las espaldas. Nos podremos concentrar en lo que tengamos delante, y siendo tan pocos como somos no tener que dividirnos es una estupenda noticia.

* * *

Nos habíamos sentado en la sala que Muntaner eligió, siete meses hacía ya, para las reuniones de un Consell que por entonces, al llegar de Anatolia, todavía no llamábamos de Dotze. La primera decisión, esa tarde, sería elegir entre padecer un único jefe, un capitán de la Companyia, o seguir disfrutando el caos y el desorden de que cada cual hiciera lo que le diese la gana. Toda vez que, *de facto*, llevábamos semanas obedeciendo a un Rocafort que durante todo ese tiempo no había ordenado ninguna tontería, los doce —yo seguía sin serlo— le otorgaron en derecho lo que ya tenía de hecho: la plena confianza de la Companyia, o de lo que aún quedaba de ella.

—Si seguimos a la espera, Boesilao no hará nada. Seguirá vigilando que no salimos de aquí, hasta que dentro de dos o tres semanas Miqueli se le una con los cuarenta mil que dice Gensana. En ese momento, digo yo, ya se decidirán. En su estilo, sin preocuparse de las bajas. En una proporción de diez a uno, ni un milagro nos salvaría. ¿Es esto algo que todos tenemos claro?

Todos asentimos. El juicio de Muntaner era incontestable.

—El campamento de Boesilao, el que llaman Brachilaium, con la inmensa llanada que tiene por delante no permite que les ataquemos por sorpresa. Sólo con que nos vieran desbordar nuestra línea de vigilancia tendrían tiempo sobrado para organizarse. Dados los que son, vencerles nos supondría, en esas condiciones, pagar un precio en vidas que no podemos aceptar, si es que deseamos tener luego alguna posibilidad contra Miqueli.

De nuevo asintieron todos, aunque Rocafort con impaciencia.

—Todo eso ya lo sabemos, y tú sabes que lo sabemos. Si has tomado la palabra es porque tienes una idea. Suéltala y hablemos.

Muntaner se encogió de hombros. Él tenía su ritmo, y éste partía de que las entendederas de los otros no eran uniformemente brillantes, pero si Rocafort quería tirar por ahí, pues adelante.

—Propongo hacer que Boesilao nos vea retirarnos al interior de la península, como si pretendiéramos abordar las naves y después marcharnos. Con toda la gente

que tiene, y considerando que lleva dos meses sentado sobre su trasero sin hacer nada, pensará que Miqueli le crucificaría si lográramos escapar, y quizá no en sentido figurado. Tendrá que atacarnos, aceptando que cuando llegue a la línea de vigilancia se adentrará en el punto más estrecho del istmo. Ahí no podrá desplegar en paralelo su caballería y su infantería. Si además se pone nervioso por pensar que nos pierde, lanzará primero su caballería. En ese caso tendríamos una buena oportunidad, la de acabar primero con los de a caballo y luego liquidar a los de a pie. Para ello, me parece, bastará con algo tan sencillo como arriar las enseñas de las torres de vigilancia. Nada que sea particularmente dramático, que no les haga sospechar que sólo es una trampa, lo que sucedería si, por ejemplo, pegásemos fuego a las torres. Con eso, y eligiendo un día soleado, de buena visibilidad, en cuanto sus vigías se den cuenta mandará ir por nosotros, empezando por la caballería. Si se traga el anzuelo, estará perdido.

Los once se miraban unos a otros, para luego concentrar las miradas en el que desde unos minutos antes era El Capitán.

—Por mí, adelante. Mañana mismo. Al amanecer.

Nadie discutió. Un minuto después todos dejaban Hexamilia para transmitir las órdenes y ocupar posiciones. Dado que la trampa se tendería justo a la salida del sol, todo el mundo dormiría esa noche con sus armas y en sus posiciones. Yo también, aunque Muntaner me concedió unos momentums para pasarme a ver a mis *muxeras*. Más que nada, por si no volvíamos a vernos. En realidad, lo pensé después, habría sido mejor no hacerlo. Se me notaba tanto la preocupación que las dejé, a las dos, más nerviosas de lo que ya estaban. Ni que decir tiene que no era momento de grandes efusiones, las cuales, por cierto, aún no habían comenzado en forma triangular, ya que Llura estaba en plena cuarentena y con evidentes molestias *de por ahí*. De hecho, nuestra vida triangular sólo había empezado, y en verdad que muy bien, en el terreno del cariño y el socorro mutuo, pero en el de la intimidad carnal aún no había surgido la chispa. Ya lo haría, o eso pensaba Claudera, que sin duda ya sabía más de Llura que todo lo que yo hubiera podido aprender en una vida, pero aquella noche del 2 de junio de 1305 no era la mejor para pensar en esas cosas. Era la de sonreírles, besarlas, coger mis armas y salir a buen paso, sin mirar atrás.

Rocafort había desplegado la totalidad de los hombres disponibles. Además de los caballeros y de los almogávares se alineaban los ballesteros y los tripulantes de las galeras —también los esclavos; les habíamos ofrecido la libertad y la ciudadanía si se nos añadían, y como era natural ninguno pasó—, así como los jóvenes que midieran más de cinco pies castellanos. Había pensado echar también mano de las mujeres, como en Kibistra, pero el espacio donde se libraría la batalla era demasiado estrecho para que sus ventajas superasen a sus inconvenientes. Así pues, al amanecer del 3 de junio, desplegados en forma de arco tensado y la caballería siendo la flecha, nos ocultábamos tras la floresta, la casas y los árboles doscientos caballeros acorazados, mil cuatrocientos jinetes y cuatro mil cuatrocientos hombres de a pie. Salvo los

ballesteros, que portaban sus propias armas y que suponíamos harían un buen trabajo contra los flancos de su caballería, los que no eran almogávares estaban equipados como si lo fueran. Desde hacía dos meses, a partir de la tragedia de Adrianópolis, se les había entrenado a conciencia; seguían sin ser auténticos almogávares, aunque sí serían capaces de hacer un buen trabajo con el chuzo y el *cortell*. Todo estaba en orden y a punto, sólo pendientes de que Boesilao se deslumbrara por la posibilidad de una fácil victoria, cayendo sobre la retaguardia de una fuerza en retirada, y se metiera en la trampa.

Yo haría lo de siempre: ir de un lado para otro llevando instrucciones y recogiendo novedades, sin arriesgarme hasta que la batalla se diera por ganada, momento en el que podría lanzarme a matar yo también, siquiera un poquito. En cuanto al saqueo, que no me preocupara, insistían Berenguer —Carlota, la peligrosa hermana casi catorceañera de Llura, le llamaba Bernat; me habría gustado saber por qué— y Ramón: ya me apartarían lo mío.

El sol estaba empezando a dejar sentir su peso cuando los vigías encaramados en las copas de los árboles gritaron la esperada novedad: una gran masa de caballería se acercaba desde Brachilaium, y por el polvo que levantaba debía de venir al galope. Recuerdo que Muntaner y yo nos miramos, y nos sonreímos. Ares, el mellizo de la divina Eris, igual había elegido nuestro bando.

El plan era dejarles entrar tan profundamente como quisieran, o hasta que se dieran cuenta de que perseguían un señuelo: —dos docenas de jinetes ligeros al mando de Ramón d'Alquer, los cuales simulaban de un modo muy convincente ser la retaguardia de una fuerza en retirada. En ese momento los ballesteros les lanzarían una lluvia de dardos, cuyos efectos contras las panzas de sus monturas serían devastadores, pues los que resultaran heridos se derrumbarían, arrastrando con ellos a los que se hallaran cerca. Tras la lluvia de dardos, el ataque de nuestra caballería pesada por el centro y la ligera por las alas, y ambas flanqueadas por los mejores almogávares, los más diestros en cercenar extremidades de jinetes, ya caídos o aún sobre sus monturas. A éstos les acompañarían las dos docenas de alabarderos que d'Entença no se quiso llevar en sus naves. Si en algún lugar podrían demostrar el valor de su arma y su talento tan especializado, sería en el festival de caballeros desmontados que comenzaría de un momento a otro, en cuanto el grueso de su formación, ya muy cercano a nuestras ocultas posiciones, se pusiese a tiro de los ballesteros. Era el momento de aprestarnos y la señal sería la de siempre, mostrar muy en alto las enseñas bajo las que combatíamos, las cuales, ese día, eran la de Frederic II de Trinacria, la de sant Jordi, la de la casa de Aragón y la personal de nuestro *cabdill*, Bernat de Rocafort. Se consideraba un gran honor ser seleccionado para portar esas enseñas, las cuales no dejaban de ser un engorro, el de cualquier lanza de buen tamaño, pero la satisfacción compensaba las molestias. Los elegidos ese día fuimos Ferran de Gori, Jimeno de Albero, Pérez de Caldés y, por último, yo llevaba la de Rocafort, lo cual, no me lo puedo callar, me llenó de orgullo. Era la

mayor prueba de reconocimiento que Rocafort, y el Consell dels Dotze con él, me habrían podido dar.

Los almugadenes que mandaban a los ballesteros, nada más ver las enseñas en alto, ordenaron disparar. A una distancia inferior a veinticinco estadales, los dardos alcanzaron a los caballos con potencia suficiente para perforar las tenues corazas de cuero con que los griegos y los alanos protegían los flancos de sus bestias. El efecto, no por esperado, dejó de ser admirable: docenas y docenas de caballos se desplomaban entre pavorosos relinchos, haciendo caer a sus jinetes y a otros caballos que marchaban a su lado, en formación a la fuerza muy cerrada por culpa de la estrechez del sendero de avance. Al momento tenían a los almogávares encima, listos para ejecutar su ritual acostumbrado: pinchar, destripar, cercenar y a por el siguiente, montura o jinete, que les daba igual. No obstante, algo diferente sí que hacían esta vez: los jinetes alanos solían vestir un yelmo metálico, lo cual hacía difícil degollarlos. En la eterna lucha de la coraza contra lo que perfora la coraza los almogávares habían dado con el antídoto ya en Anatolia: desplazar con la punta de la moharra la visera del yelmo para tras eso hundirla en el ojo bien hasta dentro, lo que rara vez daba lugar a otra cosa que un alarido atroz, de saludables efectos en la moral de combate de los más próximos. Así, avanzando entre la colapsada masa de jinetes y caballos, una donde los caídos aumentaban a la misma velocidad en que comenzaban a recular los últimos en llegar, los almogávares se abrían camino en una forma que me hacía recordar la progresión de los campesinos trinacrienses sobre la polenta esparcida sobre la mesa, sólo que aquí no se hacía con cucharón de palo, sino con chuzo y *cortell*.

Esa fase de la batalla duró muy poco; al menos así es como la recuerdo, porque Muntaner, mucho más frío que yo, después me hizo saber que no, que la desbandada y el sálvese quien pueda de los alanos —mucho más listos que los bizantinos— tardó en llegar sus buenos tres cuartos de hora. Sin embargo, y contra nuestras costumbres, no era momento de detenerse y saquear. A la tropa se le había instruido en que aquella batalla, y la que con suerte vendría tras ella pocos días después, era por nuestras vidas y no por nuestras *butxaques*. De ahí la orden general de ir a reparto global: todo el mundo sacaría lo mismo, las viudas ocupando el puesto de los caídos. Era una excepción a la regla general, pero sucedía que la situación no podía ser más excepcional. La tropa sabía que, una vez puesta en fuga la caballería, deberíamos correr tras los supervivientes sin darles cuartel, para que la noche fueran muy pocos, y mejor ninguno, los que pudieran dejar el campo para reunirse con la fuerza de xor Miqueli. Al correr tras la zarandeada caballería nos daríamos, inevitablemente, con una infantería que venía tras ella tan deprisa como podía, si bien quienes primero chocaríamos con ella seríamos los caballeros, tanto los pesados como los ligeros. La infantería griega no estaba especializada, como la nuestra, en destripar caballos y mutilar jinetes. Ellos usaban picas largas, al estilo francés, pero no las manejaban bien, no sé si con mal estilo pero sí con mal espíritu, pues a la que comenzaban a ver

cabezas reventadas por acertados golpes de mangual su reacción natural era dejar caer todo, armas y escudos, y echar a correr, si no a volar, pero en este caso tampoco podían, porque la caballería ligera les cerraba el paso, como en una tienda de toros. Dado que al poco llegaron los almogávares —algunos aún se distraían rematando caballeros, pero el grueso hacía por sus iguales, los infantes griegos—, la lucha se volvió convencional, la de unos que intentaban defenderse con espadas y escudos y otros que les lanzaban azconas con tal fuerza que les atravesaban los tales. Esa fase de la batalla duró bastante más, casi hasta que los árboles apenas proyectaban sombra. En ella, liquidada por fin mi misión de auxiliar al intendente, ya me pude soltar el pelo a mis anchas. Mi destreza con el mangual, la propia del que se sirve de brazos muy largos y puede por tanto hacer una gran palanca, se reconocía entre los míos de un modo muy valorativo, y si algo allí no escaseaba eran cabezas de griegos aterrados, las cuales se aullaban entre sí estar luchando no contra cristianos, sino contra demonios. Por nuestra parte, y si aquello les consolaba, pues mejor para ellos. Nosotros nos limitábamos a recitar nuestro Padrenuestro particular: «*Matem! Matem! Matem!*», con algún «*Sant Jordi!*» de vez en cuando, que tampoco estorbaba.

Los perseguimos hasta comprobar que, de seguir así, no podríamos regresar con luz. Era el momento de dar media vuelta y, según aproábamos al oeste, contar a grandes rasgos los cadáveres, aunque sólo tras habernos asegurado de que, si aún no lo eran, ya sí. Gracias a esa liturgia —era la palabra favorita de Muntaner— y a otras parecidas administradas en el primer campo de batalla, el de la primera carnicería, Muntaner, tras oír a todos los que traíamos cifras, pudo consolidar las suyas y ofrecerlas al Consell dels Dotze, reunido a pie de obra, como era lógico y natural.

—Los jinetes muertos no son menos de tres mil quinientos, la mitad alanos. Los infantes, como poco nueve mil. No hay heridos. No hay prisioneros. A Boesilao le alcanzaron estos dos —por Ramón y por un joven caballero de l’Escala que se llamaba Francesc Riudavets y que nos caía bien a todos—. Quiso defenderse y allí se quedó. Hecho cachos. Por nuestra parte, unos cien heridos, aunque sólo diez o doce no estarán en condiciones de pelear dentro de tres días si hubiera que hacerlo. Muertos, quince. Salvo un almogávar, y me duele decirlo, todos remeros. O esclavos liberados.

Rocafort, a la sazón de buen humor, compuso un gesto de pesar, lo cual era mucho más de lo que acostumbraba. Tras eso empezó a preguntar:

—¿Hacia dónde corrían?

A eso contesté yo.

—Hacia el este, por el camino de la costa.

—¿No volvieron a su campamento?

—Que lo viéramos nosotros, no.

Se quedó pensando, casi un minuto.

—¿Y si nos diéramos una vuelta por el Brachilaium ese deis *collons*? Ahora mismo, sin perder el tiempo, que sólo queda hora y poco de luz. Caballería ligera y

almogávares a la grupa, nada más. Matar a los que no huyan y apoderarnos de lo que haya. Si merece la pena, incluso dejando una guardia si no acabamos hoy.

Muntaner sacudió su cabeza, denegando.

—No nos separemos, Bernat. No nos arriesguemos a que vuelvan de madrugada y nos pillen desperdigados, y borrachos de oro. Lo que tengamos que hacer, de día y de prisa.

—¿Tendrán esclavas, como los turcos?

Lo preguntaba Juan Pérez de Caldés, que bien sabíamos le gustaban mucho, sobre todo las turcas.

—Los griegos, no creo, pero los alanos seguro que sí.

—Pues hecho —se había levantado, poco menos que de un salto—. Bernat, cuenta conmigo.

—*Desperta pixa!*

—*Fotem! Fotem!*

Rocafort, sonriente, nos bendijo como un padre amantísimo, haciendo la señal de la cruz con irónica solemnidad. Yo me sumé, por supuesto. No con ánimo de dar con esclavas y hacerlas mías. Tenía cuatro mujeres a mi cargo, y la Giovanna y sus hijas se me habían vuelto inevitablemente dependientes. No tenía más remedio que preocuparme de mi *butxaca* particular.

* * *

Tres días después, tras haber saqueado a conciencia no sólo a los muertos griegos y alanos —y a unos cuantos turcopóls; de éstos ignorábamos su presencia en el campo enemigo; a Muntaner le fastidió saberlo, porque mantenía la esperanza de que, siendo una minoría sojuzgada por los griegos despóticos, tanto en Anatolia como en Tracia y en Macedonia, bien podrían pasar a ser nuestros aliados; cuando menos y según Gensana, odiaban a los griegos más o menos lo mismo que nosotros—, sino a su campamento, donde dimos con una fortuna en oro y en joyas, y Juan Pérez de Caldés y otros cuantos más en otra de artículos que también les interesaban mucho, el Consell dels Dotze volvió a reunirse. Un consejo que de nombre seguía siendo de doce, aunque a efectos prácticos ya era de catorce, pues tanto d'Alquer como yo habíamos pasado a ser miembros de pleno derecho. El propósito era decidir el siguiente paso, en lo que apenas hubo discusión, y el cómo darlo, y ahí sí que nos liamos bastante, pues las implicaciones logísticas eran de consideración, y éstas nos daban de lleno a Muntaner y a mí.

Tras discutir un buen rato se impuso la tesis de Rocafort, que coincidía bastante con la de Muntaner: avanzar hacia el este a la mayor velocidad posible, dejando en Gallípoli a las mujeres y a los críos, con una pequeña escolta de cien hombres, y no precisamente de los mejores. La razón de tanta confianza, que a mí no me gustaba nada, era que cualquier fuerza bizantina que intentase abrirse paso a nuestras espaldas

debería franquear nuestro flanco izquierdo, y eso era de lo más improbable. Las ventajas, por el contrario, eran evidentes: mantenernos unidos y apiñados, de modo que cuando nos las viéramos con Miqueli pudiéramos golpearle de un modo concentrado. Sabíamos, por experiencia, que los griegos, pese a ser muchos más, de moral de combate andaban fatal, seguramente por saberse mandados por unos inmorales, los seres más corruptos de la cristiandad. Eso acostumbraba dar lugar a que se vinieran abajo con harta facilidad, como acabábamos de comprobar allí, en Gallípoli. Si conseguíamos lo mismo allá donde nos diéramos con el gran ejército de Miqueli, no sólo Tracia sería nuestra, sino Bizancio al completo. Por lo demás, sólo sería cosa de saber dónde acampaba xor Miqueli, pero eso no era complicado. Bastaría con enviar a nuestros más avezados exploradores a lomos de los mejores caballos, y con eso, esperábamos, en cosa de dos o tres días sabríamos dónde y cuándo nos veríamos las caras con Miqueli en eso que tanto Roger de Flor como Frederic II llamaban *hauptschlacht*. Sería, estaba claro para todos, la batalla decisiva, la que determinaría nuestro futuro de un modo muy claro: sólo si vencíamos, o mejor aniquilábamos, tendríamos uno.

Una semana después ya teníamos claro dónde sería la pelea: un lugar que los griegos llamaban Apros, dos leguas por delante de Rodosto. Allí nos esperaba el príncipe Miqueli, desplegado en una posición táctica excelente, con el sol a su espalda —suponiendo que atacásemos al amanecer, lo que a fin de cuentas era la norma de los tiempos—, con su caballería y su infantería colocadas de acuerdo a los principios de maniobra militar tenidos por ortodoxos, y precedidos por los alanos y los turcopóls, cuyas vidas, sin duda por ser mercenarios, debían valer para Miqueli bastante menos que las de sus griegos de plantilla. Nosotros presentábamos el de siempre, de suyo nada sofisticado: los caballeros a la izquierda, flanqueados por la caballería ligera y unos cuantos pelotones de almogávares expertos en vérselas con enemigos montados, y los restantes almogávares a la derecha. En lo que a mí atañía, iría de un lado para otro, según lo acostumbrado. En cuanto a las enseñas, habría cinco: las mismas cuatro de dos semanas antes en Gallípoli, portadas por los mismos caballeros, y una quinta enteramente negra, la más alta de todas, que Rocafort puso en las manos del joven Riudavets. Nos constaba que los griegos conocían el significado de aquella enseña prusiana. En consecuencia, murmuraba Muntaner de un modo asaz malicioso, estarían haciéndoselo por las patas abajo. Sobre todo, los que más de cerca la divisaban, los mismos que sin duda tenían muy fresco el recuerdo de lo sucedido frente a Gallípoli: los alanos y los turcopóls.

El sol apenas había empezado a levantar. Nuestra gente ardía de impaciencia, pero tanto Rocafort como Muntaner prefirieron dejar pasar unos momentums, para evitar que nos diera el sol en los ojos, de lleno, según avanzábamos. Berenguer de Roudor y yo aprovechamos ese tiempo de gracia para estudiar un poquito mejor la línea enemiga, ya que partiríamos desde una pequeña elevación y la divisábamos en profundidad. Así vimos que tras la masa de caballería principal de alanos y turcopóls

formaba una segunda línea de jinetes tracios y macedonios, en la que se alzaba el guión de un conocido de Anatolia, un general llamado Eteriarca —fue nuestro aliado un año antes, contra los turcos—, bastante más profesional de lo acostumbrado entre los griegos. La infantería, por su parte, se organizaba en cinco bloques, al mando todos ellos, o eso indicaban los guiones, de otro tipo que nos sonaba, un tal general Teodor que no nos daba mucho miedo, pues no había llegado ahí por competencia demostrada en el campo de batalla, sino por ser un Paleólogo tío de Miqueli, el cual, por su parte, formaba en retaguardia, con un sexto bloque de infantería cuyo papel parecía ser la reserva, pues como escolta era demasiado numeroso. En conjunto presentaban un aspecto formidable, y eso de veras que se lo reconocíamos a los griegos: el arte de las apariencias lo dominaban mejor que nosotros. Por lo demás, presentaban una facha deslumbrante —bueno, los alanos no tanto—, sobre todo los que vestían de coraza, pues no podían estar más bruñidas ni ser más elegantes. En comparación con nuestras fuerzas, de *gonella* marronácea —es el color que disimula mejor la sangre seca, el barro y la mierda—, sin más excepción que la coraza de los caballeros, a la que nadie se molestaba en sacar brillo —los nuestros debían de ser los caballeros más mates del continente, incluso más que los míticos Deuschritters de los que alguna vez Roger de Flor nos contaba cosas—, el griego era un primoroso ejército de caballeros, mientras el nuestro no pasaba de horda de pordioseros, si bien la mera facha, por fortuna, es insuficiente para ganar las batallas.

El sol ya deslumbraba un poco menos cuando Rocafort dio la orden de cargar. Todos a una, como siempre. Se trataba de compensar el número con la densidad. En Apros, como en casi todos los campos de batalla donde habíamos peleado, la superioridad numérica del enemigo era patente. En el punto concreto donde nosotros atacábamos la ventaja del número, por sorprendente que pareciera, era nuestra, o nosotros éramos más, siquiera durante los minutos que tardaba el enemigo en comprender y rodearnos, aunque cuando lo conseguía su centro ya solía estar roto, buena parte de su gente con la moral por los suelos. —Muntaner afirmaba, y con razón, que una vez iniciada la batalla la moral de combate lo es todo— y acercándose peligrosamente al «sálvese quien pueda», lo cual solía provocarlo algún incidente aislado, como que uno de nuestros más astrosos almogávares decapitara de un tajo a uno de sus oficiales más distinguidos. En Apros sucedió eso exactamente, que tras haber penetrado como una piedra candente de las que lanzaba el Stromboli en el centro de la infantería macedónica, un almogávar anónimo reventó las tripas del caballo de Teodor, viniendo éste al suelo, para según caía ser decapitado por otro almogávar en absoluto anónimo, pues no me costó trabajo alguno ver que se trataba del buen Oleguer. Ahí sobrevino el colapso, que fue tan súbito como veloz. En menos de un minuto la fuerza que trataba de rodearnos echó a correr a muy buena velocidad arrojando todo tras de sí, aullando como perros perseguidos por el oso y sin en absoluto desentonar del espectáculo que daban los jinetes alanos, que tras un primer encontronazo con nuestra caballería pesada, conducida por Rocafort en persona,

tomaban el olivo y escapaban en rumbo noreste, divergente del este puro que tomaba la infantería. Los turcopóls, por su parte, gesticulaban de un modo que Muntaner no tuvo problemas en identificar: ofrecían retirarse del combate si no eran perseguidos, cosa que se les aceptó si tiraban sus armas, lo que hicieron al momento para largarse acto seguido. Gracias a eso nuestros jinetes acorazados pudieron auxiliar a los ligeros, que se las tenían tiesas con los únicos de los enemigos empeñados esa mañana en hacer ver que no estaban cagados, los jinetes macedonios del resuelto Eteriarca, que sin duda por haber combatido a nuestro lado sabía que nuestra caballería ligera de ningún modo era invencible. De hecho, incluso habría podido derrotarla, pues ellos eran muchos más, pero la llegada de Rocafort y sus blindados, más un buen número de almogávares dispuestos a buscar con sus chuzos las tripas de sus corceles y con sus *cortells* las piernas de sus jinetes, puso las cosas en su sitio. Me apenó ser yo quien finalmente se cargase al que, después de todo, en su momento fue un aliado leal, además de un buen profesional empeñado en luchar hasta el mismísimo final, pero así es la guerra y, también era verdad, en el momento de reventarle la cabeza, con lo cual puso perdidos de sangre y de sesos a los que le rodeaban, yo no pensaba mucho. Sólo mataba.

El desastre no sólo parecía ser total, sino asombrosamente rápido. Eso debió de ser lo que provocara en Miqueli un inesperado ataque de virilidad, al punto que le vimos cargar contra nosotros al frente de su sexto bloque de infantería, dando ejemplo a los griegos que huían a la carrera, por si se lo pensaban mejor y se unían a él. Cargaba dando una buena velocidad y sin duda presa de una valentía que ni siquiera le sospechábamos, pues abrió unas cuantas cabezas antes de darse con un jinete nuestro que andaba un tanto separado del grupo, sin duda porque no era un caballero acorazado. Era un oscuro remero de galera llamado Bernat Ferrer que quince días antes había tenido la suerte de hacerse con el cadáver desmembrado de Boesilao, al cual arrebató su armadura espectacular, junto a todo lo demás que llevaba encima, y de postre su preciosa montura, exquisitamente adornada y enjaezada. Nadie le dijo que no vistiera todo eso aquel día de Apros, y así se unió como un caballero espontáneo a la fuerza de Rocafort, y aunque se había batido bien no supo conservar la formación —no conocía las reglas de la maniobra en el campo de batalla—, de modo que acabó descolgado en medio de la infantería. Se debió a eso que Miqueli le confundiera con un mando, quizá incluso con Rocafort, y cargara contra él llevándose todo por delante. Si bien Ferrer no sabía una palabra de combatir en asociación con otros caballeros, era un remero grande y muy robusto, tanto que tras esquivar como buenamente pudo un espadazo de Miqueli, le hundió un hombro de un brutal golpe de mangual, y no pudo pasar de ahí porque los escuderos del lívido príncipe se lo llevaron en volandas. Suponíamos que todo seguido hasta Rodosto, hacia el mismo palacio imperial donde semanas antes veintisiete catalanes indefensos fueron descuartizados en vivo por los mismos ciudadanos bizantinos cuya suerte quedaba escrita con la marcha de Miqueli. No sería esa noche, pues

correspondía tomar aliento y saquear debidamente los veintitantos mil difuntos que teníamos enfrente —a mí no me salían tantos como a los otros evaluadores, a los que tenía por bastante más optimistas y algo menos objetivos, pero Rocafort quería echar las campanas al vuelo—, aunque sumando el que Miqueli huyese a las deserciones de los alanos y los turcopóls, se hacía evidente que nadie pensaba defender la ciudad, la cual tendría el honor a la mañana siguiente de ser la mayor, en la historia de los almogávares, en ser saqueada, incendiada y arrasada, y sus habitantes pasados a cuchillo del primero al último, mujeres, hombres, viejos y niños. Si Berenguer d'Entença fue quien acuñó el término Venjança Catalana, Bernat de Rocafort, nuestro ya indiscutible *cabdill*, lo colocaría en la cima de la historia mundial del horror.

Y nosotros, *els almogávares*, junto a él y aupándole.

VI

GALLÍPOLI, AGOSTO DE 1306

Eran las primeras luces de un hermoso día de verano. Agosto, en Gallípoli, me recordaba mucho a Palamós. La misma temperatura suave, lejos de los agobios de la Llagostera y sobre todo de Tossa, en cuyo castillo había pasado un verano también delicioso aunque de muchísimo calor, el de mis catorce años. En el Hexamilia no podía decir que pasaba el de mis veinticinco, porque aún no hacía una semana que habíamos vuelto de Rodosto y en cosa de seis o siete días saldríamos para Stenia^[12] donde los emisarios turcopóls parecían interesados en pasarse a nuestro bando, aunque no a ojos cerrados. En realidad, Muntaner no acababa de saber qué pesaba más en sus cavilaciones, si lo mal que históricamente les habían tratado los Paleóleg, el odio regular que sentían por los tracios, el desprecio singular que les inspiraban los macedonios, o el aroma de lo mucho que podrían saquear asociándose con unos catalanes a los que tampoco querían mucho, si bien sus sentimientos para con nosotros eran de semanas o de meses, y además presididos por la relativa nobleza de la lucha y la batalla, mientras que sus opiniones acerca de los griegos se remontaban a varios siglos antes. A eso se debía que nos hubieran enviado embajadores, a sondear los términos de un posible acuerdo; éstos, en manifestación de su buena voluntad, nos habían obsequiado con lo que más valoraba Muntaner: información. Decían que la Marina Imperial mantenía sus mejores atarazanas, y en cuya tortuosa y estrecha dársena sus esclavos armenios desincrustaban de moluscos las cuatro galeras que los genoveses habían birlado al ingenuo d'Entença. La idea de dar un golpe de mano tan cerca de Constantinopla, recuperar nuestras naves y arrasar las atarazanas, los diques y las gradas, así como las naves que pudiéramos encontrar allí fondeadas, les bailaba por los sesos tanto a Rocafort como a mi señor, y también a mí, porque la tarde antes los dos me adjudicaron la tarea de planificar la marcha —

serían treinta leguas hasta las afueras de Constantinopla, y desde allí dos más, ya dentro del Bósforo, para llegar a Stenia—, el regreso y las medidas de intendencia en general.

Era temprano para ponerme a pensar en eso, reconocía para mí tumbado en un lecho bastante amplio. Ya podía serlo, pues allí dormíamos Llura, Claudera y yo. Muy cerca, bien al alcance de la mano de Llura, la cuna, también grande, donde hacían lo propio Eris y Meritxell. Respirábamos una gran paz y yo me sentía el rey del mundo, como no podía ser menos con una familia tan magnífica, y tan mía, pues aunque me avergonzaban un poquito mis pensamientos territoriales —Claudera los criticaba; el haber sido esclava todos los años de su vida, los cuales seguía yo sin saber cuántos eran, le hacía detestar cualquier forma de sometimiento, por amorosa que fuera—, no dejaba de ser un hombre de mi tiempo. Uno muy afortunado, me repetía sacudiéndome con cuidado el abrazo combinado de mis dos mujeres, primero el de Claudera, que se durmiera como se durmiera siempre despertaba con el hociquillo enterrado en mi peludo sobaco de babor —no podía ir más limpio, por cierto; no en general, pero sí desde que inauguramos la costumbre de bañarnos todos juntos—, y un brazo extendido sobre mi tripa igualmente frondosa —debo reconocer que según pasaban los años me iba pareciendo más y más a un oso del Cadí; un oso rubio, sí, pero un oso a fin de cuentas—, lo cual hacía que la maniobra de desamarrar y deslizarme hacia el fondo de la cama fuera delicada, ya que, además, debía deshacer otro abrazo similar. Éste era algo menos posesivo, ya que Llura repartía sus atenciones inconscientes —una madre, aunque quiera, ni dormida deja de serlo— entre su hombre y sus cachorras, a la sazón de casi cuatro meses y ocupadas por entero en lo propio de su edad: comer, beber, cagar, mear y dormir; ah, y llorar, si bien eso, gracias a Eris, a quien las dos seguían encomendadas del modo más devoto, sólo si querían teta. Éramos, en verdad, una familia repugnantemente dichosa.

Las miraba, en pie junto a la ventana-tronera por donde me alcanzaban los primeros rayos de un sol que ya calentaba, pese a estar aún muy bajo. La imagen era idílica, y me recreé posándola en mis ojos, y con mayor profundidad en mi memoria, para el día en que me hiciera falta recordar que una vez fui tan feliz como para entender que debía fijar el momento en mi alma, porque la dicha es, sólo puede ser, efímera. Tan efímera como la juventud o la salud, por pensar en algo que, se quiera o no, suele ser lo primero en abandonar a los humanos presuntuosos que se tienen por dioses, y en consecuencia por inmortales. La eternidad no tenía la menor intención de bendecirnos a ninguno de los cinco, pero la imagen de Llura y Claudera, desnudas y búscandose sobre la cama, creyendo sus almas dormidas que hacían por mí, me despertaba una extraña forma de melancolía, la de presentir que algún día perseguiría el fantasma de lo que contemplaba entonces, sin poderlo atrapar. Un pensamiento de tristeza, pero la naturaleza es sabia, y cuando aprecia que los nubarrones de la pena presentida oscurecen la cegadora luz del más profundo bienestar, te hacen saber que la ocasión no es para entristecerse, sino para mear, y es que hay cosas, me decía

buscando el orinal que Claudera escondía tras la cortina que daba paso a la cocina — padecía el olfato de los perros; una maldición como cualquier otra—, que lo quieras o no te devuelven a la realidad inmediata, lo que rara vez no es desagradable, aunque aquella mañana, o eso esperaba, sería una excepción.

La excepción era que a lo largo del día llegaría uno al que habíamos echado de menos, Ferran Eiximenis d'Arenós. Lo sabíamos porque dos tardes antes vimos aparecer una falúa de reconocimiento, pues d'Arenós era tan cauteloso como Muntaner. Su misión era comprobar que aún ocupábamos las posiciones en la península de Gallípoli que los venecianos habían explicado a su señor, el duque de Atenas. Nos llevamos una gran alegría nada más reconocer a sus tripulantes, y una todavía mayor al saber que d'Arenós había concluido para bien su contrato con el francés Guy II de la Roche, y que tras saber de la muerte de Roger de Flor y de la tragedia que nos afligía decidió, contra lo que había pensado antes —regresar a Trinacria, y desde ahí a sus tierras de Aragón—, unirse a sus hermanos almogávares en lo que ciertos rumores transmitidos por mercaderes venecianos le habían dicho se llamaba Venjanza Catalana. De ahí venía nuestra impaciencia por verles, y también el gran banquete de bienvenida que Muntaner había organizado al pie del Hexamilia. Los de la falúa no sabían exactamente cuántos hombres vendrían con d'Arenós, pero sí que traía cuatro galeras, cuatro taridas adaptadas a las necesidades de la caballería y dos carracas venecianas, éstas para las familias y los bienes, no demasiados, que los celosos franceses les habían dejado saquear.

La flota de d'Arenós llegó al mediodía, tan solemne y majestuosa como sólo puede ser una línea de diez grandes naves flanqueadas por otras más pequeñas, tipo falúa trinacriense o atunera, según Muntaner imprescindibles para saltar entre islas en la peculiar campaña para la que contrataron a su buen amigo d'Arenós, la cual no pudo ser más diferente de las que nosotros llevábamos luchadas, la de Anatolia y la de Tracia. El Ducado de Atenas, por lo que nos contaron los exploradores, se repartía entre una porción territorial que hasta cierto punto no era mucho más que una gran península y un sinfín de islas, unas mayores que otras aunque todas pequeñas, que la horda de d'Arenós se había pasado un año entero limpiando de piratas, corsarios y filibusteros diversos. Fue un trabajo ejecutado a conciencia, tanta que, una vez liquidadas las amenazas, el satisfecho Guy de la Roche finiquitó con Arenos hasta la última onza de oro de las comprometidas, añadiendo unas cuantas más a título voluntario, en expresión de su agradecimiento por lo bien que los catalanes hicieron el trabajo, lo poco que habían saqueado y lo menos aún que abusaron de las tentadoras atenienses. Le habría gustado, añadía, extenderles el contrato un año más, pues presentía nubarrones, aunque a pesar de su juventud, veinticinco años nada más, no se veía con suficientes ánimos, ni mayores fuerzas, para imponer sus deseos a sus impacientes cortesanos. Impacientes por verle morir, ya que sus ocasionales vómitos de sangre cada día que pasaba eran un poquito menos episódicos, al punto que ya les veía, era inevitable, como una bandada de buitres encaramados en las ramas a la

espera de que la cabra, o la vaca, o la oveja, se decidiese a estirar la pata de una maldita vez. D'Arenós le dejó con pena, bastante seguro de que aquella despedida era para siempre, pero no podía quedarse allí, en Atenas, sin una compensación económica. En otro caso sus hombres se sublevarían, pues no pertenecían al género caritativo. Llevaban un año saqueando muy poco y violando aún menos, haciéndose muy mala sangre con las noticias que traían los venecianos —ocupaban una isla muy grande fronteriza con el ducado, la de Negroponte, de modo que raro era el mes en que no les surtían de novedades— acerca del inmenso éxito con que sus camaradas catalanes y aragoneses arrasaban Anatolia, mataban millones de turcos, acumulaban montañas de oro y se hacían con miles de suculentas esclavas. De ahí la general alegría con que se tomaron el anuncio de que arrumbarían a Gallípoli, para volver a ser parte de la tristemente célebre —no para ellos—. Gran Companyia Catalana d'Orient.

—Traigo conmigo cien caballeros con arreos y monturas, cuatrocientos almogávares y unas doscientas familias. No son todos los que vinieron hace ahora un par de años. De los que faltan algunos murieron, pero con la mayoría sólo sucede que prefirieron echar raíces allá —señalaba en dirección oeste, de un modo indiscriminado—, en el Ducado de Atenas o incluso más lejos, y es que allí hay cantidad de islas y sitio para muchísima gente, pues aún están medio desiertas. Unos cuantos, por último, que se habían unido a chicas trinacrienses, decidieron volver a Mesina, o a Palermo.

Con esas palabras comenzó el Consell dels Dotze, con d'Arenós y su senescal, Alfonso Pérez de Arbe —primo de Pedro Pérez de Arbe—, sumando hasta catorce. Se trataba de ir al asunto lo más pronto posible, pues los catalanes en general, y los mercenarios aún más, son dados a ir en corto y por derecho a prácticamente todo. Eso, murmuraba Muntaner, no siempre facilitaba los acuerdos, pues algunas almas sensibles, y él pensaba que d'Arenós padecía una, necesitaban que las cosas se les plantearan con suavidad diplomática, lo cual no era uno de los defectos más señalados de Rocafort, que siempre apostaba por dejar las cosas claras de inmediato, y en esa ocasión lo consiguió al minuto de habernos explicado d'Arenós con cuánta gente contaba.

—En el tiempo que De Flor estuvo al mando comprendimos lo ventajoso del mando unificado. En el año y medio largo que lo tuvo él fuimos de gloria en gloria y de conquista en conquista. Las ganancias fueron colosales. El coste, bajísimo. De no haberse dejado atrapar en Adrianópolis, a estas horas habríamos plantado en Magnèsia la bandera catalana y ya tendríamos nuestro propio estado, como él nos anunció y todos deseábamos. Ahora es difícil que podamos conseguirlo, cuando menos en Anatolia. Los turcos han reocupado todo lo que les arrebatamos, y si volviéramos por allí seguro que se defenderían mejor. No vemos, hoy por hoy, lugar alguno donde podamos izar bandera y echar raíces, aunque sí tenemos claro —señalaba en derredor, abarcando a *sus* once— que aquí, en Tracia, nos esperan

enormes riquezas que Andrónic no será capaz de proteger. Somos autosuficientes, cubrimos sin problemas la totalidad del territorio, tenemos más que claro que aquí hay trabajo para cuando menos año y medio, y después Dios dirá. Éramos capaces de hacerlo antes de que llegaras, y lo seremos aún más si te nos unes, aunque será bueno tengas claro que la cuestión del mando único no pensamos volver a discutirla.

Por la cara que ponía, era evidente que d'Arenós no necesitaba preguntar quién sería el mando único una vez sumara sus efectivos a la Companyia Catalana d'Orient. Como mucho estaría libre la plaza de senescal de la infantería, y para eso él no había venido desde Atenas, tampoco hacía falta que lo dijera. Como de costumbre, Muntaner había dado en el clavo. Gran conocedor de los catalanes, y él era un ejemplo arquetípico de su peculiar filosofía, eran básicamente incapaces de aceptar un jefe único, una cabeza única o un mando único. Quizá supieran que la unión hacía la fuerza, pero eran muy pocos, en el caso de que hubiera uno solo, capaces de aceptar el ponerse a las órdenes de nadie sacrificando su orgullo en el altar del objetivo común. El inmediato de la Companyia era enriquecernos a fuerza de saquear, y el secundario encontrar un lugar donde sentar los reales, izar bandera y constituirnos en estado independiente, pero el precio a pagar, ponerse a las órdenes de Bernat de Rocafort, a todas luces era excesivo para un hombre tan poco sacrificado como era don Ferran Eiximenis d'Arenós.

—Pienso, Bernat, que no perderemos nada si nos mantenemos como hemos hecho siempre, desde los tiempos de Jaume I e incluso antes: operando cada uno por nuestra cuenta, juntándonos si alguno de nosotros se ve amenazado por una fuerza superior, aunque volviendo nada más acabar al estado en que más cómodos estamos todos, o eso creo yo: cada uno a su aire.

Los dos *capos* se miraban, en el caso de Rocafort con su inexpresividad natural y en el de d'Arenós, a fin de cuentas un noble de buenos apellidos aragoneses, camuflando lo mejor que podía el desprecio que le inspiraba el gañán patibulario que tenía enfrente. Muntaner, siempre atento a la posibilidad de que brotaran chispas irreconducibles, lanzó una cortina de humo, para que tras ella, si les parecía, pudieran esconderse los dos.

—¿Dónde piensas instalarte?

D'Arenós, agradecido, le sonrió antes de responder.

—Al dejar el Egeo hemos visto un castillo en un promontorio, con una especie de aldea rodeándolo. Me pareció que tenía pinta de abandonado, lo que no parece lógico, ya que se mire como se mire no puede ser un lugar mejor defendido. Desde ahí, además, se pueden mantener todas las opciones imaginables. Si no tenéis inconveniente, nos gustaría plantar ahí nuestra bandera.

—¿Y cuál es tu bandera?

Rocafort, recalcitrante, no parecía en favor de tenerle tan cerca, sólo a diez leguas de camino —si bien muy azaroso, casi todo el tiempo bordeando acantilados pavorosos— del Hexamilia.

—La de don Jaime II de Aragón. Bueno, y mi enseñanza personal.

No era para enfadarse. Nosotros, después de todo, la izábamos también. El que al tiempo hiciéramos lo mismo con la de Frederic II de Trinacria sólo era por la obsesiva búsqueda de redundancia de mi maestro Muntaner.

—El castillo ese, y el pueblo que lo rodea, se llama Màdytos. Mis últimas noticias dicen que abandonados del todo no están, pero la guarnición griega que los protegía, si aún sigue ahí, es muy débil. No tendrás problemas en echarlos a patadas.

D'Arenós sonrió a la ciudadosa información de Muntaner. Le hacía saber, con suavidad, que no esperase ayuda para tomarlo, aunque también que, al menos él, no pondría pegas a que izase ahí su bandera. Bien sabía d'Arenós que Muntaner, sin ser el que mandaba, era la fuente de donde manaban los pensamientos del que lo hacía. De ahí que le reconociera mucho más que una influencia significativa. Sin duda calculaba, o eso me decía yo con la incipiente perfidia que la vida con Claudera me desarrollaba de un modo paulatino, que si algún día Rocafort subía de malos modos al paraíso de los almogávares, lo que dijese Muntaner sería decisivo a la hora de señalar al que haría de Rocafort en lugar de Rocafort.

—Pues eso haremos, aunque antes nos gustaría —otro buen punto a su favor: a diferencia de lo que hacía Roger de Flor, d'Arenós, al igual que Muntaner, siempre hablaba en plural; Rocafort, por su parte, lo hacía según le daba, pues para él singular o plural eran meros recursos expresivos con los que afirmar su irreprimible voluntad de hacer, siempre, y se tratara de lo que se tratase, lo que le saliera de sus partes— tantear las defensas de Constantinopla. Los venecianos dicen que no tienen nada de inexpugnables, y que Pera, el barrio de los genoveses, sigue igual de mal defendido que cuando llegamos hace un par de años. Si atacamos allí al tiempo que vosotros lo hacéis en algún otro sitio, Andrónic quizá empiece a valorar la conveniencia de abrirse las venas, ¿no lo verías tú así?

Rocafort se lo quedó pensando, si bien yo intuía que no lo hacía, porque su cabeza, en realidad, estaba en blanco. Para pensar ya contaba con Muntaner.

Y también, siquiera un poquito, conmigo.

* * *

Una semana después, tras haber acordado d'Arenós con Muntaner —Rocafort no se quiso personar— que podrían dejar su valiosa flota junto a la que aún poseía la Companyia, y sus mujeres y sus críos hospedados en las casas libres de Gallípoli, las mismas que los almogávares de Rocafort vaciaron por las malas tras saber de lo sucedido en Adrianópolis, y tras haber pactado también con Muntaner un precio *de amigos* por seiscientos caballos —después de lo de Apros teníamos tres por almogávar; no pasaba nada por desprendernos de los peores—, la horda de d'Arenós rompió marcha en dirección a Constantinopla, si bien no por el camino más corto, el cual, hasta Rodosto, ya estaba convenientemente devastado por los hombres de

Rocafort. El rodeo era de cierta consideración, aunque a cambio pillaron del todo desprevenidos a los aldeanos, los cuales sólo eran capaces de salir corriendo con lo poco que se podían llevar al oír el desagradable bramido de las cuernas y las trompas con que d'Arenós anunciaba su presencia. Él, de natural muy cristiano —al menos en comparación con Rocafort—, prefería degollar lo menos posible, sobre todo a las mujeres y a los niños, y no le gustaba nada que sus hombres violaran a las vírgenes —cuando se trataba de madres de familia bien acreditadas prefería mirar para otro lado; no les dolerá tanto, parecía pensar—, pese a lo cual seguía siendo un jefe popular, pues era justo, prefería ser veraz y se mostraba de un modo sistemático extremadamente conservador con las vidas de sus hombres, las cuales ahorra y protegía mucho más de lo que acostumbraban Rocafort y los demás capitanes. Así llegaron al pie de las murallas de Constantinopla seis semanas después, remolcando un considerable convoy de ganado y un sinfín de carretas cargadas con los más inverosímiles artículos, aunque bien dispuestos a combatir. Habían saqueado bien, a fondo, aunque a diferencia de lo que acostumbraba Rocafort sin destruir o incendiar las casas. No era otra demostración de caridad cristiana, sino un calculado movimiento a favor de que, días o semanas después, la población regresara y volviese a trabajar, a fin de reponer los enseres perdidos a manos de los almogávares. Procediendo en esa forma, y a su debido tiempo, se les podría saquear otra vez, mientras que por donde pasaba Rocafort quizá volviese alguna vez a crecer la hierba, pero difícilmente los campesinos —los pocos que hubieran logrado escapar— querrían volver a establecerse allí.

D'Arenós era consciente de que las murallas de Constantinopla eran excesivamente sólidas para su exigua tropa, y más al no contar con equipo de asedio. Sólo pretendía, en realidad, dejar constancia de su presencia, en forma de apilar grandes cantidades de leña en las puertas de la ciudad y pegarles fuego. También, imposibilitar durante unos cuantos días la entrada de alimentos frescos, lo cual, suponía, causaría más que una leve incomodidad a los indígenas, toda vez que la población de la ciudad se había doblado con respecto a la de dos años antes, gracias a la considerable masa de fugitivos que llegaban no sólo de Tracia, sino también de Anatolia, en este caso empujados por unos turcos que a todas luces regresaban para quedarse y que de ningún modo pensaban coexistir con los griegos cristianos, lo que sí habían hecho hasta un año antes y que de nada les valió a efectos de que les apoyasen frente a los catalanes. La mayor parte de la península de Anatolia, *de facto* aunque no *de iure*, ya era turca del todo, y con nulas posibilidades, siquiera en el corto plazo, de que alguna vez dejara de serlo.

Lo que sí estaba bien al alcance de la horda de d'Arenós era el semiabandonado barrio de Pera. Sus ocupantes no sólo sabían del pésimo talante con que regresaban los catalanes, sino que habían encajado mal la jugarreta de don Eduard Doria, la que les arrebató las cuatro galeras que aún yacían arrumbadas en Stenia, y no especialmente por las tales, sino por haber entregado quinientos almogávares

cargados de cadenas a unos griegos sedientos de venganza que no tardaron más de un par de días en descuartizarlos a todos. Sospechaban que aquellos otros catalanes, pues parecían distintos, pensaban devolverles las atenciones recibidas, de modo que se habían refugiado tras las murallas, aunque dada la premura de tiempo apenas pudieron llevarse más cosas que las joyas y el dinero en efectivo que hubiera en cada casa. Éstas las dejaron al cuidado de los sirvientes y esclavos no genoveses, en la poco de fiar esperanza de que los catalanes no tenían nada contra ellos, en lo cual se confundieron, porque los tales venían con ganas de degollar a mansalva, y de nada valió que su jefe les explicara que los desgraciados que aún seguían en Pera de ningún modo podían ser genoveses. Fue una operación de saqueo y degüello del todo inmisericorde, prolongada un par de días y, lo peor, ante la mirada preocupada pero inerte de los defensores de Constantinopla, los cuales sólo comenzaron a sospechar que no era una horda de las más numerosas cuando la vieron emprender el camino de Rodosto, esta vez bordeando la costa, por la ruta más corta.

Andrónico, cuando lo supo, mandó alistar una fuerza de dos mil hombres de a pie y quinientos de a caballo —la quinta parte de los que reservaba para defender Constantinopla— y la despachó con órdenes precisas de alcanzar a los catalanes, los cuales avanzaban a la muy escasa velocidad de sus bueyes y sus carretas, y no dejar uno vivo. Una vez más sucedió lo acostumbrado, que, lejos de atacar por sorpresa la retaguardia catalana, d'Arenós los vio llegar con tiempo suficiente para que su horda se reorganizase. Un par de horas después, y aún a la vista de las más altas cúpulas de la ciudad, mil y pico soldados bizantinos desnudos y descuartizados, abandonados al sol y a los buitres, daban fe de que la Companyia Catalana d'Orient seguía en la mejor de las formas.

* * *

Nosotros, la horda principal, dejamos Gallípoli dos semanas después que la de d'Arenós. Marchábamos al completo, cada hombre sobre su caballo, complementados por un buen número de tripulantes de galeras y por una larga comitiva de carretas portadoras de víveres, para nosotros, y de forraje para las bestias. El propósito era detenernos en Rodosto, que suponíamos seguiría siendo una ciudad tan destruida como abandonada, pero nos llevamos la sorpresa de que no, de que algunos habitantes habían regresado. Nuestra sed de sangre seguía sin extinguirse, aunque, realistas, entendíamos —Rocafort lo entendía, lo que no siempre se conseguía con facilidad— que la presencia cercana de una población de cierta cuantía y que trabajara para nosotros mejoraría nuestra eficacia, y sobre todo la prontitud con la que nuestras familias lograrían establecerse, si algún día decidiéramos que dejaran Gallípoli para unirse a nosotros en Rodosto. Muntaner lo consideraba desaconsejable, sobre todo porque aquella ciudad, pese a ser un lugar agradable para vivir —una vez se hubiera reconstruido—, tenía mala defensa.

El palacio imperial, donde Rocafort pretendía sentar sus reales, era eso, un palacio; de ningún modo era una fortaleza. El puerto, además de destrozado, no tenía nada que pudiera defenderlo de las naves genovesas o de las venecianas, o de las propias bizantinas si algún día sus almirantes recuperaban el valor y volvían a navegar, si no del propio mar de Mármara si le daba por enfadarse. Aunque por lo general era tranquilo, el ser interior le convertía en impredecible no sólo cuando llegaba un gran temporal, sino cuando algún terremoto sacudía su ribera meridional. Aún no habíamos padecido ninguno, pero los venecianos decían que cada tres o cuatro años la tierra temblaba más fuerte de lo usual, y si eso coincidía con la pleamar se formaba una sucesión de olas gigantes que arrasaban todo lo que no se hubiera resguardado tras alguna escollera natural suficientemente alta, y ése no era el caso de Rodosto. Muntaner sostenía, por todas esas razones y alguna otra más, que si bien establecer una base operacional en Rodosto podría ser buena cosa, cuando menos a efectos de no dejar una casa sin saquear en el conjunto de Tracia, de ningún modo debíamos mover nuestras familias de la bien defendida Gallípoli. Yo no me había formado un juicio preciso, pero mi tendencia natural era considerar a Muntaner como prudente y avisado, y a Rocafort como un demente a cuyas órdenes nos estábamos forrando, lo que desataba en mi cabeza no pequeños conflictos de intereses.

Permanecimos quince días en Rodosto, verificando con cuidado lo que sostenía Muntaner —se quedó en Hexamilia, con treinta de a caballo y doscientos de a pie, además de nuestras familias y las de d’Arenós— y contrastándolo con los deseos de Rocafort. Debo decir que cuando le presentamos nuestras conclusiones —Juan Pérez de Caldés, Ramón d’Alquer, Berenguer de Roudor, García de Vergua, Pere Roldán y yo mismo; fue una deliberación consensuada—, las aceptó sin discutir, por mucho que sus tripas se cabreasen. Lo cierto era que Rocafort, pese a lo bárbaro y dictatorial que acostumbraba ser —y cada día lo era un poco más—, rara vez despreciaba lo que se le presentaba sólidamente pensado y argumentado. Dicho de otra forma, ganar su respeto daba lugar a que fuera capaz de cambiar de opinión si te mantenías firme. Lo difícil era conseguir el tal respeto, y la experiencia demostraba que no bastaba con ser tan brutal o tan valiente como él a la hora de combatir. Hacía falta un intangible más, o unos cuantos, y el problema con él era que no había forma de saber cuáles eran, y ni siquiera si todos los días eran los mismos. Como casi todas las fuerzas de la naturaleza, Bernat de Rocafort era por completo impredecible.

Una vez nos pusimos en marcha elegimos un camino alejado de la costa para no cruzarnos con la fuerza de d’Arenós, no fuera que no nos identificáramos a tiempo, y de suceder por la noche, lo que no sería imposible, igual acabábamos atacando a nuestros hermanos almogávares. Pensábamos que ya estarían de regreso y por el camino más corto, el que bordeaba el mar, de modo que nos abrimos en un largo arco bien al norte de Constantinopla, dándole un buen resguardo para caer sobre la nada guarnecida Stenia, por donde nadie nos esperaría, bordeando la orilla del Bósforo desde su desembocadura en el mar Negro, ese mismo mar al que Muntaner no dejaba

de llamar Ponto Euxino sin que dijera por qué.

La guarnición, como nos habían explicado los venecianos, era reducida. Tomados por sorpresa —les atacamos a la hora de las peores, cuando aún faltaba para que saliera el sol—, no fue que opusieran poca resistencia, fue que apenas se dieron cuenta de que la vida terminaba para ellos en ese preciso instante. Degollar gente dormida no es emocionante, aunque algo tiene de bueno: es mucho más seguro que a campo abierto y con el otro llevando sus armas en las manos. Debíamos poner cuidado, eso sí, pero sólo en no matar a los esclavos armenios, a los calafateadores, en su mayoría macedonios, y a los carpinteros y cordeleros, que casi todos eran tracios. Los necesitábamos para mantener nuestras naves. Hasta entonces lo hacíamos nosotros, aunque mal, porque no eran oficios que domináramos, y además a un coste desmedido, porque necesitábamos para combatir cada mano que pudiera empuñar una ballesta, un *cortell* o un chuzo. Con los esclavos armenios, cuya función principal era desincrustar de teredos y de clóchinas la obra viva de las naves, no tuvimos problemas. Nuestra mala fama no les había llegado, no al menos con excesivo lujo en el detalle, y la oferta de ser libres al cabo de un año, complementada con alguna onza de oro para que no volvieran a su tierra con las manos vacías, les pareció de lo más apetecible.

Los macedonios y los tracios eran otro asunto. Primero, porque bien claro teníamos que deberían venir por su propia decisión, ya que confiar en la competencia de un esclavo que te odia para que tu barco no se desencuaderne a poco que se le inflen las velas es una temeridad. De ahí que les ofreciéramos un contrato de hombres libres y aceptando que llevaran con ellos a sus familias. No terminaban de verlo claro, aunque se les disolvieron todas las dudas nada más explicarles —lo hice yo, que seguía siendo el que daba las malas noticias en griego— que la mejor de las alternativas sería degollarles a todos, mujeres e hijos incluidos, y que, por lo demás, carpinteros había muchos, así que no se preocuparan demasiado por lo que nos pudiese afectar el no poder contar con sus servicios. Tras oír aquello no dejó uno solo de apuntarse con singular entusiasmo. Al poco, acompañados por ellos, comenzamos a inspeccionar las atarazanas, los diques, los pantalanes y los muelles. Pronto encontramos nuestras cuatro galeras. Tres ya estaban desincrustadas; en la cuarta estaba casi todo por hacer, pero el trabajo se podría terminar en Gallípoli, ya que los armenios sabían desadrizar las naves lo bastante para limpiar a conciencia la mitad del pantoque y las amuras correspondientes, para después repetir la jugada escorándolas de la otra banda. Tras examinar la cuarta nos llevamos una sorpresa de lo más agradable, la de darnos, tras ella, con la *Estelada*, la nave insignia del llorado Ferran d'Aunés.

Estaba sucia, y polvorienta, y muy acribillada de moluscos, pero arreglar todo eso, lo decían los armenios, también lo podrían ellos resolver sin necesidad de dique seco. Por lo demás estaba intacta, lo que comprobamos al recorrerla, sin terminar de creernos que hubiera vuelto con nosotros. Nos apenó, y mucho, ver los grandes

manchurriones de sangre negruzca sobre sus delicadas cubiertas de roble, pero aquello también tenía solución, o eso pensaban los carpinteros tracios, todavía un tanto temblorosos: unas cuantas horas de lija, otras tantas de barniz, y como nuevas. En cuanto a lo demás, jarcias, estachas y velamen, parecía en buenas condiciones, o no peores que cuando la vimos aparejar por última vez. Decidido, pues: regresaríamos a Gallípoli con cinco galeras en vez de con cuatro, y con dos carracas de propina, nuevecitas y recién abandonadas por sus aprensivos tripulantes, que habían huido a la carrera nada más advertir que la dársena y las atarazanas se llenaban de almogávares sedientos de sangre genovesa.

El problema era que habíamos traído tripulantes suficientes para equipar cuatro galeras birremes. La *Estelada* era trirreme y más grande que las otras. Fue un problema de intendencia redistribuir entre siete naves los recursos calculados para cuatro, cosa que se agravaba en el caso de las carracas, pues no eran remeras. Se impulsaban a vela, de modo que hacerlas maniobrar sería una cosa delicada. Costó un cierto esfuerzo de imaginación, pero a mediodía ya estaban adjudicadas las tripulaciones de las siete. Unos cuantos de los armenios y de los tracios se repartirían a los remos centrales de las galeras —los que requerían una menor habilidad—, y en cuanto a los servidores de las velas los improvisados capitanes afirmaban que ya se las compondrían, y que además no era cosa urgente, pues hasta vernos fuera del Bósforo, frente al Cuerno de Oro, navegaríamos a remo con las carracas remolcadas.

Sólo faltaba que los aún aprensivos tracios y macedonios recogieran a sus aterradas familias, les hicieran comprender que no marchaban al degüello sino a un nuevo empleo —con mejores oportunidades de cobrar, pues el Imperio ya les debía seis meses de paga, y eso sin contar que las últimas monedas acuñadas por Andrónic ni valían nada ni las quería nadie—, recogieran sus humildes pertenencias y acompañados de los armenios, que hacían lo mismo, comenzaran a subir a bordo de las naves. Mientras, los almogávares se dedicaban a saquear, con la eficiencia que sólo da la experiencia, lo poco que se podía recolectar en el paupérrimo poblachón —salvo las atarazanas allí no había nada de nada—, y tras eso a pegar el fuego más concienzudo imaginable al conjunto de las instalaciones, dejando para el final el destrozar a golpe de hacha los pantalanes desde donde aparejábamos. La ufana flota de la Companyia Catalana d’Orient ponía proa, por fin y con un cuarto de la horda sobre sus cubiertas o a los remos, al tramo meridional del Bósforo, para entrar en el mar de Mármara cuando aún quedaba hora y pico de luz. Rocafort me había puesto al mando, sin prestar atención a lo fácilmente que me mareaba. Lo hacía lo más dignamente que podía, pese a sentirme un punto inseguro con la *Estelada* bamboleándose bajo mis pies, y sin olvidar de mostrar por demás desafiante, bien a la vista, el pabellón de nuestro gran capitán.

Era una ocasión magnífica para desfilar al largo de Pera, del Cuerno de Oro y de las murallas de Constantinopla, en ese orden y haciendo sonar a plena potencia nuestras cuernas, nuestras trompas y un par de cornamusas que yo no sabía de dónde

diablos habían salido. Al tiempo, y como era natural, los almogávares que no remaban prorrumpían en los más groseros insultos imaginables —era una pena que los bramaran en catalán; mucho me temo que los insultados ni siquiera llegaron a imaginar las atrocidades que se les gritaban—, al tiempo de componer los más obscenos y ofensivos gestos, dedicados todos ellos al emperador Andrónico y a su amantísima familia, los cuales, probablemente, se habrían llegado a los bastiones meridionales para vernos pasar, tan alegres y encantados de la vida como una flota de vikingos. Al tiempo, y coronando la escena, la humareda que se alzaba de las ruinas de Stenia configuraba un dramático plafond en el límite septentrional del escenario, augurando a los acongojados habitantes de Constantinopla el negro *Götterdämmerung* —otro de los palabros que a Roger de Flor no se le caían de la boca; una vez que Muntaner le preguntó qué diablos significaba le contestó «és *Quan tot sen va al carall, pero a Preussen*»— que les aguardaba.

* * *

Fondeamos en Gallípoli tres días después, tan contentos por regresar con nuestras familias como de haber culminado con felicidad una travesía que se preveía la mar de azarosa. En mi caso aún más, ya que la perspectiva de lo que restaba de 1305 no podía ser más tranquila. Rocafort no pensaba regresar hasta mediados de octubre, tras saquear a conciencia la costa tracia del mar Negro, comenzando por la entrada norte del Bósforo y concluyendo en Agathopolis, ya en Bulgaria, tras conceder una especial atención a Bizia, una ciudad que sabíamos próspera y que al estar alejada de Constantinopla, y aún más de Gallípoli, se sentía confortablemente a salvo de la Venjança Catalana. Según nos explicaron los venecianos, y en su día Gensana, buena parte de los abastecimientos que llegaban a la cada día más atestada Constantinopla procedían de Bizia y de su comarca. Convirtiéndola en cenizas, como al resto de la ribera del mar Negro, no sólo acabaríamos de arruinar al emperador, sino que llevaríamos a su capital tan cerca de la desesperación que sus hambrientos habitantes igual tomaban las Blanquernas y despedazaban a sus ocupantes, haciendo por nosotros un trabajo al que muy a nuestro pesar habíamos renunciado, tanto por carecer de suficientes medios de asedio como del número de hombres necesario. En definitiva, tomar, devastar y saquear una ciudad donde quizá viviese medio millón de masacrables, quedaba fuera del alcance de los cinco mil y pico que ya éramos. Para una carnicería tan colosal necesitaríamos no menos de cincuenta mil carniceros, una cifra en la que de ningún modo podíamos pensar. Mala suerte, porque Constantinopla se salvaría, pero si consiguiéramos que a sus ciudadanos se los llevaran primero el hambre y luego el cólera y la peste —dos bendiciones de Dios que rara vez tardaban en aparecer a poco que sólo se comiera de vez en cuando—, conseguiríamos lo mismo sin arriesgar una sola vida de las nuestras, las cuales, como era natural, eran las únicas que nos importaban.

Yo esperaba, ingenuo de mí, unos meses de vida plácida y hogareña, planificando en todo caso la campaña de primavera y con tiempo abundante para disfrutar de mis cuatro hembras. A los dos días se me vino todo abajo, al localizar los centinelas avanzados —Muntaner, cuyas cautelas desbordaban mi capacidad de pensar mal, mantenía una vigilancia continuada de media docena de almogávares, los cuales recorrían, sin pautas predecibles a fin de que no les pudieran emboscar, un perímetro semicircular con el centro en Hexamilia y de un radio que oscilaba entre media y una legua— la llegada de una fuerza imperial no muy grande, menos de doscientos caballeros les pareció estimar, pero con aire de aguerrida y bien equipada, con caballos más blindados de lo usual entre los bizantinos. Desembarcaban de seis taridas fondeadas en una playa muy amplia que se comunicaba con una laguna salada, formando una especie de albufera, en la costa noroccidental de la península de Gallípoli. Aún no habían roto marcha, pero cuando lo hicieran no tardarían más de dos horas en llegar al Hexamilia o a la recién fortificada Gallípoli, la ciudad. Muntaner movilizó en el acto los recursos disponibles, poniéndome al mando de su minúscula fuerza de caballería —treinta jinetes— y de cuarenta y ocho almogávares montados —combatían como infantes, aunque se desplazaban a caballo; era la suerte de andar bien de monturas—, para tras eso salir a la búsqueda del inoportuno enemigo, y aquí prefiero no explicar en qué andábamos Claudera, Llura y yo cuando el alarmado Muntaner me vino a buscar.

Divisamos a los invasores hora y poco después. Se habían detenido para dar de beber a sus bestias y de paso refrescarse un poquito —hacía un calor de agosto en Gallípoli— en una laguna que marcaba la mitad del camino. Estaban, pues, en una pésima situación táctica, consecuencia natural de no haber despachado exploradores, de modo que los pillamos, como quien dice, con las armaduras bajadas. Los alcanzamos al galope, incluso los almogávares, que no desmontaron hasta llegar a ellos, y si una docena o así lograron escapar fue porque dejaron atrás lanzas, yelmos, petos, corazas y espadas. A los pocos que pudieron rendirse, y como era lo mandado, les rebanamos el pescuezo, pese a la piedad cristiana que nos imploraban, aterrados. Al que parecía ser su jefe no le matamos; era mejor conducirlo a la presencia de Muntaner, para que decidiera cómo le quería interrogar, si a las malas o sólo con hierros al rojo. Dijo llamarse Giorgios Cristopol y regresar a Constantinopla desde Salónica, donde llevaban año y pico guerreando; a veces nos preguntábamos cómo se las apañaría el pobre Andrónic para sostener tantas campañas a la vez. Los genoveses, cuyas galeras les daban escolta, le dijeron que la Companyia Catalana estaba de saqueo en la Tracia Oriental y que Gallípoli se había quedado desguarnecida. No pretendían mucho más que saquearnos un poquito, explicaba el pobre diablo a título de minimización exculpativa, por si colaba. Nos dio tantos detalles que al llegar a Muntaner no le quedaba nada que añadir. A éste le apenó tener que matarle, pero mientras se mantuviera la política de no hacer prisioneros bizantinos, de la que xor Miqueli era único responsable, tenía las manos atadas, de

modo que se limitó a pedirme que sufriera lo menos posible, y así lo hicimos, o mejor lo hice, porque me desagradaba delegar en otros lo que bien podía yo hacer sin incomodar a nadie. Así, junto a los contrafuertes del Hexamilia, y cuando el bendito de Dios pensaba que le conducíamos a las mazmorras para después pedir rescate por su trémula persona, le decapité de un tajo de *cortell*, manchándome de sangre más de lo que habría deseado y arrojándole después, con ayuda de los almogávares que nos acompañaban, a las tranquilas aguas de la Bocca d’Aveo. Un caballero bizantino menos y de nuevo subiendo las escaleras de mis habitaciones, deseoso de retomar mi tarea —me costaba pensar en otra cosa— en el mismo punto donde unas horas antes Muntaner nos interrumpió de un modo sumamente intempestivo, aunque también muy admirado de lo que hacíamos.

En los días siguientes, y pese al mucho tiempo que me consumían mis obligaciones maritales —no sabría llamarlas de otro modo, pese a ser consciente de que yo no era, en absoluto, un marido convencional—, sostenía largas parrafadas con mi señor Muntaner. Eran conversaciones a nuestro estilo de toda la vida, el mismo de los diez años que permanecía en su sombra, él hablando más o menos sin parar y yo escuchando con atención, interés y respeto. Y devoción, también. Muntaner seguía siendo la fuente principal de mi sabiduría, el arcón de donde sacaba el material con el que construía mis aún toscos pensamientos, y en absoluto me avergonzaba que así fuera, ni tampoco me asaltaban tentaciones de buscar otro manantial de inspiración, por mucho que mi papel en el seno de la Companyia Catalana hubiera prosperado de un modo sustancial, y fuera notorio que Rocafort me otorgaba una consideración que con los demás solía escatimar hasta más allá de la tacañería.

—No hay gallinero donde dos gallos puedan convivir, Guillem. Mucho me temo que, si el sentido común no prevalece, dentro de poco volveremos a escindirnos, si no algo aún peor.

El comentario partía de un cálculo de fechas que habíamos hecho entre los dos. Nos salía que la horda pequeña, la de d’Arenós, estaría de regreso en una semana o incluso menos, mientras que la grande, la de Rocafort —seguía siendo *la grande*, pese a los que regresaron conmigo a bordo de las galeras y las carracas—, no la veríamos antes de un mes. La idea de d’Arenós, pensaba Muntaner, seguía siendo pasar el invierno en Màdytos. La de Rocafort no estaba clara, pues a pesar de preferir sentar sus reales en Rodosto, la prudencia, cuando menos la de Muntaner, recomendaba que se quedara en Gallípoli, más fácil de defender y más dentro del alcance de d’Arenós, por si fuera necesario pedirle ayuda.

Muntaner no consideraba probable que Andrónic o Miqueli pudieran movilizar un nuevo ejército, tanto por estar en la ruina y no tener con qué pagar a los mercenarios como por no disponer de mimbres propios en las posesiones imperiales de Salónica, Serbia, Macedonia y Tracia, y menos aún en las semidespobladas islas del Egeo. Las levadas de los últimos años habían dejado todos esos territorios al límite de no quedar mano de obra suficiente para lo más básico, el cultivo de las tierras y la cría ganadera,

con la inmediata consecuencia de que su Imperio, en mayor o menor grado pero de un modo evidente, se moría de hambre. Por la parte de Anatolia todavía era peor, porque los aún muchos griegos que vivían allí, del todo incapaces de oponerse a la marea turca que se abría paso desde las Puertas de Hierro, encontraban que sus nuevos amos venían con un talante más razonable de lo que antes acostumbraban, al punto que no pocos los encontraban preferibles al impotente déspota de Constantinopla y a sus indeseables mercenarios catalanes, alanos y genoveses. La conclusión era que no había peligro, a partir de todas esas realidades, de que Andrónico alistase contra un Rodosto donde se desplegaran dos tercios de la Compañía Catalana un ejército capaz de atacar por sorpresa en pleno invierno. Sería la primera vez en la historia que un ejército bizantino emprendiera una campaña invernal, pero Muntaner tenía grabado a fuego el principio fundamental de la filosofía catalana, el «más vale un por sí acaso» que un «quién lo iba a decir», de modo que seguía teniendo la intención de volcar su influencia, la poca que aún le quedaba, en un Rocafort cada día más crecido y más autosuficiente, para que abandonase la idea de mudarse a Rodosto y siguiera en Gallípoli.

—Si, pese a todo, no logro convencerle, te vas a ver en un dilema, Guillem. — Recuerdo haberme quedado mirándole con cara de no comprender, pese a que sí comprendía; mejor dicho, quien lo había comprendido, y mucho antes, era Claudera, que seguía pensando para mí, si no por mí, a plena dedicación; era, en mi opinión, tan buena esposa como Llura, quizá por lo bien que se habían repartido los papeles. Mientras ésta se ocupaba en exclusiva de la cosa doméstica o, dicho de otro modo, de las funciones más animales del conjunto familiar, Claudera vivía para el pensamiento, la información y, sobre todo, la predicción de los acontecimientos; en lo único que sus mutuas acciones se solapaban, y por fortuna sin que nada rechinara ni saltasen chispas de ningún tipo, era en su empeño, a menudo concertado hasta un punto en que virtualmente resultaba simultáneo, de que los Tous dejáramos de ser cinco, y cuanto antes—. Si termina por irse a Rodosto, y yo me quedo aquí, necesitaré un intendente general, y está de todo punto claro no sólo que ya te ha identificado, sino que además te sabe competente y experimentado. Te lo propondrá, no te quepa duda, de modo que ve pensando qué te interesará más, si quedarte conmigo, en mi casa y con mi gente, o aceptar ser su número dos.

Me miraba con intensidad; yo componía mi mejor expresión de no tenerlo claro, consciente de que aún no era el momento de hacer ver —era una de las incomprensibles recomendaciones de mi Diosa de la Predictividad particular— que sí lo tenía claro.

—¿Y tú qué piensas hacer? También tendrás tus planes, ¿no?

Le veía sonreír; quizá de orgullo, por advertir que tras diez años de adiestrarme y aleccionarme había desarrollado la sensibilidad necesaria para darme cuenta de los asuntos sutiles, o quizá de tristeza, la de aceptar a su pesar que disponía de una consejera capaz de ver tan claro y tan lejos como él. De ser así, no pensaba yo que

padeciera celos intelectuales o incluso paternos, ya que Claudera le caía extremadamente bien, como él a ella. De hecho, cuando alguna vez se sentaba en nuestra mesa, para compartir las exquisitas cenas que sabía preparar Llura, el que sentía un puntito de malestar al ver lo bien que sus mentes se sincronizaban era yo, del todo incapaz de seguir sus razonamientos y sus especulaciones.

—Tú ya sabes cuáles son: volver a Valencia, casarme con Valentona, tener unos cuantos hijos y ver pasar la vida desde la tranquilidad del trabajo bien hecho, y alguna vez acordarme de que tuve una juventud interesante. Una que se acabó aquí, en Gallípoli. Dentro de dos meses cumpliré cuarenta. No es una edad para soportar personalidades tan extremas como la de Rocafort. Es un gran *condottiero*, como dicen los calabreses. Con él la Companyia conseguirá grandes conquistas, y enormes riquezas, y será temida en todo el orbe, pero mucho me temo que no alcanzará el gran objetivo, el que nos dio a soñar De Flor: el de darse un estado propio.

—¿Piensas que d'Arenós sí lo conseguiría?

Denegó con la cabeza mientras componía un gesto de repugnancia intelectual, como de haber olisqueado una rata muerta.

—No sabe ver a lo lejos. Es noble, y valiente, y capaz de las mayores gestas, y su gente le quiere, pero en su cabeza no cabe un estado. El concepto de un estado, mejor dicho. Un estado es algo infinitamente más complejo que cualquier cosa que podamos imaginar desde aquí. Un estado, simplificando a la esencia, es un concepto donde la espada no representa más allá de un cuarto. Jamás pierdas eso de vista, Guillem. En realidad, y si lo piensas —yo no pensaba nada; el que lo hacía era él; aquel «si lo piensas» no era más que una de las muletillas que usaba Muntaner para mantener anclado el interés de su interlocutor, el que fuera en cada caso—, el concepto *estado* ni siquiera es una cosa clara, o en que mucha gente se haya puesto de acuerdo. Para Cicerón, que fue de los primeros en analizarlo desde un punto de vista estructural, el Estado no es mucho más que una comunidad de hombres ligados por el derecho, y también por la utilidad en el sentido más inmediato de la palabra, para darse un bienestar común basado en la justicia. Para san Agustín, que a pesar de ser un sacerdote de ningún modo era un ser tan obtuso como suelen ser los de su oficio, el Estado es una reunión de hombres razonables, enlazados los unos a los otros en virtud de una común participación en las cosas que aman. Una definición muy poética, ya lo ves, aunque se hace mucho más profunda si te detienes a reflexionar sobre su significado. En cualquier caso, y sea cual sea la definición de la que se parta, el Estado es un bien deseable para los conscientes de que vivir y prosperar en sociedad requiere unión, y la unión necesita reglas similares para todos, pues de no haberlas es cuestión de tiempo que todo salte por los aires. Puede parecer un concepto despreciable por su simpleza, por ser del tipo que cualquiera lo entiende, pero desdichadamente no es así, porque las reglas iguales para todos implican que los favorecidos con las mayores fuerzas, o las mayores riquezas, deben renunciar a emplearlas en su propio beneficio, cuando no compartirlas con los demás, y eso se da

de lleno con la concepción feudal del poder, el cual, por definición, es lo más opuesto imaginable a un estado unificado en el que todos tengan cabida y todos puedan convivir. Nosotros no padecemos demasiados señores feudales. Si lo piensas, sólo son Rocafort, d'Arenós y hasta cierto punto yo mismo, pero estoy convencido de que sólo yo aceptaría sacrificar mis poderes exclusivos para ponerlos a la disposición del Estado. D'Arenós jamás dejará de ser un señor feudal, de los que reconocen a un monarca sobre sus cabezas sólo mientras ellos puedan hacer en sus feudos respectivos lo que les salga de sus pendones. En cuanto a Rocafort, lo suyo aún es peor, pues el Estado, en su concepción, es él mismo. Es un dictador, y si hasta hoy no ha dejado asomar el hocico a la bestia que lleva dentro es porque piensa que aún queda gente que se le puede oponer. Un día, y no tardará salvo si le matan antes, hará una carnicería con los que piense que no le van a ser fieles hasta la muerte; tras eso se coronará rey de los catalanes, o algo así. Está lo bastante loco, por fortuna, para no medir bien sus fuerzas, aunque no por eso dejará de ser peligroso permanecer en sus proximidades, de modo que procura ir siempre con el mayor cuidado, amigo mío. Sobre todo, según percibas que te sitúa más y más cerca de su persona.

Me había quedado reflexionando, a mi nada deslumbrante velocidad, cuando vi llegar a mis mujeres; las pequeñas en los brazos de las grandes, seguidas de una tercera, también madre y cuyo bebé, de semanas, se lo había llevado días antes la fiebre cuartana. Los pechos le habrían reventado de una leche que ya nadie le ordeñaba, pero Giovanna, que sabía de su desgracia, le puso al habla con Llura, cuyas *mamelles*, pese a su buen tamaño, ya no daban para que dejaran de llorar las que por momentos se la comían viva. De ahí que llegaran a un fácil acuerdo, y así fue como Eris se acostumbó al sabor de la teta mercenaria. La dieron a probar a las dos, pero Meritxell no se apañaba con unos pezones sonrosados y apreciablemente más pequeños que los casi negros *mugrons* de la muy morena Llura. Eris parecía estar saliendo más a su madre alternativa que a la titular. Cuando menos, en saber adaptarse a todo.

—Es hora de cenar. ¿Nos acompañas, xor Ramón?

Muntaner aceptó, encantado. Yo no sabría decir, si alguien me lo preguntara, si lo hacía por el anticipado placer de saborear los estupendos guisos de la más alta, más llena, más joven y sexualmente no ya más atractiva, sino un gran pecado mortal que andaba, o por el aún mayor de la imaginación, la inteligencia y la sensibilidad de la hechicera que le llamaba xor Ramón —ninguna mujer de la Companyia Catalana osaría jamás hacerlo—, al tiempo de sonreírle como lo haría la mismísima Diosa de la Predictividad.

* * *

No siempre se cumplían las profecías de Muntaner. La de que Rocafort se iría con su gente a Rodosto, mujeres y niños incluidos, sí se cumplió, pero no la de que me

tantearía para marchar con él, lo cual me dejó a la vez aliviado y fastidiado. Lo primero porque me permitiría pasar un invierno idílico, viendo con ternura cómo Claudera cogía peso según se le inflaba la barriga —con un punto de aprensión; ella sabía de preñeces casi todo lo que puede saber una mujer, salvo por estar preñada ella misma, de modo que asistía con un punto de sorpresa, si no estupor, a los cambios que registraba su organismo, y no sólo en la pérdida progresiva de la cintura o en las nauseas matinales, sino en lo protectora que se volvía, y con cierta impaciencia por mi parte yo era lo que más empeño ponía ella en proteger, como si odiase la idea de que tarde o temprano me pondría otra vez en situaciones de peligro; ya me salvó la vida una noche memorable, y ya iba yo viendo que le había cogido el gusto, a eso—, y aprendiendo de las dos que mientras una mujer cría sus cachorros no hay riesgo de que le vengan más, con la inmediata consecuencia de que la una se quedaba sin protestar —si no encantada de la vida, me parecía sospechar— con las razones que la otra rechazaba, por no tener el cuerpo para nada. Lo segundo, porque ser el intendente de la horda mayor no me desagradaría en absoluto, y el que su jefe no me lo hubiera ofrecido me hacía sentir fatal. Quizá desconfiaba de mis diez años de asociación con Muntaner, o lo mismo pensaba que buscando dentro de los suyos, los que habían venido con él desde Morella, encontraría uno más a su gusto, del que se fiara más y fuera igual de capaz. Fuera por lo que fuese, aquello me incomodaba, y lo peor que por entonces tenía mi personalidad era que disimulaba rematadamente mal. Cuando menos, a los muy sabios ojos de Claudera.

—No le des importancia, que no la tiene. Sólo sucede que mientras inverna en Rodosto no necesita un intendente. Al no haberte dicho nada, siendo consciente, como sin duda lo era, de que tú esperabas que lo hiciese, te ablanda un poquito, de modo que cuando lo haga no dudes en aceptar ni le pidas cosas que no te quiera conceder. Su objetivo es que dejes a Muntaner y te pases a sus filas sólo porque sí, porque te salga de los adentros, y no porque haya tenido que seducirte. Así le será más fácil controlarte, y dominarte, y hacer que seas tan esclavo suyo como los infelices que le aguantan. Entiendo que Muntaner lleva camino de ser el pasado y él, Rocafort, es el futuro, si no ya el presente, pero no se lo pongas fácil o no serás un número dos con las atribuciones de un verdadero número dos. ¿Que qué ganarás tú siendo un auténtico número dos? Pues muy fácil, mi guapo niño Guillem: es cuestión de tiempo que los suyos se lo carguen. Es la suerte que los dioses reservan a los que se agrandan, los que se vuelven dictadores de los que antes eran sus amigos, y el día que suceda eso los que acaben con él, y tú no deberás estar con ellos, se volverán hacia ti en demanda de un jefe que les sepa conducir. Así le pasó a César, y a muchos otros antes y después. De ahí que tengas siempre algo muy claro, xor Guillem: jamás juegues a ser Bruto, y menos aún Casio. Ni Marco Antonio. Tu papel deberá ser el de Augusto, que no se te olvide.

Lo peor de aquella no sé si plática o predicción llegó al final, cuando le dije, con algún rubor, que no tenía la menor idea de quiénes fueron esos ilustres caballeros. Por

fortuna no me reprochó ser un ignorante y un burro. Entendía que la historia de la vieja Roma preimperial no tenía por qué ser del dominio público, cuando menos en el seno de la inculta Companyia Catalana, de modo que, con calma, me la explicó. Era, en cierto modo, un excelente sustitutivo de un lecho donde, para según qué cosas, había dejado de acompañarnos. Lo curioso era lo mucho que aún disfrutaba de nuestros baños en común, así como de lo que a veces sucedía en la bañera entre Llura y yo, aunque sin ser ella inocente, y mucho menos irse. De algún modo, seguía siendo una maestra en alzar las llamas para que los incendios los disfrutaran otros. Si acaso, parecía conformarse con el rescoldo que después, todo corazón, le regalaba Llura mientras yo las dejaba para ir a preparar la siguiente campaña. La primera desde que d'Arenós cambió a Roger de Flor por Guy II de la Roche y a la Companyia Catalana por el Ducado de Atenas. Sería también la primera donde la totalidad de las hordas catalanas volverían a marchar como un solo hombre contra un enemigo común: los alanos que un desdichado 5 de abril se cargaron a nuestro *führer* y a mil y muchos camaradas más.

Hasta primeros de abril de aquel 1306 no habíamos hecho más que prepararnos para la campaña del verano, en buena parte por culpa de lo largo y de lo duro que resultó ser el difunto invierno, y también por lo muchísimo que llovía desde primeros de febrero. Nuestras improvisadas atarazanas, aun así, alistaban y reparaban las naves. Entre galeras, taridas, carracas, leños y bajeles no nos faltaban muchas unidades para llegar al centenar; entraba en lo posible que al Imperio no le quedaran tantas, cuando menos atracadas en los muelles de Constantinopla. Los heridos más averiados se recuperaban paulatinamente. La siguiente hornada de alevines de almogávar recibía su entrenamiento intensivo. Muntaner seguía negociando con los turcopóls y, para sorpresa general, había entreabierto una segunda vía de tanteo nada menos que con los turcos, la cual, si acababa bien, podría incrementar nuestras filas en otros tres mil hombres. Nuestras forjas producían más y más armamento, para nosotros y para los que se nos pudieran unir. Nuestros herreros y nuestros carpinteros, incluyendo a los civiles catalanes refugiados en Gallípoli, producían carros y más carros, así como piezas con las que reparar los barcos. Adiestrábamos un embrión de ingenieros capaces de operar con buena maña las catapultas que nos suministraron las amigables atarazanas de la cercana Imbros. Por último, Muntaner seguía recibiendo información acerca del estado general del Imperio, que si bien malherido y zarandeado era tan grande que, a poco se le dejara reposar, y nosotros no le clavábamos ningún *relió* desde octubre, renacía y se reforzaba de un modo que acababa por apesadumbrarnos, y no ya desmoralizarnos, porque si de algo se ocupaban Rocafort y d'Arenós era de mantener muy alta la moral. Yo era el responsable de proponer planes para la próxima campaña, con independencia de que d'Arenós también preparaba los suyos. Lo hacía pensando sólo en la horda de Rocafort, aunque alimentaba la esperanza de que d'Arenós terminase por aceptar que las dos partes saldrían ganadas si, cuando menos, operasen de conserva, pero no

pasaba de trazar grandes líneas, ya que Tracia no podía estar más esquilpada, y de lo que hubiese al norte y al noroeste poseía poca información.

En ese marasmo estaba, ya olvidadas las dulzuras de la pasada Saturnalia —me costaba llamar Navidad a lo que para Claudera, y para mí, no era más que la bendita saturnalia solsticial contaminada de indecente palabrería clerical, y aquí reconozco la gran verdad encerrada en algo que solía decir el jamás olvidado d'Aunés, que tira más pelo de parrús que maroma de galera—, cuando un convoy veneciano que navegaba rumbo a Kriti destacó una tarida repleta de caballos para detenerse un par de horas en el pantalán del Hexamilia, formalmente por hacer aguada mientras las demás naves la esperaban fondeadas a la gira, si bien su capitán, además de preocupación por lo mucho que bebían sus bestias, traía un mensaje para Muntaner. A eso se debió que, a la hora de reanudar su singladura, el Consell dels Dotze se reuniera de urgencia.

—Nuestros agentes venecianos acaban de comunicarme, a través del capitán de la tarida que hace un par de horas hizo aguada en nuestro pantalán, que Andrónic y Giorgos Girgón, el jefe de los alanos y que según creemos fue quien asesinó a Roger de Flor, se han tirado los trastos a la cabeza por líos económicos, y es que Andrónic no le paga, o no tiene con qué hacerlo. Dado que los alanos han rapiñado lo indecible, y desde que mataron a nuestros compañeros parece que aún más, han decidido volver a sus tierras pasando por Bulgaria, salirse del negocio de la guerra mercenaria y dedicarse a vivir en paz, cultivando la tierra, criando ganado y las demás estupideces. Todavía no han dejado Constantinopla, porque tenían cantidad de partidas, no muy grandes, sueltas por Anatolia. Las mandaron llamar hace una semana para que se concentraran allí mismo, en Constantinopla. Se supone que más o menos en un mes saldrán de allí, en un convoy donde llevarán todo lo que tienen. Un convoy formado por cientos de carretas. En ellas viajarán sus mujeres, sus hijos y sus esclavas. Los venecianos evalúan a los capaces de combatir en no menos de ocho mil y no más de diez mil, de modo que será una fuerza de muchísima consideración. Por último, dentro de dos semanas zarpará de Constantinopla un segundo convoy veneciano. Al igual que hoy, otra nave se detendrá en nuestro pantalán con las últimas noticias. Seguramente, con la de que los alanos ya estarán a punto de salir hacia Bulgaria.

Tras eso y una larga mirada circular mi señor se sentó. Los demás, y a pesar de los murmullos, era obvio que se lo estaban pensando, aunque no hacía falta cavilar demasiado para determinar que si aquello era verdad —no sería la primera trampa que nos tendían; si un don poseían los bizantinos a una escala no ya envidiable, sino prodigiosa, era la perfidia—, el plan de operaciones para la primavera de aquel prometedor 1306 acababa de irse al *carall*.

—¿Alguna idea de qué camino seguirán?

El que preguntaba era Rocafort. Muntaner sabría responder, porque fue lo primero que nos preguntamos los dos tras escuchar al capitán veneciano. Sin embargo, buen amigo y mejor jefe, prefirió pasarme los trastos señalándome con el

dedo. Así, un tanto inseguro, me levanté, abrí mi boca y empecé.

—Si, como nos han dicho, vuelven a su tierra, en el Cáucaso," deberán bordear el mar Negro. Hacerlo por el sur sería entrar en el terreno de los seleúcidas, lo que sería ilógico, porque son enemigos mortales. Si eligen el camino del norte se dirigirán a Bulgaria sin acercarse a la costa, porque son conscientes de que si algo abunda en el Ponto son los piratas y los corsarios, de modo que dar al mar un buen resguardo será una medida de prudencia obligada. Por nuestra parte, no deberíamos perseguirles en el interior de Bulgaria, porque sería complicar las cosas en exceso, además de alejarnos demasiado. Lo natural será que sigan hacia Bizia y ahí elijan entre unas cuantas posibles rutas, no muy alejadas las unas de las otras. Si para entonces hemos desplazado algunos hombres a los alrededores de Bizia, y desde ahí los siguen, al tiempo de mantenernos informados, por mucha prisa que se quieran dar no podrán impedir que les alcancemos antes de cruzar la frontera de Bulgaria.

—¿Por qué piensas que irán despacio?

Ésa me la sabía. Ojalá todas fueran igual de fáciles.

—Por los carros. Siendo tantos como dicen que serán, y yendo tan lejos como al Cáucaso, y si además llevan en ellos el saqueo de varios años, a la fuerza los remolcarán bueyes, que no sólo son menos delicados para la cosa de comer y de beber, sino más resistentes, y además les vendrán muy bien una vez lleguen a destino, mucho más que si fueran caballos. Ahora, con bueyes tirando de los carros no podrán avanzar a más de cinco leguas por jornada, so pena de reventarlos. Nosotros, marchando sólo a caballo, y en todo caso con unos cuantos carros ligeros, con forraje y víveres, podremos avanzar a razón de diez por día. De ahí mi seguridad en que los alcanzaremos a tiempo.

El que preguntó, un caballero muy antipático que se llamaba Bernat de Ventaiola y al que alguna vez había sorprendido una mirada de celos —era de los que vinieron de Morella con Rocafort—, no creo que con eso quedara satisfecho, pero cuando su jefe se levantó abriendo al tiempo su gran boca, se calló. Faltaría más.

—¿Qué garantías hay de que no sea una trampa?

Eso ya era terreno de Muntaner, de modo que también se levantó, al tiempo de yo sentarme. La pregunta era lógica, no el fruto de ningún deseo de hacer pequeño a nadie. Las implicaciones y las consecuencias de que mordiéramos un anzuelo tan tentador como traidor eran claras para todos —bastaba con pensar en una reunión similar de un año antes, cuando el Consejo intentaba disuadir al *führer* de aceptar la invitación que acabaría costándole la vida, y de paso la de mil doscientos y pico almogávares, y si no me costó la mía, y la de Ramón y la de Berenguer, fue porque mi diosa de la predictividad particular los tenía tan bien puestos como el mejor de todos nosotros—, de modo que si algún momento era bueno para poner en el conocimiento general todo lo que sabíamos, era ése.

—La fuente de la información está muy bien situada en la representación veneciana. Tiene acceso directo y frecuente al propio Andrónic, basada en un trato de

muchos años. La conocí, a la tal fuente, y disculpad que no dé más detalles, al poco de llegar a Constantinopla, en 1303. Nos caímos bien, y pronto vimos que podría ir en el interés común compartir no sólo noticias, sino influencias. A esos exquisitos sentimientos les añadí, siempre que pude, una interesante cantidad de oro, porque bien sabido es que la generosidad y los buenos sentimientos funcionan aún mejor cuando están engrasados como Dios manda. —Unas cuantas sonrisas. El estilo de Muntaner quizá fuera demasiado sofisticado para esa colección de toscos catalanes y valencianos, pero sabían reconocer lo que a menudo se ocultaba tras sus palabras suavísimas—. Desde aquel momento rara vez ha fallado en transmitir información de interés. No creo que nos cuente todo lo que sabe, ni que sepa todo lo que pasa, pero cuando dice algo, al menos hasta hoy, suele ser verdad. No nos dijo nada, por ejemplo, de la encerrona de Adrianópolis, quizá porque Andrónic la mantuvo en un secreto absoluto, quizá porque fuera verdad lo que nos transmitió después, que nunca se supo en Constantinopla una palabra de aquello y que todo fue una maquinación de Miqueli. En cualquier caso, eso ahora no viene a cuento. Lo que viene a cuento es la oportunidad de saldar una cuenta de las importantes de verdad, y de paso hacernos con un botín colosal. De ningún modo digo que lo hagamos a ojos cerrados. Se trata de algo tan aparatoso, tan desmedidamente grande, que verificar si es verdad o no será sencillo. Bastará con enviar varios grupos de avanzada, que sepan ocultarse sin dejar de ver y de averiguar. El camino a Bizia desde Constantinopla está lleno de lugares donde se puede agazapar un grupo de seis hombres, permanecer atentos y, en su momento, el de ver aparecer el convoy, enviar tres mensajeros por tres caminos distintos. Si al cabo de un tiempo que hayamos establecido previamente, digamos seis semanas, ven que nada sucede, que regresen, porque o bien los alanos han ido por otro lugar o bien todo ha sido un engaño.

Una pausa, un punto teatral. Nadie dijo nada, ni apreció gesto alguno. Era claro que Muntaner aún no había llegado al final.

—Hoy es 8 de abril. Si la información fuera correcta, los alanos dejarán Constantinopla entre el 1 y el 10 de mayo. De allí a Saranta Ekklesiés, la última de las ciudades de Tracia en el más oriental de los caminos a Bulgaria que rehúyen la costa, la distancia es cuarenta leguas. Deberán vadear al menos cuatro ríos de un cierto caudal, así como superar dos cadenas montañosas no muy escarpadas, pero sí lo suficiente para obligarles a bajar el ritmo. Deberán, es inevitable, detenerse de vez en cuando, para dar un descanso a las mujeres, a los críos y a las bestias. Sumándolo todo, sale que alcanzarán una cordillera que los búlgaros llaman Strandja en algún momento comprendido entre el 20 de mayo y el 10 de junio. Sólo hay, que yo haya podido saber, un paso practicable para un convoy con carros tan pesados como serán los que lleven ellos, uno que los bizantinos llaman del Mont Hemus, o algo por el estilo. Eso significa que, vayan por donde vayan, al final acabarán ahí, pues las dos alternativas, volver al borde del mar o rehuir la Strandja por el oeste, implicarán unos riesgos muy serios, la primera, o un rodeo de semanas, la segunda. Dando esto por

bueno, y por supuesto verificando cada día por dónde avanzan, y a qué ritmo, los podríamos hasta esperar en ese paso, el del Mont Hemus, en las mejores posiciones para despedazarlos sin que se den cuenta de lo que pasa, o no antes, al menos, de que sea demasiado tarde para ellos. Si lo pensáis, será lo mismo que hicieron ellos a De Flor y a nuestros hermanos.

Un bramido de aprobación. Si lo hubiera dicho cualquier otro, como por ejemplo yo, nadie habría perdido el gesto escéptico, pero el prestigio de Ramón Muntaner en el seno de la Companyia Catalana d'Orient era tan total que si afirmara que la Tierra es redonda nadie osaría discutir tamaño disparate.

—¿Cuánto hay de aquí al Mont Hemus ese deis *collons*?

A eso respondí yo, aunque no de propia iniciativa, sino tras un gesto de Muntaner. De ningún modo me habría saltado yo a mi señor, y menos en público. Lo primero y necesario para conservar la confianza del que secretamente planeas sustituir, es que de ningún modo pueda pensar que le puenteeas, y si algo hay que retener hasta el mismo instante de arrearle la puñalada traperera fatal —en la espalda, por supuesto—, y si no, al menos, el de traicionarle sin piedad y dejarle a los pies de sus peores enemigos, es su plena confianza en tu fidelidad a toda prueba. Más o menos, lo que le sucedió a la zarina Irene con Claudera, como alguna vez me describía en las periódicas clases de perfidia, la segunda de sus especialidades celestiales, que de vez en cuando me regalaba.

—No menos de cuarenta ni más de cincuenta leguas. A una media de seis por jornada, pues hay ríos sin puentes y montañas de pasos complicados, ocho días.

Los principios aritméticos de Rocafort, del que mi señor sospechaba que no sabía sumar ni restar, y de multiplicar y dividir ya ni hablaba, eran por entero digitales. Dicho de otro modo, que si se quedara sin dedos ni hasta diez podría contar.

—Me sale que para estar allí el 15 de mayo deberíamos salir de aquí no después del día 5. ¿Es así? —Muntaner y yo asentimos—. Bien, pues eso ya lo tenemos claro. ¿Habéis pensado en quiénes formarán los grupos de avanzada?

A eso volví yo a contestar, aunque tras mirar a Muntaner y comprobar que asentía.

—Sí. Serán seis. Los mandarán almugadenes muy expertos, muy veteranos. Hemos pensado en...

La lista de los seis, leída en mi tablilla. Una de las mejores cosas que me había enseñado Muntaner era no confiar en mi memoria, pese a ser muy buena. El dato que se lee, decía, jamás te hace quedar mal, mientras que raro es el recordado, por mucho empeño que pongas, que no te pueda dejar con el culo al aire. Tras escucharla hubo un cierto debate acerca de la idoneidad de alguno, si bien lo que más controversias suscitó fue que dos de ellos eran hombres de Ferran Eiximenis d'Arenós.

—¿Tan seguro estás de que d'Arenós querrá unírseos? ¿A mis órdenes?

Me lo había preguntado a mí, pero el que respondió fue Muntaner.

—No me cabe duda, Bernat. A él no le gustaba De Flor, pero los mil y pico que

murieron con él, casi todos hombres de Corberan d'Alet, eran tan hermanos suyos como lo eran nuestros. Estoy convencido de que ante la oportunidad de poner las cosas en su sitio no dudará en sumarse.

Rocafort se lo pensó. No ponía cara de quedar muy convencido, pero no podía ser él quien dejase fuera del juego al otro, de modo que acabó por claudicar.

—¿Cuándo se lo dirás?

—Pensaba enviarle un propio nada más amanecer. Ahora ya es demasiado tarde para que llegue a Màdytos con luz.

—Bien. Invítale a venir y que se traiga todos los que quiera. Esto no será un asunto de hablar entre los tres, sino todos juntos —señalaba en derredor, de un modo entre distraído y desmayado—. ¿Cuándo empezarás a trabajar en la intendencia?

—Ya hemos empezado.

El tono de Muntaner era incontestable, de modo que nadie le contestó, pese a mentir como un bellaco. Desde luego que no habíamos hecho nada durante las dos horas transcurridas desde que terminamos de hablar con el capitán veneciano hasta que nos reunimos con los otros diez, los cuales, por cierto, ya eran trece, pero determinadas ocasiones no pueden terminar de cualquier manera. Un toque de solemnidad siempre viene bien, y aquél era, quizá, el mejor de los posibles.

—Bien. Haz tu magia y hazla como te dé la gana, pero el 1 de mayo quiero a todo el mundo sobre sus caballos. ¿Estamos?

—Estamos, xor Bernat.

Rocafort, como era de temer, se desorbitó de la mirada, pero en el acto se aflojó en una sonrisa. Después de todo, y a esas alturas, el único que osaba bromear con él, cuando menos en público, era Muntaner. Mejor que fuese así, debió de pensar justo antes de arrojarle una gruesa miga de pan con la que jugueteaba desde hacía un rato, para tras eso exhalar un festivo:

—Pero qué cabronazo eres, tú.

Estaba claro que se querían. O que los dos deseaban hacer pensar que se querían.

* * *

Llevábamos dos días detenidos en Malgara, un lugar situado a quince leguas de Gallípoli, de donde habíamos salido el 3 de mayo. Las razones del retraso, del que ni Muntaner ni yo éramos responsables, fueron dos: la primera que allí era donde los grupos más cercanos a Constantinopla deberían enviarnos un par de mensajeros con lo que supiera cada uno, de modo que llegaran allí, a Malgara, no después del 7 de mayo. Si las noticias eran positivas —que habían divisado al convoy alano—, los demás hombres deberían seguirlo a distancia, para enviarnos una segunda pareja de mensajeros a otro punto en el camino del Mont Hemus, Alpiya, de modo que llegaran no después del 15 de mayo, sino que aguardaran otros cinco días. Si no veían nada, que regresaran a Gallípoli; si, por el contrario, sólo sucedía que se había retrasado el

tal convoy, pero que al fin lo divisaban, que nos buscaran entre Alpiya y Malgara.

La segunda, que la negociación con los turcopóls había fructificado. Muntaner y sus enviados acordaron que se nos unirían en Malgara el día 7 de mayo. Serían doscientos de a caballo y setecientos de a pie, de modo que nuestra fuerza total se incrementaría en novecientos hombres que, sin querernos demasiado, cuando menos odiaban a los griegos con toda su alma. Para empezar, porque les debían muchísimo dinero y era claro que no pensaban pagarles, y después por el gran desprecio con que siempre les habían tratado. Un desprecio que tenía mucho de racista —los bizantinos eran unos seres a los que adornaban casi todas las virtudes, era de reconocer—, ya que los turcopóls —o turcoples, o turcoples, o cualquier cosa de las muchas que les llamaban; a nosotros, y nos parecía que a ellos también, les sonaba mejor su gentilicio en catalán— eran turcos perdidos, tan turcos como todos los demás turcos. Se diferenciaban de los otros turcos en haber sido bautizados, aunque, por lo demás, eran tan devotos como nosotros, que también lo fuimos al poco de nacer. Con ellos vendrían sus mujeres y sus hijos, aunque no para seguirnos ni para quedarse allí, en Malgara, sino para ser despachadas con una escolta de turcopóls y algunos almogávares hasta Gallípoli, donde Muntaner ya les había encontrado sitio, uno muy agradable junto a la Bocca d’Aveo, para que montaran su campamento.

Muntaner, a regañadientes, se quedó en el Hexamilia con una pequeña guarnición de almogávares y caballeros —no llegaban a doscientos, entre todos—, más los tripulantes de las naves, los herreros, los carpinteros y los civiles capaces de arrimar el hombro si llegase a ser necesario. En total serían quinientos hombres preparados para, en su momento, sostener un *cortell* o un chuzo. A éstos se les unirían, llegado el caso, más de mil mujeres capaces de disparar muchas, muchísimas flechas y, de convenir, clavarle un chuzo en los destos al primer bizantino que se les pusiese a mano. En general, opinábamos que sería una defensa suficiente para las mujeres y los niños de las tres hordas —la pequeña de Muntaner, la mediana de d’Arenós y la grande de Rocafort—, más las que aportasen los turcopóls, con las que no sería fácil entenderse porque ninguna se salía del turco, o eso creíamos. Por fortuna seguíamos contando con Calliope, además de con Naima, una jovencísima esclava turca que hablaba un poquito de griego, a la que capturamos en Kibistra y que se había prendado tan hasta los tuétanos del guapísimo caballero aragonés que se la quedó sin primero violarla, Juan Pérez de Caldés —ya lo hizo días después, aunque por las buenas—, que hoy éste hablaba un turco tan decente, o al menos tan comprensible, que Rocafort le había encomendado el mando de la horda de turcopóls, con lo cual se demostraba que hacerse con las mujeres del enemigo suele ser un buen negocio. Un negocio que no pensábamos explotar en el asunto que teníamos a la vuelta de unas semanas, pues la consigna, y me consta que ninguno de nosotros estaba en contra, era no dejar uno vivo: ni alano, ni alana, ni cachorro de alana. Los íbamos a borrar de la

faz de la tierra, como señalaba Berenguer de Roudor, el más poético de los caballeros jóvenes y que aquellos días lucía un tanto preocupado, pues la bella Carlota le había puesto sitio y él, infeliz, acabó capitulando la noche antes de partir hacia ese proceloso Mont Hemus con el que casi todos soñábamos.

Casi al tiempo que los turcopóls, cuando ya empezábamos a ponernos nerviosos, divisamos a lo lejos un par de jinetes que llegaban del este y que hacían por nosotros. Aún tan lejos como a setenta y cinco estadales yo ya tenía claro quién era el de la izquierda, el mismo que hacía ondear el gallardete de Ramón Muntaner en la punta de su chuzo. Incluso a esa distancia su cara de caballo, sus melenas rizadas y su expresión de no desayunarse menos de un niño, hacían imposible confundir a un Oleguer al que yo quería como si fuera el hermano mayor que todos los que no tenemos uno deseábamos tener.

—Los vimos acampar en el lado norte de un lago largo y estrecho que hay a cinco leguas de Constantinopla, en el camino de Bizia. Nosotros estábamos escondidos entre los cañaverales de la orilla opuesta. Los hombres son de diez a doce mil. Un cuarto a caballo, los demás a pie. No menos de quinientos carros. La mayoría con tiros de dos bueyes, aunque algunos de cuatro. Eso fue anteayer.

Ni buenos días, añadió. Era Oleguer en estado puro. Nada más oírle nos abalanzamos sobre mis toscos mapas. Según aquello les faltaban algo menos de cuarenta leguas, o nueve días. Si paraban uno de cada dos, serían dos semanas justas, o catorce días a contar del 5. De ser así, estarían al pie del Mont Hemus el 19 de mayo. Nada que no pudiéramos alcanzar, aunque convendría moverse.

—A juzgar por lo que tardaron en montar el campamento, no creo que cuando se paren lo hagan para sólo un día. Más parece que lo hacen para dos, o para tres. Lo digo porque los hombres no ayudan. Sólo trabajan las mujeres. Así les pasó que llegaron a media tarde y no acabaron de instalarse hasta el mediodía siguiente. Para salir al otro deberían empezar a desmontar nada más acabar de montar, y eso no es para créerselo.

Tenía sentido, de modo que al momento rectificué los cálculos. Rocafort y los demás permanecían pendientes de mis palabras, como si yo fuera un tal Oráculo de Delphi, si no un trasunto de Claudera, la Diosa, equipado con algo que no suelen tener las diosas, salvo en todo caso una tal Hermaphrodita, o algo así, que nunca estaba yo muy seguro de quedarme con todas las cosas que me contaba mi Claudera, la de verdad.

—Si marchan dos jornadas y se detienen otras dos, son dieciocho días, lo que significa el 23. Si se detienen tres son cinco más, o sea el 28. Si sumamos retrasos por culpa de los ríos que han de vadear, lo mismo no llegan hasta el 1 o el 2 de junio.

Rocafort compuso un gesto de aquiescencia un tanto admirada. Le gustaba cómo funcionaba su intendencia general, o eso parecía. Era comprensible, después de todo. Para un tipo que contaba con los dedos, pese a lo bien que se le daba el *xatranj*, lo mío debía de parecerle magia negra.

—Pues visto. Cuando lleguen los turcopóls nos quedamos aquí un día, para conocernos, y al siguiente todo seguido al Mont Hemus de los demonios. ¿Preguntas?

Ninguna. Todos asentimos, sin más. La suerte de los alanos cada día que pasaba estaba un poquito más clara. O más negra. Según quién la mirase.

* * *

En Alpiya nos detuvimos para consolidar información y recapacitar a la vista de los últimos datos, además de para dar un descanso a las bestias, porque los calores del verano tracio se nos habían echado encima. La mayor parte de los mensajeros ya nos habían alcanzado, y sus informes eran consistentes los unos con los otros. Los alanos avanzaban muy despacio, de un modo incluso cansino, pero a nuestros observadores les parecía que no vagueaban. Sólo sucedía que acarreaban un número inusitadamente alto de mujeres y de hijos, y parecía que también de siervas. Era probable que su desierta tierra del Caucaso anduviera escasa en cuanto a hembras fértiles, de modo que los varios miles que llevaban con ellos —no era un cifra susurrada por los venecianos; era mera consecuencia de nuestras observaciones a distancia; en cuanto a la forma de diferenciar las esposas de las esclavas, era sencilla: las de negro, todas, eran esclavas, o eso, al menos, era lo que parecía desde cien estadales de distancia— les vendrían de maravilla para repoblar su estado, el que les aguardase allí o el que pensarán darse.

Nuestra gente, al principio, se acercaba más de lo prudente, aunque pronto aceptaron lo saludable de quedarse lejos, ya que Girgón, o quien fuera su intendente, no tenía un pelo de tonto: no sólo mandaba en avanzadilla varias docenas de jinetes para reconocer el camino del día, sino que cuidaba los flancos y la retaguardia de la misma forma, temeroso de que se les siguiera de lejos. Unas precauciones irreprochables, pero una vez dejaron atrás los humedales cercanos a Constantinopla el camino se les volvió uniformemente polvoriento, de modo que seguirles de lejos era sencillo: bastaba con no perder de vista el plafón grisáceo que flotaba sobre sus cabezas.

Tras una deliberación no muy larga —Rocafort no era hombre de pensadas desmesuradas; d'Arenós quizá fuera menos brillante, aunque tampoco era muy dado a la honda reflexión—, se decidieron varias cosas. Una, estudiar los alrededores del Mont Hemus, a la búsqueda de una superficie muy amplia, la que necesitarían ellos para instalar su campamento. Dos, ver si en las proximidades había una llanura de tamaño suficiente para ofrecer ahí la batalla, pues dábamos por seguro, a causa de las precauciones que tomaba Girgón, que nos divisarían con tiempo suficiente para organizarse; de no ser así, lo procedente sería cargar sin más contra su campamento, ya que al intentar defenderlo se colocarían en la mejor posición táctica imaginable para degollarlos a todos. Tres, mantener desde allí, Alpiya, un rumbo envolvente y suficientemente abierto, dando un amplio resguardo al Mont Hemus y de modo que

no pudieran divisarnos de lejos. Cuatro, avanzar al paso tras envolver en tela los cascos de los caballos, de modo que levantaran la menor polvareda posible. Cinco, dejar clara la táctica que todos habríamos de seguir, la cual no podía ser más simple: de vérnoslas con ellos a campo abierto, entretener a su caballería con la nuestra y romper el centro de su infantería con el global concentrado de la nuestra. Si los pillábamos con los meados en el vientre —los dioses lo quisieran, o sant Jordi, o la Virgen; total, qué más nos daba quién diablos lo propiciara—, una parte de la caballería ligera contra los carros y las mujeres, para que sus infantes, horrorizados, rompieran la formación; en cuanto al resto, pues lo de siempre cuando pillábamos a un enemigo desordenado y desorganizado: paciencia y degollar.

No necesitábamos un grupo exploratorio numeroso, aunque sí que supiera leer un campo de batalla y que dominara el arte de la fuga, por si nos dábamos con alguna sorpresa. Se debió a eso que lo integráramos Ramón, Berenguer, Oleguer, tres almogávares de su confianza y aspecto espantoso, y yo mismo. Nos separamos de la formación al llegar a las orillas de un viejo conocido, el Agrianes. Desde ahí comenzamos a trotar a buen paso, sin preocuparnos del polvo porque de nuevo pisábamos terreno húmedo. Así, en media jornada llegamos al pie del Mont Hemus, o Haimos, como parecía ser su nombre para los que vivían allí, o eso nos dijeron unos pastores que cuidaban de unas cuantas cabras sin tener idea de lo que se les vendría encima como no se largaran de allí. Según nos dijeron, *Hemus* no era el nombre de un monte concreto, sino el de toda la cordillera, la que desde un poco más al este, casi en el mar Negro, se plantaba en el Egeo y de allí se perdía en el norte. Lo que nos importaba, no obstante, lo señalaron sin vacilar: un camino moderadamente tortuoso que se adentraba en las montañas, a su vez no demasiado altas, aunque sí escarpadas, y que al otro lado estaba Bulgaria. Parecía un lugar transitado, cosa lógica, pues era el sendero natural para entrar y salir del Imperio. Era raro, decían nuestros ingenuos pastorcillos —Oleguer ya recomendaba, en catalán, degollarlos a todos a fin de no dejar ni testigos ni chivatos, pero Ramón, con esfuerzo, le contenía—, que cada semana no lo atravesaran una o dos docenas de caravanas, sobre todo en verano, y si venían en grupos numerosos era porque había muchos bandoleros, así que, si pretendíamos cruzarlo en nuestro camino a Bulgaria —aconsejaban con candor—, mejor haríamos esperando a que pasara una en dirección norte, para sumarnos a ella. Tras oírles, y analizar sus en verdad amistosas sonrisas —eran tres, dos niños y una niña, el mayor de la edad de Llura—, me pregunté si por una vez no haría mejor saltándome los códigos almogávares, los que con fría determinación sostenía Oleguer, y me contesté que sí, que me los saltaba. No sólo eso: metí la mano en mi bolsa y saqué una onza de oro —bueno, del oro en que habíamos cobrado la última soldada de Andrónic; no valdría menos si estuviera hecho de madera, pero allí daba igual—, para tenderla indiscriminadamente al que antes la recogiera de mi mano. Sus expresiones eran de asombro, aunque aún se asombraron más cuando saqué una segunda moneda y les dije, con cara muy seria, que se llevaran su rebaño río abajo y

no volvieran por allí en unos cuantos días. Ahí fue cuando la chica, que sin duda era la más lista —suele suceder a ciertas edades—, reparó en la felina expresión de Oleguer —no sé cómo son los tigres, aunque sospecho que si alguno viese a Oleguer se cagaría de miedo—, agarró a los otros dos y echó a caminar monte abajo, chistando a sus putas cabras y haciéndoles andar.

—Yo no te adiestré así, Guillem de Tous.

—Lo sé, Oleguer, pero no soy capaz de ser un cabrón en todo momento, a todas horas, todos los días. Estos niños no nos han hecho nada y no podrán hacernos nada, de modo que, por una vez, déjales vivir, ¿quieres?

Supongo que me salió un tono al que Oleguer no debía estar acostumbrado, aunque quizá fuera que había en él componentes de lo único que le superaba, y que jamás contradecía: el mando. Yo aún no lo sabía, pero el buen Oleguer era no ya un almogávar, sino un militar absolutamente disciplinado.

—Sea como quieras.

Con eso me bastaba, de modo que volvimos a montar y seguimos adelante, hasta un punto algo más elevado de lo normal. Desde allí se divisaba una llanura muy amplia, con espacio suficiente para montar un campamento como el de los alanos y sostener una batalla como la que no tardaríamos más de un día en celebrar. Una predicción en absoluto digna de Claudera la Diosa, porque a lo lejos, en el horizonte, se divisaba un plafón de polvo que Oleguer identificó al momento.

—Ahí están. Cosa de una legua. Esta noche dormirán aquí.

—Han ganado tiempo. No habrían debido llegar hasta pasado mañana.

—Es probable que nos hayan visto. No a nosotros, sino a los que les vigilan. Saben que una vez se hallen del otro lado, en Bulgaria, no nos atreveremos a seguirles.

Ramon tenía razón. Aquello lo complicaba todo, porque sin duda sabían que les rondábamos, de modo que nos podíamos despedir de la improbable sorpresa. Lo que mandaba, en ese momento, era volver con los nuestros por el camino más corto —no el que habíamos seguido bordeando el Agrianes—, dar la novedad y plantarnos en el otro extremo de la llanura con tiempo suficiente para caer sobre los alanos justo al amanecer. Nada, después de todo, que se hallara fuera del alcance de la Companyia Catalana d'Orient.

—Pues andando.

* * *

Nos esperaban, estaba claro. No sólo no montaron sus tiendas, lo que solían hacer nada más detenerse, sino que habían apilado las carretas en filas muy próximas las unas a las otras, para que no se pudiera cabalgar a su través. No costaba suponer que tras ellas, en los intersticios, las alanas, cuya fama de bravas era comparable a la de las catalanas, nos esperaban con lo que manejaran mejor. Por lo demás, se habían

desplegado de un modo nada imaginativo: la caballería por su derecha y la infantería del otro lado. Según el aspecto que mostraban sus guiones, dentro de lo poco que dejaba ver la espectral luz del amanecer, la opinión general entre los que teníamos mejor vista era que Girgón se hallaba en el centro de su caballería, la cual estaba, si no había cambiado de costumbres, peor blindada que la nuestra. La diferencia principal era que nosotros cubríamos el culo de las bestias, mientras que ellos no. Estaban acostumbrados a una lucha más civilizada, infantes contra infantes y jinetes contra jinetes, y sin duda desconocían la última de nuestras tácticas, la desarrollada en Apros, donde deslizábamos infantes entre los caballeros para que destriparan a los caballos del enemigo donde más fácil fuese hacerlo, y si era en el culo —o en las pelotas; esto último, era de reconocer, a los caballos no les gustaba nada, pues al momento se encabritaban tirando a su jinete y con eso ya no había más que hablar—, pues daba lo mismo, por deshonroso que pareciese. La lucha caballeresca tenía muy poco que ver con los usos almogávares.

La caballería de los alanos, a la que conocíamos bien, pues hicimos juntos la campaña que culminó en Kibistra, sólo era marginalmente inferior a la nuestra, pero la infantería era mucho peor. Sus armas eran inadecuadas para oponerse a los almogávares, cosa que vimos en Artaki hacía ya un par de años. A eso se debía que no nos preocupara demasiado la diferencia numérica, la cual no pasaba de uno y medio a uno en jinetes, ni de tres a uno en infantes. Así, a medida que clareaba más allá de sus espaldas —otra vez con el sol en contra, maldecíamos unos cuantos—, nos íbamos sintiendo más y más optimistas, al punto que incluso alguien tan moderado en las vísperas de las batallas como era d'Arenós se permitió mascullar entre dientes, aunque sin gritar, en tono simplemente audible, un solemne «los vamos a inflar» que nos arrancó un mugido de asentimiento. Fue ahí cuando Bernat de Rocafort se aupó sobre sus estribos —con esfuerzo; el invierno le había sentado tan fatal que recordaba horrores a un oso con yelmo y armadura—, miró con detenimiento a babor y a estribor, y prorrumpió en los gritos que los más cercanos esperábamos desde hacía ya un rato:

—¡Izad bien altas las banderas negras!

Un rugido global, con blandir generalizado de manguales y espadones.

—*Keine Gefangenenü!*

Ahora ya rugían hasta los caballos. Muy emotivo, aunque al momento quedó descolorido con un nuevo coro de alaridos, el propio de los almogávares:

—*Aragó! Aragó!*

Por nuestra bandera. Que todo el mundo tuviera claro de dónde veníamos.

—*Sant Jordi! Santa María!*

Me constaba que tanto el uno como la otra les traían a todos sin cuidado, pero el caso era que jamás los olvidaban.

—*Desperta ferro! Aur, Aur!!*

Ahí las cuernas y las trompas comenzaron a bramar. El ruido era tan fuerte que no

nos llegaba el que hicieran los alanos, y alguno emitían, porque se les veía blandir lanzas y espadones, pero el viento soplabá de nuestra espalda, de modo que además del suyo propio se tenían que tragar el nuestro. Debía de resultarles asaz desagradable, pero ya no faltaba nada. Sólo en cuanto Rocafort excretara el último de los suyos, al tiempo de blandir su espadón y señalar al enemigo:

—*Endavant, catalans!!!*

* * *

Una buena prueba de que los alanos eran un enemigo formidable fue la duración de la batalla, pues comenzamos nada más salir el sol y el resultado fue indeciso toda la mañana, pero al llegar el mediodía Berenguer de Roudor destrozó el yelmo de Girgón con su cráneo dentro —fue uno de los más exquisitos golpes de mangual que nadie hubiera visto; de hecho y hasta entonces se consideraba que jamás debía usarse contra un caballero cubierto con un yelmo de Deuschritter, los de cacerola; curiosamente, fue un regalo de Roger de Flor, en aquellos olvidados tiempos en que parecían quererse mucho—, lo cual le hizo caer de su ya exhausto caballo, para que nada más tocar el suelo un alabardero de los que se trajo d'Entea le rebanara el muslo de babor de un gran tajo, y pudiera ser que también le rebanase algo más; alguna explicación tendría el colosal surtidor de sangre. Con eso, que tuvo numerosos testigos en ambos lados, a los alanos les bajó bastante la moral, y más si se consideraba que Girgón se batió bien, al punto que gracias a su destreza personal tres de nuestros mejores caballeros dormirían aquella noche a saber dónde, si con sant Jordi o Belcebú, pero desde luego no entre nosotros.

Desde ahí todo fue un empujar y empujar contra los carros. Vimos salir unos cuantos, tripulados por mujeres aterradas, pero no fueron lejos, ya que los jinetes turcopóls, que no se habían empleado tan a fondo como los nuestros —era disculpable; acababan de llegar y no comprendían las órdenes—, salieron disparados tras ellos, listos para comenzar a degollar mujeres y niños, cosa que no les daba el menor repelús. Algunos de los caballeros abandonaban su lugar en la desfalleciente formación, para buscar entre los carros a sus mujeres, hacerlas montar en algún caballo que tendrían en reserva y abrirse hacia el camino de Bulgaria, pero salvo uno ninguno fue muy lejos. A por ese uno, que a juzgar por el aspecto de sus ropas debía de ser un tipo importante, salieron tres de nuestros jinetes ligeros, Guillem de Bellver, Arnald Miró y Bernat de Ventaiola. Les costó llegar a él, porque las bestias alanas eran muy buenas, pero la mujer montaba fatal, a mujeriegas —parecía mentira en un pueblo de centauros—, de modo que a menos de doscientos estadales Bellver se puso a su altura. En ese momento el alano dio la vuelta, se lanzó sobre Bellver y le atravesó de lado a lado con su lanza, quizá por estar el pobre diablo distraído con la bella dama, pero ya llegaban los otros. El alano —daba cierta pena escuchar después el relato—, viendo todo perdido, primero miró a su espantada mujer, luego la

decapitó de un tajo bien sacudido y tras eso se lanzó por Ventaiola, el cual le descalabró de un mangualazo. Al momento echaron pie a tierra y le remataron entre los dos, como a *una gariba* malherida. Estaban furiosos por la muerte de Bellver, su amigo de ya ni recordaban cuántas batallas, pero nada más podían hacer que atravesarlo sobre su caballo, desnudar al alano y a su señora con la maña y la experiencia de los buenos caballeros saqueadores, quedarse con lo que valiese algo, montar, volver grupas y regresar al campamento, el cual, por entonces, ya no era un campo de batalla. Se había convertido en otro tipo de campo, uno cuyo nombre teutón a menudo invocaba el *führer* a cuenta de sus experiencias en Tierra Santa, sobre todo si se pasaba un poquito con el vino: *vernichtungslager*, o *campo de exterminio*.

Era una verdadera merienda de locos, al punto que incluso a los estómagos curtidos, como era el mío, les costaba gran esfuerzo no desertar. Sin embargo seguíamos y seguíamos, de carro en carro y de familia en familia, con una brutalidad sólo comparable a nuestra indiferencia. Esa tarde ya no éramos humanos, y en alguna reproducible crisis de lucidez me preguntaba si algún día lo volveríamos a ser. Menos mal, le diría tiempo después a una inexpresiva Claudera, que Dios prefirió no aparecérsenos, porque le habríamos matado también.

A la noche, y no ya ebrios de sangre, sino mucho más allá, realizábamos un primer inventario: prisioneros, cero; prisioneras no vestidas de negro, cero; niños prisioneros, cero, aunque probablemente quedarían unos cuantos escondidos bajo mantas en los fondos de los carros, quizá en compañía de alguna mujer, ya que no los habíamos podido inspeccionar en profundidad; esclavas liberadas —vestidas de negro— había bastantes, aunque menos de cien. Oleguer lo explicaba con fría naturalidad: «En el interior de los carros todo estaba oscuro, Guillem; no había forma de saber cómo *carall* iban vestidas». En cuanto a bajas propias, los datos eran estremecedores: caballeros con armadura, doce muertos, tres más que no tardarían en estarlo, veintidós heridos de diversa consideración —volverían a Gallípoli a bordo de los carros—, y sesenta con algún tajo leve. Jinetes ligeros, sesenta y dos muertos, treinta y cuatro que deberían ser llevados en carro, y cuarenta con algún tajo. Yo era uno; salía de aquello con un proyecto de cicatriz en la sien derecha por demás elegante. Almogávares, doscientos quince muertos, unos cien que también regresarían en carro y más de trescientos necesitados de algún remiendo. En cuanto a las cifras de los turcopóls, sus jefes aún no decían nada, si bien Pérez de Caldés opinaba que no parecían disgustados. El botín, por su parte, se presentaba inconmensurable, si bien ahí d'Arenós, de un modo digno de aplauso —Rocafort no se atrevió a contradecirle— impuso su criterio: partes iguales para todos, incluyendo a los muertos con familia y a los turcopóls, más lo que correspondiese a los que, sin ganas, se habían quedado en Gallípoli cuidando de nuestras mujeres y nuestros críos. A la mañana siguiente, nada más despuntar el día, separaríamos los carros, despejaríamos unos cuantos y empezaríamos a trasladar el botín, echando mano de los que se quedarán vacíos a

medida que progresáramos. Sin duda encontraríamos niños, niñas y alguna mujer. Bien, pues ya sabíamos —y sabríamos, cierto; que los dioses me amparasen y no tuviera que degollar a ninguna niña de la edad de las mías—; que la piedad no nos reblandeciese, añadía. Nos habíamos llegado allí no sólo para vengar a mil trescientos hermanos, sino para dejar claro al mundo entero lo que pasaba cuando a los catalanes se nos traicionaba. Extraer el botín y concentrarlo nos llevaría todo el día. No se trataba de separar ahí, al pie del Hemus, lo que fuese de valor; ya lo haríamos en Gallípoli. Se trataba de acabar pronto, porque a la caída de la tarde los aromas de los muertos, abandonados como estaban bajo un sol implacable, harían que allí no se pudiera seguir. Tras acabar desengancharíamos los carros sobrantes —después de subir a los heridos en los que fueran necesarios—, así como los bueyes más escuálidos, ataríamos a las traseras de los que nos fuéramos a llevar los caballos de los alanos —habíamos capturado más de quinientos—, y emprenderíamos la marcha. Nada más y a dormir todo el mundo, menos la guardia, que se había dispuesto una reforzada, no saliera reptando de los carros alguna mujer muy enfadada y se pusiese a degollar centinelas.

No nos costó hacerle caso. El que más y el que menos estaba exhausto, si no peor, de modo que a la media hora, más o menos, roncábamos como angelitos. Nos lo habíamos ganado.

* * *

A la noche siguiente casi habíamos terminado. Sólo nos quedaba terminar de segregrar los bueyes peores —habíamos asado media docena; nos supieron a gloria, y es que masacrar siempre da un hambre tremenda—, subir a los carros a nuestros dolientes camaradas averiados y, lo que se preveía más dificultoso, decidir qué hacer con las llorosas esclavas de los alanos, las cuales no parecían felices de cambiar unos bárbaros terribles por otros bárbaros aún peores. Influyó en su criterio el haber visto perecer a muchas colegas, bien por las prisas o bien por haberse ocultado en exceso, y además no veían con simpatía el que nos hubiéramos cargado a sus hijos, pues si bien ellas eran esclavas, los que habían parido eran alanos, o proyectos de alanos, y de éstos no pensábamos dejar ni uno. Pretendíamos extinguir para siempre a su infame raza maldita, y todo lo que afirmase nuestra determinación de hacer saber a la cristiandad, a la musulmanidad y a la paganidad que los catalanes nos tomábamos las venganzas con la mayor seriedad, estaba bien por definición, de modo que si les daba pánico venir con nosotros, pues que se quedaran allí, con los carros sobrantes, los bueyes peores, las tiendas más sucias y las montañas de ropa que no queríamos para nada. Quizá los búlgaros las recibieran bien, suponiendo que supieran tripular carros de bueyes, y si no que se suicidaran. A nosotros, resumiendo la filosofía comunal, esas putas esclavas nos importaban una mierda.

Habíamos desplazado nuestro campamento cien estadales contra el viento —

seguía soplando del oeste—, a fin de atenuar el muy molesto aroma de quince mil y pico cadáveres desnudos descomponiéndose al sol, así como el escándalo que armaba el millón de buitres que se había llegado al hedor de la carroña. Hicimos lo mismo con los carros que pensábamos llevarnos. A las esclavas enlutadas las manteníamos lejos, tanto porque sus lloros de plañideras histéricas habían acabado por exasperarnos como porque no terminábamos de confiar en su actitud para con nosotros; y eso dejando aparte que, además de ser bastante feas, olían francamente mal, en parte gracias a una costumbre muy extendida entre las mujeres que sospechan van a ser violadas de un momento a otro, que otra cosa no es el cagarse por las patas abajo, aunque no de pánico, sino a efectos disuasorios, sabedoras de lo mucho que los machos lascivos nos enfriamos al percibir determinados perfumes y ciertas masas específicas. El ambiente, de todos modos, era de lo más festivo, de modo que hasta se cantaba y se bailaba, y ni el mismísimo Rocafort, siempre muy serio, se abstenía de unirse al jolgorio general. Viéndole así de positivo y optimista, y sabiéndole satisfecho con mis servicios, me le acerqué aprovechando que se había separado un poquito del grupo con ánimo de mear a favor del viento; es como debe hacerse, fue de las primeras cosas que aprendí del buen Oleguer. Por lo general, cuando pillas al jefe con las manos entretenidas en no ponerse perdido conviene ir derecho al asunto, y eso hice.

—Bernat, querría volver a Gallípoli. Con estos carros a cuestras tardaremos en llegar entre doce y catorce días. Si quiero estar allí más pronto es porque Claudera estaba cerca de salir de cuentas. Será su primer parto, y me preocupa. También me preocupa, no te lo voy a ocultar, que con Muntaner no se quedaron demasiados almogávares. Si alguien se hubiera enterado de que todos estamos aquí bien habría podido prepararnos una faena, y eso me quita el sueño.

Rocafort, muy serio, asentía y no sólo con la cabeza.

—A mí también me preocupa. Si los alanos sabían que vendríamos, otros lo sabrían también. Sal en cuanto amanezca y llévate cincuenta hombres, los que tú elijas.

Tras eso me dio una palmada en la mejilla, diría yo que afectuosa. Era un detalle de cariño muy raro en él, tanto que no me importó el sentir su mano un tanto humedecida.

* * *

Eran cuarenta y tres leguas, sobre poco más o menos. A un ritmo elevado aunque no enloquecido las habríamos recorrido en seis días. Si lo hicimos en tres, a razón de quince por jornada, fue porque a unos menos y a otros más nos acuciaban los deseos de comprobar que no pasaba nada y de abrazar a los nuestros; bueno, yo sólo tenía *nuestras*, aunque para el caso era lo mismo. Cuando dejamos atrás los despojos del Brachilium —de tiendas y de hombres; buitres, en cambio, ni uno: estarían, todos,

en el Mont Hemus—, dejamos de preocuparnos por conservar las derrengadas monturas, de modo que la última legua la recorrimos a revienta-caballos. El último cuarto, además, no por instinto, sino por haber divisado desde una loma, la que daba paso a Gallípoli y al Hexamilia, cantidad de galeras y taridas fondeadas en la Bocca d’Aveo.

Ni yo mismo tenía una vista capaz de distinguir los gallardetes, pero la forma de las popas era inconfundible: sólo podían ser genovesas.

Ya llegábamos a Gallípoli, seriamente preocupados, cuando nos salió al paso un grupo de mujeres, con algún almogávar entre ellas. Fue un recibimiento apoteósico aunque breve, y además enfriado al constatar que sólo éramos cincuenta. De un modo entrecortado nos pusieron al día: semana y algo después de nosotros marchar se presentó frente al Hexamilia una galera genovesa. Muntaner bajó al pantalán, adonde ya se abarloaba un bote con un emisario. Hablaron largo rato, después el otro volvió a la galera, pasó una hora, volvieron a poner en el agua el mismo bote, Muntaner salió de nuevo y otra vez volvieron a parlamentar, ahí mismo, en el pantalán. Tras eso ya no hubo más; el bote volvió a la galera, lo izaron, dieron media vuelta sirviéndose de los remos y se volvieron hacia Constantinopla. Poco después Muntaner se reunió con los adalides y con los capitanes de nuestras galeras, muy preocupado. Explicó que la visita, en absoluto amistosa, fue de un almirante genovés del que había oído hablar, un tal Antonio di Spínola. Traía la pretensión de que nos rindiéramos, entregáramos a la República de Génova nuestras naves, Gallípoli, Màdytos y el Hexamilia, hiciéramos lo mismo con las riquezas acumuladas, seleccionáramos cien de nuestras mujeres, entre ellas y muy en especial una esclava de la zarina Irene que le había robado, se las entregáramos en calidad de rehenes y que después nos largáramos con viento fresco, se suponía que muy contentos porque así salvaríamos nuestras vidas. Estaba el tal Spínola bien al corriente de que apenas quedaban hombres en Gallípoli, tanto que daba por seguro que de ningún modo podríamos recibir ayuda, pues en lo que tardáramos en enviar un mensajero y que regresara una fuerza capaz de hacerles frente, ya sólo quedarían en Gallípoli cadáveres de catalanes. Y de catalanas.

Según le oía me iba subiendo de los adentros una ira francamente salvaje, para terminar palideciendo al llegar a lo que me tocaba de lleno, del modo más personal. Así pasaba, que una vocecita no identificada ya cantaba en mi cabeza el más salvaje de mis «*desperta, ferro!*».

—Muntaner mandó activar el plan de defensa que habíamos comenzado a ensayar nada más iros vosotros —nos señalaba con el dedo—, así como armar a las mujeres que aún no tuvieran en sus tiendas o en sus casas un chuzo, un *cortell*, un arco y muchas flechas. Él calculaba que antes de una semana tendríamos al Spínola de vuelta y muy acompañado, de modo que convenía darse prisa. Pensó en haceros llegar un mensajero, pero no podía permitirse perder un par de hombres que le harían mucha falta, ni quedarse sin caballos, pues os llevasteis casi todos. Estaba claro, además, que por muy bien que se diera todo eso antes de diez días no podríais estar

aquí, de modo que al final escogió un par de civiles catalanes, un sastre y un panadero que no sabían ni por dónde se coge un chuzo, les dio un par de caballos, les señaló el camino que pensabais seguir y tras eso se santiguó, pues no podía estar más claro que, salvo milagros, de lo que se nos venía encima nadie nos podría librar. Por cierto, vosotros ¿os disteis con los mensajeros? Porque si fue así habríais debido ser más.

—No nos encontraron. Ha sido un presentimiento. Sigue.

El que hablaba, un almugaden de la horda de Eiximenis d'Arenós, compuso un gesto de «qué cosas» y retomó el hilo.

—Volvieron a los cinco días. Veinticinco galeras y seis taridas de las que transportan caballos y caballeros. Muntaner, que tiene buena vista, identificó en dieciocho de las primeras el gallardete del tal Spínola. En las otras, y en las taridas, lo que divisó fue la bandera de un tal Andrea Morosco. También era genovés, nos explicó, si bien el primero cobraba de la república por ser un almirante regular, mientras el otro es un corsario que lleva muchos años en la nómina de Andrónic. Él, Muntaner, creía recordar que siempre había operado en el mar Negro, puteando a los seleúcidas y a los de Trebisonda, de modo que si Andrónic lo movía del Negro al Mármara sería por considerar de primera prioridad el arrearnos un estacazo. La presencia de las taridas significaba, o eso creía, que nos las veríamos con una fuerza de ciento cincuenta caballeros, el máximo que pueden transportar seis de tipo genovés. Calculando, para terminar, un media de cincuenta infantes por galera, la fuerza total no bajaría de mil doscientos peones de infantería. Por nuestra parte, les podríamos oponer quinientos hombres de a pie, sumando almogávares a tripulantes, herreros, carpinteros y civiles, más treinta de a caballo y dos mil mujeres. Una mala proporción si debiéramos resistir pie a tierra un asalto frontal, de modo que mejor nos iría si consiguiéramos no dejarles desembarcar, y en eso, seguía explicando, los que tenían la llave de conseguirlo eran los ciento y pico ballesteros de las naves y, sobre todo, las dos mil mujeres. Mejor dicho, las mil que son buenas con el arco y las flechas. Según maniobraban las galeras y las taridas, él deducía que buscaban presentar las popas en la playa de Gallípoli, apartándose del Hexamilia para que los caballos y los hombres no se mojaran mucho de la parte de los pies. Bien, pues ahí estaba nuestra mejor oportunidad: nada más abatieran los portones de popa, empezar y no cesar de disparar saetas y saetas, flechas y flechas, contra peones, caballos y caballeros. A los que consiguiieran llegar a tierra les saltarían al pescuezo nuestros ciento y pico almogávares. Con eso, quizá, bastaría para repeler el ataque y hacerles la suficiente cantidad de muertos como para que se lo pensaran mejor. Los genoveses, añadía Muntaner, no eran como los bizantinos; ellos no desperdiciaban hombres porque sí. Son tan tacaños con sus vidas como nosotros con las nuestras, y si Spínola y Morosco llegaban a entender que tomar Gallípoli les costaría mil muertos, lo mismo se volvían por donde habían venido.

El buen almugaden —un moro converso y cuarentón de la baronía de Montornés,

también llamada Benicásim; era evidente que se tenía por elocuente, como casi todos los de por allí, un lugar donde d'Arenós raro era el año en que no reclutaba dos docenas de tipos tirando a parlanchines— se detuvo, quizá nervioso por nuestro aspecto impaciente, pero lo que decía era crucial para entender lo que pasaba y lo que aún podría pasar, y como no podía quedarle mucho que contar acallé a los míos con las manos y le impelí a seguir.

—Muntaner lo dedujo bien, pero el hecho fue que, sin duda por sentirse muy seguros de sí mismos, no atacaron con todo lo que tenían. Sólo nos apoparon diez galeras y una tarida, de modo que tendríamos enfrente, todo lo más, veinticinco caballeros y quinientos peones, si sus números, los de Muntaner, fueran correctos, claro está. Nos apostamos todos nosotros y todas nosotras —me arrancó una sonrisa involuntaria oírle decir «nosotras»; lo último que se podría decir del buen hombre, más feo que Picio, era que alguien le pudiera tomar por una hembra—, de modo que nada más abatir los portalones empezamos a freírles a saetazos. Los peones comenzaron a pensárselo, pero los caballeros no, porque se sentían a salvo en sus corazas, tanto ellos como sus caballos, pero ahí les alcanzaron los primeros almogávares, chuzo en ristre, para desfondarles las bestias, con tan buena fortuna que cuatro se vencieron y dieron con los caballeros en el agua. No hubo que rematarles, ya que se ahogaron ellos solos, sin ayuda. Los que venían detrás, al ver lo que pasaba, intentaron recular atrepellándose los unos a los otros, pero al tiempo los almogávares no dejaban de pinchar y destripar. Así hasta trece, porque los demás consiguieron volver al interior e izar el portalón, dando avance al momento.

—Acaba, venga. ¿Qué pasó después?

—Que cuando los peones, empujados por sus jefes, dejaron de pisar plancha para empezar a sentir el agua en las pantorrillas, se vieron cosidos a flechazos. Las primeras filas cayeron como moscas, pues no hay quien corra con el agua tan arriba, de modo que antes de pisar en seco ya les habíamos puesto seis docenas fuera de combate. Les dejamos avanzar a través de la playa, por supuesto que sin dejar de disparar flechas y más flechas, dardos y más dardos, hasta que llegaron adonde hay más piedra que arena. En ese momento los otros almogávares, los que no habíamos hecho por los caballos y los caballeros, nos lanzamos contra ellos, y bien sabe Dios que hicimos una carnicería. Estaban muy desconcertados, si no aterrados, quizá porque jamás se las habían visto con gente que luchara como lo hacíamos nosotros, lanzándoles azconas, atravesándolos con los chuzos y cortándoles brazos y piernas con un solo golpe. A los diez minutos corrían hacia sus barcos, espantados. No les perseguimos, porque ya lo hacían las mujeres. Unas, con los arcos y las flechas. Otras, que habían salido tras nosotros, rematando a los caídos, y no te harías idea, Guillem de Tous, de lo bien que lo hacen.

Ahí reparé, cómo no, en los gestos satisfechos de nuestras bravas catalanas. De verdad que no hay mejor carnicera que una hembra de almogávar.

—¿Y eso cuándo fue?

—Ayer, al mediodía. Hoy no han hecho nada; se lo deben estar pensando. Muntaner piensa que cuando menos lo intentarán una vez más, y cuando lo hagan será con todo. Si lo dejaran ahora sería no ya un ridículo, sino un oprobio, y Spínola no puede volver así a Constantinopla.

—¿Y eso por qué lo sabes?

—Porque cogimos un prisionero que decía ser oficial. No nos lo cargamos porque Muntaner así lo mandó, para interrogarlo. Después, por la noche, nos contó que Spínola tenía graves razones para intentar echarnos de aquí, aunque no dio más detalles. Hoy les hemos esperado todo el día, ya te lo he dicho, aunque con el sol ya cayendo no parece que lo vayan a intentar. Será mañana, de modo que no podéis haceros idea de lo a tiempo que llegáis. Aunque sólo seáis cincuenta.

* * *

Al llegar al Hexamilia no había decidido a quién vería primero, si a las mías o a Muntaner. Acabé inclinándome por el deber. Después de todo, esperaba, mi señor sabría ser comprensivo y soltarme pronto, mientras que una vez llegase a nuestras habitaciones sería impensable que me dejaran salir en un buen rato. Di con él en su cuarto, asomado a la balconada desde donde se divisaba la gran flota genovesa, en apariencia inerte. Fue verme y perder por un momento su compostura y su flema, la de ver caer a su alrededor flechas y lanzas sin siquiera parpadear. Como al momento explicó, él resistía bien las desgracias, pero no estaba muy acostumbrado a los milagros.

—¿Cuántos has traído? ¿Sólo? —se lo pensó, un momento—. Bueno, mejor que nada sí es. ¿Te han contado lo que pasa?

Le resumí, en muchas menos palabras, lo que nos dijo el verborrágico almugaden converso.

—El prisionero es un chico de gran familia, sobrino del *dux* Opizzino di Spínola, que a su vez es el hermano mayor del que manda esa mierda —señalaba la flota enemiga, más con desdén que con asco—. Antes de comenzar a preguntar le advertí que yo no le haría ningún daño, pero si no me decía la verdad haría que le custodiaran las mujeres, y como había visto lo que hacían con sus *cortells* a los soldados genoveses heridos, empezando por cortarles los huevos y metérselos en la boca, no dudó en explicarme hasta de qué color llevaba los *intimissimi* el cabrón de su tío. Según me dijo, el *dux* Opizzino tiene una hija, de nombre Argentina, y tras un largo tira y afloja él y nuestro amigo Andrónic decidieron que se casara con el hijo mayor de los que tuvo éste con su segunda esposa, un tal Teodor que, por razones que no vienen al caso, es el heredero del marquesado de Montferrato, una enorme propiedad que no está lejos de Génova. El trato es bueno para las dos partes, pues Génova se asegura el marquesado y Andrónic se garantiza el seguir contando con los genoveses, cosa excelente para él si consideras lo arruinado que se ha quedado, en buena parte

gracias a nosotros. El maldito *fill de puta* necesita como el respirar el oro y las naves de los genoveses, y a eso se debe que los tengamos ahí enfrente. Los esponsales se celebraron hace tres semanas en Constantinopla, sin la novia, que sigue allá — señalaba en la dirección del Egeo—, en Génova. La representó su tío y hermano del *dux*, el almirante Antonio di Spínola, que si los dioses así lo quieren no saldrá vivo de aquí, al menos si mañana desembarca otra vez y osa ponerse al frente. Fue a Constantinopla por todo lo alto, como el número dos de la república de Génova, lo que al fin y al cabo es; de ahí las dieciocho galeras. Lo que no trajo en tan gran número fue la peonada, pero eso te lo cuento luego. Estando en plenos esponsales, Andrónic recibió la noticia de que algunos almogávares seguían de cerca los pasos de Girgón en su regreso a su condenada tierra. Ya ves, no nos descubrieron los que más temíamos, sino los que apenas considerábamos. Ahí vio, Andrónic, que aquello era doblemente bueno para él, ya que si acabábamos despedazándonos contra los alanos, que habían dejado de trabajar para él y por tanto le importaban un pimiento, nos debilitaríamos apreciablemente, cosa buena en sí misma, y además, al haber salido en tromba tras los alanos, esto se habría quedado —señalaba en derredor, indiscriminadamente— de lo más desguarnecido. No creo que tardara un minuto en pensárselo, pues ésta es la clase de jugada que más le gusta, de modo que se lo planteó al tal Spínola, más o menos en estos términos: tú tomas Gallípoli con tus naves y con las de Andrea Morosco, al que pongo ahora mismo a tus órdenes. Las taridas, ciento cincuenta caballeros y trescientos infantes genoveses, los pondrá él. Tú has traído trescientos de a pie, dices. Bien, pues yo pongo seiscientos más de mi guardia personal, que son lo mejor que me queda. Con los pocos que tendrás enfrente, cosa que sé de buena tinta porque tengo unos cuantos infiltrados en Gallípoli, no te costará nada tomar la ciudad. A los defensores, te los cargas. A las mujeres, te quedas con las que te gusten; las otras, las degüellas. Bueno, salvo una esclava de mi hermana que desertó hace meses; ésa se la confías a un hombre de Morosco que tiene mi plena confianza, uno que atiende por Antonio Bocanegra y que ya le diré mi hermana qué hacer con ella —de nuevo sentí un escalofrío—. En cuanto a lo que guardan allí, el producto de tres años de saqueo, pues dos tercios para ti; el otro, para mí. Cuando acabes vuelves, desembarcas mi gente, repartimos el botín y te vuelves a Génova, con Teodor, y si él quiere te lo llevas también al asalto de Gallípoli, para que aprenda cómo se hacen estas cosas, que aunque ya tiene treinta y seis añazos aún no sabe cómo se coge una espada. Palabra por palabra, todo eso fue lo que Di Spínola contó después a su sobrino, mi prisionero; estaba encantado de la vida cuando lo hizo, según explica el anormal. Tras eso pensaron que, para no tener futuros problemas ni con Frederic de Trinacria ni con Jaume de Aragón, lo protocolario sería comunicarme que sólo querían recuperar la plaza para el emperador Andrónic, y que la desalojáramos por las buenas, dándome su palabra de que haciendo así las cosas no nos pasaría nada. Luego, la segunda vez que bajó a verme, añadió que, además, me daba una galera donde podría embarcar mi fortuna personal, mi gente y mis cosas, y

que a su bordo podría marchar adonde me diera la gana, Trinacria, Mallorca o Catalunya; lo que más me gustase. Cuando a eso le dije que se fuese a la mierda se lo tomó muy a mal, volvió por sus galeras y por las otras, que andaban entretenidas en embarcar a la gente, y hasta hoy. Ya lo sabes todo, Guillem. Te buscaste una mujer muy codiciada, es de reconocer.

Lo decía con una sonrisa de simpatía. Se la devolví.

—¿Qué planes tienes?

—Pues los mismos que hasta saber de vuestra llegada, pero con cincuenta hombres más. Cincuenta de los buenos, gracias a Dios. Cuento contigo para mandar la caballería. ¿Te trajiste a Oleguer? —asentí—. Pues contigo y con él ya sois setenta.

Nos sonreímos una vez más.

—Me gustaría ir con mis mujeres, Ramón.

—Pues marcha, y suerte, que Claudera está de parto. También para eso has llegado a tiempo.

* * *

Cuando llegué a mis habitaciones las rodillas me temblaban, más por la ira de saber que la zarina no se olvidaba de Claudera que por preguntarme qué tal a ésta le iría en el asunto de parir. Aunque yo no era muy aficionado a indagar en las cosas de las mujeres, como dar a luz, de mamar y todo eso —confieso que me daba una cierta dentera—, sabía que un primer parto es más peligroso que un segundo, porque aún está todo por darse de sí. También sabía que a más ancha de caderas es una mujer —Llura las tenía de concurso, y aún más tras alumbrar a unas gemelas que se habían convertido en mellizas—, más sencillo será para el cachorro asomar la cabezota, y en eso Claudera, pobrecita mía, en absoluto destacaba. Tenía un cuerpo muy bonito, al menos a mi juicio —mucho me temo que mi opinión no coincidía con los gustos generales; en la hermandad almogávar solía preferirse la cantidad a la calidad—, pero si resultó tan convincente vestida de jovencísimo jinete macedonio fue porque sumando lo muy estilizado de su cuerpo a lo poco nutritivo de su perfil y a lo corto que llevaba el pelo, el ser barbilampiño no despertaba sospechas. Si para eso tener las caderas de una sílfide —no tenía la menor idea de qué *carall* serían las sílfides, aunque intuía que muy culonas no podrían ser— era una ventaja, para dejar salir una criatura sería lo contrario, y más si como sus hermanastras salía, en cuanto a peso y envergadura, clavadita del todo a su papá.

Empecé a tranquilizarme al ver que Claudera no sólo presentaba un aspecto razonablemente bueno. Llevaba seis horas pariendo, un castigo todavía no excesivo y que según Llura, que con ayuda de su madre Giovanna y de su hermana Carlota sería su partera, ya no se prolongaría demasiado. Llevaban la cuenta de las contracciones con un novísimo reloj de arena bizantino que había yo incautado en a saber cuál saqueo. Aún no había llegado, explicaba la inminente madre con menos dulzura que

serenidad, a esa fase del parto donde las protagonistas anuncian con regular solemnidad que jamás volverán a yacer con hombre alguno —es donde los dolores arrecian de verdad—, y menos con los suyos propios, a los cuales desean todos los males que la naturaleza les pueda conceder, empezando por que se les caiga el pito a pedazos.

Me habría gustado quedarme junto a ella, pese a ser consciente no ya de no aportar nada, sino de no valer para nada, pero al ver a Llura levantar la sábana y meter el dedo por donde más de una vez le había visto hacer lo mismo aunque con otras intenciones, y ver que lo recuperaba un tanto ensangrentado, yo, que bien podría llevar a mis espaldas doscientos o trescientos enemigos decapitados, empecé a sentir un punto de mareo. Se me debió de notar, tanto que Giovanna me indicó, de un modo muy firme, la conveniencia de salir de allí. Aquello, añadía, era cosa de mujeres, y los hombres no hacíamos más que fastidiar y estorbar. Obedecí, secretamente aliviado, para dejarme caer en un sitial de cuero bastante incómodo un par de cuartos más allá, donde acompañado de Berenguer de Roudor —acepté, sin creérmelo, que había venido a compartir mi ansiedad, pues bien claro estaba que sólo quería ver a una Carlota que cada día estaba más apetitosa—, no tardé mucho en empezar a oír primero gritos y después alaridos, aunque no tardaron en cesar, para ser sustituidos por algo que recordaba inquietantemente al maullido de un gato. Al poco, Carlota entraba por la puerta con una cosa relativamente grande bien sujeta entre sus brazos.

—Aquí está tu hija, Guillem de Tous. Una verdadera bestia. La pobre Claudera se ha quedado despanzurrada.

—¿Está bien?

—Oh, seguro que sí. En cuanto Llura la peine y la lave un poquito, podrás pasar a verla.

Permanecíamos en pie, sonriéndonos el uno a la otra y en compañía de un Roudor que hacía lo mismo, pues se nos había unido en la contemplación del angelito, aunque no sin que yo me apercibiese de que con su mano más artera tanteaba con escaso disimulo la parte de Carlota que usaba ésta para sentarse, sin que su dueña modificara en absoluto su expresión, como si no se diera cuenta. Era muy bonito, me dije súbitamente inspirado, que a pesar de que la muerte cercaba el Hexamilia desde todos los ángulos imaginables, siguiese habiendo en el sombrío caserón un resquicio para la vida y para el amor.

* * *

—¿Qué te parece?

Había pasado una hora, o algo más. Sólo estábamos los tres: Claudera, la niña y yo. Las parteras, prudentes, se habían deslizado del cuarto, sin ruido. No tenía la menor idea de qué hora sería; sólo que parecía faltar bastante para que clarease.

—Es una preciosidad. ¿Cómo la quieres llamar?

—¿Me dejas eso a mí?

—Me reservo mis derechos para cuando alumbres un crío.

Me sonrió, y una vez más pensé, como la primera vez, que aquella sonrisa justificaba matar a todo el mundo por ella. Empezando por los genoveses.

—Me gustaría llamarla Stanislava.

—*Conyl*.

—No digas disparates, que se asusta. Es como se llamaba mi madre, pero no te preocupes, que así sólo será en el bautizo. Es que las Stanislavas, en realidad, desde ahí se quedan en Stanas. Es un nombre serbio, muy antiguo y muy común, y acepto que no muy bonito, pero se le debo. Así no habrá pasado por la vida tan oscuramente como lo hizo —me quedé pensando, aunque no porque dudara; era porque, como casi todo lo que decía mi mujer, aquello me parecía tan poético que no lo acababa de comprender—. ¿De acuerdo, pues?

—De acuerdo. Stana de Tous. Suena bien. Si mañana por la noche no estoy muerto iré por el mosén.

Vi caer un velo de inquietud sobre la cara de Claudera. Pensé que, a causa del parto, no podía estar al corriente de los últimos acontecimientos, así que, muy en síntesis, le relaté los dos más importantes: el del Mont Hemus y el de Gallípoli.

—¿Los matasteis a todos?

—Sin dejar uno.

—¿A los niños también?

—Yo en persona, no, pero tampoco quedó uno vivo.

—¿Ni siquiera los recién nacidos, como Stana?

No me parecía que hablara o me mirase con una dureza especial. Claudera bien sabía para qué vivíamos y cómo éramos los almogávares, al punto de haberse vuelto tan almogávar y tan capaz de degollar centinelas distraídos y campesinos rijosos con la misma frialdad que cualquiera de nosotros. Probablemente, me decía, sólo quería situarse. Y situarme.

—Ni siquiera.

—¿Y a ti eso te pareció bien?

—No. No con los niños, pese a saber que, si los dejábamos vivir, crecerían con un odio en las tripas tan profundo que algún día, cuando fueran grandes, nos pasarían la factura, y no a nosotros, sino a nuestros hijos. Es lo que dicen Rocafort, d'Arenós, Muntaner y los demás, y a mi entender están cargados de razón, pero aun así no sería capaz de reventarle los sesos a una criatura como ésta —por Stana, que ya buscaba los calostros de su madre—. Por eso nadie dijo nada cuando a la hora de acabar con las mujeres y sus hijos tiré de tablilla para empezar a contar muertos. Los privilegios de los intendentes permiten camuflarse tras los números, creo que una vez te lo expliqué.

Asintió, porque lo recordaba. De todos modos, su interés principal no estaba en el primer acontecimiento.

—¿Qué pasará mañana?

—Que desembarcarán, habrá una dura lucha y no dejaremos uno con vida, o no quedaremos ninguno para contarlo. A la vista de los fríos números, y de la fría experiencia, lo primero es más probable, pero aun así es posible que no me veas a la hora de cenar. Ni mañana ni nunca más.

Se me quedó mirando, sin preguntar nada. No hacía falta. Por los ojos le asomaba toda la sabiduría del mundo. Para empezar, la de que no hacía falta decir más.

—Intenta dormir algo, que tienes una cara espantosa. De no estar así de agotado, y no tener a la vista lo que mañana tienes a la vista, te diría que Llura necesita de tus bajos con total desesperación, pero ya se los darás mañana por la noche. Si lo dejas para entonces habrá más, para ella y para mí, pero ni ella ni yo queríamos que si lo hicieras ahora fuera la última vez que lo haces en tu vida. Vete a dormir, xor Guillem.

Al salir vi a Llura, esperando para sustituirme junto a la cama de Claudera. También era mi mujer, y le di el abrazo y el beso que un hombre debe dar a su mujer la víspera de la batalla. Tras eso me hice un ovillo, en un rincón, y ni siquiera me di cuenta de que ni Carlota ni Berenguer andaban por allí. Sin duda que también tenían sus urgencias.

* * *

Di Spínola se lo tomaba con calma, murmuraba Muntaner desde su puesto de mando en el Hexamilia, pues el sol ya estaba más que alto cuando sus naves apenas empezaban a moverse. Yo estaba junto a mi señor desde hacía pocos minutos, pues Llura, juiciosamente, no me quiso despertar mientras no se apreciara movimiento en la flota enemiga, la cual se divisaba en toda su inquietante amplitud desde la ventana-tronera del cuarto donde la última de nuestras madres y la primera de sus hijas dormían igual de apaciblemente. Sólo me desperté al escuchar unos suaves quejidos, los de una Claudera que veía las estrellas acucillada en su orinal, y ahí recordé lo que alguna vez me había explicado Llura, que si algo es horrible; penoso de verdad, es el primer pipí después de haber parido.

—Se separan. Esta vez vienen con todo.

Asentí, pues no podía ser más obvio que así era. Las taridas, más las siete galeras de Morosco, ganaban muy despacio, la popa por delante, la playa de más al este de Gallípoli, la cual era más plana que las otras y permitiría que las naves se posaran en la orilla, con el evidente propósito de que no se ahogaran más caballeros acorazados. Lo hacían de un modo intercalado, una galera, una tarida, y así hasta terminar en la séptima galera. Estaba claro que me tocaría enfrentarme a sólo genoveses, lo que instintivamente prefería, pues sus hábitos conservadores —en el sentido de conservar sus propios pellejos— quizá les llevaran a reembarcar a poco que vieran complicada la situación. A fin de ayudarles en esa decisión les habíamos preparado una sorpresa, gracias, en buena parte, a ser cincuenta más que dos días antes y poder prescindir, por

tanto, de nuestros carpinteros y alevines de ingenieros.

Las otras galeras, las de Di Spínola, presentaban sus popas ya desde quinientos estadales antes de llegar al punto que habían elegido para desembarcar, el cual, salvo cambios de rumbo a última hora, era la playa de cascajo que comenzaba en el pantalán y acababa en los contrafuertes del Hexamilia. Considerando las bajas que les habíamos hecho dos días antes no era probable que de las dieciocho descendieran más de setecientos hombres, una cifra moderadamente a nuestro alcance.

Nada más observar el rumbo de aproximación que parecían seguir las naves genovesas, Muntaner ordenó desplegar los dos grupos con que haríamos frente a lo que vomitaran sus popas: cincuenta caballeros a mis órdenes, más diez almogávares duchos en avanzar entre caballos, respaldados por cuatrocientas arqueras, así como por la sorpresa, que si bien no se movía tan deprisa como deseábamos tampoco tardaría demasiado en ocupar su posición. El otro grupo, que mandaría el propio Muntaner, lo integraban los ciento treinta y tantos almogávares que no habían marchado al Mont Hemus, unos ciento cincuenta remeros —incluidos galeotes de la escuadra de d'Arenós que una vez acabara la batalla serían libres—, otros tantos ballesteros que cuando se llegase al cuerpo a cuerpo dejarían sus ballestas para empuñar chuzos y *cortells*, seiscientas arqueras que permanecían ocultas tras las almenas de la terraza más baja, y más allá de los ballesteros, esperando a pie firme, cerca de mil mujeres en ropas de almogávar —*gonella*, *cervellera* y almófar—, también armadas de chuzo y *cortell*, ya que las azconas no eran lo suyo; para lanzarlas de un modo eficaz hacían falta brazos más musculosos. Era un orden de combate que nos inspiraba una razonable confianza, la cual pensábamos se vería correspondida con una comprensible inquietud en el lado invasor. Para mejor provocarla Muntañer se sirvió de una brillante idea: buscar las cabezas de diez caballeros muertos en el ataque anterior, clavarlas en otras tantas picas y montar éstas bien a la vista, repartidas a lo largo del pantalán, para redondearlas con la del infortunado sobrino del *dux*, el cual protestó bastante, además de sollozar lo suyo, cuando vio llegar al almogávar encargado de hacerle saber que sus días en el valle de lágrimas habían concluido y que se aprestase a gozar de la vida eterna en el paraíso de los hijos de las putas genovesas.

No había más de cinco minutos a buen tranco del Hexamilia a la playa que taridas y galeras ya estaban cerca de ganar, de modo que llegué a tiempo de, imitando con descaro a Rocafort, alzarme sobre los estribos y gritar lo que gritó él en el Hemus. La reacción fue similar, dejando aparte que no éramos casi seis mil, sino apenas cincuenta y siete, y obviando que la terrorífica enseña negra no era una bandera de verdad, sino una de las inmensas bragonas de mi Llura requisada para la ocasión, pero el conjunto, aun así, nos satisfacía.

Las taridas y las galeras embarrancaban según lo previsto aunque no todas al mismo tiempo, de modo que, con buen sentido, Morosco no daba la orden de abrir puertas. No lo hizo hasta que todas le transmitieron la señal de haber varado. En ese

momento, y más o menos al unísono, las trece naves abatieron los portalones, para que salieran aullando como animales tanto caballeros como infantes. Al momento comenzaron a lloverles flechas y más flechas, lo que no les sorprendió, aunque sí lo hizo la sorpresa preparada con nocturnidad y alevosía: las seis catapultas fabricadas en las atarazanas de Imbros les lanzaron otras tantas bolas de paja prensada impregnadas de alquitrán, aceite y alcohol, a las que se había pegado fuego ya sobre las cazoletas y con las cuerdas tensadas. El que sólo dos hicieran blanco, una en una galera y otra en una tarida, era más de lo que nos atrevíamos a soñar, y menos aún que la segunda causara un efecto tan sensacional, pues cayó justo al paso de los caballeros. Sus monturas se volvieron locas, haciendo que quienes les seguían se atropellaran los unos a los otros, generando una confusión ingestionable a la que se sumaban, incontenibles, unas llamas altísimas, pues la madera en que se construyen las popas de las taridas genovesas es distinta de la que se usa en los cascos, más flexible y ligera pero más combustible, y como además había grasa por doquier, la necesaria para desplazar los portalones con la debida suavidad, la bola incendiaria no tardó un momentum en contagiar la popa entera. El capitán, horrorizado, dio la peor de las órdenes que podía dar, bogar hacia delante a ritmo de abordaje, con lo cual, y gracias también a que la nave pesaba un poco menos, por los cuatro caballeros que habían desembarcado antes de recibir el proyectil, en menos de un minuto se había separado de la orilla siete u ocho estadales, aunque algunos caballeros, cegados por el humo y tan aterrados como sus bestias, trataban a su vez de ganar tierra, con el resultado de hacerlo donde ya cubría, de modo que de aquella tarida y de lo que llevaba dentro ya no tuvimos que preocuparnos. En cuanto a la galera, la bola cayó en el centro de la cubierta, con efectos igualmente desastrosos. El que se declarase fuego a bordo no era una catástrofe desusada en las galeras genovesas —ni en las demás—, y las tripulaciones sabían achicarlos, pero la bola inflamada requeriría muchos más cubos y baldes de los que aquellos renuentes galeotes se veían capaces de movilizar —no eran remeros libres, como los nuestros, cuando menos los de las galeras—, de modo que unos cuantos, los que no encadenados a los bancos, se lanzaron al agua por una de las bandas mientras que los de la otra, desconcertados, no dejaban de remar. Al poco, la tal galera ya cortaba el paso de dos de sus hermanas, lo que a su vez despertó el nerviosismo, si no la histeria, de los otros capitanes, de modo que todos ellos ordenaron cerrar los portalones y dar avante, con pésimos efectos en la fuerza ya desembarcada. Primero por no ser ni la mitad de los que habrían debido ser y, segundo, por ver que se quedarían sin vía de huida si las cosas llegaran a ponerse verdaderamente mal, y así era como se les iban a poner, debieron de pensar al vernos cargar. Cierto que al hacerlo cesaba la lluvia de flechas —nada inofensivas, como atestiguaba una indeterminada cantidad de cuerpos despatarrados en la playa—, pero también lo era que tras nosotros corrían unas arqueras que ya no eran arqueras. Ahora eran furias armadas de chuzo y *cortell*, por las trazas deseosas de hacerse con las virilidades de los espantados genoveses para en su momento echarlas al puchero.

Fue un combate más breve de los que habríamos esperado. El desconcierto de los caballeros enemigos, que además de alcanzar un total no superior a setenta u ochenta en absoluto estaban acostumbrados a las rastreras tácticas de nuestros eficaces almogávares destripadores de monturas, más la buena maña de nuestros jinetes en el manejo de los espadones cortadores de brazos y de muslos, sumado todo ello a la ira homicida de unas mujeres que compensaban su menor fuerza física con la superioridad de su número y su arte a la hora de cercenar cualquier miembro cercenable, fuera del tipo que fuese, deparó que a la media hora de lucha no cabalgasen por allí más caballos que los nuestros. Así pues, envainamos las espadas, empuñamos los manguales y nos pusimos con gran entusiasmo a descalabrar las por momentos menos abundantes cabezas genovesas, hasta que llegó un momento en que unos treinta, los últimos en pie, se arracimaron entre sí ofreciendo rendición, aunque para su desgracia el *Keine Gefangenen* seguía en vigor. Dos docenas de arqueras, que habían regresado por su equipo principal, se les acercaron a distancia de trayectoria rasa, y en cuestión de minutos los convirtieron en acericos genoveses. Después sólo fue cuestión de ir uno a uno, rematando y decapitando, aunque de aquello se ocuparon nuestras feroces *muxeras* y los servidores de las catapultas, pues los caballeros, con los almogávares a nuestra grupa —no sufrimos bajas, al menos nosotros; mujeres vi caer unas cuantas, aunque no sabía si para siempre o con posible reparación—, ya galopábamos hacia el Hexamilia, donde la situación no nos era favorable. Allí no teníamos catapultas, de modo que la fuerza de invasión desembarcó en su totalidad. Si bien el esfuerzo combinado de ballesteros y arqueras pronto la dejó reducida en un cuarto, seguían siendo más de seiscientos los que ganaban las barbancas del castillo, para encontrarse ahí con unos cuatrocientos guerreros de los que sólo un tercio lo eran de verdad. El resultado, de momento, distaba de ser equilibrado, pues era evidente que nos empujaban hacia la plaza de armas, y eso a pesar de que ya se habían sumado unas doscientas mujeres, pero la diferencia entre soldados fuertes y veteranos, muy estimulados al ver que tres de cada cinco enemigos eran mujeres o aficionados nada duchos en el manejo de las armas propias de la infantería, desequilibraba el combate de un modo progresivo. La situación tenía mal aspecto, me dijo después Muntaner que pensaba en ese momento, cuando los unos y los otros vieron llegar cincuenta caballeros al galope, aullando como locos. La irrupción inesperada e intempestiva de una fuerza desequilibrante, si además es en un flanco de la línea de batalla, con frecuencia conduce a un derrumbamiento progresivo de la tal línea, similar al de las fichas del último grito de los juegos de sociedad venecianos, el llamado *pupai*, cuando se colocan una detrás de otra para terminar empujando a la primera y hacer que caiga sobre la segunda, ésta tire a la tercera y así hasta que todas aparezcan derrumbadas sobre la mesa. No es que sucediese así exactamente, aunque al cabo de un tiempo que yo no era capaz de precisar —Muntaner, sí; él jamás perdía su noción, de modo que no dudó en decirme que no pasó de una hora— nos veíamos los caballeros catalanes persiguiendo a

mangualazos a los infantes y peones genoveses y bizantinos. Los habíamos acorralado en los alrededores del pantalán, desde donde parecían observarlos las once cabezas clavadas en las once picas, la del sobrino del almirante Di Spínola en primer plano, lo cual debía de ser un muy mal augurio para una fuerza que se debilitaba por momentos. De hecho, ni siquiera era una fuerza, pues se había escindido en dos. Una, más numerosa, trataba de ganar el pantalán, al que se acercaba la galera insignia con el portalón abierto, con ánimo de que sus ballesteros dieran redoso al almirante mientras le ofrecían una vía de huida. La otra, no más de dos docenas de peones, seguían a otro tipo con aspecto de importante hacia un extremo de la playa de cascajo, donde también se acercaba una galera con sus ballesteros disparando a muy buen ritmo. A la primera la perseguía yo, y como en alguna otra ocasión con los más elementales sentidos de prudencia penosamente desinstalados. Se trataba de matar, seguir matando y volver a matar, en lo que no sólo me afanaba yo, sino las cuatro docenas de almogávares que me seguían. Mi objetivo era el almirante, aquel *figlio de la grandissima puttana* que había osado pedir a Muntaner le hiciera entrega de mi mujer en nombre de una zarina que haría bien rezando todo lo que supiera si algún día se ponía en el alcance de mis azconas. El almirante Di Spínola, de aspecto muy noble aunque bastante desencajado, había ya entrado en ese alcance. No necesité pensar qué hacer a continuación, pues iba en modo automático: le lancé la última de mis azconas, con suficiente fuerza para perforarle la coraza —ligera y muy bonita, pero no pasaba de ser un adorno— y hacerle caer de culo. Tras eso siguió un breve diálogo, cabeza contra cabeza, en tosco trinacriense de mi lado y cultivadísimo genovés en el suyo:

—¿Eres Spínola?

—Sí. Valgo un gran rescate. Muntaner te lo habrá dicho. Habla con él antes de matarme.

No lo dijo en un tono muy sereno, lo cual era disculpable, pero con eso bastaba. Nunca me ha preocupado saber a quién mato, pero cuando asesino sí quiero saber de quién se trata.

—¿Te acuerdas de Claudera, la esclava de la zarina Irene?

No dijo nada, pero se desorbitó de la mirada lo bastante para estar seguro de que se le habían hechos claras un par de cosas: que sí la recordaba y que le restaban segundos para encomendarse al hermético dios de los cristianos.

—Es mi mujer y esto va de su parte, cabrón.

Y, con la destreza del que ha hecho eso mismo cientos, si no miles de veces, le hundí mi espadón en el ojo izquierdo, del que al momento brotó un interesante canalillo más blancuzco que rojizo. Tras eso no hubo más, salvo un par de saetas que me pasaron silbando. Los ballesteros de la galera capitana no se habían perdido la escena, y era de suponer que un ignoto príncipe Teodor tampoco, aunque su capitán, siendo evidente de que si subiese alguien a bordo serían aquellos desarrapados matarifes —*nosaltres, els catalans*—, mandó dar avante a plena boga de abordaje,

para salir de ahí cuanto antes. No les presté atención, pues andaba entretenido en decapitar al derrotado almirante, para después tender el noble cabezón al almogávar que me pillaba más a mano.

—Busca una pica, le clavas esto y la pones con las demás.

Al tiempo señalaba las otras once, indiscriminadamente.

—Bien por ti, Guillem de Tous.

Ahí me di cuenta de que no era otro que Oleguer. Siempre, siempre, cubriéndome las espaldas.

* * *

Al poco nos encontrábamos tres grupos sobre una playa donde muchos de los cascajos habían perdido su natural gris oscuro para teñirse de un granate pringoso. Uno venía del castillo, lo conducía Muntaner y era numeroso, ya que le seguían cientos de mujeres, muchas de ellas tirando a emburruñadas, aunque de sangre que no era suya. Unas cuantas llevaban cogidas de los pelos las cabezas de los que se habían dado el gustazo, ellas mismas, de arrebatarse a unos cuerpos que aún se movían. En cuanto a lo que pensarán hacer con ellas, prefería no preguntármelo. Igual aquella noche la sopa general, pues en la dieta de los almogávares siempre había sopa, el sabor era distinto y los tropezones diferentes, lo que de ningún modo me habría importunado. Por mi parte, no sería la primera vez que le pegaba un buen bocado al hígado de algún enemigo. Después de todo, y como bien sabíamos todos nosotros, el de adversario no sabía muy diferente al de cordero.

El segundo grupo, de unos veinte almogávares, seguía los pasos de Berenguer de Roudor, el cual llevaba su espada en una mano y un raro colgajón en la otra.

—Los huevos y el cipote del Antonio Bocanegra. Te los traigo por si te quieres hacer un colgajón con ellos.

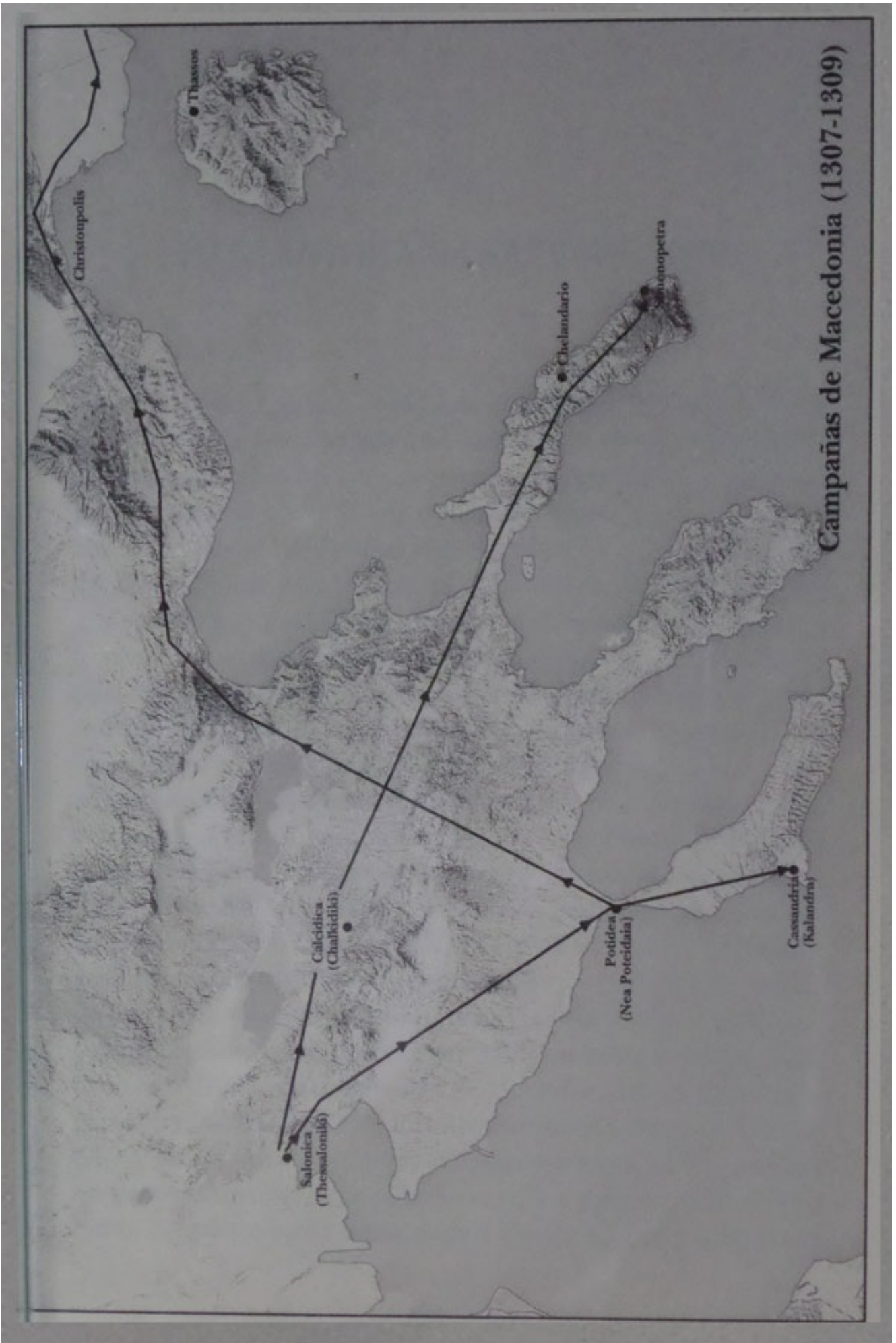
Le miré, agradecido, y nos sonreímos. Aquel glorioso momento no era el de preguntarnos si no seríamos un hatajo de bestias, tan salvajes, si no más, que los mil y pico cadáveres que se podían contar entre aquel pedregal y las arenas de la otra playa. Lo que contaba era el haber vencido, una vez más, a una fuerza netamente superior. El resto era ruido.

En la Bocca d'Aveo, mientras tanto, la flota genovesa se partía en dos. Dieciocho de las galeras, la capitana con el torrotito del almirante debidamente abatido, enfilaba el Egeo. La otra, siete galeras —una de ellas, la última, desarbolada y humeante—, y cinco taridas, tomaba el rumbo contrario, el de Constantinopla. En cuanto a la tarida que antes hacía seis, ya sólo era un pontón en llamas que flotaba sin gobierno.

—La primera nave que hundimos desde tierra con una catapulta —comentaba Muntaner en tono distendido y amigable—. Igual hemos inventado algo nuevo, hijos míos.

Nos mirábamos los unos a los otros, sonrientes y satisfechos, para responder

como locos al grito de Ramón d'Alquer:
—*Visca Aragó!!!*



VII

CASSANDRIA, MARZO DE 1308

Veinte días después el Consell dels Dotze, más Muntaner, Rocafort y d'Arenós —yo ya era de los doce, aunque sin por ello dejar de ser el *aide-de-camp* del intendente general—, estudiaba las propuestas operacionales para lo que restaba de verano y las primeras semanas del otoño. Había unanimidad general en que la jugada ideada por Andrónico y Di Spínola no debía quedar impune, pese a lo mal que les había salido —sobre todo al almirante, cuya cabeza, o lo que los buitres y las gaviotas habían dejado de ella, seguía explicando a los ocupantes de las naves que pasaban frente al Hexamilia lo peligroso de pararse ahí si no era para comerciar—, y no sólo por hacer saber que nos lo habíamos tomado a mal —el asunto con Girgón y los alanos, después de todo, no tenía que ver con el Imperio—, sino porque buena parte de las poblaciones de Tracia parecían haberse recuperado de nuestras atenciones del año anterior, el triste 1305, de modo que parecían pedir a gritos una visita en gran estilo de la Companyia Catalana d'Orient. Sólo había unanimidad en que Muntaner se debía quedar en Gallípoli al cuidado de los tesoros y de las familias, incluyendo a los de d'Arenós, al cual se recomendaba no reocupar Màdytos hasta el otoño, y que debíamos dejar a sus órdenes, las de Muntaner, una escolta de mayor empaque, pues lo sucedido tres semanas antes podría repetirse, y nunca más deberíamos arriesgarnos a que los bizantinos o los genoveses volvieran a pillarnos con los meados en el vientre. Hasta ese punto había unanimidad. En los siguientes, no tanta.

El primero era decidir si la fuerza que dejaría Gallípoli a la semana siguiente sería la Companyia Catalana o dos Companyies Catalanes. La razón era la de siempre: de ninguna manera Ferran Eiximenis d'Arenós aceptaba ponerse a las órdenes de Bernat de Rocafort, a lo que se sumaba el que a éste tampoco le agradaba el tener bajo su teórico mando a un indeseable de familia tan noble que se permitía mirarle por

encima del hombro. Ambos, por si fuera poco, aplicaban a la defensa de sus respectivas posiciones la misma indecencia expositiva: las explicaciones que daban de su voluntad de ir cada uno por su lado eran por demás elaboradas, ya que pretendían dejar patente una generosidad, un desprendimiento y una sinceridad que de ningún modo padecían. Sus razonamientos, aun así, coincidían en varios puntos. Uno era que Andrónic seguía en la más completa ruina. Los signos de recuperación de los que hablaban los viajeros venecianos eran muy débiles, pues si bien Tracia parecía repoblarse, aún faltaba mucho para que pudiera enviar a Constantinopla otra cosa que alimentos. El Asia Menor, a su vez, había sido reinvasada por los turcos; sólo resistían unas cuantas ciudades de la costa occidental y sospechábamos que sin mucho empeño, ya que la nueva política invasora les garantizaba la preservación de sus costumbres, de su religión, de sus creencias y de su patrimonio. Los turcos sólo pedían que los impuestos que antes pagaban a los funcionarios de Andrónic los abonaran a los suyos, y que izaran su bandera en vez de la imperial. Dado que parecían conformarse con eso, era natural que no plantaran cara, y Andrónic, en consecuencia, se quedaba por momentos sin imperio, pueblo a pueblo, ciudad a ciudad y región a región.

Estábamos al corriente de todo eso porque siempre que pasaba un convoy frente al Hexamilia, en cualquiera de las dos direcciones, una de sus naves encontraba un pretexto para detenerse un par de horas en el pantalán, no sólo para traficar en mercancías, sino para vender información. Así supimos, por ejemplo, que apenas dos años antes el papa Clemente V, a propuesta de Philippe IV *le Bel*, había excomulgado a la Orden del Temple, acusando a sus miembros de sodomía, herejía y paganismo, y ordenando a la Santa Inquisición que les diera su merecido. Fue una pena que tardara tanto en hacerlo, comentó Muntaner con ironía, ya que, de haberlo hecho antes, nuestro *fürher* no habría tenido que camuflar su nombre, dejando aparte que sus pecados, en comparación con aquellos tan espantosos, no eran gran cosa. Según explicaron los venecianos, se limitó a no ser, en Acre, tan caritativo como nos había contado, ya que a su *Halcón* sólo dejaba subir a los que pagaban su pasaje con *besants* de los acuñados allí mismo, contantes y sonantes. A eso se debió el fortunón que un año después le permitiría no sólo hacerse con la *Oliveta*, sino pagar a su gente mientras su recién iniciada carrera de corsario no empezase a dar beneficios. En resumiendas, acabó por sentenciar el pragmático Muntaner, que descansaran todos ellos en paz, el Papa, los Templarios y nuestro no excesivamente llorado Roger de Flor.

El equilibrio entre Rocafort y d'Arenós lo propició Muntaner, el cual ya era para todos, incluyendo a los dos, el ancla de moderación que nos mantenía, si no unidos, al menos no muy alejados los unos de los otros. Opinaba que, al ser los de d'Arenós apreciablemente menos que los de Rocafort, harían mejor dedicando sus esfuerzos a las regiones menos defendidas, como eran las situadas en un radio de diez leguas a contar desde la de nuevo próspera Bizia, cuando menos según decían los venecianos.

Eso dejaba entre las garras de Rocafort el resto de Tracia, Constantinopla incluida, un lugar que tenía muchas ganas de volver a visitar. No se hacía ilusiones con respecto a tomarla, sueño que sabía imposible por culpa del triple y excelente anillo amurallado que construyera siglos antes un tal Prokopios Anthemios, de oficio emperador — solamente los venecianos de la cuarta cruzada, con fuerte apoyo de los aún desconocidos Caballeros Teutónicos, y siendo entre todos más de veinte mil, lograron penetrarlo por el lado de las Blanquernas, tomar la ciudad y saquearla tan a conciencia como les ordenaba el caritativo Jesucristo de «amaos los unos a los otros», pero de aquello, julio de 1203, ya pasaba siglo y pico, y como era natural todos los ladrillos habían sido convenientemente reparados—, aunque siempre cabía la posibilidad de pillarles distraídos. En ese caso, si él lograra hacerse con una de las puertas que franqueaban la muralla, no habría campanas suficientes en Constantinopla para tocar a muerto por todos los que dejarían a su paso. En cualquier caso, y aceptando que tomarla sería difícil, tenía pensado dar un buen repaso a las ciudades situadas en el camino, empezando por la recién repoblada Rodosto, aunque con especial dedicación a la indefensa Pera, con la que soñaba desde nada más tener noticia de que los genoveses habían intentado hacerse con Gallípoli gracias a estar él exterminando alanos a cincuenta leguas de allí.

Ni Rocafort ni d'Arenós consideraban prudente que sus hordas coincidieran a campo abierto, por si saltase alguna chispa y la tal acabara llevándose por delante unos cuantos cientos de almogávares. Era una preocupación que apenas mucho a Muntaner, pero el hecho era que, de un modo general, los que habían elegido ponerse a las órdenes de d'Arenós eran casi todos aragoneses, navarros y castellanos, mientras que los fieles a Rocafort eran catalanes, mallorquines, trinacrienses y calabreses, con mínimas excepciones. Incluso en los hablars se diferenciaban cada día un poquito más, pues si bien los segundos no se salían del catalán, los primeros se comunicaban en una rara mezcla de aragonés y castellano que a ellos mismos les costaba comprender. A eso se debió el decidir que la horda de d'Arenós saliera dos días antes que la otra para separarse de la costa nada más rebasar Brachilium.

El segundo de los puntos en que hasta entonces no se había logrado acuerdo alguno era el de aceptar aliados turcos. Sucedió, según habíamos deducido a partir de muy variadas fuentes de información, así como de nuestra experiencia en el trato directo con los turcos durante 1304, que nosotros no éramos únicos en eso de ir cada uno a nuestro aire. Había en el seno de la hermandad turca diversas facciones, caudillos y hasta interpretaciones de sus textos sagrados —«pues como nos ocurre a los cristianos; no tendría sentido que fueran distintos», comentaba el escéptico Rocafort—, y no siempre conseguían superar sus diferencias y hacer frente común a sus diversos enemigos, entre los cuales nosotros, los catalanes, ni de lejos éramos los que más les preocupaban. Los mongoles por el este, los eslavos y los tártaros por el norte y el noreste, los sultanes egipcios por el sur y las diferentes comunidades cristianas por el oeste les inquietaban mucho más, y la razón era obvia: el número.

Nosotros, pese a respetarnos como guerreros, éramos unos pobres de Dios puestos al lado de los millones que sumaban sus enemigos si se colocaban uno junto al otro, gracias a lo cual, y sin que nos miraran con simpatía, nos consideraban no ya una simple amenaza menor, sino una gente con la que, llegado el caso y pese a ser infieles, podrían ponerse de acuerdo.

El que más había profundizado en esa posibilidad era un tal Ximelic que, a su vez, se llevaba fatal con sus iguales musulmanes. Su horda, pues tenía una, era significativamente más pequeña que casi todas las de su credo, si bien pasaba por profesional, valerosa y aguerrida. No tenía claro su futuro de seguir en Anatolia, cada día más ocupada por el grueso de los turcos, de modo que un buen día se planteó por qué no llegar a un acuerdo con los vecinos catalanes de la otra orilla de la Bocca d'Aveo. A ese fin envió a Hexamilia un emisario que hablaba un griego decente y que al momento fue recibido por el rey de los pragmáticos, Ramón Muntaner. Nos explicó —yo estaba con mi señor— que, de aceptarse sus condiciones, Ximelic aportaría ochocientos hombres de a caballo muy bien equipados, excelentes con la lanza y con la cimitarra, y también dos mil de a pie, todos veteranos, grandes andarines y con muchos pescuezos rebanados en su haber: de persas, mongoles, tártaros, bizantinos y algún veneciano que otro; de catalanes aún eran vírgenes, y les gustaría seguirlo siendo. En cuanto a condiciones, tanto Muntaner como yo las encontramos razonables: la parte del botín que correspondiese a su número —al empezar cada campaña; dicho de otro modo, sus muertos también cobrarían—, traer a sus familias, conservar sin que nadie les importunase sus creencias, su religión y sus costumbres, empezando por su sacrosanto derecho a tener tantas mujeres como les diera la gana, lo cual sabían intragable para los cristianos infieles, pero de ahí no pensaban moverse —tanto Muntaner como yo nos sonreímos; aquella buena gente se sorprendería cuando supiera que tanto la poligamia como la poliandria eran actitudes ante la vida perfectamente compatibles con la desenfadada y liberal filosofía catalana—, y que no tolerarían ningún intento de proselitismo, y mucho menos evangelización, por supuesto que aceptando lo recíproco.

Muntaner, para nuestra sorpresa, no encontró la unanimidad de aceptación que deseaba. Ésa era la razón de que llevase a discusión ante los Dotze la posibilidad de formalizar el tal acuerdo, para darse al momento con el incondicional soporte de Rocafort, que necesitaba cuantos más hombres mejor y cuya filosofía en asuntos de moral se basaba en el principio capital de que la bragueta es asunto de cada cual, y que la Companyia no tenía ni razón ni derecho a meter las narices en con quiénes o con cuántas se acostaban los hombres a sus órdenes. Era un punto de vista muy alejado del un tanto irritante de d'Arenós, cuyo ferviente catolicismo —al decir de Muntaner era más castellano que aragonés, si bien Aragón tampoco era un modelo de liberalidad— le hacía mirar con desagrado a las familias inusuales, como por ejemplo era la mía —las había peores; después de todo Llura y Claudera estaban bautizadas y además eran mujeres, pero en el seno de la hermandad las asociaciones personales

comprendían todos los tipos, creencias, géneros y número de participantes, y lo curioso era que todas nos parecían aceptables si a la hora de lo importante, combatir, se daba la talla como había que darla—, si bien era consciente de no contar con suficientes apoyos en el Consell dels Dotze, y era que, de un modo tan sutil como eficaz, el que mejor lo mangoneaba, y no sólo en asuntos de intendencia o estrategia, era Muntaner. Así terminó resolviéndose que se aceptaba la oferta de Ximelic, cuyo emisario seguía esperando cómodamente alojado en el Hexamilia, si bien se incorporaría no al conjunto de la Companyia Catalana, sino a la horda de Rocafort, el cual se limitó a encogerse de hombros. Con aquel acuerdo dispondría de casi siete mil hombres, mientras que los de d’Arenós no llegaban a dos mil, y de ellos la mitad eran turcopóls, los cuales, para las cosas de la moral y la religiosidad, eran como todos los conversos, mucho más extremos que los creyentes de cuna. En general, se sentían más a gusto a las órdenes del pío d’Arenós, pese a que con él se saqueaba mucho menos, de modo que así se alcanzó el acuerdo que, durante un tiempo, regularía el equilibrio de recursos en la Gran Companyia Catalana d’Orient.

El tercer y último punto en el que no había consenso tenía que ver con Berenguer d’Entença, del cual sabíamos, gracias a los amables venecianos que de vez en cuando nos traían noticias de Aragón y de Trinacria, y a los que a menudo encomendamos misivas a los mismos lugares, que a finales del mes de enero de aquel año 1306 los genoveses le habían liberado. No porque le hubieran tomado cariño, sino por fuertes e inamistosas presiones de don Jaume II de Aragón, el cual había llegado a decir que, o liberaban a su hombre, o cerrarían los puertos de la corona de Aragón a las naves genovesas. La liberación no implicaba que le devolvieran lo que le habían quitado, aunque al menos no se marchó de Génova con una mano delante y otra detrás, sino con los fondos suficientes para embarcar en una nave aragonesa que le dejaría en Barcelona, de donde marchó a Zaragoza para mostrar al rey su profundo agradecimiento. Hasta ese punto era donde llegaban nuestras noticias, si bien por otros cauces habíamos sabido que d’Entença, muy enojado con los genoveses, tenía pensado reclutar una fuerza de almogávares aragoneses y valencianos —no creíamos que aún quedaran catalanes disponibles— y regresar con nosotros, a ocupar el puesto que le correspondía y para el que fue designado en su día por nuestro fundador, el inolvidable Roger de Flor.

El punto que se debatía era si enviar o no a Barcelona, vía Trinacria y Kriti —en naves venecianas, al menos hasta Palermo—, a un par de caballeros para que se vieran con d’Entença y así conocer sus intenciones. Era lo que proponían quienes le añoraban, con d’Arenós a la cabeza, pero a Rocafort no le costó gran esfuerzo demostrar que, ya estando mediando el verano, para cuando llegaran a Barcelona el otro se habría marchado, de modo que sería no sólo un viaje inútil, sino perder un par de hombres valiosos de cara a las dos campañas que se avecinaban, la suya y la de d’Arenós. Aun así, éste siguió insistiendo, para sólo claudicar ante un seco:

—Pues muy bien: enviémosles, pero que sean de los tuyos; yo no pienso

sacrificar ninguno de los míos en ese sinsentido.

Ahí concluyó la primera parte del debate; no podía ser de otro modo, me susurraba en un oído el escéptico Muntaner, pues lo que sostenía Rocafort era incontestable. La segunda era peor, ya que se trataba de profundizar en qué se haría si, como parecía probable, d'Entença regresaba con refuerzos. ¿Volveríamos a tener un capitán único, al igual que sucedió en tiempos de nuestro bienamado *führer*? Los dos, o los tres capitanes, ¿seguirían operando cada uno por su cuenta? ¿Volveríamos a ser un gran ente respetado, temido y admirado por todo el mundo al este de la isla de Cythera, la Gran Companyia Catalana d'Orient, o pasaríamos a ser no mucho más que tres simples partidas de bandoleros sin Dios, incapaces de ponernos de acuerdo los unos con los otros y siempre a punto de liarnos a espadaos entre nosotros mismos?

Yo sabía que la idea de designar a d'Entença capitán general de la Companyia, restableciendo la posición que desde la fundación hasta su muerte tuvo Roger de Flor, no era impopular en buena parte de los Dotze, y no sólo entre los aragoneses, ya que no pocos de los catalanes iban viendo que Rocafort, por republicano que se mostrase, llevaba dentro un dictador que por momentos amenazaba con asomar su inquietante cabeza. Influía, también, que si bien se opinaba que d'Entença no era un jefe del que nos pudiéramos fiar —bastaba con recordar la forma tan estúpida en que se dejó capturar, la cual supuso la muerte de casi ochocientos de los nuestros—, estaba mejor dotado que Rocafort, y quizá que de ninguno de nosotros, para conseguir la protección de algún monarca de la casa de Aragón, primer y necesario paso para darnos un estado si lográramos encontrar un lugar para establecernos, y desde ahí vivir en paz, seguridad y prosperidad. En realidad los necesitábamos a los dos, al uno para conquistar el tal estado y al otro para consolidarlo y hacer que fuera reconocido, aunque si fuera necesario elegir, nos decíamos Muntaner y yo, por el momento era preferible Rocafort, pues con el otro lo más probable sería que cualquier día nos masacrasen, aunque con las bendiciones de la casa de Aragón, eso sí. A eso se debió que fuera un debate difuso, ambiguo, donde nadie dejó asomar sus verdaderas motivaciones, incluso d'Arenós, del todo a favor del todavía etéreo d'Entença pero consciente de que aún no era momento de postularle tan encendidamente como le gustaría. No mientras los cinco mil y pico de Rocafort —sin turcos— pudieran lanzarse sobre sus escasos ochocientos —sin turcopóls— con sólo un chascar los dedos por parte de su jefe. Mejor sería, se debió decir, esperar y ver.

* * *

La horda de d'Arenós había salido en dirección a Bizia, donde pensaba llegar a mediados de septiembre tras pasar por Malgara, Chàriopolis y Aracadiòpolis, las cuales pensaba saquear, aunque de un modo civilizado, masacrando lo justo, violando lo menos posible y sin devastar demasiado, a fin de regresar el verano siguiente y que

los supervivientes merecieran para entonces que se les volviese a visitar. La política de tierra quemada que practicaba Rocafort era, en su opinión, muy desaconsejable, pues al año resultaría imposible volver a cosechar, por no dejar atrás a nadie que cultivara, sembrara y recolectase. A todo el mundo se le debe dejar respirar, pues en otro caso ya no rinde más. Era la diferencia capital entre Rocafort y él, que mientras el otro asfixiaba de un modo irreversible, a d'Arenós le bastaba con estrangular un poquito.

Eran unas reflexiones que a la sazón explicaba, muy bajito, a una Claudera refugiada en mi costado de babor y con Stana dormitando tan feliz entre los dos, evidentemente satisfecha tras haber echado un gran trago de una madre que, todo el mundo lo decía, desde que parió se había vuelto asombrosamente nutritiva. Si no me salía del susurro era porque al otro lado yacía, de bruces, una Llura igualmente satisfecha, si bien por otras causas. Yo sabía, pese a todo, de lo inquieto de su sueño cuando éste no era nocturno, y aquél sólo era el fruto de una siesta moderadamente apasionada. Sabía que cualquier cosa la despertaba, y no quería que así fuese, porque las niñas llevaban un tiempo muy nerviosas, quizá por intuir que la figura paterna desaparecería tres o cuatro meses a la vuelta de dos días, y aunque yo ignoraba la razón el caso era que me habían cogido el cariño suficiente para echarme de menos cuando dejaban de verme. Si mantenía la mano derecha bien plantada en el marmóreo trasero de su madre —seguía siendo de piedra legítima, lo que me hacía sentir un orgullo de propietario por demás estúpido—, era por saber que aquello le transmitía un sentimiento de seguridad excelente para dormir a pierna suelta incluso a la hora de la siesta, y también que bastaba con que la retirase para que al minuto despertara. Mi deseo no era ése, de modo que mientras con la mano de más a estribor transmitía paz a mi mujer, con la de babor comprobaba que mi otra mujer seguía pendiente de mis palabras; si no tanto, que al menos no se quedaba frita.

Más allá de Llura estaba la gran cuna donde mis preciosas cachorras, definitivamente mellizas —Meritxell era rubia de ojos azules; Eris, morena de ojos verdes—, dormían como cestos, de modo que los seis humanos presentes en el cuarto presentábamos una imagen de lo más idílica, desnudos sobre las sábanas —ninguna de mis mujeres simpatizaba con los camiones de dormir; en cuanto a mí, aceptaba lo placentero de hacerlo como vine al mundo, toda vez que sólo faltaban dos días para volver a las viejas costumbres, las de dejarme caer sobre alguna estera tiñosa con *gonella* y polainas, y con el cinturón, las abarcas, el *cortell*, las azconas, el chuzo, la *cervellera* y el almófar bien a mano, por si en menos de un minuto era preciso pasar del estado de soñar al estado de matar—, disfrutando una temperatura de dioses y con los sentidos bien ahítos, cuando menos para dos o tres horas más, cuando llegara el momento del baño familiar, ése que los seis compartíamos entre risas y en el que raro era el no acabar intentando convertir el seis en siete, o en más. Éramos, me constaba y estaba encantado de que así fuera, una familia felizmente animal. Cuando menos, disfrutábamos como fierecillas inocentes, del todo inconscientes de la existencia del

pecado, quizá porque, según decía Muntaner, el tal no existía, y si los dioses, maravillosos, nos habían regalado el mundo y la naturaleza, era para que los disfrutáramos sin ninguna restricción. Eso no le hacía muy popular entre los mosenes, ni a los ojos de los chupacirios como d'Arenós, aunque a mí me tenía sin cuidado. Para mí, como para Oleguer, con razón o sin ella, Muntaner.

—¿Te ha designado su intendente general de un modo público?

—No. Me ha dado todo lo que se le suele dar a uno que ocupa el puesto, empezando por la responsabilidad, pero no el título. Ni el mando. Todo ha de pasar por él. Jamás ha dispuesto nada contra lo que yo haya recomendado, pero el hecho es que prefiere que los suyos, sus hombres de confianza, me sigan viendo como el chico de Muntaner destinado en su horda, sin mayores implicaciones.

—¿Y eso te disgusta?

Me quedé pensativo. La incisividad de Claudera, en alguna ocasión que otra, me incomodaba un poquito. Sobre todo porque ponía de manifiesto que me seguía leyendo el pensamiento.

—Pues mira, sí. Más de lo que sería capaz de admitir.

—Pues no debería. Es mucho mejor para ti.

No era la primera vez que dejaba caer algo así, pero en todas esas ocasiones quizá no estuviera yo tan receptivo, ni tan relajado, como en esa en que tan cerca estaba de sentirme un dios.

—Me lo expliques.

No necesitó pensárselo, pero eso no significaba que lo tuviera elaborado. Simplemente, la velocidad de razonamiento de Claudera era más elevada de lo que yo jamás había observado en ningún hombre, y de las mujeres ya ni hablaba; era superior, incluso, a la del mismísimo Muntaner. Donde más de manifiesto se ponía, y además con carácter objetivo, en absoluto influido por la devoción que yo pudiera sentir, era jugando al *xatranj*. Ella desconocía el juego, y sólo sintió curiosidad cuando le dije que allí, en Gallípoli, salvo con Muntaner y alguna vez con Rocafort, no podía jugar con nadie más. Necesitó diez o doce partidas para desarrollar su propia estructura intelectual, o lo que fuese, pero el hecho era que desde aquel momento ya no le pude volver a ganar. Y lo que más me asombraba —y me irritaba, si bien lo disimulaba— era que por cada movimiento de los míos, o por el tiempo que yo necesitaba para realizar uno solo cuando la partida ya estaba mediada, ella efectuaba seis o siete, y al tiempo, además, de jugar con Meritxell, que por razones del todo incomprensibles era su favorita, y ella la suya, tanto que, si bien yo era *papá* para las dos bestezuelas, Llura sólo era *mamá* para Eris. Menos mal que Llura no se mosqueaba, ni se irritaba. Nuestro triángulo de tres bases no podía estar más equilibrado ni mejor engrasado. Incluso en eso.

—Rocafort se ve a sí mismo como un republicano. Desprecia las coronas porque le asquean los reyes, de los que dice que casi todos son idiotas, y además niega que provengan de una designación divina, sea de los dioses o sea de un dios único y

verdadero, uno cualquiera de los muchísimos que hay. Su gente le venera más por su destreza militar que por sus criterios políticos y sociales, pues en el fondo no los entienden, pero sus segundos, sus hombres de confianza, sí que los valoran, pues les hace pensar que son hombres libres y dueños de sus vidas, y que si son tan capaces de ir tras él adonde sea es por considerarle un tipo justo y honesto que jamás abusará de su confianza. Los que, como Muntaner, le miran con criterio, con la suficiente sensibilidad para saber detectar las aristas y las durezas de su carácter, intuyen que tarde o temprano evolucionará, y que cuando se sienta fuerte de verdad se transformará en un completo dictador. Más o menos, y salvando las distancias, como le ocurrió a César en la Roma preimperial. Si lo analizas a grandes rasgos verás que lo suyo es parecido: un gran general que alcanza victorias fantásticas, un buen día declara que se quiere alzar sobre los que hasta entonces eran sus compañeros, si no sus iguales, anulando los principios de la república y constituyéndose a sí mismo en dictador. De ahí viene mi predicción de que le pasará lo mismo: los suyos se lo cargarán, y además lo harán cuando menos lo prevea, menos lo espere, más tranquilo y a salvo se sienta. Por eso, mi guapo niño Guillem, para ti será bueno, cuando suceda, no ser de los suyos, los hombres de su confianza, ya que serán incapaces de darse a sí mismos un jefe que deba salir de sus propias filas. Para evitar un baño de sangre, una guerra civil en la que acaben matándose los unos a los otros, aceptarán el mal menor de buscar uno conocido, de acreditada competencia militar, de la plena confianza profesional del jefe asesinado, pero que no haya sido uno de los conspiradores. Cuando den con él lo elegirán, y si aciertan se darán uno que sea capaz, a su vez, de conquistar y consolidar el estado idílico en que casi todos sueñan, entre otras cosas porque si no soñarían con eso ya se habrían vuelto a Trinacria, o a Catalunya. El día que ocurra, y mejor si todavía tarda un poquito, tendrás más oportunidades que nadie de ser el elegido, aunque sólo si consigues mantenerte al margen, sin dejarte arrastrar por los que hoy parecen fieles hasta la muerte de Rocafort, pero que cualquier día se lo cargarán a sangre fría.

Me lo quedé pensando, con mi penosa lentitud. Las ideas de Claudera, sobre todo cuando eran tan cínicas como aquélla, cuando demostraba que de la Claudera divina tenía no sólo el nombre, siempre me resultaban difíciles de procesar, si no deglutir.

—¿Por qué será mejor si todo eso tarda un poquito?

—Porque los que un día u otro deberán elegirte aún se acuerdan de cuando te conocieron en Trinacria con dieciocho años mal cumplidos. Para ellos aún eres el niño, el protegido de Muntaner. Hoy quizá ya te vean como el chico de Muntaner que ha salido listo, pero sin que dejes a sus ojos de ser un niño, y es normal, porque acabas de cumplir veintiséis, mientras que los más significados de los caballeros y de los adalides de Rocafort ya están más cerca de los cuarenta que de los treinta y cinco.

Ahí me pregunté, como alguna otra vez, cómo Claudera podía ser tan ducha en esos asuntos. A fin de cuentas, y por mucho que la quisiera, el hecho era que las esclavas no podían saber de todas esas cosas, fundamentalmente porque nadie se las

explicaba.

—¿Cómo puedes predecir eso? ¿Lo has aprendido en los libros?

—En parte, sí. La historia, si te asomas a ella con ideas claras, sin prejuicios, y pones cuidado en llamar a las cosas por su nombre, sin dejarte despistar por quienes la explican pretendiendo esconder las miserias humanas de forma que sólo resplandezcan las virtudes, a menudo te cuenta no ya lo que sucedió, sino lo que dentro de no mucho acabará por suceder, aunque no es la única fuente de la que mana lo que sé. La corte de Andrónico, y la familia Paleólogo en general, más sus nobles, sus cortesanos, sus generales, sus almirantes y sus hombres de confianza, son el mejor taller imaginable para estudiar la perfidia, la corrupción, la manipulación y, sobre todo, la más fascinante de todas las ciencias: la que se ocupa de la conspiración. He visto y oído a la zarina y a los suyos conspirar contra todo y contra todos, unas veces con unos y otras veces con otros. Una esclava inexpresiva e impasible que apenas se distingue de los muebles, si mantiene los ojos bien abiertos y las orejas debidamente despejadas, puede aprender, en las habitaciones de la zarina, lo que no está escrito de la maldad de los hombres y de la perfidia de las mujeres, xor Guillem. A eso se debe que vea tan claro lo que acabará por ocurrir, y es que no será la primera vez que me asome a un asunto así de sórdido. La diferencia, de haber alguna, será que los bizantinos tienden a ser suaves y delicados, mientras que vosotros, los almogávares, sois un hatajo de burros. Por eso estoy convencida de que, cuando suceda, será enteramente a lo bestia. Ojalá sea un día en que tú no estés por ahí cerca.

Me llegó un leve gañido de muy a estribor. Meritxell despertaba de su siesta, y por el tono me pareció que más con ganas de jugar que con hambre. A Llura también se lo debió de parecer, ya que se liberó de la mano que la retenía para levantarse y hacer por las dos, y era que también la otra estaba de ojos abiertos. Tras eso y unos cuantos mohines cariñosos me puso en la tripa la encantada niña de mis ojos, mientras ella dejaba que la otra le gatease por los pechos, quizá recordando los sabrosos días en que de ahí manaba no sólo leche. También brotaba gloria bendita. Claudera nos miraba, sonriente. Definitivamente, hacíamos un triángulo feliz.

* * *

Un mes después teníamos a la vista las murallas de Constantinopla. No las mirábamos todos; sólo la vanguardia. El resto de la hueste, la de casi siete mil hombres que marchaba tras la bandera de Rocafort, seguía nuestra estela un cuarto de jornada después. Rocafort sólo me confiaba su bandera cuando tocaba combatir, y en lo que llevábamos de periplo eso aún no había ocurrido. Aun así solía mantenerme a su lado, pues era frecuente que quisiera consultar detalles con su intendente, pese a que, siquiera desde un punto de vista formal, esa campaña la luchábamos sin intendente. Habíamos recorrido cincuenta leguas desde Gallípoli, bastante más despacio de lo que acostumbábamos, lo que daba lugar a que los campesinos y los

habitantes de las ciudades, así como los escarmentados guerreros bizantinos, huyeran a nuestro paso en una de dos direcciones, hacia el este o hacia el noreste. Así habíamos dejado atrás Hora, Rodosto, Heraclea y Selimbria, sin devastar demasiado. La razón formal era una respetuosa petición de las recién nombradas autoridades religiosas de Rodosto, las cuales aducían que la población era nueva y nada tenía que ver con la que año y pico antes despedazó a veintisiete indefensos catalanes. Rocafort lo dio por bueno a cambio de un gran tributo, aunque a mi entender pesaban más en su consideración los criterios de d'Arenós y Muntaner que su habitual deseo de no dejar a nadie vivo. Fuera como fuese avanzábamos con determinación, aunque de un modo cansino, a una velocidad que nada tenía que ver con la usual en las hordas de Rocafort. Las razones eran diversas, aunque las principales, a mi entender, eran que nos seguía un convoy bastante numeroso de carros remolcados por caballos, donde transportábamos no sólo víveres y el botín que íbamos acumulando, sino las catapultas desmontadas y su munición correspondiente, con las que pretendíamos dejar en Constantinopla un certificado de haberla visitado, uno que sus habitantes tardaran lustros en olvidar. También sucedía que nuestros más recientes aliados, los turcos de Ximelic, no quisieron aceptar la en verdad amable invitación que les hizo Muntaner para que dejaran en Gallípoli a sus familias, como hicieron las hordas de d'Arenós y Muntaner con las suyas. Eran de un natural asombrosamente celoso y desconfiado, tanto que sin duda sospechaban que, de hacerlo, antes de que llegaran ellos a Rodosto los quinientos hombres dejados en retén a las órdenes de Muntaner caerían sobre sus *muxeras* con un insano deseo de producir más catalanes. A eso se debió que Muntaner no insistiera, ni que Rocafort protestase, toda vez que la lenta marcha que imprimían las casi mil sumisas y abnegadas hembras —llevaban a sus hijos pequeños en carretas de las que tiraban ellas mismas; estaban muy bien domesticadas, aceptaban los admirados almogávares— no era mucho peor que las de los carros que transportaban las pesadas catapultas.

La vanguardia, que realmente actuaba como un grupo de exploración, la formaban tres docenas de jinetes ligeros al mando de Ramón d'Alquer. El objeto de que yo les acompañara era determinar el mejor lugar para instalar las catapultas, lo cual era complicado, ya que se pretendía causar unos incendios lo bastante pavorosos como para que se abriese alguna de las puertas de las murallas, lo que hacía necesario colocarlas cerca de las tales puertas, y eso las situaba dentro del alcance de un buen tiro de ballesta. Eran unos artefactos que, aunque móviles, no podían recorrer grandes distancias una vez montados, de modo que no habría más remedio que componerlas bien a la vista de los ballesteros enemigos, los cuales no serían tan idiotas como para salir a intentar destruirlas, aunque con seguridad las transformarían en acericos bizantinos, a fuerza de saetas. Esos razonamientos nos habían llevado a decidir el acercarlas a Constantinopla sólo hasta un punto en que, con luz de día, siguieran siendo invisibles, para desplazarlas a su emplazamiento eficaz ya de noche, y entonces reconstruirlas a la pálida luz de la luna y en todo caso de unas pocas

antorchas, en ningún caso demasiadas, para evitar que los bizantinos se alarmaran en exceso. Así, cuando llegara el alba ya estarían listas para tirar. Sería el momento, y no antes, de comenzar a lanzar bombas y bombas de materia incendiaria, implorando de los dioses que tuviéramos buena fortuna y al cabo de un rato nos maravillásemos al contemplar el gran palacio de Blanquerna llameando en pompa. No tenía yo muchas esperanzas de que así fuese, ya que a los arquitectos del Imperio no les gustaba construir los edificios importantes en otra cosa que buena piedra y mejor ladrillo; la madera, por lo visto, la detestaban. Dedicaríamos un día, con leves correcciones de deriva y alcance, a la punta norte del triángulo que formaba Constantinopla, y los siguientes a descender hacia el Mármara siguiendo la muralla por su fachada oeste hasta que liquidáramos la munición. Ésta la traíamos a bordo de una docena larga de carros, los cuales rebosaban; serían los mismos que a la vuelta transportarían lo que buenamente saqueáramos con el socorro de los dioses. No me fue difícil determinar el punto adecuado para situar las catapultas una vez las hubiéramos montado, incluso a pesar de que no se nos perdía de vista desde lo alto de las almenas y las terrazas de las Blanquernas. Estábamos demasiado lejos para sus ballesteros, si bien, y pese a eso, yo no me confiaba; tanto, que había pedido a Ramón que avanzáramos a pie, buscando el cobijo de los arbustos.

—Mi amigo tenía razón al protestar, ya que yo sin duda exageraba, pero a esas alturas de mi vida ya era un convencido del «por si acaso» y del «quién lo iba a decir». De ningún modo quería poner en peligro que llegase a ser muy larga, pero larga de verdad.

Por la noche se nos juntó la Gran Companyia Catalana, facción Rocafort, al completo. Los carpinteros comenzaron a montar las tremendas catapultas —nos habían dicho quienes las construyeron, en Imbros, que jamás las habían hecho tan grandes, ni de tan largo alcance—, para terminar a medianoche. Quedaba el tiempo justo para deplazarlas a las zonas de lanzamiento —las habíamos abierto a razón de veinticinco estadales entre cada una—, junto a las municiones que Rocafort había decidido adjudicar a las Blanquernas y a su barrio anejo; debo decir que no a mi propuesta. Me alegraba pensar que rara vez dejaba de consultarme las medidas importantes, aunque para mi oculta desazón no siempre me hacía caso; estaba claro para mí, para él y para todos los demás, que yo no era Muntaner. Así llegó la salida del sol, y así empezamos nosotros un día que suponíamos se tardaría mucho en olvidar allá, en Constantinopla.

Las primeras salvas fueron de pedruscos, no muy grandes. Se trataba de verificar el alcance y la deriva, lo que no era deducible de inmediato, pues el suelo en que se asentaban las catapultas distaba mucho de ser plano. Si empezamos lanzando pedruscos fue por haberlos elegido de un peso parecido al de la munición verdadera, de material mucho más ligero, si bien, por su tamaño, alcanzaba el mismo de las piedras, o sobre poco más o menos. El procedimiento era tedioso, pues había que ir una por una y no empezar con la siguiente hasta dejar cuadrada la precedente, aunque

mucho antes de que Su Majestad el Sol cubriera la mitad de la distancia que le separaba de su cénit, las seis catapultas ya lanzaban sus proyectiles bastante más allá de las murallas, muy por encima de sus almenas. Llegaba el momento de pasar a mayores, lo que Rocafort ordenó al momento y con gran impaciencia. Él no estuvo presente cuando hicimos lo mismo con las galeras genovesas, y de ahí su morboso interés: quería ver por sí mismo si aquel invento del diablo podría llegar a incendiar barrios enteros de Constantinopla. De ser así, le parecería una medida razonable por parte de Andrónic hacer salir a sus fuerzas para destrozarlas, momento en el cual nosotros intentaríamos lo propio aunque al revés. Lo que sucediera desde ahí bien podría ser la mayor carnicería que recordaran los tiempos, y a Rocafort se le veía ilusionado como un niño la víspera de la llegada de los Reyes Magos con la idea de ser recordado, en los siglos Venideros, como el mayor asesino de la historia.

El sol había dejado atrás el cénit cuando nos detuvimos a recapitular. Habíamos consumido un tercio de la munición, con resultados decepcionantes. Muy pocas de las bolas inflamadas habían dejado de caer más allá de las murallas, pero salvo unos pocos incendios que los sitiados sofocaron en cosa de minutos, los efectos no justificaban el trabajo y las molestias de haber remolcado todo eso desde Gallípoli. A Rocafort se le veía no ya decepcionado, sino irritado, y lo malo de su personalidad cuando se irritaba era que lo pagaba con el que tenía más a mano, y aquella tarde, para mi desgracia, era yo. Al cabo de un rato de soportar vituperios bastante amargos, no tuve más remedio que hacer lo que por lo general no era recomendable hacer: plantarle cara. Si los incendios eran pocos, por no decir nulos, era por su empeño en atacar un barrio moderno repleto de construcciones en piedra muy sólida, donde las posibilidades de crear un buen fuego eran las mismas de que alguna bola se colase por una ventana, lo que de ningún modo había sucedido. Desde la primera vez que hablamos de usar las catapultas contra Constantinopla le dejé claro que aquella arma se había pensado contra construcciones inflamables, como las casas de madera o las naves abarloadas las unas de las otras, no contra palacios imperiales edificadas a base de buen mármol macedonio y sólido granito de Tracia. No quise añadir que si tenía ganas de chillar que se buscara otro más sumiso, aunque a punto estuve, y si no lo hice fue porque, como Muntaner había comentado alguna vez, Rocafort solía respetar a los que defendían sus posiciones con firmeza y con valor, el de hacer frente a un energúmeno que más de una vez había decapitado por su propia mano a un adalid por haber pensado por su cuenta, cuando sólo tenía que obedecer órdenes.

—¿Tan seguro estás de lo que dices?

Asentí, con un tono y un empaque muy bien simulado, pues las rodillas me temblaban. Un poquito.

—Muy bien. Elige tú los objetivos y pon donde tú quieras la puta mierda esa, pero mañana quiero ver ardiendo Constantinopla.

No añadió los planes que tenía para mi cabeza si tal cosa no sucedía, pero sus ojillos, reducidos a dos líneas, lo explicaban del modo más expresivo. Preocupado,

busqué mi caballo, convoqué a los ingenieros y a los carpinteros, y les expliqué la razón del cambio de coordenadas, de modo que mientras yo buscaba la nueva plataforma de lanzamiento ellos se pusieran a trabajar. El resto de la tarde y la noche al completo fue de actividad tirando a frenética, si no un punto desesperada, pero el hecho fue que a la salida del sol la batería de catapultas, al completo, estaba lista para tirar. Hicimos lo mismo que la mañana precedente, lanzar andanadas y andanadas de pedruscos hasta fijar los blancos de un modo más ajustado que la otra vez. Ayudaba en eso una iglesuca cercana, desde cuyo campanario se divisaban bastante bien las calles y las plazas donde se suponía caerían nuestros artefactos incendiarios —así los llamaba Muntaner, de siempre un tanto pomposo— y donde invité a subir a Rocafort, para que presenciara el espectáculo en localidad preferente, lo que aceptó encantado. Aquello, lo admitía, ofrecía un aspecto muy prometedor.

El inolvidable *führer* nos había dicho alguna vez que cuando las catapultas de los teutónicos quedaban centradas, calzadas y listas para disparar, el jefe de los artilleros prorrumpía en un grito muy espectacular, uno que sonaba tal que así:

—*Klar zum feuer eröffnen!!!*

Lo que yo no recordaba en ese momento era qué *carall* contestaba el que mandaba, lo que tampoco me importaba mucho, pues el ingeniero responsable de iniciar el concierto de catapulta se había limitado a preguntar, en muy buen tono: «¿Empezamos ya de una puta vez, tú?», lo que demostraba que la solemnidad operativa no era el peor de los vicios de la Gran Companyia Catalana.

Una hora después, y tras haber consumido el segundo tercio de munición, a Rocafort se le veía tan encantado que, de haber sido por él, habríamos arrojado también el último tercio. El barrio entero al que habíamos dirigido el fuego se mostraba enloquecido, con incendios incontrolables por doquier, la gente —vecinos y soldados, hombres y mujeres, viejos y niños— huyendo en todas direcciones, aunque sin saber adonde ir, moviéndose como las hormigas cuando arrojas brasas sobre los hormigueros y sin que dejaran de caer sobre sus cabezas, con monótona regularidad, bolas y bolas a las que arrimábamos candela medio minuto antes de hacerlas volar. El espectáculo era no sólo fascinante, sino hipnótico. Rocafort, al menos, se maravillaba, no había mejor palabra, de lo que representaría para nosotros ese prodigioso, divino poder de proyectar la muerte a distancia, en el caso de que fuéramos capaces de aligerar las catapultas a un punto tal que llevarlas de un lado para otro no fuera tan gravoso, de que la munición pudiéramos prepararla en el terreno y, sobre todo, de que pasáramos de contar con seis unidades a no menos de cien, o de doscientas.

—¿Imaginas lo que podríamos hacer con docenas de baterías que disparasen a la vez contra esta mierda de ciudad? Haríamos los muertos por docenas de miles sin necesidad de arriesgar una sola vida de las nuestras. Las ciudades se nos rendirían nada más vernos y sin atreverse a luchar, en cuanto se corrieran las voces de lo que somos capaces de hacer. Un mundo nuevo de conquista, Guillem. Un mundo,

enterito, para nosotros.

No le quise decir que, de tirar por ahí, los otros, más ricos y mejor organizados que nosotros, donde pudiéramos alinear cien catapultas no tardarían en oponer mil, sin que pudiéramos ni siquiera soñar en igualarles. Mejor sería, me dije con fatalismo un punto sombrío, que aquella definición que se le acababa de ocurrir, la del *bombardeo estratégico*, se le olvidase por sí misma. Era, por lo general, lo que sucedía cuando se dejaba caer en su piltra con dos grandes frascas de vino estibadas a su estilo, con muy poquitos aunque muy largos tragos. El estilo, en cierto modo, de la Companyia Catalana. No era el mío, por cierto. Tampoco el de Muntaner.

* * *

Habíamos reservado el último tercio para el ángulo suroeste de la muralla, y ahí conseguimos los mismos resultados que alcanzamos en el segundo. Era para estar satisfechos, aunque hubo algo en lo que fracasamos: pese a los incendios pavorosos en ningún momento los sitiados quisieron salir. Sabían desde dónde disparábamos, y cualquier guerrero valeroso habría determinado que bastaría con matar al perro para que cesara la rabia, pero la experiencia demostraba que la valentía y la temeridad no eran los peores defectos de los generales bizantinos, y si ellos no los padecían no podía esperarse que los sufrieran sus desgraciados soldaditos, que a fin de cuentas eran eso nada más, unos pobres diablos miserables cuyas vidas no valían para sus jefes ni los céntimos que costaban sus ataúdes, las pocas veces que se molestaban en darles tierra.

Cuando al día siguiente comprobamos que pese a nuestros ímprobos esfuerzos la vida seguía en Constantinopla, di la orden, previamente autorizada por Rocafort, de desmontar las catapultas, subirlas a los carros y alejarlos un cuarto de legua en dirección oeste, con una cierta escolta; ya los recogeríamos cuando regresáramos de Pera. El objetivo final de aquella expedición que ya íbamos viendo sería de puro y simple castigo, ya que saquear, lo que se dice saquear, habíamos saqueado bien poquito, lo cual me preocupaba, porque no veía muy alegres a nuestros más recientes camaradas, unos turcos que con los ojos parecerían decirnos «mucho incendio y mucho fuego, sí, pero ¿dónde *carall* está el oro?».

Pera, según calculábamos, había sido evacuada, igual que los cientos de naves que usualmente fondeaban en el Cuerno de Oro. Cuando llegamos a su vista, medio día después, ni se veía un bajel en el estuario ni un alma por las desiertas calles de una colonia genovesa que, de hecho, era en superficie y en población un quinto de Constantinopla. Comenzamos a investigar, con gran cautela por el evidente riesgo de que los griegos y los genoveses nos hubieran preparado una emboscada, pero a las pocas horas vimos que no, que a eso tampoco se atrevieron. Se habían limitado a dejar sus casas y sus comercios, llevándose lo que más fácilmente se podía transportar, empezando por el dinero y las joyas, siguiendo por la ropa y acabando en

los animales mejores, aunque no debieron de tener tiempo para más, o no contaban con un lugar dentro de Constantinopla donde lo pudieran depositar sin riesgo de ser también allí saqueados, o si lo habían embarcado se habrían dado con los inevitables límites de las embarcaciones. El caso era que, aun habiendo desaparecido lo más goloso y apetitoso, teníamos por delante un excelente botín en forma de mobiliario, enseres, alfombras —eran, éstas, lo que más despertaba la codicia de los turcos—, vajillas, cortinas y herramientas, a lo que pronto se sumó la evidencia de que no pocas casas contaban con escondrijos secretos, muy bien camuflados aunque no tanto como para que nuestros sagaces almogávares no los descubrieran en pocos minutos, donde habían dejado escondidas cantidad de piezas valiosas, pero de un tamaño tal que no se las pudieron llevar con ellos.

Saquear a conciencia la fantasmal Pera nos supuso un par de días de trabajo ímprobo. Sólo entonces, cuando ya estuvimos seguros de haber hecho aflorar un botín razonablemente satisfactorio, sobre todo para nuestros de momento poco exigentes aliados, Rocafort dio la orden de pegar fuego a todo. Se trataba de que no quedara piedra sobre piedra, de que los genoveses, cuando regresaran, se preguntasen si no sería más práctico empezar de nuevo en otro sitio, por ser imposible recuperar otra cosa que los cimientos. A mi entender no fue una buena medida empezar por los templos, que no eran pocos. Dado que los genoveses mantenían su adscripción a la Iglesia de Roma, el emperador, con buen criterio, les permitía no depender de su excomulgado patriarca y conservar, dentro de los límites de Pera, los ritos, las liturgias y las costumbres que se habían traído de la lejana Génova. Quemando Pera les causábamos un enorme daño, si bien previamente habíamos desnudado los templos de todo lo que pudiera tener algún valor. En realidad, lo único que ardería sería el mobiliario, los artesonados, los púlpitos y las puertas, así como la estructura de los techos. Esto era lo que más nos gustaba, ver cómo se hundían al cabo de no muchos minutos de llamaradas altísimas, lo que alguna vez, incluso, daba lugar a que se derrumbara el propio templo, lo que solíamos saludar con vítores y aplausos. No pensábamos que con aquellas muestras de alegría ofendíamos a Cristo, a la Virgen o a los Santos; sólo pensábamos en los genoveses, como era natural.

A mí me preocupaba lo mismo que a Muntaner, que aquello era especialmente bueno para incrementar el odio que los papas y la Curia sentían por la Companyia Catalana, un odio que se remontaba tan lejos como a los tiempos en que privamos a Charles d'Anjou de sus esperanzas de recuperar Trinacria, lo que a su vez nos costó la segunda o la tercera de nuestras excomuniones. Rocafort había perdido la cuenta de las que llevábamos, de modo que una más o una menos en nada empeoraría nuestras perspectivas de una vida eterna debidamente caldeada, comentaba con sorna de fallero cada vez que alguien dejaba caer que incendiando Pera nos granjeábamos unos odios innecesarios, o que, al menos, de nada práctico nos valdrían. Para Rocafort sólo había una cuestión: dejar tan patente como fuera posible que con los catalanes no se jugaba, y que si la República de Génova y el Imperio bizantino

querían prosperar juntos y en paz, antes que nada, que ninguna otra cosa, deberían entenderse con nosotros, para lo cual no sólo ya podían empezar a preparar todo el oro que tuvieran, sino disponer un territorio donde pudiéramos fundar nuestra idílica República Catalana. Si bien Rocafort no tenía una idea definida de cómo debería ser nuestro estado, ése que nos prometió Roger de Flor y que algún día fundaríamos en a saber qué Tierra Prometida, sí que tenía clara una cosa: de testas coronadas impuestas por la gracia divina, ni una; de sometimiento, incluso lejano, a una tercera corona, y por muy catalana que pudiera ser, lo mismo. Para Rocafort, la independencia total y absoluta de la República Catalana, cuando naciera, era una cuestión que ni se discutía ni se discutiría. Tardaríamos más o tardaríamos menos, pero cuando alcanzáramos la soñada independencia sería total y absoluta. Faltaría más.

Yo le oía sin mover un músculo cuando le daba por lanzar esas soflamas, lo que solía ser tras haber cenado muy bien y haber bebido aún mejor, y sin duda muy animado por las expresiones babeantes de sus jesuseros más adictos, pero no dejaba de preguntarme cuántos deberíamos ser los catalanes para que tal República fuera viable. Descontando turcos y turcopóls no llegábamos a cinco mil, siete mil y pico si considerábamos a las catalanas —o asimiladas—, y con eso, mucho me lo temía, sólo habría para poblar una isla del Egeo, y no de las más grandes. Me preocupaba lo que aquello tenía de sueño megalómano e irreal, aunque también era verdad que aquello no cristalizaría el día siguiente, ni el mes siguiente, ni el año siguiente ni el lustro siguiente. Tiempo habría, pues, para poderlo reconducir. Con o sin Rocafort.

* * *

Volvimos a Gallípoli a primeros de noviembre de aquel fructífero 1306, siguiendo una ruta varias leguas más septentrional que a la ida, y no porque nos preocupara un ataque genovés llegado del mar, sino porque no tendría sentido saquear lo que habíamos ya saqueado un par de meses antes. El hecho de que regresáramos satisfechos, con los carros rebosantes, no significaba que renunciáramos de antemano a cualquier botín de interés que pudiéramos rapiñar por el camino, sobre todo si tenía forma de ganado y en especial ovino, pues a nuestros turcos las vacas no les gustaban mucho y los cerdos aún menos, pero les encantaban los corderos, y si tenerlos contentos costaba ese mínimo rodeo, pues no pasaba nada por complacerles. Cualquier cosa era buena si con ella nos asegurábamos su bienestar, y con eso su fidelidad.

Sabíamos que d’Arenós había regresado a mediados de octubre, sin bajas y con un gran botín —era frecuente que Muntaner y yo nos cruzáramos mensajeros, para mantenernos al corriente—, aunque no que allí, en Gallípoli, nos aguardaba una sorpresa, ya que se produjo apenas tres días antes y Muntaner pensó que no merecía la pena reflejarla en un papel para enviárnoslo estando ya tan cerca como estábamos. La sorpresa era el regreso de Berenguer d’Entença, con cuatro galeras un tanto

descangalladas —compradas en el Grao de Valencia, de tercera o cuarta mano— y quinientos almogávares, en dos tercios aragoneses —de Teruel, casi todos— y en el otro valencianos —de Utiel y de Requena, en su mayoría—, más cincuenta caballeros navarros y aragoneses, todos ellos sin montura pero con arreos y armadura. Catalanes, ni uno, lo que confirmaba mis sospechas: ya no había disponibles.

El ambiente con que nos dimos al llegar era de fiesta y alegría general. Se juntaba nuestro regreso bien cargados de riquezas con la vuelta de d'Entença, con la que d'Arenós parecía encantado, y era que al ser los dos de muy noble condición estaban muy felices el uno con el otro. Muntaner, por su parte, se mostraba bien con todos, explotando ese raro don que poseía de hacer pensar a todo el mundo que no podía estar más contento de verle. Yo sabía que no, que calibraba con agudísima percepción lo que podían dar de sí todos los que le rodeaban, una de cuyas primeras consecuencias era que no se fiaba de ninguno. De mí pudiera ser que sí, pero era más por llevar once años entre sus sayas y verme como a un hijo que por ninguna otra razón.

El refuerzo que traía d'Entença nos venía bien, pues pasar con holgura de diez mil hombres era bueno en sí mismo, si bien aún era mejor que los almogávares subieran a seis y medio de cada diez hombres de a pie, ya que no hacía falta ser un mago de las cuentas para comprender que si algún día esa proporción descendía de cinco sería inevitable que se fuese todo al diablo, por la imposibilidad de mantener una fuerza homogénea y cohesionada, para lo cual era necesario, ante todo, que fuera esencialmente catalana. Lo que no se veía con nitidez era qué clase de organización nos íbamos a dar a partir de aquel momento. Si algo se nos había hecho patente, incluso a d'Entença pese a no poder juzgar por sí mismo, era que no quedaba en Tracia gran cosa que se pudiera saquear. Muntaner había pensado en dos posibles objetivos para la primavera y el verano del año siguiente, 1307, razonablemente alejados el uno del otro, pero eso sería todo lo que podríamos obtener de un país, Tracia, que, nos gustase o no, habíamos devuelto a los tiempos del diluvio. Esos objetivos eran Nova, una ciudad amurallada un tanto lejana —veinte leguas desde Gallípoli—, y Megareix, una fortaleza situada en la orilla norte del golfo de Saros, a la mitad del camino de Nova. La idea de Muntaner, y que una vez discutida con d'Entença, d'Arenós y Rocafort a nadie disgustó, era que desde allí se podrían lanzar operaciones hacia el norte, invadiendo Macedonia y pudiendo llegar incluso a Tesalia, pero siempre conservando como cuarteles invernales y bases de operaciones Nova —Rocafort—. Megareix —d'Entea—. Màdytos —d'Arenós— y Gallípoli —Muntaner—, o al menos mientras no diéramos con una tierra lo bastante amplia donde cupiéramos todos en paz y armonía, y nos pudiéramos establecer de un modo definitivo.

Muntaner también nos explicó que con sus livianas fuerzas se las había compuesto para tomar una ciudad en la costa oeste de Anatolia, Phokaia —los catalanes la llamábamos Focea—, en realidad una fortaleza bien amurallada que unos

años antes el emperador Andrónic había cedido en calidad de feudo autónomo al que por entonces era su amigo y embajador de Génova en Constantinopla, un tipo llamado Ticinio Zaccaria que Muntaner recordaba de pasadas charlas con Roger de Flor, ya que había mantenido con él, en tiempos pretéritos, una buena relación. El tal Zaccaria tenía un lógico interés en recuperar Phokaia de los indeseables bizantinos anatolios que se habían quedado con ella, pero no podía recurrir en demanda de socorro a los genoveses de Pera, pues éstos sospechaban que la supuesta indisciplina de quienes le habían desplazado estaba en realidad amparada por Andrónic, cuya mejor especialidad era decir a cada uno la verdad que prefería escuchar y con el que de ningún modo deseaban incomodarse, y eso dejando aparte los tragos tan amargos que los malditos catalanes llevaban un tiempo haciéndoles tragar, gracias a lo cual andaban fatal de recursos humanos. A eso se debió que Zaccaria, que sabía de Muntaner y de su fama de hombre con el que resultaba imposible no entenderse, atracara frente al Hexamilia poco después de que las hordas de d'Arenós y Rocafort arrumbaran al este, para iniciar su saqueo de verano. Muntaner, tras oír al genovés, resolvió que aquello quedaba dentro de sus posibilidades, tanto porque no harían falta más de cincuenta infantes almogávares —tenía unos cuantos más—, de media docena de bajeles —mucho más económicos de tripular que las galeras— y, tirando por alto, de diez días de operaciones, incluyendo una travesía de ida y vuelta donde sólo haría falta pasar dos noches en el mar. Convino también con el nada virginal Zaccaria —no esperaba que Muntaner le hiciera un regalo— el botín con que sus hombres podrían quedarse, así como a quiénes deberían confiar la ciudadela una vez se marcharan, y tras eso apenas necesitó una mañana para organizar la fuerza naval, la tropa de asalto y poner al mando a su primo Joan, que ya tenía una buena experiencia en asaltar, degollar y saquear. La misión salió de maravilla, pues Joan y sus hombres escalaron las murallas desde los acantilados, el lugar menos vigilado, y además lo hicieron nada más clarear, la hora en que llegan casi todos los disgustos. Tomaron la ciudad a un coste nulo —unos pocos arañazos— y la entregaron a sus legítimos propietarios tras asegurarles que quienes se la sustrajeron no lo volverían a intentar —a los que no habían matado al asaltarla los degollaron en su espantada presencia—, para después tomar posesión de los bienes comprometidos por Zaccaria —traían un inventario firmado y sellado—, así como una propina para Muntaner que a éste le maravilló cuando la tuvo entre sus manos: un trozo de la Vera Cruz, a mayor precisión el que Cristo había elegido para reclinar su cabeza mientras expiraba. Era, por lo visto, la reliquia favorita de san Juan Evangelista, el cual jamás se la sacaba del pescuezo, donde la llevaba colgada de una cadena de oro macizo, el mismo material en que la tal reliquia, ejemplo de modestia, estaba engarzada en compañía de una buena colección de rubíes, zafiros, esmeraldas y algún diamante que otro. A mi señor don Ramón, en realidad, la reliquia en sí misma le daba igual —se había vuelto tan pagano como yo, me parecía—, pero bien sabía él que alcanzaría un inconmensurable valor en el mercado castellano de reliquias milagrosas; el catalán estaba poco

desarrollado, quizá porque la gente de Barcelona era menos pía. Se quedó tan encantado con el presente que ni siquiera pestañeó al saber que su primo estuvo cerca de arrojar por el acantilado al cura insensato que tan vehemente se obstinaba en no entregársela, pese a lo bien claro que lo había especificado Zaccaria en su inventario. Un cura tan ingenuo que todavía no sabía que ante la espada desenvainada no hay Cristo que valga ni pecado mortal que cuente.

A la semana y poco de llegar nosotros se celebró una discreta reunión de capitanes: Muntaner, Rocafort, d'Arenós y d'Entença, ellos solos y sin testigos. Sé de ella lo que Muntaner me contaría días después, sin darme detalles e intuyo que guardándose varias cosas, aunque no creo que por discreción o temor de que lo tratado llegase a ser público —se habían juramentado en que así no fuera—, sino porque andaba por demás atosigado de trabajo, quejas, complicaciones, disputas y puñeterías diversas. Todo el mundo, si no era capaz de alcanzar un acuerdo con quien fuera y se tratara de lo que se tratase, inexorablemente acababa recurriendo a él, de modo que además de ser el intendente general no le quedaba otra que ser, también, el justicia de la Companyia Catalana d'Orient. Según me contó, primero escucharon a d'Entença. El relato de sus desdichas daba para un cantar de gesta, si bien de los aburridos. Muy simplificado, los genoveses rehusaron entregarle a los bizantinos para no buscarse problemas en el otro lado del Mediterráneo, le trataron bien tanto en sus galeras como una vez en Génova, informaron de que le tenían tanto a Frederic de Trinacria como a Jaume de Aragón, según creía él no tanto por esperar un rescate como por verificar que su suerte a los dos les traía sin cuidado, y en ese caso él sería el primero en no dar un maravedí por su vida. Don Jaume se arrancó —él lo verificó después— con una protesta muy encendida, reclamando su inmediata liberación y haciendo saber que, si en el plazo de treinta días d'Enteriza no estaba en Barcelona, cerraría sus puertos a las naves genovesas, cosa ésta la peor con que se puede amenazar a un *dux* genovés, pues sabido es que sólo viven del comercio y para comerciar. A eso se debió que dos semanas después se viera en los pantalanos de Barcelona con algo más que lo puesto, pues el *dux* ordenó se le devolviese una parte de lo que le habían confiscado, más que nada para que no tuviera que ponerse a mendigar según desembarcaba. Tras eso marchó a Zaragoza, para dar las gracias a don Jaume II e invitarle, de paso, a tomar bajo su protección a la Companyia Catalana, ya que con su solo nombre bastaría para que tanto genoveses como venecianos se apartaran de su camino. Tras eso, a él le constaba, sería cuestión de poco tiempo que la Companyia, bajo su mando y en nombre de la corona de Aragón, se apoderara del Imperio bizantino, si no al completo sí de Tracia y Macedonia, lo que significaba un tercio de las costas del Egeo, las que limitaban, al oeste, con Tesalia, el Ducado de Atenas y la colonia veneciana de la isla de Negroponte, al sur con el Imperio turco, que si no de derecho ya era de hecho el dueño de Anatolia, y al norte con una sucesión de territorios tan inexplorados como salvajes, en los cuales hasta podría pensarse si en un futuro a don Jaume, o a los herederos de don Jaume,

les diera por expandir el Imperio aragonés del Mediterráneo. A don Jaume todo aquello le sonó muy bien, afirmaba d'Entença, pero ya tenía suficientes problemas con Castilla por el oeste y con Francia por el norte para buscarse otro más, así que declinó la invitación muy amablemente y le sugirió que la trasladase a su hermano Frederic II de Trinacria, por si le pudiera interesar. Por lo demás, no le ponía pegas en su propósito de armar una nueva flota y reclutar un millar de hombres, los mismos que los genoveses le habían arrebatado, siempre y cuando los buscara en Valencia, pues en sus fronteras con Castilla no podía prescindir de uno solo de los pocos que le quedaban. Tampoco logró sacarle una miserable onza de oro; simpatía por su causa, toda, pero dinero en metálico, ni un ochavo, lo que por otra parte comprendía, pues el buen don Jaume, al que algunos de sus jesuseros apodaban El Justo, estaba casi tan en la ruina como él. No le quedó más remedio que vender algunas propiedades e hipotecar las restantes, además de recurrir a los peligrosos banqueros de Barcelona. Con lo que sacó pudo adquirir las cochambrosas galeras que le habían traído —era el primero en reconocer que daba grima verlas— y contratar a los hombres que le acompañaban, los cuales, también lo reconocía, pese a llamarse almogávares no daban la misma talla de los ciertamente magníficos que lo mataron entre genoveses y bizantinos. Aunque con las ayudas de Dios y de sant Jordi —seguía siendo un chupacirios de primera categoría, mascullaba Muntaner según me lo explicaba—, no dudaba que al cabo de unos meses podrían compararse a los de su buen amigo d'Arenós. De los de Rocafort no dijo nada, pensaba Muntaner que a fin de no dar al otro pretexto alguno para poner en marcha su lengua venenosísima.

En ese momento, y sin dejar a nadie tomar aliento, planteó el asunto de la jefatura. Según él, nunca nos fue mejor que cuando teníamos un jefe único, el llorado Roger de Flor. Cualquiera de los presentes, lo aceptaba, reunía méritos sobrados para ser designado capitán de la Companyia en su globalidad, si bien él entendía que no sólo De Flor le había designado sucesor al hacer que Andrónic le nombrara Megaduque cuando él ascendió a César, sino que la nobleza de su cuna y los contactos de su casa serían un intangible de gran utilidad para la Companyia, pues él se trataba de tú a tú, lo cual acababa de demostrar, lo mismo con un rey de Aragón que con otro de Trinacria, y con un *dux* de Génova que con otro de Venecia —también le conocía, explicaba—, y hasta con el Papa —le bastarían minutos, aseguraba, para que les levantara la excomuniación—, o con el rey Philippe IV de Francia, y por si algún día se vieran en situación de hablarse otra vez con Andrónic él aún seguía siendo su megaduque y, por tanto, uno de los doce hombres del Imperio que no estaban obligados a clavar su rodilla en tierra si se veían frente a él. Todo eso lo despeñó en buen tono y muy seguro de contar con el respaldo de Eiximenis d'Arenós, que asentía y asentía, y no sólo por compartir devociones y piedades, sino por la natural hermandad de casta, ya que también venía de una gran familia, de apellidos y títulos tan antiguos como intachables. Teniendo en cuenta la usual neutralidad de Muntaner, no debía contar con que Rocafort se pondría tan borde

como se puso, dejando caer con un nada sutil desprecio que también él era capaz de hablar con todos esos caballeros, sobre todo porque nadie rehúsa conversar con uno que tiene tras él diez mil espadas de primera calidad. Por lo demás, de ningún modo quería entrar en competiciones de «yo soy más noble que tú», ni tampoco de que «mi tatarabuelo destripaba más terrones que los vuestros» —había pasado a disparar contra los dos, d’Arenós y d’Entença; lo que contaba era que los estatutos jamás escritos de los almogávares, que no ya de la Companyia Catalana, decían que cada capitán mandaba su propia horda, que aliarse o no aliarse dependía de la voluntad y de la conveniencia de los que quisieran hacerlo, que no había guerras santas ni preceptos divinos que obligasen a reconocer a un capitán de capitanes que mandara sobre todos los capitanes, y que, para concluir, a él le parecía mejor que se mantuvieran las cosas como estaban, cada una de las hordas operando por su cuenta en territorios asignados, y que si en algún momento determinado, ante una gran amenaza común, les interesase unirse, pues ya se unirían, pero como se había hecho siempre hasta que llegó el prusiano ese que se dejó matar de aquella forma tan estúpida, y con él a mil trescientos de los mejores aragoneses de la Companyia Catalana d’Orient —recalcó lo de *aragoneses*; pretendía sugerir que de haber sido catalanes otro gallo habría cantado—, siendo cada capitán responsable de los suyos y haciendo frente al enemigo de común acuerdo y sin que nadie se arrogase autoridad sobre nadie. Ahora —remataba—, entendía que d’Entença y d’Arenós quisieran darse un sustituto, de modo que si elegían uno para ellos dos, pues enhorabuena y la mejor de las suertes, pero en Gallípoli el que mandaba era él. De ningún modo pensaba consentir que nadie usurpara su posición, así que si algún otro también quería mandar que lo hiciera en Màdytos, o en el coño de su puta madre, que a él le daba igual dónde fuera con tal que no le buscasen problemas tan innecesarios como gratuitos.

Tras eso, como era fácilmente comprensible, no hubo más reunión. D’Arenós explicó que d’Entea le había dicho preferir sus instalaciones de Màdytos para pasar el invierno, y que ahí sería bienvenido, a lo que añadió el otro que su gente abordaría sus cuatro galeras al día siguiente, y que ya se verían, en todo caso, a la vuelta de la Navidad, para determinar los territorios donde a partir de la primavera operarían las dos compañías, la resultante de sumar a la de d’Arenós la suya propia, que *defacto*, aunque no porque así se hubiera diseñado, sería la de los aragoneses, valencianos y navarros, y la de Rocafort, que por la misma regla de tres era la de los catalanes. En cuanto a los turcos y a los turcopóls no hubo nada que discutir, pues la posición de Rocafort, muy seguro de sí mismo, era categórica: «Preguntadles con quién desean estar y a quién quieren seguir; si os dicen que a vosotros, vuestros son». Estaba claro, y de aquello no cabía duda de cuál era la razón, que las perspectivas de saqueo con el despiadado Rocafort eran muy superiores a las que ofrecía el remilgado y muy piadoso d’Arenós, y tanto a turcos como a turcopóls, que sin duda ya se habían intercambiado pareceres, opiniones y experiencias de los dos últimos meses, les parecía obvio que sus oportunidades de hacerse con una gran fortuna pasaban de un

modo irremediable por seguir saqueando bajo la salvaje bandera de Bernat de Rocafort.

* * *

La marcha de las hordas de d'Arenós y d'Entenza tuvo lugar con tiempo suficiente para que sus devotos capitanes pudieran organizar la ortodoxa conmemoración del nacimiento de Nuestro Señor correspondiente al agonizante 1306. En Màdytos, junto al castillo donde residían ambos capitanes más sus hombres de confianza, se levantaba una iglesia llamativamente grande, de modo que los guerreros aragoneses y valencianos pudieron allí emocionarse a placer en compañía de sus familias — quienes padecieran alguna— con las emotivas prédicas de los tres mosenes, los cuales encontraban que aquellas gentes que para nada se servían del idioma catalán eran preferibles a las descreídas, si no descaradamente paganas, que permanecían en Gallípoli, unas en cuyo seno resultaba difícil escuchar una sola palabra en castellano, un dialecto del aragonés —así lo veían ellos— que inexplicablemente preferían para entenderse los últimos llegados de Valencia, unos con otros y todos entre sí. Según comentaba el perplejo d'Entença, la influencia del vecino reino de Castilla, quizá por ser el mejor y mayor mercado de los situados más a mano, llevaba un tiempo contaminando los hablars de la gente, sobre todo la que por razón de su oficio se veía en la necesidad de tratar a menudo con los inflexibles castellanos, incapaces todos ellos de hablar la lengua de sus proveedores.

Si bien a Muntaner y a mí casi no nos apenó la marcha de los colegas aragoneses y valencianos —estaba empezando a levantarse, opinaba mi señor, un muro cultural entre Màdytos y Gallípoli que d'Arenós y d'Entenza no sólo alentaban, sino que lo usaban contra Rocafort de un modo asaz descarado—, por ser evidente que así disminuiría el riesgo de trifulcas, grescas y peleas, las cuales solían concluir con unos cuantos almogávares descalabrados, la simultánea de los cerriles mosenes la celebramos con alegría. Si al llegar a Constantinopla tres años antes ya los encontrábamos irritantes por no decir cargantes, con el tiempo habían desarrollado un fervor de intolerancia clerical que ya resultaba peor que molesto. Les disgustaba, era evidente, nuestro paganismo costumbrista, pues aun estando excomulgados no dejábamos de ser cristianos y por tanto de seguir sujetos a la disciplina de la palabra divina, pero el hecho era que casi todos los que podían comparar encontraban preferibles las relajadas costumbres de los almogávares catalanes a las más ortodoxas de los camaradas aragoneses.

La primera y principal era la naturalidad con que la poligamia —no la llamábamos así, aunque para el caso era lo mismo— se había integrado en nuestra vida cotidiana, tanto que poseer un par de mujeres que se llevaran bien ya no era excepcional o anecdótico, sino una tendencia con vocación mayoritaria, como a su vez lo era que las mismas mujeres, cuando los hombres marchaban meses y meses a

saquear por ahí, organizaran su convivencia y sus tareas de un modo que tenía poco de piadoso. Si además se añadía que *llevarse bien* era un concepto que saltaba con singular facilidad de las rucas, los telares y los manteles a las sábanas, que no se consideraba vergonzoso, criticable o constitutivo de pecado, y que por tanto no hacía necesario confesarse —dejando aparte que la excomuni3n las liberaba de tan molesta obligaci3n, ya de antes quedaban pocas en el seno de la horda catalana que confesaran y comulgaran; siendo como eran mujeres pr3cticas, liberadas y muy dadas a pensar por su cuenta, cada d3a que pasaba encontraban menos sentido, y menos utilidad, a todas esas tonter3as—, era comprensible que los mosenes desertaran de nuestra desprejuiciada Gomorra particular. Una Gomorra donde a la Navidad, aun as3, se la segu3a llamando Navidad, si bien los m3s le3dos, y yo era de los que destacaban en ese menester, aunque s3lo a trav3s de las historias que me contaban Muntañer y Claudera, cada uno por su lado si bien alguna vez al mismo tiempo, hab3amos comenzado a llamar Saturnalia. Mejor dicho, quer3amos devolverle su nombre original, el que hab3a tenido desde la batalla del lago Trasimeno, una que tuvo lugar en a saber cu3l de las guerras p3nicas, 3sas tan aleccionadoras de una Roma posesiva contra una provincia llamada Cartago que pretend3a independizarse primero por las buenas aunque luego por las malas, hasta el aciago d3a en que los obispos del siglo IV decidieron apropi3rsela, para desgracia de la humanidad.

Nuestra Saturnalia-Navidad, la del Hexamilia, no ten3a nada que fuera extraordinario. Nos conmov3a un poquito, eso s3, lo que contaba una Claudera que de nuevo luc3a una estupenda silueta —la consecuencia de amamantar a Stana fue que ya jam3s podr3a pasar por un efebo, lo que yo no lamentaba—, que adem3s de ser en Constantinopla y en el conjunto del Imperio la Navidad ortodoxa era tambi3n la Fiesta de los Esclavos. A los hijos de Cristo, no explicaba ella por qu3, les gustaba mucho tener esclavos, incluso m3s que a los romanos, cosa que ya sab3amos, aunque no que les dieran una fiesta coincidiendo con la Navidad, la cual sol3an emplear en buscarse unas parejas con las cuales endulzar su penosa y lamentable vida, lo que a su vez ocasionaba que a su debido tiempo hubiera m3s esclavos, pero salvo eso que nos dec3a Claudera, nada entre los sentados a la mesa expresaba tristeza, pesadumbre o temor por el futuro. Nuestra fiesta familiar no pod3a ser m3s feliz.

Nos hab3amos reunido en la estancia principal del Hexamilia, calentada y en parte iluminada por el fuego que crepitaba en una enorme chimenea, Claudera con Stana en brazos; Llura —preñada de seis meses y luciendo un aspecto fant3stico; a sus dieciocho años era una mujer completa, s3lida, firme, resuelta, segura de s3 misma, de sus deseos y de sus apetitos, y adem3s dotada de una voluntad tan obstinada como para ser ya capaz de leer y escribir, gracias a una esforzada y muy paciente compañera de tri3ngulo a la que cada d3a estaba m3s unida, lo cual no s3lo no me hac3a sentir celos, sino que me provocaba una ternura tan deliciosa que a la fuerza deb3a de ser pecaminosa— con Eris y Meritxell a su lado; Giovanna con Carlota y sus otros tres hijos; Berenguer de Roudor —ya no le avergonzaba tener un proyecto de

compañera que inevitablemente me hacía evocar la figura de su hermana el día en que coincidimos en la orilla del Beyşehir; a sus ya cumplidos quince pasaría por ser la doncella más hermosa de la hermandad de no ser que de ningún modo era ya doncella—. Muntaner con Calliope; su primo San: con Llum —su esposa legal ya desde antes de reunirse con nosotros en Trinacria; era la única de las mujeres fértiles allí presentes con alguna posibilidad de subir al cielo si en ese instante cayera un rayo en el Hexamilia y nos desintegrarse—; su otro primo Joan; Ramón d’Alquer y dos guapas jovencitas de la edad de Llura —de las que con ella se habían juramentado tener sus hijos y criarlos en modo sindicado, sin necesidad de aguantar a macho cavernario alguno; las dos tuvieron éxito, aunque aquella noche habían colocado las criaturas a sus respectivas abuelas, sospechaba yo que por si sonaba la flauta y los apuestos Ramón d’Alquer y Joan Muntaner pudieran estar interesados en verificar lo agradable de contar con una mujer que les calentara sus gélidas sábanas navideñas—, que se llamaban Alicia y Dolors.

Una buena cena —dos corderos bien asados—, un muy buen vino que Muntaner no decía de dónde lo había sacado, un excelente ambiente de alegría y esperanza, unas conversaciones ni superficiales ni profundas, aunque solían volver, quizá no del todo involuntariamente, al recuerdo de la tierra de donde habíamos salido la mayoría de nosotros —de los hombres; de las mujeres, sólo Llum y Alicia—, seguida de unos postres a la medida de unos seres muy golosos en los que se notaba la exquisita mano de una Llura que también sabía seducir a través del paladar. Tras eso, unas voces de mujer que cantaban muy bien —o el vino así me lo hacía certificar—, aunque al precio de hacer caer un velo de nostalgia, tras el que, por otra parte, nos sentíamos la mar de bien, incluso cuando era Claudera la que desgranaba unas notas melancólicas en una lengua serbia que de ningún modo entendíamos, por mucho que nos emocionara. El conjunto de todo eso, me decía, si no era la felicidad se le parecía mucho. De ahí el violento rechazo que me inspiraba todo aquel que se creyera facultado para decir que vivíamos en pecado y que nos esperaba el fuego eterno por no seguir los mandamientos de Jesucristo Nuestro Señor y de su esposa la Santa Madre Iglesia, cualquiera de las diversas que había; quizá Cristo, a fin de cuentas, también era polígamo. Si hubiera un Dios tan misericordioso como lo definían los mosenes, a la fuerza sería un Dios que sabría valorar la dulzura de corazón y el amor que nos teníamos los unos a los otros. Un Dios al que, si le diera por aparecérsenos ahí en medio, seguro que no vacilaría en sentarse junto a Llura y Claudera, para oírles cantar a dúo una dulcísima canción de cuna catalana y terminar dejando caer una lágrima de felicidad, como las que a duras penas lograba yo disimular. De ningún modo podría ser ese dios vengativo, ruin, antipático y rencoroso del que hablaban los mosenes. Un dios, ése del fuego eterno, que de ningún modo tenía derecho a existir.

Ni nosotros obligación de padecerlo.

* * *

El equinoccio de primavera del no muy promisorio 1307 quedaba justo atrás cuando la horda de Rocafort, turcos y turcopóls incluidos, inició el camino de Nova. Estaba cerca de la desembocadura del Hebrus, junto a una especie de albufera donde anidaban infinidad de aves en sus rutas hacia el sur y hacia el norte. Una misión de reconocimiento enviada semanas atrás explicó que poseía unas fuertes murallas, no recientes, y que tenía pinta de ser una plaza disputada, si bien sólo era posible llegarse a ella por el este y por el sur, pues el norte lo cerraba el Hebrus, que allí, tan cerca de la desembocadura, era invadeable, y por el oeste un desembarco sería inviable, pues para salvar la laguna sería preciso dar un amplio rodeo por el sur. A eso se debía, concluían los exploradores, que tomarla sería bastante complicado. Para Rocafort, sin embargo, ésas no eran malas noticias. Con su horda completa sumaba más de ocho mil hombres, y por largo que acabara siendo el asedio esperaba que para los calores del verano habría concluido. A Nova no se la podría rendir por sed, eso estaba claro, aunque sí por hambre, y por si eso no bastaba pensaba llevarse las catapultas. No tendría inconveniente alguno en arrasarse la ciudad si con eso consiguiese hacerla suya, pues tenía ya decidido establecer ahí su base de operaciones para la campaña de saqueo veraniego, y si fuera el caso hasta invernar allí, ya que desde Nova sería más sencillo invadir Macedonia, por mucho que debiera dar un largo rodeo hacia el norte hasta dar con algún puente que cruzara el Hebrus.

Que al año siguiente sería preciso buscar nuevos caladeros de saqueo era de las pocas cosas en que los cuatro capitanes coincidían. Tracia estaba tan esquilada que ni dejándola recuperarse un par de años bastaría para colmar las necesidades de la Companyia Catalana y de la Compañía Aragonesa; iba siendo inevitable que las llamáramos así, cosa muy de lamentar, pero que no parecía tener solución. Era una verdad tan evidente para d'Entença y d'Arenos que una semana después dejaron Màdytos para seguir las huellas de Rocafort, aunque sólo en veinte de las treinta leguas que debía éste caminar —aunque seguíamos teniendo muchos caballos, a tantos como nueve mil no se llegaba; eran los que harían falta para trasladar a los ocho mil hombres más las cerca de dos mil turcas, y era que sus dueños de ningún modo querían dejarlas en Gallípoli—, pues a esa distancia se alzaba la fortaleza de Megareix, a la cual rodeaba un poblado lo bastante amplio para servir a la Compañía Aragonesa tan bien o mejor que Nova lo haría con la Catalana.

Rocafort me había ofrecido ser su intendente tras constatar que Muntaner prefería seguir en el Hexamilia, entenderse allí con los informadores, atender a los embajadores —de vez en cuando nos llegaba uno— y cuidar de nuestros bienes y nuestras familias, y eso sin entrar a considerar que de ningún modo quería verse a las órdenes de Rocafort —no se lo había dicho a la cara, ni hacía falta, pues el otro sería lo que fuese, pero imbécil de ninguna de las maneras—, aunque dos días antes del

equinoccio me asaltó un fuerte mal de la garganta y de los pulmones, acompañado de una fiebre que me tuvo tres o cuatro días delirando. Cuando al fin me recuperé fue para saber que mis mujeres habían temido por mi vida —lo único que les alegró fue comprobar que, delirando al punto de hacer pensar que de aquélla no salía, seguía nombrándolas a las dos—, y también Muntaner, y hasta el mismísimo Rocafort, que vino a verme decía que preocupado por mi salud, aunque Claudera sospechaba que sólo quería verificar de propia vista y mejor mano que aquello no era un cuento para evitar ponerme a sus órdenes. Quedó contento, pues desde luego que yo ardía, de modo que se resignó a pedir a Ramón d'Alquer se hiciera cargo de mis funciones, catapultas incluidas, ya pedir a Muntaner que me despachase a su lado una vez volviese a ser capaz de subirme a un caballo. A eso se debió, y pienso que a fin de cuentas fue toda una suerte, que me hallara junto a Muntaner, aún muy débil pero ya sin fiebre, cuando vimos llegar cuatro galeras procedentes del Egeo, enarbolando todas ellas el inconfundible pabellón de la casa de Aragón.

Ya en el pantalán, y a respetuosa distancia de mi señor don Ramón, vi que aquella flota la mandaba el infante Ferran, tercer hijo de Jaume II de Mallorca y sobrino del también rey Frederic II de Trinacria. Yo sabía de aquel infante, sólo dos años mayor que yo, gracias a los cotilleos dinásticos que de vez en cuando me contaba Muntaner. Lo que recordaba del tal era que padecía una vocación por demás aventurera, que no tenía nada de cobarde, que las mujeres le gustaban mucho y que a su vez gustaba mucho a las mujeres. A su aún juvenil edad le había dado tiempo a tener media docena de bastardos, cada uno engendrado con una dama diferente. La lista sería considerablemente mayor, afirmaba mi admirado señor, si se incluyeran los que no llevaban su apellido, por ser fruto de aventuras de una noche con a saber qué maritornes, posaderas o simples fregonas, y era que a don Ferran, cuando se le alegraban las pajarillas, no padecía de manías con la prosapia de las que se fornicaba, o se lo fornicaban. Su audacia superaba en mucho a su prudencia y, a juicio de Muntaner, de talento y buen sentido no iba tan bien servido como su padre y su tío. Era un tipo muy guapo, no había duda en eso, me decía viéndole descender de su galera, y de porte asaz mayestático. Alto —bastante más que su tío—, elegante y de aire distinguido, no parecía un hijo y sobrino de rey particularmente adusto, como suele suceder a los que sufren demasiadas coronas en sus árboles familiares. Cuando menos, sonreía con naturalidad instantes antes de abrazarse con mi señor don Ramón, el cual, a su vez, hacía lo propio.

El infante don Ferran, cuya llegada no era una total sorpresa para Muntaner —algún avance le había llegado a través de sus habituales informadores venecianos; el último de los mismos, lo recordaba yo entonces, no hacía ni un mes que se había detenido frente al Hexamilia en su camino a Constantinopla—, traía una carta del rey Frederic en la que nos hacía saber que, atendiendo a las peticiones que llevábamos tiempo formulando —supuse que hablaba de d'Entença y de d'Arenós, pues Muntaner jamás habría osado formular nada sin un refrendo previo y Rocafort no

estaba interesado en sostener excesivos tratos con la casa de Aragón, quizá por soñar desde hacía también un tiempo con la casa de Rocafort—, ponía bajo su protección a la Companyia Catalana d’Orient, tomando como súbditos a sus integrantes —no decía nada de las *integrantas*, lo cual me inquietaba—, y que nos enviaba como vicario y representante suyo a su muy querido sobrino don Ferran, infante de Aragón, al cual deberíamos prestar la debida obediencia. Por lo demás, lo firmaba, lo fechaba y lo sellaba del modo más formal imaginable, así que aquello ya estaba claro: en lo sucesivo seríamos trinacrienses, y nuestros objetivos y políticas socioguerreras pasarían a ser las que Frederic nos despeñase desde Palermo a través de don Ferran.

La tal carta llegué a sabérmela de memoria, pues mi señor me ordenó escribir tres copias, una para cada capitán. Una vez don Ferran las compulsó —así fue como empecé a tener un cierto trato con él, y bastante bienaventurado, ya que nos caímos muy bien; sería consecuencia, supongo, de tener yo una caligrafía estupenda, la de mi madre doña Meritxell—, y a sugerencia de Muntaner, me cayó el encargo de llevar cada ejemplar a sus destinatarios. De acuerdo con ellos dos lo haría por bajel, para tardar menos, ya que sólo había un día de navegación al Megareix, y desde allí apenas unas horas a Nova. Debería darles a leer la carta, si bien sospechaba que a d’Entença se la tendría que leer yo, y no porque no supiese hacerlo, sino porque la vista, por culpa de su cautiverio genovés, se le había cansado tanto que ya ni estirando su brazo al límite conseguía entender nada. No era el único que sufría tal desgracia, pues a Muntaner le ocurría lo mismo, y quizá por eso estaba tan contento desde la última visita veneciana, ya que además de cotilleos y murmuraciones el capitán de la galera le trajo un instrumento milagroso, el último fruto del insuperable ingenio veneciano, uno que se llamaba *ulleres* —los venecianos decían *occhiali*; los aragoneses, o eso creo, lo llaman *gafas*—, y con el que de nuevo disfrutaba el más exquisito de los goces —o de los pecados— que los dioses conceden a los hombres cultivados: el de leer. En cualquier caso y la leyeran como la leyeran, debería transmitirles la invitación de don Ferran a reunirse con él en el Hexamilia, sin que por ello abandonasen las empresas en que anduvieran atareados. Les bastaría con subirse a sus galeras, que a buen seguro alguna se habrían llevado, y tras una placentera jornada marinera se verían las caras todos juntos en Gallípoli: don Ferran, Muntaner, d’Entença, d’Arenós y Rocafort, para tras eso, era de suponer, izar nuestro nuevo pabellón, el de don Frederic II d’Aragó, rey de Trinacria.

Cuatro días después entregaba sus cartas a d’Entença y d’Arenós, los cuales no podían mostrarse más satisfechos. No hacía falta que me dijeran que volver a tener un jefe único que además actuaría en nombre de su tío el rey, y siendo ambos de muy noble cuna y bien conocidos en las cortes de Aragón —las tres— y de Castilla, y d’Entença incluso del Papa, les haría ocupar una posición de influencia decisiva que de la mejor buena fe sostenían que les correspondía; por eliminación, y sin decirlo así, era claro que consideraban a Rocafort un vulgar patán, ineducado y patibulario. No dudaron en aceptar la invitación, y dado que yo aún debía seguir viaje a Nova nos

despedimos en la convicción de que cuando nos volviésemos a ver ya sería en el Hexamilia.

Rocafort, un día después, se tomó la invitación del modo más inexpresivo. Como solía suceder con él, no era que aquello le disgustara; simplemente, tenía que pensarlo. A la mañana siguiente me buscó para desayunar, y según lo hacíamos me hizo saber lo que debería transmitir en su nombre a don Ferran: que andaba casi a punto de liquidar la resistencia de Nova, que de ningún modo podía irse de allí en el momento en que su presencia era más necesaria, sobre todo por ser muy claro que tanto los turcos como los turcopóls sólo echaban el resto cuando le tenían a la vista, pero que su campamento reunía todas las comodidades imaginables —era verdad; las tiendas capturadas en Kibistra seguían sirviéndole a las mil maravillas—, de modo que la reunión de los tres capitanes, el intendente y don Ferran bien podría celebrarse ahí, con lo cual y de haber suerte hasta podrían rejocigarse con él por la captura de Nova. No hice ningún comentario, como era natural, aunque me dije para mí que no veía yo muy claro que d’Entença y d’Arenós aceptaran. El clima de mutua desconfianza entre Rocafort y aquellos dos no sólo era todavía más grave que al poco de llegar d’Entença, sino que había trascendido a los adalides, de ahí a los almugadenes y tras eso a los almogávares, con el efecto que quizá esperase Rocafort —no me consta; lo sospecho, nada más—, que la desconfianza de los educados capitanes se había convertido en una indisimulable hostilidad entre los almogávares aragoneses y valencianos, de una parte, y los catalanes de la otra. Tendría que ocurrir algún milagro para que volviesen todos ellos a ser hermanos de sangre, de los que confían a ciegas los unos en los otros, y con lo excomulgados que seguíamos no era probable que sufriéramos ninguno. Los milagros son para los creyentes devotísimos, y los almogávares catalanes, cuando menos, ya sólo creíamos en nuestros chuzos, nuestras azconas y nuestros *cortells*. A sant Jordi, a la Mare de Deu y al resto del santoral, los habíamos desinstalado, tanto de nuestras mentes como, lo peor de todo, de nuestros corazones.

* * *

Diez días después comprobaba con sorpresa lo lejos que aún andaba yo de predecir el futuro con la debida precisión. Era porque de la galera capitana de don Ferran descendían, en un improvisado pantalán tendido en la estrecha playa que cerraba la laguna por el oeste, su propietario, d’Arenós y d’Entença. Yo les aguardaba, tras Rocafort. Había llegado allí tres días antes, para informar de la inminente llegada de los otros capitanes y del que todavía no era el vicario del rey Frederic, pues para eso sería preciso que previamente lo aceptara Rocafort, lo que Muntaner no veía claro. A eso se debía que no quisiera venir. El pretexto era sencillo, que alguien con suficiente autoridad debía quedar al mando en Gallípoli, aunque la verdad sólo podía ser que no deseaba verse complicado en el lío que se avecinaba. Él, Muntaner, estaba

convencido de que Rocafort no tragaría, y sería por las mismas razones que provocaban el entusiasmo de los otros dos. Simplemente, a éstos les apetecía ser trinacrienses sometidos a la feudal autoridad de un rey lejano ejercida por un vicario socialmente compatible y tan próximo como manejable, mientras que Rocafort estaba resuelto a seguir siendo un catalán libre, sometido a nada y a las órdenes de nadie. Partiendo de ahí cualquier cosa era posible, de modo que con mi mejor disimulo, para que no se notara el interés que todo aquello me despertaba, tenía decidido no perderme ni una.

Debo reconocer que Rocafort recibió al infante y a los otros capitanes no peor que a unos reyes, que la cena fue magnífica —buena parte de las muy sabrosas aves que regresaban del sur camino del norte no llegarían al norte; se habían transformado en parte significativa de la dieta de la Companyia Catalana—, que la sobremesa resultó tan agradable como amena —ellos cuatro más unos cuantos caballeros especialmente seleccionados por Rocafort; me agradó ser no ya el primero al que requirió, sino que me pidiera nombres de caballeros jóvenes de nuestra edad, la de don Ferran y la mía, para completar la escena; de ahí que también estuvieran Ramón y Berenguer—, y que, por fin, todo el mundo se fue a su tienda en apariencia encantado de la vida. Sin embargo, algo en la muy cortés actitud del anfitrión, haciendo hablar a todo el mundo con preferencia por don Ferran y los otros capitanes, sin jamás interrumpirles, me mosqueaba, pues bien sabía que Rocafort no tenía nada de palaciego. Esos usos no eran suyos, sino aprendidos de terceros —en buena medida, de Muntaner—, y si se manifestaba tan encantador era porque algo se traía entre manos.

Al día siguiente se reunieron los cuatro, y las caras que mostraban al terminar indicaban que los besos y los abrazos se habían consumido, todos, la noche antes. Pensé que difícilmente sabría qué pasaba, pero me confundí, pues a la reunión de la tarde Rocafort me invitó a estar presente. No a participar; sólo a tomar nota de los acuerdos que se alcanzasen, para después redactar un acta y hacer tres copias; mi original sería la de Rocafort. Así supe que d'Entença y d'Arenós aceptaban sin reservas la protección de Frederic de Trinacria y el vicariato de su sobrino, de un modo definitivo y sin necesidad de consultar a sus hombres, pues estaban convencidos de contar con su apoyo, pero ése no era el caso de Rocafort. Según explicó, aceptar lo que proponía el rey de Trinacria, en los términos exactos en que lo hacía, sería trascendente para el futuro de sus hombres y de sus familias, de modo que, tras honda reflexión, había decidido consultarles. No de golpe y a todos a la vez, porque no hay forma de hablar a casi cinco mil hombres y conseguir que te oigan todos, pero sí a través del sistema usual cuando tocaba tomar grandes decisiones —yo no recordaba una sola ocasión, pero me lo callé—: hacer que la horda designara cincuenta representantes, que cada uno de ellos parlamentase con cien hombres de a pie o de a caballo, y lo que después propusieran éstos a los cincuenta, y a su través a Rocafort, sería lo que comprometería él en el nombre de todos. A don Ferran, que ya dije parecía de naturaleza ingenua, no le pareció mal. A los otros no les gustó nada,

pero se lo callaron, pues la postura de Rocafort, las cosas como son, no podía ceñirse más a los usos y costumbres naturales de los almogávares, que no exactamente de la Companyia Catalana. Ir contra lo que decía Rocafort, y a la que lo supieran sus propias hordas, les pondría en dificultades, de modo que se limitaron a murmurar que, por ellos, de acuerdo, y de ahí se pasó al plan de operaciones para ese año 1307; un plan que no podría retrasarse mucho tiempo, ya que Nova estaba muy cerca de caer, Megareix había caído ya y el grueso de las Companyies-Compañías estaba desplegado allí, sobre los dos terrenos. Rocafort sostenía, y como tenía razón apenas se lo discutieron, que con Tracia tan agostada como estaba lo que procedía era invadir Macedonia, traspasarla bordeando la costa saqueando cuanto fuera menester y no detenerse hasta Christoupolis, la cual, y según sus noticias, no estaba bien defendida ni tampoco bien amurallada, pese a ser lo bastante grande para ofrecer sobradas facilidades de alojamiento a los once mil hombres, tres mil mujeres y mil y pico críos que sumábamos entre aragoneses, valencianos, catalanes, turcos y turcopóls. Desde allí, suponiendo que las dos huestes llegaran a primeros de verano, podrían emprender una excelente campaña de saqueo a lo largo y a lo ancho de la intacta Macedonia, para después invernar con aceptable comodidad en la intacta Christoupolis, pues ya procuraría él se la conquistara con las debidas precauciones, siendo la primera devastarla lo menos posible. La ruta no era muy larga, poco más de cincuenta leguas, y salvo la necesidad de cruzar un par de ríos, el Hebrus y el Nestos, él no preveía nada que impidiera realizar el trayecto en veinticinco jornadas; un ritmo lentísimo para los usos almogávares, pero inevitable por culpa de las mil esposas e infinitos críos que viajaban con los turcos. En cuanto a las familias propias, a la sazón acampadas en Gallípoli a la espera de novedades, su recomendación era enviar instrucciones a Muntaner para que las embarcara, junto con las riquezas acumuladas desde la gloria de Kibistra, y se dirigiese a la isla de Thassos, a poco más de un tiro de ballesta de Christoupolis, y que allí acampara mientras la fuerza de a pie no terminase de limpiar la ciudad.

El plan era tan irreprochable que nadie dijo nada, salvo don Ferran, el cual dejó caer, con gran suavidad, que de momento le parecía bien, aunque a expensas de lo que decidiera Rocafort una vez escuchara lo que sus hombres tuvieran que decir.

Que Rocafort en absoluto deseaba el acuerdo con Frederic era claro hasta para mí, pese a no poder preguntar su opinión a Muntaner. De ahí que no me costase largas horas de reflexión entender para qué organizaba esa extraña consulta ciudadana. De hecho, cuando me llamó una hora después para escribir la lista de los cincuenta designados —yo jamás había visto a Rocafort coger una pluma, un tintero y un papel; leer sí que leía, lo había visto, pero quizá escribir no fuera de sus mejores habilidades—, no me llevé una sorpresa: todos eran no ya fieles, sino fanáticos de su persona. Llevaban años combatiendo con él, degollando con él y saqueando con él. Eran, cosa por demás natural, bravos entre los más bravos, y la primera consecuencia de todo eso era un lógico ascendiente sobre la tropa, cuya valentía yo jamás pondría en duda,

pero no haría lo mismo con sus entendederas. A esos cincuenta, en síntesis, Rocafort no pensaba encomendarles averiguar qué pensaban los almogávares; su función, en realidad, sería la inversa: manipularlos.

Dos días después, los cuales transcurrieron para don Ferran, Rocafort, d'Arenós y d'Entença en un irreprochable ambiente de cortesía y caballerosidad, complementada con la observación directa del asedio de Nova, la cual de veras parecía muy cerca de capitular, los cincuenta se plantaron ante Rocafort y sus tres invitados, para explicar sus conclusiones, las cuales eran breves, precisas y en absoluto ambiguas: los almogávares aceptaban encantados a don Ferran d'Aragó como jefe supremo de la Companyia Catalana d'Orient, aunque a título personal, no como vicario del rey Frederic II de Trinacria, que a pesar del respeto y del afecto que le guardaban estaba demasiado lejos para ser alguien a quien tuviera sentido rendir cuentas. Eso era todo y así lo precisaron los tres que hablaban en nombre de los cincuenta, tras lo cual se largaron, mientras don Ferran y los tres capitanes se metían en la tienda del primero, el cual no tenía cara de satisfacción, precisamente. Como yo no soy muy rápido pensé que no lo entendía, pues haber sido aceptado por una horda tan peligrosa como la catalana era para estar muy orgulloso, pero tras darle unas cuantas vueltas comprendí lo que pasaba: según la carta del rey Frederic, él se haría cargo de la Companyia como valido suyo, en nombre suyo. Hacerlo a título personal sería traicionar las ideas y las órdenes del rey Frederic, al que debía sumisión, de modo que con aquella decisión, evidentemente inspirada por Rocafort, los almogávares acababan de pegarle, a él, una patada en el culo del rey Frederic.

No tuve ocasión de hablar mucho más con Rocafort, aunque tampoco hacía falta, bastaba con ver las caras de d'Arenós y d'Entença. Sólo me dirigió la palabra un día después, para encargarme que a la mañana siguiente zarpara en un bajel rumbo al Hexamilia, para instruir a Muntaner en el traslado de la flota, el mujerío y el tesoro a la isla de Thassos. Sólo al final añadió que las cosas en la Companyia seguían como antes de la visita del infante, y tras pensárselo un último instante añadió que don Ferran había rechazado el ofrecimiento de los almogávares, explicando que su valía personal no era lo que contaba, sino la del rey Frederic expresada en todo caso a su través, aunque aun así no regresaba de inmediato a Trinacria, ya que d'Arenós y d'Entença le habían pedido que sumara sus galeras al traslado de sus familias desde Gallípoli a Thassos, y al tiempo le invitaban a recorrer con ellos y sus huestes las sesenta leguas que mediaban entre Megareix y Christoupolis. Sólo al llegar allí regresaría con los suyos a Trinacria, tras recoger a unos cuantos de sus hombres que había dejado al norte de la isla de Negroponte, según decía para comprar víveres. Sólo ahí me di cuenta de que don Ferran había venido en cuatro galeras, sí, pero bastante vacías. A bordo y además de ballesteros y remeros no llevaba más de ciento cincuenta hombres, que además no eran almogávares, sino mercenarios calabreses. A saber con cuántos habría dejado Palermo, aunque me asaltaba la sospecha de que al marchar a Gallípoli tenía en su cabeza dos objetivos, y no uno solo como nos había

hecho pensar. Por lo demás, Rocafort me pidió una última cosa —no me lo mandó; él tenía presente que yo era un hombre de Muntaner y que no podía considerarme formalmente a sus órdenes—: que tras instruir a mi señor regresase allí, a Nova, pues para las cincuenta leguas que tenía por delante, vadear dos grandes ríos y tomar cuando menos una ciudad tan importante como Christoupolis, necesitaba un intendente, a poder ser tan bueno, y si no casi tan bueno, como Muntaner. A su modo, cuando Rocafort quería dar coba sabía cómo hacerlo.

* * *

Había pasado un mes. La Companyia Catalana se aprestaba para vadear el río Nestos, que al final resultó ser menos caudaloso de lo que temíamos, seguramente a causa del estiaje, pues aunque aún faltaba para el solsticio de verano llevábamos dos semanas de calor no ya intenso, sino agobiante. La Compañía Aragonesa nos seguía dos jornadas detrás, y no porque así se hubiese convenido, sino porque además de haber dejado Megareix más pronto de lo que se pensaba, marchaban sin mujeres y con una impedimenta reducida, mientras que nosotros debíamos acompasar el paso al de las turcas. Manteníamos con don Ferran, d'Entença y d'Arenós un contacto regular, ya que nos enviábamos mensajeros a razón de dos por semana. Yo les decía, fundamentalmente, dónde habíamos encontrado agua —el camino hasta el río Nestos era penosamente árido— y en qué punto de la ruta nos hallábamos. Ellos se limitaban a darnos las gracias —y además de palabra; yo me molestaba en escribir la información, pero d'Arenós, el que contestaba, era demasiado vago, si no clasistamente descortés, para escribir a un hombre de Rocafort, o de Muntaner—, aunque gracias a estos mensajeros yo conseguía determinar lo que de verdad me interesaba: dónde les habían dejado y a cuántas jornadas tras nosotros marchaban. Si eso me preocupaba no era por cuestiones de intendencia, sino porque Rocafort lo quería saber, aunque se habría dejado cortar un brazo antes de preguntar. Era de reconocer que, salvo Muntaner, todos los que tenían posición de mando en la Companyia-Compañía eran muy suyos. Así, al llegar a la orilla izquierda del Nestos yo estaba moderadamente tranquilo, pues los otros aún marchaban a dos jornadas de distancia. Salvo a Ramón y a Berenguer no comentaba con nadie mi honda inquietud, la cual no tenía que ver con posibles animadversiones entre catalanes por un lado y aragoneses-valencianos por el otro, sino porque nuestra retaguardia la formaban los turcos y sus familias, y éstos no veían de lejos lo suficientemente bien como para distinguir a los amigos de los enemigos. Para ellos, en realidad, todos eran enemigos; a veces me preguntaba si nosotros no se lo pareceríamos también.

El punto que habíamos elegido para vadear el Nestos coincidía con un gran ensanchamiento del propio río y del valle que lo encuadraba —gracias a eso descendía tanto su profundidad—, aunque para llegar a él, o al pedregal de aluvión que atravesaba formando meandros nada regulares, había que surgir de un breve

desfiladero, que si bien era poco tortuoso no permitía ver el río hasta que casi salías al valle, tras dejar atrás una revuelta muy cerrada y encajonada entre taludes. Eso fue lo que sucedió con la vanguardia de la Compañía Aragonesa, que a la sazón no la conducía ninguno de sus capitanes. El más próximo a la cabeza era d'Entença, si bien con doscientos infantes precediéndole. D'Arenós y don Ferran marchaban todavía más atrás, casi a retaguardia. Ese par de cientos fue quien primero divisó, a la distancia de un tiro de honda, un conjunto de carros y carretas bien cargados de turcas y de hijos de turcas que aguardaban turno para moverse hacia la zona de vadeo. Los flanqueaban varias docenas de jinetes turcos, los cuales, nada más ver a la inesperada horda peluda que se acercaba con a saber qué aviesas intenciones, no se detuvieron a pensar que quizá fueran almogávares, ya que nunca los habían visto y por tanto no reconocían sus banderas: la de Ferran d'Aragó y la de Berenguer d'Entença. Se limitaron a decirse con los ojos, cosa muy razonable, que aquellos tipos de tan pésimas pintas aproaban hacia sus mujeres, y eso es lo peor que se pueden decir los turcos a ellos mismos, de modo que sin mediar palabra empuñaron sus alfanjes y cargaron contra los desprevenidos infantes aragoneses, los cuales, por su parte, de ningún modo esperaban un recibimiento tan hostil como ése. Pensaban, de buena fe, que a la salida del desfiladero sólo encontrarían un buen camino para vadear el inquietante río Nestos, el mismo del que yo había dado cuenta dos días antes a sus capitanes, y además por escrito.

De haber marchado ellos a su paso acostumbrado, habrían llegado un día después, pero estaban sin agua y aceleraban para llegar pronto adonde hubiera. Ésa fue una de las causas del desastre. La otra fue que dar con el punto de vadeo nos llevó más tiempo del previsto, y también que antes de comenzar a cruzar debimos asegurar los vericuetos, pues el piso bajo el agua no era firme, sino arenoso y muy disgregado. Nada que unos guerreros tan expertos en vadear cualquier curso de agua no fueran capaces de resolver en unas pocas horas de trabajo, pero esas pocas horas, sumadas al relajamiento general motivado por la vista de las espléndidas llanuras cultivadas que divisábamos al otro lado del Nestos, las de una esplendorosa Macedonia virgen de almogávares, nos habían hecho perder toda una jornada. Sumado eso a la que habían ganado aragoneses y valencianos en su andar sediento, y añadiendo que los primeros que se vieron entre sí fueron seres desconfiados y mutuamente hostiles que jamás se habían visto antes, se organizó en breves instantes lo que de ningún modo habría debido tener lugar, una escabechina entre turcos y catalanes de una parte, formados en línea, contra unos aragoneses y valencianos que surgían en columna de un desfiladero, sin tiempo ni ocasión de poderse desplegar en orden de combate.

Los primeros doscientos aragoneses y valencianos yacían en diferentes condiciones de mutilación y descalabramiento cuando un horrorizado Berenguer d'Entença, que marchaba sobre su caballo, surgió del desfiladero, para detenerse ante la carnicería —no habría dado más de cincuenta pasos—, santiguarse y exclamar a grandes voces algo así como: «¿pero qué carajo estáis haciendo, amigos?». Del otro

lado nadie respondió con palabras —además de que los turcos no le comprendían ni d'Entença tenía una gran voz, ni reinaba, como era lógico, un silencio suficiente—, aunque Gisbert de Rocafort, que mandaba la retaguardia y se había llegado a la línea de batalla, vio que la ocasión la pintaban calva. Estaba en pie, a no más de cuatro estadales del que había reconocido a ciencia cierta, y sin pensárselo dos veces le lanzó un par de azconas en rápida sucesión; era un maestro en ese noble arte, tanto que hasta Oleguer lo reconocía. Las dos hicieron blanco en el desdichado d'Entença, la segunda en el corazón —no llevaba puesta su armadura, como también era natural—, de modo que antes de llegar al suelo su alma ya sentaba plaza en el paraíso de los caudillos incompetentes y desafortunados. Tras eso se recrudeció la locura, y más tras hacerse claro que quien se había cargado a d'Entença, que por su parte aunque sin merecerlo era muy querido por sus hombres, era un almogávar catalán —menos mal que no reconocieron en él al pequeño de los Rocafort—, para sólo restablecerse la calma, que no la paz, una vez se retiraron los turcos —lo hicieron nada más comprender que aquello no iba con ellos; era un estricto asunto fraternal, de unos hermanos catalanes contra otros hermanos aragoneses y valencianos, de modo que, lo aceptaban, ellos allí no pintaban nada— y los muy profesionales almogávares catalanes terminaron de masacrar a los inexpertos destripaterrones valencianos que d'Entença se trajo meses antes en sus galeras herrumbrosas. Los aragoneses, tan cautos como sabios, se habían apartado del combate a la espera de su capitán, el cual tardó un poquito en llegar. Eiximenis d'Arenós sí poseía una gran voz, de modo que con cierto esfuerzo logró hacerse oír, y si no calmar a los catalanes sedientos de sangre —llevaban demasiados días sin matar a nadie, y eso siempre acaba por crear ansiedad; más o menos lo mismo que cuando no se fornicaba lo bastante—, sí, al menos, conseguir que dejaran de asesinar valencianos, como mínimo mientras no apareciera Rocafort —en cuya estela cabalgaba yo— y acabara de imponer el orden.

Al poco, Ferran Eiximenis d'Arenós y Bernat de Rocafort se miraban a lomos de sus respectivos caballos, respaldados por sus incondicionales y rodeados de unos quinientos cadáveres, estimaba yo más a ojo de buen intendente que de otra cosa. D'Arenós no hablaba, ni gesticulaba; sólo miraba con lo que me parecía una infinita desolación. Rocafort, por su parte, devolvía la mirada con su expresión acostumbrada. Si algo resultaba odioso y a la vez descriptivo de su peculiar personalidad era que, al igual que los osos del Pirineo, siempre ponía para todo el mismo gesto displicente.

—¿Por qué has permitido que ocurra esto?

El duelo de «a ver quién dice antes la primera tontería» lo ganaba Rocafort, el cual antes de contestar se encogió de hombros.

—Estaba en el otro lado del río. Cuando me dijeron que viniera ya estabas tú aquí. De haberlo podido impedir alguien, habrías sido tú.

No se dijeron más cosas porque a la improvisada reunión ecuestre se sumaba el también consternado Ferran d'Aragó. Mientras, y entendiendo que ya no habría más

diversión por ese día, los virtualmente intactos almogávares catalanes enfundaban sus *cortells*. Los que no estaban cerca se ocupaban también de recuperar las azconas; eran armas valiosas a las que costaba equilibrar —si no lo estaban perdían mucha eficacia—, y de ahí su empeño en no dejarlas en unos pechos valencianos donde, total, ya no hacían nada.

—Ferran y Bernat, deberíamos hablar. Esto ha sido muy grave.

Lo dijo el que ya estaba convencido de que jamás sería capaz de mandar sobre aquella gente; cuando menos, la que formaba más cerca del río.

—Mi tienda está sin desmontar. Marchemos allí, aunque te ruego, d'Arenós, que antes digas a los tuyos que se alejen un poquito, no sea que cuando volvamos haya muchos más muertos.

—Te aseguro, Rocafort, que de ser el caso no todos serán míos.

Tono fiero. A d'Arenós se le daban bien los tonos fieros. Rocafort no era igual de bueno en ese arte peculiar. Sí lo era, en cambio, en ser una verdadera fiera.

—Eso es igual, ahora. Tanto si fueran tuyos como si fueran míos. Lo que importa es que hoy ya no haya más, ¿no te parece?

D'Arenós era igualmente bueno en callarse. Sobre todo, porque don Ferran d'Aragó le miraba fijamente y él era un hombre muy disciplinado. Rocafort, en cambio, sería incapaz de inclinarse ni ante Dios si se le apareciese. De lo que sí sería capaz, sospechábamos unos cuantos, era de matarle, a él también.

* * *

Thassos me pareció una isla paradisíaca, quizá por ganarla un atardecer, con el sol poniente iluminando su bonito y pacífico puerto, donde a la sazón permanecía fondeada la flota de la Companyia Catalana d'Orient, aunque más probablemente fue por haberme liberado del tenso ambiente de la Companyia, en aquellos momentos embarrancada en las proximidades de unos montes no muy altos, aunque bastante infranqueables, llamados de Ródope, los cuales formaban una especie de media luna en cuyo centro estaba Christoupolis. La guarnición bizantina, que desde nada más vadear nosotros el Nestos estaba bien al tanto de nuestra llegada, no se había inclinado por huir sin luchar, según acostumbraban las guarniciones bizantinas, sino servirse de lo accidentado del terreno para preservar la ciudad, sus familias y sus riquezas. Don Ferran y yo dejamos a Rocafort dudando entre seguir adelante o renunciar a la ciudad, dar un largo rodeo por el norte y enfilarse a otra plaza de la que también teníamos buenas referencias, una tal Cassandria o algo así. La razón de don Ferran para irse de la Companyia no podía estar más clara: sus posibilidades de que Rocafort aceptase allí lo que había rechazado en Nova eran nulas, las que tenía de que le degollara si osara insistir eran elevadas, sus galeras ya debían estar en Thassos —a ellas y al resto de la flota las habíamos visto pasar rumbo a Limeñas, el puerto y ciudad principal de la isla— y cada día que pasaba viéndose forzado a contemplar la

hosca y fea faz de Rocafort se le hacía insoportable, de modo que, con las bendiciones de su anfitrión —complementadas con un mascullado entre dientes «*bon vent per cul, cabrá*»—, nos subimos en mi bajel, que nos seguía de playa en playa, y al cabo de dos horas nos abarloábamos a la *Estelada* —apenas había dos leguas entre Christoupolis y Limeñas—, que había vuelto a ser la nave capitana de la flota catalana. En ella nos esperaba Muntaner, ansioso de ser puesto al día —no sabía nada de la Companyia desde que nos despedimos en el Hexamilia cuatro semanas antes— y sin haber mandado desembarcar, según recomendaba la prudencia más elemental, aunque tras haber estudiado la posibilidad de quedarse allí un tiempo si, por lo que fuese, la Companyia no conseguía tomar la ciudad, o no lo hacía lo bastante pronto. Le ayudaba en eso su amigo Ticinio Zaccaria, el mismo para el que había recuperado la plaza de Phoakia, que tenía en Limeñas unas cuantas propiedades y se manejaba divinamente con el *batlle*, o como llamaran los griegos a sus malditos alcaldes.

Sentados en la cámara del almirante, don Ferran y Muntaner escuchaban mi relato de lo sucedido en aquel mes tan intenso. Don Ferran lo había vivido y supongo que lo recordaba bien, pero su buen sentido, que lo tenía, le aconsejaba dejarme hablar, pues al fin y al cabo yo era un hombre de Muntaner —así me había conocido— y suponía, con razón, que además de comprenderme con más facilidad, por servirnos de los mismos códigos y bienentendidos, acabaríamos antes y podría entonces dedicarse a lo suyo con el otro, mientras yo marcharía en dirección del castillo de proa, que allí me aguardaban mis ilusionadas mujeres e hijas, muy alegres desde que me divisaron ganando la capitana.

—D’Arenós se volvió a Megareix, con sus hombres y con los que sobrevivieron de los que se trajo d’Entença de Valencia. Me dijo no saber qué haría en adelante; lo que no haría sí que me lo dijo: jamás aceptaría las órdenes de un malnacido como Rocafort. Antes de marchar nos acompañó a una iglesuca de allí cerca llamada de Sant Nicolau, o algo así —señalaba yo a don Ferran, que asentía—, donde dejamos enterrado al buen don Berenguer —el infante de Aragón se santiguaba, respetuoso; yo también, pues hacerlo no costaba nada y servía para quedar como un buen cristiano, lo que nunca es malo ante un miembro de la casa de Aragón—. Tras eso, y una vez comprobamos que Rocafort al menos tuvo la decencia de mandar se sepultase a los seiscientos y pico muertos, y no dejarlos a los buitres como habría preferido, nos despedimos, aunque antes me pidió te transmitiera un último deseo: separar de la flota sus naves y las de d’Entença, embarcar en ellas a su gente y a la poca que se había traído el otro de Valencia y despacharlas a Megareix.

—Lo haré mañana mismo. Sigue.

—No hay mucho más. En todo caso, que tomar Christoupolis será más difícil, y mucho más costoso, de lo que Rocafort había estimado. No contaba con las montañas. Está pensando si seguir o no adelante con el viejo plan, o pasar de largo y seguir hacia Cassandria, la península de más al oeste de las tres de la Calcídica. Conoce nuestra opinión, la de sus adalides, la de sus caballeros de confianza y la mía

propia, pero sigue indeciso. La razón principal es que no sabe si Cassandria será o no más fácil de tomar, pero si se olvida de Christoupolis a la vuelta de diez días no podrá impedir que la guarnición asalte Thassos, de modo que no tendrá más remedio que hacer desembarcar el tesoro y a las familias, y ponerlas a marchar en caravana tras la fuerza. No hay caballos para todos, ni carros, de modo que sería una marcha muy lenta. Lo ideal sería dejar todo aquí hasta que tomemos Cassandria, pero salvo si deja una guarnición muy fuerte no podrá impedir que vengan los bizantinos y nos den el disgusto de nuestra vida. Y ni aun así, que ninguno sabemos con cuánta gente cuentan hoy en Christoupolis, y mucho menos cuántos más podrían traer a la que nos alejemos un poquito. Es un buen dilema, ya lo veis.

—¿Y tú qué le has recomendado? Algo le habrás dicho, que por algo eres el intendente.

Lo preguntaba don Ferran, parecía que intrigado. Muntaner no necesitaba inquirirlo. Bien sabía cómo pensaba yo, pues por algo me había convertido en una prolongación de su pensamiento.

—Que nos mantenga todos juntos, que la flota nos siga pero en vacío, sin mujeres, sin niños y sin tesoro, y que no perdamos más tiempo, que los inviernos aquí son duros y de ningún modo podemos arriesgarnos a pasar el próximo al fresco. Macedonia no es Artaki, ni de lejos. Si tuviéramos que pasarlo en tiendas, tendríamos más muertos, por el frío, de los que podríamos contar.

Muntaner asintió con alguna solemnidad. Su expresión era la de haber oído lo mismo que habría dicho él. En cuanto al infante, ni dijo nada ni compuso ningún gesto. Aquello, a mi entender, le rebasaba. Pensar a largo plazo no debía de ser lo suyo.

—¿Te ha dado tiempo a ver a los tuyos, Guillem?

En el código particular de Muntaner, aquello significaba que deseaba quedarse a solas con don Ferran. No era una cosa que hubiese yo aprendido con el tiempo, a base de observarle. Simplemente, me lo había explicado alguna vez: cómo decir a su gente «marchaos de aquí» sin que nadie se molestara.

—Pensaba ir ahora, si ya no me necesitas.

—Los vi antes en el castillo de proa, pero se alojan en la segunda cubierta, debajo de aquí —señalaba el piso de la cámara—. Espero que no estén demasiado incómodos; cuando menos, nunca se me han quejado. Pásate luego por aquí, antes de irte a dormir.

Eso significaba intercambio de información, planes y confidencias. Sería una velada nocturna, de las que se prolongaban más allá de la medianoche. Las que más me gustaban.

* * *

Mis mujeres me habían visto llegar con don Ferran y trepar por la escala. Ni Llura ni

Claudera se impacientaban por la espera, pues bien sabían que primero venía la obligación y después la devoción, pero ni Eris ni Meritxell eran igual de pacientes. En cuanto a Stana y la casi recién nacida Giulietta —Berenguer y Ramón se pitorreaban de mi desdicha: sólo sabía engendrar hembras—, lo mejor que podía decir era que aún no habían aprendido a echarme de menos.

—¿Desembarcaremos aquí, en Thassos?

Habíamos ya consumido los besos, los abrazos y las efusiones de amor para con las mujeres y las crías. Aquella noche ya no habría más, pese a lo mucho que mi cuerpo las deseaba, pero en la segunda cubierta de la *Estelada* lo único que no se podía encontrar era intimidad; no, cuando menos, para yacer con dos mujeres a la vez. Por turnos podría ser que sí, pero salvo un acuerdo previo por su parte yo no me atrevería —no era tan valiente, ni tan imprudente— a señalar por cuál de las dos comenzar.

—No está decidido, pero no lo creo. Christoupolis es muy difícil de tomar. Costaría mucho tiempo y muchos hombres. Lo natural será que sigamos hasta Cassandria, que según dicen se parece a Gallípoli. El problema, para las familias, será no poder desembarcar en ningún lugar cercano, para esperar ahí a que hayamos tomado Cassandria, porque no tenemos la menor idea de qué vamos a encontrar allí. Thassos será muy vulnerable una vez sigamos la marcha; no podremos dejaros aquí. No está decidido, lo repito, pero será inevitable que desembarquéis allí —señalaba muy al este de Christoupolis, justo al otro lado de los Ródope—, para después marchar tras nosotros al mismo estilo que cuando cruzamos Anatolia, formando una caravana. No hay carros ni caballos suficientes para todos, de modo que será, también, como en Anatolia. Los enfermos, los heridos, las mujeres preñadas y los niños que no lleguen a cinco pies viajarán en los carros; los que pasen de ahí, más las mujeres en general, caminarán a su lado. Acamparemos cada noche, sin lujos; apenas cubriremos de la lluvia y del rocío. El objetivo será llegar a Cassandria cuanto antes, y mucho me temo que no será un simple paseo, porque atravesaremos territorios muy hostiles, poblados por gentes obstinadas, muy dispuestas a defender sus casas, sus bienes y a ellas mismas. Son cuarenta leguas, nada más, pero con varios ríos por en medio. Con buena suerte, quince jornadas. Con mala, el doble. Aun así todavía será verano cuando lleguemos. No pasaremos frío, al menos.

Llura no conservaba un mal recuerdo de aquella larguísima travesía de la primavera, el verano y parte del otoño de apenas tres años antes, por mucho que a todos nos parecieran una eternidad. Con cuatro niños pequeños de los que ocuparse, y ella dando el pecho a la pequeña, sería más complicado, pero entre las dos bien podrían apañarse para que fuera llevadero. Claudera, por su parte, no decía nada. Parecía más preocupada de lo que yo había supuesto, aunque no daba explicaciones. Menos mal que al fin se lo sacamos, entra Llura y yo, para quedarnos un poquito más tranquilos: su cuerpo, que seguía presentando un aspecto envidiable, ni de lejos era perfecto, cuando menos a efectos de un viaje como el que había yo descrito, y era

porque desde pequeña le martirizaban los juanetes. A caballo, lo que se le pidiera, pero andar era otra cosa.

—Nos turnaremos en el carro, boba. Cuando me toque dar el pecho, tú andas. Cuando acabe, ando yo y tú te ocupas de las niñas. Verás como así todo es más fácil.

Claudera se lo quedó pensando, nada convencida. Sólo un tiempo después supe que aquella expresión sombría no tenía que ver con sus juanetes. Era que se había puesto a predecir, y lo que le salía no le gustaba. No quería compartirlo con Llura, pues bien sabía que no siempre comprendía, y que cuando no lo hacía se asustaba, y la quería demasiado para permitir que sintiera miedo. No era un asunto del que yo estuviera seguro, aunque sospechaba que, cuando yo no estaba, era Claudera la que hacía de hombre. Cuando menos, a efectos de pensar. Y decidir.

* * *

—Me voy, Guillem. Aprovecho que Ferran vuelve a Trinacria y me ofrece no ya sitio, sino su segunda galera, la *Hispanyola* —la *Balanguera* se había perdido tiempo atrás, devorada por los años, los teredos y las clóchinas—. Él se quedará en Trinacria, pero yo aún no estoy seguro de adonde quiero ir, si a Xirivella o a Mallorca, con don Jaume. El cuerpo me pide lo primero, pero Valentona todavía guarda luto por su padre. No podremos casarnos antes de año y medio, y mientras no sea para vivir juntos me apetece más estar en otra parte. Aún no sé qué haré, te lo repito, pero de ningún modo quiero seguir aquí, a las órdenes de Rocafort. Es un suicida y tarde o temprano acabará por conducirnos a todos al desastre, salvo si antes se lo cargan sus adalides. De eso es de lo que te quiero hablar, Guillem: tras haberse cargado a d'Entença y desembarazado de d'Arenós, y marcharme yo, no queda nadie que le haga sombra. No tardará en mostrarse tal cual es, en dejar salir la bestia que lleva dentro. Se volverá un dictador, pero los catalanes no son buenos para que se les mande así. Poco a poco, sin que se dé cuenta, la tierra se abrirá bajo sus pies. Lo que te quiero advertir es que de ningún modo debes estar entre los que se lo carguen. Por el contrario, deberás mantenerte al margen. Muy al margen. Así, cuando a quienes acaben con él les llegue su momento, y no tardará, pues bastará un solo fracaso para que los demás se les vengán encima, estarás en mejores condiciones que nadie para conducir tú a la Companyia Catalana, y cuando te lo propongan deberás aceptar. Será un camino largo, azaroso y peligroso, pero si no te matan antes sólo podrán elegirte a ti. Lo digo sin apasionamiento, que me conoces bien y sabes que lo mío no es la inspiración divina. No sólo dominas como ninguno el arte de la intendencia, sino que has aprendido lo suficiente de táctica y estrategia para mandar cualquier ejército, cuando menos si no es mucho más grande que la Companyia Catalana. Sabes leer y escribir, además de que hablas los idiomas que más pesan en el Mediterráneo, de modo que te puedes entender con cualquiera, monarca o vicario, embajador o enviado. Eres joven, estás sano, sabes pelear y has demostrado infinidad de veces

valor y habilidad suficientes en la batalla. Sabes conservar la cabeza fría, la vanidad no se te ha subido a la cabeza, no sufres mesianismos y hasta eres capaz de padecer un par de mujeres, lo cual demuestra que de valor vas más que sobrado —nos sonreímos, divertidos—. Sólo con eso será claro para los que terminarán por aclamarte que no ya serás su mejor opción, sino la única.

—La única, ¿para qué?

—Para conseguirles un lugar bajo el sol. Un país, un estado que sea vuestro, donde cada uno tenga su casa y donde vuestras vidas no sean un eterno vagar en búsqueda de saqueo, y también de una flecha, una lanza o una espada que os mande al infierno. De los adalides y caballeros que han preferido a Rocafort antes que a don Ferran ninguno se te puede comparar, y créeme, que los conozco a todos y sé muy bien con qué pie rompe marcha cada uno.

Todo aquello, como era natural, me parecía música celestial, pero aún sufría la tristeza en que me habían dejado sumido mis mujeres y mis hijas. La de no estar dándoles la vida que merecían.

—Me gusta que me digas eso, pero no sé si es la vida que me gustaría vivir. Para ser sincero, Ramón, lo que más me apetecería es volver contigo; a Xirivella, o a Mallorca, o adonde sea.

Se me quedó mirando, sonriente y un punto paternal.

—Suponía que dirías eso mismo. Es lo normal después de haber visto a tus mujeres y a tus hijas amontonadas aquí abajo. Lo natural, tras eso, es quedarse de lo más desconsolado, pero tú no te puedes permitir el dejar de mantener la cabeza fría. Dime, si no: ¿has pensado cómo sería vivir en lugares tan cristianos y devotos como los reinos de Mallorca, de Aragón o de Trinacria, con dos mujeres, y una de las dos, por si fuera poco, de religión ortodoxa? Por no decir pagana, que tú y yo bien sabemos que lo es.

Confieso que me pilló desprevenido. Hasta entonces no se me había ocurrido que nuestro natural modo de vida fuera incompatible con las diversas culturas catalanas. O quizá sólo fuera que nunca lo había querido pensar.

—Déjame que siga pensando por ti. La primera salida que se te ocurrirá será decir que Claudera no es tu esposa, sino tu esclava. En Mallorca no tanto, pero en Aragón y en Trinacria tener esclavas no está muy mal visto, de modo que la historia podría colar, aunque ahí llegaría tu primer gran problema: ¿crees que Claudera se resignaría, otra vez, a ser esclava? No pienses, te lo advierto antes de que te pongas a cavilar, que sólo sería una excusa frente a los demás y que vosotros bien sabríais cuál es la verdad. Ser tu esclava, o mejor vuestra esclava, tuya y de Llura, tendría efectos a terceros, pues no podría tener relación de igualdad con nadie, salvo con otros esclavos como ella. Su relación con Llura, que es la bienaventurada y prodigiosa de dos mujeres que se quieren mucho, además de todo lo que puedan querer a su hombre, a su macho, se deterioraría en dos días, en cuanto viera que no puede pasear con ella, ir a la iglesia con ella, ir al mercado con ella, ni hacer nada de nada con ella,

pues por algo sólo es su puta esclava. Para volver conmigo deberías plantearte, antes, acabar con una de las dos, y no creo que tal cosa te apetezca mucho, Guillem, y eso dejando aparte que te costaría quedarte sin una de tus hijas. O sin tres de ellas.

Lo último fue innecesario; había sentido el vacío de asomarme a un abismo, el de quedarme sin la mitad de mi vida, y de ningún modo deseaba volver a ensoñar ese horror. Esa pesadilla.

No necesité decir nada. Muntaner sabía leer en mis pensamientos casi tan bien como Claudera. Para según qué asuntos, quizá incluso mejor.

* * *

Cinco días después habían ocurrido unas cuantas cosas. Una, que las galeras desastrosas que una vez trajera Berenguer d'Entença ya navegaban hacia Megareix, acompañadas de las de Ferran Eiximenis d'Arenós. Entre todas transportaban las mujeres y los hijos de la extinta Compañía Aragonesa, más su tesoro —nunca se mezcló con el de la Companyia Catalana— y los pocos caballos de d'Entença que no se había llevado d'Arenós. En esto último Muntaner puso un especial cuidado, y era que hasta el mismísimo final seguía desempeñando, con los mayores rigor y minuciosidad imaginables, el papel de intendente general.

La segunda, que los carpinteros se habían dado prisa en construir dos pantalanés de fortuna, por donde ya desembarcaban las familias, el tesoro y la impedimenta general de la Gran Companyia Catalana d'Orient, todo lo cual, a partir de aquel momento, seguiría la estela de la fuerza, con una escolta razonable y a sólo una jornada de marcha tras ella. La razón era que Rocafort, a regañadientes, había terminado por hacer suyo el juicio de sus adalides y de su intendente provisional: Christoupolis era imposible de tomar a un precio inferior a mil vidas, lo cual era inasumible. Lo que procedía era enfilarse el camino de Cassandria y no darle más vueltas, que los fríos pronto se vendrían encima de la Companyia.

La tercera, que don Ferran d'Aragó, tras despedirse de Rocafort, del Consell dels Dotze y de Los Cincuenta —con evidente frialdad, o eso me pareció—, había regresado a Thassos para pasar unos días en la compañía de su amigo Tizinio Zaccaria. Se llevó con él su flota de cuatro galeras, con la cual pensaba regresar a Trinacria, si bien tras girar una visita, deseaba él que de las amistosas, a la colonia veneciana de la isla de Negroponte.

La cuarta, que Muntaner había hecho público —primero a Rocafort, en la intimidad de los dos solos— que obedecía la orden de su señor don Frederic II de Trinacria de regresar a su lado, para ser su gobernador y vicario general en la isla de Djerba. Los años que había pasado con la Companyia, declaró, fueron los más emocionantes y plenos de los cuarenta y dos que ya tenía, pero él no era tanto un hombre de armas como un funcionario de la casa de Aragón, y como tal estaba sujeto a sus diversos reyes por un juramento de fidelidad que no podía quebrantar. Fue, a mi

juicio, una elegantísima y muy emotiva forma de decirnos «ahí os quedáis», pues bien sabía yo que su lealtad a la casa de Aragón era tan elástica como le convenía en cada momento. En aquel de mediados de verano de 1307 lo que pretendía era no seguir a las órdenes de un Bernat de Rocafort que acabaría por llevarnos al desastre, darse una vida tan en paz y alegría como se pudiera fabricar un soldado de fortuna que regresaba de una guerra con el riñón más que bien cubierto y, en todo caso, dedicarse a lo que yo y unos pocos más sabíamos era su vocación secreta: escribir. Por dónde comenzaría, lo ignoraba, pero de ningún modo me asombraría que fuera por la historia de los últimos nueve años, desde que dejamos Sóller hasta el momento de partir, a bordo de la *Hispanyola*, él, su primo Sanç y los demás de los suyos, entre los que figuraba su más que fiel Oleguer, para seguir hasta Trinacria las aguas de don Ferran, infante de Aragón.

Además de despedirse Muntaner hizo públicas las detalladísimas cuentas de la Companyia, en las que había registrado hasta la última onza de oro ingresada en el tesoro común, así como las particulares, una por una, de los miles de almogávares —o sus viudas, o sus hijos—, en su mayor parte analfabetos, que se las habían confiado. Las dejaba en las manos del gran capitán de la Companyia, Bernat de Rocafort, el cual ya sabría después a quién confiaba la tarea de mantener aquellas cuentas tan al día, tan claras y tan fidedignas como las entregaba él a la Companyia.

Lo que más me conmovió de aquella despedida —confieso que a mis veintisiete años estoy ya un tanto endurecido, y más aún a la hora de asistir a ceremonias tan emotivas como innecesarias; Muntaner, para mí, no se quería largar dando un portazo, por si algún día le convenía regresar; era lamentable, lo aceptaba muy a mi pesar, haberme vuelto tan escéptico, pero eso no significaba que mi afecto, admiración y respeto por el que siempre sería mi señor y mi maestro hubieran disminuido; le quería, como le querría el resto de mis días, aunque con los ojos tan bien abiertos como los suyos— fue que los implacables, duros e insensibles mercenarios turcos le manifestaran en alta voz, para que los cristianos les oyéramos, que si algo lamentaban era quedarse sin el *ata*; no muchos sabíamos que *ata*, en turco, equivale a *pare* en catalán. Habían tenido muchos señores y sin duda tendrían muchos más, pero como él, tan honrado, ninguno. Ignoro si aquel mensaje tenía una segunda lectura, una dedicada en especial a un Rocafort del que se murmuraba ponía el ojo en los bienes y los ahorros de sus hombres muertos, e incluso en sus mujeres. Para mí sólo eran habladurías, pero ya se sabe lo que se dice de los ríos y del agua. En cualquier caso, y ya era mérito, Muntaner se iba de la Companyia con dos casas a las cuales poder volver: la de Cristo y la de Mahoma.

Poco después, cuando la gran asamblea de almogávares se había disuelto y el bajel en que marchaba Muntaner ya sólo era una vela minúscula camino de Thassos, Rocafort se me acercó. Fue directo al asunto, su estilo natural: me quería de intendente general, con el mismo grado de senescal que tenía Muntaner. Sólo tendría un igual, el senescal de la infantería —su hermano Gisbert—, y a nadie por encima

salvo él, Bernat de Rocafort. Añadió que si bien ya contaba conmigo desde mucho antes, lo último que le dijo Muntaner, antes de marchar, era que sería un completo idiota si le daba el cargo a otro, de modo que contaba con que sería, para él, tan buen intendente, y tan buen administrador, como lo fue Ramón Muntaner. Le dije que sí, claro está, pero debo añadir que no con gran placer. Tener de superior inmediato a Rocafort, bien lo sabía, de ningún modo era la cosa más gratificante del mundo.

Al menos, eso sí, nadie protestaría porque la tienda de la familia Tous fuera, tras la del propio Rocafort, la mejor de las que capturamos en Kibistra —Muntaner me la dejó en herencia, pero no a mí, sino al intendente, quienquiera que fuese—. Cuando menos, en algo saldrían ganando los míos. Bueno, las mías.

* * *

Llegamos a Cassandria ya dentro del mes de octubre, muy mojados y bastante ateridos, pues el otoño en el lado norte del Egeo es particularmente desagradable. Los adultos no lo soportábamos mal del todo, ni tampoco los turcos, muy acostumbrados al invierno de Anatolia, pero los niños eran otra cosa. No puedo decir que cayeran como si fueran chinches o moscas, pero sí que perdimos unos cuantos. Unas cuantas docenas, mejor. La propia Giulietta nos hizo pasar unos días de muy grave preocupación, porque ardía y lloraba sin cesar, pero es evidente que tener dos madres en lugar de una sola plantea infinidad de ventajas, y una era que nunca le faltó el calor del cuerpo de una bien asido al suyo, sin que las otras tres hijas de la familia tuvieran derecho a protestar o a sentirse dejadas de lado, pues para eso, repito, tenían dos madres. Si ya por entonces no tenía ninguna duda sobre las infinitas ventajas de tener dos mujeres —tres o más quizá ya fuera excesivo—, desde ahí fui el patriarca más convencido cuando menos del Egeo. A eso se debía que no dejara de animar hacia lo mismo a Ramón y a Berenguer, aunque sin suerte, al uno porque seguía sin dar con una que le alegrase las pajarillas para más de un noche, y al otro porque parecía conformarse con los dones de Carlota, la cual, a la sazón, ya dormía con él y se ocupaba de su tienda, no ya con la mayor naturalidad, sino sin importarle compartirla con un Ramón que a menudo tenía problemas para mirar hacia otro lado.

Solíamos cenar todos juntos, Claudera, Llura, Carlota, Berenguer, Ramón y yo, más las niñas. Formábamos una especie de comuna desestructurada y sin reglas donde ninguno se cortaba en manifestar el afecto que sentía por los demás, sin que tal cosa diese lugar a que a la hora de la verdadera intimidad alguna, o alguno, se confundiera. Para mí, en particular, era un gran descanso, pues me permitía relajarme, lo cual me hacía mucha falta, pues además de la dureza de mi trabajo, y de que desplazar doce mil adultos e infinidad de niños a lo largo de un país desconocido, Macedonia, podía llegar a ser enloquecedor, el contacto directo con un tipo tan esencialmente desagradable como Rocafort podía desesperar a cualquiera, incluso si fuese más viejo, y más fuerte, que yo.

Era frecuente que habláramos del futuro, de la clase de vida que nos gustaría vivir cuando al fin tuviéramos una que no fuera un continuo desplazarse, pelear, matar y saquear. Cuando la conversación tiraba por ahí solía suceder que Llura, y sobre todo Carlota —no sólo era excesivamente joven, sino que no acababa de aceptar la necesidad de saber leer y escribir; para ella, siquiera de momento, era un reto excesivo—, permanecieran en silencio, pendientes de lo que decíamos los demás, sentados a la turca sobre nuestras excelentes alfombras, heredadas del intendente precedente, mientras dábamos cuenta de una cena que gracias a Llura rara vez no era estupenda. El tema dominante solía ser el porvenir y lo que nos brindaría, y en esas largas no sé si disquisiciones, especulaciones o simples masturbaciones, a menudo era Claudera quien llevaba la voz cantante, sin que ni Ramón ni Berenguer, a los que aún les costaba deshacerse de la postura oficial de los mosenes, la que sostenía que las mujeres no estaba del todo claro que poseyeran un alma, se mosquearan o se impacientasen. Los dos habían terminado por aceptar que Claudera —y qué remedio les quedaba, me decía yo, si los tres le debíamos la vida— poseía un cerebro en absoluto inferior a los suyos, y para según qué cosas mucho más desarrollado que los nuestros. Sobre todo, para predecir el futuro.

—Si queréis que vuestro idílico estado catalán independiente sea viable, necesitaréis conquistarlo de otro modo, no como lo hacéis siempre. Para empezar, sin cargaros a todo el mundo. Los que tengáis que matar para conquistarlo, hacedlo lejos de donde plantéis la bandera. No sólo para que los supervivientes os odien algo menos, sino porque los necesitaréis. Durante mucho tiempo deberéis defender vuestra existencia, la del estado, con las armas en la mano. Mientras estéis atados a eso no podréis hacer nada que valga la pena, como cultivar la tierra, cosechar, apacentar, educar, edificar, comerciar... y, sobre todo, pensar. Sólo podréis guerrear, y así un día os daréis cuenta de que sois viejos, y será porque os habrán aplastado. Necesitaréis que los conquistados trabajen con vosotros y se unan a vosotros en un objetivo común, y para eso les tendréis que brindar algo que mejore lo que tengan, o lo que hayan tenido. Que lo mejore, sobre todo, en términos de libertad. Todos los sistemas sociales y políticos, cuando menos en la cuenca del Egeo, son tiránicos. Si el vuestro, el que os deis, no lo es, tarde o temprano los conquistados verán que les ofrecéis ventajas, y la de ser libres, o algo más libres, suele ser la que más se agradece. Deberéis daros leyes igualitarias, leyes que no entrañen para vosotros la ventaja de los conquistadores sobre los conquistados, sino que os den los mismos derechos que a los conquistados, y a ellos que los conquistadores. Deberéis daros jueces capaces de sentenciar contra vosotros cuando no tengáis razón, y bien sé que si algo es duro para el conquistador es eso, pero ahí deberéis ser extremadamente serios, porque donde no hay justicia no hay futuro. Si algo explica la facilidad con la que siempre habéis derrotado a los bizantinos, cuando son un imperio con cientos de miles de soldados y vosotros sois los poquitos que sois, es porque su sistema está podrido. La corrupción es tan colosal que la justicia no existe, ha muerto, y sin justicia no hay moral, y sin

moral nadie acepta jugarse la vida por un país, o por un estado, que le desprecia tan profundamente que permite a los corruptos hacer lo que les dé la gana con total impunidad. Tened esto siempre bien presente, porque vosotros seréis los que izaréis la bandera. La de vuestro estado catalán.

Ahí, lo confieso, a los tres, Berenguer, Ramón y yo, nos dio un escalofrío. El de preguntarnos si quien así nos hablaba era Claudera, mi mujer, o Claudera, hija de Eris y diosa de la predictividad.

* * *

Tomar Cassandria no nos fue difícil. Los griegos, porque allí todos eran griegos, se retiraron, casi todos por mar, al ver que poníamos rumbo al pezón de más al oeste de los tres que brotaban de la inmensa ubre que la península Calcídica simulaba ser en el último de los mapas que Muntaner compró a los venecianos, unos consumados artistas en una rara ciencia que llamaban cartografía. Razonables, desaparecieron tras estimar nuestra fuerza y concluir que de ningún modo querían darse una suerte como la de Massada o la de Numancia, pero sin destrozar ellos mismos su ciudad. Debieron de pensar que si nos entregaban sus casas en vez de acabar con ellas, cuando nos fuéramos las dejaríamos como las encontrábamos, y si por mí fuera desde luego que así sería, ya que destruir por destruir no nos servía de nada práctico, ni para nada útil.

Rocafort, sin embargo, tenía otras ideas. Aunque no hablábamos gran cosa del futuro —con el presente ya teníamos bastante—, alguna vez dejaba caer sus opiniones, y me parecía que las mismas no iban más allá de perpetuarnos como una fuerza mercenaria y saqueadora, sin más propósito que algún día encontrar por ahí una bella dama con la que pudiera él matrimoniar, aportando como dote su indiscutible capacidad de hacerse respetar. Así, algún día seríamos la hueste del duque tal o el príncipe cual, el brazo armado de su voluntad dictatorial que haría sentir su peso en un país aterrorizado por su señor, y poco más. Un destino, ése, que no me gustaba nada. Francamente, nada. Ni que decir tiene que los viejos ideales de la Companyia Catalana, democracia expresada de un modo asambleario, elección de nuestros jefes a mano alzada, selección comunal de los objetivos, así como el resto de las buenas intenciones, le traían completamente sin cuidado. Tal y como profetizó Muntaner, poco a poco se quitaba la careta y dejaba salir la bestia furibunda que *portava dins*. Lo peor de todo era que la mente designada para transformar sus delirios en realidades operativas era la mía, y cada día sentía una repugnancia mayor por hacerlo.

Sin embargo, algo de bueno tenían las fechas: el invierno se acercaba, la ciudad se nos había entregado intacta y estábamos mejor que bien de víveres y de leña —en algo se tenía que notar el tener un intendente obsesionado por los detalles—, de modo que no nos aguardaba un invierno de hambre, ni de frío. El porvenir bajo Rocafort sería espantoso, sí, pero no llegaría mañana. Cuando menos, hasta que florecieran los

almendros, allá por marzo, viviríamos tranquilos. No era la mejor de las esperanzas, aunque de momento, siquiera durante los siguientes cinco meses, nos valdría.

VIII

LÁMIA, NOVIEMBRE DE 1310

El invierno de 1307 a 1308 transcurría de un modo apacible. Nos habíamos instalado bastante bien, en una casona un punto apartada con una bonita vista sobre la teta central de la Calcídica. Bastaba y sobraba para nosotros siete, más Berenguer y Carlota, Giovanna, sus restantes hijos y Ramón, a todos los efectos uno más de la familia. Rocafort se había procurado el palacio donde antes residía el gobernador de Cassandria, que sin ser una maravilla cuando menos era cómodo, además de grande, y el conjunto de la hueste, con carácter general, había encontrado calor y cobijo en la desierta pero intacta ciudad. Cassandria estaba situada en el extremo sur de una subpenínsula muy larga y no muy ancha que se llamaba igual, Cassandria. El istmo que la unía con la Calcídica era muy estrecho; se llamaba Potidea. En él encontramos un primer asentamiento griego abandonado y nos llevó menos de dos días fortificarlo a un punto tal que muy difícilmente nos llevaríamos una sorpresa que viniera por tierra. Por mar sí sería posible, pues eran varias las playas que daban al Egeo, aunque lo cierto fue que allá por marzo, cuando nos aprestábamos a reanudar nuestra entretenida vida operativa, seguíamos sin recibir visitas hostiles. Yo había desplegado una red de vigilancia que cubría el perímetro de la subpenínsula, y al hacerlo me di con la grata sorpresa de que no todos los campesinos habían huido, aterrados ante la inminente llegada de los catalanes; nuestro solo nombre se asociaba usualmente con los de Belcebú y Satanás, si bien éstos daban menos miedo.

No huyeron, fundamentalmente, porque las autoridades de Cassandria escaparon por mar y nadie se ocupó de avisar a los infelices campesinos, aunque también por ser conscientes de que su pobreza les inmunizaba contra nuestra previsible sed de saqueo. No me costó gran cosa convencerles —ayudado por Claudera; les

tranquilizaba mucho que quien daba la cara por el lado de los invasores hablara un pasable griego y la que presentaba como su esposa, complementada con una niña pequeña simpática y bonita, fuera una griega inconfundible y que, por supuesto, hablaba un griego perfecto— de que dejaran de temblar y se pusieran a trabajar. Les asegurábamos paz, tranquilidad y prosperidad si ellos nos facilitaban harina, pan, huevos, verduras, frutas y leña, y a eso añadí en un relámpago de inspiración unas docenas de vacas que agradecieron sobremanera, tanto que sobre la marcha se comprometieron a que a nuestros cachorros jamás les faltaría leche, ni a nosotros queso. Así, a las dos semanas de coexistencia pacífica y mutuamente beneficiosa empezaron a sonreírnos, y nosotros a ellos. De lo aprendido en Gallípoli se deducía que siempre sería mejor respetar a nuestros vecinos, incluso al fastidioso precio de no poder violar a sus mujeres —fue lo que más me costó imponer en nuestras filas—, siquiera de vez en cuando.

La vida sin novedades y con pocos disgustos, con buena comida y mucho tiempo libre, suele propiciar que la naturaleza gaste bromas. La de finales de febrero en realidad venía de la última Saturnalia —el término *Navidad*, si bien seguíamos usándolo, se quedaba de puertas afuera—, pues la relativa sorpresa que nos llevamos los tres era obvio que se gestó siete u ocho semanas antes, y hasta sospechábamos cuándo, una larga tarde de baño, relajación, buena cena, mejor sobremesa y agradable velada nocturna. Era la primera vez que mis dos mujeres se quedaban preñadas al tiempo, lo que, por cierto, les causó un punto de inquietud, pues hasta entonces se habían relevado la una con la otra cuando tal cosa sucedía, lo cual les aliviaba en sus respectivas angustias de madres sobrepasadas de obligaciones y que poco a poco se convertían en unos seres —ellas mismas— que no valían para nada. El que las dos coincidieran, y además para el inmisericorde pitorreo de los íntimos —«a ver si esta vez parís algo con pito», era lo más sutil que les decían—, extendía sobre nuestras cabezas un palio de inquietud, apenas atemperado por la evidencia, o así lo veía yo, de que nuestro plan de operaciones para el verano siguiente concluía en el regreso a la hospitalaria Cassandria para invernar ahí un segundo año. Así, cuando menos, a corto plazo no sufriríamos esas espantosas marchas en carreta, cargadas de hijos y encima soportando tremendas barrigas. Sería bueno, eso sí, pensar en alguien que las sustituyera cuando su funcionalidad se limitase a parir y amamantar, y no cabía confiar demasiado en Carlota, pues además de seguir siendo excesivamente joven se pasaba el día pensando en lo mismo, a un punto tal que veíamos inevitable que cualquier día se sumase a la cofradía de preñadas. Ahí fue cuando nos acordamos de Calliope, la cual se había quedado un tanto desconsolada tras la marcha de Muntaner, su protector. Yo la protegía, por supuesto, pero no era lo mismo. Para empezar no vivía con nosotros, sino con algunas otras madres asociadas entre sí para sacar adelante sus carnadas sin la directa presencia de macho dominante —o inaguantable— alguno. A eso se debió, supongo, que pusiera buena cara cuando, tras consejo familiar, la invitamos a unirse, con sus hijos, a nuestra extravagante comuna. Tanto

Claudera como Llura la recibieron encantadas, pues le reconocían una experiencia considerable, y Claudera en especial tenía interés en aprender más turco del que sabía, si bien las dos pusieron cuidado en explicarle que *sustituirlas* en modo alguno significaba que, para determinados menesteres, debieran ocuparse de mí cuando ellas no pudieran hacerlo. Así se me hizo claro que a la vuelta de un tiempo, que además coincidiría con el fin de la campaña militar, me aguardaba un fastidioso periodo de ayuno y abstinencia, pero en toda guerra siempre hay bajas, como decía Ramón d'Alquer, filósofico, y en cualquier caso siempre podría salir con él por ahí, a dar una vuelta. Él, aunque nunca daba detalles, solía volver de las que daba como un gato relamiéndose la leche que se le había quedado por los belfos. Quizá, de no haber más remedio —era de aceptar que la presión de la calentura podría llegar a ser insoportable para un hombre joven y saludable acostumbrado a dormir con dos mujeres a la vez—, encontrase ahí el alivio que durante unos cuantos meses ninguna hembra de la casa me podría procurar, aunque aún faltaba para eso. No era, de momento, algo de lo que me debiera preocupar.

Lo que sí empezó a preocuparme coincidió con que los almendros florecieran de la noche a la mañana. También fue así como llegó, sin que la esperásemos, una galera que izaba dos pabellones, el de la República de Venecia y el de Charles de Valois. Caímos entonces en que desde la marcha de Ferran d'Aragó y Ramón Muntaner no habíamos vuelto a recibir visitas, ni venecianas ni de ninguna otra especie. A bordo venía un francés malencarado, ni viejo ni joven, aunque feo y bajito que afirmó llamarse Thibaud de Cepoy, para después añadir que venía por cuenta de su señor, el duque Charles de Valois, y que si lo hacía en una galera veneciana era porque la República de Venecia y Francia eran aliadas naturales en el mar Egeo, donde se complementaban admirablemente, ya que aquella ponía su tremenda superioridad naval y la otra una no inferior fuerza terrestre. Aquel preámbulo nos lo explicó en un veneciano bastante horrible, de pésimo acento y que a Rocafort le irritaba no poco, ya que cuando alguien decide facturar un embajador a una potencia extraña, y probablemente hostil, lo menos que debe hacer es asegurarse de que podrá entenderse con quienes le oigan. Todo mejoró, sin embargo, cuando se pasó al francés, el cual hablaba de un modo exquisito, como era natural. Rocafort seguía sin comprender nada, pero le tranquilizaba el que yo tradujera sobre la marcha, frase a frase, lo que desgranaba el tal Thibaud, a su vez un punto irritado de verse obligado a parlamentar con un patán que no hablaba la lengua de la nobleza, el incomparable idioma francés que tan gran orgullo hacía sentir a los imbéciles que sólo hablaban eso, al menos al juicio de un brutal Rocafort que valoraba la cultura un puntito menos que al estiércol.

Lo primero que nos explicó, poniendo interés en asegurarse que lo comprendíamos los dos, era que, aun habiendo llegado en una galera veneciana, él era un noble francés que venía en nombre de otro noble francés, aunque más grande, poderoso e importante: Charles de Valois, hermano del rey de Francia Philippe IV *le Bel*, conde de Alenon, de Chartres, de Perche, de Anjou, de Maine y, de postre, titular

del Imperio latino de Constantinopla^[13]. El tal Charles, como ya iba yo viendo y según el minucioso Cepoy nos lo despeñaba, padecía un pasado interesante, comenzando por que otro de sus títulos era, o había sido, el de rey de Aragón; Rocafort se disparó de la parte de las cejas cuando se lo repetí, pues a la primera no lo captó. Lo fue trece años, de 1282 a 1295, por capricho del papa francés Martín IV y tras haber excomulgado al titular, Pere III el Gran, aunque jamás logró ser reconocido por sus recalcitrantes súbditos aragoneses, catalanes y valencianos, que siguieron siendo fieles a Pere III y a sus sucesores, Alfons III y Jaume II. Este último seguía siendo el rey de Aragón y quizá ni siquiera recordara que un Papa vendido al oro francés —raro es el Papa sin precio, más de una vez había oído mascullar a Frederic II de Trinacria— le había fastidiado unos cuantos años con una clamorosa excomunión —el arma definitiva de los papas, al igual que la lavativa de agua bendita es la de los exorcistas— y con su empeño en afirmar que Charles de Valois era el verdadero rey de Aragón. Todo esto, por cierto, no nos lo dijo el tal Thibaud de Cepoy. Yo lo recordaba de las muchas horas hablando de historia que había pasado con Muntaner, y tampoco se lo dije a Rocafort sobre la marcha, sino después, al tiempo de analizar lo que nos había contado el tipejo ése.

No traía una oferta en firme, añadió cuando consideró que había llegado el momento de abandonar a los pájaros y a las flores. Sólo pretendía conocer la disposición que pudiera tener la Companyia Catalana d'Orient para ser contratada en calidad de fuerza mercenaria por su señor Charles de Valois. Él suponía que no sería mala, toda vez que al haber dado con la puerta en las narices al rey de Trinacria, y con él a las otras dos coronas de Aragón, no podría decirse de nosotros que contábamos con más apoyos que nuestros chuzos y nuestros *cortells*, lo cual, suponía que no traicionaba ningún secreto al comentarlo. Duraría más o duraría menos, pero tarde o temprano se nos caería por los suelos, con los pésimos efectos que con toda facilidad podríamos deducir para nuestras mujeres y nuestros hijos. A eso, y tras un rápido secreteo con Rocafort —de boca contra oreja y muy bajito; Rocafort sospechaba que igual el *fill de puta* ese comprendía el catalán; después de todo, y según le había explicado una vez el abad de Montserrat, el catalán era la lengua de la que descendían el provenzal, el francés, el aragonés y quizá incluso el castellano—, le respondí que, uno, se le veía sospechosamente bien informado, y dos, qué cuáles eran los enemigos de Charles de Valois, cosa que necesitábamos saber antes de pasar a mayores. A lo primero respondió que por sí mismo no sabía nada. Su fuente de información eran los venecianos, que desde hacía unos meses hospedaban, en muy buenas condiciones, o eso creía él, al infante Ferran d'Aragó y a nuestro antiguo intendente general, Ramón Muntaner. Él no sabía cómo habrían conseguido la información, aunque, por otra parte, no parecía nada tan importante como que para obtenerla hubieran necesitado ponerse desagradables. Ahí Rocafort demostró, una vez más, que sería lo que fuese, pero que cortaba un pelo en el aire. Lo hizo en su mejor estilo, además: levantando con sorprendente agilidad su inmenso corpachón,

agarrando a Cepoy de la pechera y, pegando su boca a la del otro —una crueldad innecesaria, pues Rocafort no se lavaba las fauces, o eso se murmuraba, desde que salió de Calabria—, le bramó en perfecto catalán que para seguir hablando quería ver a Muntaner ahí mismo —señalaba una silla vacía—, lo que traduje al momento, por si el impasible Cepoy no lo había comprendido —poseía el supremo don de la flema, era de reconocer—, añadiendo de mi cosecha que con hasta la última onza de oro de las que se había llevado con él. Sólo un tiempo después me pregunté si el mensaje no habría resultado un punto equívoco, aunque ya era tarde para puntualizar, porque los remeros venecianos, preocupados por la expresión de Rocafort, nada más ver a bordo a Thibaud de Cepoy se habían puesto a remar como si quisieran ganar una regata.

—¿Cómo lo ves tú?

—Parece que Andrónic no es el único al que le pegan dentelladas. Alguien se las debe dar también al francés, lo bastante fuertes como para que se resigne a tantearnos, pese a la historia que arrastramos con el otro Charles, el d'Anjou, y la fama que tenemos por aquí. Muy desesperado debe de andar, me parece a mí.

Rocafort asentía, distraído. Supuse que pensaba lo mismo que yo: trabajar por cuenta de un gran señor es siempre más satisfactorio que operar por la propia.

—Ve pensando en un precio que nos compense. Para empezar, no menos del doble de lo que De Flor pactó con Andrónic. Si necesita catalanes, que nos pague a lo que valemos.

* * *

Dos semanas después vimos regresar a la galera, si bien acompañada de tres más. La que tenía de pasajero principal a Thibaud de Cepoy fue la única que se pegó al pantalán de visitas —el único que manteníamos despejado; los demás recogían a nuestras todavía muchas naves, casi todas abarloadas las unas de las otras—, para que bajara nada más arrojarnos las amarras, y donde yo le recibí, tan serio como correspondía, pero sin dejar de ser cortés.

—Hoy traigo una oferta en firme.

—Si no trae también un Muntaner ha hecho un viaje inútil.

—Sí traigo un Muntaner. Y un Gómez de Palacín, de propina. Están ahí —señalaba la segunda galera, me pareció que con un punto de aprensión—. ¿Hablamos antes, o después?

—Hablaremos cuando diga Rocafort. He mandado a buscarle, de modo que no tardará —me pensaba las palabras, tan deprisa como podía, pero ya he dicho que lo mío no es la deslumbrante velocidad intelectual—. ¿Muntaner está bien?

—Perfectamente, lo cual me sorprende.

—¿Y el otro?

—Muy preocupado, lo cual no me sorprende.

Del otro, García Gómez de Palacín, recordaba que d'Entença se lo trajo de

senescal de su infantería. Entre los dos había un vínculo muy fuerte, al punto de que alguna murmuración atrevidilla me había llegado a los oídos, pero eso no era infrecuente dentro del mundillo de los almogávares, sobre todo cuando los protagonistas no eran muy dados a reproducirse con frecuencia. Debió de ser fuerte de verdad, porque Gómez de Palacín no se cortó lo más mínimo en acusar a Rocafort en muy buen tono, para ser escuchado en amplitud, de haber mandado asesinar a su señor. Lo hizo, además, en presencia de don Ferran, cuando entre muchos lo llevábamos a enterrar, a d'Entença, en la cripta de Sant Nicolau. Don Ferran, sabedor por d'Arenós de cómo las gastaba Rocafort en materia de insultos, ofensas y agravios diversos, tomó a Palacín bajo su protección, le mantuvo siempre a su lado y se lo llevó con él en su galera, para evitar que su exaltado comentario le costara el garganchón. Bien, pues ahí venía, en un bote. —Muntaner, por las trazas, iría en otro — y ya dentro del alcance visual de un Rocafort tan inexpresivo como siempre, plantado en medio del pantalán y rechazando parlamentar con Thibaud de Cipoy. Era evidente que mientras no despejara de su enorme cabezón aquello que le impedía prestar atención a otras cosas, no valdría para nada.

El bote se acodó al pantalán. Palacín descendió remolcado no muy amablemente por dos hombres de Rocafort. Allí mismo le hicieron arrodillarse y un tercero, de reconocida maestría con el *cortell*, le liberó al instante de su cabeza, con el correspondiente surtidor de sangre, a la que se sumaban otros líquidos, menos fluidos y tirando a blancuzcos. Tras eso, y con la indiferencia del que se sacude un perro viejo, Rocafort pegó a la ojoplástica testuz una fuerte patada, con lo cual la tal salió volando, describiendo una elegante parábola y acabando diez estadales lejos de allí, en el mar. En cuanto al cuerpo, un segundo y aún más soberbio patadón bastó para que cayese justo al lado del pantalán, donde si de Rocafort dependiera se quedaría para toda la eternidad.

—¿El otro?

—Por ahí viene —Cepoy señalaba un segundo bote, de igual tamaño, donde ya no costaba distinguir las nobles facciones de un Muntaner que, curiosamente, me parecía más calvo que nunca. Tieso, dignísimo y tan sereno como siempre, componía la imagen misma de la imperturbabilidad.

La escena era similar: el bote se abarloaba, dos manos se tendían al tranquilo Muntaner y éste ganaba el pantalán de un modo no excesivamente ágil, aunque de suficiente dignidad. «Ahora viene cuando le decapitan de otro tajo bien dado», tenía cara de pensar Thibaud de Cepoy —yo no le perdía de vista—, para descomponerse un poquito, de la sorpresa, cuando vio a Rocafort avanzar hacia él con los brazos bien abiertos, sonriendo como un oso satisfecho para darle un abrazo de los que descolocan las costillas.

—Cuánto me alegra verte bien, Ramón.

—Cuánto me alegra que me veas, da igual si bien o mal, Bernat.

Se sonrieron, y con amplitud. Llevaban demasiada historia compartida sobre sus

hombros respectivos como para no estar encantados el uno con el otro.

—¿Qué tal te han tratado esos hijos de puta?

—No me quejo, dentro de lo que cabe, pero ya te daré luego los detalles. Ahí está el Cepoy, ya le veo. Ten cuidado con lo que haya venido a proponerte.

—¿Qué tal es?

—He conocido *escurçons* más cálidos, igual de sinuosos y bastante menos venenosos, pero no tiene un pelo de tonto. Bueno, ni de los otros. Te habrás fijado, ¿verdad?

Rocafort asintió con alguna solemnidad. Thibaud de Cipoy, en verdad, lucía la misma cabellera que un huevo cocido.

—Supongo que ahora tendré que hablar con él. Te querrás instalar, y bañar, y todo eso —Muntaner asintió—. Te pondría en las manos de Guillem —me señalaba—, pero me hace falta para entenderme con la *gariba* esa —por Cepoy—. Ahora, sus mujeres te aguardan con ansia, todas las que tiene. Planean dejarte como nuevo, tengo entendido. —Nos reímos, los tres, y con nosotros los aprensivos almogávares y venecianos que presenciaban la escena; todo parecía indicar que aquel día ya no se cortarían más cabezas—. Cuando acabemos con ése —de nuevo por Cepoy— nos iremos a cenar contigo, en la casa de Guillem. Una de sus mujeres, la que mata menos, cocina que te cagas, seguro que lo sabes. Bien, pues allí nos veremos.

Con Muntaner ya no hubo más. Le vi desaparecer, acompañado de un Oleguer que había surgido de a saber dónde, y que si bien no sabía dónde yo vivía seguro que sabría dar con mi casa. Si en algo jamás había fallado el buen Oleguer era en eso, en encontrar el camino.

* * *

—Según dice, su señor, el tal Charles de Valois, nos quiere, de momento, para que permanezcamos en *prevengan*. Nos toma bajo su protección; a todos los efectos seremos una fuerza perteneciente al Imperio latino de Constantinopla; se las apañará para que nos levanten la excomuni3n y, como nuestro jefe será francés, el Cepoy ése deis *collons*, pues nosotros vendremos a ser una especie de caballeros franceses expedicionarios, o algo así. De paso, su alianza con los venecianos se nos extenderá de un modo automático, de modo que, llegado el caso, hasta podremos contar con sus naves. Por lo demás, que sigamos con lo nuestro, como toda la vida, pero sin salimos de Macedonia. Dice también que cualquier día, una vez perezca el actual duque de Atenas, nos llamará para ir más al sur y defender el ducado, pero que hoy todavía no, que mantiene una tregua con sus vecinos. Una tregua de buitres, me parece. Según he comprendido, el duque de marras, un tal Guy de la Roche que probablemente sea un buen tipo —Muntaner asintió con alguna solemnidad— y que lleva un año muñéndose aunque sin terminar de cascar, se las ha compuesto para mantener la paz al precio de dejarse birlar unos cuantos castillos, pero una vez la espiche, y

dependiendo de quién sea el nuevo duque, se armará la gorda. Será entonces cuando nos ponga en nómina.

—Si no he comprendido mal, no piensa pagarte un maravedí.

—Así es, Ramón. No mientras sigamos como estamos, aunque asegura Cepoy que no puede tardar mucho, porque al tal Guy de la Roche le da un vómito de sangre por semana. Por cierto, el que nos contrate, siquiera de un modo formal, será el nuevo duque. Con dinero de Valois, por supuesto, pero habrá de hacerse así para salvar las formas con el Papa y con los genoveses.

Muntaner se lo quedó pensando un largo minuto. No ponía cara de que aquello le gustase o no; simplemente, lo valoraba.

—¿Cómo piensas que será tener al Cepoy en plan capitán general de la Companyia, como si fuera un Roger de Flor resucitado?

—No pienso hacerle caso. Ningún caballero, ningún adalid, ningún almugaden se le acercará para nada. Las órdenes las seguiré dando yo, le contaré lo que me dé la gana contarle y espero que así comprenda su papel: ser la reina madre, y nada más. Se cabreará, por supuesto, pero no tendrá nada que hacer, porque si se marcha muy ofendido su señor pondrá otro que comprenda mejor. Lo que busca el Valois es tener un perro rabioso bien a mano, para que muerda cuando él quiera y a quien él quiera, y si para eso tiene que mirar para otro lado mientras el perro se divierte mordiendo a otros, pues mirará, por supuesto. Si el Cepoy no ha comprendido que su papel es de cabrón consentidor, que se lo piense por su bien, o se amargarán la vida más de lo razonable.

Cayó un silencio un punto espeso. Me preguntaba si no sería el momento de ser discreto y dejarles solos —desde hacía un buen rato era una sobremesa para tres; las mujeres, con buen sentido, se habían marchado al poco de acabar con una cena tan extraordinaria como todas las que ideaba Llura cuando deseaba ser extraordinaria—, pero ahí Rocafort empezó de nuevo. Me sonó, un instante nada más, a que deseaba dejar claro que ya tenía un intendente y de ningún modo se planteaba volver a cambiar de intendente.

—¿Pudiste salvar algo?

—Hasta que volvió Cepoy de aquí, absolutamente nada. Tras eso, sí, aunque sólo *algo*—, mis libros, mi ropa y poco más. Lo más me dolió fue que también desplumaran a mi gente, a Oleguer y a los demás. Menos mal, aun así, que no se los cargaron.

—¿Cómo fue?

Lo pregunté porque me parecía que debía decir algo, no ya porque sintiera una excesiva curiosidad.

—Una completa estupidez. Ferran es un buen tipo, pero de una ingenuidad asombrosa. Es lo malo de ser infante, hijo de rey, hermano de rey y quizá en su momento padre de rey. Los que son como él piensan que nada malo les podrá ocurrir jamás, que por muchas insensateces que hagan siempre aparecerá su papá con las

galeras, los infantes o el oro, y les sacarán de donde se hayan metido, además de que siempre marchan muy bien escoltados y eso les hace ser desmedidamente imprudentes. —Hizo una pausa, para echar un largo trago del muy buen vino que Claudera compraba seguía yo sin saber dónde—. Cuando dejamos Thassos, en vez de aproar al sur para ganar el Jónico y desde allí seguir a Trinacria bordeando la costa calabresa y así esquivar lo más que pudiéramos a los corsarios venecianos y genoveses, quiso darse una vuelta por la costa este de Tesalia, pues tenía por allí una vieja cuenta que ajustar con no sé cuál antiguo pirata veneciano, uno que se había establecido en un lugar llamado Almyros, justo enfrente de la punta norte de Negroponte, y en una isla cercana, una que se llama Skópelos^[14]. Ferran no llevaba demasiada gente a bordo, pero en los dos casos fue suficiente para dejar todo arrasado. Tras eso seguimos a Caristo, el puerto principal de Negroponte, donde Ferran pretendía saludar al gobernador, un buen amigo, decía, de la casa de Aragón. Allí nos dimos con diez galeras venecianas nuevecitas, bien armadas y rebosantes de ballesteros. Aun así el burro de Ferran insistió en amarrar, confiado en que la bandera de Aragón era un salvoconducto inviolable, para encontrar, nada más pisar el muelle, que se les echaban encima docenas y docenas de venecianos. En un santiamén le mataron cuarenta de sus hombres, y si a nosotros no nos hicieron ningún muerto fue porque me negué a desembarcar. Lo que no pude impedir fue que nos abordaran. Nos hicieron presos, a todos, y por supuesto se quedaron con todo lo que llevábamos a bordo de la maldita *Hispanyola*, en qué hora se me ocurriría subirme ahí. Tras eso nos repartieron entre dos castillos que tienen a la entrada de la bocana. Los míos y yo acabamos en el de Bourtzi, más pequeño, y Ferran y los pocos de los suyos a los que no se cargaron en el que llaman Castello Rosso, aunque ahí le tuvieron poco tiempo, pues a la semana, o así, se lo llevaron al de Saint Omer, en Tebas, para encerrarlo allí por cuenta del duque de Atenas, ese Guy de la Roche que lleva un año muriéndose pero que no hay forma de que reviente de una maldita vez. De su gente sólo supe que la facturaron a Venecia días después, me figuro que para venderlos o para ponerlos a remar. Temía que a nosotros nos ocurriera lo mismo, pero alguien debió de pensar, e imagino que fue Charles de Valois, que podríamos venirle bien para negociar contigo —apuntaba con el dedo a Rocafort—, y así hasta hoy. Ya ves, tú, lo que pasa por seguir las aguas de un puto infante de mierda. Si hubiéramos seguido nuestro camino, navegando de noche y escondiéndonos de día, como se debe hacer en el Egeo y en el Jónico, llevaríamos meses en Trinacria con nuestros ahorros a salvo. En fin...

Meneaba la cabeza y fruncía los morros, en gesto combinado de abatimiento y resignación.

—Hemos explicado a Cepoy que, o te devuelven hasta la última de las veinticinco mil onzas de oro que te llevaste, o que con nosotros no cuentan.

Muntaner elevó una ceja, en gesto de levísima esperanza.

—¿Y qué os dijo?

—Que verá lo que puede hacer. De momento ha traído con él tres o cuatro mil

onzas, no sabía cuántas exactamente. Dice que no te las dieron en Caristo porque sospechaban que todo lo que llevabas a bordo nos lo habías birlado, y que cuando desembarcaras te colgaríamos sobre la marcha, pero que ahora, con el malentendido despejado, mañana mismo te las entregará, faltaría más.

Muntaner compuso el gesto universal de «bueno; menos es nada» y volvió a quedar en silencio, a la espera.

—Mañana seguiremos hablando con Cepoy. Tras eso se volverá por donde ha venido, dijo que a Caristo. Si lo hace con una contrapropuesta, regresará en cuanto tenga una respuesta. Si no, pues ya no le veremos por aquí. Nos ha ofrecido llevarte a Caristo, con los tuyos, en calidad de pasajero distinguido. Allí te conseguirá espacio en alguna flota que salga para Kriti; desde ahí no tendrás problemas en dar con algo que te lleve a Mesina. ¿Quieres que le digamos algo?

—Sí, que prefiero quedarme aquí unos días, con mis amigos. Ya pensaré después si me atrevo a ponerme, otra vez, en manos de los venecianos. Ahora, si me disculpáis —se levantaba—, prefiero irme a dormir. No es que haya sido un día de los agotadores, pero el hecho es que tardaré un poquito en volver a sentirme bien. Con vuestro apoyo.

Nos levantamos, Rocafort y yo. Le sonreíamos, también.

* * *

Quince días después, ya bordeando abril del año del Señor —o de quién *carall* fuera — de 1308, el grueso de la Companyia Catalana d’Orient se congregaba en la plaza de armas de Cassandria. El objeto de la convocatoria era presentar al conjunto de los cuatro mil y pico almogávares y los cerca del millar de caballeros un conjunto de acuerdos que se habían discutido hasta dos días antes con el conde Charles de Valois, titular del Imperio latino de Constantinopla, a través de su enviado, el caballero francés Thibaud de Cepoy. Según los tales acuerdos, la Companyia, que dejaría en pocas semanas de seguir excomulgada, se constituiría en unidad militar al servicio del Ducado de Atenas, su bandera sería la francesa, su pabellón el del conde de Valois y su capitán el ya citado Thibaud de Cepoy. Por lo demás, todo seguiría igual; a saber: el senescal jefe sería Bernat de Rocafort, el intendente Guillem de Tous y el senescal de la infantería Gisbert de Rocafort. La Companyia residiría en Cassandria por tiempo indefinido, atacando y hostigando al Imperio bizantino tanto como le fuera posible. Cada hombre recibiría una paga, por mes, de cuatro onzas de oro si era un caballero o un adalid, dos si era un almogávar de a caballo o un almugaden, y una si era un almogávar. Las soldadas se liquidarían por anticipado, cada cuatro meses, de modo que, si el acuerdo era ratificado por la asamblea de la Companyia —ya lo había sido por el Consell dels Dotze, por unanimidad—, esa misma tarde —aún no era mediodía— todo el mundo recibiría sus primeras dieciséis, ocho o cuatro onzas de oro, y además sería un oro de primera calidad, no como el del *cabrá* del Andrónic. —

Ahí los vítores ya se hicieron incontenibles; era indudable que Rocafort dominaba el arte de hablar a las tropas y levantar adhesiones inquebrantables. Por lo demás, lo que se obtuviera en los saqueos, y eran libres para devastar la Macedonia entera si les apetecía (más vítores), sería para ellos, como siempre había sido. Tras eso correspondía votar. Primero, los que se manifestaran a favor —un rugido y un mar de brazos en alto, como era de prever; Rocafort sonrió, encantado; no esperaba menos—; después, los otros —ni un solo brazo; entraba en lo posible que algunos, quizá, no lo vieran tan claro, pero no ha nacido quien se atreva, en un sistema de corte asambleario, a ser el uno entre cien, si no entre mil, que disienta.

—Pues asunto concluido —añadió para terminar—. Todo el mundo a cobrar. En dos días salimos para Macedonia y, recordad, desde ahora mismo ya somos franceses. —Carcajada general que Cepoy no entendió, y no sólo porque no comprendía ni jota de catalán, y menos del muy abrupto, nada culto, que se hablaba en Morella, sino porque Rocafort le daba la espalda, y gracias a su inmenso corpachón le había sido imposible ver el tajante corte de mangas que su senescal jefe había dedicado a Francia, al rey Philippe IV, al conde Charles de Valois y a él mismo.

* * *

Unos días después mi vida se había vuelto distinta. Nada que no esperase, pues bien sabía cómo era la del intendente, pero aun así sentía un punto de malestar, pues era la primera campaña desde que llegamos a Constantinopla que no emprendía con el grueso de la fuerza. El intendente general debía ocuparse allí, en Cassandria, de lo mismo que se había ocupado tanto tiempo en la lejana Gallípoli, siendo indiferente que antes se llamara Ramón y ahora Guillem. Las funciones eran las mismas, las obligaciones también, y si algo había cambiado era la responsabilidad, pues ahora era mayor, y también la libertad de acción, pues era significativamente menor. Dejando de lado la cuestión principal, defender a nuestras familias —a todas; los turcos y los turcopóls, en un imprevisible ataque de confianza personal, me habían responsabilizado de las suyas, a fin de marchar más ligeros; por cierto, que también me llamaban *ata*, y eso que más de la mitad tenían edad para ser el mío— y proteger nuestros ahorros y nuestro tesoro, los de cada uno y el general. Dado que Cassandria estaba más expuesta que Gallípoli, Rocafort me había dejado una fuerza de cincuenta caballeros, trescientos almogávares, cien turcopóls y ciento cincuenta turcos además de los hombres de mar, que serían, entre todos, algo menos de trescientos. En principio, suficiente para proteger, al tiempo, un ataque contra el istmo y un desembarco en alguna de las muchas playas de la península. Eso significaba que mis instintos militares no tendrían por qué padecer, y no lo hacían, pues no eran éstos los que sufrían. Eran los otros, los que no sabía si llamar políticos, o diplomáticos, o a saber qué. Eran de un tipo nuevo para mí, de modo que no los comprendía, o no del todo; por fortuna contaba con Claudera, y ella sí que los entendía. Del todo y a todos.

Muntaner y los suyos habían marchado para Caristo, Kriti, Corfú y Mesina — hasta la primera en la propia nave de Cepoy, aunque sin éste, pues se había empeñado en marchar con la Companyia, dado que, a fin de cuentas, era su capitán—, una semana después de salir la Companyia para Salónica, el primero y más importante de los objetivos de la campaña. Lo era por ser una ciudad rica y grande, tanto que tenía su propio sistema republicano, pese a formar parte del Imperio bizantino. Teniendo Rocafort como tenía carta blanca de nuestro protector Charles de Valois, no pensaba dejar piedra sobre piedra, cosa que de veras lamentaba perderme, y no por el saqueo, porque como ya era costumbre la parte de los que nos quedábamos atrás sería similar a la de los que marchaban adelante, sino por el deseo de seguir siendo uno más a la hora de cargar, descalabrar, degollar y en su momento ver qué me había correspondido, en oro, en armas o en mujeres. Lo último, no porque me acuciara el deseo de violar —aún no me habían dejado a pan y agua de la cosa del pecado—, sino por procurarme alguna esclava jovencita que pudiese ayudar en casa, ya que mis desbordadas mujeres así era como estaban: desbordadas.

Muntaner recibía muy de vez en cuando mensajeros de la fuerza explicando por dónde se andaba y qué cosas se hacían, pero a mí me llegaban cada dos días. Los enviaba Cepoy, abiertos y en francés. Su destino era Caristo —sin especificar más; allí ya sabrían qué hacer con ellos—, y si no se molestaba en cerrarlos era por comprender que de ningún modo yo los dejaría pasar sin antes darles un vistazo —así habría sido, por supuesto; quebrantar un lacre jamás ha sido un problema para los catalanes, y supongo que tampoco para los venecianos—; de este modo me mantenía muy al día de lo que sucedía en Macedonia, lo cual, para cierta sorpresa por mi parte, no era el aplastante paseo militar contra unos bizantinos idiotas, desmoralizados y mal mandados que Rocafort por unas razones, y Cepoy por otras, nos habían anunciado. Los macedonios contaban con un general, un tal Chandrinos, que no tenía nada que ver con todo lo que llevábamos masacrado. El tipo no sólo conocía su oficio, sino que no se dejaba impresionar por la terrible fama de la Companyia Catalana d’Orient. A eso se debía que tras dos meses asediando las murallas de Salónica Cepoy comenzase a preguntarse si tenía sentido insistir, cuando Macedonia estaba llena de riquezas mucho más fáciles de saquear.

Cada lunes salía para Caristo la galera de Cepoy, la cual regresaba el sábado más o menos inexorablemente. Salía con correo y con algunas provisiones —fruta sobre todo, y también vino— que a nosotros nos sobraban, y regresaba con más correo, así como, alguna vez, objetos de naturaleza personal para Cepoy o los suyos. Este correo igualmente llegaba en abierto, por las mismas razones que al sentido contrario. Jamás decía nada de interés, lo que me hacía pensar que ocultaba una cierta clave muy bien camuflada, y también que para las cosas serias el correo por escrito no valía, pues de vez en cuando aparecía un mensajero, el cual, curiosamente, siempre coincidía con Cepoy, pues éste había venido a pasar en Cassandria el día del Señor. Un Señor multilingüe, pues en nuestro idílico pueblecito se le rezaba en griego, en macedonio

—guardaba con el griego la misma relación que el castellano con el aragonés—, en catalán, en veneciano, en francés y en turco el de los turcopóls. Cepoy, por cierto, jamás pisaba la iglesia, o eso me decían mis espías —no le perdían de vista, según me había ordenado Rocafort—; en eso, era de reconocer, sí se comportaba como todo un almogávar.

Tres meses después, con la Companyia enfangada frente al Monte Athos —tras haberse visto en la dolorosa obligación de renunciar a la recalcitrante Salónica del correoso Chandrinos—, me llegó una carta de Muntaner, también abierta, si bien dudo mucho que nadie que no fuéramos él o yo comprendería su retorcida letra de no querer ser descifrado, y sus aún más tortuosas expresiones en un castellano apenas disfrazado de catalán, lo cual era una maldad más que una picardía, pues la lengua de Burgos se odia tanto con la de Girona, que son cantidad las palabras idénticas —sobre todo si se trata de conjugaciones verbales— que significan una cosa en un idioma y otra, bien distinta, en el otro. Si algún francés o veneciano destacado en Caristo pretendiera entender qué nos decíamos Muntaner y yo, lo tendría, sonreía según me lo decía, del color de las hormigas.

En esa carta Muntaner me relataba que había llegado a Mesina sin excesivo sobresalto, aunque con algún susto que otro, pues el Mediterráneo estaba sumamente revuelto, y no en lo climatológico sino en las tensas relaciones que se traían entre sí el conjunto de los países ribereños. El que no tenía un conflicto con unos lo tenía con otros, salvo la Santa Sede, que los tenía con todos, por eso había dejado de armar galeras; se las capturaban todas. A eso se debió a que la flota que dejó en Caristo, de cuatro naves a las que se les unieron cuatro más en Corfú, siguiera un curso similar al que seguiría un *escurro* de Montserrat —son las peores, precisaba—, para terminar fondeando en Mesina con todos los de a bordo sudando frío, por el pánico que les daba el posible verse con los genoveses. Allí explicó a Frederic que gracias a la caballerosidad del casi agonizante Guy de la Roche, duque de Atenas, había visitado en Tebas a su hermano Ferran, que le vio muy deprimido, quizá por creer que su captura, más su esquilme, fueron culpa suya, por pensar de los venecianos que serían tan caballerosos como rara vez eran los catalanes. Frederic dejó caer que pese a ser su hermano en nada podía socorrerle, pues se las tenía tiesas con los venecianos, pero don Jaume de Aragón sí que podría, gracias a sus mismos y poderosos argumentos de siempre: «o le soltáis, o ni una galera veneciana fondeará en un puerto de Aragón», de modo que al momento le mandaría un propio para explicárselo. Por lo demás, los venecianos de Caristo añadieron la cantidad de nada en absoluto a las onzas de oro que le dio Cepoy en Cassandria, de modo que, si no hubiera sido por la colecta que le organicé con almogávares, turcos y turcopóls, en el momento de redactar esas líneas, poco antes de salir para Djerba, el empleo-sinecura que le había dado Frederic, tendría una mano delante y otra detrás.

Era verdad que yo alumbré la colecta, con ayuda de mis mujeres y —gracias a ellas— de todas las demás en Cassandria, pues tenían presente a quién debían el

haberse librado de un muy mal destino si el *cabrá* del Spínola hubiera logrado desembarcar en Gallípoli. No sé si ellas fueron las que convencieron a sus hombres de rascarse las faltriqueras y las *butxaques*, pero el hecho fue que levantamos otro tanto de lo que le devolvió Cepoy. Curiosamente, incluso los turcos, en principio indiferentes, arrimaron el hombro como lo hacen los hombres, conscientes de que Muntaner les había tratado, en todo momento, con la más imparcial y escrupulosa honestidad.

Al igual que Muntaner, mis fuentes de información no sólo eran las ortodoxas. De vez en cuando fondeaban en Cassandria bajeles de pescadores que me vendían el fruto de su trabajo, lo cual les agradecía con buen oro francés, y gracias a ellos solía tener una buena idea de lo que sucedía en el Egeo, desde Rhodas hasta Kriti y a lo largo de las docenas de islas tirando a grandes que le hacen parecer un laberinto para dioses borrachos. Según concluía de lo que me contaban los unos y los otros, a nadie se le ocurría navegar en solitario. Sólo había convoyes y escuadras más o menos numerosas, y las de carga navegaban con escoltas muy fuertes. No era que se hubiera declarado una guerra entre genoveses y venecianos, que supieran ellos, pero sí que de ningún modo se fiaban los unos de los otros, cuando menos más allá de la línea invisible que unía Cassandria con Caristo, pues al oeste de la misma eran aguas francesas y los genoveses de ningún modo se aventuraban ahí, deseosos de para nada complicarse la vida con su gran vecino del norte. Al este de la tal línea, sin embargo, era caza libre, aunque sólo de los inconscientes que se aventuraban de uno en uno y cuya eslora superase la de una barca de pescadores. Por lo demás, concluían, el Egeo seguía siendo el mismo mar paradisíaco de siempre.

Una inusitada e inesperada fuente de información era el capitán de la nave de Cepoy, la que iba y volvía de Caristo una vez a la semana. Cada sábado le traía por casa, donde mis mujeres echaban el resto en que cenase como jamás en su vida lo había hecho y se sintiera tan a gusto como si hubiese vuelto a su Murano natal. El ambiente no tenía nada de sospechoso —una cena como cualquier otra con una familia quizá no muy ortodoxa, pero nada que pudiese asustar a un veneciano que llevaba muchos años vagando por el Egeo—, de modo que a la tercera o la cuarta frasca de buen vino la lengua se le relajaba, y comenzaba con los cotilleos que suponía más inofensivos, usualmente a sutiles preguntas de Claudera. Jamás lo hacía en directo y por derecho; era divina en las artes de la insinuación tortuosa y de hacer que las bocas de los contrarios respondieran lo que sus voluntades habrían preferido guardarse. Así supimos, por ejemplo, que Rocafort había iniciado con Cepoy una negociación cuyo propósito era dejar de una vez por todas su larguísima soltería, que ya tenía treinta y siete añazos. Su objetivo era Jeanne de Brienne, hermanastra de Guy II de la Roche y bastante bien situada para optar al ducado de Atenas cuando el pobre diablo dejara libre la silla. Cepoy afirmaba que Rocafort tenía buenas posibilidades, tanto de hacerse con el alma de la bella como de ser en su día duque consorte de Atenas, a falta de mejores títulos a su favor con el convincente respaldo

de la tremebunda Companyia Catalana d'Orient. Sin embargo, el tal capitán, Francesco di Messi se llamaba, sospechaba que no tenía posibilidad alguna, pues la tal Jeanne picaba mucho más alto, siendo como era, tan dulce como delicada, si la metían en la cama con el superpatán de Rocafort se arrojaría desde la torre más alta de su castillo, uno que tenía muy cerca de Tebas. En la opinión de aquel bienaventurado Messi, a Cepoy, un maestro de la manipulación, los continuos desaires que Rocafort le hacía en su calidad de indisciplinado senescal que no contaba con su jefe, le daban igual. Él había venido a lo que había venido, que no era otra cosa que identificar la mejor forma de controlar y gobernar a la ingobernable Companyia Catalana, para en su momento hacer que fuera un adecuado instrumento de convicción en las solas manos de Charles de Valois, y el resto no le importaba. Rocafort tenía una excelente opinión de sí mismo, como era notorio, pero lejos de los campos de batalla, donde las armas eran infinitamente más sutiles que las azconas y los manguales, no es que fuera uno de tantos, es que se volvía tonto del culo, y ya veríamos todos nosotros, con el paso del tiempo, cuál sería su verdadero destino en este mundo. Al llegar ahí solía ser necesario llevarle a la cama, entre Claudera y yo, y dejarle allí tirado para que la durmiera; mientras, nosotros dos, y Llura si le apetecía, desmenuzábamos sus palabras. Nada de todo aquello me afectaba de un modo directo, ni siquiera por la posibilidad de que Cepoy hubiera puesto el ojo en mí. Llura pensaba que bien podría ser así, pero Claudera sostenía que no. La clase de hombre que los franceses andaban buscando se habría de caracterizar por no saber pensar por su cuenta y con el ojo puesto muy lejos, y para mi desgracia Cepoy ya debía de tener claro que no era ése mi caso; mejor dicho, no era el mío más Claudera, que a fin de cuentas era la que ponía la mirada más allá del horizonte. Se conformarían con alguien bien mandado, que la hermandad no rechazara cuando tocase alzar el brazo y, eso sí, que se comunicara bien con ellos, con los franceses, y de éstos, en verdad, no teníamos muchos. No solíamos pasar de ahí, porque la especulación en espiral es un juego que acaba dando sueño, de modo que nos íbamos a la cama —tras revistar el estado de la cachorrada, la cual, para general alegría, se comportaba como una saludable carnada de bestezuelas—, no para pecar, que los bombos ya pasaban de siete meses, aunque algún consuelo me regalaban de vez en cuando, y para mí gran ternura las dos al mismo tiempo. Quizá tras acabar no me quedase como nuevo de mi cuerpo, pero de mi corazón podría jurar que sí, en el caso de que jurar no fuera una palabra tan sin sentido y tan estúpida; más aún, en el Egeo de los dioses, de los venecianos y de los genoveses. Allí una palabra de honor no valía nada, y un juramento menos todavía. De ahí que yo no jurase jamás, pero dejarme llevar por el sueño con mis dos mujeres abrazadas y ya dormidas, una de un lado y la otra del otro, ya era no lo más dulce que jamás habría imaginado se pudiera sentir, sino algo que, sospechaba, muy pocos hombres podrían siquiera imaginar.

* * *

Seguían llegándome noticias, y eran extrañas. Desde que pusimos pie no ya en Constantinopla, sino en Trinacria, jamás nos habían vencido a campo abierto. Era, pues, rarísimo, y preocupante, que aquel oscuro general Chandrinos no sólo se negase a rendir Salónica, lo cual, aun siendo fastidioso, era normal cuando se trataba de ciudades fuertemente amuralladas, sino que al frente de una fuerza no mucho más numerosa que los siete mil quinientos hombres de Rocafort, nos pusiera en fuga en un lugar conocido como Askos, al pie de unos montes llamados Tempelis, donde los dioses merendaban de vez en cuando, si había de hacer caso a todo lo que decía Claudera. Era una noticia inquietante, y de ahí que permaneciese pendiente de la próxima visita sabatina de Thibaud de Cepoy. Nos vimos, y no sé si con muchas ganas por su parte, pero el caso fue que me dio detalles abundantes, de la derrota y de sus prolegómenos. En esencia, el espíritu de la Companyia no era tan elevado como de costumbre, ya que Macedonia, una vez superada la primera impresión favorable, resultaba no mucho más fértil que los Monegros, y más o menos igual de poblada. La riqueza, de haber alguna, se concentraba en los monasterios, muy abundantes por allí, un misterio de la naturaleza como cualquier otro. El malestar se incrementaba, pensaba él, por culpa de Rocafort, cada día más dictador y menos caudillo, más irrazonable, más iracundo y menos dado a escuchar las ideas o las advertencias de los que formaban a sus órdenes, incluso de los que llevaban toda la vida luchando junto a él. Un trato al que de ningún modo los almogávares, o eso creía Cepoy, estaban acostumbrados, lo que les hacía pasar más tiempo gruñendo y maldiciendo que marchando y atacando. Cuando llegó el momento de vérselas con Chandrinos, Rocafort ni se molestó en estudiar el campo de batalla. Se lanzó a su estilo de siempre, un tanto a lo loco, para descubrir demasiado tarde que aquellos animales de bizantinos habían aprendido a clavar sus largas picas en la tierra y así hacer frente a la caballería blindada catalana. Cayó una gran cantidad de caballeros —Rocafort, no; hubo mala suerte hasta en eso—, a quienes los aviesos macedonios —parecían ser todos de por allí— remataron con la misma destreza y rapidez que los almogávares mostraban en tiempos mejores. La escena tuvo lugar bien a la vista de la infantería y de los turcos. Los unos y los otros, viendo que aquello no era lo acostumbrado, no sólo se negaron a cargar contra los bien parapetados macedonios, sino que les mostraron el culo y se retiraron en buen orden. Rocafort, después, bramaba de ira, y más porque a la vista estaba que su gente no le hacía ningún caso. Lo peor fue cuando insinuó que quizá convendría cortar unos cuantos cuellos para que así aquellos inútiles pusieran más interés, para recoger velas al ver que los más cercanos, los que le habían oído, empuñaban el chuzo y desenfundaban el *cortell* mientras le miraban fijamente. Volvió grupas y se dirigió al campamento, resoplando y blasfemando, aunque —pensaba Cepoy— sin haber llegado a entender lo que sucedía: los

democráticos catalanes habían comenzado a retirarle su confianza.

Sería mediados de septiembre de aquel aciago 1308, mis mujeres francamente torpes y pesadas —ya ni consuelos me caían—, cuando supe que Rocafort abandonaba Macedonia y se internaba en la península Calcídica siguiendo su costa este. Su objetivo parecía ser —el mensajero no lo sabía— un grandioso monasterio situado en el extremo del mugrón más oriental de los tres que asomaban del sur de la Calcídica como si de una inmensa ubre se tratara. En realidad, explicó Claudera cuando lo comenté mientras cenábamos —los tres más Carlota—, no era un monasterio, sino docena y pico, arracimados los unos a los otros en el borde de un conjunto de montañas situadas al extremo de la subpenínsula. Según decía, por allí haraganeaban entre dos mil y tres mil monjes, todos hombres —se creía que padecían una fuerte animadversión por las mujeres, si bien por ellos mismos parecían sentir afectos singularmente apasionados, y ahí Claudera no apuntó nada más; no hacía falta —, y sólo sujetos a la no exigente autoridad del Patriarca de Constantinopla. Entre sus tesoros y Rocafort no parecía que pudiera interponerse otra cosa que un rayo divino, pues Chandrinos, viendo que se internaba en la Calcídica, invirtió el rumbo para enfilar el camino de Salónica, sin duda encantado de sí mismo. Pobres monjes, me decía para mí, aunque sin sentir una pena excesiva; nadie que detestase a las mujeres me la podía inspirar, quizá porque a mí no podían gustarme más.

Dentro de lo que cupo, los monjes no tuvieron tan mala suerte. Los primeros monasterios resultaron devastados, como era natural. Según me contarían después Berenguer y Ramón, nos llevamos todo lo que Rocafort consideró de valor en los de Chelandariou, Vatopediou, Dochiariou y Xiropotamou, pero tras ese último Cepoy se plantó: su mutuo y muy devoto señor, el conde Charles de Valois, difícilmente aceptaría que un cuerpo que mostraba su pabellón, además de la bandera francesa, cometiera tales desafueros con una comunidad religiosa, dándole igual que fuera romana u ortodoxa. Tuvieron unas palabras ciertamente fuertes, y además en público. Los almogávares más próximos ya veían la cabeza de Cepoy repetir la misma parábola que la de Palacín, pero ahí, sorprendentemente, Rocafort se arrugó. Algo le debió de mascullar el otro muy cerca de la oreja, porque tal reacción en el cada día más enloquecido Rocafort era impensable. No para mí; sabía por Messi que aún alimentaba esperanzas de coyunda con la bella Jeanne. Así, con el zurrón a medio llenar —el que me informaba sospechaba que aquellos monjes amanerados serían lo que fuesen, pero tontos de ninguna de las maneras; habrían movido todo lo que se pudiera mover al más apartado e inaccesible de los monasterios, uno que se llamaba Simonopetra y que colgaba de un modo inverosímil de un farallón altísimo cortado a pico sobre las aguas del Egeo—, retrocedían hacia el centro de la Calcídica, con ánimo de arramplar con todos los rebaños que pillaran para después regresar a Cassandria y hacer frente al invierno con la despensa lo más llena posible.

El mensajero que me alimentaba de noticias no lo hacía en secreto, pues era el procedimiento acordado con Cepoy —con el conocimiento de Rocafort— para

mantenernos mutuamente al corriente. Iba y venía con un par de buenos caballos, de modo que por entonces, con la Companyia ya muy cerca, poco más de diecisiete leguas, le bastaban cuatro jornadas para ir y volver. No era un almogávar a caballo, sino un caballero joven, de los que aún no tenían armadura, y con fama de avisgado. Le invité a cenar y a dormir en mi casa, lo que agradeció con alegría, pues era más o menos notorio que como la cocina del intendente no había otra en Cassandria. Fue gracias a eso que me llegara la primera noticia de algo que Cepoy insinuó la última vez que hablamos y que me había despertado la imaginación; mejor dicho, había despertado la de Claudera, ya que yo, mal que me pese, para eso seguía siendo un zoquete. No es que me considere idiota o incapaz de aprender, pues era muchísimo lo que había entripado en mi torpe cabezón desde que doña Meritxell me introdujera en los insondables misterios del alfabeto, pero a imaginar no se aprende, y a especular tampoco. Aquello me habría pillado enteramente de sorpresa si Claudera, días antes, no me hubiera demostrado, una vez más, que un par de insinuaciones desmayadas le bastaban para exhibir, hasta los últimos detalles, lo bien que funcionaba mi diosa de la predictividad particular.

Según el informante, cuya lengua trastabillaba un poquito por culpa del excelente vino de Claudera, pero sin que se le pudiera imputar estar como una cuba, eran ya unos cuantos, entre caballeros y adalides, los que lamentaban que Rocafort se hubiera echado a perder de la parte de la cabeza, pero bien fuera culpa suya o bien del destino, así no se podía seguir. El dictador en que se había convertido no sólo les estaba conduciendo al desastre, sino que lo hacía de un modo tan desagradable como injusto, así como enfrentado a las sacrosantas costumbres de los almogávares catalanes. Cuando uno caía en combate, sus bienes eran para los suyos, mujeres, hijos o lo que hubiera señalado libremente, y sólo en el caso de que no dejara nadie tras él, sus ahorros, los que tuviera, se incorporaban al tesoro común de la horda, lo que ahora significaba que pasaban a ser parte del tesoro general de la Companyia Catalana, pues a efectos prácticos las distintas hordas se habían fundido en una sola. Bien, pues corría la especie de que Rocafort pensaba ordenar que a partir de cuando él dijera no se hiciese así, sino que se incorporase al suyo propio, a su tesoro privado. Siendo aquello una grave aberración al menos habría podido dar una explicación, como que le hacía falta para realizar una gran boda, la cual redundaría en el beneficio general, pero ni en eso se había molestado. Todo aquello, aclaraba el beodo caballero, por el momento no eran más que rumores, aunque si se transformaran en órdenes el que debería implementarlas sería el intendente, me lo avisaba para que me lo fuera pensando. Siendo todo eso bastante grave, y aunque no dije nada mi cara debía expresar lo que pensaba, se animó a explicar que los mismos caballeros y adalides disgustados estaban empezando a pensar en el mejor modo de apartarle del mando, si bien de ahí ya no quiso pasar. Debía de suponer que con aquello había cumplido, así que, tambaleándose de un modo asaz cortés —eso y soltar un gran eructo era una cortesía inexcusable aprendida de los moros, ya que así se reconocía la exquisitez de

los manjares, tanto de los sólidos como de los líquidos—, se dirigió a su piltra, dejándonos sumidos a Claudera y a mí en nuestros respectivos pensamientos.

—El destino se te acerca, xor Guillem.

En nuestro código de señales particular, cuando Claudera decía «xor Guillem» era que hablaba de cosas serias. Llura, en eso, no la imitaba. Como buena catalana legítima, el humor no era el peor de sus vicios, de modo que siempre hablaba en serio; una virtud como cualquier otra, si bien, y para mis adentros, el sutil estilo de Claudera, capaz de acuchillar a un centinela mientras lucía la más seductora de las sonrisas, me gustaba mucho más.

—Igual sólo es una murmuración interesada.

—Si te lo hubiera dicho Cepoy podría serlo, pero este pobre bobo sólo es un correveidile bien manipulado. Que le haya lavado el coco uno más listo, y a éste, a su vez, Cepoy, ya será otro asunto. Lo sabrás pronto, cuando vuelvan todos ellos. Si la conspiración sigue adelante, alguno se te acercará para pedirte que te unas, aunque no lo hará mientras Rocafort no te ordene que le pases lo de los muertos sin viudas. Para entonces deberás tenerlo bien pensado, para que resulte convincente tu cara de no saber nada de nada y de no querer pasar de ahí.

Me quedé cavilando, y era que cada día me costaba más trabajo descifrar los mensajes de Claudera. Ella, por su parte, no se impacientaba; de sobra sabía que mi velocidad de proceso interno, para según qué urdimbres, podría compararse a la propia de las vacas. Se limitaba, con algún gesto de incomodidad, a sujetarse su tremendo barrigón. Lo que llevara dentro la estaba destrozando a patadas, seguramente ansioso —Dios quisiera que no fuese *ansiosa*— por salir de ahí lo antes posible.

—¿Tú le crees tan loco para quedarse con las cosas de los muertos sin viudas?

—Y de los con viudas también. Está promocionándose, que no se te olvide, y necesita todo el oro que pueda juntar. La tal Jeanne debe de ser carísima, de modo que cuando Cepoy le consiga las entrevistas con las que sueña, intuyo que tras la Saturnalias deberá llegarse a su castillo con las mejores prendas y las más apabullantes riquezas.

Tras un minuto, más o menos, contesté.

—¿Cuáles entrevistas?

—La primera, con el dueño de la mano de la bella, que si no he descifrado mal las ramificaciones familiares de los Roche y de los Brienne será el actual duque, Guy II de la Roche, aunque si éste ya está en el Hades tendrá que vérselas con Gautier de Brienne. Sea el uno, sea el otro, su *nihil obstat* será necesario para que pueda postrarse ante la hermosa Jeanne con alguna esperanza de que no se le haga pis en el *capel*.

Debo reconocer que a veces mi mujer me daba miedo.

—¿Y cómo sabes todo eso?

—No eres el único que habla con Messi, querido. De todos modos —añadió con

rapidez, para que yo no pudiera trazar primeras y segundas derivadas espirituales—, no le des a eso muchas vueltas, porque antes de que Cepoy le diga «vale, hombre, ya puedes ir a Tebas», la conspiración se le habrá echado encima.

—¿La dirigiré Cepoy?

—De ningún modo. Es demasiado inteligente para cometer un error como ése. Lo hará La Conspiración, sin que ninguno de los que la componen se haya significado de un modo específico, aunque para entonces los nombres de todos ellos ya estarán en boca de todo el mundo, y si no ya se ocupará el tal Cepoy de que así sea. No dejará que maten a Rocafort, eso sí. Por entonces será lo bastante impopular para que nadie proteste demasiado, de modo que los conspiradores podrían hacerse con el mando de la Companyia, y eso no es lo que desea el Valois, jamás pierdas eso de vista. Como tampoco podrán encarcelarle aquí, en Cassandria, lo razonable será que Cepoy se lo lleve a Negroponte, y desde ahí a saber dónde. Se irá con él, porque su misión habrá terminado. Después vendrá un tiempo de inestabilidad y desorden, porque no tendréis jefes. Igual, antes de marchar, te ofrece su puesto, el suyo, el de capitán, pero deberás decirle que nones, porque si lo haces te convertirás, lo quieras o no, en cómplice de la conspiración.

—¿Y eso sería muy malo?

—Sería catastrófico, porque al cabo de unos meses, cuando los ánimos estén más fríos y se haya repartido entre todos el tesoro de Rocafort, pues lo primero que hará La Masa será saquearlo, empezarán a echarle de menos. Una mala noticia cualquiera, da igual en qué consista, bastará para que la misma Masa busque un culpable, y ése, o ésos, serán los conspiradores. Se los cargarán, no te quepa duda. Sólo entonces podrás atreverte a sacar el hocico de la cueva. No antes, xor Guillem. No antes o te quedarás sin él. Por cierto —nuevo tono; me sonó más a mundano que a indiferente—, acabo de romper aguas —señalaba con displicencia un charco que se formaba entre sus pies—. Si no te importa, pon la casa en zafarrancho de parto y haz que Carlota se levante; suele dormir en cueros, de modo que no la mires mucho, haz el favor. No hagas preguntas, que ya le tengo dicho todo lo que debe hacer. Venga, muévete.

Me hacía una seña con la mano, como echándome. Su tono aún no era impaciente, aunque no tardaría en serlo. Por mi parte, todo estaba empezando a darme vueltas.

* * *

Cepoy, Rocafort y la Companyia Catalana llegaron a Cassandria el 16 de octubre, acompañados de un violento temporal de lluvia y frío. No traían grandes riquezas, pero sí un buen rebaño de corderos y otro, no pequeño, de vacas y de bueyes. A falta de cosa mejor, aquello significaba que aquel invierno, a efectos nutritivos, no sería el peor de los seis que con él habríamos pasado en las distintas riberas del Egeo.

Por entonces yo era el decepcionado padre de seis preciosas hijas, seis; las dos últimas, Berenice la griega y Agnès la catalana. El pitorreo era el esperable, además de afable, pues era notorio que tanto las criaturas como sus madres no podían estar mejor. Todo sería paz y alegría de no pensar, alguna vez, en lo complicado que sería para mí buscarles a todas ellas un marido decoroso. Tendría que ir ahorrando desde ya para poder acumular seis muy buenas dotes, y eso si no seguían llegando más mujeres. Me tranquilizaba el admirar lo preciosas que ya eran las mayores, que a sus cerca de cuatro años no sólo deslumbraban de bonitas, sino de listas y despiertas. El estar siendo educadas por dos madres cuyas enseñanzas se complementaban de un modo admirable —las dos, pese a su tiernísima edad, ya sabían distinguir las letras del alfabeto catalán, así como los primeros de los números arábigos— les sentaba prodigiosamente, y no sólo por lo bien que las llevaban sus madres y sus tías, sino por aún no haber dado un espectáculo de llantinas, morros, pataletas, histerias o cualquiera de los infinitos tipos de cabreo con que los niños muy pequeños se vengan de sus padres por el mero hecho de haberlos engendrado. Tanto la una como la otra eran dos niñas envidiables, y a mí, como era natural, se me caía la baba cuando reptaban por mi cama para darme los buenos días mientras se me comían a besos. Era la mejor manera de comenzar la jornada que nadie podría imaginar, si bien los disgustos no solían demorarse más allá de la hora del desayuno, cuando el mundo entero regresaba, desdichadamente, a la realidad. Una realidad en la que Bernat de Rocafort ocupaba cada día más espacio, y más desagradable.

No llevaba una semana en Cassandria cuando me hizo saber lo que me habían anunciado primero el mensajero y después Cepoy, que a partir de aquel momento, y con carácter retroactivo al comienzo de la última campaña, la bastante infructuosa de Macedonia, los bienes que dejaran tras de sí los almogávares y caballeros muertos sin familia dejaban de añadirse al tesoro general de la Companyia, para engrosar el particular del senescal jefe; o sea, el suyo. Como no decir nada le habría parecido sospechoso —yo no habría deducido eso, pero gracias a los dioses Claudera seguía en la mejor de las formas—, le planteé la conveniencia de consultar, cuando menos al Consell dels Dotze, lo que no le pareció mal. Bien sabía yo que al menos siete de los doce —de los catorce, realmente— no podían ser más fanáticos de su causa, de igual modo que cuatro de los restantes me parecían en absolutos ignorantes de la conspiración en marcha, de la que no quería saber nada sin que tal cosa impidiera el enterarme de casi todo, y no directamente, sino por Ramón y Berenguer, que sí estaban al tanto, aunque, por fortuna, sin haberse dejado involucrar.

Según avanzaban las semanas hacia la Saturnalia —bueno, para no pocos de nosotros aún era la Navidad—, fui sabiendo que Rocafort ponía un empeño especial en estrechar él mismo el lazo que se había colocado en el pescuezo. Así, por ejemplo, me admiré un poquito al contemplar el sello que, muy orgulloso, se había hecho fabricar por un joyero veneciano, de los establecidos en Caristo. Le representaba coronado, a caballo y blandiendo algo así como una espada flamígera. Dijo, cuando

se lo pregunté, que necesitaba un sello personal para su correspondencia con Charles de Valois o con Gautier de Brienne —todo parecía indicar que con aquel Brienne, del que me habían dicho era igual de alto y de rubio que yo, tenía más cosas en común de lo que pudiese nadie sospechar—, el cual se perfilaba como heredero del que habría debido ya morir varios meses antes, el desdichado Guy II de la Roche. Nadie se toma en serio un aspirante a buena boda si no sella sus escritos de un modo acorde a su rango, sostenía Rocafort sin querer acordarse de que ni Roger de Flor, en sus días más delirantes, se había encargado nada tan ostentoso como eso.

Otra cosa que me dejó muy perplejo fue su hacer saber a unas cuantas viudas —todas ellas con hijas preadolescentes, aún impúberes— que, a la que volviese a ser seguro navegar por el Egeo, deberían plantearse la conveniencia de regresar con su prole a Catalunya, o a Mallorca, o a Trinacria, o adonde fuese, pues para la Companyia estaban empezando a ser un lastre fastidioso del que no le quedaba más remedio que librarse. Para unas cuantas aquello no tenía nada de negativo, siempre y cuando no tuvieran que pagarse su pasaje —un extremo por el que Rocafort pasó de puntillas, sin definirse—, aunque para la mayoría era un trastorno muy serio, pues no tenían lugar alguno donde se las esperase, o eran más de una viuda por familia —mi triángulo particular no era único en el seno de la Companyia—, o ni siquiera eran de las nuestras, sino esclavas turcas o moriscas promocionadas a la condición de catalanas, lo que pudiera no percibirse a simple vista, si bien bastaba con escucharles dos palabras para entender que de l'Empordá, precisamente, no eran. Su integración en las ultraconservadoras, si no racistas, sociedades trinacriense, mallorquina o catalana parecía cuando menos trabajosa, y más aún sin un varón que las protegiese —todas, sin excepción, eran analfabetas—; se las veía tremendamente preocupadas, o eso me contaba Giovanna, que tenía trato con la mayoría. Una preocupación que les mutó en algo que no sabían definir cuando, tras lograr una entrevista privada con Rocafort, éste les hizo saber —de una en una y sin testigos; no era una historia contrastable— que podría revisar su caso, y aplazar la entrada en vigor de las medidas, si sus hijas impúberes le convencieran de que su educación se vería dificultada de verse obligadas a cambiar el aire del Egeo por el del Mediterráneo que baña las costas de Catalunya, Mallorca o Trinacria. Yo tenía presente ciertos antiguos comentarios del *führer* acerca del gran amor que Rocafort sentía por las niñas, de modo que comencé a notar molestias estomacales cada vez que las obligaciones de mi cargo me hacían sentarme con él, a explicarle cosas o a traducirle cartas. La sola idea de que aquel *hurensohn* —otro de los espectaculares vocablos normandos que al semiolvidado Von Blume no se la caían de la boca— pudiera pedir a Llura o a Claudera, unos años después, —conmigo en una tumba, si no devorado por los buitres—, que les llevasen a Eris o Meritxell para jugar con él a los papás y a las mamas, me descomponía de un modo tal que me costaba lo indecible mantener la cabeza lo bastante fría para seguir negándome no sólo a unirme a la conspiración, sino a encabezarla.

* * *

Fue una Saturnalia no ya triste, sino tensa. Se mascaba en el ambiente que algo estaba por ocurrir, aunque quizá no fuera más que la simple consecuencia de llegarme información tan reservada como privilegiada. No lo hacía directamente, sino a través de Ramón d'Alquer, al que habían insistido no sólo en que fuera de la partida, sino en que me atrajese a ella. Menos mal que supo resistirse, y con habilidad suficiente para no quedar marcado una vez los acontecimientos se desencadenasen y la Companyia Catalana quedara descabezada. Rocafort, por su parte, no daba muestras de inquietud. Seguía como siempre, convencido, en apariencia cuando menos, de haber sido bendecido por el dedo del Señor. Quizá influyera en eso el que Cepoy se había marchado a bordo de su galera, rumbo a Caristo, donde pensaba pasar la Navidad con los suyos venecianos; tenía por allí no sabía yo si sobrinos, o incluso hijos. Todo parecía en paz, de modo que nadie se mosqueó cuando el día 4 de enero de 1309 algunos de los miembros del Consell dels Dotze se dirigieron a Rocafort para decirle que, siguiendo sus instrucciones, habían comentado con las fuerzas desplegadas a lo largo y a lo ancho de Cassandria —la subpenínsula—, el nuevo procedimiento de asignación de bienes, armas y pertrechos de los que cayeran sin familia. En esa forma fue como Rocafort, bastante despreocupado y en compañía de su hermano Gisbert, al cual se le amaba tanto como a él, se dejó caer en una de las pequeñas salas de su cuasipalacio donde decían esperarle los reunidos, los cuales resultaron ser catorce, armados para el combate y bien provistos de cadenas. Cargarles con las mismas tras despojarles de sus dagas —lo único de carácter defensivo con lo que habían bajado— no les llevó más de un minuto, ya que, por grandes y fuertes que fueran ellos dos, los otros eran catorce y de ningún modo se andaban con remilgos o delicadezas. En cuanto a sus esperados gritos de llamar a su guardia personal en demanda de auxilio, lo cierto fue que no llegaron a dar ninguno, pues el plan estaba bien estudiado, al punto que dos de los catorce tenían por misión amordazarles a base de meterles en las bocas sendas madejas de lana, de las que usaban las mujeres para tejernos vistosos jubones. A continuación venía lo difícil, pues la ordalía tuvo lugar entre las horas de sexta y de nona, con el sol todavía muy alto. Se trataba de sacarles por una puerta trasera, cargarlos en una carreta, guarecerlos bajo una gran lona y desde allí llegarse al pantalán donde poco antes amarraba la galera de Cepoy; él fue quien hizo desde la proa la señal convenida para iniciar operaciones. A la guardia, no muy numerosa, se pensaba distraerla con un par de agradables jovenzuelas que distraídamente se acercarían por la puerta principal, a fin de pegar un rato la hebra con los encantados centinelas, y si con eso no bastaba, pues mala suerte, camaradas, porque tres o cuatro degollados a manos de supuestos amigos, con todo lo que andaba en juego, no irían a ninguna parte ni contarían para nada.

Media hora después Thibaud de Cepoy, más Bernat y Gisbert de Rocafort, así

como una galera birreme de nombre *Giulio Cesare*, habían pasado a ser historia para la Companyia Catalana d'Orient, más que nada porque jamás volveríamos a verlos, ni en Cassandria ni en ningún otro lugar.

Otra media hora después —las campanas de la desvencijada iglesia de Cassandria tocaban a nona, señalando que aquella era la hora de la misericordia— el Consell dels Dotze se reunía en el palacio que una vez fue de Rocafort. Los que ya estaban al corriente ni pestañearon al oír la novedad —caso de Ramón y Berenguer—, y los demás tampoco protestaron demasiado, pues eran realistas y sabían detectar cuándo el viento rolaba de un modo irreversible. Sobre la marcha se decidió hacer pública la nueva, y con el razonable ánimo de que fuera buena nueva se decidió levantar arqueo del tesoro que los Rocafort habían acumulado y que se guardaba en los cuévanos del edificio, a fin de repartir entre los caballeros, adalides, almugadenes y almogávares en partes iguales —los catorce renunciaban de antemano a lo que pudiera corresponderles; no les importaba, porque ya eran bastante ricos— lo que fuera fácil de repartir —las monedas—, y lo que no lo fuera incorporarlo al tesoro general de la Companyia, para lo cual sería preciso poner al corriente al intendente general, hasta entonces en la inopia; durmiendo la siesta, más exactamente, y no porque tuviera sueño, sino porque mis mujeres se habían negado a permitir que me levantara. Así fue como, al fin y resplandeciente de inocencia, empecé a tener una idea oficial de que a Rocafort, desde hacía meses, la tierra se le abría bajo sus pezuñas.

Realizar el arqueo y establecer la cuota liquidatoria correspondiente no me llevó mucho más de una hora, de modo que al toque de vísperas el Consell dels Dotze hacía público que cada miembro de la Companyia recibiría, en cuanto se pasase por allí, la importante cantidad —cuando menos para un almogávar— de treinta *besants*^[15]. Dado que la soldada que Charles de Valois pagaba por mes y almogávar era dos *besants* —una onza de oro—, con la herencia del desaparecido Rocafort cada uno de ellos se daba con quince meses de paga, lo que justificaba buena parte del inmenso júbilo que atronaba las calles de Cassandria cuando las campanas tocaban a completas. La otra parte, no hacía falta que nadie lo explicara, nacía de haberse librado, al fin, de un dictador insoportable. «Es lo peor de vuestro carácter como pueblo —dejaba caer una filosófica Claudera—. Soportáis muy mal las dictaduras y las imposiciones por *pedrots*; os ahorraríais muchos disgustos, y no poca sangre, si aprendierais a sobrellevarlas un poquito mejor».

* * *

La inestabilidad que había pronosticado Claudera no se manifestaba en exceso, pero era evidente, siquiera para el intendente, que la Companyia no tenía el porvenir muy claro. El mando, siquiera en teoría, estaba en manos del Consell dels Dotze, pero no lo ejercía, porque no podía. El Consell era un órgano consultivo y de control, no de tipo ejecutivo, de modo que apenas podía dar órdenes para que fueran cumplidas. Las

pocas decisiones que corría el riesgo de tomar partían de propuestas mías, y si se las elevaba era por un estricto sentido del deber, en el temor de que todo aquello se viniese abajo, aunque poniendo el mayor cuidado en que nadie sospechara que trataba de hacerme con el mando.

Una vez superada la borrachera del *coup detat* los conspiradores se manifestaban a ratos preocupados y a ratos exultantes, aunque siempre angustiados, como si presintieran que, al no haber actuado desde un consenso general —cosa inviable, por otra parte, pero eso sería otro asunto—, cualquier día podría levantar la cabeza el numeroso grupo de almogávares que, una vez pasadas a términos históricos las últimas fechorías de los dos hermanos, recordaban con nostalgia y creciente furor los dulces tiempos en que la Companyia, conducida por el heroico Rocafort, arrasaba campos, pueblos y naciones llenándoles las faltriqueras con toda clase de riquezas. Para Claudera todo eso resultaba elemental: «Sois una gente que no puede vivir sin un tirano; si es listo, cauto y decente se podrá perpetuar, pero siempre y cuando no deje de ser un tirano; como no lo sea os lo comeréis, y pondréis a otro, y así, tarde o temprano, elegiréis un nuevo Rocafort y la pesadilla empezará otra vez; no te queda más opción, xor Guillem, que aprender los fundamentos básicos de la tiranía, porque si cuando llegue la hora no das el oportuno paso al frente, todo esto —señalaba en derredor, indiscriminadamente— acabará por irse al diablo, y mucho me temo que con nosotros dentro».

Algo así debía de sospechar el conde de Valois, pese a que su mutismo me hacía temer que igual se había olvidado de nosotros. Sin embargo, a mediados de febrero llegó una pequeña flota veneciana —cuatro galeras— con su pabellón enarbolado en todos sus palos, sin duda para que no las supusiéramos hostiles y no la emprendiéramos con sus tripulantes una vez se aseguraran de que podían amarrarse al pantalán. A bordo venía un individuo del que habíamos oído hablar, aunque no recientemente; yo sólo recordaba que Muntaner le conocía, y que no lo despreciaba. Se llamaba Roger Des Laur o Deslaur. Era un híbrido de francés y catalán —lo primero por origen, familia, educación y carrera militar; lo segundo por haber nacido en el Rosselló, haberse criado entre catalanes y hablar nuestra lengua—, llevaba unos cuantos años al servicio de Charles de Valois y había sido designado por éste para ser nuestro nuevo capitán, toda vez que Thibaud de Cepoy no había parado de correr hasta Lyon. No traía noticias de los hermanos Rocafort, salvo que semanas antes fueron despachados, vivos, en una flota que salía para Nápoles, aunque a cambio traía la soldada de seis meses, correspondiente a los casi tres que se nos adeudaban y a los que irían de abril a junio de aquel 1309. A partir de que nos dijera eso nuestros sentimientos hacia él mejoraron ostensiblemente, y aún más cuando añadió que lo primero era lo primero y que mandásemos gente para retirar los bolsones que contenían los *besants*. Tras eso proponía que, una vez hubiera cobrado todo el mundo, nos reuniéramos a cenar, en tierra, y así nos explicaría qué tenía pensado el conde de Valois para la próxima campaña. Con aquello el buen hombre demostraba,

cuando menos, que comprendía muy a fondo cómo era el carácter catalán —el oro por delante y luego ya veremos—, lo cual estaba bien para empezar.

Deslaur era un tipo muy correcto, cortés y de maneras elegantes, pero en absoluto relamido. Se le notaba el ser un militar de los de verdad en que si para expresar algo, lo que fuera, podía servirse de tres palabras, de ningún modo usaba cuatro. Gracias a todo eso, el ambiente a la mesa —los catorce miembros del Consell dels Dotze más el intendente, de una parte, y Deslaur con dos tipos que le acompañaban y que no decían nada, quizá porque no entendían nada, de la otra— no tardó en ser relajado, aunque muy atento, con todos nosotros —los catalanes— muy pendientes de las palabras del francés, casi todas expresadas en un catalán nada gutural —el nuestro sí que lo era, y mucho— y además suavizadas por un acento provenzal moderadamente musical y en absoluto desagradable.

Comenzó explicándonos el estado del que pronto sería nuestro nuevo teatro de operaciones, un lugar de historia torturadísima que los antiguos llamaban Grecia y que desde hacía unas pocas generaciones, desde cuando las cruzadas comenzaron a llevar a Tierra Santa la palabra divina llevándose por delante todo lo que se les atravesaba en el camino, se subdividía en incontables ducados, principados, condados y otros tipos de unidades territoriales en que se combinaban las costumbres francesas con las que los cruzados habían encontrado por allí. La consecuencia, lo anunciaba con alguna solemnidad, era una formidable confusión, ya que todos aquellos miniestados, unos sometidos al supremo poder de Francia y otros no, se pasaban la vida no sólo guerreando entre sí, sino haciéndose toda clase de putadas los unos a los otros, para goce y disfrute de venecianos y genoveses, y en menor medida de los catalanes, aunque de los comerciantes, no de los mercenarios como nosotros. Redondeando el panorama se alzaba el fantasmón del Imperio bizantino, antiguo propietario de todos aquellos terrenos, al que no le había gustado nada que los cruzados se lo arrebataran y que desde sus fronteras macedonias y desde la costa de Anatolia no cesaba de incordiarles. A todo eso se añadía, por si fuera poco, la evidencia de que los turcos se avecinaban, despacito pero de un modo implacable, lo que preocupaba grandemente, pues si bien eran gente bastante atrasada lo compensaban siendo muchísimos, y su ánimo contrastado de avanzar hacia occidente partía no ya de llevar la palabra de su Profeta lo más lejos que pudieran, sino de que más al interior de Asia, de donde provenían, los mongoles y los tártaros les empujaban y les empujaban para quedarse, a su vez, con todo lo que se hallase más allá de las Portes de Ferro.

Era una buena introducción y la supimos agradecer. Después de todo, y hasta entonces, nadie se había molestado en explicarnos a quién masacrábamos, ni por qué.

Según Deslaur, que proseguía sin por ello dejar de masticar —eran unos corderos exquisitos, doy fe; mi buena Llura, escoltada por las demás *muxeras* de su estirpe, había echado el resto; los apretábamos con ayuda de unas formidables frascas del vino misterioso que Claudera se procuraba no sabía yo dónde, y aquí debo añadir que

la cena, tras algunas reflexiones un tanto apasionadas, se había decidido tuviera lugar en la mansión del intendente—, de todos aquellos miniestados el más importante para el conde de Valois, y por extensión para Francia y la Cristiandad en su conjunto —la romana, por supuesto; el Jesucristo de la ortodoxa, por lo visto, era no sólo distinto, sino de peor calidad—, era el Ducado de Atenas; no sólo por los tesoros de sabiduría que allí se acumulaban, sino porque tras sus fronteras se situaban las dos ciudades principales de la Grecia Clásica, tanto por lo que habían sido en el pasado como por lo que representaban en el presente: Atenas y Tebas. La última, por cierto, era la capital del tal ducado, un ente político, administrativo y militar creado el año 1205 —ciento cuatro años antes; no le había dado tiempo a crear una gran solera, me decía para mí— por la cuarta cruzada. Desde su primer duque, un caballero francés llamado Othon de la Roche, hasta el recién fallecido quinto duque, un desdichado Guy II de la Roche, todos ellos habían pertenecido a la estirpe de los Roche. Así habrían debido seguir, debidamente tutelados por la corona de Francia, pero el pobre Guy II había fallecido un par de meses antes sin dejar descendencia. Eso dio lugar a fuertes tensiones, no sólo allí mismo, en Tebas, sino en la potencia protectora, y también en sus levantiscos y agresivos vecinos, a un punto tal que llegó a temerse por la estabilidad del ducado. Ahí fue cuando intervino Francia, la cual, a través de la «digamos influencia» del conde de Valois —lo dijo así; parecía pensar que los feroces guerreros que tan hechizados le miraban eran capaces de procesar las sutilezas de su lenguaje—, logró que una especie de parlamento fantasmal que padecían en Tebas eligiera como sucesor a Gautier de Brienne, heredero de una familia y un linaje de muy distinguidos caballeros que llevaban varios siglos al servicio supremo del rey de Francia y al que, por lo visto, adornaban todas las virudes.

Yo procuré que no se me torciera el gesto al escuchar todo aquello. Bien sabía que Gautier de Brienne era hijo de un Hugo de Brienne que un día de 1279 devastó una bonita masía de un desconocido pueblo del Conflent, dejando como resultado el que por entonces empujaba con un trago de buen vino el último pedazo de una exquisita paletilla de cordero macedonio. Un Hugo de Brienne que a su debido tiempo recibió una mala muerte a manos catalanas. No había razón para que yo pensara lo que seguí pensando, pero en un relámpago de vertiginosa lucidez me vi diciéndome que a su hijo del alma le aguardaba un destino similar. Quizá, incluso, a mis manos fraternales.

El duque Gautier, proseguía Deslaur, era joven, pues sólo habían pasado treinta y un años desde que naciera en Brienne-le-Château, un lugar situado en lo más profundo de Francia. Era vigoroso, inteligente, justo —le adornaban todas las virtudes, era evidente—, y ya se había preocupado de asegurar el trono ducal, pues cinco años antes su hermosísima esposa —cosa en la que todo el mundo parecía estar de acuerdo, insistía Deslaur—. Jeanne de Châtillon, le había dado el que algún día sería Gautier II de Atenas y VI de Lecce. Su ducado, sin embargo, seguía corriendo serios peligros, pues le rodeaban vecinos inamistosos que pretendían devorarlo, habida cuenta de que Francia estaba muy lejos y no podría socorrer al joven duque a

la velocidad que necesitaría. Ésa era la razón de que Charles de Valois acabara de trapasar a Gautier de Brienne su contrato con la Companyia Catalana d'Orient, en el criterio de que con ella recibiría los refuerzos que necesitaba para convencer a sus vecinos de que le dejaran reinar en paz. Tras esto último cayó un cierto silencio, quizá porque deseaba ponerse al día en cuanto al cordero y el clarete, o quizá por darnos tiempo a procesar en nuestro rudo catalán lo que acababa de contarnos. Así fueron cayendo los minutos, hasta que llegó uno en que, bruscamente, advertí que una buena parte de las miradas de mis iguales convergían sobre mi persona.

—Roger, ¿podrías hablarnos de los vecinos del duque?

Hasta entonces, lo debo precisar, no le tuteábamos, ni él a nosotros. Sin duda sabía que las costumbres almogávares incluían el tuteo absoluto e irrestringido entre todos los que integraran una horda. El tutearle, por mi parte, sólo quería significar que yo, al menos, le aceptaba como capitán, cosa que no sólo comprendió, sino que pareció agradecerme. Si no por otra cosa, porque también me tuteó.

—Tú eres Guillem de Tous, ¿verdad? —asentí—. Siento no recordar los nombres de todos, pero es que sois muchos, y mi cabeza no es tan buena como para que se me queden todos a la primera. —Lo decía en sentido circular, sonriendo, y no era una sonrisa fea, ni tan innoble como las de reptil que tan a duras penas componía Cepoy; no todos de nosotros se la devolvieron, aunque sí los suficientes para que los dos, él y yo, respirásemos algo más tranquilos—. El vecino más próximo, y en cierto modo el más hostil, aunque quizá no el más de preocupar, es el de Tesalia. Es un país de tamaño similar situado al norte del Ducado de Atenas, muy fértil y muy rico. Más al norte comienza Macedonia, y apenas cruzada la frontera se halla Salónica, una ciudad que sin duda recordáis. —Eso se lo habría podido ahorrar, pensé yo y no debió de tardar él en decirse, ya que prosiguió más o menos apresuradamente con la geografía de los griegos—. Al oeste linda con el Epiro, del que os hablaré después. Tesalia es, hoy por hoy, un estado independiente, del todo feudal. Sigue formando parte del Imperio bizantino, pero de un modo muy suave, apenas formal, pues en la práctica su gobernante, un tal Jean II Doukas, hace lo que le da la gana. Su título es sebastocrátor —se me disparó una ceja, involuntariamente—, que es la forma que tienen por allí de referirse a los duques, o si no es eso no se le llevará mucho. Es un tipo muy listo y muy joven, que se llama, ya os lo he dicho, Jean II Doukas. Bueno, así lo dice cuando habla en francés; sabe Dios qué disparates dirá en griego. Sus relaciones con Guy II de la Roche no eran malas, aunque poquito a poquito le iba quitando castillos, hoy uno, la semana que viene otro, y así. Mi señor Gautier de Brienne, y el vuestro, si hacéis honor al contrato en vigor y a sus seguras prórrogas —un mensaje muy hábil, lo admití; sobre todo porque lo exhaló mirándome a mí—, de momento desea que le recuperéis esos castillos, que son unos treinta, y más adelante pues ya se verá, sobre todo porque, no sé si a la vez o un poco después, deberéis véroslos con el despotado del Epiro. Es más pequeño que Tesalia, y menos rico, pero está mejor comunicado con el Mediterráneo, así que de ningún modo es despreciable. Su sistema es también

feudal, no muy diferente del Ducado de Atenas, salvo en que ahí el que manda no está moderado por ninguna clase de parlamento. El déspota que disfrutan en estos días se llama Thomas I Comneno Doukas; es primo segundo del de Tesalia, pero no se quieren mucho. Está muy decantado por los bizantinos, ya que hace tiempo le casaron con una tal Irene Palaiológina, hija de Miqueli Paleóleg, heredero del Imperio bizantino, al que según creo conocéis bastante bien y por el que sentís un gran cariño. —Ahí sí que triunfó; lo supe al examinar las amplias sonrisas que levantó—. Más en serio, y si bien no es un enemigo tan de cuidado como Tesalia, es para no perderle de vista, pues su tierra es paso franco no sólo para los genoveses, que tienen una colonia en su costa, la del oeste, sino para los propios bizantinos si algún día se atreven a venir en las galeras genovesas y atacar a mi señor Gautier de Brienne por la espalda. En cuanto al sur, más allá del golfo de Corinto sólo hay un enemigo potencial, el principado de Acaya, que también es hijo de los cruzados, pero no son peligrosos, pues los venecianos les tienen rodeados y bastante hacen con sobrevivir. En cuanto a los venecianos en sí mismos, son nuestros aliados, no tanto del Ducado de Atenas como del rey de Francia, de modo que, salvo si cambiara diametralmente la política de alianzas de los unos y de los otros, nada deberemos temer de ellos. No sólo eso: serán nuestro soporte naval, aunque ya os avanzo que nadie os pondrá pegas para que conservéis vuestra flota. En fin, esto es todo. ¿Preguntas?

Surgieron unas cuantas, y algunas incluso no demasiado estúpidas, pero si bien yo no soy una lumbrera, cuando menos soy consciente de que hace falta un tiempo para procesar las novedades importantes, y mientras no se reflexiona es casi mejor no abrir la boca, para no que quedar como un idiota o un imprudente. Quizá se debiese a eso que Deslaur, con disimulo, no me quitara ojo, supongo que con ánimo de calibrarme, pero le dejé con las ganas. Ya le preguntaría bien, a fondo, y le pondría en verdaderas dificultades, cuando hubiera reflexionado sobre todo aquello que nos explicaba. Mejor dicho, cuando Claudera hubiese reflexionado.

—Mañana volveré a Caristo. Dejaré aquí dos galeras, al mando de estos dos capitanes, Ioacchino y De la Penne —sendas y respetuosas inclinaciones de cabeza—. Si en una semana tenéis una respuesta, y espero que más preguntas, designad una comisión y ellos —de nuevo los señalaba— os llevarán a Caristo, en una de las dos. La otra, mientras no regreséis, aquí seguirá. Bien —mirada circular, seria pero no tensa, ni hostil—, pues mañana será otro día. Buenas noches.

* * *

—Ni se te ocurra ir tú —el tono de Claudera no podía ser más categórico, ni más preocupado el gesto de Llura—. Es posible que Deslaur sea un tipo decente, pero seguro que no es el que manda. Cualquiera sabe qué os encontraréis en Caristo, de modo que, una vez más, ni se te ocurra, xor Guillem.

Llura no solía decir nada en esos casos, consciente de no ver de lejos con la claridad de la que siempre dormía con ella, unas veces conmigo en medio y otras no, pero en esa ocasión, alarmada, no quiso quedarse sin añadir sus pensamientos.

—Los venecianos y los franceses saben quién eres, y qué haces para la Companyia. Sin duda están al tanto de que los almogávares sólo te tienen a ti para entenderse con los que no hablan catalán. Si te eliminan, y ya se las apañarían para que pareciera un accidente, sólo podríamos entendernos con el resto del mundo a través de Deslaur o de otros como Deslaur. En otras palabras: nos tendrían en sus manos, y así sería una simple cuestión de tiempo que acabaran por acogotarnos. Si van de buena fe, y si te acuerdas de lo que pasó con Cepoy es para dudarle, hacédle saber, a Deslaur, que no pensáis ir a ninguna parte, pero que vuelva cuando quiera.

Me quedé reflexionando. Me dolía un poquito que mis mujeres acabaran de hacerme saber, por si no lo sabía ya, que cada una de las dos era más lista que yo, pero si una mínima virtud poseo es la de aceptar mis muchas limitaciones.

—Vale. Os haré caso. Mañana propondré al Consell decir a los capitanes de las galeras que regresen a Caristo, y que allí digan al Deslaur que vuelva cuando quiera, pero que nosotros no pensamos movernos de aquí.

Las oí suspirar, aliviadas. Las mamonas, mientras tanto, se las seguían comiendo vivas, encantadas de la vida.

* * *

Los almendros acababan de florecer, del modo tan brusco que acostumbran en la cuenca norte del Egeo, cuando vimos llegar las galeras de Deslaur. No venía tenso, ni de mal humor. No se quejó de haberse visto en la obligación de volver. Se limitó a decir que tenía sus jefes y obedecía sus órdenes, sin criticar nuestra suspicacia y nuestra desconfianza. Era, lo demostraba de nuevo, un tipo muy cabal y muy normal. Incluso muy catalán, pese a su linaje francés.

—A mi señor, el duque Gautier de Brienne, le gustaría mucho que allá por Pascua estuvierais en Tesalia —traía con él un mapa, bastante mejor que los que yo había heredado de Muntaner—, preferiblemente aquí —señalaba un punto concreto, previamente marcado con una señal en rojo—. Para llegar en esa fecha deberéis ponerlos en marcha cuanto antes. A título personal, os sugiero la ruta que veis aquí.

Su dedo seguía un tenue trazo, a carboncillo muy fino, que algún geógrafo veneciano había marcado entre Cassandria y Golos. Pensaba yo que veneciano y geógrafo, porque se había molestado en calcular la distancia que deberíamos recorrer, setenta y cinco leguas, la cual estaba escrita en un trozo de papel —«75 *lega*», indicaba— prendido del mapa con un alfiler.

—Golos es, además de un lugar muy agradable, un pequeño puerto. Si así lo desearais, podríais despachar allí vuestra flota, en lastre o con vuestras familias a bordo.

No contestamos a eso. Era la clase de asunto que hacía necesaria una buena meditación previa.

—Setenta y cinco leguas, a siete por día, son once días, aunque sólo en el supuesto de que no debamos abrirnos paso a machetazos de *cortell*. ¿Qué tendremos por en medio?

El que preguntaba era Berenguer de Roudor. Si bien estábamos lejos de habernos dado un capitán, a la hora de ponernos operativos casi todos solíamos mirarle.

—Sólo Macedonia, y no la parte más poblada. Si dais un buen resguardo a Salónica, para que Chandrinos no piense que pensáis asaltarla, no tendrá sentido que os intercepten, o que lo intenten. Total, si algo desean es que os larguéis.

Aquello tenía sentido. Cuando menos, para mí. Ya lo consultaría después con mis mujeres, me decía cuando recordé uno de los puntos que debíamos dejar en claro. Era una pregunta que, obligatoriamente, debería realizar el intendente.

—¿Cuándo cobraremos la siguiente soldada?

Deslaur se me quedó mirando, aunque no irritado. Se le dibujaba, incluso, una tenue sonrisa. Era evidente que de catalanes lo sabía todo.

—Hasta que acabe junio estáis cubiertos. Más allá, seguiréis cobrando y con puntualidad. Lo que no sabría decir es quién os pagará —compusimos, casi todos, el correspondiente gesto de incompreensión y desconfianza—. Pretendo decir que, cuando Jean II Doukas os vea sentados en Golos, buscará un acuerdo de paz y buena vecindad con mi señor xor Gautier, para lo cual éste le dirá que, para empezar, os pague los siguientes seis meses. Por eso digo que los *besants* no sé si os los traeremos nosotros o alguien de Jean II, pero seguro que vendrán.

Aquello hacía sentido, era verdad. Y si no lo hiciera, también daría igual. Después de todo, poseíamos gran experiencia en cobrar nuestras deudas y en ajustar las cuentas pendientes; de hecho, y salvo convertir Constantinopla en un montón de cenizas y escombros, y en sacarle los ojos por el culo a xor Miqueli, nada nos quedaba por cuadrar.

—Bien —era hora de recapitular; no quedaba nada por discutir ni por poner en claro; sólo decidir—, ¿hacéis, o no hacéis?

Nos miramos los unos a los otros, indecisos, algo más de medio minuto; ahí fue cuando noté que la práctica totalidad de las miradas se habían concentrado en mi un punto insegura persona. Estaba claro que la respuesta la tendría que dar yo, por ser El Intendente. De ahí mi plegaria para que no se me notara lo cagado que ya estaba.

—Pues hacemos. Cuenta con nosotros.

Ya nos levantábamos, sonriendo, cuando Ramón d'Alquer recordó algo que alguna vez nos atormentaba. Un poquito.

—¿Se sabe algo de los Rocafort?

Vimos que a Deslaur se le nublaba el rostro. Habría preferido, sin duda, que no le preguntáramos eso.

—Sí. Muertos, los dos. En el castillo de Aversa, en la Campania. Por orden del

rey Robert de Nápoles.

—¿Cómo los mató?

De nuevo Ramón, peligrosamente serio. Deslaur debía de tener muy pensada la respuesta, porque ni vaciló ni nos mintió.

Es probable que otro lo hubiera hecho, pero él tenía que seguir tratando con nosotros, y bien sabía que a un catalán se le puede mentir, como a todo el mundo, pero si lo descubre ya jamás hay posibilidad de mentirle otra vez.

—Los encadenó en una celda, la tapió y les dejó morir de hambre y de sed.

Unos compusimos un gesto de horror y otros nos quedamos mirando a Deslaur con algo que se parecía mucho al odio. Él, por su parte, se mostraba entre apenado e inexpresivo.

—Os recuerdo que aquí les apresasteis vosotros, que marcharon a Caristo en una nave veneciana tripulada por venecianos aunque fletada por un francés, que de allí al Tirreno siguieron en otras naves venecianas y que, ya en tierra, el que hizo lo demás fue un rey de Nápoles. Me apena como persona y como guerrero, pero debo deciros que los franceses no tuvimos nada que ver, salvo fletar la galera que les llevó de aquí a Caristo. En cuanto a mi señor, el duque de Atenas, tampoco tuvo que ver. De hecho, ni sabía qué se traía entre manos Thibaud de Cepoy, si no por otra cosa porque aún ni era duque de Atenas. En los primeros días de enero todavía se discutía si sería él o si sería otro, así que de ningún modo podía saber lo que se hacía en Caristo, un puerto veneciano, con dos prisioneros de la República de Venecia.

Según hablaba, yo veía que tres de los Dotze se mostraban lívidos. Eras los mismos tres que, tiempo atrás, habían iniciado lo que acabaría siendo la conspiración de los catorce.

Nadie dijo nada. Con general cara de pesadumbre, todos iniciamos el camino de la puerta. Por avatares del destino me fui quedando rezagado —no fue deliberado; sólo sucedía que me había perdido en mis pensamientos—, hasta que sentí que una mano me cogía del brazo.

—Guillem, ¿esto alterará nuestro acuerdo?

Reflexioné. No era una pregunta sencilla.

—Pienso que no, Roger, pero yo que tú zarparía cuanto antes. Por tarde que se haya hecho, a flote dormirás mejor.

—Ya lo había pensado, pero gracias por decírmelo. Espero que nos veamos en Golos. Adiós.

* * *

Nos vimos en Golos, efectivamente. No tan pronto como yo calculé, ni como a él le habría gustado, aunque cuando los dos nos hicimos la primera composición de lugar me faltaba saber que Robert de Nápoles, un rey del linaje d'Anjou y por tanto de lo más francés, había dado a Bernat y Gisbert de Rocafort una muerte tan espantosa

como deshonrosa.

Ni siquiera nos planteamos guardar aquello para nosotros. Era inevitable que siendo quince los al corriente de aquello se supiera más pronto que tarde. Y así fue; los primeros rumores comenzaron a extenderse aquella misma noche. Una de las ventajas de ser el intendente general era que, si quería, tenía muy poco trato con la gente, y así quise que ocurriese al día siguiente, aunque sin mucho éxito, ya que las campanas tocaban a sextas cuando Carlota me vino a preguntar si era verdad que los franceses habían matado a los Rocafort a fuerza de no darles ni agua. Le dije que sí, aunque para después preguntarle quién se lo había dicho. Contestó que al ir al establo más cercano, donde vegetaban unas cuantas vacas, las que surtían a las madres que vivían cerca de nuestra casa, lo comentaban las mujeres que se congregaban allí para lo mismo, y bastante indignadas, además. Los Rocafort serían lo que fuesen, que a ninguna les gustaban mucho, pero matarlos así, de aquella forma ignominiosa, merecía el castigo divino. Un castigo, mucho me lo temía, que no debía de preocupar en absoluto al rey Robert, aunque suponía que bastante a los catorce.

Al toque de vísperas la noticia se había extendido a lo largo y a lo ancho de Cassandria: los catorce, temerosos de lo que intuían, y más a partir de comprobar que todo el mundo les volvía la espalda, se habían atrincherado en la casa de uno de los primeros impulsores de lo que acabaría siendo La Conspiración, un caballero de Tarragona que de siempre había sido de los más afines a d'Arenós pese a no ser aragonés. Allí les sorprendió un gran grupo de almogávares bien organizados, con sus almugadenes y adalides al frente. Buena parte, me dijeron, procedían de Morella. Eran de los que habían luchado con Rocafort en Trinacria, en Calabria y con la Companyia Catalana desde nada más desembarcar en Anatolia. Estaban furiosos además de un tanto borrachos, y no tanto porque hubieran matado al que fuera su *cabdill* —de Gisbert parecía no acordarse nadie; nunca fue muy popular—, sino por cómo lo habían hecho. Al principio, según me contó Ramón antes de que tocaran a completas, parecían conformarse con un razonable apaleamiento, pero uno de los catorce, aterrado, cometió el error de sacar su *cortell*. Desde ahí fue visto y no visto, pues a los cinco minutos los catorce yacían más descuartizados que degollados. Tras eso, los aún furiosos justicieros les aplicaron el programa reservado a los traidores: despojarles de todo, acabar de trocearlos y dejar sus pedazos en la plaza de armas de Cassandria, para solaz de los buitres, los cuales quizá poseían información privilegiada, pues al poco empezaron a revolotear sobre los tejados. Ni que decir tiene que sus tesoros particulares fueron saqueados hasta la última brizna, si bien que con un señorío típicamente catalán: nadie se quedó con nada, porque todo me lo entregaron esa misma noche, para engrosar el tesoro comunal. En cuanto a sus mujeres y criaturas, nadie se metió con ellas. Ser la hembra de un traidor era una desgracia, si bien, se aceptaba, ellas no tenían la culpa. La hermandad, desde ahí, se despreocupaba. La que con el tiempo consiguiera un hombre, pues mejor para ella. Las que no, pues como tantas otras viudas, viejas, enfermas o simplemente feas, que

sobrevivían como podían en la estela de la Companyia Catalana.

La primera de las consecuencias se planteó al día siguiente, cuando el Consell dels Dotze verificó que ya sólo era de once. La primera medida fue que los dos *agregats*, Ramón y Berenguer, pasaron a ser *consellers* de pleno derecho. La segunda, que tras una no muy larga deliberación resultó elegido para cubrir la tercera vacante un caballero, Guillem de Sisear, al que hubo que ir a buscar con ciertas prisas, porque a continuación venía un nuevo asunto que debería ser debatido y votado entre todos. Ese nuevo asunto lo trajo a colación el recién consolidado Ramón d'Alquer. Según opinaba, muy convencido de lo que decía, el Consell era bueno para tomar decisiones en época de inactividad, pero en condiciones operativas, y dentro de prácticamente nada íbamos a vernos en ellas, era preciso contar con un órgano que pudiera tomarlas sobre la marcha y a la velocidad que se requería en el campo de batalla. La idea se discutió, para poco a poco abrirse camino el criterio de que lo mejor sería un *tripartit* donde quedarán representados los tres niveles de mando de la Companyia: los caballeros, los adalides y los almugadenes. Como entre los doce había de todo, se acordó que Berenguer de Roudor sería el caballero, lo que haría necesario cubrir el hueco que dejaba en el Consell. Guillem Erill sería el adalid —también habría que buscar alguien que le sustituyera en el Consell— y un tal Martí Recasens, almugaden veterano y muy respetado por los diversos adalides que le habían tenido a sus órdenes, sería el representante de la casta inferior. Tras aquello habría concluido todo, aunque ahí fue Berenguer quien de nuevo complicó la reunión, al explicar que las obligaciones del *tripartit* no sólo comprenderían la toma de decisiones previas a las batallas, sino la negociación con los diferentes interlocutores que nos fuéramos encontrando en nuestra nueva etapa de trabajar para terceros. Siendo así, sería necesario que se pudiera entender, el *tripartit*, con cualquiera que nos viniese a ver o que fuéramos nosotros a visitar, y lo malo era que ninguno de los tres hablaba otra cosa que catalán, y que salvo excepciones como la de Roger Deslaur era probable que los contrarios, los que fuesen, ni lo hablaran ni lo entendieran, de modo que, simplificando, exponía que deberíamos añadir el intendente al *tripartit*, formando un *cuatripartit* que ya sí sería capaz de hacer frente al conjunto de las necesidades operativas. Nadie se opuso —pudiera ser que por agotamiento—, lo que cuando me llamaron del Consell para decírmelo me supuso una íntima pero bien disimulada satisfacción. También una pizca de orgullo, aunque no personal, sólo egoísta: el de tener muy claro que, de todos los integrantes de la Companyia Catalana d'Orient, yo era el que tenía la mujer más inteligente. No sólo eso, sino la que mejor predecía el futuro. Por algo se llamaba Claudera. Su madre, al ponerle aquel extraño nombre, dio de lleno en la cabeza del clavo.

A partir de aquel momento al *cuatripartit* no le quedó mejor ocupación que preparar el viaje de setenta y cinco leguas que teníamos por delante. Se decidió, lo primero, que la impedimenta pesada —tiendas grandes, mobiliario, algunas cabezas de ganado, prendas de invierno y cosas así—, además de las mujeres mayores o

enfermas que malamente podrían resistir tan largo camino, serían despachadas a Golos con la flota. Procediendo así ganaríamos unos cuantos días, pues podríamos cubrir una media de cinco leguas por jornada. No avanzaríamos separados, como hicimos entre Artaki y Filadelfia, porque preveíamos que Chandrinos, si lo hiciéramos, trataría de reducirnos a célibes. Marchar todos juntos implicaba ir a menor velocidad, pero eso era un mal menor. La última decisión fue dejar Cassandria tan intacta como nos la encontramos; no ganábamos nada con destruirla y siempre había la posibilidad de que regresáramos allí, de modo que salvo algún pirómano despechado nadie protestó. Así, nos pusimos en marcha en los primeros días de mayo, suscitando pronto el interés de los vigías de Chandrinos, que no perdían de vista el istmo. Cuando advirtieron que nuestro rumbo daba un gran resguardo a Salónica dejaron de vigilarnos de cerca para pasar a seguirnos de muy lejos; Chandrinos demostraba una vez más el ser un general competente, pues había entendido lo que sucedía: nos íbamos de Salónica —la provincia— para internarnos en Magnèsia, el terreno que venía inmediatamente al sur, y al hacerlo con todo auestas era lógico deducir que no pensábamos detenernos ahí. A un enemigo que se larga, quizá para no volver, no se le hostiga; sólo se le observa, y eso fue lo que ocurrió hasta comprobar que dábamos otro gran resguardo a Larissa, sin atacarla, en decidido rumbo sur. Desde ahí no volvimos a verlos, porque nos adentrábamos en Tesalia y sin duda Chandrinos prefería no buscar complicaciones con Jean II Doukas. Más o menos por entonces nos salió al paso un emisario de Roger Deslaur, para decirnos que siguiéramos adelante, hacia Golos, donde se reuniría con nosotros, y con muy buenas noticias. Nos pareció bien, aunque no por eso abandonamos nuestras precauciones. Nos sabíamos invadiendo no por las buenas —aún no eran las malas— un territorio soberano, con el agravante de que sus habitantes no nos examinaban con curiosidad, ya que preferían huir despavoridos, lo cual imputábamos a nuestra pésima reputación. No pensábamos que su desconfianza se agravaría demasiado por hacernos con sus rebaños —enviábamos fuertes avanzadillas para capturarlos antes de que sus dueños se plantearan escapar—, así como por saquear lo poquito que dejaban en sus casas una vez las abandonaban, aunque demostrando que nos habíamos vuelto algo más corteses no las incendiábamos. Pretendíamos hacer ver que nuestras intenciones no eran tan malas como podrían llegar a ser, así como insinuar que su sebastocrátor haría mejor si negociara en vez de guerrear. Yo no sabría decir si ese mensaje fue lo que más influyó en su decisión, pero el caso fue que al llegar a Golos no sólo nos encontramos con Roger Deslaur, sino con un enviado de Jean II Doukas. No era un tipo de muchas palabras, aunque a cambio eran muy claras: nos ofrecía un armisticio hasta Navidad. Su señor nos pagaría la soldada correspondiente a esos seis meses —de julio a diciembre—, para lo cual traía él un anticipo, y por lo demás nos cedía Golos para que nos asentáramos allí, con las únicas condiciones de que no asoláramos el área que la circundaba, que respetáramos a la población y, en general, que no emprendiéramos acción alguna contra Tesalia en su conjunto. Según pasaran

los meses ya negociaríamos la extensión del acuerdo, en lo que influirían otras negociaciones, las que sostenía con el reciente duque de Atenas, Gautier de Brienne.

No me pareció un mal acuerdo, y así lo dije al Consell. Golos tenía un aspecto estupendo. Convivir con una población que nos mantendría bien abastecidos —por la cuenta que le traería— podría ser incluso agradable. Su puerto era seguro, de modo que nuestras naves permanecerían a salvo; se las estaban comiendo los teredos, lo que podríamos paliar en su dique seco. Por último, cuando nos apeteciera guerrear un poquito, siquiera por no apolillarnos, podríamos recuperar el espíritu de nuestros antepasados enviando al norte, a Larissa o más allá, partidas ligeras, de no mucho más de cien almogávares cada una, para que rapiñaran en Magnèsia lo que buenamente se pudiera, como si hubiéramos vuelto a las guerras con los moros de siglo y medio antes. Por mi parte, además, tenía un íntimo interés en sintetizar de aquella convivencia en paz, o al menos coexistencia no violenta, las claves que nos facilitarían, algún día que los dioses quisieran no excesivamente lejano, el quedarnos con alguno de aquellos pequeños estados. El objetivo sería establecer el nuestro en su lugar; no estaría tan indefenso como todos los demás de por allí, ya que lo haríamos muy fuerte gracias a nuestras armas y a lo que sabíamos hacer con ellas. Sería sólo el principio, porque desde ahí deberíamos inventarnos todo lo demás, aunque para eso ya tendríamos tiempo. El primero de los retos, de los desafíos intelectuales, era identificar el estado de entre los diversos que se alzaban al sur de Macedonia que más nos convendría para plantar ahí nuestra bandera, por riqueza, por extensión y por lo más o menos fácil que resultara conquistarlo. El segundo sería determinar la forma de hacernos con él sin causar excesivos daños y al mínimo coste para nosotros, pues siendo realistas no cabía contar con que durante varios años fuéramos a recibir refuerzos de población. Sólo nos empezarían a llegar, de Catalunya y de Trinacria, cuando fuera notorio que nos habíamos consolidado y que vivíamos en paz y prosperidad. Era un par de buenos desafíos, aunque ni de lejos tan ambiciosos como los que se planteó De Flor con Anatolia. Quizá por eso intuía —Cludera lo intuía— que se hallaban mucho más a nuestro alcance que aquel sueño tan irreal de nuestro casi olvidado *führer*. Anatolia era excesivamente grande para los menos de diez mil catalanes y aragoneses —contando mujeres y niños— que llegamos a ser a primeros de 1305. El Ducado de Atenas, en cambio, no parecía mayor, ni en tamaño ni en población, que Trinacria. Entraba, o eso intentaba yo creer, en lo que una fuerza como la nuestra podría colonizar, sobre todo si conseguíamos que los griegos, los que vivían allí, colaborasen. Desde luego que ni soñaba en hacer de todos ellos unos buenos catalanes, aunque con el tiempo, y con una política social bien estudiada, quizá pudiéramos fusionar su cultura con la nuestra. Eso, bien claro lo tenía, no sucedería en mis días, pero sí, quizá, en los de mis hijas. Valía la pena, por ello, estudiar con gran cuidado los que fueran a ser nuestros movimientos iniciales, y el primero de todos, bien claro me lo había explicado Cludera, sería tratar a los indígenas del mejor modo posible.

* * *

El clima de Golos era templado y agradable; a eso se debía que a primeros de diciembre de aquel 1309 no sintiéramos que la Navidad, o la Saturnalia, se nos echaba encima. Los últimos seis meses habían sido ciertamente pacíficos, pese a no perder de vista que aquello era una tregua pagada y que cualquier día volveríamos a vernos empuñando el chuzo y el *cortell*. Para no anquilosarnos en exceso habíamos enviado unas cuantas partidas al norte, como en los dulces tiempos de los moros, con los mismos resultados: siempre volvían con ganado, riquezas nada cuantiosas pero riquezas al fin y al cabo, y mujeres. Estas últimas, no obstante, a nuestros en general nada exigentes almogávares no les gustaban mucho, porque se mostraban uniformemente llorosas y aterradas. No era como con las turcas de Anatolia, que no tardaban en aceptar que, aun habiendo saltado de la sartén al fuego, el nuestro era un fuego que les quemaba menos. Las griegas de Salónica echaban de menos a sus casas, a sus maridos y a sus padres —rara vez los expedicionarios traían mujeres con hijos, aunque no por bondad; simplemente, no las querían tan gordas—, al punto que, con frecuencia, tras usarlas unos días las subíamos en alguna carreta y las dejábamos marchar con un par de *besants* en sus perplejas manos, por las molestias. En fin, que aquello era más bien una forma de pasar el rato, de no adocenarse demasiado.

La visita prenavideña de Roger Deslaur volvió a ponernos las cabezas sobre los hombros y los chuzos en las manos, pues nada más llegar nos anunció que las relaciones entre Gautier de Brienne y su pariente lejano Jean II Doukas empeoraban por momentos, a causa, pensaba él, del apoyo que había conseguido el segundo del otro déspota vecino, el del Epiro, y de lo enfangado que andaba su señor don Gautier con los venecianos del vecino ducado insular, el de Naxos, y con los recalcitrantes habitantes de un principado situado al sur, el de Acaya. De lo único que Gautier parecía estar bien era de oro, por lo que recuperaba el control directo de la Companyia Catalana, nos contrataba por el año 1310 al completo, en las mismas condiciones económicas, y nos adelantaba las dos primeras mensualidades, las cuales nos traía el buen Deslaur en persona. Nuestras obligaciones no serían tan perezosas como las de hasta entonces, explicaba. Sus vecinos de Tesalia y del Epiro le habían expropiado más de treinta castillos fronterizos con su territorios circundantes, y sentía un gran deseo de recuperarlos. De momento le bastaba con eso, de modo que cuando se los hubiéramos devuelto nos haría saber qué más querría de nosotros. Nos pareció muy bien, como era natural, sobre todo por lo aburridos que ya estábamos. Lo único que nos daba pereza era dejar Golos, donde habíamos llegado a sentirnos como en nuestra casa, para mudarnos a la un tanto lejana Làmia, ya en el propio Ducado de Atenas, aunque no podíamos oponernos a residir en el terreno del patrón, de modo que de inmediato nos organizamos para marchar con tiempo suficiente de celebrar allí, en Làmia —no serían mucho más de veinte leguas, decía Deslaur—, la

* * *

Làmia no era tan agradable como Golos, aunque tampoco estaba mal. Se situaba en el fondo de un golfo, el de Maliac, poco profundo, de modo que la pesca no abundaba, pero aun así podíamos vivir con eso, y más considerando que nuestras recién reparadas naves allí podrían permanecer por tiempo indefinido. El talante de la población fue lo que más nos gustó, pues nos recibían como aliados de su señor el duque Gautier, no como simples invasores de paso, como nos ocurrió en Golos. A eso añadí el fruto de una de las más especulativas predicciones de Claudera, que aquel Ducado de Atenas tenía todo el aspecto de ser la tierra de promisión en la que tanto habíamos soñado, cuando menos unos cuantos, desde aquel bonito invierno de Artaki. Por lo que recordaba ella de pasadas enseñanzas en la corte de Bizancio, por lo que habíamos visto al recorrer las veinte leguas desde Golos, y por lo que comentaba Deslaur, al que no era infrecuente sentáramos a nuestra mesa para cenar como recomendaban los dioses, el Ducado de Atenas no padecía un número excesivo de habitantes. Su ciudad principal, Tebas, no excedería de veinte mil, y la más famosa y de mayor atractivo histórico, Atenas, se había quedado en poco más de seis mil. Eso significaba que, a ojo, el total de súbditos de Gautier de Brienne no excedería demasiado de ciento cincuenta mil, si llegaba. Descontando turcos y turcopóls nosotros rondaríamos los ocho mil —incluyendo mujeres y críos—, una cifra que nos permitiría controlar la población mientras no acabáramos de ponerla de nuestra parte. Para conseguir tan buena cosa en el caso de los griegos —la experiencia lo demostraba—, sólo haría falta ser un poquito menos déspotas que nuestros antecesores. A todo eso se debió que llegáramos a Làmia ocultando en lo posible la bestia que llevábamos dentro, sonriendo cuanto podíamos e intentando causar las menos molestias posibles, al punto que la inmensa mayoría de nosotros volvió a servirse de las excelentes tiendas requisadas en Kibistra —el intendente y su familia, no; privilegios del cargo—, renunciando a ocupar las casas de los en verdad sorprendidos aborígenes, los cuales se habían temido lo peor. Nuestra presencia en Làmia sería, o así acordó el Consell a mi propuesta, el lugar donde pondríamos a punto nuestra nueva política de ocupación militar, la cual tenía un propósito diferente a todos los anteriores: quedarnos con el Ducado de Atenas, para lo cual era preciso no suscitar la hostilidad de la población.

Iniciamos operaciones tan pronto como en febrero, con un estilo también distinto del acostumbrado. Era por habernos fijado el objetivo de sufrir muy pocas bajas, a fin de ser los más posibles cuando llegara el momento de luchar por la propiedad de aquel paraíso terrenal —lo parecía cuando menos a los ojos de Llura y de Claudera, y a los míos también, y a los de la embarazadísima Carlota y su legítimo señor don Berenguer de Roudor; sucedía, en cuanto a esto último, que Carlota no se conformó

con el «ya eres mía» usual en la hermandad; prefirió forzar al desdichado Berenguer a pasar por las horcas caudinas del más tenebroso de los sacramentos: el matrimonio —, y si todo saliera bien de hacer que lo habitase la mayor cantidad posible de catalanes cíe *sang*. Para conseguir tan buena cosa lo más adecuado sería no tener que combatir, lo cual suele conseguirse cuando la guarnición de una fortaleza ocupada por las malas ve venir a lo lejos, no muy deprisa, a la Companyia Catalana d’Orient al completo, los siete mil quinientos que marchábamos tras la bandera catalana —las cinco barras amarillas y las cuatro rojas— y el pabellón del duque Gautier; como de costumbre, habíamos dejado con las mujeres y los críos una escolta respetable. Con eso y nuestra excelente reputación —en según qué cosas— bastaba para que las aterradas guarniciones huyeran espantadas, gracias a lo cual aún faltaba para que los calores del verano ateniense comenzaran a incomodarnos cuando la totalidad de los castillos en disputa mostraban el pabellón del por el momento nuestro señor el duque Gautier de Brienne. Sería, en consecuencia, un mundo perfecto, si el tal duque no nos adeudara la paga desde marzo en adelante.

Ya teníamos experiencia, y muy amarga, de lo que sucedía cuando un señor, daba igual fuera imperial, real o feudal, dejaba de pagar. Comenzaba explicando que padecía una ocasional crisis de tesorería y después soltaba unas cuantas monedas acuñadas en cualquier cosa, si bien jamás en plata, y del oro mejor ni hablábamos. Luego, cuando veía que podíamos ponernos desagradables de verdad —cosa que no nos gustaba; en nuestro mercado particular los clientes no abundaban, lo cual era la razón de que intentásemos cooperar antes de ponernos definitivamente a las malas—, nos decía que nos fuéramos, alguna vez tras endosar el contrato a un tercero, y otras simplemente porque sí. El contrato con Gautier de Brienne, que venía rebotado del que suscribimos con Charles de Valois, en septiembre despedía un tufo indisimulable de acabar muy mal. Era la clase de ocasión donde lo último que convenía era enviar una delegación a protestar, porque con virtual seguridad sus integrantes serían asesinados por el deudor. La única forma de cobrar que rara vez fallaba era empezar a saquear sus terrenos, pero a esa medida, en el caso particular del Ducado de Atenas, me opuse con todo mi vigor, para no arrancar de cuajo lo sembrado en aquellos meses, que los catalanes éramos gente de paz y de orden, que ni matábamos ni violábamos ni saqueábamos a los que pretendíamos fueran nuestros vecinos —en realidad nuestros súbditos, pero esto no se lo decíamos—, y que nadie salvo el duque Gautier tenía la culpa de nuestra creciente seriedad y progresivo mal humor.

En octubre vino a vernos Deslaur. Presentaba un cierto aspecto de no saber qué cara poner, aunque seguramente suponía que agradeceríamos su buen gesto, y su nobleza, de no esconderse a la hora de dar muy malas noticias. Las que traía desde luego que lo eran, por mucho que las endulzara diciendo, lo primero de todo, que su señor el duque Gautier estaba muy satisfecho de la gran limpieza con que le habíamos devuelto sus castillos. Como ni siquiera pestañeamos, añadió que una inesperada crisis de tesorería se había ensañado con su ducado, de modo que, con

gran pesar, no le quedaba otra que dar por cancelado el contrato. Le quedaba dinero únicamente para contratar a quinientos de nosotros, doscientos de a caballo y trescientos de a pie. Sería un contrato por tiempo indefinido, ya que confiaba en que con el tiempo los quinientos llegarían a ser ciudadanos atenienses de pleno derecho. Exigía, eso sí, que vinieran sin familias, por lo que prefería que fueran de los solteros o sin pareja, ya que no podría facilitarles alojamiento para los suyos, en el caso de que padecieran algunos. En cuanto a los demás, que comprendía nuestra decepción pero que nos daba un mes para que abandonáramos su territorio, bien a pie o bien a bordo de sus nuestras naves. Eso, y agradecernos una vez más los servicios prestados, era todo lo que nos podía decir el cariacontecido Deslaur.

No necesitamos muchos minutos para expresar al desolado Deslaur que no era la primera vez que un señor se nos quedaba sin dinero y denunciaba el contrato, y que nos parecía bien que xor Gautier se quisiera quedar con quinientos de los nuestros, pero que no pensábamos desaparecer tan por las buenas como él, Deslaur, nos pedía, sin los ocho meses que su señor el duque de Atenas nos adeudaba. No nos contestó de palabra, sino componiendo el gesto universal de «y qué queréis que os diga», para sólo añadir que los quinientos, si llegasen a ser tantos como éstos, se le deberían presentar, a él y cuanto antes, en el palacio ducal de Tebas. Tras eso se largó, sospechábamos que muy contento de hacerlo vivo y en una pieza.

Por la noche, sentados en la veranda de la casona donde mi tribu particular —mis mujeres, mis hijas, mi suegra, mi cuñado, mis cuñadas y un Ramon d'Alquer que seguía sin pareja pero que no sabía renunciar a los guisos de mi esposa catalana— y yo recalábamos desde que la Companyia plantó su bandera en Làmia, y una vez los demás ya se habían marchado, Claudera, Llura, Berenice, Agnés —éstas dormitando tan tranquilas en los brazos de sus madres tras haber echado el último y buen trago del día— y yo mismo revisábamos las opciones que nos dejaba Gautier. El que Llura lo hiciera en silencio no significaba que no pensase; hacía ya tiempo desde que un buen día comprendí un punto sorprendido que, sin poderse comparar a la diosa de la predictividad, mi mujer catalana no quedaría nada mal haciendo de Balanguera del Seny.

—No les pongáis pegas. Si les apetece marchar, que lo hagan. Será cosa de seis meses, todo lo más, que Gautier se quite la careta y deje de pagarles. La consecuencia será que volverán, y además muy furiosos, cosa que os vendrá bien.

—Que volverán ¿adonde?

—Adonde les hayáis hecho saber que allí os encontrarán, aunque para entonces ya lo sabrán por ellos mismos. Por si todavía no has pensado en el sitio, deberíais explorar el terreno entre Làmia —señalaba en derredor— y Tebas.

—¿El sitio de acampar?

—Y el de batallar. No deberán ser el mismo, aunque tampoco debéis alejarlos mucho. Para lo primero, cualquier cosa valdrá mientras el agua no falte. Para lo segundo, piensa que vais a veros en una proporción de uno contra cinco, por lo

menos. La elección del terreno será crucial, bien lo sabes.

Como más de una vez, empecé a sentir un cierto malestar: el de advertir que de los sentados a ese velador, el más tonto debía de ser yo.

—Explícate, por favor.

—Es fácil, xor Guillem. —Tono pacienzudo, como de hablar con un adolescente del que se duda que algún día llegue a ser muy listo; la quería con toda mi alma, si bien a veces me daban ganas de azotarla—: Llevamos aquí casi un año, más seis meses en Golos; le ha dado tiempo de sobra para conocernos bien, a fondo, aunque todavía no nos ha visto combatir —cuando Claudera entraba en esa especie de trance predictivo con que de vez en cuando me ponía los pelos de punta, dejaba de ser la esposa griega del intendente; se transformaba en una especie de Companyia Catalana tan impersonal como unipersonal—, lo que posiblemente le haya hecho pensar que ya no somos para tanto, si es que alguna vez lo hemos sido. Achaca nuestro éxito en recobrar sus castillos a la mala fama que tenemos, aunque por lo demás piensa que lo nuestro es un inmenso farol. El que nos quiera birlar quinientos hombres, y piensa en lo artero del detalle de que sean sin familia, significa que, además de debilitarnos, pretende verificar que no estamos unidos, y que los mejores de nosotros nos dejan porque se les ha hecho claro que no tenemos futuro. Estoy segura de que piensa, o le han hecho pensar, que nuestros turcos y turcopóls nos dejarán plantados más pronto que tarde, cuando se convenzan de que la dulce vida del saqueo se ha terminado, tanto para nosotros como para ellos si siguen con nosotros. Por último, sin duda es consciente de que si no cobramos por las buenas querremos hacerlo por las malas, por lo cual, tenlo por seguro, debe llevar meses reforzándose. Todo el dinero que no piensa pagaros lo habrá invertido en contratar gente, seguramente bizantinos y venecianos, más un buen lote de caballeros de los muchos que recuerdan tiempos mejores en estas tierras dejadas de las manos de los dioses. Cuando los caballeros franceses de la cuarta cruzada destrozaron el Imperio bizantino y se apoderaron de Grecia —de nuevo señalaba en derredor—, no sólo parcelaron el país en múltiples señoríos feudales donde los guerreros que más se distinguieron pudieran vivir a su gusto, sino que conservaron sus costumbres, sus usos y su manera de guerrear. Los actuales estados de la vieja Grecia rebosan caballeros franceses o descendientes de franceses, a los que les encanta organizar de vez en cuando justas y torneos de caballería, como si estuvieran en la Francia de sus antepasados. Lo sé porque a la zarina le gustaban mucho, y cuando la situación lo permitía se hacía invitar, y me llevaba con ella y con sus otros esclavos. Así pude ver, en persona, que todos esos imbéciles —cuando le brotaba el desprecio que portaba en los adentros su voz adquiriría un toque metálico que me daba escalofríos— añoran como nada en este mundo los tiempos en que sus padres o sus abuelos echaron de aquí a los bizantinos a lomos de sus tremendos caballones acorazados. Ahora, mira tú por dónde, gracias a vosotros tienen la oportunidad de celebrar una montería de las realmente divertidas: exterminar una horda de andrajosos que han terminado por volverse inofensivos tras

años de atormentar al cretino de Andrónic. No podrán resistir la tentación cuando el gran Gautier de Brienne, descendiente de una nobilísima estirpe de magníficos caballeros franceses, les invite a participar. Aquí los tendréis a todos, xor Guillem, y créeme si te digo que serán muchos, pues en los torneos y las justas bien que lo eran, más en el orden de los miles que de los cientos. Si les sumas los peones de a pie que hayan venido por dinero, más los pocos griegos que tenga en nómina el Gautier, pues muy bien os las podréis ver frente a no menos de veinte mil, si no veinticinco mil, entre los unos y los otros.

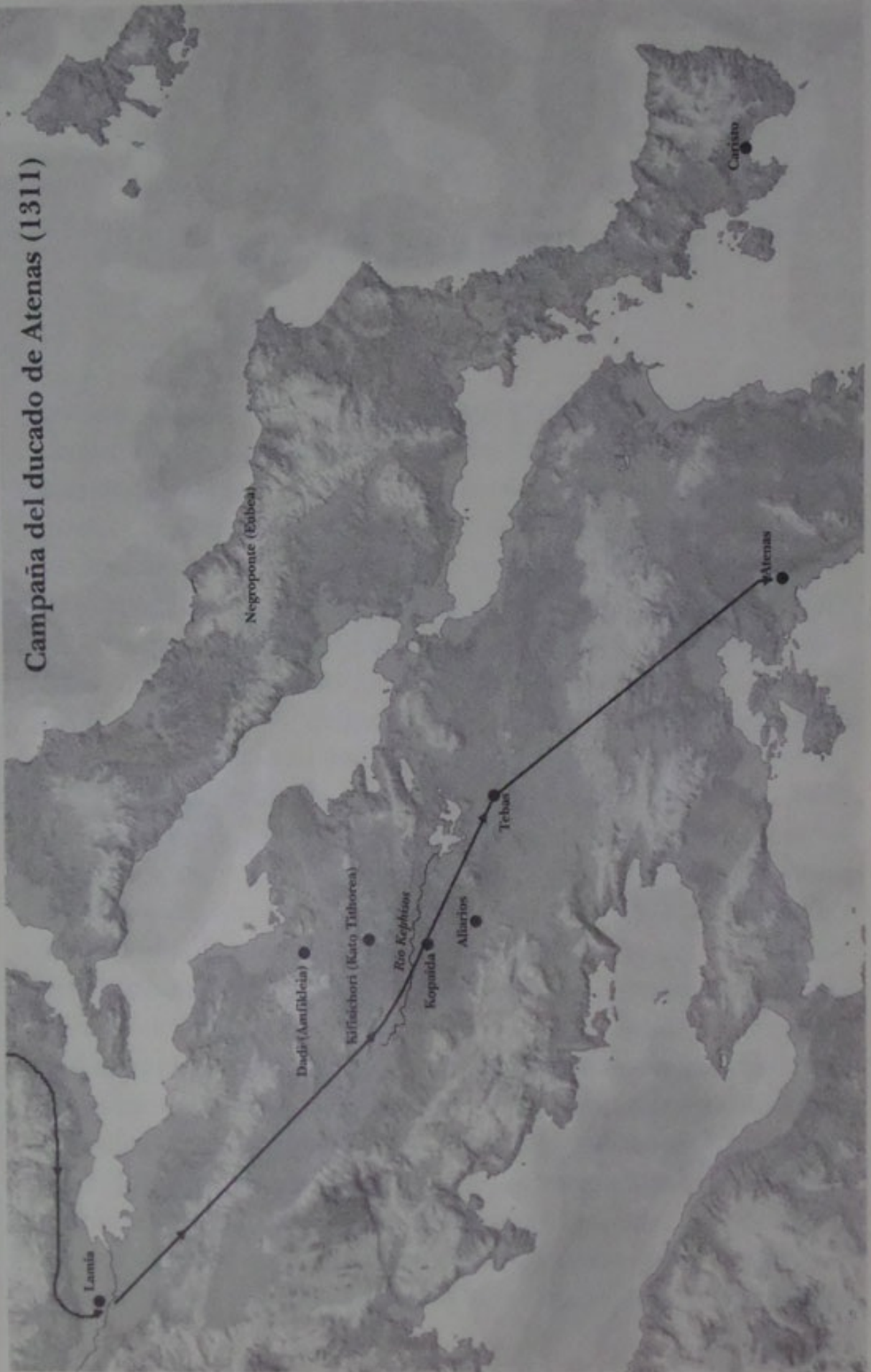
—Pues me lo estás pintando bien.

—Mejor que bien, porque si vencéis, o mejor aún si extermináis, el ducado de Atenas será vuestro, y la Tesalia también, y Aièsa, y el Epiro, a poco que os molestéis en conquistarlos. Todos juntos sumarán más o menos la misma extensión de terreno que la Tracia, o que Trinacria, y sin que por aquí quede nadie capaz de plantaros cara en tierra. Como además, y en cuanto se corran las voces, no serán pocos los catalanes que desearán venir aquí desde vuestras viejas tierras, pues ya lo tienes, xor Guillem: aquí está *nuestra* gran oportunidad.

Sentí cierta emoción al advertir que recalcaba el *nuestra*. Claudera se moriría siendo griega, y también serbia, si bien, y por encima de todo, ya era una completa y absoluta catalana.

No me asombró ver a Llura tomarle la cara con una mano —la otra se ocupaba de impedir que Agnès se cayese al suelo y se rompiera la cabeza— y besarla con pasión y con orgullo. Fue lo mismo que hice yo un instante después.

Campana del ducado de Atenas (1311)



IX

ATENAS, ABRIL DE 1311

No volvimos a ver a Deslaur. Tras su desaparición, la única comunicación de Gautier de Brienne, duque de Atenas, a la Companyia Catalana d'Orient, fue una carta que nos trajeron unos pocos caballeros de los doscientos que había contratado, aprovechando que deseaban visitar a sus hermanos —de sangre, los de verdad; tenían unos cuantos en el seno de la hermandad— con motivo de la Navidad. En ella nos hacía saber —en francés— que a partir del día primero de enero de 1311 seríamos una presencia indeseable, y que de no largarnos antes nos expulsaría por la fuerza, si no algo aún peor. Los entristecidos caballeros añadieron a eso, con evidente malestar, que por Tebas corría la especie de que, si no nos íbamos por las buenas, acabarían con todos los catalanes, mujeres y niños también, al mismo estilo de cuando nosotros devastábamos ciudades enteras en Anatolia, Tracia y Macedonia. En cuanto a ellos, lo explicaban sin dar muchos detalles, no estaban felices. Los habían acuartelado en un poblado cercano a Tebas, sin excesivas comodidades, aunque bien atendidos por una piara de mujerucas horrosas, seleccionadas por su inmensa fealdad a fin de que así permaneciesen a salvo sus virtudes y sus purezas. Con los montados había cierta tolerancia —con los almogávares de a pie, no—, de modo que no les ponían pegas si se daban una vuelta por Tebas o por Atenas, que no estaba muy lejos —poco más de quince leguas—, pero se notaban mal mirados, con desconfianza, si no manifiesta hostilidad, al punto que habían terminado por no dejar los cuarteles. Eso sí, les pagaban con exquisita puntualidad.

—Están reclutando un ejército muy fuerte. No lo hemos verificado con nuestros propios ojos, pero se habla de más de veinte mil de a pie —la cifra me causó un escalofrío; lo de Claudera cada día me asustaba un poco más—, todos ellos veteranos y bien armados. En cuanto a jinetes, parece que lo más granado y florido de la

caballería francesa desplegada en estos países de mierda se concentrará en Tebas en cuanto acabe la Navidad. Se habla de mil caballeros equipados con monturas de combate *a la francesa*, blindadas de cuerpo entero, y cada señor con al menos un escudero para defenderlo de los almogávares de a pie.

Eran malas noticias, pero Roudor, Sisear, Recasens y yo, más d'Alquer, que a menudo se agregaba, ya contábamos con ellas.

—¿Presentaréis batalla?

—No me digas que lo dudabais.

—Si es así, lo mismo nos piden que nos veamos las caras.

—Pues vosotros mismos. Tenéis tiempo para pensar a cuáles de vuestros hermanos vais a matar primero.

El tono le salió, a Recasens, bastante seco. El de un almugaden al hablar con desertores. O con cagados. No era cosa de argumentar, ni de protestar, de modo que nuestros visitantes se retiraron, un punto cabizbajos. Sin la menor duda, ese de haber venido a vernos no era el más placentero de sus días.

* * *

No permanecíamos inactivos, aunque nos movíamos con cautela. Nos sabíamos observados, pues en Làmia seguían viviendo los mismos griegos de año y pico antes. Cuando tocaba mercado en los pueblos cercanos marchaban a vender sus cosas, o a comprar otras, y era de suponer que, de paso, a informar a los enviados de Brienne de lo que hacíamos los catalanes. De ahí que las órdenes dadas a la hermandad fueran de aparentar una exquisita normalidad, así como no provocar a nadie ni aceptar provocaciones de nadie. Si el plan que teníamos el Consell y nosotros cuatro —cinco, en realidad—, salía bien —no dábamos detalles, empezando por el propio Consell—. Làmia sería una de tantas ciudades en nuestro estado catalán, de modo que mejor si nos esforzábamos en no dar motivos a los indígenas para que nos odiaran en exceso, y a fin también de no incrementar aún más nuestra negrísima fama.

Uno de los asuntos a los que dedicábamos más recursos y atención era la búsqueda de un campo de batalla que fuese a la vez beneficioso para nosotros y catastrófico para los contrarios. Si bien aún era pronto para pensar en despliegues, no se me iba de la cabeza la táctica que Muntaner había desarrollado durante las semanas y los meses que precedieron a la gloria de Falconara, once años habían pasado ya. Nos preparábamos, entonces, para luchar contra una fuerte agrupación de caballería blindada francesa, siendo la obsesión de Muntaner no enfrentarnos a ella en terreno duro, donde a los caballos enemigos no les pesaran más de la cuenta sus jinetes, sus blindajes, los suyos propios y ellos mismos, ya que los caballeros franceses solían servirse de colosales percherones normandos que no eran ni ágiles ni veloces, pero sí extremadamente fuertes y potentes. Serían los mismos con los que nos enfrentaríamos en no mucho más de un par de meses, de modo que dar con el

terreno adecuado era primordial. A eso se debió que desplegáramos docenas de jinetes en todas direcciones, con buen fin, ya que poco a poco nos hicimos una idea más que aproximada de la orografía del terreno entre Tebas, de donde partiría Gautier con sus mesnadas, y Làmia. El camino, hasta más o menos la mitad de las venticinco leguas que había entre las dos, seguía el curso de un río que a partir de abril, cuando se derretían las nieves de un gran monte llamado Parnaso, y durante un mes o algo más, solía ser imposible de vadear. Se llamaba Képhissos y desembocaba en un lago de nombre Hylike, aunque antes bordeaba una laguna muy amplia y poco profunda, la clase de lugar que los catalanes llamamos *aiguamoll* y los aragoneses *marisma*, y que tenía por nombre Kopaida, o Copáis^[16]. Nuestros primeros exploradores vieron que no se cortaba con el Képhissos, aunque algo de caudal debía éste de transferirle, o filtrarle, por debajo de su lecho. El río y la orilla norte del *aiguamoll* discurrían paralelos durante un cuarto de legua o quizá un poco más; entre los dos se desplegaba una llanura muy baja, con aspecto de inundarse cuando el Képhissos viniera bravo. No había en ella una gran vegetación, de tipo árboles o arbustos, pero era uniformemente verde, porque con tanto caudal a un lado y al otro lo que menos le faltaba era el agua. Su anchura no era uniforme, aunque no parecía bajar de ciento cincuenta estadales ni subir de trescientos. Al fondo del cuarto de legua, en su lado más próximo a Làmia, el ancho de la lengua de tierra se reducía de tal modo que del río al *aiguamoll* no habría ni treinta estadales; el tal estrechamiento, por su parte, no mediría menos de doscientos de largo, flanqueados de un lado por un río que allí discurría más estrecho, rápido y encajonado, y por los cañaverales del *aiguamoll* en el otro. Era, en síntesis, el lugar ideal para que una fuerza de infantes almogávares se situara por delante del estrechamiento, a la espera de que la caballería pesada francesa cargara contra ella partiendo del otro extremo de la lengua de tierra, el oriental, y lo hiciera en su estilo más ortodoxo, el de venir al galope, golpear violentamente a la primera línea de peones y piqueros, y tras eso retirarse tras su infantería para que los caballos descansaran unos minutos, volver a coger impulso y así una y otra vez hasta hendir el centro de la línea enemiga, para que por allí penetrara la infantería y se iniciara la matanza. La tal caballería pesada iría escoltada por la ligera, para evitar que por los flancos les atacasen sus iguales enemigos, o la infantería. Su protección cercana correría por cuenta de los escuderos, entre los cuales y sus amos existía una relación de confianza difícil de comprender para los que no estuvieran habituados a los ritos y liturgias de la nobilísima caballería francesa, y de la cual se murmuraba que las esposas de algunos caballeros llegaban a sentir unos celos asaz indiscretos, aunque la exquisita hermandad de la caballería pesada solía pasar sobre aquellas histerias femeninas tan de puntillas como podía.

Si el terreno que habían descubierto nuestros ojeadores fuera exactamente así, no nos cabía mucha duda de que, una vez nos vieran apostados en el fondo del *cul-de-sac* que formaban el Képhissos y el Kopaida, y considerando su tremenda superioridad numérica, no vacilarían en situarse al otro lado de la lengua de tierra

para cargar una y otra vez hasta que nos aplastaran contra el embudo. Era crucial, pues, verificar que la tal llanura era como explicaban los exploradores; también, que fuera fácil de inundar a partir del *aiguamoll*. Los exploradores sostenían que sí, pero nos jugábamos demasiado para no comprobar por nosotros mismos —era un mantra de Muntaner: «¡no lo asumas, idiota!, ¡¡verifícalo!!» que así era. La distancia desde donde nos hallábamos a la lengua de tierra que describían los exploradores no subía mucho de quince leguas. Con dos buenos caballos por cabeza, un grupo de cinco jinetes— Ramón, Berenguer, los dos exploradores y yo mismo, no necesitaría más de dos jornadas para ir y otras dos para volver, o una más si el tiempo empeoraba. Para no atraer indiscretas atenciones campesinas, supusimos que si nos poníamos en marcha el día 23 de diciembre pasaríamos por unos griegos como tantos otros que marchaban a buena velocidad para reunirse con los suyos, a fin de pasar la Navidad en familia. El regreso importaba menos porque nadie sería capaz de averiguar de dónde veníamos, de modo que sobre la marcha decidimos adelantar nuestras respectivas Saturnalias.

* * *

Los exploradores no habían exagerado: era el campo de batalla ideal para una trampa de puro estilo almogávar. De funcionar como esperábamos, el grueso de la caballería pesada francesa embarrancaría en el lodazal escondido bajo la superficie arteramente inundada la noche anterior, de modo que sus caballos, una vez se adentraran más allá de donde podría socorrerles su infantería, no podrían dar un paso. Tarde o temprano los jinetes se caerían, bien de propia mano, bien por colapsarse sus monturas. Habría llegado el momento de que nuestros más expertos almogávares les hicieran ver la gran velocidad a la que mata una moharra clavada en un ojo bien hasta dentro tras levantar con la punta la visera del yelmo. En cuanto a los escuderos, sólo sería cosa de atacar de dos en dos, un almogávar con chuzo y *cortell* al caballero, el otro con azconas al escudero. La caballería ligera no molestaría gran cosa, porque aún no quedando inmovilizada no podría moverse deprisa —en el caso de que atacara junto a la pesada—, de modo que otros almogávares, a fuerza de azconas primero y *cortells* después, los mantendrían a raya. El programa completo habría de ser breve — despachar mil caballeros, en esas condiciones, no debería suponer gran cosa en cuanto a minutos—, de modo que tras barrer a los jinetes la hueste al completo cargara contra la infantería enemiga, o sobre los que aún no hubieran huido al ver que su estrella deslumbrante, la magnífica y prodigiosa caballería de batalla, se había ido al *carall*. Sería el momento de perseguirles, pues cuantos menos enemigos vivos dejáramos, mejor. Para ello deberíamos ocultar nuestra propia caballería, de modo que sólo se la viera cuando se uniese a la persecución y se dedicase a descalabrar tantos cráneos griegos como se pusiesen a su alcance. Nuestros jinetes, pesados y ligeros, deberían realizar una maniobra de cerco, de modo que los griegos se vieran

rodeados y sin opciones para huir. A la vista del terreno aceptábamos que habría serios riesgos de que algo saliera mal y todo se torciera, pero si jugábamos bien nuestras bazas, la batalla que pocas semanas después tendría lugar allí mismo, en la ribera del Képhisos, sería la gran orgía histórica del concepto favorito del *führer* y de los hijos de Constanza von Hohenstaufen, reina de Aragón: *Keine Gefangenen*.

Moderadamente cerca del proyecto de campo de batalla se veía una triste aldea con un campanario, unas pocas casas y poco más. Los exploradores decían que se llamaba Orchomenos. Se hallaba en el otro lado del río y, si éste fuera vadeable más allá de la línea enemiga —cosa de media legua en dirección este—, sería el lugar ideal para que desde allí se lanzara nuestra caballería para cortar la retirada de la infantería griega. Sería, también, un buen sitio para montar nuestro propio campamento; al estar apenas apartada del camino natural entre Làmia y Tebas era probable que Brienne no sospechara que si nos deteníamos allí no era por accidente o casualidad. El área era lo bastante grande para que los doce mil y pico que sumábamos entre todos y todas nos desplegáramos allí con suficiente comodidad. Si lo hacíamos a mediados de febrero, cuando Brienne aún no hubiera podido concentrar en Tebas el total de su ejército, lo que opinaría cualquiera que nos viera sería que tras dejar Làmia nos dirigíamos a Tebas con ánimo de guerrear en cuanto llegaran la primavera y el buen tiempo, lo que no dejaría más opción a Brienne que salir a nuestro encuentro. Era un rompecabezas odioso, resumíamos según emprendíamos el regreso a Làmia, pero lo cierto era que las piezas parecían encajar más o menos a la perfección.

* * *

Nada más llegar a Làmia, sin apenas tiempo de abrazar a nuestras mujeres —y Berenguer a su hijo; el muy bastardo había hecho blanco a la primera, como le critiqué amargamente, aunque tras muchas risas; quizá por ayudarme a pasar el trago me pidieron que lo apadrinásemos, Llura y yo, y le pusiéramos Guillem; fue un detalle, las cosas como son—, convocamos al Consell dels Dotze. No fue fácil hacerles comprender, pues si un vicio estaba poco extendido en la Companyia era el hacer abstracción y visualizar en el interior de las cabezas, aunque al vernos tan convencidos, y sin excesiva mala gana —gesto que apreciamos—, hicieron suya la moción: la Companyia Catalana d’Orient recogería su campamento y se pondría en marcha el primero de febrero, si bien debería estar lista mucho antes, por si Brienne adelantaba su salida. Dependiendo de cómo viéramos la correlación de fuerzas, lucharíamos nosotros solos o lo haríamos con las mujeres en segunda línea, confiándoles los arcos y las flechas —más que nada para despistar al enemigo—, y también las tareas sencillas, como descuartizar a los moribundos y cosas así. El objetivo era montar el campamento en Orchomenos, pero no iríamos allí todo seguido, sino en paradas de pocos días, para que quienes nos observaran, que seguro

los habría, pensarán que no teníamos las ideas muy claras. Nosotros también deberíamos observar y lo más de cerca que fuera posible, si bien comprendíamos que, conforme se acercara la fecha estimada de iniciar hostilidades, acercarnos a Tebas sería más y más peligroso, pues al no ser griegos el riesgo de ser identificados, capturados y ejecutados resultaría excesivo para cualquiera. Salvo para Claudera, que cuando quería era una perfecta dama griega de insuperable acento, me decía una vocecita en mi cabeza que sonaba muy desagradable.

En realidad, ella misma me lo sugirió. Si montábamos una buena cobertura, la de una señora que acompañada de un hijo mudo —para que no hablase— marchaba de viaje para vender telas en algún mercado, como el que sabíamos se organizaba cada semana en una ciudad llamaba Dadi, podría llegar a una distancia de Tebas lo suficientemente corta como para determinar si Brienne se ponía o no en marcha, pues esas cosas son las que primero se comentan en los mercados de los pueblos. El hijo sería uno de nuestros más jóvenes almogávares, que los teníamos de dieciséis o diecisiete, perfectamente barbilampiños aunque con cantidad de muertos a las espaldas, y por tanto bien capaces de defender a la supuesta dama griega en el caso de darse con algún mal encuentro en el camino. Sonaba bien, pero el Consell lo echó abajo: no tenía sentido arriesgarse de aquel modo a quedarnos sin la mejor griega de la Companyia. Mejor, mucho mejor, sería enviar un destacamento con todas las de la ley en misión de descubierta, sin ningún disimulo. Algunos de nuestros jinetes chapurreaban algo de griego, lo suficiente para entender una respuesta después de haber soltado unas monedas, y con eso bastaría para saber si nos convenía ir más deprisa o no. Así lo hicimos, para mi secreto alivio; lo cierto fue que, al iniciar el camino el día primero de febrero, no teníamos el menor indicio de que la fuerza enemiga se hubiera puesto en marcha.

* * *

En Dadi nos detuvimos unos días, al pie de un monte muy alto, ancho y nevado que se llamaba Parnaso. A Claudera le interesaba vivamente, pues ahí, según decía, moraban Apolo y las Musas. También allí cerca, en una de las faldas del Parnaso, mil y pico años antes existía un templo llamado Delphos donde habitaba una sacerdotisa de nombre Pythia que hablaba en nombre de Apolo —era lo que decía, cuando menos— y que se ganaba la vida explicando al que le pagara qué cosas le aguardaban en el futuro. Ella, Claudera, estaba convencida de que no era mucho más que una cantamañanas muy astuta, pues nunca daba respuestas claras, de sí o no, blanco o negro. En eso era justo lo contrario de Claudera, no ella, sino la diosa, que sí contestaba, si bien que sólo a sus sacerdotisas, pues los humanos vulgares no eran capaces de oír lo que decía por mucho dinero que pusieran a sus pies, de tan bajito como hablaba. Que supiera ella solamente lo hacía en un templo desaparecido hacía muchos años, tanto que su culto quedó extinguido incluso antes de que naciera

Jesucristo, aunque, también según creía ella, las descendientes de la última sacerdotisa seguían hablando con la diosa en alguna cueva de las excavadas por el río Nisava muy en el interior de Serbia; el mismo Nisava donde se suponía que aún moraban las ninfas. Lo hacían, por supuesto, en el mayor secreto, para no ser acusadas de brujería gracias a su manía de siempre dar en el clavo. Ahí se volvió a mirarme, al tiempo de sonreír de un modo que, pese a los siete años y pico que llevaba siendo la dueña de mi alma, yo seguía sin saber interpretar.

Habíamos llegado a Dadi casi en orden de combate, con la caballería envolviendo el tren de carruajes y con la infantería marchando por delante. A la cabeza, los cinco que seguíamos empeñados en llamar *comité de los cuatro*. No parecía que causáramos sorpresa por donde pasábamos, ni que diéramos un miedo excesivo. Quizá fuera por ser notorio que habíamos pasado un año allí cerca, en Làmia, sin quejas en cuanto a saqueos o violaciones, pero el caso era que, salvo un razonable apartarse del camino, nadie nos miraba con más temor del razonable frente a una horda tan hirsuta y harapienta, y de rostros tan feroces, como era la Gran Companyia Catalana d'Orient.

Allí, en Dadi, supimos por unos comerciantes a los que Claudera interrogó con suma destreza tras haberles comprado un buen montón de mantas, que Tebas rebosaba de hombres armados y que muchos eran caballeros elegantísimos, pero según habían oído aún faltaban unos cuantos por llegar. No era una información de las que inspiran seguridad, aunque al menos no alarmaba, de modo que, de común acuerdo con el Consell, seguimos adelante al mismo ritmo pausado, si bien desde allí, Dadi, ya comenzamos a enviar nutridas patrullas de reconocimiento, adelante, atrás y a los dos lados. Otro mantra de Muntaner decía: «Si el enemigo es listo, aparecerá por donde de ningún modo lo habrías podido esperar». Era de las cosas que tenía más presente de todas las que don Ramon me había explicado en los doce años que fue mi señor y maestro, y al que no me avergonzaba referirme como el hombre al que le debía todo.

La siguiente parada de varios días la hicimos cerca de un pueblecillo llamado Kifisochori, a sólo jornada y media —siete leguas— de Orchomenos. No quisimos llegar demasiado pronto al lugar donde instalaríamos el campamento previo al *hauptschlacht* para no llamar atenciones indeseables; *hauptschlacht*, por cierto, era otra de las extrañas aunque musicales expresiones del muy prusiano Roger de Flor. Significaba, nos dijo frente a Kibistra, batalla capital en la que uno de los contendientes sabe que se lo juega todo. Al que ocupaba ese papel sólo se le presentaban dos opciones, vencer o perecer, porque no había la posibilidad de retroceder y buscar batalla otro día. La victoria se debería conseguir ahí, en el *hauptschlacht*, sin más alternativa que la muerte. A eso se debía que, tras muchas y largas discusiones, tuviéramos claras unas cuantas cosas más. La primera, que la infantería formaría en dos líneas: la principal la compondrían tres mil setecientos almogávares, en su mayoría *catalans de sang*; la secundaria o de arqueras, mil

doscientas almogávaras catalanas, nacidas o de voluntad, y vestidas de tal modo que sólo a distancia de ver que de barbas no andaban muy bien fuera imposible saber que no eran almogávares machos. La segunda, que las arqueras formarían en vanguardia, de modo que cuando la caballería pesada francesa ya estuviera cerca de la trampa inundada comenzaran a disparar más allá de sus cabezas, para disuadir a los infantes de avanzar pegados a los caballeros. Era porque necesitábamos no menos de quince minutos para no dejar uno vivo, y convenía que, salvo los escuderos, nadie nos molestase mientras los masacrábamos. La tercera, que la inundación deberíamos desencadenarla por la noche y a oscuras, alumbrándonos con faroles ciegos, y de haber suerte con la luna si los dioses nos regalaban que fuera de las llenas. Las zanjas y los canalones, sin embargo, deberíamos cavarlos mucho antes de que llegara el enemigo, para que no nos vieran hacerlo y, por tanto, no pudieran sospechar. También deberíamos roturar el área donde montaríamos la trampa. El terreno, así, quedaría muy suelto, para embarrarse con facilidad en cuanto lo pisotearan los percherones normandos, aunque lo tendríamos que hacer con el enemigo aún lejos, también para evitar que sospechasen. Deberíamos hacernos antes, pues, con unos cuantos bueyes —llevábamos con nosotros un buen rebaño de vacas, pero su función era nutricional, no tractora— y algunos arados. Los compraríamos allí, en Kifisochori —habíamos dado muy severas órdenes de no requisar; pagaríamos por todo lo que necesitáramos, si bien, y de nuevo para despistar, tras regatear duramente, lo que correría por cuenta de Claudera, una consumada especialista en tan divino arte—, o en la propia Orchomenos. Por último, era necesario incrementar el ritmo de producción de armas. Nos hacían falta más azconas y más flechas, así como afilar a conciencia las moharras, los *rellons* y los *cortells*. En otras palabras, debíamos dejar al azar o a la improvisación lo menos que fuera posible.

Todas estas reflexiones eran las propias de un intendente, a lo cual se debió que fuera yo quien las explicase no sólo al Consell dels Dotze, sino a una informal asamblea de caballeros, adalides, ingenieros y mujeres de reconocida influencia. Debió de quedarme bien, pues al terminar, ya solos en la tienda Llura, Claudera y yo, ésta dijo.

—Has hablado como todo un capitán, y todos te han escuchado como escucharían a su capitán. Vé preparándote, porque cuando llegue la batalla tú serás el que nos mande.

Que además Llura lo reforzase asintiendo vigorosamente acabó de redondear la inquietud que se apoderaba de mis tripas. Era claro que cuando llegara el combate alguien debería dar las ordenes capitales, pero era un asunto que aún no habíamos debatido; de ningún modo ambicionaba que los otros tres, o cuatro, me designaran, y no por modestia ni tonterías por el estilo. Simplemente, no creía que lo supiese hacer mejor que Roudor, que d'Alquer o que Sisear. En cualquier caso, aquello no se decidiría mientras no tuviéramos el enemigo a la vista. Mejor, pues, no preocuparse antes de tiempo. Como decía Claudera de vez en cuando, sin dar más pistas que con

aquello sólo pretendía señalar que lo más práctico es, siempre, ocuparse del presente, *Carpe Diem*.

* * *

Llegamos a Orchomenos el primero de marzo, con acuerdo al plan. Los exploradores, que marchaban y regresaban cada dos días, indicaban que al tiempo de plantar nosotros nuestras tiendas se habían encontrado con las avanzadillas del duque de Atenas. Era natural, porque la distancia entre Orchomenos y Tebas era sólo doce leguas. Ahora, el haber encontrado al enemigo a bastante más allá de la mitad del camino significaba que, o no habían empezado a moverse, o lo hacían muy despacio. Nosotros, mientras tanto, comenzábamos a trabajar, cada grupo con su lista de obligaciones entregada por escrito, a fin de que nadie se confundiera. El que fueran muy pocos los adalides y almugadenes capaces de leer un plan de trabajo detallado en un papel —quizá no había ninguno— lo resolvimos de un modo que sólo una fuerza como la Companyia Catalana se podía permitir: añadiendo mujeres, e incluso niñas de las que sabían leer, a los grupos de trabajo. Así, Claudera, Llura, Carlota, Emma —la que venía tras Carlota, de doce años y diseñada con acuerdo a las mismas y muy voluptuosas especificaciones familiares—. Calliope y una docena más se repartieron entre los asalvajados almogávares, los cuales, pese a lo muy bestias que sabíamos eran, ni se quejaban ni protestaban porque unas mujeres, si no unas niñas, les dijeran lista en mano y tono serio, si no seco, qué debían hacer. Pese a su natural instinto de considerar a las hembras como un simple mueble de fornicar, a las mujeres de la Companyia, las que más de dos y más de tres veces habían formado junto a ellos hombro con hombro, arco, flechas, chuzo y *cortell* en ristre, las miraban de otro modo. Tampoco era que las considerasen unas machorras. Quizá sólo fuera, explicaba Llura, que las veían como simples compañeras, tan almogávares como ellos y sin que importase que a la hora de mear se acuclillasen. Puestos a masacrar, bien lo habían demostrado, lo hacían tan bien como el que más.

El día 5 de marzo habíamos concluido los trabajos previos. El terreno donde tenderíamos la trampa, un rectángulo de noventa estadales de ancho y setenta de profundidad, lo habíamos roturado no una vez, sino cuatro. El suelo estaba suelto y ya regado, para que fuera cogiendo humedad y no absorbiera la del Kopaida cuando abatiéramos las portas a golpes de hacha. Con el fin de disimular en lo que se pudiera lo que habíamos construido, añadimos una regular capa de verde. Hasta donde nos llegó lo que pudimos arrancar de los campos cercanos era yerbajo silvestre; desde ahí eran trozos de tela verdosa comprada en Làmia y en Dadi, para gran alegría de los mercaderes que atendían los puestos de los respectivos mercados. Se trataba de que a la distancia de un octavo de legua, pues más no se acercarían antes de atacar, no pudieran deducir que aquello fuera otra cosa que un prado inofensivo.

Habíamos construido una empalizada entre las últimas casas de Orchomenos, a

cuyos habitantes, por cierto, convencimos nada más llegar de irse muy lejos, allá donde quisieran, aunque siempre al oeste. No lo hicimos de malos modos, pues cada familia se llevó, además de sus cosas, un par de *besants*. Tras esa empalizada nuestras caballería —tres mil trescientos jinetes, de los que dos mil eran turcos o turcopóls; trescientos eran caballeros catalanes; los otros mil, almogávares montados— esperaba su momento. Su propósito, el de la empalizada, no era defenderla, sino mantener a nuestros jinetes bien ocultos, y a la distancia en que presumiblemente se situarían los observadores de Brienne, no inferior a media legua, de ningún modo podrían hacerse idea de su significado. Desde lo alto del campanario, por cierto, se divisaba una gran extensión de terreno, si bien no toda ella era transitable, pues el *aiguamoll* lo impedía. Viniendo por donde vendrían, el camino de Tebas, tendrían que dar un rodeo de varias leguas para no pasar por donde les aguardábamos, y en ese caso, si lo hicieran, nos quedaríamos entre su capital y ellos, lo que de ningún modo se podrían permitir. En la guerra todo es posible, y en las batallas mucho más, pero desde lo alto del campanario no veíamos —yo no veía, y Claudera tampoco— que pudieran elegir un camino distinto al que con tanta devoción les preparábamos.

El armamento estaba igualmente dispuesto. Cada uno de los almogávares portaría seis azconas para no perder tiempo en recuperarlas de los muertos. Cada infante dispondría de dos moharras para su chuzo, y cada una de las arqueras contaba con cinco docenas de flechas, una cantidad más que suficiente para trazar una cortina que durante quince o veinte minutos sería infranqueable para la infantería enemiga, salvo si avanzaran al viejo estilo de las legiones romanas, en formaciones cerradas muy apretadas y con los escudos sobre sus cabezas. No creíamos que pensasen hacer eso, pues se trataba de algo propio de fuerzas veteranas, conjuntadas y bien adiestradas, muy expertas, y lo que había reclutado Brienne, según nuestras noticias, era lo poquito que ofrecía su país más algo que le habrían prestado sus vecinos. En conjunto, la clase de soldados que nada más empezar a ver sangre brotando a caños de muñones que antes fueron brazos, tiran sus armas, echan a correr y ya no paran hasta verse otra vez a salvo y en sus casas.

Todos los caballos, pesados y ligeros, estaban revisados de las herraduras, sus arreos, sus sillas y sus estribos repasados y tensados, así como bastante bien alimentados, pues el forraje no había escaseado en ningún punto del camino, ni allí tampoco, en Orchomenos. Estábamos, en fin, tan a punto para la batalla como jamás habría estado ejército alguno, y con la moral tan elevada como sólo podía estar la de una fuerza que llevaba doce años acumulando victorias tan asombrosas como aplastantes, una detrás de otra. Que los dioses nos sonrieran, y que tras la victoria, y durante una larga temporada, no debiéramos ocuparnos de otra cosa que organizar, legislar y administrar un nuevo Ducado de Atenas bajo bandera catalana.

* * *

El día 10 dos de nuestros exploradores avistaron una gran formación militar avanzando por el camino de Tebas. La divisaron desde lo alto de una loma y gran distancia, excesiva para estimar su tamaño, aunque no parecía bajar de veinticinco mil hombres de a pie y cinco mil de a caballo. No pudieron estudiarla mucho tiempo, ya que fueron divisados a su vez y puestos en fuga. Cuando la perdieron de vista ya cruzaban Haliartus, a unas cinco leguas de nuestra posición, y les pareció que tenían aspecto de ir a quedarse allí.

—Los tendremos aquí mañana por la noche. Pasado, todo lo más. Debemos empezar a ocupar las posiciones.

No lo habíamos hecho hasta entonces en el criterio de que también ellos enviarían exploradores, y aunque no podían vernos desde lo alto —por donde vendrían no había lomas o altozanos en menos de tres leguas—, de ningún modo queríamos mostrar nuestro juego. Así, a partir de aquella noche los primeros cientos de almogávares ya dormirían al raso, en lo que serían sus posiciones de partida cuando debieran lanzarse sobre los elegantísimos caballeros franceses. Sabíamos no sólo que lo eran, sino de algunos hasta quiénes eran; eso era porque nuestros antiguos compañeros, los que nos visitaron en Làmia, nos habían dado unos cuantos nombres. No nos decían nada —no estábamos al tanto de la nobleza hereditaria francesa residente o desplegada en la vieja Grecia—, pero el caso era que a la vuelta de nada nos las íbamos a ver nada menos que con Tomás de Stromoncourt —conde de Salona—. Albert de Pallavicini —marqués de Bodonitsa—. Guglielmo I Sañudo —duque de Naxos—. Reginald de la Roche, Antoine le Flamand, Boniface de Vérone, Debret de Grèce, Jean de Maisy, Giorgio Ghisi y unos cuantos *fili de putas* más cuyos nombres renuncié a captar en mi tablilla, todos ellos de linajes y prosapias que deberían epatar a la horda de paletos que al fin y al cabo éramos nosotros. Saber sus nombres no nos impresionó, pues bien sabíamos que, contra lo que pensaban los apasionados de la heráldica, cuando degüellas a un conde o a un duque la sangre que surge a borbotones de su pescuezo es exactamente igual de roja que la de sus escuderos; lo que sí nos estimulaba era saber que, de ir todo como tan cuidadosamente habíamos planeado, de aquellos admirables caballeros íbamos a sacar una propina colosal. Al llegar a ese punto, por cierto, se me ocurrió un última orden: en la medida de lo posible, no cargarnos a los percherones normandos; muchos quedarían inservibles, sólo válidos para rematarlos —y después comérmolos; en la Companyia Catalana no se despreciaba manjar alguno—, pero los que se pudieran salvar vendrían bien para equipar a nuestros jinetes blindados, cuyas monturas, con ser grandes y buenas, no se podían comparar a esos monstruos franceses.

Me costó dormirme, y más tras ver a Llura probarse su *capel*, su *gonella* y su almófar —había tenido que procurarse, de las últimas, unas piezas apreciablemente mayores; su silueta seguía siendo estupenda, pero después de tres partos y cuatro crianzas se asemejaba mucho más a la divina Hera que a la estimulante Afrodita; dicho de otro modo, a sus veintiún añitos ya era una matrona de tomo y lomo. Yo,

acepto el ser un inconsciente, no sentía una preocupación excesiva ni por mi propia persona ni por la suerte que me aguardaba, pero el destino de las mías era otra cosa, y saber que Claudera pensaba demostrar su maestría con el arco y las flechas igual que Llura con el chuzo y el *cortell*, me tenía más que inquieto, aunque no había nada que hacer: ni yo habría tenido la indecencia de ordenarles apartarse ni ellas me habrían hecho caso. Pensaban ir juntas a la batalla, tan cogidas de la mano como si fueran a dar un paseo por el mercado de Làmia. Mis *muxeras* eran como eran, y salvo reventar de orgullo a mí no me quedaba nada que hacer por ellas; en todo caso, aterrarme ante la posibilidad de que los dioses se las llevaran. Lástima que ya ni me acordara del *Parenostre*; de no ser así habría rezado, a Jesús o a quien *carall* fuese, para que nada ni nadie me las quitase.

* * *

El día 11, cuando el sol estaba en lo más alto, vimos llegar a sus vanguardias. Nos examinaban de lejos, e incluso se acercaron al límite oriental de la lengua de tierra, el terreno desde donde se aprestarían a cargar si nuestros cálculos fueran acertados. De lo que no había duda era de que nos habían visto, tanto a los que ocupaban las que serían nuestras posiciones como al discreto, casi mísero campamento que habíamos instalado treinta estadales más atrás, hacia el oeste. La lengua de tierra no fue lo único en que se fijaron, aunque pronto se pusieron a estudiarla con detenimiento. Según lo hacían, y a sus espaldas, comenzaban a llegar caballeros acorazados que cabalgaban a lomos de sus inmensas monturas, para unírseles en su tarea de análisis y observación. Los unos y los otros examinaban la lengua de tierra con atención, si no morosidad, y hasta iniciaban algún trote largo; era de suponer que para tantear la dureza del terreno. Que hicieran eso nos parecía bien, aunque sólo hasta un punto de la lengua de tierra previamente definido, uno que no deberían traspasar so pena de que así repararían en lo que de ningún modo queríamos que observaran. Para convencerles de que no fueran más allá del tal punto nada mejor que una buena salva de flechas. Una de las mejor apuntadas tuvo la buena fortuna de golpear en el yelmo a uno de los caballeros, sin hacerle daño —de algo le tenía que valer su coraza cabezal—, pero creando un efecto disuasorio interesante, porque al momento volvió grupas para regresar a lo que tenía pinta de ir a ser su posición, en lo cual le imitaron los demás; por las trazas, habían ya visto suficiente.

Sus ingenieros, o zapadores, o lo que fueran, comenzaban a instalar tiendas, a una distancia llamativamente próxima de sus probables posiciones de partida. Era como si pensarán que la batalla en ciernes sería un espectáculo gratificante, de los bonitos y agradables de contemplar, como una especie de justa o de torneo a gran escala. Era probable, pronosticaba Berenguer, que contaran con invitados de categoría, sin duda interesados en no perderse nada. Si tuviéramos la suerte de que se tratara de señoras altamente distinguidas, del tipo esposa de caballero, si no duquesa, condesa o

marquesa, tendría que pedir el *nihil obstat* de mis *muxeras* para que me permitieran violar alguna, si para cuando llegara el momento aún estuviera sobre mis estribos, me decía bromeando conmigo mismo como el perfecto idiota que soy.

Las ganas de bromear se me pasaron al ver llegar a Meleco, el *cabdill* de los turcopóls, que acompañado del de los turcos, un tal Calel —echábamos de menos a Ximelic; nos había dejado en los monasterios del monte Athos, de modo que habría ya despachado a la mayoría de sus huríes; a veces nos preguntábamos, temo que no demasiado en serio, qué harían nuestros hermanos musulmanes para no aburrirse durante toda la eternidad una vez se les agotaran las vírgenes—, mostraba una expresión de las consideradas como poco alegres.

—*Ata* —ignoro la razón, pero me habían traspasado el tratamiento que daban al jamás olvidado Muntaner—, la batalla contra éstos —señalaba el campamento del Ducado de Atenas y sus caballeros asociados, de los cuales, por cierto, seguían llegando más y más— no es de vencer y saquear. Es de ganar o morir. La muerte no nos importa, si es a cambio de algo que merezca la pena, pero vosotros no perseguís un botín. Perseguid otra cosa. Nos gustaría que lo comprendierais, porque no vamos a participar. Preferimos quedarnos a distancia. Si vencéis, contad con nuestra lealtad. Si perdéis, esperamos entendáis que nos pasemos al otro bando.

Lo decía con sencillez profesional, la propia de un mercenario cabal y normal. Lo mismo que nosotros habíamos dejado de ser, siquiera de momento, porque, cierto era, no lucharíamos a cambio de una paga o de un botín. Lucharíamos para conseguirnos un estado. Un estado propio. Un estado catalán.

Dentro de lo que cabía su actitud era mejor de lo que yo temía, que se pasaran directamente al enemigo. El que nos otorgaran el derecho de la duda, la de ver si éramos o no capaces de inclinar el resultado a nuestro favor, era de reconocer que no era tan malo como verles bajo la bandera de Brienne, y más sabiendo, como sabían, lo que habíamos cocinado.

—Si cambiáis de idea, sumaos a nuestra caballería.

Asintieron, inexpresivos aunque respetuosos, y se largaron por donde habían venido. Una hora después ya no los veíamos. A saber dónde pensaban esconderse, o agazaparse.

No todo iban a ser desgracias, me decía cuando el sol ya estaba muy bajo. El enemigo seguía desplegándose, aunque no daba la impresión de ser una fuerza superior a tres mil de a caballo y quince mil de a pie. Se habían situado en posiciones defensivas, por si nos daba un ataque de locura y les atacábamos, aunque por nosotros bien podían descansar en paz, pues jamás se nos habría ocurrido ese disparate. Les observaba desde mi posición en lo alto del campanario —ahí nos habíamos subido los de mejor vista—, cuando vi que una fracción de su contingente se ponía en marcha desde su posición, atravesaba su primera línea defensiva y, a paso tranquilo, el mismo para jinetes e infantes, enfilaba nuestra posición. Evaluar su fuerza me costó muy poco: doscientos de a caballo y trescientos de a pie; tampoco me

costó identificar sus ropajes, ya que según avanzaban se despojaban de las túnicas verdosas que lucían buena parte de los peones y piqueros enemigos, para dejar asomar lo que llevaban debajo: la inconfundible *gonella* color arena sucia de los almogávares catalanes.

Cuando llevaban recorrida la mitad del camino decidieron acelerar. Me alegraba que lo hicieran, aunque no tanto por tenerlos antes con nosotros, sino porque los caballeros enemigos, que no les perdían de vista, verían que trotaban sin problemas sobre la totalidad de la lengua de tierra, no sólo sobre la que habían inspeccionado ellos. Si algo les podía faltar para pensar que aquel era un terreno adecuado, si no favorable, para su manera de luchar, sería eso.

Minutos después —los pocos que necesité para llegarme a primera línea—, nos veíamos d'Alquer, Roudor, Sisear, Recasens y yo con los que hablaban por los demás. Eran tres almogávares de a caballo —por la razón que fuese, los doscientos jinetes que marcharon en su día con el duque de Atenas eran simples almogávares montados; ningún caballero quiso marchar con ellos, lo que algo significaría; por mi parte, jamás me preocupó saber la razón—, unos tales Ramón Anglesola, Pau Ferrer y Arnald Trill. Los conocía, lo suficiente como para recordar sus nombres; no los tenía por *cabdills* ni por distinguidos, aunque sí de los más voraces a la hora de saquear.

—Preguntamos al duque si deberíamos combatir contra vosotros. Nos dijo que sí. Le dijimos que no pensábamos hacerlo. Nos contestó que nos fuéramos al diablo, y que nos colgaría tan como a perros como tenía decidido hacer con los que sobrevivierais. Y eso hicimos, venir aquí a morir con vosotros.

—¿Tan seguro estás de que vamos a morir?

—Son veintitantos mil de a pie. No muy buenos, por no decir unos cagados, pero veintitantos mil. De a caballo son cuatro mil más setecientos caballeros. Éstos sí son buenos de verdad, aunque cada uno marcha más o menos a su aire. Casi todos traen un escudero, algunos dos y los hay que además llevan un abanderado. No pocos, además, se trajeron unas docenas de peones, para sumarlos a la infantería del duque Gautier. Se les ve, a casi todos, podridos de oro. La otra caballería, la ligera, no vale nada. Si acabáis con los caballeros es probable que se derrumbe, pese a los muchísimos que son.

—¿Si acabáis, o si acabamos?

—Si nos aceptáis, acabamos.

—Pues acabaremos.

Les tendí las manos; los demás, incluso el un punto renuente Recasens, hicieron lo mismo. No sólo ellos tres, sino los quinientos, se nos abrazaron, a nosotros y a los cientos de almogávares que componían la primera línea.

—Ya somos cuatro mil de a pie.

—Y mil doscientos de a caballo.

—Cuando se sumen los turcos y los otros, más de ocho mil.

—¿Tan seguro estás de que lo harán, Guillem?

—Sí. En cuanto nos carguemos a los caballeros. No querrán quedarse sin su parte. La que ya intuyen dentro de las tiendas.

Aunque vistas desde muy lejos, las que trabajosamente levantaban los peones enemigos tenían un aspecto excelente. Había muchas más de las que correspondería por una mera cuestión numérica, lo que sólo podía deberse a que cada uno de los airosos caballeros tenía la suya propia. De ningún modo aquellos dignísimos aristócratas de la lanza y el mangual se rebajarían a dormir con más como ellos. Bien, pues aún mejor.

Ramón nos hizo reparar en otra clase de construcciones que también levantaban los ingenieros enemigos.

—Son las horcas —lo explicaba Trill—. Si las levantan tan a la vista, tan avanzadas, es para que las veáis. De ahí colgaremos todos nosotros pasado mañana, si es que no nos matan antes.

—¿Pasado mañana?

—Sí. Muchos caballeros dejaron Tebas con retraso, por culpa de una juerga que se corrieron en el castillo de no-se-quién, un tal Saint Omer, o algo así. No llegarán hasta mañana, y ya entrado el día. El duque los esperará, no le queda más remedio. La batalla, pues, será pasado mañana. Seguro.

—¿Han traído muchas mujeres?

—De postín, cantidad. Esposas, hermanas o simples queridas de los caballeros, y se decía por ahí que también la duquesa, una tal Jeanne de Châtillon que por lo visto está de cagarse. Bueno, y las doncellas y las esclavas de todas ellas.

Nos lo quedamos pensando, sombríos.

—¿El espectáculo de las horcas lo montan en su honor?

—Eso creo, Guillem. Las nobles damas parecen tener muchas ganas de admirar lo bien que nos columpiamos.

Ya sé que suena fatal lo que dije a continuación, pero lo dije, y no me arrepentí, ni me arrepiento, de haberlo dicho.

—Recasens, cuando acabe la batalla, las mujeres, todas, son de libre disposición para la tropa, turcos incluidos. Pásalo.

—¿La duquesa también?

—Esa puta, la primera.

Hubo un general gruñido de aprobación. Como habría dicho Claudera, sin darme cuenta, y sin pretenderlo, iba ocupando un espacio que se quedó vacío a la muerte del *führer*.

* * *

El día 12 transcurrió tranquilo. Ellos nos veían a nosotros, aunque sólo la parte que les queríamos mostrar —de ningún modo deseábamos que supieran cuántos éramos

de verdad—, sin hacer mucho más que permanecer atentos a lo que hicieran. Nos daba igual si comprendían que de ningún modo pretendíamos tomar la iniciativa. Quizá pensarán que nuestra espera venía determinada por las no escritas reglas y leyes de la caballería, las que dicen que un ejército no debe lanzarse contra otro mientras éste no ha terminado de formarse y organizarse, pero no era verdad. En nuestra práctica, cuando decidíamos que atacar era conveniente lo hacíamos sin vacilar, y si pillábamos al enemigo cagando, pues aún mejor. La gran ventaja de no ser caballeros era no estar obligados a respetar sus tonterías. Nosotros éramos salvajes mercenarios sin Dios y sin Ley, y a mucha honra. Si no les atacamos ese día 12 fue porque ya eran demasiados para que pudiéramos acabar con ellos a un mínimo coste, y era que no sólo pretendíamos matarlos a todos sin dejar uno, sino que a nosotros nos hicieran las menos bajas posibles; una vez acabara la batalla necesitaríamos hasta el último catalán disponible para poblar nuestro insólito estado, de modo que cuantos menos nos mataran, mejor. Para eso era necesario acabar con los caballeros a coste cero. Desde ahí todo sería, o eso esperábamos, una carnicería rutinaria, como tantas otras; si acaso, de muchos más pescuezos.

Les vimos oír misa y hasta comulgar, y a nuestros abatidos mosenes les pareció que por el rito romano. Se mostraban tan cabizbajos porque cuando nos propusieron hacer lo mismo nos les quedamos mirando sin decir nada, pero con una inequívoca expresión de «y esa estupidez, ¿a cuento de qué?». No teníamos gran cosa contra ellos, aunque lo cierto era que su clientela en el seno de la Companyia Catalana d’Orient desde hacía mucho no iba más allá de las carretas donde viajaban las mujeres, y ni siquiera todas las carretas.

Mil y pico de nosotros nos echamos una buena siesta, por la tarde. La razón era que una vez fuera noche cerrada tendríamos cantidad de trabajo. La luna, por fortuna, se había puesto del lado catalán, porque sin estar llena iluminaba lo bastante para que apenas fueran necesarios los faroles ciegos, los que sólo dejaban salir un leve hilo de luz a través de su ranura. Lo primero que debíamos hacer era desmochar a golpes de hacha las docenas de barreras que impedían al Kopaida invadir el que sería campo de batalla. Las muchas jornadas de duro trabajo en rebajar el terreno iban a verse recompensadas cuando miles y miles de moyos^[17] inundaran el terreno donde, los dioses lo quisieran, los setecientos caballeros iniciarían el sendero de la eternidad. Una vez aquello bien anegado, se trataba de repartir y esparcir una buena cantidad de la mucha tierra que habíamos arañado de allí mismo unos días antes, y tras eso removerla y removerla para que mutara en un barro cenagoso ciertamente repugnante. Lo hacíamos calzados con abarcas fabricadas para la ocasión, de suela más que ancha, para no hundirnos nosotros mismos; a la hora de arrimar el hombro ahí estábamos todos, lo mismo caballeros que almogávares. Una vez convertido aquello en un pantano tan mortal como traidor, faltaba el último detalle, la idea genial de una Claudera inspirada en Llura cuando esparcía perejil en algún guiso: regarlo todo de pedacitos de tela, color verde, tan ligeros que flotaban. Para uno que se

hallara encima mismo el engaño sería imposible, aunque para un caballero francés que llegase al galope lanza en ristre, mirando a través de la estrecha mirilla de su visera y preocupado, sobre todo, por los infantes destripadores de caballos que le pudieran salir al paso, aquello sólo podría parecerle un prado vulgar. Sólo cuando empezase a tragárselo se daría cuenta, en los pocos minutos que aún viviría, de lo mucho que les habíamos engañado.

* * *

El alba nos alcanzó cuando apenas nos sacudíamos el barro adherido a nuestras piernas. No nos cambiamos de abarcas, pues mientras la lucha no saliera del barrizal, y seguro que acabaría mucho antes de que todo aquello se hubiera endurecido, para bien o para mal, necesitaríamos pisar sobre algo que nos permitiera, si no correr, al menos caminar sin hundirnos. Sólo nos faltaba recoger nuestras armas, a saber: setecientos y pico de nosotros, con chuzos y *cortells* contra los caballeros; mil y pico más, con azconas y *cortells*, contra los escuderos. Tras encomendarnos cada uno a la divinidad que nos cayera más simpática —yo elegí a Claudera, hija de Eris, sobrina de Ares y nieta de Zeus; más o menos, lo que hacía siempre—, nos dispusimos a esperar, en la idea de que no sería mucho tiempo, ya que la orientación del campo de batalla, este a oeste, hacía que los primeros rayos del sol nos dieran de lleno en los ojos; una pejigera, por otra parte, a la que ya estábamos acostumbrados. No creíamos, o al menos no creía yo, que Gautier de Brienne fuese a desprestigiar esa ventaja táctica; de ser así, pronto le tendríamos allí, a él y a sus setecientos caballeros.

Aún no acababa de salir el sol cuando pudimos distinguir los detalles. Su caballería, desde luego, mostraba un aspecto fantástico. Armaduras impecables, coloridos variadísimos, caballos fabulosos, banderas al viento y hasta nos llegaba el sonidillo de alguna charanga estimulante. Ahí recordé que algo nos faltaba, de modo que, sin pensar que de nuevo daba órdenes a un igual, y tras elegir mi mejor voz, aullé:

—¡Recasens, izad bien altas las dos banderas!

No hacía falta dar detalles, pues Recasens bien sabía de qué hablaba yo, si no qué mandaba yo. Una, la *senyera*, la bandera de combate catalana de toda la vida, la misma que siempre flotaba sobre nuestras cabezas, dignificando la presencia deplorable de las demás enseñas que se nos impusieran, bien por las circunstancias o bien por los contratos. La otra, la negra. La que no sabíamos si algo significaría para los franceses, aunque, de no ser así, pronto iban a sentir en carne propia lo no poco que teníamos de prusianos.

—*Kein pardon!! Keine gefangenen!!!*

—*Desperta ferro!!!!* —Ése ya no era yo; los almogávares, desde ahí, ya gritaban ellos solos.

—*Matem!!!! Matem!!!!*

Un lejano toque de trompa. También ellos enarbolaban banderas. Demasiadas, diría yo. Así sería difícil identificar al Gautier de Brienne, si no Gautier deis Collons. Me lo había reservado con la complicidad de los íntimos, los que sabían que tenía una cuenta fraternal con él, de tipo hereditario. A falta de mejor identificación sabíamos, por los que habían estado unos meses a sus órdenes, que lucía un escudo muy vistoso, un león rampante amarillo en un campo de barras verticales también amarillas, todo ello sobre un fondo azul veneciano. Una preciosidad, vaya. Suponiendo que su armadura, su caballo y su pabellón guardaran la debida relación, le parecería muy mal dejar el Valle de Lágrimas a manos de un hermanastro astroso, barbudo, melenudo, vestido con una *gonella* perdida de barro, pero, según me dijo una vez Deslaur, tan alto como él, tan rubio como él y con los mismos ojos azules de Hugo de Brienne, el hijo de Satanás a quien debíamos los dos el vernos las caras —la suya si lograba entreabrirle su visera— ese amanecer.

Venían contra nosotros armando un gran estruendo y a muy buena velocidad, tanta que a los escuderos, a los que malamente divisábamos corriendo tras ellos, les costaba el resuello no quedarse demasiado atrás. Su primera línea —cargaban en varias, todavía la lanza sobre su estribo— ya estaría como a veinticinco estadales del fangal cuando di la orden de avanzar contra ellos, en la idea de que dentro de muy poco empezarían a embarrancar. Para no complicarnos la vida con los escuderos, que también estaban llamados a sufrir serios problemas de inestabilidad, convendría llegarnos cuanto antes a la vera de los inminentes atrapados. Mi buena vista me permitía divisar, en el centro de la línea, un caballero elegantísimo que se cubría con un escudo en parte amarillo —un león, probablemente— sobre un fondo azul. No veía otro similar en aquella primera línea, de modo que, tras una leve corrección de trayectoria por mi parte, supuse que al cabo de no mucho, dos o tres minutos todo lo más, mi hermano y yo nos íbamos a ver de cerca por primera y última vez en el Más Acá.

Se notaba que ya estaban en el fangal porque tanto su velocidad como su estruendo disminuían muy rápidamente, hasta quedar casi varados y en un silencio expresivo de una muy grave preocupación. Acto seguido dejaron definitivamente de cabalgar para rebozarse por el barro, acompañados de los caballeros de la segunda línea, que acababa de arrollarlos para sobre la marcha dedicarse a lo mismo. Algunos de la tercera, que durante unos instantes pisaron en duro —no por el terreno, sino por sus colegas de la primera y de la segunda— saltaban sobre los caídos de un modo singularmente airoso, muy de admirar dada la pesadez y el tamaño de sus monturas, aunque sólo para clavarse al terreno unos pocos estadales por delante de los primeros. Ya no me pude fijar en lo que hacían las demás filas, de haber alguna —la primera, medida de babor a estribo, no bajaba de ciento cincuenta caballeros, si no doscientos —, pues avanzaba también a muy buen ritmo sobre mis abarcas amplísimas, chuzo en ristre y con el ojo puesto en una *mêlée* donde costaba distinguir entre seis o siete caballeros y sus respectivas monturas. Era una excelente montonera, ni de lejos la

única, y gracias a los dioses aún sin escuderos que pudieran inquietar a los almogávares con azconas que me flanqueaban. Pronto vi que para llegar a mi caballero deseado antes debería despachar algún otro colega suyo, de modo que, con ayuda de Ramón, que a la sazón hacía lo mismo, empecé a levantar portillas de viseras con la punta de la moharra para tras eso clavar el chuzo bien adentro, hasta donde la punta crujía en un clac vagamente musical contra la trasera occipital. Así, yelmo a yelmo y clac a clac llegué junto al derrumbado Gautier de Brienne, que por entonces no sobresalía en exceso del barrizal. Su costado de babor yacía sepultado bajo su irritado caballo —relinchaba de amargura, pobre animal—, su brazo libre no lograba empuñar una espada que maldito de lo que le habría servido y hasta se despojaba del yelmo, el muy bobo, a fin de valorar la situación con un poco más de perspectiva. Pudo ver así, supuse que algo asombrado, que un retrato suyo se le acercaba chuzo en ristre y, me temo, con un gesto muy poco amigable.

—¿Eres Gautier de Brienne?

—Sí —tono de alivio, quizá porque la pregunta le llegaba en francés y porque además supondría que se le identificaba para pedir por él un gran rescate; se confundía, como no tardaría en saber—; si me sacas de aquí serás muy bien recompensado.

No era la primera vez que oía una cosa como ésa, pero en aquel amanecer desentonaba. Traía preparado un breve discurso, del estilo: «Cuando te reúnas en el infierno con tu padre dile que llegas allí por cuenta de Meritxell Ferrer, de Prada de Conflent, y si dice no saber le aclaras que te manda tu hermano, y ya está, esto es todo y que te abrases bien en tu caldera mientras Satanás te mete su pincho por el culo». El caso era que con la excitación de la ocasión se me fugaban las palabras, además de que veía llegar a los escuderos, y por si eso no bastaba otro de los caballeros atrapados en la montonera estaba cerca de liberar el brazo, del cual colgaba su mangual, así que le ahorré la despedida del modo habitual, aunque con mala puntería, ya que, comprendiendo el buen Gautier qué se avecinaba, giró la cabeza con violencia, de modo que mi moharra le acertó en la oreja y no en el ojo, aunque con los mismos resultados —a fin de cuentas eso era lo que contaba—, de modo que tras extraer mi chuzo con algún esfuerzo —se había quedado atrancado en el perforado parietal— dediqué mis atenciones al caballero del mangual. No había tiempo suficiente para entreabrirle la visera, de modo que apunté a la junta sobacal de la hombrera correspondiente al brazo que levantaba y apreté con toda mi alma, para escuchar una especie de aullido —el yelmo hacía de caja de resonancia, si bien excesivamente grave, al menos a mi gusto—, al tiempo de sentir que la potencia del brazo se aflojaba. Muy poco después, y ya con tiempo disponible, abrí la cancelilla de la visera y desde ahí como siempre, para qué inventar nada nuevo si todo funcionaba de un modo estupendo. Justo a tiempo, ya que dos de los escuderos, pobres diablos, ya llegaban, medio cayéndose de lo mal que caminaban y lo mucho que resbalaban, empuñando unas espadonas asaz inadecuadas, sin peto, sin coraza y con una especie

de casco que lo más, lo más, les protegería de un mangual, pero no de la media docena de azconas que se repartieron entre los dos, a las que siguieron sendos y muy diestros machetazos de *cortell*. Así, un brazo menos cada uno y a seguir con el siguiente, que por su parte se preguntaba si unirse a la masacre o dar media vuelta e intentar contarle. Yo, por mi parte, ajustada ya mi cuenta personal, me afanaba en los otros caballeros, los cuales, por cierto, se habían juntado todos, los de las cuatro líneas, porque no se divisaba ninguno que hiciera por escapar. Las montoneras eran formidables y había trabajo de sobra, de modo que me uní a la merienda general, matando, rematando y cerciorándome de que allí no quedaba nadie que pudiera describir la ridícula muerte que se habían buscado los setecientos imbéciles. En eso andaba, preguntándome si no debería cambiar la moharra, pues la original quizá se había despuntado, amén de oxidado con tanta sangre y tanto seso, cuando al abrir otra visera me di con la espantada faz de Roger Deslaur.

—*Cony!* ¿Qué haces tú aquí?

—Pues ya lo ves: siguiendo a mi señor. ¿Me vas a matar?

Me lo pensé; no mucho, porque andaba mal de tiempo.

—No, a ti no. Espera un momento, haz el favor.

Me incorporé, porque perforar cráneos de caballeros caídos se hace acucillado, como las mujeres cuando se alivian, y llamé a dos de los almogávares de a pie, los que se ocupaban de unos escuderos que, a su vez, aunque solamente los que aún vivían —no eran muchos—, intentaban correr hacia sus líneas con la velocidad que sólo dan el pánico y el horror.

—A éste no se le mata —por el aliviado Deslaur—. Sacadle de aquí, llevadle a nuestra línea y decid a los demás que no le toque nadie, porque de vivo nos valdrá más que de muerto.

A Roger Deslaur se le uniría poco después Boniface de Vérone, el cual había sostenido con Berenguer de Roudor un diálogo parecido al mío con el otro. Así salvaron sus pellejos, de prodigosa casualidad, los dos únicos caballeros de los setecientos y pico que siguieron a Gautier de Brienne, duque de Atenas, en la mayor majadería de la historia de la caballería. Los demás, uno por uno, acabarían desnudados, saqueados, troceados y abandonados al apetito de los buitres, aunque no entonces, pues atendiendo mis órdenes regresábamos a nuestra línea, nos cambiábamos de abarcas, agarrábamos más azconas y echábamos a correr por el extremo de la trampa que pegaba con el río; bueno, yo no; en la línea tenía mi caballo, como tenían los suyos los otros cuatro, de modo que desde ahí ya mandábamos sentados; el tal extremo no era muy ancho, cosa de un estadal y pico, aunque suficiente para que a los pocos minutos la horda en pleno, seguida de nuestras mujeres, que también deseaban su ración de masacre y exterminio, cargáramos aullando como lobos hambrientos contra unos aterrados infantes que, atónitos, aún no se creían que los setecientos caballeros no regresarían jamás. Al tiempo, suponía yo, nuestra caballería, la ligera y la pesada, saldría de su escondite para cargar contra la

ligera del duque fallecido —me había hecho con su escudo en una súbita inspiración, y lo blandía como un cura elevaba la Hostia en el momento cumbre de la misa; lo hacía por pensar que con eso contribuiría más eficazmente al derrumbe general, como así fue, lo que comprobé poco después con alegría comprensible—, la cual, curiosamente, no daba señales de vida. Quienes sí la daban eran los ecuanímes turcos y turcopóls, que una vez despejadas sus dudas sobre quién ganaba y quién perdía se lanzaban, con entusiasmo ensalzable, contra las tiendas donde, pensaban ellos, se guardaban los tesoros de aquella penosa colección de riquísimos infieles.

—¡Ha sido colosal, Guillem!

Berenguer de Roudor galopaba junto a mí, tan alegre y tan abandonado a sus peores instintos como yo.

—¡Ni uno, Berenguer! ¡No dejemos ni uno vivo!

No me contestó. No hacía falta. En eso, como en casi todo, nos complementábamos de un modo admirable. Por algo sería que fuéramos cuñados.

Los infantiles giegos eran muchísimos, no había duda, pero quien los mandaba, si alguien lo hacía, no tenía la menor idea de hacer maniobrar una fuerza tan enorme. A eso se debió que cargando desde dos direcciones, los almogávares de a pie por una parte y los turcos y turcopóls de otra, los arrollásemos y aplastásemos en una matanza de las muy difíciles de relatar, y aún más de describir. Hendíamos cráneos, atravesábamos a lanzazos, degollábamos, mutilábamos y los empujábamos los unos contra los otros en un ejercicio de horror que a mi entender sólo se podría explicar a partir de un total oscurecimiento de la mente de los que se sabían condenados, por mucho que al salir el sol, pobres diablos, se vieran de vencedores sin haber empezado a luchar. De todos modos, matar, matar y seguir matando es una cosa fatigosa que acaba por aburrir, aunque me bastó con mirar las horcas levantadas en honor de nuestra hermandad para que mis bríos renacieran. A los catalanes no se les debe dar por muertos antes de haberlos matado, pensaba para mí, evocando unas viejas palabras de Muntaner.

Cuánta razón tenía.

* * *

Pasaría poco del mediodía cuando ya no había forma de dar con griego alguno al que descuartizar. Sabíamos que unos cuantos habían escapado a caballo, pero los infantiles, desgraciados, ya formaban parte de lo que Muntaner llamaba cadena de alimentación de las especies naturales, siendo los buitres los primeros que obtendrían provecho de sus visceras. El aroma general era espantoso, lo que de ningún modo nos sorprendía, pues bien sabíamos a qué huele la gloria: una mezcla indescriptible de mierda, sangre, orina, vómito y carroña en sus primeras fases de descomposición —el sol de marzo, agradablemente cálido, las aceleraba—, tan familiar para nosotros que ni siquiera la notábamos. Nuestras mujeres, más sensibles, pudiera ser que sí, aunque no

tenían problemas en sobreponerse, pues colaboraban con entusiasmo en las tareas de desnudar, trocear y saquear hasta no dejar nada que pudiera merecer la pena. De no ser por las del enemigo, que no se cansaban de aullar y sollozar, el que dábamos sería un espectáculo insonoro. No las criticábamos, pues era comprensible que ser violadas sin contemplaciones por docenas y docenas de almogávares asquerosos y de turcos apestosos, aunque todos ellos igual de sudorosos y era de temer que de halitosos —y no pocos con ladillas—, no era cosa que se pudiera resistir en un deseable silencio, salvo las que fallecían por no poderlo soportar. Debían de ser unas cuantas, aunque dado el frenesí que padecían los vencedores, a sus desdichados efectos era lo mismo, porque se tardaba mucho en advertir que habían dejado de sufrir.

Dentro de lo que cabía, la duquesa Jeanne de Châtillon había tenido suerte, porque sólo la violaron seis o siete, y además casi todos caballeros. Tuve yo que intervenir para sacarla de la oferta general, reconociendo, de paso, que nuestros informantes no habían exagerado, pues aun llorosa, despeinada y un tanto arañada, ofrecía un desnudo esplendoroso, el cual, pese a no estar en la mejor de las formas —era imposible que lo estuviera, cuando menos en aquel específico instante—, no podía tener mucho más de veinte magníficos años. Sólo tras hacer que una de nuestras mujeres la cubriera con un saco de arpillera, se decidió a mirarme primero —de una manera que me sonó como a extrañada, más larga de lo que parecía razonable dado lo tenso de la situación— y hablarme después con una voz sorprendentemente serena. No pensaba yo —cada día soy más escéptico— que lo hiciera en agradecimiento al enemigo caballeroso que ordenaba el cese de su tortura, sino porque yo seguía luciendo un escudo que sin duda encontraba familiar.

—Eso es de mi marido, el duque Gautier de Brienne. Yo soy Jeanne, duchesse d’Athènes.

Su francés era ciertamente musical. El mío, bien lo sabía yo, sonaba muchísimo peor.

—Sí, lo sabía.

—Mi marido, ¿vive?

—No.

—¿Está seguro?

—Del todo. Yo le maté.

Se lo quedó pensando, aunque no me pareció que particularmente contristada. Quizá fuera porque, debía yo reconocerlo, por aquella mañana la pobre había tenido demasiado.

—Se le parece usted. Mucho.

—Sí, ya lo sé. Quizá no se lo crea, pero éramos hermanos. Sólo de padre, pero hermanos.

Me pareció lógico que no pidiera detalles adicionales; no era un buen momento, como era de aceptar, para ponerse a escarbar en el árbol genealógico secreto de los Brienne.

—¿Y siendo hermanos, si es verdad que lo eran, tuvo usted el cuajo de matarle?

—No tuve opción. Fue un duelo singular, de caballero contra caballero. Además, sólo tras acabar supe quién era.

Se quedó pensativo. Me pareció que intentaba dilucidar si yo era un asesino y un cabrón o, simplemente, un guerrero que se había cargado a otro guerrero sin segundas intenciones.

—No debió usted matarle. Yo habría pagado por su vida lo que me hubiera pedido.

—Si se hubiera rendido así habría sido, pero peleó hasta el final. No tuvo usted un marido cobarde —no nací sabiendo mentir a sangre fría, pero la vida, si vives lo bastante, siempre acaba por enseñarte; sobre todo si, por alguna suerte de inspiración divina, se te ha empezado a ocurrir una idea—. Por otra parte, y no lo debe usted olvidar, era el jefe del ejército enemigo. Nosotros, hoy, no buscábamos rescates, *madame*. Buscábamos explicarles a todos ustedes qué sucede cuando se nos muestran las horcas de donde se nos piensa colgar.

Le señalaba las inútiles estructuras, bien visibles desde ahí. Quizá no tan inútiles; al menos servían para exhibir las no pocas banderas que habíamos capturado. Unas estaban ensangrentadas y otras embarradas, pero aun así ondeaban. De un modo triste, cansino y pesado, pero lo hacían. Quizá fuera su visión lo que hiciese a la duquesa volver a la realidad: la de hallarse indefensa frente a uno que se la podría cargar con total impunidad. De ahí, quizá, lo especulativo de su mirada.

—¿Qué piensan hacer con nosotras? ¿Van a matarnos también? ¿O piensan hacernos sus esclavas?

Me maravilló un poquito que, pese a estar derrotada, virtualmente desnuda y tan deshonrada como pueda estar una orgullosa duquesa recién violada en pelotón, fuera capaz de hablar con tal orgullo y de un modo tan desafiante.

—Yo no, pero cuando acaba la pelea dejo de ser el que manda. Nosotros somos una horda que se gobierna en asamblea. En el campo de batalla soy yo quien da las órdenes, pero esto ya no es el campo de batalla.

—Pues ya me dirá qué clase de campo es. Bueno —parecía elegir las palabras con cuidado—, quizá sea el de la ignominia.

Me quedé pensando, pero en realidad no pensaba; sólo dejaba que brotase un instinto por momentos más potente.

—Tendrá usted criadas, o doncellas, ¿no? —asintió, un punto perpleja; no esperaría que saliera por ahí—. ¿Sabe dónde andan?

—Sus hombres las están violando ahí atrás —señalaba la trasera de la tienda; llegaba un cierto clamor de gemidos, acompañado de alaridos entusiastas; parecía cierto que la duquesa Jeanne no se confundía—, si no es que las han matado ya.

—Venga conmigo.

Me siguió a través de la tienda. Tras un cortinón, tres mujeres jóvenes se debatían en diversos estados de fornicación o de sodomización, a saber, mientras seis o siete

almogávares y un par de turcos esperaban su turno.

—¡Vosotros tres, acabad de un vez! —Los violadores, que se habían vuelto a mirarme, aceleraron; yo aún no lo sabía, pero tenía un aspecto espantoso, del tipo «con éste, pocas bromas»—. Los demás, largo de aquí: estas tres quedan bajo mi protección.

Nadie discutió, quizá porque los que hacían cola no eran de primer turno; ya estarían colmados, de modo que desaparecieron sin hacer ruido, casi al momento acompañados de tres más que preferían el *coitus interruptus* al mungalazo en el trasero. Así, un minuto después sólo había tres mujeres desnudas y llorosas que se abrazaban a su jefa, o su dueña, o lo que *carall* fuera, la cual, tan majestuosa como antes, intentaba consolarlas, aunque tampoco demasiado; más le interesaba lo que hiciese yo a continuación.

—Busquen sus ropas, vístanse y esperen aquí. Tú —por un almogávar que no me perdía de vista, fuese adonde fuera; era mi enlace o mi asistente, o algo así—, que no las toque nadie, y si alguien lo intenta dices que de orden mía. ¿Entendido?

El infeliz se puso muy tieso, como siempre que le ordenaba cualquier cosa en mi mejor tono de tener un mal día. Yo, mientras, me abría camino hacia el exterior, donde proseguía el jolgorio victorioso, aunque con visos de atenuarse. Matar y violar son cosas que suelen fatigar mucho más que saquear, y al cabo de poco tiempo acaban por resultar menos interesantes. Ahí fue donde me crucé con Ramón d'Alquer, que parecía buscarme. No le dejé decir nada.

—Ramón, consígueme un carro, dos caballos y un cochero, así como un pelotón de almogávares montados. Ah, y seis *besants*. Se trata de dejar en Haliartus a la Châtillon y a sus doncellas. En cuanto lo hagan, que regresen. No me hagas preguntas, que ahora no te lo puedo explicar. Es algo que se me ha ocurrido sobre la marcha, y quizá funcione. Venga, muévete.

El buen Ramón compuso su mejor cara de «bueno, ya me lo explicarás», y al momento desapareció en búsqueda del encargo. Gracias a Claudera yo había desarrollado una fama de tipo inteligente del todo inmerecida, pero de la que me aprovechaba con la mayor desfachatez.

Y quizá, por una vez, no se me había ocurrido una estupidez. Lo mismo la Châtillon resultaba decisiva para quedarnos con su ducado sin necesidad de batallar con nadie más.

* * *

Pasaban ya tres días de la masacre. Llegaba el momento de recapitular, tras haber concluido el más minucioso de los saqueos. Lo hacíamos en nuestro antiguo campamento, el de Orchomenos. Si abandonamos el de Brienne fue porque, pese al innegable confort de sus tiendas, muy superior al de las que años antes arrebatamos a los turcos en Kibistra —estaban ya muy viejas—, el aroma que las rodeaba resultaba

insoponible. Aun así teníamos intención de llevárnoslas, pues nadie sabía qué nos depararía el futuro y unas tiendas tan estupendas como aquéllas podrían venirnos bien, pero eso ya lo haríamos el primer día que lloviera, pues así el perfume a descomposición general de hombres y de bestias se haría más llevadero. En cualquier caso, nos decíamos, ya era momento de revisar lo hecho, de pensar en lo que teníamos por delante y de planear los siguientes movimientos. A eso se debía que nos hubiéramos sentado alrededor de un buen fuego, la tarde ya caída, los doce del Consell más Sisear, Recasens, Roudor y yo. Según lo acostumbrado, el que debía informar sobre lo hecho y lo conseguido era el intendente, y a eso se debía que tomara yo la palabra en primer lugar.

—Hemos contado seiscientos noventa y ocho caballeros fallecidos. A dos más los hicimos prisioneros. Sé que no era lo previsto, pero tuve buenas razones para ordenar que no los matasen; luego las explicaré. Sigo: entre jinetes y peones calculamos, por encima, ya que muchos estaban tan descuartizados que no hubo forma de contarlos bien, no menos de diecinueve mil muertos y quizá más de veinte mil; sin prisioneros, según lo acordado. Mujeres distinguidas, o por las que podríamos pedir un buen rescate una vez separadas las que os queráis quedar, o las que otros se quieran quedar, hay cincuenta y tres; doncellas y esclavas, ciento veinte; muertas, veintitrés.

—¿Las matamos nosotros?

—Tres o cuatro se murieron ellas solas con algún almogávar puesto encima. Las otras se suicidaron.

Nadie dijo nada, si bien algunos compusieron el universal gesto de «qué cosas hay que oír».

—¿Han quedado muy averiadas?

—No sabría qué deciros. Del coco, desde luego que sí, pero eso se les pasará enseguida. De lo demás, pues a saber. Habría que ir una por una. Las que peor quedaron son las que más se resistieron. De todos modos, y una vez bañadas, y arregladas, igual vuelven a servir de algo. En general, las distinguidas, o las más señoronas, están bastante bien. Es que son jóvenes; a las viejas, por lo que fuera, los fenecidos caballeros prefirieron no traerlas. Debieron de pensar que lo de aquí, contra nosotros, sería una especie de romería, un jolgorio de los que acaban entre risas, y en ese tipo de juergas las esposas de muchos años acaban siempre por estorbar. En cualquier caso, vamos a lo que importa: los que no tengáis mujer, y si no hacéis muchos ascos a que se las hayan tirado quince o veinte de los nuestros, igual encontráis alguna que os apetezca lo bastante como para quedaros con ella. En cuanto a las demás, habrá que determinar por cuáles pedimos rescate y por cuáles no. Estas últimas, si nadie las quiere, se las cederemos a los turcos para que las vendan por ahí. Con respecto a las doncellas, criadas y esclavas, de momento propongo que sigan con sus amas, si no por otra cosa para que las pongan en facha lo mejor que puedan. Luego, pues ya veremos si nos sirven de algo, y si no, pues también para los turcos, pero aún hay tiempo antes de llegar a eso.

Algunos se lo quedaron pensando. Una buena viuda de caballero, educada, limpia y bien cuidada, y que fuera tan realista como para servirse de su patrimonio con tal de no acabar degollada, podría interesar a más de uno. Sería cosa, parecían pensar, de practicar una exhaustiva investigación ocular.

—En cuanto a beneficio directo, el negocio ha sido colosal. Los caballeros majaderos se presentaron aquí cargados de riquezas, sabrían ellos por qué. Aunque la mayor parte del oro y las joyas se la quedó la gente, como es lógico y natural, para el tesoro común hemos sacado cantidad de armas, alfombras, ropajes, muebles, carros, cacharros de cocinar, vajillas, herramientas y cosas así. En cuanto a caballos, unos tres mil de tipo corriente, ni mejores ni peores que los nuestros, pero lo mejor, lo importante de veras, es que ahora contamos con más de mil percherones normandos. Cuatrocientos, o así, sobrevivieron a sus caballeros sin romperse nada; una vez fuera del barro, nos quedamos con los que seguían en buenas condiciones; los averiados los conservamos, aunque sólo como reserva nutritiva. Llevamos tres días que no comemos otra cosa, por si no lo habéis notado. No es una carne precisamente blanda, pero sabrosa sí que lo es. —El Consell en pleno asintió, solemne—. Los demás, hasta los mil y pico que nos vamos a quedar, se deben a que los caballeros se trajeron cuando menos dos monturas cada uno. Curiosamente, los que usaron para cargar debían de ser los peores, porque sus palafreneros nos han dicho que los mejores ejemplares eran los que seguían ellos cuidando. Por cierto, que a ellos no debemos matarlos; es mejor conservarlos como esclavos para que nos cuiden esos caballos, al menos en tanto no sepamos hacerlo nosotros. En general, y una vez nos acostumbremos a montarlos, y ellos se acostumbren a la forma que tenemos nosotros de cabalgar, serán un estupendo diferencial cuando volvamos a combatir.

—¿Pero no habíamos acabado con todos?

Tono de sorpresa teñido de alarma. Era evidente que a casi nadie le apetecía volver a guerrear, siquiera de momento.

—De los que vinieron aquí a luchar con Brienne, sí, salvo los dos mil y pico que tomaron el olivo antes de que cerráramos el cerco, pero es seguro que dejaron guarniciones en Tebas y en Atenas, y es de suponer que también hay unos cuantos apostados en los castillos de las costas este y sur. Si quedara en Tebas alguien capaz de juntarlos, igual le daban para formar otro ejército de no menos de quince mil hombres, tirando por bajo. Todos ellos muy desesperados, además, y bien sabéis que si hay un enemigo malo de verdad es el que sabe que a su espalda sólo queda el mar. Ésa fue la razón de que dejara marchar a la duquesa, por si no se os ha ocurrido pensarlo.

Había estudiado con Claudera las palabras con las que dar aquella explicación, consciente de que más de uno había gruñido al saber que dejé marchar a la mujer más importante y que no pocos me criticaban por tomar decisiones, no sólo ésa, que iban más allá de las correspondientes a un intendente. Desde que salimos de Làmia, me constaba, yo era el tipo más popular de la Companyia, y no porque me hubiera

comportado de un modo excepcional —algunos otros mataron a muchos más griegos que yo—, sino porque la elección del campo de batalla, el diseño de la táctica, el estudio exhaustivo del hasta el último detalle, y la cuidadosa ejecución de todas y cada una de las medidas precautorias, fue un asunto exclusivamente mío, del intendente general. No sólo se me aplaudía y se me reconocía el mérito, sino que gracias a todo eso me había situado en una interesante posición, la de poder actuar sin que nadie se opusiera como un capitán general sin serlo en derecho, cosa que algunos, muy celosos aunque no se atrevieran a manifestarlo, eran incapaces de aceptar. De ahí venían mis cautelas: no quería consumir ni mi crédito ni mi prestigio, aunque sin por ello dejar de hacer lo que tenía pensado —lo que había pensado Claudera, más bien— para que a la vuelta de no mucho la bandera de nuestro recién nacido estado catalán ondeara en lo más alto del Partenón —según Claudera, no sólo era el edificio más hermoso de los muchos que levantaron los antiguos griegos, sino el pedazo más glorioso de la herencia que dejaron a la posteridad—, sin que aquellos idiotas, con su secular estrechez de miras, lo pudieran impedir.

—La dejé marchar para que al llegar a Tebas no quisiera otra cosa que agarrar a sus críos, arramplar con todo lo de valor que pudiera llevarse con ella y salir disparada en dirección a Negroponte, para buscar refugio entre los venecianos. Antes de largarse contaría, eso sí, que ya no había duque de Atenas, ni ejército, ni supervivientes, y que habíamos violado a todas las mujeres, señoras, doncellas y esclavas, y que si bien no sabía por qué a ella la dejaron escapar, de ningún modo quería verse de nuevo en situación de que la volvieran a violar, por lo que si se largaba con tantas prisas era porque a la vuelta de dos días habríamos llegado allí, a Tebas, y prefería renunciar al placer de vernos otra vez. A partir de ahí, el vacío de poder sería total. Absoluto. Nadie se vería ni con ganas ni con autoridad para movilizar a los capaces de sostener un arma, de modo que todo el mundo admitiría que lo mejor sería salir de najas, como la duquesa su señora. Todo el mundo menos los más listos, que siempre hay alguno capaz de pensar en medio de la confusión y de comprender que donde reina el desastre lo hacen también las oportunidades. Los de veras inteligentes, tras despachar a sus familias con el oro que se pudieran llevar, se quedarán a esperarnos en el criterio de que los necesitaremos para gobernar el país, ya que no sólo somos muy pocos, sino que lo nuestro es la guerra, y a partir de ser los dueños de un estado, guerrear deja de ser lo más importante.

—¿Tan seguro estás de que pensarán eso? ¿Por qué no iban a suponer que sólo pretendemos saquear y devastar, como hemos hecho en todas partes?

El que preguntaba, un caballero que se llamaba Oriol de Bou, era nuestro reconocido gran maestro de llevar a todo el mundo la contraria. Era de la clase de hombre que no debe faltar en ningún Consell encargado de administrar, aunque lo cierto era que molestaba más que una colonia de ladillas.

—Porque no nos quitan ojo desde que llegamos a Tesalia. Saben que llevamos casi dos años sin saquear, y tras haberse preguntado la razón se habrán dado la

respuesta: no lo hacen porque quieren quedarse aquí, quieren vivir aquí, con nosotros porque no son tantos como para prescindir de nosotros, y para eso lo primero que necesitan es que no les odiamos, que reconozcamos su autoridad para que no dejen de contar con nosotros, aunque para ello deban primero demostrarnos que son al menos un poquito más justos que los putos franceses de mierda. La mayoría no se habrá dado cuenta, como es lógico, pero quienes nos interesarán, siquiera en las primeras semanas de vida de nuestro estado, de nuestro estado catalán en Atenas, no será la mayoría, sino los que sean inteligentes de verdad, ya que para ser competentes hace falta ser inteligentes, y vamos a necesitar toda la gente competente de la que podamos echar mano. Si no lo hacemos así, queridos compañeros, a los dos días todo esto — señalaba en derredor, un punto melodramáticamente— se nos volverá polvo entre los dedos. Nos guste o no, sabemos de lo que sabemos, de la guerra, y de lo que no sabemos tendremos que buscarnos unos que lo sepan hacer y estén dispuestos a trabajar para nosotros con un razonable grado de lealtad. A cambio de dinero, por supuesto, pero a la gente buena de verdad no se le paga sólo con oro.

—¿Y con qué otra cosa se le paga, Guillem de Tous? ¿Con mujeres, con castillos, con barcos —llevaba la cuenta con los dedos, de un modo deplorablemente histriónico—, o con qué?

—Con nada de todo eso que dices, Oriol de Bou. Se les conquista, y se les paga, con futuro.

Cayó el silencio, un punto incómodo. La filosofía poética no era lo que más cotizaba en el Consell dels Dotze, más no porque fuera rechazada, sino porque no se la comprendía, y los hombres muy valientes, que todos lo éramos, suelen acobardarse de un modo tan inconsciente como incontrolable ante lo que no entienden. No sería bueno para mí dejar que a los más rápidos les regresaran las palabras, de modo que proseguí.

—A eso se debe que dejara vivos a Boniface de Vérone y a Roger Deslaur. Nos hacen falta para entendernos con los vecinos, con los de aquí al lado y con los que no están igual de cerca pero que nos pueden amargar la vida. Debéis tener en cuenta lo siguiente: una vez se sepa en la cuenca del Mediterráneo que nos hemos cargado al duque de Atenas y con él a setecientos caballeros de las mejores familias francesas establecidas en este ridículo Imperio latino de Constantinopla, y que con eso hemos demostrado ser capaces de acabar con cualquier fuerza que se organice contra nosotros si no son más de diez contra uno, su reacción inmediata será ponerse de acuerdo para echarnos al mar, o a la hoguera si nos cogen vivos. El que les aglutinará será el Papa, que nos tiene todas las ganas del mundo desde que a Martín IV le reventamos el plan de consolidar en Trinacria un rey de la casa de su amo, la d'Anjou. Tras él, los demás; los peores serán Philippe IV de Francia, Pietro Gradenigo, que es el actual *dux* de Venecia, y nuestro viejo amigo Andrónic II Paleóleg. Si estos tres se arraciman al Papa, que para entonces nos habrá vuelto a excomulgar, serán capaces hasta de organizar una cruzada para echarnos de aquí.

—Pues nos lo estás poniendo bien.

—Ni bien, ni mal. Os digo, nada más, lo que con certeza ocurrirá si no nos movemos antes de que lo hagan los que nos odian, y es que, recordad, Gautier de Brienne era el tipo de príncipe que más gusta en Europa: joven, fuerte, sano, guapo, bien educado, de magnífica familia, impecables ancestros, a partir un piñón con la Iglesia y respetuoso con sus señores, empezando por el conde Charles de Valois. Incapaz, por supuesto, de alterar el *status quo* en el Mediterráneo, tanto el oriental como el central, y no sólo por llevarse bien con los venecianos y los genoveses, sino por ser incapaz de tratar con los musulmanes. Nosotros, por el contrario, además de ser una peste de bandoleros excomulgados, nos entendemos con cualquiera, empezando por tener tres mil turcos en nuestras filas, unos bautizados y otros musulmanes pero todos turcos, y si algo hay que a todos esos que os he dicho les descomponga desde la carnicería en que acabó la última cruzada, son los turcos. ¿Os hacéis ya cargo de cuál será nuestra situación?

Con mayor o menos renuencia, casi todos asintieron.

—Verona y Deslaur son de grandes familias y poseen buenos contactos, uno en Venecia y en la Santa Sede, y el otro en Francia. Se han quedado sin amo y con sus propiedades en el Ducado de Atenas enteramente perdidas, salvo si se las quisiéramos devolver. Para que seamos así de generosos ellos antes deberían hacer algo por nosotros, como ser nuestros valedores, o nuestros embajadores, allá donde necesitemos uno.

—¿No temes que nos traicionen?

—Tienen demasiadas propiedades en el ducado y demasiadas ganas de no quedarse sin ellas. Su mejor posibilidad de recuperarlas, tras el milagro de aún seguir vivos, es trabajar para nosotros y ganarse así nuestra buena voluntad. Cualquier cosa es posible dentro del gran misterio de las motivaciones humanas, lo sabemos todos, pero a estos dos los conocemos y, dentro de lo que cabe, siempre jugaron limpio con nosotros. No obstante, vosotros lo decidiréis. Si pensáis que lo mejor es degollarlos, pues vosotros mismos, aunque con todos los que nos acabamos de cargar quedarnos con estos dos y arriesgarnos a que nos salgan ranas tampoco sería de preocupar, ¿o no?

Nueva pensada; tras ella, gestos generales de asentir.

—De todos modos, constituirnos en Ducado de Atenas independiente sería una imprudencia, ya que, sin valer de nada práctico, pues en nada cambiaría la situación, encabronaría todavía más a todos esos que os acabo de nombrar. De ahí que proponga escribir a nuestros viejos señores, don Jaume de Aragón y don Frederic de Trincacria, y ofrecerles, primero a uno y luego a otro, que Atenas sea un ducado más de su corona y nosotros sus leales y amantísimos súbditos de aquí lejos, con todos los derechos imaginables para sus comerciantes, sus armadores y sus naves. Los del primero que acepte, claro está.

Eso ya les gustaba más. En general, todo concepto abstracto en el que se

introduce la variable del interés comercial se vuelve no sólo atractivo, sino verosímil.

—¿Con quién propones que hablemos primero?

—Con don Jaume. Dirá que no, seguro, pues esto —de nuevo señalaba en derredor— le pilla muy lejos, pero si empezamos por el otro, por su hermano, se cabreará, porque sus jesuseros, y bien sabéis que tiene muchos, afirmarán que le despreciamos. Ahora, y pese a todo lo que le digan, seguro que comprenderá el juego, porque de idiota no tiene un pelo. Su respuesta, y no tardará en darla porque supondrá que no pensamos esperar, será recomendar que nos entendamos con Frederic. Éste aceptará, seguro. Su reino se tiene con alfileres, bien lo sabéis. El Ducado de Atenas es casi tan grande como Trinacria. Sumando los dos sale una potencia mediterránea de cierta consideración, y una fuerza naval en absoluto despreciable. Las dos juntas, Trinacria y Atenas, harán que los venecianos se lo piensen antes de ir por nosotros, y si ellos no se meten tampoco lo hará el rey Philippe. Sólo quedarían los irreductibles, el Papa y Andrónic, pero como no se pueden ni ver, y la prueba es que los dos siguen excomulgados, el uno por el otro, pues conseguiríamos, al fin, vivir en paz. De todos modos no penséis que tenemos fácil lo del Jaume y lo del Frederic, ya que los dos siguen estando escocidos por lo que ocurrió con d’Entença, tanto que si Rocafort aún viviera no habría nada que hacer. Bueno, tampoco estaríamos aquí, pero eso es otro asunto. Volviendo a nuestros reyes, no nos quedará otra que preparar unas cartas exquisitas, bien pensadas y mejor escritas, y elegir con cuidado al que deberá llevarlas, ya que de ningún modo las podremos confiar a los genoveses. No las podremos confiar a nadie, más exactamente. Otra preocupación más, ya veis. Tan grande como para pensar en la bandera que deberán mostrar las galeras donde despachemos al que designemos para entregarlas, primero a don Jaume y después, si llegase a ser el caso, a don Frederic.

De ahí no quería pasar, y tampoco hacía falta, pues aún no era momento de asignar a nadie llevar esas cartas. Por mi parte sólo tenía clara una cosa: de ningún modo lo haría yo.

* * *

Nos plantamos en Tebas una semana después. Marchábamos despacio, poniendo cuidado en no asustar a la gente, aunque lo cierto fue que apenas vimos a nadie. Los habitantes de las aldeas y los pueblos que había en el camino aparentaban haber huido, si no haberse ocultado a saber cuánto de lejos. Ya contábamos con ello, de modo que nos limitamos a encogernos de hombros. En algún lugar, y en algún momento, asomarían el hocico, y la lógica decía que no sería más allá de Tebas.

No sabíamos gran cosa de la ciudad, salvo que tenía un gran barrio judío, lo cual significaba que sería grande y rica, pues a los judíos no les gusta vivir donde hay poco dinero. Según Deslaur, serían no menos de cinco mil, lo que nos hacía estimar la población total en más de cincuenta mil personas, si no el doble. Esa estimación de

mi cosecha venía de recordar que Barcelona, donde vivía una colonia judía más o menos igual de numerosa —los judíos y los catalanes siempre nos hemos llevado bien, supongo que por la mutua sangre fenicia—, también pasaba con holgura de los cincuenta mil vecinos. En el palacio donde Guy de la Roche vivió los últimos años de su corta vida —el tipo, decían los dos, Verona y Deslaur, era de primera categoría, mucho más inteligente, sensato, cortés y bondadoso que Brienne; de no haber muerto tan a destiempo nuestra suerte habría sido distinta, pues hablaba de hacernos un hueco en alguna de sus islas, y de haber acabado ahí entraría en lo posible que hubiéramos echado raíces—, no quedaba el menor rastro de Jeanne de Châtillon y sus dos hijos, los cuales no habrían parado hasta verse a salvo en Caristo, bajo la protección de la flota veneciana.

El que se había quedado para recibirnos era un señor de avanzada edad, aunque quizá no tan viejo como aparentaba, que dijo ser algo así como el ministro principal del Ducado de Atenas, y al que la duquesa, segundos antes de salir corriendo, había dejado encargado pidiese al que parecía mandar la Companyia, un tipo alto y rubio que se daba un aire a su difunto marido, que tuviera compasión de la ciudad y de sus habitantes, lo cual era lo que hacía el pobre diablo echándose a nuestros pies. Berenguer y yo le izamos en el acto, pues nos parecía vergonzoso que un hombre tan anciano, y de aspecto ciertamente noble, aunque no en el sentido de adinerado, sino de sabio y venerable, se postrase de aquel modo ante nosotros, una cuadrilla de mercenarios salvajes y desastrados.

A partir de ahí surgió del modo más espontáneo una conversación que al cabo de media hora deparó unos efectos muy beneficiosos para las dos partes: la Companyia, que había decidido mantener el nombre del país, Ducado de Atenas, pero transformando su estructura político-social en una república militar, no tenía intención alguna de meter la mano en las propiedades de la ciudadanía, siendo éstas su patrimonio, sus naves y sus familias; preferimos no decir *sus mujeres*; no sabíamos por qué, pero lo encontrábamos de mal gusto. Los impuestos seguirían siendo los mismos y se liquidarían a los mismos funcionarios. El orden y la justicia seguirían estando en las mismas manos y nadie, simplificando, debería notar en nada la presencia de los nuevos propietarios del ducado, cuando menos durante un tiempo, el que tardáramos en desarrollar un conjunto de leyes y usos sociales que no se diferenciarían gran cosa de los *usatges* de la Ciudad de Barcelona —Muntaner me los había dejado en herencia, para que los estudiase—, un lugar de singular prosperidad donde desde tiempo inmemorial convivían en la mayor concordia los catalanes, los judíos y los aragoneses, así como una buena cantidad de musulmanes, y hasta una no pequeña de castellanos que tiempo atrás decidieron establecer allí sus vidas y sus negocios, encantados no sólo con el clima, sino por lo exquisitamente acogedoras y hospitalarias que solían ser las leyes catalanas.

La intención de la Companyia era que algún día el Ducado de Atenas fuera conocido como la Catalunya de Oriente, siquiera en cuanto a la tolerancia, la libertad

y la prosperidad de sus ciudadanos. Con respecto a las lenguas, ninguna preocupación: habría dos oficiales, el griego y el catalán, con los mismos derechos y obligaciones para los que hablaran cualquiera de las dos. Nadie vendría obligado a conocer la que no quisiera. Sí una de ellas, la que libremente prefiriese, aunque mejor aún sería que optase por las dos, como en buena lógica terminaría por suceder hasta que un buen día, quizá no muchos siglos después, las dos se hubieran fundido en una sola. Por lo demás, eso era todo lo que había tras nosotros, de modo que cuanto antes nos pusiéramos todos a trabajar mejor sería para la ciudadanía en su conjunto. Un buen primer paso sería que nos presentara —el viejecillo venerable— a los que nos propusiese para ocupar los puestos de relevancia. Cuanto más pronto lo hiciese, antes devolveríamos a Tebas, y al conjunto del Ducado de Atenas, a la más próspera de las tranquilidades.

Debo decir que aquel viejecillo inteligentísimo no demostró más alegría ni sorpresa que las meramente cortesés. Lo que allí hablamos entre los seis —él, Berenguer, Ramón, Sisear, Recasens y yo, aunque hablar, lo que se dice hablar, sólo hablé yo, y un poquito él; era la molesta consecuencia de ser el único por nuestro lado que se sabía expresar en griego— lo debía de tener más que pensado y calculado —y quizá inspirado por la desinstalada duquesa—, de modo que cuando nos separamos fue para volver a reunimos dos horas después, las que tardó él en convocar al que sería primer gobierno civil de la ciudad de Tebas y del Ducado de Atenas, también llamado, siquiera para los íntimos, República Militar Catalana.

Por entonces yo tenía muy claro que las profecías de mi diosa de la predictividad particular muy rara vez dejaban de cumplirse. Sin embargo, cuando aquella noche, solos los tres, le manifesté mi admiración, no sólo por lo de aquel día, sino por todos los que habían transcurrido desde que me dijera cómo se llamaba, declinó los elogios con un gesto quiero pensar que sólo un poquito displicente:

—Yo no profetizo, xor Guillem. Me limito a sumar doses y juntar cuatros. Predecir es algo humano; profetizar, no. Para profetizar necesitas que los dioses te inspiren, pero a mí no me inspira nadie; me limito, nada más, a estar pendiente de los detalles. Eso, y sólo eso, es en lo que se basa la predictividad de los humanos. Quizá por eso los hombres predecís peor que las mujeres, porque vosotros, que sois más fuertes, no necesitáis fijaros demasiado en dónde vais a clavar el chuzo, ya que, lo hagáis donde lo hagáis, siempre haréis daño. Las mujeres, que no podemos clavarlo tan hondo, porque no tenemos tanta fuerza, necesitamos apuntar con precisión, y eso vale tanto para clavar una moharra como para imaginar qué sucederá si se hace una cosa o si se hace cualquier otra. Ya lo ves, Guillem: sólo es una capacidad que la naturaleza nos aconseja desarrollar para compensar vuestra mayor fuerza física, de forma que así podamos mataros con dulzura. Los dioses, ni aquí ni en ninguna otra cosa, o ninguna otra parte, tienen nada que ver.

Aquella noche, por cierto, casi me matan entre las dos. Se trataba de festejar lo maravillosamente bien que había salido todo, pero ésa sería otra historia. Una que me

guardo para mí.

* * *

Sólo nos quedaba un asunto por rematar antes de iniciar la siempre rutinaria y aburrida normalidad. Decidimos hacerlo realidad camino de Pireo, un puertecillo semiabandonado cerca de Atenas adonde habíamos hecho llevar las nada imponentes naves de la República Militar Catalana. De haber suerte y salir bien la embajada, dentro de no mucho nuestro país sería de nuevo el Ducado de Atenas, pero nos apetecía, siquiera por unos meses, lucir nuestro nuevo nombre. Nos quedaban seis galeras en buen estado, aunque no quisimos armarlas todas. Elegimos las que ofrecían un mejor aspecto, y tras eso rebautizamos a la *Skögul* con el menos sospechoso nombre *La Mare de Déu de Montserrat* —don Jaume II era un reconocido y afamado meapilas, como suelen acabar por ser casi todos los de su gremio; sólo es cuestión de tiempo, el que necesite cada uno para terminar de creerse que son reyes por una gracia divina—; sería la capitana de Berenguer de Roudor y de su flamante y legítima esposa, doña Carlota —su Guillem se lo había quedado Llura; salvo a ella o a Claudera su madre no se lo habría confiado a mujer alguna, empezando por la propia Giovanna—, y en ella ondearían las banderas de Aragón y de nuestra República particular, que sólo se diferenciaba de la otra en el tamaño. A las tripulaciones de las cuatro galeras, reforzadas cada una con dos docenas de ballesteros, se añadirían veinte almogávares de los que menos se mareaban, de modo que si la flota tenía un mal encuentro con sus iguales genovesas o venecianas, quienes las mandaran se lo pensarán dos veces a la vista de lo que formaría en cubierta, listo para el combate.

Berenguer llevaría las dos cartas que, tras quemar varios borradores, había yo terminado tres noches antes, para que las firmaran y sellaran el Consell dels Dotze y el comité de guerra. Eran las mismas que Berenguer dejó en su cámara de la capitana y al cuidado de Carlota, ya que antes de hacerse a la mar le quedaba una cosa por hacer; una que por nada en este mundo se habría querido perder. También llevaría una tercera, ésta para doña Meritxell de Tous, donde le hacía yo saber no sólo que todo me iba bien, sino que ya tenía seis nietas, la mayor de nombre Meritxell. Como ella.

Tras dejar *La Mare de Déu de Montserrat* —donde habíamos maldormido— mucho antes de que comenzase a clarear, él, Ramón y yo, más dos docenas de almogávares, los mismos que por la tarde nos escoltarían de regreso a Tebas, seguíamos a Claudera cabalgando hacia un lugar que hasta entonces sólo habíamos divisado de lejos. Tenía por nombre Acrópolis y era una meseta que dominaba la sucia, envejecida y medio deshabitada ciudad de Atenas. Según Claudera, que conocía bien su historia —más de una velada nos había hipnotizado con los relatos de las infinitas cosas que allí sucedieron entre mil y dos mil años antes—, su cima era el lugar donde los hombres sabios mejor dialogaban con los dioses. Les resultaba más

cómodo subir allí que a un lejano monte Olimpo que una vez vimos de lejos, con la cima oculta por las nubes, al marchar de Cassandria a Golos. Donde más a gusto lo hacían era en un templo relativamente grande que no había envejecido demasiado, pese a faltarle poco para cumplir dos mil años, ya que allí una determinada diosa, la de la Sabiduría, se les aparecía en cuanto la invocaban quienes sabían hacerlo. Se llamaba Partenón y lo había edificado un tipo llamado Fidias en honor de la segunda diosa favorita de la mía particular, Athenea Parthenos o Atenea Virgen. A eso quizá se debía que los provincianos obispos del siglo VI lo reciclaran en templo cristiano dedicado a la Santa Mare de Déu, y en eso seguía pese a que desde hacía muchísimo allí no se celebraba ninguna misa. Ningún edificio de la vieja Grecia serviría mejor para la ceremonia que nos hallábamos a punto de iniciar, me decía galopando tras Claudera y ya cerca de coronar las duras rampas que conducían a la cima de la espectral Acrópolis. Debíamos llegar antes de que lo hiciera el sol, pues en otro caso la desgracia se abatiría sobre nosotros, según nos explicó nuestra diosa particular, muy seria, la noche anterior. Era una escena parecida, me decía no del todo involuntariamente, a la de seis años antes, cuando Berenguer, Ramón y yo seguíamos a revientacaballos a la que nos salvaba la vida, quizá para que no nos perdiéramos esa otra tan magnífica que vivíamos entonces. Una escena, me repetía según desmontaba frente a la majestuosa fachada oriental del Partenón, más digna de dioses que de humanos. De dioses catalanes, eso sí.

Dos de los almogávares habían sido instruidos por Claudera sobre lo que debían hacer a continuación. Llevando cada uno al hombro una larga soga enrollada, entraron en el templo a la carrera, para mostrarse no mucho más allá de tres minutos después, asomados a cada uno de los extremos del triángulo que coronaba el frontispicio, sobre una especie de cenefa color azul grisáceo ya muy desvaído, aunque mil y pico años antes era del color del cielo, el de los dioses, y si no el de todos, sí al menos el de Atenea Virgen.

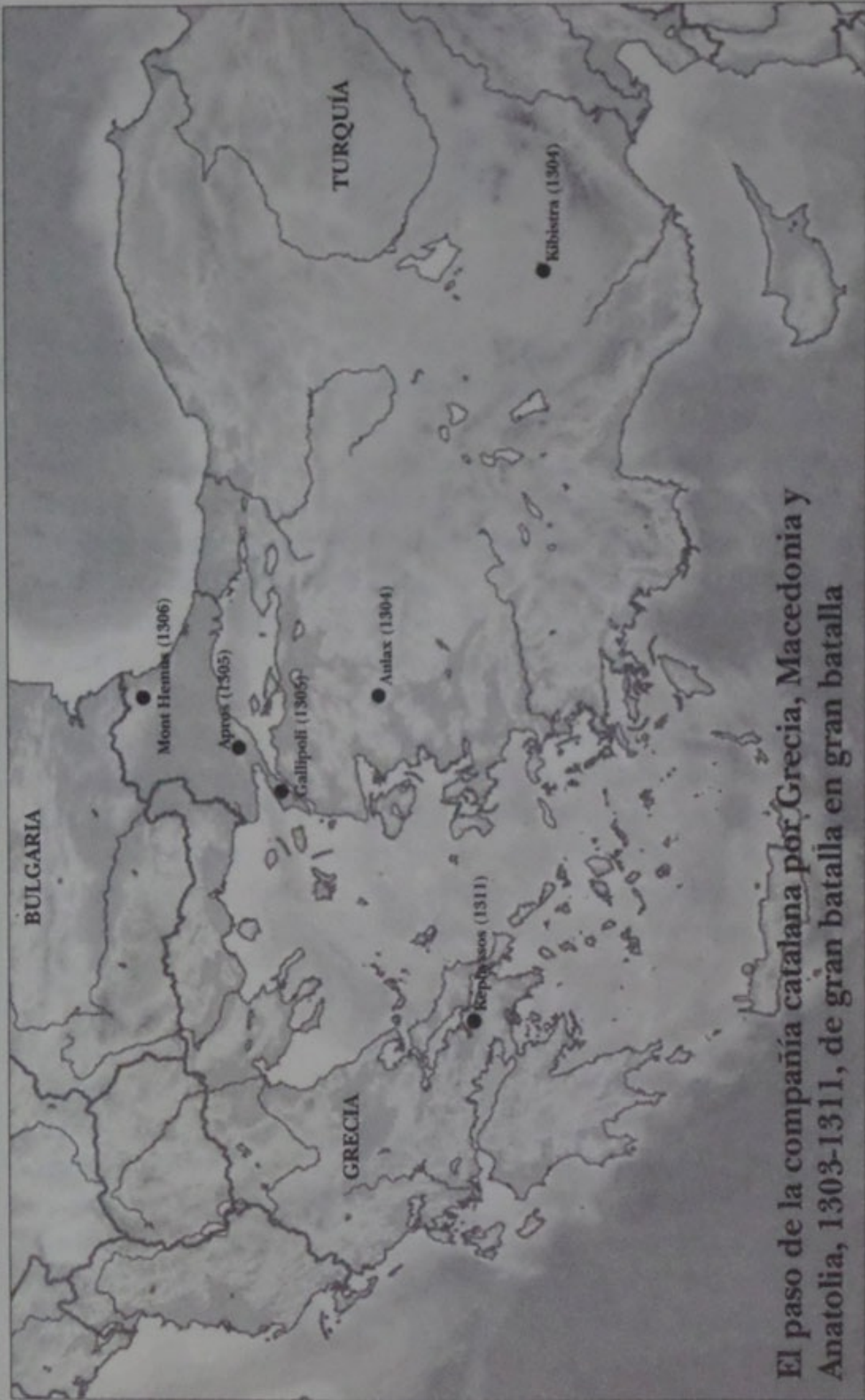
El sol ya se anunciaba en el horizonte, de modo que no había tiempo que perder. Cada uno de los dos arrojó la soga con que había subido, bien sujeta de uno de sus extremos. Abajo, entre las dos primeras columnas de cada lado, aguardaban otros dos almogávares con un muy largo atadizo tendido entre los dos. De cada cabo colgaba un gancho, el cual encajaba de modo natural en las argollas situadas en los extremos del atadizo. Una seña desde abajo que significaba «todo listo», y los de arriba comenzaron a izar sus cabos, al mismo tiempo y con el mismo ritmo. Así fuimos viendo subir, con lentitud majestuosa, una gran bandera de combate catalana, una *senyera* gigantesca, más grande incluso que los pabellones de batalla que nuestras galeras enjarciaban cuando llegaba la hora de pasar a mayores. El primer rayo de sol asomaba por el horizonte cuando la bandera, ya enteramente desplegada, pero aún lejos de haber llegado adonde ordenaba Claudera, que a grandes voces y mejores gritos dirigía la maniobra, pasó a quedar asegurada por otros dos largos cabos que pendían de sendas argollas situadas en sus extremos inferiores. El propósito, nos lo

había explicado la diosa que mandaba, era evitar que alguna racha de viento, y allí arriba soplabo fuerte de verdad, arrancara la *senyera* de su enclavamiento y se la llevase hasta el mar. El borde superior no tardó en llegar al punto deseado, medio estadal por debajo de los capiteles. Sólo quedaba trincar los cabos inferiores a las columnas tercera y sexta, lo que requería que los almogávares que los sujetaban pasaran al lado interior, y una vez allí subieran —no sabía cómo, ni me importaba; el momento era lo que contaba— lo bastante arriba para poder atar bien, con buenos nudos marineros, los dos cabos. Justo a tiempo, pues el sol ya descendía solemnemente por el frontal del Partenón, iluminando la *senyera*, la cual, por su parte, se abombaba por momentos, inflada por el viento que soplabo entre las ocho columnas, como lo haría la vela principal de una galera. Los tres mirábamos a Claudera, preocupados, pero ella nos tranquilizó con un gesto; tendría que soplar mucho más fuerte para que la *senyera* se liberara de los cabos, así que mejor si dejábamos de preocuparnos y nos abandonábamos a la sobrenatural belleza del instante.

En verdad que la tenía, reconocía para mí al tiempo de pasar un brazo por el hombro de una Claudera que se me abrazaba, mientras Ramón hacía lo propio por mi otro lado y Berenguer concluía cogiéndose con fuerza de mi mujer, tan descarado y despreocupado como siempre, aunque tampoco era momento de gruñir. Era el de disfrutar la honda emoción que nos embargaba, la de ver y oír gualdrpear en lo alto del Partenón, resplandeciendo al sol naciente, a nuestra muy temida bandera de combate, la misma que diseñara el emperador Carlomagno unos cuantos siglos antes, al trazar con sus cuatro dedazos impregnados en la sangre del malherido Guifré el Pilos, conde de Barcelona, cuatro barras rojas sobre el escudo amarillo de su heroico y leal servidor. Al menos así me lo había contado treinta y tantos años antes Meritxell Ferrer, mi madre.

El sueño de ver nacer el cuarto estado catalán ya se había cumplido. Ahora comenzaba un nuevo sueño, y a saber si aún sería más imposible, o más improbable, pero aun así tan digno, si no más, de sacrificarlo todo por hacerlo realidad:

El de perpetuarlo.



El paso de la compañía catalana por Grecia, Macedonia y Anatolia, 1303-1311, de gran batalla en gran batalla

EPÍLOGO

El Consell dels Dotze no necesitó muchos días para ofrecer a Boniface de Vérone el mando diplomático y administrativo de la República Militar Catalana, pero sin éxito, pues el buen noble veneciano, que no debía de verse muy capacitado para representar a los bárbaros responsables de la tremenda carnicería del río Képhisos, prefirió explicarles que desde sus posesiones en la isla de Negroponte —más de la mitad era suya— les sería de más utilidad que sentado en Tebas. Primero por garantizarles un acceso seguro a sus propios puertos y segundo porque trataría de conseguirles, si no la simpatía, sí al menos la neutralidad de la República de Venecia. Debió de planteárselo con gran habilidad, pues no le degollaron, y así, quizá sin créerselo del todo, pudo regresar a su isla. Es probable que cumpliera su palabra, si no de buena gana, sí al menos aconsejado por las circunstancias, pues los textos históricos no registran incidentes de consideración entre sus dominios y los del Ducado de Atenas, cuando menos hasta el año 1317, en el que falleció.

Tras el rechazo de Boniface de Vérone la oferta pasó al caballero Roger Deslaur. Éste, a diferencia del otro, no era hombre de fortuna, cosa que debió de influir en su valoración de la propuesta, ya que la tal incluía el Condado de Salona, cuya propiedad había pertenecido al difunto Tomás III de Stromoncourt. También incluía la hermosa viuda del mismo, la cual, pese a no haber disfrutado de un trato especialmente favorable tras el desenlace de la batalla, estaba en bastante buen estado, cuando menos suficiente para el realista y pragmático caballero. En general, el destino de la mayoría de las distinguidas viudas de los nobles fallecidos en Képhisos fue quedar repartidas entre los más acreditados oficiales de la recién nacida República Militar Catalana, sin que los textos históricos hayan recogido protestas desmesuradas ni rechazos numantinos. Quizá para ellas el seguir en este mundo, no del todo intactas pero aún sobre sus pies, fuera razón suficiente para no quejarse demasiado. Deslaur sólo se mantuvo un año en el cargo, aunque supo aprovechar el tiempo, ya que aseguró dos importantes logros. Uno, conseguir una paz

inestable, aunque paz, con los irritados vecinos del que dentro de no mucho se llamaría de nuevo Ducado de Atenas. Otro, que Frederic II de Trinacria decidiese aceptar, tras pensárselo varios meses —era un regalo con dientes—, incorporar el tal ducado a su corona. Su aceptación incluía designar un titular ducal, el cual sería su hijo, el infante don Manfredo, pero como éste sólo tenía cinco años —la precocidad extrema no era inusual en aquellos tiempos, aunque quizá en ese caso resultara excesiva—, encargó a un segundo caballero catalán con experiencia demostrada en administración y buen gobierno, Berenguer Estanyol, que se hiciera cargo del vicariato de don Manfredo, en su nombre y representación.

Estanyol tomó posesión de su cargo, en Tebas, a finales de 1312, para encontrarse con un Estado que aún era, en lo administrativo, el que dejó en herencia Gautier de Brienne, así como un conjunto de vecinos —Tesalia, el Epiro, Valacchia o Tesalia del Norte, y los diferentes ducados y condados de la península de Morea, el antiguo Peloponeso—, tan recalcitrantes como belicosos, a los cuales apoyaban y estimulaban con mayor o menor descaro la República de Venecia y el Imperio bizantino, así como la infatigable Santa Sede, cuyo titular del momento, el papa Clemente V, notoriamente influido por la perseverante Jeanne de Châtillon, llegó a convocar una cruzada para expulsar a los catalanes de su aún tambaleante Ducado de Atenas —tras excomulgarlos una vez más, quizá por no recordar que ya lo estaban. El monarca francés, por fortuna para los catalanes, prefirió no darse por enterado, pese a la profunda irritación de Su Santidad, el cual estuvo cerca de hacer lo mismo con él, por desobedecer su llamada a esa especie de Guerra Santa contra el Anticristo, que otra cosa, para él, no eran los catalanes, sin distinguir demasiado entre los de Barcelona, los de Mallorca, los de Palermo y los de Atenas.

Estanyol pronto comprendió que los puntos de vista de los militares catalanes — el restablecimiento del Ducado de Atenas como sujeto jurídico y político soberano los había convertido en el ejército regular de su recién independizado país; ya no eran, pues, una horda de almogávares mercenarios, sino unas fuerzas armadas nacionales tan respetables como cualesquiera otras— eran muy acertados. Consistían en que al no contar con recursos suficientes para guerrear con sus numerosos vecinos en forma simultánea, lo más práctico y efectivo sería firmar paces con todos ellos al precio que fuese, menos con uno diferente cada vez, para tras eso aplastarlo. Después, al cabo de unos meses y con cualquier pretexto, volverían a empezar con otro cualquiera, ya que unos con otros no bajaban de diez, y así hasta que acabaran con todos o al menos neutralizasen a todos. Así se llegó al año 1317, cuando dos acontecimientos inesperados alteraron el ya consolidado sistema político del Ducado de Atenas. El primero fue la muerte del buen Berenguer Estanyol, que pese a no contar con mucho tiempo para realizar todo lo que Frederic II le había pedido dejó una huella de honestidad y eficacia que ninguno de los catalanes a sus órdenes dejó de reconocer. A éste le siguió una segunda muerte, la en verdad prematura del infante don Manfredo, que se cayó de un caballo a su tiernos diez añitos. El apenado rey

Frederic cedió el Ducado de Atenas al siguiente de los hijos que tuvo con Elionor d'Anjou —ocupaba el cuarto lugar entre los hombres; por delante había dos hembras, pero en aquellos espirituales tiempos las infantas valían para trapichear tratados y para que parieran más infantes, y poco más—; se llamaba Guillem d'Aragó y era difícil saber si sería o no un buen Duque de Atenas, pues había nacido en 1312, un año después que su ducado. Su padre, prudente, decidió que durante un tiempo necesitaría su propio vicario, y a falta de un caballero tan acreditado como fue Berenguer Estanyol, echó mano del más prometedor de su reserva de bastardos —era de muy buen tamaño, pues el previsor rey Frederic había empezado a edificarla nada más disponer del equipamiento necesario, en lo cual jamás dejó de afanarse—. Alfons-Frederic d'Aragó, el cual se había criado en la corte de su tío Jaume II, andaba por los veintisiete, seguía soltero y daba ya bastantes pruebas, si no de ser una lumbrera, sí de no ser un insensato. Nada más llegar a Tebas, los taimados catalanes a sus órdenes le casaron con la primogénita de Boniface de Vérone, una joven no excesivamente bella que se llamaba Mamila. Tenía por dote la rica isla de Egina y el excelente puerto de Caristo, la llave del tráfico marítimo de las posesiones venecianas en la isla de Negroponte. Con aquella boda, y más *defacto* que *de iure*, pero con efectos prácticos inmediatos, el Ducado de Atenas engordó de un modo en verdad considerable.

Un año antes, los militares catalanes, al ver llegar la muerte de un Berenguer Estanyol por el que habían llegado a sentir una gran estima —dejó tras él una legislación abundante, clara y eficaz, toda ella redactada en catalán y que todavía se conserva—, vieron inevitable que pronto les caería un nuevo vicario, ya que su aún soberano, el infante don Manfredo, seguía siendo deplorablemente joven. Con el propósito principal —rara vez los catalanes de aquel tiempo tenían uno solo en aquello que iniciaban, proponían o emprendían— de que quien viniera tras Estanyol no les cortase las alas, decidieron elegir un capitán general, el primero que se daban desde la desaparición de Bernat de Rocafort. Su función sería ocupar la jefatura militar, sólo subordinado al hipotético vicario de don Manfredo, no fuera que a éste se lo ocurriese imponerles en el mismo cargo algún indeseable del tipo Thibaud de Cepoy. A la primera votación salió elegido el caballero Guillem de Tous, uno de los tres supervivientes de la encerrona de Adrianópolis y el mismo que llevara la *ensenya* de Bernat de Rocafort en Apros y en Gallípoli. Ésa fue la última vez que su nombre se cita en los textos históricos —algunos, de origen británico, le llaman William of Thomas, y otros, escritos o traducidos por autores castellanos, le citan como Ramón en vez de como Guillermo/Guillem, pero, al menos en opinión del autor, siempre se trata del mismo individuo—, donde no sólo no aparece nunca más, sino que tampoco lo hace ninguno de los sucesores que sin duda tuvo, ya que si fuera cierto que nació el año 1280, el día de su exaltación a la jefatura del ejército del Ducado de Atenas ya tendría treinta y seis, una edad no ya considerable, sino bastante longeva para un soldado de la Baja Edad Media. Es lógico suponer que don Guillem de Tous y don

Alfons-Frederic d'Aragó se llevaron estupendamente desde nada más conocerse, ya que a las pocas semanas de la bienaventurada boda del segundo su suegro falleció, lo que dio lugar a un efecto inmediato: la ocupación militar por parte del vicario trinacriense de las tierras y posesiones de las que su esposa se adueñaba en razón de su herencia, para no ya preocupación, sino gran consternación de la República de Venecia. La ocupación se llevó a cabo de la noche a la mañana, con gran disciplina y perfecto sentido del orden y de los objetivos, lo cual avala el criterio de que dentro del Ducado de Atenas el Poder Político y el Militar convivían a las mil maravillas y en la más total armonía.

Tras la fulminante ocupación, y aprovechando una nueva e igualmente inesperada muerte, la del sebastocrátor de Tesalia Jean II Doukas, la que una vez se llamara Companyia Catalana d'Orient se volvió hacia el oeste para emprender la última de las fulminantes campañas de agresión que se apuntaría en su breve, aunque de veras espectacular, paso por la historia. En contadas semanas se hizo con la totalidad de los puntos fuertes de Tesalia, para culminar las acciones con la toma de su capital, Neopátria. Tras eso, y sin preocuparse por las consecuencias diplomáticas —se tenían por más fuertes de lo que habían sido nunca, quizá por contar en sus filas con una buena cantidad de griegos nativos que a su vez se veían bajo los catalanes más cómodos que bajo los franceses, y quizá también porque poco a poco llegaban al ducado más y más familias catalanas que tampoco estaban a su gusto en el principado, en el Rosselló, en las liles Balears o en Trinacria—, decretaron que Tesalia cambiaba de identidad. En lo sucesivo se llamaría Ducado de Neopátria, su soberano sería el infante Guillem d'Aragó y, mientras no se hiciera mayor, su vicario sería el mismo que ya virreinaba en Tebas, Alfons-Frederic d'Aragó.

El primero en manifestar abiertamente su hostilidad a los tremebundos catalanes fue Juan XXII, el Papa elegido el día 5 de septiembre de 1316 en un cónclave celebrado en Lyon y tutelado, si no presidido, por el rey de Francia, Philippe V, el cual era tan francés como el nuevo Papa, nacido Jacques Duéze en la también francesa Cahors. En una encíclica que redactó al poco de tener conocimiento de lo sucedido en Tesalia y en Negroponte —la dictó en Avignon, donde residía como el buen francés que nunca dejó de ser—, abogó por la recurrente necesidad de organizar de una vez por todas una cruzada multinacional contra los Hijos de la Iniquidad —*iniquitatis filii*— que para él eran esos indeseables aventureros catalanes, a la que añadió semanas después una nueva bula de excomuniación —los tales catalanes habían debido perder la cuenta de las muchas que apenaban sus atribuladas conciencias— contra los que a su entender eran *scimati perditionis filii et iniquitatis alumni*. Al irritado Papa francés, conmovido por la triste suerte de Gautier de Brienne, de Jeanne de Châtillon y de sus errantes hijos, pronto se unió el *dux* de Venecia, Giovanni Soranzo, francamente indignado por la forma tan vil en que los catalanes se habían quedado con la isla de Negroponte. No lo hizo quejándose ante Alfons-Frederic, sino ante Frederic II, dándole así a entender que si a consecuencia de los últimos

acontecimientos se organizaba una guerra en el Mediterráneo, no sería entre Venecia y sus aliados de una parte y los fantasmales ducados de Atenas y Neopátria por la otra, sino entre los primeros y el reino de Trinacria. El prudente Frederic, que no quería complicarse más la vida —tenía demasiados frentes abiertos—, aceptó abrir negociaciones, las cuales no fueron ni rápidas ni fáciles, aunque culminaron en un tratado de paz moderadamente satisfactorio para todos que se firmó en Venecia el 9 de junio de 1319.

A partir de tal tratado la vida de los ducados gemelos evolucionó con rapidez a pacífica y conservadora, lo último en sentido literal, ya que, si bien durante los años en que aún existirían como tales ducados sometidos a una muy remota disciplina —en la práctica eran del todo independientes— tuvieron que pelear y no poco, ya fue siempre a la defensiva. Los primitivos almogávares de la Companyia Catalana, los que se hicieron de un modo inverosímil con Atenas y Neopátria, ya se habían desvanecido en la neblina de la Historia. Sus sucesores tenían menos hambre, vivían significativamente mejor y de ningún modo se veían con fuerzas, o con ganas, para oponerse a ejércitos más fuertes y numerosos, como los que poco a poco se les iban viniendo encima. Lo inevitable acabó por suceder el año 1379, cuando una fuerza mercenaria ibérico-francesa que se había quedado sin enemigos, la Compañía Navarra —mandada por el hospitalario Gautier de la Bastide y los navarros Juan de Urtubia y Pedro de San Superan— los echó de Neopátria, de Tebas y de la mayor parte de sus territorios, salvo de Atenas, donde se refugiaron para resistir con escasas esperanzas hasta el día 2 de mayo de 1388, cuando el último de sus capitanes, Pere de Pau, arriaría del Partenón la bandera de las nueve barras, cinco amarillas y cuatro rojas, rindiendo así los restos del Ducado de Atenas a otra fuerza de mercenarios, esta vez a sueldo de un magnate florentino, Niero Acciajuoli. Ahí concluyó la extraordinaria, por asombrosa e inverosímil, aventura militar de los catalanes en el este del Mediterráneo.

* * *

Es un hecho establecido que la Edad Media concluyó el 24 de mayo de 1453, el día en que Constantinopla cayó en manos del Imperio otomano. Hay algunos historiadores, de orientación menos sociológica y más militar, que sostienen un parecer alternativo, el de que la Edad Media, cuando menos a efectos de los conflictos armados, concluyó cuando lo hizo el estilo de hacer la guerra propio del Medievo, el que tenía como arma principal a la caballería pesada, fuertemente blindada y cuyo ejemplo más arquetípico fue, durante siglos, la muy aristocrática, si no deslumbrante, caballería francesa. Era una fuerza integrada exclusivamente por caballeros de sangre, origen y estirpe comprobados; personas, en general, de gran fortuna, con medios suficientes no sólo para sostener ellos mismos una campaña de cierta duración, sino de hacerse acompañar, a sus expensas, por un considerable

número de peones, soldados y escuderos. Un arma que pereció casi al completo en la batalla de Agincourt, el 25 de octubre de 1415. Ese día, una fuerza inglesa inferior a diez mil hombres acabó con una francesa que superaba de mucho los veinte mil, en la que alrededor de seis mil combatían sobre monturas, de los cuales mil doscientos eran caballeros acorazados. Estos últimos fueron masacrados por los infantes ingleses, los cuales, tras hacerles caer de sus caballos, les abrían las viseras de los yelmos para liquidarlos con sus *misericordias*: largos puñales de punta muy aguda, funcionalmente similares a las moharras catalanas; su función no era cortar, sino clavarse tan hasta la empuñadura como fuera menester. Tras Agincourt, que si bien decidió la Guerra de los Cien Años no la liquidó, la caballería pesada, el arma suprema medieval por excelencia, el súmmun de la dignidad, la valentía, la distinción y la elegancia de su tiempo, perdió para siempre su valor. A eso se debe que algunos historiadores militares consideren que Agincourt marca el verdadero fin de la Edad Media, o al menos el fin de las batallas al estilo medieval.

Si Agincourt es un hito histórico de primera categoría, entre otras cosas por constituir el innegable punto de inflexión de la Guerra de los Cien Años, el enfrentamiento de la Companyia Catalana d'Orient contra el Ducado de Atenas no pasa para buena parte de los historiadores, sobre todo si no están muy comprometidos con *lo militar*, de ser un episodio menor entre dos ejércitos de tercera fila, si no de baja estofa. Sin embargo, para no pocos de los que se han dedicado a estudiarla, merece a todas luces el honor y el reconocimiento de haber puesto fin a la Edad Media Militar. Cuando menos, en el espectral Imperio latino de Constantinopla, el que fundaron los cruzados franceses en el Mediterráneo Oriental allá por el año 1204, tras la matanza de Képhisos no volvieron a verse caballeros acorazados elegantísimos que cargaran contra la infantería enemiga, lanza muy larga en ristre y a lomos de gigantescos caballos de batalla. Es probable, también, que los estudiosos y consejeros militares franceses del siglo XIV desdeñaran las experiencias y las evidencias registradas en la ribera del Képhisos al amanecer del 13 de marzo de 1311, ciento cuatro años antes de Agincourt. Por el contrario, sus equivalentes ingleses, la historia lo demuestra, de ningún modo las despreciaron. A eso se debe, quizá, el llamativo parecido de las dos batallas, la de Képhisos (1311) y la de Agincourt (1415). Pese al siglo que hay entre las dos, cuesta no aceptar que la primera es un claro antecedente de la segunda (mismo tamaño, misma correlación de fuerzas, mismo exterminio de la caballería pesada francesa).

En general, las batallas más famosas y mejor documentadas de la Baja Edad Media, tanto por su dimensión como por sus efectos (Crécy, agosto de 1346; Poitiers, septiembre de 1356; Agincourt, octubre de 1415), fueron relativamente modestas en cuanto a número de participantes, al menos si se comparan con las grandes batallas continentales de los siglos siguientes. En ningún caso se enfrentaron más de quince mil hombres, en el bando menor, contra no menos de veinticinco mil en el contrario, siendo por demás interesante que, al menos en esas tres (Crécy, Poitiers y Agincourt),

el que se alzó con la victoria fue el primero, pese a contar con muchos menos efectivos. A no pocos historiadores les llama la atención que los cuatro combates más decisivos de la Gran Companyia Catalana d'Orient (Kibistra, agosto de 1304, contra los turcos; Apros, junio de 1305, contra los bizantinos; Mont Hemus, junio de 1306, contra los alanos; Képhissos, marzo de 1311, contra franceses, venecianos y griegos), fueran de similares dimensiones, si no incluso mayores en el lado de los ejércitos que resultaron derrotados. El que esas cuatro grandes batallas no sean acontecimientos afamados en la historia de los conflictos armados europeos quizá se debe a que los mercenarios catalanoaragoneses no constituían una fuerza de naturaleza elegante, ni la mandaba un rey o un príncipe de sangre real, ni sentía respeto alguno por las tradiciones que regulaban los combates entre caballeros, además de que, al terminar, su interés se concentraba en saquear al enemigo derrotado (en no hacer prisioneros, sin embargo, no se diferenciaba de sus iguales, empezando por Crécy, donde los caballeros ingleses no se cortaron lo más mínimo en degollar a sus equivalentes franceses una vez rendidos y desarmados). De no ser por eso no se explica que las batallas de la Companyia Catalana hayan pasado tan desapercibidas, casi al punto de ser unas olvidadas de la historia. Esto es tanto más de sorprender, si no de lamentar, por cuanto la táctica instintiva de la infantería catalana para compensar su inferioridad numérica, concentrar su potencial en un punto determinado de la línea enemiga para provocar que se hundiera, fue la misma que cinco siglos después aplicaría Napoleón Bonaparte para derrotar a ejércitos hasta dos veces superiores en número a los suyos. El menosprecio que buena parte de los historiadores militares demuestran por las detestables tácticas de la Companyia Catalana probablemente se debe a lo astroso e indisciplinado de su aspecto, a lo rústico de su organización y a que no la mandaban personajes destacados o elegidos por Dios, sino por las propias tropas reunidas en asamblea y a partir de lo que más puede irritar a la autoridad constituida: el derecho a decidir, mediante votación, quién ha de mandarle a uno en el campo de batalla. También, a su esencia mercenaria y, en fin, a que fuera no ya universalmente detestada, sino usurpadora de una monarquía feudal nacida de las gloriosas cruzadas. Lo peor de todo, sin embargo, quizá fue que la Companyia Catalana era una fuerza excomulgada sobre la que caía la peor de las maldiciones: la pontificia. Tras considerar todo esto no queda otra que admitir lo desastroso de su *marketing* histórico-militar. Si algo jamás supo hacer bien la Companyia Catalana fue promocionarse.

Pese a todo eso, Napoleón Bonaparte admiró muy profundamente a la Gran Companyia Catalana d'Orient, como lo hicieron y lo hacen todos los conscientes de lo muy difícil que resulta salir siempre victoriosos contra fuerzas enemigas muy superiores en número. Si por algo la infantería catalana merece un lugar destacado en la historia militar es, al menos, por esto.

* * *

Los mercenarios turcos y turcopóls que se añadieron a la Companyia Catalana cuando consideraron que Képhisos ya era una victoria segura, dejaron el Ducado de Atenas en buenos términos una vez estuvo claro que la vida de saqueadores errantes había concluido para sus socios catalanes. Los turcopóls deseaban seguir en el negocio de la guerra mercenaria, para lo cual se dirigieron al norte, con ánimo de luchar en Serbia en favor o en contra del soberano constituido, según quién pagase más. Los turcos, en cambio, deseaban regresar al Asia Menor, para volver junto a los suyos llevando un zurrón de veras rebosante. Para cruzar la Bocca d’Aveo, sin embargo, necesitaban dar con alguien que les transportase. Ahí cometieron el error de confiar en la palabra de Andrónic II. Una vez en alta mar, y despojados de sus armas —incomprensiblemente, se habían dejado desarmar—, fueron masacrados sin piedad, hombres, mujeres y niños, por unos soldados bizantinos que, contra gente que no se pudiera defender, encontraban sin problemas el valor que siempre les faltó contra los almogávares.

Ferran Eiximenis d’Arenós, el único de los cuatro capitanes principales de la Companyia Catalana d’Orient que una vez estuvieran a las órdenes de Roger de Flor y que vivió para ver nacer el cuarto estado catalán del Mediterráneo, hizo una excelente carrera en el ejército bizantino. Tras dejar la Companyia después de la muerte —o el asesinato— de Berenguer d’Entença I de Montcada, entró al servicio del emperador Andrónic II Paleóleg, el cual le recibió encantado, le distinguió con el rango de Megaduque y le dio por esposa a la princesa Teodora. No era hija suya, pero dentro de lo que cabía tampoco fue una mala boda para el más amigo de ir por libre de los capitanes que un buen día emprendieron lo que con el paso de los años sería la gran aventura de los catalanes en el Mediterráneo.

* * *

Ramón Muntaner permaneció en su cargo de gobernador de la isla de Djerba hasta 1315. En el entretanto (1311) se casó en Valencia con su prometida de toda la vida, Valentona Castell, con la que tendría tres hijos, Martí, Macari y Caterina. El año 1315 el rey Jaume II de Mallorca le encomendó una misión en verdad especial y que demostraba una gran confianza en su persona, la de traer a su corte desde Trinacria un recién nacido que con el tiempo sería Jaume III de Mallorca, el hijo del infante Ferran d’Aragó —que moriría un año después— y de su esposa Isabel de Sabran, la cual falleció al dar a luz; la pobrecilla sólo tenía quince años. Desde Mallorca se trasladó a Valencia, donde trabajaría como procurador y administrador general de un valenciano muy acaudalado, Bernat de Sarriá. Allí en Valencia, establecido en su alquería de Xirivella, escribió entre 1325 y 1328 la que con el tiempo sería una de las obras

históricas principales de la Baja Edad Media, la *Crónica*. En ella relataba, en 298 capítulos, una buena parte de la historia catalana y aragonesa, desde la concepción de Jaime I el Conqueridor (1207) hasta la coronación de Alfons IV d'Aragó (1328). En 1329 se trasladó a las Baleares, donde ocuparía diversos cargos de importancia en la corte del rey Jaime III. Falleció el año 1336, a los setenta y un años, siendo alcalde de Eivissa; fue enterrado allí mismo, en la iglesia del Convent deis Dominics.

La *Crónica* de Muntaner es una obra más que notable, tanto en lo literario como en lo histórico. Escrita en primera persona, no siempre describe asuntos en los que participara el autor —de hecho, son una minoría—, si bien aquellos en los que tomó parte activa revelan una singular devoción por los acontecimientos. El estilo es plano y directo, el de alguien que pretende contar una historia interesante, sin deslumbrar al lector con su habilidad lingüística y sin engrandecerse a sí mismo explicando aventuras disparatadas donde toda la gloria sea para él. Es el estilo de un hombre muy práctico y muy honesto, uno que fue capaz de ser un gran soldado, un excepcional intendente, un eficaz administrador y un competente servidor público; también, y sobre todo, un magnífico relator.

Muntaner escribió la *Crónica* no para ser publicada —en sus tiempos era muy escasa la obra extensa de la que se hacían copias, fundamentalmente por la inexistencia de un mercado, ya que sólo unos pocos privilegiados sabían leer—, ni para ser declamada —la compuso en prosa llana, simple y eficaz—, sino para ser leída en público, en principio por él mismo, aunque con el tiempo serían muchos otros quienes la leyeran ante audiencias diversas. A eso se deben multitud de giros y expresiones que podrían sorprender en un texto destinado a ser leído, no escuchado, ya que hacen pensar que el autor se dirige al lector en forma coloquial, cercana y directa. Esto era lo que sucedía en realidad, ya que Muntaner así era como leía su *Crónica* en la corte de Mallorca, lo que daba lugar a una fuerte interacción con sus oyentes —cuesta imaginar que guardaran silencio todo el tiempo, sobre todo siendo reyes e infantes—, sin la cual se hace difícil comprender la estructura de la obra. En cualquier caso, y pese a los cerca de siete siglos transcurridos, sigue siendo el primero de la lista de los textos recomendables a cualquiera que desee conocer la extraordinaria epopeya catalana en Anatolia, Tracia, Macedonia, Magnesia, Tesalia y el Ática.

* * *

El Ducado de Atenas refundado por la Companyia Catalana, que nunca fue reconocido como tal por las potencias europeas, desapareció el año 1388. Sin embargo, el título de Duque de Atenas, el cual pasó de Gautier de Brienne a su hijo mayor, nunca se extinguió; en vez de eso fue pasando de unas generaciones a otras y de unas casas reales a otras, hasta llegar a su actual poseedor, el rey Felipe VI de España.

* * *

El Partenón sobrevivió sin excesivos daños a las diferentes banderas que ondearon en sus fachadas, así como en una torre adyacente construida junto a su lateral sudoccidental que hizo las veces de campanario, cosa necesaria para que pudiera ser convertido de iglesia bizantina en basílica prerrenacentista. Sobrevivió también sin daños a su conversión en mezquita musulmana, lo cual tuvo lugar a partir del año 1456, cuando, tras ser inspeccionado por el sultán de la casa Osmán Mehmed II *Fatih* —el Conquistador; un tipo mucho más culto y refinado de lo que algunos historiadores muy cristianos han intentado hacer pensar a lo largo de no pocos siglos—, se decidió que tuviera un nuevo destino piadoso, lo cual dio lugar a que se transformara el campanario en minarete y el propio Partenón en mezquita. No fue una conversión catastrófica o desdichada —como, en sentido contrario, fue la de la mezquita de Córdoba en catedral cristiana—, pues el templo de la gran diosa olímpica se conservó más o menos como estaba, pero el 26 de septiembre de 1687 la suerte, o pudiera ser que Atenea, le abandonó. Sucedió que Venecia y el Imperio otomano estaban en guerra, que los venecianos asediaban Atenas, que la guarnición turca, pensando que sus enemigos no se atreverían a poner en peligro una joya histórica tan preciada como era el Partenón y que por tanto se abstendrían de bombardearlo, instalaron en su interior un gran polvorín, el cual fue alcanzado por una granada de mortero ese infausto día, pues para desgracia de la humanidad el comandante de las fuerzas venecianas, un mercenario sueco de nombre Otto-Wilhelm Kónigsmarck y rango de *generalfeldmarschall*, no era precisamente un devoto del arte clásico. La consecuencia primera fue que las pólvoras y las municiones reventaron, y con ellas el Partenón, lo que causó el efecto colateral de varios cientos de muertos, entre hombres, mujeres y niños. La segunda, que la guarnición turca de Atenas capituló poco menos que al momento. La tercera, que del infortunado Partenón sólo sobrevivieron, y en pésimas condiciones, las fachadas oriental y occidental, las de ocho columnas; el resto, empezando por el techo, quedó reducido a escombros.

A principios del siglo XIX, un avisado *Sir Thomas Bruce*, Lord Elgin, embajador británico en la corte del sultán otomano, consiguió permiso del tal para llevarse a Londres unos cuantos pedruscos inservibles que a la sazón yacían esparcidos en los alrededores de lo que una vez fuera Partenón, más o menos a como habían caído tras el acontecimiento de 1687. Los tales pedruscos carentes de valor acabaron siendo la colección *Elgin Marbles*, la hoy en día exhibida en una sala especial del British Museum. Consta de unos 75 metros del friso del Partenón; de 15 esculturas, se cree que de Fidias —o al menos de su taller—, y de 17 metopas de las 92 con que contaba el gran templo de Atenea cuando fue construido en el siglo V antes de Cristo. En cuanto al edificio en sí, las autoridades griegas iniciaron su restauración en la tercera

década del siglo xx, levantando un buen número de columnas a base de aprovechar piezas y más piezas de las previamente destruidas, ya que no quedaba ni una sola entera. Del friso que recorría los cuatro lados del templo, en color azul, no parece que haya quedado nada; de haber algo estará en el British Museum. Es difícil hacerse una idea, pero con imaginación, concentración y cierto esfuerzo de voluntad aún es posible ver, siquiera en sueños, una gran bandera de combate catalana gualdrapeando con alegría en su fachada oriental, según se despierta el sol. El sol de los dioses.

* * *

De la epopeya de los catalanes en Oriente apenas queda rastro. La ocupación otomana se llevó por delante casi todo lo que la Gran Companyia Catalana d'Orient y sus descendientes dejaron tras ellos. Hoy en día, y salvo para unos cuantos catalanes y no catalanes aficionados a la historia, no es mucho más que una gran aventura brillantísima pero desoladoramente breve, olvidada por casi todo el mundo y a la que rara vez se refiere nadie fuera de los países de habla catalana. Sin embargo, un cierto rastro sí que ha quedado: todavía hoy en Turquía, Grecia, Bulgaria y Albania, cuando una madre preocupada por lo mal que le come su hijo pequeño ve que no hay forma de que se acabe su cena, compone un gesto muy serio, se le acerca poco menos que a la distancia de nariz contra nariz, levanta un dedo del modo más amenazador, y le advierte:

—O te lo comes todo sin dejar nada, o por la noche vendrán los catalanes y se te llevarán.

Según parece, aún funciona.

Ildefonso Arenas
Majadahonda, julio de 2014

BIBLIOGRAFÍA

- Agustí Beiart, David. *Los almogávares: la expansión mediterránea de la corona de Aragón*, 2004
- Altadill I Teixidó, Antoni. *Don Jaime I el Conquistador*, 1861 Arnal I Verderol, Antoni. *L'Expedició deis catalans a l'Imperi d'Orient*, 2003
- Aura Pascual, José Jorge. *Los almogávares, desde su origen hasta su disgregación*, 2008
- Badia, Lola. *Veritat i literatura a les cròniques medievals catalanes: Ramon Muntaner*, 1993
- Bisson, Thomas Noël. *Historia de la Corona d'Aragó a l'edat mitjana*, 1986
- Bofarull I Brocà, Antonio de *Ramon Muntaner, guerrero y cronista*, 1883
- Bolea Robres, Chusé L. *Almogávares, Via Sus!*, 2010 Bosch Labrús. Luis C. *Los Almogávares*, 1928 Boscolo, Alberto. *I Catalani nel Mediterraneo*, 1986 Boya Balet, Ángel. *La Compañía de Almogávares*, 2009 Burnn, Robert Ignatius, S. J. *The Catalan Company and the European Powers, 1303-1311*, 1954
- Caba, Carlos. *Roger de Flor*, 1946
- Cambra, Fernando. *Roger de Flor y sus Almogávares*, 1940 Canellas López, Angel. *Aragón en su Historia*, 1980 Capdepón, Mariano, y Chapí, Ruperto. *Roger de Flor*, 1878 Casanova I Solanes, Eugeni. *Almogàvers, monjos i pirates —Viatge a l'Orient català*, 2001
- Escura I Dalmau, Xavier; Riart I Jou, Francesc; García I Quera, Oriol. *L'Exèrcit Errant —La darrera gran batalla deis almogàvers*, 2004
- Frale, Barbara. *The Templars*, 2009 Heath, Ian. *Byzantine Armies 1118-1461*, 2011 Hernández, Francés. *The Turks with the Grand Catalan Company, 1305-1312*, 1974
- Hernández Cardona, Francesc Xavier. *Historia Militar de Catalunya*, 2002
- Hillgarth, Jocelyn N. *El problema d'un imperi mediterrani català*, 1984
- Hinojosa Montalvo, José Ramon. *Jaime II y el esplendor de la corona de Aragón*, 2005
- Igual Úbeda, Antonio. *Roger de Fior*, 1952 Isabel Martínez, Ricardo de

- Almogávares*, 2000 Jacoby, David. *Catalans, Turcs et Vénètiens en Roumanie (1305-1332)*, 1947
- Jacoby, David. *La Compagnie Catalane et l'état catalan de Grèce: quelques aspects de leur histoire*, 1966 Kyriazis, Kostas. *Roger de Flor*, 2009 Koch, Hans-Joachim W. *History of Prussia*, 1978 Koch, Hans-Joachim W. *Medieval Warfare*, 1978 Krüger, Kristina. *Órdenes religiosas y monasterios*, 2013 Laiou, Angeliki. *Constantinople and the Latins: The foreign policy of Andronicus II, 1282-1328*, 1972
- Loenertz, Raymond. *Athènes et Néopatras: registres et notices pour servir à l'histoire des duchés catalans 1311-1394*, 1955 Lowe, Alfonso. *La venganza catalana*, 1974 Manrique, Luis. *La Grecia Hispánica*, 1942 Marcos Hierro, Ernest. *Almogàvers: la historia*, 2005 Martín López, Alejandro. *La galera en el horizonte mediterráneo; de la tardoantigüedad imperial al triunfo de las repúblicas marítimas*, 2013
- Moneada, Francisco de (Conde de Osona). *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*, 1623 Monge Cayetano, Jesús. *Desperta Ferro*, 2013 Moreno Echevarría, José María. *Los Almogávares*, 1973
- Morris, Paul. *We have meet devils! —The almogavars of James I and Peter III of Catalonia-Aragón*, 2000
- Muntaner, Ramon. *Crònica*, 1970 (traducción de J. F. Vidal Jové).
- Nicolau i d'Olwer, Lluís. *L'expansió de Catalunya en la Mediterrània Oriental*, 1954 Nicolle, David. *Armies of the Ottoman Turks 1300-1774*, 2007 Pascot, Jep. *Almogàvers: l'epopeia medieval dels catalans*, 1997 Puigpelat i Valls, Francesc. *Roger de Flor: el Lleó de Constantinoble*, 2003
- Rocafort Pérez, Guillermo. *Yo, Berenguer de Rocafort, caudillo almogávar*, 2006
- Rodríguez Adrados, Francisco; Rodríguez Somolinos, Juan. *El Partenón en los orígenes de Europa*, 2003
- Romero Tallafígo, Manuel. *El señorío catalán de los Entenza a la luz de la documentación existente en el archivo ducal de Medinaceli, años 1173-1324*, 1977
- Rubio i Lluch, Antoni. *El record dels catalans en la tradició popular, històrica i literària de Grècia*, 2001
- Rubio i Lluch, Antoni. *La Acrópolis de Atenas en la época catalana*, 1908
- Rubio i Lluch, Antoni. *La Companyia Catalana sota'l comandament de Thibaud de Cepoy. Campanyes de Macedònia I de Tesàlia, 1307-1310*, 1923
- Rubio i Ors, Joaquim. *Roudor de Llobregat, o sia, Los Catalans en Grècia*, 1842
- Sáez Abad, Rubén. *Los almogávares y la amenaza turca, 1302-1312*, 2008
- Schneideman, J Lee. *L'imperi catalano-aragonès (1200-1350)*, 1975.
- Setton, Kenneth. *Catalan domination of Athens, 1311-1388*.
- Soldevila i Zubiburu, Ferran. *Els Almogàvers*, 1994 Soler i Hubert, Frederic. *Don Jaume I el Conqueridor*, 1856

Sorribas i Roig, Sebastià. *Els almogàvers*, 1990 Tasis I Marca, Rafael. *L'expedició deis almogàvers*, 1990 Tasis I Marca, Rafael. *La vida d'en Ramon Muntaner*, 1964 Tomic, Pere. *Historias e conquistas dels excellentissims e catholics Reys de Arago e de lurs antecessors, los Comtes de Barcelona*, 1886
Vergés i Mundo, Oriol; Ramon, Josep-Maria. *Ramon Muntaner: l'aventura medieval per la Mediterrània*, 1986 Wise, Terence. *Medieval European Armies*, 2008



ILDEFONSO ARENAS ROMERO, es un autor y consultor español. Ha trabajado para diversas compañías multinacionales de la industria informática y ha residido en varios países.

Aparte de un cierto número de textos profesionales, es conocido dentro del mundo literario por obras como *Álava en Waterloo* (2012), donde narra los momentos previos de la batalla de Waterloo a través del marino, militar y diplomático Miguel-Ricardo de Álava y Esquivel. Su segunda obra se publica en 2014, *La duquesa de Sagan*.

Notas

[1] Era el nombre que a finales del siglo XIII aún tenía lo que no muchos años después, en los albores del Renacimiento, comenzó a llamarse Sicilia. <<

[2] En la Edad Media la determinación del tiempo se basaba en el movimiento del sol. En el mundo cristiano la Iglesia poseía el monopolio del tiempo, ya que con sus toques de campana, regulados por las reglas monásticas, señalaba el comienzo del día —prima o cuando salía el sol—, lo daba por terminado —completas o de irse a dormir— y establecía los intermedios —maitines, laudes, tercia, sexta, nona y vísperas—; las horas, que ya eran veinticuatro, se subdividían en cuarenta fracciones equivalentes a un minuto y medio de los de hoy, a las que llamaban *momentum*. En la Baja Edad Media esta última subdivisión, de 1/40 fracciones por hora, poco a poco se vio sustituida por la que hoy está en vigor, la de 1/60 y de nombre *minuto*. A finales del siglo XIII y comienzos del XIV las dos subdivisiones convivían pacíficamente. A efectos de no complicar la lectura se supone la vigencia de la moderna fracción 1/60, bajo el nombre *minuto*, aunque no es seguro que en todos los lugares y durante todos los años en que transcurre la acción los *minutos* hubieran ya reemplazado a los *momentum*. <<

[3] 33,5 metros, aproximadamente. <<

[4] «¡Sin piedad! ¡¡Sin prisioneros!!». <<

[5] Galera de carga inspirada en las téridahs sarracenas, de eslora menor que las de combate, aunque de manga mucho mayor. Tenían una sola cubierta, entre 60 y 80 remos por banda, y dos palos de los que colgaban amplias velas latinas; eran abiertas de popa, para facilitar la carga y la descarga. Su utilidad cuando formaban parte de una flota militar era transportar equipamiento, bestias y máquinas de asedio. No eran válidas para el combate, por su menor maniobrabilidad y por no montar ariete, pero en tiempo de guerra se las solía equipar con un castillo a proa desde donde disparaban los ballesteros. <<

[6] El estadal era una medida de longitud equivalente a cuatro varas castellanas, aproximadamente 3,35 metros; 70 estadales serían algo menos de 250 metros. <<

[7] El estadal era una medida de longitud equivalente a cuatro varas castellanas, aproximadamente 3,35 metros; 70 estadales serían algo menos de 250 metros. <<

[8] Es lo que hoy se llama estrecho de los Dardanelos. <<

[9] El castillo de Hexamilia no sobrevivió a la guerra entre griegos y otomanos del siglo xv, la que culminaría con la toma de Constantinopla el año 1453, fecha que marca el fin de la Edad Media y el comienzo de la Moderna. En su lugar, diez años después, el sultán Mehmed II el Conquistador hizo construir una fortaleza que todavía existe y que se llama Kilitbahir, la cual protege desde entonces el punto más estrecho de los Dardanelos. <<

[10] Hoy se llama Ergene. <<

[11] Hoy se llama Tunca Nehri. <<

[12] El actual Maslak, un floreciente distrito de Estambul. <<

[13] En 1308 el tal Imperio latino de Constantinopla había quedado reducido a muy poca cosa (unos cuantos territorios en lo que hoy es Grecia y algunas islas del Egeo). Fue fundado a raíz de la cuarta cruzada, en el año 1204, siendo su capital Constantinopla, arrebatada por los cruzados a su dueño, el Imperio romano de Oriente, el cual la recuperó el año 1261. Los derechos de Charles de Valois eran en realidad los de su esposa, Catherine de Courtenay, que los había heredado de su padre, Philippe de Courtenay, último emperador de Constantinopla que pudo izar su bandera en Constantinopla. <<

[14] Almyros y Skópelos se siguen llamando así. Pese a su relativa proximidad, tanto geográfica como fonética, no se debe confundir Almyros con Halmyros. <<

[15] El *besant* (nombre catalán) era una moneda de oro de origen bizantino aceptada en todas partes, cuando menos en la cuenca del Mediterráneo. Su peso variaba entre 13 y 14 gramos, por lo que dos *besants* equivalían, más o menos, a una onza de oro. En la primera mitad del siglo XIV las piezas más corrientes eran las acuñadas en Constantinopla —cuando menos hasta las importantes devaluaciones ordenadas por el emperador Andrónico II—, en Valencia, en Malta y las procedentes del desaparecido *mint* de San Juan de Acre. <<

[16] Hoy no existe; se secó, o fue desecada, hace muchos años. Su antiguo lecho lo atraviesa un canal que a su vez sustituyó el curso natural del Képhisos. <<

[17] Unidad de medida medieval; equivalía a 16 cántaros, o 258 litros; se usaba sobre todo para medir vino, aunque valía también para el agua. <<